DGCL
A
(V.2)

t. 84806 c. 1102943

Propiedad
de
Antonio Escudero

LOS INVENCIBLES,

EL MONARCA Y LA HOGUERA

FELIPE GONZÁLEZ ROJAS, EDITOR

LOS INVENCIBLES,

EL MONARCA Y LA HOGUERA

NOVELA HISTÓRICA

POR

DON FLORENCIO LUIS PARREÑO

TOMO SEGUNDO

BIBLIOTECA DEL SEMINARIO PONTIFICIO DE SEVILLA

MADRID
ADMINISTRACIÓN: PASEO DE LUCHANA, NÚM. 4
1883

R.65040

Esta obra es propiedad de su editor, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, BARRANCO DE EMBAJADORES, NÚM. 13.

CAPITULO PRIMERO

De la ilusión á la realidad.—Los ayes de un criminal.—El solo nombre de la Inquisición aterra.—La cárcel más célebre de Nápoles.—Cambio completo.

Dejamos al conde Vignati sentado en un cómodo y ancho sillón de raso y nogal, saboreando la idea de una venganza cuya realización consideraba próxima. En estos instantes veía alzarse el puñal envenenado de Vitali y hundirse luégo en el hidalgo pecho de su enemigo con furia satánica; es decir, con la que él sentía, con la que ansiaba destrozar el corazón más noble acaso que existía en Nápoles. En su torpe ilusión juzgaba contemplar al héroe pálido, ensangrentada su epidermis, exhalando el último suspiro, y al capitán Augusto huyendo del sitio de la catástrofe aterrado, ciego, confuso y aturdido; se figuró después que entraba en su cámara enseñándole la daga homicida, y soltando una carcajada apladía su valor, le llamaba hijo

querido, y se disponía á envenenarlo en unión del alférez, sargento y cien soldados de la compañía, todos los cuales eran españoles, veteranos y tan valientes y aguerridos como miserable y tímido el malvado que intentaba inmolarlos en aras de perfidia que no hallamos frases con qué calificar.

Su gozo aumentaba por momentos, y hubiera llegado al colmo si el oficial que obedecía á Vitali no se presentara, seguido de varios soldados, y con rostro feroz, que á la simple vista aterró al cobarde conde, hiciera cambiar sus ilusiones en un principio de realidad tan terrible como las ideas que poco antes emanaban de su torpe y descompuesto cerebro. El aturdido señor hizo, no obstante, un esfuerzo sobre sí, y con la altanería que le era peculiar le preguntó:

—¿Qué queréis? No os he mandado llamar.

El aludido, lejos de contestarle, se volvió á la tropa, diciendo con imperio:

—Desarmad á ese hombre, y si resiste, atadlo de pies y manos.

—¡Miserable!—exclamó el conde fuera de sí.—¿Quién tiene poder suficiente para ordenar eso después de perdonado por el duque del Imperio? ¡El que ose tocarme!...

—Puesto que resiste,—añadió el alférez,—sujetadlo como he dispuesto.

—¡No será, voto al infierno!

Y tiró de la espada, gritando á la vez:

—¡Favor! ¡Llegad aquí, leales servidores!...

Cuatro robustos manchegos lo tumbaron como

pudieran hacerlo con un niño, atándole las manos y los pies. Tendido cuan largo era, le fijó uno la punta de la espada en la garganta, diciéndole:

—¡Si vuelves á hablar te ensarto!

Vignati enmudeció; al coraje, la ira y sorpresa reemplazaron un miedo y pavura superiores á toda descripción.

—Ese pintor maldito,—se decía,—me ha vendido, y en vez de asesinar al duque, manda que me maten á mí. ¡Oh, qué torpe fuí! ¡Y juzgaba que lo tenía engañado, que era ya ciego instrumento mío! ¡Fingió el canalla, pero qué bien! ¡Y eso que me valí de un medio capaz de descomponer el cerebro más privilegiado! ¡Yo no conozco á los hombres, ó ese duque es el mismo Lucifer!

Estas tristes reflexiones del prisionero fueron interrumpidas por la voz del alférez, que gritó á su gente:

—Cogedlo, y seguidme. Si llama ó da alguna voz, cerradle la boca con la daga.

Y echó á andar, caminando en pos los soldados, llevando en vilo á Vignati.

De este modo atravesaron dos pasillos, deteniéndose el jefe militar al final del segundo.

—Metedlo ahí,—exclamó, señalando con el índice un cuarto oscuro y solitario del palacio.—Dos de vosotros quedáis á la puerta, respondiéndome con vuestras cabezas de la suya. Quiso asesinar al duque, lo cual os disculpa si, en el caso de pretender ganaros ó pedir auxilio, le dais una estocada á lo Osorio. Los restan-

tes pueden retirarse, y ayudar á sus compañeros á cumplimentar mis órdenes.

En el acto fué obedecido sin réplica ni vacilación, y ya iba á abandonar aquel sitio, cuando oyó la voz del conde que decía:

—Señor alférez, oidme por Dios; invoco en favor mío, además, el nombre del señor duque del Imperio.

—Los españoles somos generosos: pero todo tiene en el mundo su límite, y con un miserable como vos no hay clemencia posible.

—Os han engañado, y debo advertiros que el invicto Osorio ama á mi hija, vendrá á verla, y cuando sepa lo que estáis haciendo conmigo, sin siquiera oirme, os mandará castigar cruelmente. Juro que me han calumniado: vuestro capitán quería más de lo que yo podía darle, me negué, y se venga inicuamente de mi.

—Eso luégo lo veremos.

—No os quede duda; estáis siendo un instrumento...

En este instante oyó Vignati la voz de su hija que pedía explicaciones de lo que pasaba en su casa, por lo cual gritó:

—¡Angelina, sálvame! Hija del alma, no abandones al autor de tus días, al que tanto te amó...

—Basta,—exclamó el alférez;—cerrad esa puerta, —dijo á los soldados,—y si vuelve á hablar, cumplid en el acto lo que os he mandado.

Después se volvió á Angelina, y cuando le hubo contestado lo que ya sabemos, dejó el piso principal del palacio para averiguar si estaban tomadas las entradas y salidas. Satisfecho de su reconocimiento, se

sentó en un sillón, en tanto que Angelina, visto que nadie la daba explicaciones, y creyendo que era injusto el excesivo rigor con que se trataba á su padre, subió á una carroza, dirigiéndose á casa del duque del Imperio, según dijimos antes.

El conde quedó, en consecuencia, recostado sobre la pared de su oscuro encierro, trémulo, agitado, y más temeroso que nunca de ver llegado su último instante.

—¡Qué fatalidad!—exclamaba.—Después de haber salvado milagrosamente, y cuando me hallaba en posesión de mi título y bienes, caer de nuevo en otra prisión; y lo peor es que si Vitali cuenta á Osorio todo lo que yo le dije, entonces no hay remedio para mí. ¡Qué mal juzgué á ese pintor, qué mal! ¡Qué confiado fuí, qué necio! ¡Maldición! ¡Todo mi plan vino abajo; perdí la segunda jornada, y habré de resignarme á morir! ¡Ahora no me llevarán al patíbulo, no; me ahorcarán en el jardín de mi casa, ó con la misma daga que yo envenené me atravesará el corazón uno de esos soldados tan forzudos y tan bárbaros! El tal Augusto se portó; sin embargo de sus pocos años, fingía haber entrado en la red que le tendí, y apenas me perdió de vista, daba ya orden para que me tratasen peor que á un perro. ¡Qué alma tiene ese diablo barbilampiño! ¡Si yo pudiera vengarme de él! Medio había; con que mi hija dijese que su amante quiso deshonrarla, que yo me opuse, y que entonces él dispuso que el alférez me prendiera y atase, me justificaba á los ojos del duque, apareciendo como miserable ca-

lumniador ese villano capitán. La idea es buena; Angelina es posible que la apoye por temor de que me maten; mas ¿cómo hablarla, cómo prevenirla, si tienen orden esos centinelas de destrozar mi pecho en el momento que dé una voz? Yo no debo consentir que me priven de la vida por tan poca cosa; perdonado lo principal, negaré, y seremos uno á decir que no y otro á contestar que sí. ¿Y si no me oyen? ¡Maldita suerte! Osorio es clemente, justiciero, y acaso me escuche. ¡Oh, como llegase á encontrarme delante de él, improvisaré cosas que lo horroricen; me las ha de pagar Vitali! Este se concretará á relatar la verdad; yo mentiré cuanto quepa en lo posible, y lo he de confundir con invenciones verosímiles. Entretanto me destrozan las muñecas estas ligaduras; me duelen los tobillos; tengo dormidas las piernas, y apenas puedo moverme. ¡Qué cambio tan inusitado y terrible! ¡Mi afición, mi deseo de venganza lo han motivado; á nadie puedo culpar! ¡Por segunda vez, y con intermedio bien corto, se agolpan las lágrimas á mis ojos; vacila la esperanza, y torno á contemplar mi porvenir negro, horripilante, feroz!

Vignati fué poco á poco perdiendo la fuerza física y moral hasta caer en un abatimiento y debilidad grandes. Desde este momento comenzaba á expiar su último crimen.

Lloró más de una hora; luégo fué poco á poco reponiéndose, y como la esperanza rara vez abandona del todo al hombre, inventó un cuento, con el cual se proponía salvar su existencia sin agravar demasiado

la suerte de Vitali. Este cambio era hijo de la postración á que las horas trascurridas y lo triste de su estado le habían conducido.

—Sólo quiero la vida,—exclamó;—con tal que me la concedan, no me importa que se case mi hija con el pintor ni aun dejar de ser conde; todo, todo menos perecer, cuando aún podía vivir veinte ó más años.

Y continuó mucho tiempo meditando sobre su último plan. Media hora después se abrió la puerta de su improvisado calabozo, y á la luz de dos blandones que sostenían, no ya los individuos de la compañía de Vitali, sino otros hombres enlutados, graves y de aspecto severo, vió acercarse uno, á quien no conocía, el cual le preguntó:

—¿Sois el conde Vignati?

—Sí,—respondió;—ved cómo me tienen la injusticia y maldad de un loco. Le perdono la ofensa; sus pocos años é insensatez...

—¡Silencio! Sólo se os concede derecho para contestar á mis preguntas.

—¿Puedo saber al menos quiénes sois? No os conozco, ni ese traje...

—Soy un familiar, y estáis en poder de la santa Inquisición.

Estas frases helaron la sangre de Vignati; quiso hablar, y le faltó la voz; recordaba que era protestante, y la idea de morir abrasado en terrible hoguera fué para él el rayo que más destrozó su alma.

Estaban en su encierro el familiar, un notario y cuatro esbirros. El primero dijo á uno de los últimos:

—Reconoced los bolsillos del conde, sacando las llaves que encontréis en ellos.

El aludido obedeció, sin hallar resistencia alguna por parte del preso.

—Aquí están todas,—contestó aquél, enseñando un manojito.

—Seguidme los tres,—añadió el familiar, y desaparecieron.

El conde miró á la derecha, notando con dolor que los soldados españoles se habían retirado, quedando en su lugar los dos esbirros que sostenían los blandones. Su plan en ciernes fracasó por completo; contra la Inquisición nada podía alegar; dió por hecho que lo delató Busato ó alguno de sus correligionarios; suponía que en aquellos instantes se apoderaban de la Biblia y comentarios de Lutero, y vió claro el abismo en que la suerte concluía de colocarle. Por eso exhaló un hondo suspiro, é inclinando la cabeza, se dispuso á confesarlo todo por temor de sufrir tormentos que le horrorizaban tanto como la muerte.

Media hora más tarde volvieron los cuatro con varios libros, diciendo el familiar:

—Levantad al reo, soltad sus ligaduras, y que nos siga.

Dos esbirros le ayudaron á ponerse en pie, y lo desataron, llevándolo en medio hasta el zaguán de su palacio. Nadie halló á su paso; los criados y dependientes de la casa estaban presos también ó huían de las miradas de un hombre acusado ante el tribunal más terrible que se conocía en aquella época.

Ya en el piso bajo le hicieron subir á una carroza en que estaban dos soldados de la Fe, le acompañó el familiar, é inmediatamente se dirigieron á Nápoles, en carruaje estos cuatro y á pie los cinco restantes.

Le parecía al conde que el ruido de aquel coche era siniestro; que sus ruedas apenas se movían, y que, no obstante, caminaba muy de prisa é impelido por un misterioso poder. Quiso hacer algunas preguntas, pero al expresar la primera frase, sus tres acompañantes se acercaron el índice á los labios, fijándose en él con enojo é imponiéndole silencio con la actitud.

—Me llevarán al fatal brasero,—dijo el conde para sí,—y antes iré al auto con coroza é insignias de hereje. ¡Maldición! ¡Todo se ha perdido! ¡Entre estos enlutados hábiles y misteriosos no sirven la calumnia ni la mentira; en cuanto hallan contradicción, dan tormento, trituran los huesos, y conducen al hombre á una agonía larga, fiera, horrible como nada! Siento un frío glacial que enerva mis facultades físicas y morales. ¡Dios mío, Dios mío, tened misericordia de mí, y yo os ofrezco una enmienda verdadera y tan constante como la contrición que ya llega á mí! ¡Morir, y morir deshonrado, destrozadas mis carnes y abrasado entre llamas!

Y cayó de nuevo en un abatimiento más grande y terrible que el anterior.

La carroza se detuvo á la puerta de la Inquisición, siendo inmediatamente conducido el conde á la sala de tormentos. Allí lo dejaron solo media hora, cuyos treinta minutos le parecieron un siglo. Le horroriza-

ban cuantos objetos tenía delante, y lejos de pensar ya en vengarse de nadie ni entregarse á la ira y encono á que era tan propenso, rogaba amargamente, pedía á Dios misericordia, aumentando por instantes la excitación nerviosa y el temblor consiguiente.

Se abrió una puerta, y saliendo por ella dos atormentadores, sujetaron sus manos y pies con grillos y cadenas. Luégo aparecieron un inquisidor, notario, el duque del Imperio, cuatro familiares, Busato y otros dos atormentadores.

Los tres primeros se sentaron junto á una mesa, que contenia recado de escribir y los libros que cogieron al conde, permaneciendo en pie los restantes individuos.

Se habían situado frente á Vignati y á dos varas de distancia. El inquisidor mandó al notario que se dispusiera á escribir, y comenzó seguidamente un interrogatorio relativo á la edad, estado y circunstancias del reo; luégo le dijo:

—Se os prohibe comentar; concretaos á contestar á mis preguntas lisa, llana y terminantemente.

Seguía aumentando el temblor del conde; se le iba la vista, y sólo tuvo aliento para fijarse en Osorio, demandándole con la mirada clemencia y compasión.

—¿Profesáis,—le interrogó su juez,—la falsa doctrina del perjuro y hereje Lutero?

Vignati nada contestó por faltarle la voz.

—Preparad ese tormento,—añadió el inquisidor, dirigiéndose á sus dependientes; entonces el preso hizo un esfuerzo, contestando:

—Sí, señor. ¡Perdón, me engañaron!...

—¡Silencio! Os prohibo por segunda y última vez que os salgáis de la contestación que os demando. ¿Son vuestros esta Biblia y escritos del hereje que he citado antes?

—Sí, señor.

—¿Quién os los facilitó?

—Los mandé traer de Alemania.

—¿Quién se encargó de ello?

—Un flamenco que há tiempo desapareció de Nápoles.

—Decid su nombre y señas.

El conde obedeció; su juez le dijo:

—¿Qué uso hacíais de estos libros?

—Los leía.

—¿Continuamente?

—No, señor.

—¿Cuántas veces al día ó á la semana?

—Tres ó cuatro durante la última.

—¿Solo?

—Siempre.

—¿Se los prestasteis á alguno?

—No.

—¿Quién los vió?

—El que me los trajo y yo nada más.

—¿Aconsejasteis á algún desgraciado que profesara las perniciosas ideas que á vos os imbuyeron?

—Sólo recuerdo á Busato.

—Está bien. Que salga de aquí el que concluís de citar.

Un familiar sacó á aquél de la sala de tormentos, cerrando la puerta.

El inquisidor prosiguió:

—¿Es cierto que acusasteis á vuestra hija Angelina de haber sostenido relaciones criminales con su excelencia el duque del Imperio?

Vignati miró á Osorio con más miedo y terror que nunca, y quiso contestar, pero le faltó la voz ó no supo qué decir.

El juez añadió:

—Esos tormentos hacen hablar, y vos...

—¡Piedad, señor, piedad! Responderé al momento.

—Al instante y sin ocultar nada ni mentir.

—Mi hija...

—Sí ó no.

—Sí, señor.

—¿En qué os fundasteis?

—Angelina distinguió al señor duque; se hallaron solos en mi jardín y en su cámara, y sospeché de ellos, visto el interés y deferencias de mi hija.

—¿Quién os refirió esas citas?

—Ella.

—Después de contar á Vitali lo expuesto y de exagerar y mentir, ¿le disteis una daga envenenada?

—Si, señor.

—¿Con qué objeto?

—Para que...

Volvió á faltarle la voz; el inquisidor alzó la mano para que los atormentadores cogieran al conde, mas éste se apresuró á replicar.

—Para que hiriese al señor duque del Imperio.

—Basta con lo declarado para merecer la muerte; en consecuencia, me contraigo á deciros que vuestra hija Angelina, según resulta plenamente probado, es sólo la protegida de S. E. el duque del Imperio. Ante nosotros aparece pura é inocente del delito de que la acusáis, y sólo la maldad pudo calumniar á quien no dió motivo alguno. También quisisteis envilecer á la digna esposa de otro caballero, y son tantos vuestros crímenes, que la inmensa bondad divina acaso no alcance á perdonároslos. El duque del Imperio salvó vuestra vida devolviéndoos con ella hacienda, títulos y honores; meditad la manera que tuvisteis de agradecérselo, y si contáis con un átomo de conciencia, ella os presentará la enormidad de un delito que asombra. Todavía pide por vos la ilustre persona que fué víctima de una saña que carece de rival; su inconmensurable clemencia aún excita la nuestra, pero en balde; la Inquisición sólo ve la falta y el castigo. Pensad en Dios; despreciad la materia; fortaleced el espíritu, y preparaos, seguro de que os será imposible continuar perverso el corto ó largo plazo que os quede de vida.

El inquisidor se levantó, y cogiendo lo escrito por el notario, dispuso que dejasen solo al reo, yéndose él con Osorio á la estancia donde les esperaba el tribunal.

Media hora después volvió el duque adonde estaba el conde, y le preguntó:

—¿Deseáis vivir?

Vignati le miró sorprendido, sin atreverse á contestar otra cosa que:

—Sí, señor; acepto cuanto me impongáis.

—Escuchad las condiciones con que me será dable defender vuestra existencia: ahora mismo debéis renunciar en favor de vuestra hija cuantos bienes y títulos poseéis; luégo vendrá un sacerdote que se encargue de confesaros, atraeros al catolicismo, y si lo consigue, como creo, de perdonaros en nombre del Altísimo. Seguidamente entraréis en una orden monástica que os designará el tribunal, y, siempre vigilado por éste, profesaréis en el momento que se os juzgue en disposición de pronunciar un juramento tan sagrado. De ese modo os salvo cuerpo y alma. Elegid entre esto ó el tormento y la muerte en la hoguera. Ofrecí á vuestra hija libertaros del crimen y la muerte, y la he de demostrar que el duque del Imperio nunca falta á su palabra, cuando lo imposible no sale á su encuentro.

—Comprendo vuestra idea, admiro su grandeza, y la acepto. Vos no sabéis lo que yo acabo de sufrir; la revolución que han causado en mí vuestra noble conducta y todo este aparato terrorífico; no me conceptúo ni la sombra de lo que fuí: Satanás tiene aprisionada por completo mi alma, y ya no se cuida de mí, ó la desprecia por ver en ella más crímenes de los que anhelaba en su infernal codicia. Esa verdad me ha permitido por primera vez de mi vida pensar en otro mundo, implorar la clemencia divina, si bien con el fundado temor de que la Providencia me niegue un

perdón que no merezco. ¿Creéis vos, tan grande entre los pequeños, tan gigante entre los poderosos, tan noble entre los hidalgos, que Dios se dignará perdonarme?

—Sí, con tal que vuestro arrepentimiento sea sincero, que la enmienda corresponda á aquél, y continúe sin tregua ni descanso mientras viváis. Tal es lo sublime de la bondad celeste que, cubierto con un sayal, escudado por la Providencia, aún os será permitido ver el sol, oir el canto de las aves, contemplar vuestros nietos, y en el santo retiro que os ofrezco disfrutar una paz, sosiego y bienestar de que carecisteis hasta hoy.

—Quiero eso; lo anhelo; ¡por Dios, señor duque, no retraséis un momento lo que ya me pide el alma á gritos, la conciencia á voces y el corazón con palpitante frenesí! Renuncio gustoso á mis títulos y bienes, y pretendo sólo de este valle de amargura que me otorguen un confesor, un hábito y una celda. Todo lo demás me sobra, lo detesto, y... no tardéis, señor; temo que Satanás se aperciba y vuelva á posar sobre mí su férrea mano.

—Ya estará extendida la cesión; en breve la firmaréis, y acto continuo os llevarán á la estancia que tenéis destinada en este local, hasta tanto que os halléis en disposición de pertenecer á la orden monástica de que os hablé antes. Adiós, Vignati; voy á salvar vuestra vida; ayudadme luégo á que no se pierda un alma que Dios me pide y deseo regalarle.

—Esperad un poco, por favor. ¿No pensáis volverme á ver?

—No; sería inútil.

—Os equivocáis; vuestras frases, presencia y actitud ejercen en mí influencia mágica que no puedo explicar, pero que siento. No me abandonéis, y vuestro aliento engrandecerá mi pequeñez, dándome fuerza para andar por el recto y espinoso sendero que acabáis de trazarme.

—Os haré una visita diaria durante el tiempo que permanezca en Nápoles.

—Gracias, señor. ¿Me permitís que bese vuestra mano?

—No; ese ósculo de amor mandádselo al bondadoso Señor que me inspira y se dispone á perdonaros; ved su efigie, por nosotros murió enclavado; comparad la suerte que aún os ofrece el destino, y os juzgaréis dichoso. Hasta mañana.

El duque volvió á reunirse con el tribunal, conferenció con los individuos que le componían, y acto continuo pasaron un notario y varios familiares á la prisión de Vignati, leyendo á éste la cesión que hacia en su hija, la que fué aceptada y firmada por él, en unión de los testigos que exigía la ley.

En tanto que se verificaba esto acompañó el maestre Zalla á Busato al convento de Capuchinos, donde lo dejó de orden del duque. A la vez se encerraban Osorio y el prior de dicho convento, discutiendo ambos sobre los medios que debían emplearse para excitar el arrepentimiento y enmienda del conde. Así permanecieron hasta el momento en que entregaron al duque el documento que concluía de autorizar Vigna-

ti, cuya renuncia debía aprobar él en nombre de su majestad.

Durante este período fué cuando llegó el príncipe de Italia, y tuvo la corta entrevista, á que asistimos, con los cinco inquisidores. Así es que al entrar el prior en la estancia que habían destinado al padre de Angelina, é ir Osorio á dar las gracias al tribunal por las deferencias que tuvo con él y lo benigno que se mostró con Vignati, fué sorprendido por la misteriosa é inesperada presencia de su hermano y jefe Julio de Silva, al cual lo dejamos abrazado en el capítulo anterior.

Oigamos el diálogo que sigue al primer acto de cariño entre los dos primeros caudillos del imperio español.

CAPITULO II

Terrible nueva.—Abatimiento de Osorio.—Una ráfaga de esperanza.—El protector y sus protegidos.

El duque del Imperio sintió más placer que sorpresa, más alegría que admiración al encontrar en Nápoles al príncipe de Italia. Nada podía justificar ante sus ojos aquella marcha repentina é inusitada, y otro cualquiera la habria juzgado hija de desconfianza ó temor; pero Flaviano amaba á Julio de Silva más que á un hermano, y sólo se cuidaba en estos instantes de estrecharlo contra su pecho y gozar con su presencia.

Por último, se desprendieron, y entonces preguntó Osorio:

—¿Cómo dejas á tu esposa, á la mía y á las de nuestros cuatro hermanos restantes? ¿Qué noticias tienes de Odón, Roberto, Mauro y Rogelio? ¿Triunfaron? Dirás que el dudar de ellos es una falta en mí, pero

te equivocas; comprendo que los dos primeros vencerían en las Alpujarras, como lo hicieron en todas partes los hijos de Pedro Navarro, y los segundos habrán imitado á tu padre y al mío en Francia; vale poco el *Pretendiente* á la corona de Francisco I para detener el arrogante paso de nuestros hermanos Mendoza y Núñez de Lara.

El príncipe miró á Flaviano con dolor, apresurándose á contestarle:

—No es cierto por desgracia.

—¿Qué dices, Julio? ¡Tus ojos se humedecen; bajas la vista! ¡Oh, todo lo comprendo! Tú no podías venir á Nápoles por sólo el gusto de verme, cuando te hallabas en Madrid gobernando á nombre de Felipe II los dos mundos en que ondea el pabellón español. Tu genio, indispensable allí, ha necesitado que un acontecimiento grande, terrible, inconmensurable le impeliese á esta ciudad próxima á Francia, donde acaso murieron mi pobre Mauro y mi querido Rogelio. Habla, príncipe; ve que tu silencio destroza mi alma con la más horrible incertidumbre.

—¿Nos escucharán?

—No; ocupemos el centro de este salón. Despliega tus labios, y si nuestros hermanos han muerto, recuerda como yo aquel solemne juramento: «La suerte de uno será la de los seis.» Eso dijimos, y eso ha de ser.

—No corras tanto, Flaviano; que aun cuando la desgracia es muy sensible y harto dura, la empequeñece tu exagerado temor.

—Veo lágrimas en tus ojos.

—¡Qué te extraña! ¿No os amo á los cinco más que á mí mismo?

—Luego alguno de los otros sufre, y tardas en decírmelo, mal hermano.

—Oye: tu esposa, la mía y restantes hermanas quedan buenas; Odón y Roberto fueron á las Alpujarras, y les bastó un mes para no dejar vivo un moro traidor ni un mahometano que resistiera al gobierno de Felipe II. Conmigo vienen, en tu palacio se encuentran, y ellos te contarán la manera que tuvieron de arrancarle á la suerte los nuevos triunfos que España aplaudia á mi salida de Madrid. Los Navarros quisieron rivalizar en heroísmo desde Andalucía con Osorio en Nápoles.

—¿Y Mauro y Rogelio?

—Esos fueron más desgraciados; comprendiendo el enemigo el peso y lo incontrastable de sus espadas, les tendió inicua red, y se hallan prisioneros.

—¡Prisioneros, maldición! ¡Prisioneros como tu padre! ¡Víctimas acaso de una infamia igual! Julio, ¿por qué estás en Nápoles? ¿Cómo no has muerto ó los has dejado en libertad, según hicieron nuestros padres con el tuyo? ¿Qué hay en el mundo más sagrado é interesante para ti que la libertad de tus hermanos?

—El cumplimiento de mi deber. La calma de Julio de Silva fué siempre augurio del éxito.

—¡Maldita calma en la ocasión presente! ¡Horrible sangre fría que admiré en los combates y ahora me destroza el alma! Si tú quieres quedarte, hazlo; yo

parto á Francia. ¡Pobre Mauro, infeliz Rogelio; siempre *invencibles* hasta este momento en que se hallarán presos, humillados, solos y sin un amigo que intente abrirles la puerta de hierro que los esconde! ¡Salid, lágrimas mías; vosotras ahogáis mis triunfos de Nápoles; vosotras costaréis á la Francia un mar de sangre humana!

Y los dos héroes se miraron, los dos lloraban, y á la vez volvieron á abrirse los brazos, exclamando el príncipe:

—Ya que tu acento osa herir mi pobre corazón, consuéleme tu cariño, mayor aún que nuestras desgracias. Ingrato, ¿por qué dudas del que fué para vosotros padre, maestro, amigo y hermano?

—Primero atravesaría mi pecho que abrigar en él la más leve desconfianza respecto de tu amor é interés; maldigo únicamente tu calma, Julio, tu inalterable sangre fría.

—Juntos peleamos, Flaviano; unidos siempre, parecemos gemelos; ¿notaste alguna vez que justificasen los hechos tu impaciencia, respecto de lo que juzgas mi sosiego?

—No, pero en la ocasión presente...

—Será como en todas.

—Habla.

—Me consta que el *Pretendiente* tiene gran interés en que vivan; se hallan sanos, gracias á Dios, y á la vez de procurar su libertad, quiero realizar una idea que asombre al mundo, y ponga fin á la fratricida guerra de Francia.

—¿Estás cierto de su realización?

—Nací falible, y en verdad que ignoro hasta dónde podré llegar; mas la Providencia no puede abandonarme en empresa tan magna, y si cuento con su protección, claro es que el triunfo es seguro.

—¿Cuándo partimos?

—Antes debo ir á Roma, que es la verdadera causa de haber tocado aquí. Mientras yo hablo con Su Santidad, terminas tú la gran obra que te trajo á Nápoles, y á mi regreso pisaremos los cuatro el suelo francés.

—¿No es posible marchar ahora mismo?

—No.

—Sea en buen hora; donde tú estás, sólo manda el príncipe de Italia, sólo á ti te es dado obligarme á inclinar la frente. ¿Cuándo sales?

—Al rayar el alba.

—¿Tardarás mucho?

—Cuatro ó cinco días.

—Tengo suficiente tiempo para dejar concluídos los asuntos pendientes en Nápoles. ¿Quiénes te van á acompañar?

—Mi criado y un salvoconducto del que apellidan héroe napolitano.

—¿Viajas de incógnito?

—Sí; conviene que todos me juzguen en Madrid.

—¿Te han dicho la causa que me trajo á este lugar de llanto y desolación?

—La conozco; mas di: ¿os visteis obligados á atormentar al conde?

—No; aquí llevo la renuncia de sus títulos y bienes;

queda confesándose, y en breve tomará el hábito sin que haya sufrido otra cosa que una prisión y la idea que tuvo hasta hace poco de que iba á perecer en la hoguera.

—¡Otra Syra hallaste en Nápoles!

—Otra tentación, Julio, que me dió muy malos ratos. Fué una corona de lealtad para mi esposa, de espinas para mí.

—Continúa así, Flaviano. Dicen ya que te sobrepones á mi padre...

—No mientas, Julio; tu excesiva modestia te obliga á citar al santo, que valía más que tú. Pretenden únicamente que me igualé á ti; pero no te conocen los que refieren eso.

—En Nápoles, hermano, no habría hecho yo más, si acaso tanto; escuché el relato de tus triunfos con admiración; vi tu grandeza...

—Bah, bah; guarda ese cuento que parece historia para referírselo muy quedo á mi esposa Adela; pero que no lo oiga la tuya, porque se va á reir.

—¿Hablas con ingenuidad?

—Buenos tengo el alma y corazón para expresarme de otro modo.

—Bien, Flaviano, muy bien; sólo faltaba á tu elevada frente una orla de modestia, innata en el que se eleva donde tú, y ya la tienes.

—Estás haciendo tu retrato.

—El tuyo, que me enorgullece más que el mío.

—Dame otro abrazo, y partamos. ¡Pobre Mauro, infeliz Rogelio!

—Estréchame, y marchemos á tu palacio.

—¿Ya existe tuyo y mío entre nosotros? ¿Qué quieres decir, príncipe?

—A nuestro palacio.

—Eso es. En la habitación contigua estará Alvaro Zalla; subid ambos á mi carroza, y esperadme en casa; yo antes debo despedirme de los inquisidores, y luégo visitaré á mi Syra número dos.

—Comprendo, mas no tardes; quiero descansar algunas horas, y antes deseo que hablemos.

—Pues no perdamos tiempo.

Llamaron á Zalla, el cual fué estrechado por el príncipe, y ambos partieron de la manera indicada por el duque, en tanto que éste daba las gracias al tribunal y se despedía, saliendo acto continuo por una puerta excusada de aquellas cárceles. Embozado en su capa, solo, y con los ojos húmedos, se dirigió al palacio de Angelina.

Iba ahora el venturoso guerrero triste, ensimismado y muy abatido; sus labios murmuraban de vez en cuando las palabras Mauro, Rogelio, y no obstante hallarse templada y agradable la noche, un sudor frío bañaba su frente, llegando á sus ojos algunas lágrimas que él se apresuraba á deshacer con las yemas de los dedos.

De este modo cruzó casi todo Nápoles, sin reparar en el inmenso pueblo que le vitoreaba ni escuchar las voces con que atronaba el espacio. Solo, echado el embozo y hablando consigo mismo, llegó al campo, siguiendo por una vereda que acortaba la distancia, y

que muy en breve lo llevó á la puerta del edificio que habitó Vignati.

Era cerca de la media noche; el palacio se hallaba cerrado, y no obstante la mucha gente que se encontraba dentro, parecía un castillo encantado.

—¡Silencio sepulcral,—exclamó el duque;—á nadie se ve ni se oye, y sin embargo de esto permanecerá en pie su dueña, abatida y triste como yo, húmedos sus ojos como los míos, y con poca esperanza de vislumbrar un porvenir alegre y risueño! ¡Hasta en eso nos parecemos, y nos separa, ¡ay Dios! un mundo; un mundo que me aleja de su hermosura contra la voluntad de ambos! ¡Cómo ha de ser; tendré paciencia, arrancando aquí un triunfo que acaso me niegue el destino en Francia! ¡Sí; los haré felices á ellos, por si yo no puedo serlo el resto de mi vida! ¡Mauro, Rogelio! ¡Prisioneros vosotros; víctimas de la saña de un francés, maldición!

Y comenzó á golpear en la puerta, hasta oir la voz de un soldado que le preguntó:

—¿Quién es?

—El duque del Imperio.

—¡El duque del Imperio!—repitió el español, atronando el palacio, y bien pronto le dejaron expedita la entrada.

—¿Qué hace Vitali?—preguntó Osorio al alférez, que fué el primero en presentársele.

—Lo ignoro, señor; me encargó que estuviese en vela por si veníais, y prosigue en el piso principal.

—Retiraos todos á descansar; no es preciso centi-

nelas ni aparato alguno de fuerza; dejad que los criados de esta casa se cuiden de ella sin la ayuda de vosotros.

Y se dirigió á las habitaciones de Angelina, hallando á sus doncellas en la estancia contigua á la cámara donde aquélla se encontraba.

—¿Qué hace vuestra señora?—les preguntó.

—Sentada, triste y llorosa.

—¿Quiénes la acompañan?

—El capitán Vitali y una camarera.

—Abrid la puerta.

Sin anunciarse penetró el duque en el saloncillo de la bellísima joven, encontrándola en la forma que concluían de decirle sus sirvientas. Vitali se hallaba cerca contemplándola con amoroso éxtasis, pero sin atreverse á decirla nada. Al ver al duque, los dos se pusieron de pie, preguntándole ella:

—¿Y mi padre?

Augusto le hizo una reverencia y fué á partir, pero le detuvo Osorio, diciendo:

—Quedaos junto á mí. Vos,—añadió dirigiéndose á la camarera,—salid, cerrando á la vez esas puertas. Vuestro padre, Angelina,—contestó á la joven,—se halla bueno. Acabo de dejarlo en vías de un arrepentimiento, de una contrición sincera, y es posible que en breve se haya trocado el mayor criminal de Nápoles en un religioso, modelo de caridad y vida cristiana.

—¿Le han dado tormento?

—No.

—¿Sufrió mucho?

—Su parte física nada, bastante la moral, tanto cuanto era preciso para realizar una completa revolución en sus ideas, pensamientos y modo de vivir.

—¡Luego se ha salvado!

—Creo que por completo. Ningún peligro amenaza á su existencia, y todas las probabilidades están porque se gane su alma.

—Gracias, señor; os debo la vida, la felicidad y un porvenir que acaso sea dichoso. Dejad que bese vuestra diestra y la empape en mis lágrimas.

—Soltad.

—No me neguéis este último bien; mi llanto ahora es el presagio de la ventura; es el agradecimiento grande y sublime que el débil ofrece al hombre fuerte y poderoso; es, por fin, el dolor que parece abandonar mi alma para no volverla á atormentar. Gracias, duque. Ayúdame, Vitali; demostremos á nuestro protector cuánto le amamos.

Los dos jóvenes cayeron de rodillas y cogido cada cual á una mano de Osorio, estampaban en ellas ósculos que expresaron el cariño que ambos le tenían.

—Hijos, levantad; venid á mis brazos y contemple yo más de cerca vuestra felicidad. ¡Ay! Sed vosotros dichosos, ya que el cielo me lo niega á mí.

Los dos se pusieron de pie, preguntándole á la vez:

—¿Por qué decís eso? Hablad, señor.

—No; gozad vosotros, que harto sufristeis; ahora soy yo el que debe padecer.

—¿Y creéis acaso,—le preguntó Angelina con vi-

veza,—que nos será dable entregarnos á la alegría siendo vos infortunado? Nosotros no podemos enjugar vuestro llanto, que está muy alto el héroe para que otro remedie el mal que él no destruya; en cambio lloraremos vuestras penas, participando de ellas, y acaso os robemos una parte del daño que os causan.

—A mí me es dado más,—dijo Vitali;—yo intentaré lo imposible muriendo en la demanda si no logro destruir lo que motiva vuestra amargura. ¡Inclináis la cabeza! ¡Vuestros ojos se humedecen! Señor, dejadme que confunda á los que os causan ese duelo, y me daréis el instante más dichoso de mi vida.

—Decidnos, señor,—exclamó Angelina,—¿qué acontecimiento es ese que acerca el llanto á los párpados del hombre más fuerte que ha nacido hasta ahora?

—¡Fuerte decís! ¡Eso creemos, sin perjuicio de probar á cada instante lo débil y quebradizo del barro que constituye nuestro sér! El poder del hombre es una quimera, otra ilusión de las muchas que se hace.

—No os comprendo.

—Há poco era yo el rey de Nápoles; me obedecían millones de almas; una gran parte de ellas pronunciaba mi nombre con amor y respeto; le aplaudían, le vitoreaban, y el ídolo permanecía elevado sobre un pedestal de amor que debían envidiarle todos los monarcas de la tierra. Pero el destino, envidioso de mis triunfos, destruyó con su potente mano la base, y el héroe rodó por el suelo, confundiéndose otra vez con el polvo de donde salió.

—Ahora me explico menos vuestras frases. ¿No os

aman ya los napolitanos? ¿Cesaron de aplaudiros, de reconocer en vos al más noble, valiente y caballero?

—¡Ellos seguirán entusiasmados viendo en mí todo eso; pero ¡ay! yo no puedo oirlos; mi corazón rechaza ya lo que no sea llanto y luto, y de poco sirve que me eleve si me contemplo rodando por el suelo!

—¿Ha muerto vuestra esposa? ¿Os venció algún hombre? ¡Hablad, señor, que la incertidumbre es peor mil veces que la muerte!

—Es un secreto, Angelina; pero á vosotros dos, que tanto me amáis, sería una ingratitud el ocultároslo. ¿Es cierto?

—Sí, sí.

—Decidme, ¿oisteis hablar de mis cinco hermanos?

—Sí, sí.

—¿Os dijeron que nos unía el cariño más acendrado; que entre nosotros existía una sola voluntad, un deseo?

—Sí, sí.

—Juntos desde la infancia corrimos el mundo cual gemelos que nada les separa en la tierra; la vida de uno era la de los seis, y triunfantes hasta ahora en la corte, en los campos de batalla, ante los reyes, frente á los poderosos, nos apellidaban los *invencibles*, y acaso con razón, porque la unión nuestra constituía una fuerza superior á cuanto pudiera expresar. Pues bien, esta noche llegaron el príncipe de Italia, el duque de los Andes y el conde de Santomera...

—¿A Nápoles?

—A Nápoles, sí. Figuraos cuál sería mi gozo al es-

trechar al primero, después de lograr la contrición del conde Vignati y el arrullo de una ovación tributada por el pueblo de todo un reino. Aquel abrazo... No os puedo yo decir la venturosa impresión que me hizo. Luégo pensé que la venida de mis hermanos á Italia era el presagio de una catástrofe horrible, y me separé de Julio con miedo. No me había equivocado. ¡Asombraos, hijos, asombraos; nuestros dos restantes hermanos, aquel gigante que apellidan marqués de Abella, y no halló rival en el mundo en valor, generosidad y fuerza; aquel poderoso conde de Monterrubio, que era mi sombra en asuntos amorosos y mi egida en las batallas, esos dos héroes se encuentran prisioneros, encerrados acaso en oscura mazmorra, y próximos sin duda alguna á perecer!

—¡Jesús!—exclamó Angelina cubriéndose el rostro con las manos.—¡No hay dicha posible en este mísero valle!

—¡Corramos, señor!—añadió Vitali, tirando de una mano del duque.—¿Qué os detiene?

—¿Adónde, Augusto?

—A salvar á vuestros hermanos; mi cuerpo servirá á vos, el héroe, de muralla; de este modo escalaremos las torres, minaremos la tierra, no descansando un instante hasta dejar en libertad al conde de Monterrubio y al marqués de Abella.

—¡Loco! ¡Qué valemos nosotros contra media Francia que defiende la prisión y guarda sus calabozos!

—Moriremos en la contienda, si otra cosa no es posible conseguir.

—No; intentaremos más adelante cruzar por medio de los diez millones de almas que aprisionan á esos valientes; y la destreza unida al valor jugarán como nunca; pero bastan para eso mis tres hermanos y yo.

—Permitidme que os siga; es el mayor favor que podéis hacerme en el mundo.

—Hijo, hasta que vino el príncipe de Italia mandé yo; ya él aquí, sólo á su genio le es dado dirigir, encaminar y disponerlo todo. Tened muy en cuenta que si vos me admiráis á mí mucho, más admiro yo á Julio de Silva.

—Yo se lo rogaré con llanto en los ojos. ¿Dónde está? Facilitadme los medios de qne le vea.

—Imposible; recordad que os he contado un secreto y sabed que la lucha en pro de la libertad de mis hermanos no debe ser sostenida por la fuerza, que ésta sería inútil contra un reino tan poderoso; irá apoyada con la destreza, la habilidad, el silencio; y para esto, si no basta con nosotros cuatro, serán infructuosos los demás.

—Deduzco de vuestro relato que me negáis el gran favor que anhelaba.

—Sí, Augusto; nada hariais en Francia, y en Nápoles me sois indispensable. Os voy á dejar un cargo elevado, y puesto que junto á mí pudisteis aprender á disfrazaros y á averiguar cuanto conviene á la tranquilidad de este país, os dejaré, si no en mi lugar, un poco más bajo, pero con facultades suficientes para que os sea dado combatir y aniquilar el primer síntoma de revolución que viniera con tendencia á destruir

la tranquilidad y sosiego de este país. Cuanto os he dado y concedido debéis agradecérselo á España; velad día y noche por sus intereses y no os mostréis jamás ingrato con quien fué tan generosa para con vos.

—Hubiera preferido mil veces partir á Francia, buscar á vuestros enemigos, y ya frente á ellos ayudaros á dar fin de todos. ¡Cuán feliz sería de ese modo!

—¿No os importaría abandonar á Angelina?

—Mucho la amo, pero es antes mi deber.

—Os equivocáis; el cumplimiento de vuestra obligación está aquí, donde tendréis ocasiones de vengar la muerte de vuestro padre y de probarme que basta con vos, es decir, con la representación que os dejo, para que nadie ose atentar contra mi querida patria. Mañana por la noche se efectuará vuestra boda, siendo padrinos la duquesa de Mantua y yo; y para que podáis vivir en Nápoles como conviene á vuestra clase y á la difícil misión que os dejo, os cedo, como regalo de boda, mi palacio y cuanto se encierra en él. Este podéis dejarlo como casa de recreo.

—¡Es demasiado!

—Vuestro padrino no puede daros menos, ni á la distancia en que se halla de su familia y Estados le es dado añadir más; por consiguiente, os entrega lo justo. Eso es para vos, Vitali; á Angelina, le adelanto este título, que la deja desde ahora en posesión de todos los bienes y honores que tenía el conde Vignati.

—Basta con lo que posee Vitali; que conserve mi padre su condado y riquezas.

—Renunció en vos á cuanto le pertenece, porque

le es imposible retener nada en su calidad de religioso capuchino.

—Mucho se habrá violentado al firmar ese escrito; ¡era tan avaro de su fortuna!

—No lo creáis; con lágrimas en los ojos me pedía que abreviase la cesión de sus bienes y la hora de entrar en el convento. Abrigo hoy la esperanza de que el criminal Vignati llegará á ser un modelo en el claustro.

—Acaso; vos hacéis milagros, y ese será uno de tantos como vais dejando atrás en el camino de vuestra vida.

—Ya sois condesa, Angelina; mañana os uniréis á Vitali, y acabará de cumplirse mi deseo si ambos os demostráis el amor que yo tengo á mi esposa, si procuráis, como nosotros, una felicidad que envidian cuantos nos conocen.

—Será así, y todo os lo deberemos.

—Hijos, anhelaba este instante, y en verdad que hice con vosotros una excepción tan rara para mí, que acaso sea la primera; preferí participaros vuestra próxima unión, arrepentimiento del conde y completo arreglo de vuestros asuntos, á estrechar á mis hermanos Odón y Roberto Navarro. Me estarán llamando ingrato, y no debo darles motivo para que justifiquen la frase. Adiós, Angelina. Vitali, entendeos mañana con el obispo de Nápoles, facilitándole los documentos que os pida para el logro de nuestro común deseo. A las nueve de la noche se efectuará la boda, sin ruido ni aparato alguno. ¿Comprendéis la causa?

—Sí, sí.

—Cenarán con vosotros los duques de Mantua, mis dos hermanos, el obispo, Zalla, Ros y yo; á eso estará reducida la fiesta.

—¿No volveréis, pues, hasta el momento del desposorio?

—No; pero estaré á la hora convenida.

—¿Cuándo podré ver á mi padre?

—Después que haya profesado; Vignati, hija mía, ha muerto para el mundo; idlo olvidando poco á poco, y no le robéis un tiempo que necesita emplear en un verdadero arrepentimiento, tan difícil como graves son las culpas que cometió.

—Os obedeceré.

—¿Deseáis alguna otra cosa de mí? Ahora estáis á tiempo.

—No.

—¿Vais ambos al tálamo nupcial con voluntad decidida y la santa convicción que requiere la solemnidad del acto?

—Sí, sí.

—¿Nada más se os ocurre decirme?

—Nada.

—Estrechadme, y hasta mañana.

—¿Vinisteis solo?

—Sí.

—Permitidme que os acompañe.

—¿Para qué? Cuidad de Angelina, hablad con ella, y sed tan felices como yo infortunado.

Y después que los hubo estrechado, se embozó el

duque, abandonando el palacio tan triste y taciturno como entró en él.

Los jóvenes le vieron salir brotando en sus ojos lágrimas de agradecimiento, y cogidos de las manos corrieron á un balcón, permaneciendo en él hasta que se confundió con los árboles y las plantas la arrogante figura de su generoso protector.

La nueva condesa dispuso que una de sus doncellas trasladase su lecho á la misma alcoba donde ella iba á dormir; verificado lo cual dió la orden de que todos se retirasen á descansar, y cuando se despidió de Augusto, se acostó, quedando el palacio sumido en el silencio.

Vitali durmió poco, pensando unas veces en su amada, en la dicha que el destino le ofrecía, y otras en las desgracias que atormentaban al duque, pasando del placer á la tristeza, con lo cual se cumplía también en él el tan sabido axioma de que no existe en el mundo felicidad completa.

Nuestro caudillo, satisfecho por el buen resultado que le ofrecían sus asuntos de Nápoles, dejó de pensar en ellos para entregarse de lleno á la idea de que sus pobres hermanos estaban prisioneros, y sufriendo acaso los rigores de un enemigo que los aborrecía y odiaba cuanto era posible. Llevaba la frente contraída, era torva su mirada, y solia tropezar á cada instante en el sinuoso sendero que atravesaba, efecto de lo absorto en que le llevaban sus ideas.

Había dejado el arrecife, y seguía ahora por una vereda que acortaba la distancia; de pronto, y cuando

más ensimismado se hallaba, vinieron á distraerle las siguientes frases:

—¡Inspiradme, Dios mío!.. ¿Salvad, Señor, á ese hombre incomparable!.. ¡Gracias, gracias, egregio Padre! ¡Cuán grande sois, cuán sublime, cuán bondadoso!

La voz que pronunció las anteriores palabras imitó al vibrante sonido de la campana y parecían salir del corazón de un hombre. El duque se estremeció á su pesar, quedando como embargado por lo mágico de un acento que se confundía con el del padre Alberto. Instintivamente se bajó el embozo, cruzando las manos y permaneciendo un minuto en actitud ascética; miraba al cielo, y no se movía ni hablaba. Luégo giró la vista en torno, pero nada distinguió.

—¡Sí,—dijo,—oí una voz que conmovió mi sér, agitando mi espíritu; era la del santo; mas á nadie veo! ¡Sería una ilusión de mi mente! ¡En mis conflictos siempre invoco la protección del padre Alberto, y rara vez dejo de contemplar en sueños su venerable figura! ¡Me amaba tanto, le quería yo tan profundamente!... ¡Mi pobre cerebro se descompuso con la fatal noticia de la prisión de mis hermanos! ¡Ay, Dios sea con nosotros! ¡El santo que nos protegió en vida incline la Providencia en favor nuestro!

Y tornó á embozarse, siguiendo adelante por el estrecho sendero que lo encaminaba á Nápoles; mas á los pocos pasos que dió, se detuvo de nuevo, añadiendo:

—¿Qué es aquello? Parece el bulto dé un sér huma-

no tendido en tierra... Sí, un religioso... ¿Será también delirio de mi mente?

Y acercándose al objeto que llamaba su atención, trató de reconocerle, diciendo á la vez:

—¡Es el prior del convento de Capuchinos! ¡Cuando yo le creía confesando al conde!... ¿Qué acontecerá? ¡Está frío, yerto; infeliz! ¡Padre, padre mío! Vive. ¡Oh, le echaré mi aliento, y lo cubriré con mi capa!

—¿Quién es?—exclamó el religioso alzando la cabeza.—Mísero mortal, ¿por qué interrumpes el delicioso sueño de un cristiano?

—Padre, estáis frío! Abrazaos á mí.

—¡Ah! ¿Sois vos? Cierto; sólo el duque del Imperio podía llegar aquí en este instante.

Y el fraile se levantó, palpando las ropas de Osorio con alegría febril.

—No, no me cubráis con vuestro manto; estoy bueno; soy feliz, y lejos de sentir frío, arde mi cabeza.

—¿Por qué abandonasteis la santa misión que os confié?

—Porque Dios me lo mandó.

—¡Padre, la Providencia no podía oponerse á que me ayudaseis á encaminarle un alma que en concepto vuestro y en el mío tenía perdida!

—Cierto; mas se encargó de preparar al penitente el tribunal de la Inquisición en pleno, en tanto que yo venía á buscaros; luégo le confesaré, separando á Satanás de su espíritu, y todo se habrá ganado.

—No os comprendo, santo varón.

—¡Qué frase tan grata y seductora para mí! ¡Santo

varón! Mil y mil veces ofrecí al cielo mi vida y cuantos sacrificios caben en cabeza humana por lograr ese título que acaso me dais sin razón. Os he dicho y repito que los cinco inquisidores permanecerán disponiendo á la confesión á vuestro protegido, en tanto que yo vengo á hablaros.

—¿Quién os ha dicho que yo debía pasar por este sitio?

—Nadie, lo adiviné.

—Vos, padre mío, no podéis engañarme, y de ser cierto lo que decís, sois otro padre Alberto.

—El santo; aquel tipo de virtud, abnegación y caridad. ¡Oh! No lo creáis. Oidme.

Y el prior comenzó de nuevo á palparle el pecho y los hombros, continuando:

—Vuestra conducta con Angelina Vignati la aplauden los ángeles; vuestra generosidad con los napolitanos la elogian los santos, y lo que hacéis con ese desgraciado conde embellece vuestra alma, que veo en este instante y envidio.

—¿Vos, padre mío?

—Yo, sí; lo difícil y grande no es practicar la virtud en el aislamiento, sino como vos lo hacéis, en medio del peligro, combatido por Satanás y halagado por pasiones que vence uno de cada cien mil que lo intentan.

—¡Señor, estáis adivinando!

—Sí, posible es; he visto á un protector que tenéis muy alto y que os ama casi tanto como el príncipe de Italia.

—¡El padre Alberto!

—Eso es.

—¡Qué inefable gozo siento al oiros esta noche! Me parece vuestra voz más dulce, vuestro acento más sonoro y grato, y vuestra faz infinitamente más venerable que los días anteriores. Continuad expresándoos; vuestra adivinación me encanta.

—Temí que os asustara.

—No; la superstición y el miedo jamás logran dominar á un verdadero católico.

—¿Amáis mucho á Dios?

—Oh, sí; me enseñó á hacerlo el primer príncipe de Italia, el santo, y le imito en cuanto es dable á un mísero pecador.

—Leo en vuestro corazón la verdad; pero noto que ahora sois desgraciado.

—Vuestra presencia me hizo olvidar mis penas. ¡Ay, padre, mi infortunio es terrible!

—¿Desconfiáis de la Providencia?

—No.

—Pero vaciláis.

—¡Es tan grave mi daño!

—¡Insensato, matad la duda, que os perdéis! Esperadlo todo de ese almo y sublime poder que sostiene los mares y el equilibrio del mundo. ¿Qué imposible habrá para Dios? Creed en su bondad; fortaleced la idea. Eso es; ya no dudáis.

—Cierto, padre mío: llegó á mí una esperanza que destierra mis males y me hace ver el porvenir de diferente modo. Proseguid palpando mi pecho; ¡qué con-

suelo hallo con ese fluido que domina mi espíritu y arraiga una creencia de que carecia antes! Padre, padre mio, ¿qué suerte les reserva el destino á mis pobres hermanos Rogelio Mendoza y Mauro Núñez de Lara? Si ellos mueren, yo también dejaré pronto de existir.

—¿Otra vez vaciláis? ¿De nuevo llega á vos la desconfianza?

—Sí; mas vuestras palabras la destruyen, la aniquilan. Hablad. ¿Podréis contestar á mi pregunta?

—Todo es posible si el Eterno gusta de que suceda. Cuando se quiere una cosa, se le ruega con fervor, se tiene fe, mucha fe, y se aguarda, que nada puede negar á sus hijos predilectos la misericordia divina.

—¿Fe, mucha fe decís? Yo la tengo; en cuanto á suplicar á Dios, hace una hora que, humilde y anheloso, le suplico con más entusiasmo que nunca.

—Verdad es, pero hasta há poco no abrigasteis confianza.

—Ya la tengo.

—La veo.

—¿Vos? ¿Conque no me equivoqué? Abrazadme, señor, abrazadme; vuestro aliento ejerce en mí un mágico bienestar que se siente, pero que no se explica.

—Ahora todo puedo decíroslo: seguid con la vista el camino que yo os trace.

—Me dispongo á hacerlo.

—Cruce vuestra imaginación los campos de Nápoles, Toscana, Lombardía, y llegue á Suiza; ahora

atraviese los Alpes y entre en Francia, continuando sin detenerse hasta percibir un castillo antiguo, pero fuerte y muy bien defendido.

—Lo veo, señor; mas no le reconozco.

—Consiste en que es la primera vez que lo contempláis.

—Cierto. Ondea en él la bandera de Francia: ese trapo que yo arrollé cien veces; ese estandarte que defendí en Dreux y lo elevé más que ningun francés.

—Profundizad vuestra mirada y desechad todo rencor; de lo contrario se apagará la luz que os ilumina.

—Perdonad; al fijarme en esos colores que tanto aborrezco...

—¡Cese vuestro odio; si continuáis!...

—Lo comprendo. Por todas partes hay hugonotes armados... Padre mío, son enemigos de nuestra santa religión.

—Compadecedlos y proseguid observando.

—Oficiales, jefes y hasta un general de los que defienden al *Pretendiente*. También reconozco al último; no le maté en Dreux porque confió su salvación á la velocidad de su caballo.

—¡Hijo, que se oscurece mi antorcha!

—Unid mi pecho al vuestro más de lo que está; seguid estrechándome. Vuelve la claridad. Largos pasillos, una escalera estrecha y tortuosa...

—Subid.

—¡Cuán larga es! Al terminar hay dos soldados.

—Entrad.

—No puedo; es de hierro la puerta, y tan grande su espesor...

—Yo os la abriré.

—¡Mauro, Rogelio, hermanos míos!

—No os mováis.

—Hablan los dos: sonríen, y no les sujetan cadena ni ligadura; mas es imposible la evasión.

—Observad bien.

—¡No puedo, no puedo! ¡Sus miradas atraen la mía; cautivan mi sér! ¡Qué desdeñosos y altaneros están!

—Separad la vista, así.

—¿Qué habéis hecho? Sólo distingo sus sombras; pero se vienen en pos de mí. ¿Y los soldados? ¡Los van á matar! No; todos duermen. Ahora nos impele un poder mágico. ¡Corramos, corramos! ¿Me seguís? ¡Ya lo creo! ¡Qué chasco van á llevar vuestros opresores! ¡Qué veo! Todos, desde el general hasta el último peón, tendidos en tierra. ¡Qué me extraña, si he sido yo el que los ha narcotizado! Pero, ¿con qué? Ah, sí: con unas antorchas preparadas por el mágico... No; la magia es mentira. Al hombre que hizo eso se le llama químico y es un sabio, que gastó los años de su vida ojeando libros y haciendo experimentos. Se mueve un oficial. ¡Volemos, Mauro y Rogelio! No me toquéis; continuad en pos. Ya estamos al aire libre. Ahora que vengan todos los ejércitos de Enrique *el Navarro*, de ese partidario del fementido Lutero. ¡Hereje, pronto sabrás quiénes somos los seis reunidos! ¡Qué asombro tan agradable, qué sorpresa tan grata van á recibir Julio, Odón y Roberto! ¡Volemos, her-

manos míos! ¡Viva España! ¡Viva la religión católica! ¡Abajo la secta infame del renegado Lutero! La suerte nos ofrece una magnífica cacería; asistamos á ella. Mirad al *Pretendiente*, su caballo se desboca. ¡Entra en el bosque! ¡Ya es nuestro! ¡Santiago y Castilla! ¡Ay de vos, rey sacrílego, si osáis moveros! ¡Ja, ja, ja! ¡Ved, hermanos míos, ved á Julio, Odón y Roberto qué tarde llegan, qué tarde, qué tarde!

El duque del Imperio cayó al suelo sin sentido y como aletargado; el religioso que lo estrechaba le miró con placer, y desapareció como ráfaga eléctrica.

Lo acontecido en esta escena era la inspiración materializada. Veamos si se realiza.

CAPITULO III

La fe vence imposibles.—Alegría mal disimulada del duque del Imperio.—Breve reseña de lo que acontece en Francia.

Dejamos á Flaviano de Osorio tendido en tierra en un estrecho sendero que atravesaba la vega de Nápoles; su capa de grana y ricas vestiduras nadaban sobre el polvo, y el héroe á quien tres millones de almas aplaudian con loco entusiasmo, yacía en el suelo falto de sentido y sin amparo alguno. Bañaba su frente un sudor copioso, respiraba con dificultad, y aún permanecía víctima de terrible letargo, cuando se estremeció todo su sér, exhaló un ay lastimero, abriendo los ojos, velados hasta entonces por un paño que le ocultaba los objetos que tenía en torno.

—¿Dónde estoy?—exclamó volviendo á la vida.—¿Qué ha sido de mí?

Y se pasó varias veces la mano por el rostro, continuando:

—Rodé por la tierra, y no me explico... ¡Ah! ¡sí; el religioso, sus frases y aliento!... ¡Todo lo recuerdo! ¡Salvé á mis hermanos!... No; los salvaré; estoy seguro; mi caída y letargo no fueron sueño, ni la presencia del santo una vana ilusión. ¡Gracias, Dios mío! ¡Padre Alberto, tu espíritu voló al cielo, pero tu bondad quedó cobijando á los seis hijos que tanto protegiste en vida! Por primera vez tendré que combatir una idea de Julio, y haré lo contrario de lo que él disponga; mas cuando contemple el resultado me dará las gracias, si se lo permite el asombro que se apoderará de él. Ahora á Nápoles; Odón y Roberto me esperan con los brazos abiertos; ocultaré á todos lo que concluye de sucederme, y con sentimiento dejaré que sola mi alma goce con la halagüeña esperanza, con la realidad que le ofrece el porvenir. Mi sueño es un misterio que á nadie puede contarse; se abrió el arcano, y me permitieron asomar la cabeza; pero el que logra tan señalada merced se hace digno de ella sellando sus labios, sin que en esta regla quepa excepción alguna.

Osorio, sin ser fanático ni supersticioso, creyó firmemente en la certeza de su letargo, y era tan grande su fe, que iba decidido á subordinar todos sus pasos y acciones á la idea de salvar á Mauro y Rogelio en la forma descrita anteriormente.

Hechas sus últimas reflexiones, realizada su invariable decisión, cubrió su cabeza con la gorra que tenía lejos de sí, y limpiando la capa y vestiduras, se echó el embozo, caminando aceleradamente en dirección de Nápoles. Le aguardaban efectivamente con

gran ansiedad Odón y Roberto Navarro, y cerca de éstos el príncipe de Italia, el general Roch y Alvaro Zalla. El duque se presentó á ellos demostrando una alegría que en vano trataba de ocultar; al ver tristes y pesarosos á los tres *invencibles*, inclinaba él la cabeza, queriendo imitarles; pero bien pronto brillaba en su mente la idea de salvar á los prisioneros, y sonreía á su pesar, apareciendo en sus ojos una satisfacción que Julio miraba con asombro, y con disgusto el duque de los Andes y conde de Santomera.

Antes de pasar adelante es indispensable que digamos á nuestros lectores cuál era el estado de Francia en los momentos que pasa nuestra historia, para que puedan comprender mejor los acontecimientos que van á provocar nuestros cuatro *invencibles*, las dificultades con que tienen que luchar, y hasta los medios y recursos de que disponen en el país enemigo, donde penetrarán en breve. Seremos concisos, pues juzgamos á nuestros lectores enterados de la historia de Francia.

Sabido es que Enrique III, rey de Francia, fué asesinado en su propio palacio por un religioso que fingió ser portador de varios documentos, y al cogerlos el monarca é intentar leerlos, le hundió aquél en el vientre un enorme cuchillo. Enrique, que no era cobarde, se arrancó el arma homicida, é hirió con ella en el rostro á su asesino, sobre el cual cayeron además las espadas de cuantos rodeaban á S. M. El regicida quedó muerto en el acto, pagando así su nefando delito; pero el rey, á quien se creyó salvar en un principio, espiró también á las veinticuatro horas, poco

más ó menos, de haber recibido la puñalada, dejando el derecho á reinar, estados y bienes á su hermano político Enrique de Navarra.

Se hallaba la Francia á la sazón dividida en dos bandos, formados el uno de cuantos profesaban la religión católica, y el otro, llamado el de los *hugonotes*, se componía de todos los partidarios que hizo en la patria de San Luis el renegado Lutero, conocidos entre nosotros con el nombre de protestantes. Há mucho tiempo que venía destruyendo la sociedad francesa la guerra moral y material que se hacían en todas partes y á todas horas hugonotes y católicos. Se dieron batallas, sucumbiendo en ellas miles de hombres; se realizaron asesinatos, cuyo número de víctimas espanta, y demostraron, en fin, por centésima vez, que el fanatismo religioso es el peor de los fanatismos. Hasta la muerte de Enrique III todos los reyes de Francia se habían declarado jefes del partido católico, y aun cuando no faltaron príncipes y generales de prestigio, como lo fueron Condé, Enrique de Navarra y otros, que se pusieran al frente del bando contrario, el prestigio y poder del trono inclinaron casi siempre la balanza en favor de los primeros, ayudados además por el mayor número de que se componían los católicos.

Pero al pisar las gradas del trono Enrique IV, la cuestión cambiaba de aspecto, toda vez que era protestante, jefe del partido de los *hugonotes*, y el poder é influencia del trono se declaraban ahora en contra del partido católico, nivelando de este modo las fuerzas de los ejércitos beligerantes, y haciendo, en

consecuencia, más sangrienta y terrible la pelea.

Interin el ejército y todo el bando *hugonote* proclamaban rey de Francia á Enrique de Navarra y aplaudían con entusiasmo su elevación al trono, los católicos daban la corona al cardenal de Borbón, á quien eligieron monarca y jefe, resultando de aquí que media Francia obedecía al Navarro y la otra al cardenal. Y no fué esto sólo: los *hugonotes* se coligaron con los protestantes de Alemania, y los del partido contrario con los católicos de España y otras potencias de Europa. Desde este instante se llamó á los primeros el partido del *Pretendiente* y á los segundos el de la *Liga*. Aquellos eran mandados por Enrique IV y el príncipe de Condé, y éstos por el duque de Mayena y el de Guisa. El sucesor de Enrique III buscó á sus contrarios, ganándoles, entre otras, las batallas de Arques y de Ibrí, en las que Guisa y Mayena perdieron mucha gente y parte de su prestigio como generales; pero lejos de acobardar esto á los católicos, aumentaron considerablemente las filas de sus ejércitos, y fiados en el mayor número y en los refuerzos que esperaban de España, Italia y otros países, perdían un combate y se disponían á dar otro, con ánimo resuelto de no desistir de su empresa hasta colocar en el trono de San Luis un monarca católico.

Tal era el estado de Francia en los momentos en que el príncipe de Italia se presentó en Nápoles, y meditaba su entrada en Francia, donde le llamaba la *Liga*, visto su renombre europeo y las derrotas sufridas por sus dos jefes Mayena y Guisa. Silva hubiera

renunciado de buena gana á mandar á los franceses y mezclarse en asuntos contrarios á sus conviciones; pero la prisión de sus dos hermanos le obligaba á salir de su retraimiento, si bien se proponía la realización de un pensamiento enteramente contrario al deseo de los *ligados,* á cuyo fin ocultaba cuidadosamente el secreto, pensando sorprender á los dos bandos en el momento que le fuera posible llevarlo á cabo. Conocía de antiguo á los *hugonotes* y á los católicos, y sabía que eran muy malos los primeros y terribles los segundos, como lo atestiguaban la noche de San Bartolomé y otros asesinatos dispuestos por los últimos. En su rectitud de ideas habría combatido con gusto contra los dos partidos, lejos de apoyar á ninguno de ellos; pero en la imposibilidad de hacerlo buscó un término medio, difícil, mas no irrealizable para su genio, destreza, valor y energía. Creemos que basta lo expuesto para que nuestros lectores puedan entrar de lleno en los acontecimientos que siguen, sin necesidad de más datos ni antecedentes. Lo que les falte se lo iremos diciendo poco á poco.

Penetremos ahora con Flaviano de Osorio en la estancia donde le esperan Odón y Roberto para abrazarle, Julio para hablar con él, y Roch y Zalla para vislumbrar algo del porvenir que ya preven.

A la puerta de la habitación donde se encontraban halló el duque á su criado.

—¿Qué acontece, Ros?—le preguntó.

—Poco más de lo que ya debéis saber.

—¿Qué es eso que yo sé y el poco más que añades

—La llegada de vuestros tres hermanos y prisión de los señores de Monterrubio y marqués de Abella...

—¿Quién te ha dicho lo último?

—Señor, nosotros, á imitación de nuestros amos, no tenemos secretos; y el criado del príncipe, que es tan buen servidor como yo...

—Muy débil ha sido.

—¿Dudáis de nuestra lealtad?

—Tienes razón. ¿Y eso otro qué es?

—Ha entrado un correo de Francia con varios pliegos para don Julio; éste los ha contestado en el acto, y aquél acaba de partir, sin otro tiempo que el indispensable para alimentarse y cambiar de caballo.

—¿Dió el nombre de mi hermano?

—No, señor; el príncipe le aguarda, y se reconocieron por una contraseña.

—¿Quién le encaminó aquí?

—Traía orden de buscar en el palacio del señor duque del Imperio al sujeto á quien debía entregar los pliegos.

—¿Dónde están mis hermanos?

—En esa estancia.

—Abre, y aguárdame cerca de aquí.

El duque le dió su capa, y un minuto después formaban un solo grupo Odón, Roberto y Flaviano.

—¡Hermano!—dijeron los tres, se abrazaron, mirándose primero con amoroso interés y más tarde con el sentimiento que les inspiraba el cautiverio de Mauro y Rogelio.

Cuando hubieron cruzado algunas frases relativas

á sus esposas y á los triunfos conseguidos por el duque del Imperio, se sentaron junto al príncipe, á Zalla y á Roch, exclamando Julio:

—En esta ocasión, señores, vuelve á unirnos la desgracia; resignémonos con lo que el destino nos impone, sin perjuicio de intentar combatir á aquélla por todos los medios que están á nuestro alcance.

—Antes de seguir adelante,—le interrumpió Odón Navarro,—justo es, hermano, que nos permitas á Roberto y á mí felicitar á Flaviano, no sólo por el valor, destreza y energía que acaba de demostrar, sino también por su clemencia, generosidad y portentosa conducta; pues según el relato de Roch, todos sus actos, acciones y pensamientos en Nápoles merecen nuestra admiración.

—Lo mismo que hice yo,—contestó el duque,—hubierais practicado vosotros, hermanos; que entre los seis sólo hay un genio privilegiado, y éste es el del príncipe de Italia.

—Esa modestia,—añadió Silva,—te honra, Flaviano; pero como algo te queda aún de aquella vanidad que un tiempo aparecía en tu rostro, por eso sin duda brilla ahora un átomo de alegría, el cual atraviesa el dolor que causa en ti la prisión de nuestros hermanos, para decir á Odón y Roberto como César: *llegué, vi, vencí.*

—Mal me juzgas esta noche, príncipe; desde el momento que logré cuanto me propuse en Nápoles, y vi dominada la única cabeza que osó resistirse á lo que yo quería; desde aquel instante, repito, que fué el mis-

mo en que tuve la dicha de estrecharte, no he vuelto á recordar la revolución ni nada que tenga relación con ella. Fija la idea en mis dos pobres hermanos prisioneros en Francia y en vosotros, que me esperabais aquí, no era dable que á mi pobre cerebro llegara otro pensamiento que el de salvar á los unos y el de correr junto á los otros. Es cierto que hirió mi sér una ráfaga de alegría, la misma que distinguió tu profunda mirada, Julio; mas no era hija de la vanidad ni de ninguna otra pasión mezquina; la causa se elevaba más.

—¿Has hecho algún descubrimiento sobre Rogelio y Mauro?—le preguntó el príncipe con viveza.—Habla, hermano.

—Sí.

—¿Y es grato?

—Ya lo ves.

—Todo lo creo en ti; sepamos qué nuevo prodigio vamos á admirar en el duque del Imperio.

—Después de hecho; antes es imposible.

—¿Luego en el tiempo que has permanecido separado de mí te has ocupado de ellos?

—Hasta que los vea en libertad serán mi único pensamiento, el objeto á que se dirijan mis pasos y acciones.

—Dime algo más, Flaviano; yo te lo ruego.

—No, Julio; es pronto.

—¿Te lo impide algún juramento?

—Acaso.

—¿Por qué me has hablado entonces de eso?

—Tú me obligaste; creías vanidad lo que era otra

cosa, y siendo tan buen hermano como tú, claro es que debí defenderme.

—¿Tienes plan?

—Sí.

—¿Se opondrá á la realización del mío?

—Interin no sepa cuál es, nada puedo contestarte.

—Oidme.

El príncipe inclinó la cabeza por un momento, y alzándola luégo, dijo á los cinco que le rodeaban:

—Todos sabéis el origen de la guerra que há tiempo estalló entre los *hugonotes* y católicos de Francia; bien comprendéis, además, lo que podía perjudicar á España el triunfo de los primeros, y éste era seguro, teniendo en cuenta que el ejército obedecía á Enrique de Navarra. Por esas razones acordó mi primo Felipe que nuestras huestes de Flandes atravesasen la frontera, y unidos el gran duque de Parma, Rogelio y Mauro, formasen parte de la *Liga*, y ayudasen á Mayena á combatir al *Pretendiente*, sentando en el trono de San Luis al cardenal de Borbón. El plan no estaba mal combinado, y es indudable que las espadas de nuestros dos hermanos, puestas en la balanza, la habrían inclinado en favor de los católicos; pero Dios no quiso que sucediera así, y comenzaron á llover desgracias sobre el suelo francés y el partido que nosotros defendíamos. Cuando llegó á los Países Bajos la orden de que saliera el duque de Parma al encuentro de nuestros dos hermanos, acababa de espirar aquél, y con su muerte, claro es que los protestantes flamencos debían alzar la cabeza é imposibilitar á Es-

paña para que sacase un solo soldado de aquellos Estados. Lejos de eso, fueron los partidarios de Lutero los que entraron en Francia y acrecieron las filas de nuestro enemigo Enrique de Navarra. Mauro y Rogelio se unieron á Mayena y Guisa, y aun cuando les avisé lo difícil de mandarle soldados españoles por las causas expuestas, no por eso desistieron de su empresa, comenzando acto contínuo á infundir valor en el decaído ánimo del soldado francés. Hallaron el partido católico minado por el miedo; contaba tantas derrotas como batallas dadas al enemigo; no les inspiraban los jefes confianza alguna, y todo era desórden y anarquía entre ellos. Mas el conde de Monterrubio y el marqués de Abella les hablaron; eran conocidos de cuantos les escuchaban, y sus nombres y frases corrieron de boca en boca, infundiendo valor y ardimiento hasta en los más tímidos. Ellos por su parte aprovecharon tan feliz recibimiento para empezar con la energía y talento que les distingue á organizar á aquellas dispersas huestes é introducir el orden y concierto, presagio seguro de la victoria. Y la hubieran alcanzado; Enrique de Navarra y el príncipe de Condé, sin negarles yo ninguna de las buenas cualidades que tanto les han hecho sobresalir en asuntos de guerra, sucumbirían ante el genio de Mauro y la intrepidez y arrojo de Mendoza. Pero al entusiasmo del soldado católico siguió la envidia de Mayena, Guisa y restantes jefes, sacrificando en aras de tan mezquina pasión la suerte de su patria, el porvenir de su partido. Una noche sacaron el ejército de un pueblo pe-

queño en que descansaba de las fatigas del día, verificándolo con tal silencio y prontitud, que no pudieron notarlo el conde de Monterrubio y el marqués de Abella. Nuestros dos hermanos dormían, en tanto que los católicos se retiraban sin excepción á paso de carga, siendo algo después reemplazados por las tropas que mandaban Enrique de Navarra y Condé. De los católicos sólo habían quedado en el citado pueblo Mauro, Rogelio y sus dos criados, los cuales, al despertar, se hallaban ya indefensos y en medio de cuarenta mil *hugonotes*.

—¡Infame traición!—exclamaron el duque del Imperio, Roch y Zalla; el primero añadió:—¡Mayena y los restantes jefes que le acompañan merecían la muerte! ¡Sólo de ese modo podían hacer prisioneros de guerra á mis pobres hermanos Nuñez de Lara y Mendoza!

—Fué ciertamente una horrible traición que inspiró la envidia á los generales católicos; pero, Dios mediante, la pagarán con creces. Enrique IV, Condé y los principales caudillos que les seguían, trataron al conde de Monterrubio y al marqués de Abella con todas las consideraciones que ellos merecían; sólo oyeron nuestros hermanos de sus enemigos elogios y y aplausos tan justos como admirablemente tributados. Más tarde se encerró con ellos Enrique; les demostró que el haber caído en poder suyo era efecto de una traición de Mayena y Guisa, invitándoles á que la vengasen puestos al frente de su ejército. «Rey de Francia por derecho propio,—les dijo,—derecho fun-

dado en la voluntad de mi antecesor Enrique III, y en lo que previenen las leyes de mi país, me retiraré á la capital, si vosotros cargáis mañana sobre mis enemigos, seguros de que al destruir vuestras espadas sus locas pretensiones, os elevaré á los dos puestos más altos de Francia, ó regresaréis á España, de cuya potencia seré mientras viva un aliado, amigo y leal.» Mauro y Rogelio le dieron las gracias por sus ofrecimientos y la galantería y consideraciones que usaban con ellos, terminando su réplica con las siguientes frases: «Nuestro rey y nuestro hermano el príncipe de Italia nos han mandado aquí contra los *hugonotes*, y preferimos las cadenas y oscuros calabozos de la peor cárcel de Francia y aun la muerte á hacer nada contrario. Si nos conocéis, comprended lo inútil de insistir sobre un asunto, cuya terminante decisión acabáis de oir.» «En ese caso,—añadió Enrique,—continuaréis como prisioneros de guerra por tiempo indeterminado.» Nuestros hermanos se encogieron de hombros, siendo en el acto trasladados á una fortaleza inexpugnable, situada á diez leguas del pueblo en que se hallaban. Allí prosiguen, sin que un solo católico francés se haya vuelto á acordar de ellos y sin que se le ocurriera á Enrique ni á ningún jefe *hugonote* interceder en su favor y mandarlos á España ó Flandes, vista la injusticia de su prisión. Los retiene en su encierro la envidia de los que se llamaban sus amigos y el miedo de los contrarios. Creo que sus vidas no peligran; pero mi confianza no es absoluta, teniendo en cuenta que están en poder de franceses, y

que éstos odian con toda su alma á los españoles.

—¿Y cuál es tu plan, hermano?—preguntó el duque del Imperio al príncipe.—¿Qué luminosa idea llegó á tu privilegiado ingenio, salvadora de conflicto tan grave?

—Creo, Flaviano, que Dios me la ha inspirado.

—Habla, por Dios.

—Oid: ni los jefes católicos de Francia son verdaderos católicos, ni los *hugonotes* presentan otra cosa que una ambición y aparente fanatismo en el que no creo. Satisfecha la primera pasión, es fácil arreglar ese asunto de un modo en que quedarán lo mismo los últimos, y perderán mucho los primeros.

—Sepamos.

—Mi pensamiento se reduce á que Enrique de Navarra abjure de sus ideas religiosas, se haga católico, y ocupe el trono de Francia, el cual le corresponde sin duda alguna por derecho propio.

—Idea magnífica, pero muy difícil si no imposible de realizar.

—Todo es fácil cuando la Providencia lo quiere. El navarro no puede olvidar las frases que le dijo su antecesor cuando, herido de muerte, se hallaba en la agonía: «Hermano,—exclamó,—no serás rey de Francia interin no te hagas católico.» Y tenía razón; pues aun cuando hoy se conceptúe más fuerte en aquel país el bando *hugonote*, no hay posibilidad de consolidar con él un poder estable, fuerte y seguro.

—¿Crees tú que le perdonará el Padre Santo?

—A eso voy á Roma; á las razones que yo dé á

Enrique sólo puede oponerme la dificultad de que Su Santidad no se avenga á levantarle la excomunión y á abrirle los brazos. Por eso le llevaré arreglado ese asunto.

—¿Accederá el Pontífice?

—Creo que, inspirado por el Eterno, ni aun vacilará.

—¿Y cómo piensas penetrar en Francia, llegar á Enrique, y hacerle la proposición? Si te cogen los *hugonotes*, positivamente te mandan con Mauro y Rogelio; y si los de la *liga*, te entregarán al enemigo, andando el tiempo, como hicieron con nuestros hermanos.

—No temo á los primeros, siendo así que de encontrarme con ellos me llevarían á la presencia de Enrique, y con eso me bastaba; los segundos, después de presos Rogelio y Mendoza, han reconocido su torpeza, y me han llamado con insistencia, no sólo directamente, si que también por conducto de Su Santidad, de mi primo Felipe y del emperador de Alemania. Por separado recibí invitaciones y súplicas de casi todos los grandes de Francia que profesan la religión católica; pero unidos los cuatro y acompañados únicamente de Zalla, Roch y nuestros sirvientes, llegaremos, muy bien disfrazados, al punto donde se halla el de Navarra, procurando sorprenderlo como él lo hizo con nuestros hermanos. Presos Rogelio y Mendoza, cayeron los *hugonotes* sobre los católicos, los derrotaron por quinta vez, y mientras estos últimos se rehacen descansa Enrique de las fatigas de la guerra, entregándo-

se, según las noticias que concluyo de leer, á la caza y los placeres. En una de sus excursiones al bosque le saldremos al encuentro, y ya en nuestro poder, se le arrancará un decreto por el cual deje en libertad en el acto á sus dos prisioneros. Verificado esto, trataré de convencerle para que abjure; si lo logro, habremos prestado un servicio importante á la humanidad; de lo contrario, nos volveremos á España, dejando á unos y otros entregados á guerra civil que acabará por dar fin de todos.

Flaviano de Osorio oyó las últimas frases de Julio con alegría que sorprendió á Silva y molestó á los restantes; la cacería y el acto de coger prisionero á Enrique eran los dos acontecimientos capitales de su adivinación; viendo, en consecuencia, confirmado lo que creía firmemente. Así es que, notando el mal efecto que causaba en aquéllos su natural sonrisa, soltó una carcajada, exclamando después:

—¡La caza; una sorpresa á que llegaréis tarde! Bravo, hermano Julio; tu plan está muy de acuerdo con el mío, y me crispa de alegría la pariedad de nuestras ideas. Contemplo ya fuera de su prisión al gigante Mendoza y al incomparable Mauro.

—¿En qué te fundas, Flaviano?

—Ya lo verás, Julio. Contesta á una pregunta: ¿Conoces el castillo donde encierran á nuestros hermanos?

—No lo visité, pero es el famoso de Ibrí, tan renombrado en Europa.

—¿Oiste su descripción detallada?

—Pardiez, á tu mismo padre, al mío y á muchos otros.

—Que me place; yo sé que existe, pero no me contaron nada relativo á su forma. Por eso me he visto obligado á forjar en mi imaginación una fortaleza como creo que debe ser, y en verdad que anhelo oirte si me he equivocado en todo ó en parte. ¿Quieres escuchar mi relato y decirme si he adivinado, ó fué un delirio de mi mente?

—Bueno, mas creo inútil...

—Todo lo contrario, hermano.

—Esta noche, Osorio, estás incomprensible.

—Tú apareces casi siempre, y como dicen que me he igualado á ti, puede que tengan razón, y hasta en eso nos parezcamos.

—También cuentan que adivino, y de ser cierto, acaso sorprenda tu secreto...

—Ojalá, que así lo sabrías sin haber faltado yo á mi deber, en lo cual tendría una gran satisfacción.

—Entonces hablemos del castillo de Ibrí. ¿Cómo lo ves?

—Ocupará próximamente doscientos mil pies cuadrados; tiene tres órdenes de muros, una sola puerta de hierro, muchos baluartes, y en el centro se eleva una torre, que sirve hoy de prisión á Rogelio y Mauro. Más detalles: cuenta con muchos cañones, pasarán de treinta; lo defienden cuatro mil hombres, y está situado á un extremo del pueblo que lleva su nombre. ¿Me he equivocado?

—No; cuanto acabas de decir es exacto.

—¿Todo, todo?

—Absolutamente, y en verdad que la adivinación no llega á tanto. ¿Quién te hizo ese relato?

—Nadie; lo he visto yo.

—¿Qué dices, Flaviano?

—La verdad.

—¿Me lo juras?

—Sí.

—¿Por Dios Santo?

—Por Dios Santo, al que amo sobre todo lo que existe, al que debemos mucho más de lo que nos es posible agradecerle.

Silva miró á Osorio con más sorpresa que nunca; luégo inclinó la cabeza, meditando un minuto. Después la alzó, y cogiéndole una mano con cariño paternal, le preguntó:

—¿Con quién has hablado esta noche después de nuestra entrevista en la Inquisición?

—Con los cinco jueces que componen el tribunal del *Santo Oficio*, con un alférez que abrió la puerta del palacio Vignati, con el capitán Augusto Vitali y con su futura Angelina.

—¿Qué te dijeron esos ocho personajes sobre el castillo de Ibrí?

—Nada.

—Entonces debes haber tenido un encuentro que no esperabas.

—Acaso.

—¿Quién era?

—Debo callarlo.

—¿Se parecía á mi padre?

—Mucho; no hallé en la tierra sér más idéntico.

—¿Soñaste?

—Fué un letargo producido no sé por qué.

—¿Buscado por ti?

—No; me lo proporcionó el destino.

—¿Crees en él?

—Con toda la fe de mi alma.

—Tú no eres supersticioso ni fanático.

—Como tú.

—Mi padre te amaba casi tanto como á mí.

—Y yo á él más que tú, si cabe.

—¡Más que yo! Te perdono la exageración por el bien que me causas oyéndola. ¿Perdiste el conocimiento?

—Eso parece, mas yo creo lo contrario.

—¿Qué opinas tú?

—Que dormido vi lo que no podía despierto.

—Ya sé lo mismo que tú, Flaviano.

—Me alegro, Julio, y de ser cierto, se evitará entre los dos una cuestión grave, la primera acaso que hubiéramos tenido en la vida.

—Dicen todos, mi querido hermano,—exclamó el príncipe con intención,—que en Nápoles te sobrepusiste á mí.

—Y yo añado que sólo te imité.

—Me conviene creer lo primero.

—Me aventajas en modestia, pero estás en tu derecho juzgando como gustes.

—Doy por hecho que no se han equivocado Zalla,

Roch, ni ese inmenso pueblo que te aplaude con loco entusiasmo.

—¿Y qué consecuencia deduces?

—Una muy lógica.

—Sepámosla.

—Oye: no traigo poderes de S. M. para sobreponerme á ti, ni en Nápoles valgo yo lo que tú; en cuyo caso me hallo completamente á tus órdenes. ¿Qué debo hacer, hermano?

—¡Cuánto sabes, Julio! Si yo puedo adivinar por inspiración ajena, tú lo haces por la tuya propia.

—Eso no es del caso; contesta á mi pregunta.

—Ve á Odón, Roberto, Zalla y Roch con qué asombro nos miran; estoy seguro que no comprenden nada de cuanto hablamos.

—Cierto,—dijo el conde de Santomera.—Si no os explicáis de otro modo, estamos aquí demás.

—No importa,—añadió el príncipe.—¿Qué debo hacer, señor virrey de Nápoles?

—Descansa, y seguido luégo de tu criado, vé ganando horas á Roma, procurando realizar tu plan con entera independencia del mío.

—Y tú, ¿cuándo sales de Nápoles?

—Marcharemos juntos en dirección de Francia; al poco tiempo nos separará el destino, y al volvernos á reunir, todo habrá concluído. ¿Dudas?

—No, hermano; jamás me faltó la fe que parece fijada en mi alma por aquel santo que tanto te amó.

—Que aún me quiere, distingue y considera.

—Verdad es.

—Convenidos ya, hablemos de otra cosa. Noto con placer que te encontré llorando y te dejo sonriendo.

—Sí; mi corazón late como el tuyo, y sólo hallo contrario á mi deseo el que Odón, Roberto, Roch y Zalla no puedan participar de nuestra alegría.

—Que tengan paciencia.

—Ocupémonos de los asuntos de este país. ¿Qué hiciste con el virrey?

—Me concreté única y exclusivamente á mandarle la orden de S. M. en la cual le anunciaba mi llegada, y se le imponia el secreto, ordenándole que mientras yo permaneciese aquí gobernara á Sicilia, sin mezclarse en nada que tuviera relación con Nápoles.

—¿Obedeció?

—Ciegamente.

—¿Qué intentas ahora?

—Dejarlo como lo encontré; la tranquilidad está asegurada, muerta la revolución, acaso para siempre, sin que tenga queja alguna de los servidores con que cuenta España en este país.

—¿No hallaste dormidas é ignorantes de todo á las autoridades?

—Sí, pero no ocurrirá de nuevo, ni debe extrañarte su anterior conducta, vista la habilidad, destreza y recato de nuestros enemigos.

—¿Cuántos murieron en la calle de Toledo?

—Muy pocos; la mayor parte de los jefes principales y un ciento de temerarios; procuré presentarme á tiempo en los parajes donde era indispensable mi presencia, y de ese modo conseguí el objeto deseado.

—El reloj que tengo enfrente marca las tres, y quisiera partir á las seis. ¿Qué escribes, Flaviano?

—Un salvoconducto que impedirá el que te reconozcan, proporcionándote á la vez caballo y cuanto necesites. Toma.

—Lo cojo con gusto; que tu firma vale hoy en Nápoles más que la de Felipe II.

—Mucho debo á la bondad de mis paisanos.

—Y á la de mi padre.

—Mi cariño recompensa su generosidad.

—Y tus acciones te hacen digno de la una y de la otra.

—Te acompañaré hasta tu lecho. Vosotros, descansad también,—dijo á Odón, Roberto, Roch y Zalla; abrazó á los primeros, y cogido al brazo de Silva, lo llevó á su alcoba, añadiendo:

—Duerme, hermano, en mi lecho, que á mí no me será dado hacerlo hasta mañana.

—¿Por qué?

—El elevado cargo que tuviste á bien conferirme no carece de espinas; y en verdad que son muchas las noches que paso en blanco en este delicioso país.

—De antiguo se sabe que para mandar bien es preciso sacrificarse.

—Todos dicen eso, pero son muy pocos los que lo realizan.

—Hé ahí la razón de que haya un solo gobernador por cada cien que nombran los reyes.

—Adiós, Julio.

—¿Te vas sin estrecharme?

—Lo haré antes de que partas.

El príncipe se acostó, encargando á su criado que lo despertase á las seis menos cuarto.

Flaviano buscó á su sirviente, al cual dijo:

—Dame la capa y el sombrero.

—Volveos, señor. Ya están. ¿Os sigo?

—No; descansa dos horas y media, y cuida que tenga el príncipe dispuestos á las seis en punto mis dos mejores caballos.

Y muy embozado, salió de su palacio, dirigiéndose al tribunal de la Inquisición.

CAPITULO IV

Osorio busca la ampliación de su sueño.—Su fe le anima y salva.—Preliminares de un viaje próximo.—Despedida.—Historia de los dos Navarros.

Eran las tres y media cuando Flaviano acabó de atravesar Nápoles, sin hallar á su paso sér humano ni estorbo alguno que osara interrumpir su marcha. Cansados los nobles y el pueblo de aplaudir y estar en pie todo el día y la mayor parte de la noche, se habían ido poco á poco retirando, hasta dejar completamente solitarias las plazas y calles de la poética ciudad.

La luna brillaba en toda su redondez, y el silencio era profundo y continuado, cuando el duque del Imperio descargó dos aldabonazos en la puerta de la inquisición.

En el mismo instante se abrió el ventanillo, asomando los largos bigotes de un soldado de la fe, que le preguntó:

—¿Quién osa interrumpir á estas horas el silencio del Santo Tribunal?

—El duque del Imperio.

—Perdonad, excelencia; os había desconocido.

La entrada quedó expedita, no viendo Osorio á otro que al centinela con quien concluía de hablar.

—¿Estás solo?—le preguntó.

—No, señor; debe andar cerca el familiar de guardia.

—Se habrá dormido.

—Imposible.

Y el soldado oprimió un timbre, apareciendo instantes después el sujeto á quien concluía de citar. Osorio se adelantó, preguntándole:

—¿Me conocéis?

—Sí, señor, y estoy á las órdenes de V. E.

—¿Se retiraron los inquisidores?

—Todos.

—¿Quiénes habéis quedado?

—El prior de capuchinos, el conde Vignati y varios dependientes.

—¿Qué hacen los primeros?

—El uno confiesa al otro.

—¿Salió el fraile esta noche después que yo?

—Sí, señor; pero no tardó en volver; desde ese instante se encerró con Vignati, y aún continúa desempeñando el acto de que he citado antes.

—Quiero hablar con el prior, pero sin interrumpir la sagrada misión que ahora desempeña. Poned un sillón á la puerta de la estancia donde se halla, y de-

jadme allí, si no existe nada que se oponga á mi presencia.

—Al contrario, señor; tenemos orden del tribunal para obedeceros en todo cuanto mandéis.

—Pues abreviad.

Dos minutos más tarde se arrellanaba Osorio en un sillón de vaqueta, situado de modo que no pudiera salir el capuchino sin tropezar con él. Solo y embozado, inclinó la cabeza sobre el respaldo de su asiento, exclamando:

—Quiero ver á ese santo varón antes de dar paso alguno relativo á mi partida á Francia; tarde mucho ó poco, aquí le he de esperar. Oigo su voz y los sollozos del conde; para no escuchar lo que no debo, dormiré; falta me hace á fe mía; los párpados pesan ya lo bastante para que pueda unirlos sin trabajo y prestar á mi materia un alimento de que carece há mucho tiempo. La cama no es muy cómoda, pero tampoco despreciable para el que está acostumbrado á las de los campamentos.

Y se quedó profundamente dormido.

Un cuarto de hora después se acercó de puntillas el familiar, quedando parado junto al duque.

—¡Duerme!—exclamó sorprendido.—No osa interrumpir á un pobre religioso, y aprovecha los instantes de espera para conceder á su cuerpo algún descanso. ¡Qué hombre tan admirable! Su valor asombra; la generosidad y nobleza demostradas por él cautivan y entusiasman; su genio encanta, y la fe cristiana de que está dando pruebas lo eleva cuanto es posible ima-

ginar. Reposa, sublime señor; nadie aquí se atrevería á tocar ni aun la grana de tu manto. Yo velaré para que ruido alguno pueda perturbar tu sueño.

Y desapareció, dejando á Osorio como lo había encontrado. Dos horas descansó nuestro caudillo sin que ninguno intentara turbar el silencio de aquel lóbrego edificio.

Al cabo de este tiempo se abrió la puerta de la estancia en que se encontraban Vignati y el prior, apareciendo el último recitando un salmo de David.

—¡Quién es!—exclamó el religioso, tropezando con el sillón donde estaba Osorio. —¡El duque del Imperio! —añadió.—Duerme, y me da lástima privarle de un sueño tan tranquilo; mas desea, por lo visto, hablar conmigo, y no debo marcharme sin oirle.

Y cogiéndole la diestra, prosiguió:

—Señor, ¿por qué abandonáis vuestro lecho?

Flaviano abrió los ojos, y se puso en pie, separando el sillón. Con el sombrero en la mano, preguntó al fraile:

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—¡Cuánto he dormido! pero aún me queda tiempo de sobra. Dejadme ante todo que estampe un ósculo en la diestra rugosa y venerable del santo.

—Soltad.

—No, padre mío; vuestro calor rejuvenece mi sér y parece purificar mi alma. ¿Y Vignati?

—Ya es nuestro; concluyo de confesarle, y esta mañana recibirá al Señor.

—¡Tan pronto!

—Sí; nada se opone á ello, y en abreviar gozo lo indecible.

—La noticia me agrada sobremanera. ¿Qué hace ahora?

—Yo mismo le quité la cadena y grillos, ayudándole á subir á la cama, donde le he mandado descansar. ¿Oís? continúa llorando; no dudo ya que su alma pertenecerá al Dios de misericordia.

—¿Puedo verle? Sin violencia...

—Ninguna; entrad; vuestra visita es conveniente.

—Pero no os marchéis vos; os cojo la mano, y no la soltaré hasta luégo.

Ambos se dirigieron á una pequeña estancia, separada de aquélla en que estaban por puerta y tabique delgados, presentándose á sus ojos la figura de Vignati, el cual seguía pálido, lloraba, y con los brazos levantados parecía demandar clemencia á la efigie del Redentor que tenía no lejos de él. Al ver al duque, se incorporó, exclamando con viveza:

—Acercaos á mí; sois mi egida y ese religioso la fuente que lava de mi sér la podredumbre. Duque, duque, os amo tanto como os odiaba; más aún. ¡Qué grande sois; qué ruin y miserable fuí! Perdonadme, señor; beso el paño de vuestra capa, y lo haria con gusto en la huella que marca vuestra planta.

—Muy bien, Vignati,—contestó Osorio;—vuestro arrepentimiento es sincero, y este triunfo me envanece más que todos los que arranqué á la suerte de las armas. Os traigo buenas noticias. En la próxima noche

unirá el santo lazo á vuestros hijos Angelina y Vitali. Ambos os aman...

—Señor, permitidme que os interrumpa; no me halaga esa noticia ni ninguna otra relativa á lo terrenal; murieron para mí los que llamáis mis hijos; acabó el mundo, y sólo deseo escuchar la voz del cielo. Vos únicamente podéis hablarme en estos instantes supremos; pero os ruego que se contraigan vuestras ideas al castigo que merezco, á lo que debo hacer para salvarme. Desde el momento que escuché las frases de ese santo que está á vuestra derecha, sentí el malestar consiguiente, producido por la enfermedad que padece mi alma; vi lo cenagoso del lodazal donde me hallaba; contemplé las consecuencias de continuar como hasta hace muy poco, y retrocedí asustado. Anhelo penitencia; deseo la estrecha celda que he de regar día y noche con llanto amargo; quiero tener constantemente delante esa preciosa imagen del que murió por mí, y es tan bueno, que no obstante el cúmulo de delitos que forman la cadena de mi vida, me castiga tendiéndome su mano y atrayéndome á sí con sublime caridad. ¡Gracias, Señor; gracias, Padre mío!

Vignati rompió á llorar, ahogando sus frases un torrente de lágrimas.

Osorio y el prior cambiaron una mirada satisfactoria; cada uno le cogió una mano, é iban á fortalecer su contrición, cuando aquél se tranquilizó, volviendo á exclamar:

—A vosotros dos deberé mi felicidad eterna. Duque, lo que vos hicisteis por mí no se puede pagar en la

tierra, no tiene precio; mas ya he rogado á Dios que os premie tanto bien, y no es posible que un Sér tan grande y generoso se niegue á demanda tan justa. El pueblo os juzga un héroe; yo os veo mucho más alto; las masas miran en vos al valiente, al hombre de talento, yo al predestinado, al justo.

—Ahora, Vignati, soy yo el que os ruego penséis en vos. Pobre mortal, también fuí pecador, y más de una vez caí á las plantas de esa divina efigie demandando un perdón que se apresuró á concederme.

—Es que yo casi os doblo la edad, y no recurrí á su misericordia hasta hace muy poco.

—No importa; llegáis á tiempo, y con eso basta.

—Creo que sí.

—Continuad, amigo mío, en el recto sendero en que acabáis de entrar; me falta tiempo, y sólo vengo á preguntaros si deseáis algo de mí.

—¡Amigo vuestro! ¡Qué frase tan dulce! ¿Por qué os vais tan pronto?

—Me llama á otra parte el deber y me echa de aquí el deseo de no distraeros.

—Verdad es. Nada necesito, á excepción de la clemencia divina, de la vuestra, que también bendigo. Estrechad mi mano; no me neguéis esta gracia, noble señor.

—Me complace abrazaros. Así. Adiós, Vignati; proseguid ganando vuestra alma sin cuidaros para nada de la materia.

—La Providencia os acompañe siempre, vele por vos, defienda vuestra preciosa vida. Padre prior, no

tardéis, que la vida es corta, insegura, y pudiera sorprenderme la muerte.

—Orad, hijo, orad, y nada temáis; á las once os reconciliaré, á las doce vendrá á visitaros el Señor, y morará con vos, honrándoos más de lo que merece un mísero mortal.

Osorio volvió á coger una mano del religioso, saliendo con él de las estancias destinadas á Vignati. Al llegar al centro de un pasillo largo y oscuro, le detuvo, preguntándole:

—Padre mío, ¿recordáis haber hablado conmigo hace algunas horas en sitio despoblado?

—Sí.

—¿Me buscasteis?

—Vacila vuestra fe, duque.

—No; consiste en que es tan grande mi dicha, que no me conceptúo acreedor á ella.

—Dios da siempre lo suyo, y aun cuando lo reparte con justicia, se muestra pródigo con muchos de sus hijos.

—Un hombre que vale más que yo me hizo preguntas á que yo contesté como él merecía; luégo adivinó...

—El príncipe de Italia. Seguid imitándole, hijo mío, y no os sorprenda lo que pasó anoche entre ambos; lo había dispuesto así la Providencia. Noto que os ha admirado escuchar de mis labios el nombre que acabo de citar, y acreció vuestra fe cuanto cabe en lo posible.

—Verdad es.

—Lo siento; era más conveniente que aumentara lejos de mí y debida á vuestro único deseo.

—¡Las seis!

—Partid; vuestro hermano, en cariño, os busca con la mirada.

—¿Llegaré á tiempo?

—Sí. Decidle que no se apresure tanto.

—¡Y yo culpaba su calma y sangre fría!

—El hijo del santo rara vez se equivoca.

—¿Cuándo os volveré á ver?

—Luégo.

—¿Y Busato, señor?

—Ese nos pertenece ya en cuerpo y alma.

—¡Qué buena elección hice!

—¿Fuisteis vos?

—No; me inspiraron la idea, y me envanece ser instrumento...

—El príncipe os llama.

Osorio cayó de rodillas, besó la diestra que oprimía, y desapareció de la Inquisición, volviendo á cruzar algunas calles de Nápoles en poco más de cinco minutos. Cuando llegó á su palacio se hallaba el príncipe de Italia reconociendo el potro que le acercaba el criado de Flaviano.

—Buenos días, Julio,—le dijo acercándose.

—Hermano, creí marcharme sin verte.

—Mal pensado.

—Ya lo veo. ¿Qué hiciste?

—Dormí más de dos horas, hablé con Vignati y con el religioso encargado de dirigir su espíritu.

—¿En la Inquisición?

—Sí.

—¿Qué te dijeron?

—Lo suficiente para que pueda darte un consejo con sobrado fundamento.

—Habla, que lo oiré con gusto.

—Roma está cerca; el Padre Santo te recibirá en el momento que tú lo desees; juzgo que nada te negará, y opino que no corras mucho; la calma, príncipe, es, como tú dices, el presagio del triunfo.

—¿Es hipotético?

—No, seguro.

—¿Y tu prisa de anoche?

—Ha desaparecido ya.

—¿Luego tenía yo razón?

—Como siempre; sólo que ahora la tenemos los dos.

Silva miró á Osorio como pudiera hacerlo un tierno padre, y oprimiéndole contra su pecho, añadió:

—Adiós, hermano; di al religioso con quien acabas de hablar que á mi regreso iré á besar la huella que él deje en el suelo. Odón y Roberto deben ignorarlo todo.

—No corras. ¿Lo oyes? A un castellano largo, duerme de noche y come de día. Adiós.

El príncipe salió, yendo en pos su criado; Osorio se volvió cuando lo hubo perdido de vista, diciendo á Ros:

—Que enganchen mi carroza al momento. Sube luégo, y me darás otro traje.

El duque supo que Odón, Roberto, Zalla y Roch

dormian, y dió orden de que no entrasen en sus alcobas hasta que ellos llamasen; después se entregó á Ros, encargándole que le cambiara las vestiduras y lo aseara.

—¿No reposáis hoy, señor?—le preguntó el sirviente, presentándole una jofaina de plata con agua.

—Ya lo hice. Abrevia.

—¿Iremos á Francia?

—Probablemente.

—¿Traje negro?

—Sí, de terciopelo.

—¿Banda?

—También.

—¿Alguna otra insignia?

—No.

—Está fresca la madrugada.

—Trae un gabán de pieles.

—¿Cuándo tenemos boda?

—Esta noche.

—¿Asistiré á ella?

—No.

—Sois un tirano, amo mío; tanto como yo gocé oyendo los aplausos que os tributa la multitud, y qué mal pagáis mi entusiasmo.

—En Madrid lo recompensaré uniéndote á una mujer casta, inocente, bella, y que te quiera tanto como yo por lo menos.

—*¡Abrenuntio!* ¡Huye de él, Satanás; no lo tientes, y me elijas á mí por víctima!

—No es el diablo, Ros, es el cielo el que me inspira.

—Mal me quieren entonces los ángeles y los santos. Os advierto que me han traído la ropa; pero debo al suizo unos maravedís, y mi honra y fama...

—Vitali los pagará.

—Tengo noticia de que hay en campaña otra morena más, de ojos negros, talle pequeño y timidez que encanta; pertenece á mi repertorio.

—¿Qué quieres decir?

—Que Angelina admitió una doncella llamada Orsola.

—La conozco. ¿Quién te enteró de eso?

—El criado que me trajo el baúl.

—Es hermana de Busato.

—Pues si tiene tan buena sangre como el polizonte, renuncio á ella.

—Renuncia, sí; de lo contrario te sucederá lo mismo.

—¡Déspota!

—Bribón, estás abusando de mi paciencia.

—¡Ay! y vos de mi libertad, de mi albedrío.

—Si te pesa, te quedas en Nápoles.

—Prefiero seguiros, fiero señor; mas tengo curiosidad de saber si seríais capaz de dejarme aquí sin condición alguna.

—Claro es, como á Busato.

—¡Es decir, con cogulla y rosario! Muchas gracias; no tengo vocación.

—Tampoco él, y ya me da las gracias.

—Era un criminal.

—Cierto; pero tú también cuentas con algunos pecadillos.

—No, señor; debilidades hijas de la naturaleza del barro y nada más.

—Acaba.

—¿Cinto de pedrería?

—Sí.

—¿La espada de vuestro padre?

—No; la que me regaló el gran maestre de la orden de San Juan.

—Volveos un poco. Ahora el gabán. Inclinad la cabeza, y torceré más la pluma. Bien; no hay en Nápoles ni en el mundo caballero más apuesto y gentil.

—Adulador.

—Juro, por Dios Santo, que es así. Con ese rostro, talle, maneras, y en Italia... ¡Ay qué lástima de general con tanta conciencia! ¡Ay qué lástima de mujeres sin ella!

—Los guantes, bribón.

—Los guantes, padre Flaviano.

—Ojalá y pudiera igualarme al reverendo Alberto de Silva.

—Ya estáis en camino, y como continuéis así, habréis de superarle.

—¡Quiéralo Dios!

—El os haga un santo.

—*Amén.*

—¿Almorzáis en casa?

—Sí.

Osorio halló su carroza al pie de la escalera, y al montar en ella, dijo al lacayo:

—A casa de mi nodriza.

Y partió el carruaje, deteniéndose á la media hora en el punto indicado.

Comenzaba á amanecer cuando Flaviano golpeó fuertemente en la puerta hasta que le abrieron, hallándose rodeado de Marta, su marido y dos hijos.

—Gracias á Dios que te vemos,—exclamó la primera.—Tus triunfos han sido desgracias para mí.

—¿Por qué?

—Unas veces con las audiencias, otras por estar recibiendo á lo rey, y siempre por algo, la verdad es que ni mis hijos, mi marido ni yo hemos podido hablarte en las muchas veces que lo intentamos.

—Pues hoy te va á costar lágrimas mi presencia.

—¿Por qué, hijo mío?

—Necesito de tu esposo y dos hijos para que me acompañen muy lejos de aquí.

—¿Ya te marchas?

—Yo todavía no; ellos deben adelantarse, á cuyo fin saldrán hoy.

—Si te hacen falta, llévatelos.

—Me son indispensables, pero me duele que te dejen sola.

—No importa; con tal que cuiden de tu vida y te defiendan, quedaré contenta y satisfecha.

—Gracias, Marta; no esperaba otra cosa de ti.

—Si hubieras dudado, no te lo perdonaría nunca. Te di cerca de dos años mi sangre, y eres tan bueno, que añadí mi amor y mi vida, si algún día necesitaras de ella. ¿Vas á exponer otra vez tu existencia?

—¿Cuándo la tengo asegurada? Mi carrera lo quie-

re así, y al desaparecer un peligro, otro asoma más terrible que el anterior. No temas por Gabriel, Ramiro ni Víctor; los defenderé yo...

—No es eso; si perecen por tu causa, habrán cumplido con su deber; lo malo será que, al quedarme sin ellos, te perderé á ti también.

—Te repito que no es lo probable; la empresa podrá ser arriesgada, mas unidos los cuatro, saldremos adelante. No perdamos tiempo, Gabriel; durante el día cambias cuatro mil ducados en oro, que te entregará mi criado Ros, por el equivalente en dinero francés, cuya suma llevaréis en buenos cintos; luégo os ceñís finas y tupidas cotas de malla, que os facilitará mi sirviente; las cubrís con trajes calabreses, é inmediatamente partís los tres á la subida de los Alpes por la parte de Suiza. Me esperáis en la posada del Aguila, que está en la falda de dicho monte. Ros os facilitará un par de pistolas á cada uno, cargas y daga. Llevad las armas bien escondidas, y en la mano vuestros instrumentos de música. Vamos á imitar á esas familias italianas que recorren parte de Europa, tocando, cantando y entreteniendo á bobos; de esta manera cruzaremos varios países hasta llegar á un sitio donde nos esperan dos víctimas que es preciso salvar á toda costa.

—¿También vos,—le preguntó Gabriel,—usaréis traje igual al nuestro?

—Idéntico; nos acompañarán mi criado, y seremos Zalla y seis músicos que han de meter mucho ruido.

—¿Qué hacemos en la venta del Aguila?

—Os hospedáis, aguardando tranquilos mi llegada. Podéis marchar á caballo hasta el lago de Ginebra; desde ese punto en adelante ya es indispensable fingir, empezando por ir á pie como lo requiere la ocupación. Este documento os facilitará el tránsito por toda Italia.

—Comprendo, y estaremos en los Alpes con la brevedad posible.

—Abrazadme, y no dilatéis vuestra partida. Adiós. Marta; nosotros nos veremos todavía varias veces.

—¿No almuerzas conmigo?

—No.

—¿Qué nueva empresa va á acometer el héroe?

—A su regreso te la referirán Gabriel y tus hijos; luégo compras con el dinero que traigan una posesión grande y productiva, y acabáis los cuatro el resto de vuestra vida tranquilos y dichosos.

—¿No piensas volver á Nápoles?

—Marta, ignoro lo que el destino dispondrá; pero es probable que sea esta la última vez que contemple el delicioso país que me vió nacer.

—¿Vendrás á verme, ó voy yo á tu palacio?

—No te molestes; te ofrezco una visita por lo menos cada día de los cuatro ó cinco que permaneceré aquí.

—Adiós, hijo del alma.

Y el duque, después que hubo estrechado á los cuatro, montó en la carroza, diciendo al lacayo:

—A casa del gobernador de Nápoles.

El coche partió, deteniéndose nuevamente á la puerta del citado edificio.

—¿Dónde está vuestro jefe?—preguntó Osorio al oficial de guardia.

—Duerme, señor.

—¿Todavía?

—Acaban de dar las siete, y se acostó muy tarde.

—Que le avisen inmediatamente.

—¿Le aguarda V. E.?

—Sí; llevadme á su despacho.

Entró el duque en el sitio indicado, sentándose en el sillón del dueño del palacio. Minutos después apareció aquél, diciéndole:

—Mucho madruga el héroe de Nápoles.

—Dormí poco más de dos horas vestido y sentado sobre un duro sillón de vaqueta.

—¿Qué acontece, señor?

—El que manda, el que gobierna, vela mucho, y de este modo logra que nada pueda sorprenderle.

—Mientras vos estéis en Nápoles viviré descuidado; luégo será otra cosa; tomé la leccion, y me bastó siempre con una.

—Sois leal; amáis á vuestra patria como yo, y no hay secreto alguno que esté mal en vuestro pecho.

—Me hacéis justicia; pero no comprendo...

—¿Quiénes llegaron anoche?

—No lo sé.

—¿Ignoráis que existe á la vista de Nápoles un navío de guerra español?

—Nada me han dicho.

—Pues está desde ayer, y después de anochecido desembarcaron tres generales á quienes conocéis mucho.

—Os darían parte á vos, y creyendo que con eso bastaba...

—Gobernador, el caudillo ó jefe debe saber algo más de lo que le dicen.

—Mi confianza la motiva única y exclusivamente vuestra residencia en Nápoles. ¿Quiénes eran esos tres españoles?

—El príncipe de Italia, el duque de los Andes y el conde de Santomera.

—¡Jesús! ¡Y no he corrido á estrecharlos!

—Sentaos y bajad la voz, que os estoy refiriendo un secreto.

—¡Ah! ¿Vienen de incógnito?

—Sí, y costará la vida al que los descubra.

—Entonces nada tiene de extraño que yo ignorase su arribo. Permitidme que los vea; que vuelva á estrechar...

—Calma, gobernador; el príncipe mi hermano corre ya lejos de Nápoles; Odón y Roberto duermen en mi palacio.

—Su presencia me anuncia nuevas desgracias.

—Há tiempo que ocurrió la más grande que debíamos tener, pero no es aquí sino muy lejos; los tres vienen por mí, y al regresar Julio partiremos todos para no volver probablemente: mi misión en Nápoles ha concluído.

—¿Adónde vais? ¿Fué indiscreta mi pregunta?

—No; partimos á Francia.

—Cada vez os comprendo menos.

—Gobernador, se hallan prisioneros de guerra en

el castillo de Ibri, y en poder de Enrique IV, el marqués de Abella y el conde de Monterrubio.

—¡Maldición! Lo oigo, lo dudo, y quisiera que os hubieran engañado.

—Por desgracia me dijeron la verdad. Una infame traición del partido católico que ellos capitaneaban, los entregó dormidos é indefensos al *Pretendiente hugonote*, que se apresuró á encastillar su rica presa.

—Con vosotros cuatro y veinte mil españoles no hay ejército francés capaz de deteneros.

—Pero existen hachas que segarían las cabezas de mis hermanos, y preferimos la vida de éstos á la conquista de ese reino. A este fin emplearemos la astucia, anteponiendo á la guerra la destreza y sagacidad. Cuando nos veamos juntos los seis, entonces será otra cosa, gobernador.

—La idea es buena, mas su realización difícil.

—Antes de un mes diréis probablemente lo contrario.

—Reunidos los cuatro, todo se puede esperar de seres tan privilegiados.

—Acaso no os equivoquéis; pero se trata de lo que más nos interesa en el mundo, y es indispensable obrar con mucha prudencia y discreción. Oidme ahora: tengo noticia de que llegan continuamente á Nápoles poderosos franceses que vienen á ver, unos las erupciones del volcán, otros á contemplar este país, y doy por hecho que su primer visita será al gobernador de esta plaza, de cuyos finos modales y trato amable y bondadoso irán encantados.

—Me hacéis mucho favor.

—¿Me he equivocado? ¿Conocéis ó no á los que diariamente vienen y se van?

—Cierto; me tengo por amigo de muchos de ellos.

—Todos os dejarán las señas de sus palacios ó casas, y una recomendación vuestra será atendida por tan opulentos señores.

—Así lo creo.

—En ese caso, luégo os mandaré para que firméis un pasaporte, y al devolvérmelo tened la bondad de añadir algunas cartas de recomendación en favor de seis calabreses que piensan internarse en Francia, ganando su vida como esos pobres músicos y comediantes que apellidamos vagabundos.

—¡Comprendo!

—El pasaporte será para ellos también, y cruzarán los Alpes por la parte de Suiza, dirigiéndose desde allí por el camino más corto al castillo de Ibrí; procurad que vuestras cartas y recomendaciones les impidan tropiezos desagradables.

—En Nápoles residen hoy varios franceses que añadirán lo que á mí me falte.

—Buena idea.

—¿Qué tiempo me dais?

—Cuatro días por lo ménos.

—Entonces llevarán más aún de lo que pudiera hacerles falta.

—¿Todo lo habéis comprendido?

—Todo.

—¿Seréis discreto?

—Cuanto es preciso.

—Nada averiguaréis que tenga relación con mis cinco hermanos restantes.

—No temáis; quisiera ver á los tres...

—Id á mi palacio, y siempre que esté yo lograréis vuestro deseo.

—Hoy mismo.

—Fío en vos, gobernador.

—Seré el séptimo, si no en valor y genio, en cariño y estimación.

—Ya os recomendaré al capitán Vitali, el cual reemplazará en lo sucesivo á la segunda autoridad de Nápoles.

—Muy joven es, mas se cumplirá vuestro deseo en un todo.

—A vuestro lado aprenderá lo que le falta, y con el tiempo rivalizará con vos; ese dormirá poco, velando por los intereses de España lo que sea necesario.

Ambos se despidieron, volviendo á montar el duque en su carroza, para cruzar la calle y entrar en su palacio.

—Desenganchad,—dijo al cochero,—y avisad á Ros que vaya á mi despacho.

Poco después preguntaba el amo al criado:

—¿Duermen mis hermanos?

—Sí, señor. Pronto habéis dado la vuelta.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las ocho.

—Sal, y en cuanto despierten el señor duque de los Andes y el conde de Santomera les dices que aquí les

espero. Hasta después de las once no recibiré á ningún otro.

El criado partió, el duque se puso á escribir varios pliegos, que iba mandando á su destino según los concluía.

A las nueve y media terminó su trabajo, quedando en actitud de meditar. Su frente se plegó de arrugas, é inclinando la cabeza, prosiguió triste y ensimismado algunos minutos.

Luégo fué poco á poco tranquilizándose hasta brillar en sus labios una grata sonrisa.

En este instante oyó dos voces que conmovieron su corazón, las cuales exclamaron á dúo:

—¡Hermano!

Eran Odón y Roberto que entraron y le alargaban los brazos, formando los tres un solo grupo.

—Sentaos,—les dijo el duque,—junto á mí. ¡Oh, hace muchos meses que suspiraba por este bien!

—Sí, Flaviano,—le contestó el conde de Santomera;—pero no somos más que tres, y creo difícil que nos volvamos á reunir los seis.

—Opino lo mismo,—añadió el duque de los Andes con sentimiento.

—No desconfiéis tanto; Julio regresará de Roma muy pronto.

—Pero ¿y Rogelio y Mauro? ¿Cuándo veremos sus varoniles rostros?

—Pronto.

—Tu seguridad y aun la que has prestado al príncipe nos admira; mas no conocemos su origen ni nos

es dado participar de ella. Flaviano, ¿desde cuándo hay secretos entre nosotros?

—No son secretos, Roberto; Julio y yo, fundados en el presagio de un sér que nos es desconocido, vemos ya en lontananza lo que vosotros contemplaréis más tarde. De nada os servirían más explicaciones; confiad en Dios, y si nos veis reir, hacedlo también vosotros; pues sería una acción indigna desconfiar de Silva y de Osorio, ó suponerlos crédulos ante una vana ilusión.

—Cierto, y en lo sucesivo participaremos de vuestras alegrías, comprendamos ó no la causa.

—Hablemos de vuestra llegada á las Alpujarras, de nuestras esposas, de España, en fin, por lo que suspiro hace más de cuatro meses; pero empezad por vuestros hechos de armas.

Roberto y Odón se pusieron de acuerdo, y dió principio el segundo con el siguiente relato:

—Recordarás que salimos á la vez, tú en dirección de Alicante, y nosotros, al frente de numerosa escolta, camino de Granada. Escondidos en nuestras armaduras, siempre echada la visera, y sin darnos á conocer, llegamos á la referida ciudad como dos simples capitanes. Ya allí, descansamos dos días, adquiriendo al efecto cuantas noticias creimos necesarias. Con pocas tuvimos bastantes, pues Julio, que adivina y prevé, nos dió instrucciones por escrito, suficientes por sí solas á guiarnos sin preguntar á nadie. En Granada dispusimos nuestro plan de ataque, y á las cuarenta y ocho horas salimos para Almería, yendo el

ejército por un lado, y nosotros, seguidos de nuestra escolta, por otro.

—¿No tuvisteis ningún encuentro en el camino?

—Varios; pero derrotamos al enemigo á la primera carga, y por eso los callé. Eran partidas de Zegríes y Abenamares que recorrían la comarca en busca de dinero, armas, caballos y alimentos. Nos lo dijeron en Granada, y por esa razón atravesamos dicho reino, el de Málaga, y últimamente el de Almería, por caminos excusados, y saliéndoles al encuentro diariamente.

—¿De qué número de hombres se componía vuestra escolta?

—Doscientos jinetes, elegidos por el príncipe.

—Entonces podíais muy bien penetrar con ellos hasta en medio de las Alpujarras.

—Hubo ocasiones en que atacamos partidas de quinientos y más árabes; como nos desconocían, comenzaban bien; es decir, con entusiasmo y brío; pero al poco tiempo huían desalentadas, dejando un tercio ó más tendidos en tierra.

—¿Qué hacíais de los muertos y heridos?

—Nosotros nada; encargábamos á los alcaldes que recogieran unos y otros, y seguíamos adelante.

—¿No os tendieron ninguna emboscada?

—Sí, y en verdad que pagaron bien cara su loca osadía.

—Refiéremela.

—Nos hallábamos á cuatro leguas de Almería y en terreno dominado por ellos. Con las precauciones

consiguientes pernoctamos en una aldea situada á la falda del monte, paraje poco á propósito para que maniobrase la caballería. Era ésta la última jornada; el camino hasta la capital ofrecía idénticos accidentes, y se hizo indispensable descansar allí ó continuar marchando toda la noche, lo cual era peor. Entramos, pues, en un gran caserón donde nos fué fácil habilitar cuadras para los caballos y abrigo para los jinetes. No obstante hallarnos al Sur de España, se dejaba sentir el frío con gran intensidad, por cuya razón dispuse que se quemara mucha leña; y en tanto que nuestra gente se calentaba, Roberto y yo mandamos exploradores, con orden de que nos avisasen cada dos horas de lo que pudieran ver ó escuchar en los alrededores. La aldea se componía de una veintena de labradores honrados, buenos cristianos, y entre los que me fué fácil hallar cuatro que se encargasen de desempeñar con lealtad la difícil comisión de que te he hablado antes. La rapiña árabe dejó sus graneros vacíos, cometieron con ellos toda clase de tropelías, y al llegar nosotros nos aclamaron con júbilo indescriptible. Hecho aquéllo, cenamos todos, buscando luégo camas y sitios donde descansar de las fatigas del día. Mi hermano y yo nos arrellanamos en dos viejos sillones que nos mandó el cura, y conservando parte de la armadura, tratamos de dormir, logrando realizar nuestro deseo dos horas escasamente. Serían las doce cuando nos despertó uno de los emisarios, diciendo que había visto descender por el monte una columna de árabes á pie, pero armados de sendas picas. No tardó en lle-

gar el segundo, refiriéndonos una cosa análoga, y lo mismo sucedió con el tercero y cuarto. Era indudable que intentaban sorprendernos, á cuyo fin venían sobre nosotros fuerzas muy respetables. Mandé á mis cuatro agentes que espiasen el pueblo, hice despertar á la tropa, dispuse el segundo y último pienso, y antes de las dos sujetábamos los potros del diestro en el extenso corral de la casa. Los moros, según las noticias que nos iban trayendo, rodearon la aldea en número de ochocientos ó mil peones. Luégo entraron dos ó tres disfrazados de castellanos, tratando de descubrir las casas en que nos suponían dormidos; pero encontraron las puertas cerradas, oscuridad completa y un silencio profundo. Se vieron en consecuencia obligados á esperar los albores de la mañana para caer de improviso y con toda seguridad sobre nosotros, y esto constituía la base de mi plan. Mis cuatro emisarios, arrastrándose por el suelo unas veces, saltando las tapias de los corrales y metiéndose por las ventanas, avisaron en las cuatro casas que yo tenía enfrente, obligando á sus habitantes á que encendiesen luz y á que promovieran ruido, con el objeto de que los sectarios de Mahoma creyesen, como así sucedió, que nos hallábamos guarecidos en ellas. En la nuestra reinó por el contrario un completo silencio: mis jinetes enmudecieron, y hasta los caballos parecían adivinar lo que pasaba, y no se oyó en el resto de la noche un solo relincho ni señal alguna que indicase al enemigo el sitio donde estábamos. Mi hermano quedó al frente de la tropa, y yo me subí al terrado de la casa, desde

el cual, y á favor de las luces situadas convenientemente en las cuatro casas que cité antes, vi las compañías de Zegríes y Abenamares que llegaban en el mayor silencio, é iban sitiando los referidos cuatro edificios. Cuando hubieron concluído, dejé al dueño de la casa en mi lugar, y me bajé, dando en el mismo instante órdenes terminantes y concretas. Seguidamente montamos á caballo, guardando siempre el mayor silencio; y dividida mi escolta en dos mitades, que mandábamos Roberto y yo, aguardamos la última señal. Media hora después bajó el patrón, y me dijo:—Señor, se disponen á asaltar las casas de enfrente.—Muy bien, le contesté; que se sitúe vuestro hijo en la puerta del corral, y vos en esa que da á la calle, abriéndolas en el momento que yo lo mande. En cuanto salgamos, las cerráis, procurando no temer nada, que basta y sobra con nosotros para dar fin de esa canalla morisca. Con estas breves frases y unas cuantas monedas de oro se conceptuó satisfecho, permaneciendo á mis órdenes padre é hijo y muy dispuestos á obedecer. Llevábamos tres horas y media de esperar, parte de pie y el resto sobre el caballo; nuestra paciencia desaparecía por momentos, y la ansiedad aumentaba considerablemente, cuando oímos un solo acento que dijo en árabe:—¡A ellos! ¡Mueran todos! —A este grito reemplazó una espantosa algarabía promovida por ochocientas ó mil voces que repetieron lo propio. A la vez forzaron las puertas de las cuatro casas. Empezaba á amanecer, y en el mismo instante salimos Roberto por la puerta del corral y yo por la

de la calle, atacando á la vez el flanco derecho é izquierdo, con sorpresa de ellos y empuje de parte nuestra que acabó de aterrarlos. Como el camino que nos quedaba hasta Almería era sinuoso y fatal para los caballos, debíamos evitar el ser acometidos en él, por cuya razón me vi obligado á gritar:—No haya cuartel.—Y en verdad que mis soldados lo hicieron harto bien. Cogidos en medio, sorprendidos y sin comprender de dónde salíamos, cuántos éramos, ni nada, en fin, comenzaron á desbandarse, cerrando los oídos á la voz de los jefes que les mandaban atacar. Víctimas de espantosa pavura, escaparon unos por entre los pies de nuestros caballos, saltando otros como la pantera, y con agilidad pasmosa todos. Pero como á nosotros nos convenía dejar en tierra al mayor número, estrechamos nuestras filas, dando fin de la mayor parte de los jefes, y de muchos, muchísimos peones. A la hora de empezado el ataque no quedaba en la aldea un solo mahometano en pie; de los ochocientos ó mil hombres, el que no besaba el polvo había huído indefenso y veloz como un meteoro. A la clara luz del sol contemplamos la calle cuajada de árabes tendidos y el monte y los campos de picas y espadas musulmanas. Con algunas de aquellas armamos á los aldeanos, encargándoles que cuidasen de los heridos y diesen fuego ó sepultura á los cadáveres; y sin detenernos un instante más corrimos hacia la capital, viendo á derecha é izquierda capuchones árabes y rostros desencajados que buscaban la espesura del bosque ó lo elevado de la sierra. Como los doscientos cuatro íbamos armados

de punta en blanco, sólo resultaron diez hombres contusos y quince caballos heridos; pero unos y otros pudieron continuar hasta Almería, en cuya ciudad entramos cinco horas más tarde sin impedimento alguno.

—¿Cuántos muertos dejasteis en la aldea?

—Por el pronto no lo supimos, efecto de nuestra precipitada marcha; pero luégo me dieron el parte del alcalde de un pueblo vecino, en que detallaba la acción, y pedía fuerza para custodiar los heridos. De éstos, según decía, cogieron ciento sesenta y siete, habiendo quemado setenta y ocho cadáveres.

—Si se descuidan dais fin de todos.

—Además de la razón que ya expuse antes, era conveniente infundir el terror en ellos, y si tuvieron prisa para huir, más demostramos nosotros en matar.

—Pobre gente; la emboscada que os tendieron se parece á la sorpresa en que quisieron envolver á nuestros soldados los revolucionarios de Nápoles. Continúa, hermano, que, á juzgar por los primeros encuentros, la batalla que siguió debía durar poco.

—Fué, no obstante, sangrienta, y aunque breve, sucumbieron miles de hombres.

—Ya la escucho.

—Reuní en Almería seis mil peones y dos mil caballos; gente buena y aguerrida. Sabido esto por los moros, se replegaron á las Alpujarras, formando en el corto plazo de ocho días un ejército que no bajaría de trece mil hombres, medianamente armados, escasos de caballería, y sabido es lo aficionados que son á

la última. Yo les dejé que se juntasen todos, y cuando supe que me esperaban, entonces me dirigí en su busca, sin precipitación y con completo conocimiento de lo que hacía. Los hallé acampados en la falda del monte, y yo lo hice en el llano á media legua de ellos. De este modo trascurrió una tarde y la noche siguiente. Al ser de día nos dirigimos adonde estaban, y á poco más de las siete de la mañana nos hallábamos frente á frente, deseando unos y otros un combate imposible ya de rehusar. Hasta este momento habíamos guardado Roberto y yo un riguroso incógnito; siendo ya inútil, corrieron nuestros nombres de boca en boca, y desde los maestres de campo hasta el infeliz arcabucero, brilló la alegría en sus semblantes, saludándonos con una aclamación tan unánime como entusiasta.—¡Vivan los *invencibles!*—decían;—la batalla se ganará, y el vil mahometano habrá de esconder en las entrañas de la tierra sus locas y postreras pretensiones.—Los aceros se alzaban, la ovación crecía, el júbilo se multiplicaba, precisándome á imponer silencio con los atambores y clarines. Encargué á Roberto que tomase el monte, al maestre Tellez que atacara el ala derecha, á Girón la izquierda, y yo caí por el centro sin disparar un tiro, con orden y con todo el acierto que nos era permitido. La batalla comenzó sangrienta y terrible como pocas. Nuestras maniobras convencieron al musulmán de que no le quedaba otro remedio que vencer ó sucumbir, debiendo jugar el todo por el todo, en razón á que le era imposible escapar por los frentes ni costados. Llegaron á sus oidos



Lit de J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6. Madrid.

La batalla comenzó sangrienta y terrible como pocas.

la última. Yo les dejé que se juntasen todos, y cuando supe que me esperaban, entonces me dirigí en su busca, sin precipitación y con completo conocimiento de lo que hacía. Los hallé acampados en la falda del monte, y yo lo hice en el llano á media legua de ellos. De este modo trascurrió una tarde y la noche siguiente. Al ser de día nos dirigimos adonde estaban, y á poco más de las siete de la mañana nos hallábamos frente á frente, deseando unos y otros un combate imposible ya de rehusar. Hasta este momento habíamos guardado Roberto y yo un riguroso incógnito; siendo ya inútil, corrieron nuestros nombres de boca en boca, y desde los maestres de campo hasta el infeliz arcabucero, brilló la alegría en sus semblantes, saludándonos con una aclamación tan unánime como entusiasta.—¡Vivan los [illegible]!—decían;—la batalla se ganará, y el vil mahometano habrá de esconder en las entrañas de la tierra sus locas y postreras pretensiones.—Los aceros se alzaban, la ovación crecía, el júbilo se multiplicaba, precisándonos á imponer silencio con los atambores y clarines. Encargué á Roberto que tomase el monte, al maestre Tellez que atacara el ala derecha, á Giron la izquierda, y yo caí por el centro sin disparar un tiro, con orden y con todo el acierto que nos era permitido. La batalla comenzó sangrienta y terrible como pocas. Nuestras maniobras convencieron al musulmán de que no le quedaba otro remedio que vencer ó sucumbir, debiendo jugar el todo por el todo, sin razón á que le sea imposible escapar por los frentes ó costados. Llegaron á sus oídos



Lit de J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6. Madrid.

La batalla comenzó sangrienta y terrible como pocas.

nuestros nombres, que el soldado español seguía pronunciando con entusiasmo, y algo influyeron en el ánimo de los contrarios, siendo así que Roberto tomó una hora antes de lo que yo calculé la falda del monte, obligándoles á avanzar al llano, donde fueron encerrados en un círculo de hierro. Duque de los Andes, somos hijos de unos mismos padres, y mis elogios valen poco; no obstante lo cual, debo decir que ese día te sobrepusiste á lo creíble, dejándome admirado, no de tu valor, que se iguala al del príncipe de Italia, sino del genio, del heroísmo que árabes y cristianos contemplaron en todos tus hechos. ¡Qué talento, Flaviano; qué disposiciones tan acertadas; qué arrojo y qué oportunidad! Como es menor que yo y le quiero tanto, más que al enemigo miraba el penacho negro de su casco...

—Odón, calla ó me retiro. Describe la batalla, y oculta tu nombre y el mío.

—Pues qué, ¿no es hermano nuestro el que nos oye? ¿Entre los tres puede disimularse nada? Dejemos á nuestro querido Julio que sea depositario de la modestia de los seis, y hablemos nosotros sin consideración alguna.

—Cierto,—contestó Flaviano;—prosigue, conde; sé lo que valéis los dos; os amo, y vuestros triunfos los hago propios.

—Extractaré, que á nada conducirían los detalles ni debo tampoco molestar mucho á nuestro querido Roberto.

—Con poco que me digas, tengo bastante para

comprender lo que hicisteis en esa gloriosa jornada.

—Aun cuando llevábamos artillería, sólo dispuse que se efectuaran los primeros disparos; también ellos contaban con algunos cañones, pero pronto se los quitamos, quedando reducida la batalla al juego del arma blanca, que en verdad fué terrible como pocos. Desde un principio imitamos á los ejércitos antiguos; los trece ó catorce mil árabes representaban las hordas indisciplinadas y faltas de instrucción que se batían á la desbandada, mientras que nosotros éramos el ejército romano, compacto, uniforme, que obedecía una sola voz y atacaba por efecto de un plan bien combinado. Sostenido con bravura el primer empuje mahometano, parado ese golpe fatal, en el que ellos cifraban la victoria, comenzamos á dominar el campo, y desde este instante hubiera empezado la dispersión á no haberlo impedido Roberto, el cual corrió sus huestes á derecha é izquierda, dejando encerrados á los moros en un anillo de acero.

—Tú verificaste lo mismo por el otro frente, fuiste el autor del plan, el general en jefe, y casi toda la gloria es tuya, Odón.

—No le hagas caso, Flaviano; su penacho negro se veía correr por la línea, que era muy extensa; á imitación de Julio, mandaba, dirigía, y ganando siempre terreno, estrechaba el mencionado círculo, sin dejar por eso de atacar al enemigo ni de defender á los suyos.

—Más realizabas tú y lo callas.

—Nos separaba el grueso del ejército musulmán, y

oía, no obstante, las aclamaciones y vivas que daban al duque de los Andes sus valerosas y aguerridas huestes. Cuando vió mi hermano que su línea dominaba completamente la de los contrarios, dejó en su lugar al maestre Ramiro, y al frente de quinientos ligeros se precipitó en medio de los árabes, matando é hiriendo, no al débil soldado que apenas tenía ya aliento para sostenerse en pie, sino á los jefes que rodeaban al pretendiente á la rota corona de Boabdil, á los generales, á todo mahometano, en fin, que intentaba sostener la batalla, prestar ánimo y hacerle frente.

—Eso es cierto, Odón; pero se te olvida decir que nos encontramos de pronto, yendo tú seguido únicamente de doscientos hombres. Con ellos hizo el conde lo mismo ó más que yo, que mandaba quinientos.

—Lo creo,—contestó Flaviano;—las dos cabezas son muy buenas, y en cuanto á las lanzas, no las tiene mejores el mundo. Doy por hecho que al reconoceros, sonreisteis, marchando el uno por la derecha y el otro por la izquierda, prosiguiendo en vuestro tema de dar cima á una empresa, cuyo desenlace previ desde el momento que os encargaron de ella.

—Sí; cada uno se fué por su lado, ofreciendo cuartel á los soldados y dando muerte, de caballero arriba, á cuantos hallamos.

—Que serían todos los que tomaron parte en la batalla.

—Muy pocos debieron sobrevivir; y como estaban allí reunidos los que defendían la bandera musulmana...

—Resultó que al terminar ese combate, al espirar

el último caudillo, quedó muerta para siempre la loca pretensión de los descendientes de Boabdil.

—A eso nos mandaron el rey y nuestro querido hermano Julio, y fuerza era darles gusto.

—Resultado final.

—Este fué el de sucumbir casi todos los jefes y caballeros y un millar de soldados; el resto marchó á Africa, unos que escaparon de la acción en los buques que tenian dispuestos, y otros por cuenta nuestra, que fueron los más.

—Se hallarán en consecuencia las Alpujarras libres por completo de mahometanos.

—Muchas familias nos han pedido que las dejásemos, y sabiendo que no tomó parte en la batalla ninguno de sus individuos, accedimos á su deseo.

—Bien hecho.

—Al completo triunfo y consolidación del poder castellano en todas las Andalucías, sucedieron, como era consiguiente, los aplausos, vítores y ovaciones que empezaron en las Alpujarras y nos fueron siguiendo hasta Madrid. Felipe II nos abrazó; Julio esperó á que la corte estuviese reunida para referir nuestros hechos de armas; los cortesanos se humillaron por centésima vez ante las seis espadas que miran con más terror que alegría, y á Morata se le ocurrieron cincuenta epigramas, en todos los cuales éramos nosotros los héroes y los palaciegos las víctimas. ¡Poco nos duró, sin embargo, el placer consiguiente á tan completa victoria! A los tres días de haber llegado, recibió el príncipe la noticia de la prisión de Mauro y de Rogelio, y al quin-

to nos vimos obligados á abandonar nuevamente á nuestras esposas, para venir á Nápoles, según estás viendo. El viaje fué rápido y feliz, pero ¡ay, cuántos suspiros exhalamos al cruzar frente á las costas de Francia! ¡cuántos votos salieron de nuestros labios; qué de juramentos y exclamaciones!

—Pronto se cumplirán vuestros deseos, y volveremos á estar reunidos los seis. ¿Llora mucho mi esposa?

—En público demuestra, como las otras, resignación; pero, como todas, humedecerá por la noche la almohada con torrente de lágrimas.

—¿Y nuestros hijos?

—Inocentes aún, juegan, ríen y empiezan á educarse como nosotros.

—¿Y el rey?

—Cada día más débil y achacoso; teme una desgracia próxima.

—¿Qué dice el príncipe de Asturias?

—Nada; se dispone á gobernar sin el talento y brío de su padre. El día que éste muera dejaremos nosotros de ser los jefes del ejército y los consejeros de la corona.

—Lo sentiré por mi patria, me alegraré por mí, que me van doliendo ya mucho las continuas lágrimas de mi Adela y el sufrir tanto azar, insomnios y molestias. Pardiez, desde que tengo uso de razón habré dormido en mi cama una vez por cada ciento que lo hice al frente del enemigo.

—Lo mismo me sucede á mí.

—Y á mí.

—Pues al morir Felipe lloraremos su pérdida,

aplaudiendo la elevación al trono de su hijo, y más que eso aún su desdén respecto de nosotros.

—Seremos tan desgraciados, que es posible varíe de opinión al encontrarse monarca.

—No lo creas, Odón; el gran Carlos I supo lo que eran nuestros padres desde el momento que habló con ellos por primera vez; Felipe II tardó mucho en conocerlos, y más aún en comprendernos á nosotros; y su hijo, futuro rey de España, no sabrá nunca quiénes somos ni lo que valemos.

—Quiera Dios que suceda así.

Cortó la conversación de nuestros tres *invencibles* la entrada de Zalla y Roch, los cuales, después de cruzar algunas frases con aquellos, les invitaron á pasar al comedor, donde les esperaba el almuerzo. Los cinco se levantaron, sentándose luégo á la mesa, tristes y meditabundos Odón, Roberto, Alvaro y Roch, y alegre y satisfecho el duque del Imperio.

CAPITULO V

Más preliminares sobre el viaje próximo.—La boda.—El convento y los dos penitentes.

Concluído el almuerzo, encargó Flaviano á los dos Navarros que entretuvieran el día en recorrer Nápoles, disfrazados y seguidos del general de marina y del maestre de campo, procurando distraerse en cuanto les fuera posible. Indicó á los dos últimos los sitios á que debían llevar al duque de los Andes y al conde de Santomera, y después de enterarles de la boda de Angelina y Vitali, les dijo que los cinco asistirían á ella, en unión de los duques de Mantua y del prelado de Nápoles, únicos que la celebrarían. Seguidamente se despidió de ellos, entrando en su despacho.

—Que vuelvan á enganchar mi carroza,—dijo á un paje,—y que entre Ros.

Poco después volvió el enviado, contestándole:

—Señor, disponen el coche, pero vuestro criado no parece.

—¿Qué dices?

—Que ha salido, excelencia.

—¿Adónde fué?

—Todos lo ignoraban, pero hay quien le ha visto entrar en casa del gobernador.

—Que lo busquen y lo traigan á mi presencia.

Salió el paje, quedando Osorio entregado á profunda meditación. No tardó en aparecer Ros, llegando un poco receloso, pero con su innata osadía.

—¿Me llamabais, señor?—le preguntó.

—Sí. ¿Desde cuándo acá sales del palacio sin mi permiso?

—Perdonadme, fué sólo un instante, y como era al zaguán de enfrente...

—¿En casa del gobernador?

—Justamente.

—¿Quién te mandó llamar?

—Nadie.

—¿A qué fuiste entonces?

—Os diré, que una de las doncellas de la esposa del señor gobernador es hermana de otra de las de Angelina.

—¿Qué tienes tú que ver con eso?

—Fuí á preguntar á ésta por la salud de aquélla. Como no me permitís que vaya al palacio Vignati...

—¿Es guapa la de aquí?

—Como un sol; tiene ojos negros, sólo quince años y se expresa á imitación de los ángeles.

—¿Cuenta con muchas doncellas y camareras la señora del gobernador?

—Cuatro.

—¿Jóvenes todas?

—Sí, señor; la mayor veinticinco años, poco más ó menos.

—¿Bonitas todas?

—Dos sí, una es regular, y la otra no vale nada para hombres de mi posición.

—Pronto te has enterado.

—Hablé con ellas varias veces.

—¡Con las cuatro!

—Sí, señor.

—¿Es decir, que en el momento que yo salgo, tú cruzas la calle?

—No; en el instante que no me necesitáis y ellas están desocupadas, me avisan, y paso un rato en conversación con ellas.

—Ya sé cuanto deseaba, y como vuelvas á pisar el zaguán del palacio de enfrente, lo menos que hago contigo es casarte con la cuarta, con esa que tú dices que no vale nada.

—Pero, señor, ¿por qué sois tan cruel con este pobre servidor?

—Ros, jamás falté á mi palabra, y no dudes cumpliré lo que acabo de ofrecerte.

—¡Vaya un regalo que íbais á hacerme! Se parece al orangután.

—Me alegro; de ese modo empezarás á pagar lo mucho que debes.

—Yo tuve la culpa; pero como no sé engañaros ni callar nada cuando me preguntáis...

—De bastante te serviría lo contrario.

—Ya lo creo; fuisteis cazador antes que guarda...

—No vuelvas á salir del palacio sin mi permiso.

—Lo haré así.

—En breve vendrán á buscarte el marido de mi nodriza y sus dos hijos; dales cuanto te pidan, encargándoles que compren tres trajes calabreses; uno para Zalla, otro para ti y el mio.

—¿Qué más, señor?

—Entérate de si está ya enganchada mi carroza.

Ros lo hizo así, contestándole:

—En este momento se detiene al pie de la escalera.

—No regresaré hasta la hora de comer; ten dispuesto para la noche mi mejor traje.

—¿Para la boda?

—Sí.

—¿Asisto?

—No.

—Gracias por la bondad.

—Cuidado, Ros, que te llevo casado á Madrid.

—Os estimo el favor.

Nuestro general montó en su carruaje, ocupando parte del día en visitar al prelado de Nápoles, á los cinco inquisidores, á los duques de Mantua y á algunos otros personajes con quienes tenía asuntos pendientes. Supo que varios grandes deseaban celebrar sus triunfos con bailes y banquetes, y encargó á dos de ellos que corrieran la voz de su próxima marcha á

Madrid, dispuesta por S. M., y la imposibilidad en que este acontecimiento le ponía de asistir á saraos.

Cuando hubo determinado, regresó á su palacio, hallando en él á Odón, Roberto, Zalla y Roch, los cuales empezaron por cuestionar sobre la prisión de Mauro y Rogelio, y no salieron en todo el día. El duque les reprendió por la tristeza y aislamiento á que se condenaban, pasando luégo una hora en compañía del gobernador, que quiso saludar á los recién venidos. Comieron más tarde, y á las ocho montaron los cinco en la carroza, dirigiéndose acto continuo al palacio Vignati. Angelina y Vitali les salieron á recibir entre los duques de Mantua, que estaban allí desde las seis, y no tardó en llegar el prelado que debía autorizar la boda.

Osorio halló tristes á los novios, en vista de lo cual aprovechó un momento oportuno para preguntarles:

—¿Qué tenéis? ¿Por qué no demuestran vuestros semblantes la alegría propia de un acto que debe haceros dichosos?

—Señor,—le contestó Angelina,—sois desgraciado, y en tanto que vuestros hermanos no estén en libertad, es imposible que la felicidad llegue á nosotros.

—Y vos, Augusto, ¿qué decís?

—Lo mismo, añadiendo que seré infortunado el resto de mi vida si no me permitís que os siga á Francia.

—Acercaos más; oidme los dos; anoche todo lo veía negro, y en verdad que me juzgué el hombre más desventurado de la tierra; pero cesaron mis afanes

cuando supe el estado de los acontecimientos y los muchos medios de que disponemos para combatir el mal. Hijos, hallé en Nápoles el remedio contra las desgracias que nos afligen, y puedo aseguraros que las vidas de mis hermanos no peligran, y que no tardarán en correr junto á nosotros.

Calló el duque, fijándose en Angelina, la cual movía la cabeza demostrando incredulidad.

—Sois tan noble, tan generoso,—le dijo,—que hacéis el sacrificio de fingir en la noche de nuestra boda, para arrancar de nosotros una tristeza que en vano intentaréis ahuyentar.

—Estáis en un error, Angelina; mi abnegación no llega nunca á convertirme en embustero por esa ni otra razón, y cuanto os he dicho es la verdad.

—Señor, ¿es cierto?...

—Os lo juro por el alma de mi madre.

—Dios os premie el favor que acabáis de hacernos. Noto, sin embargo, que los señores duques de los Andes y el conde de Santomera inclinan á menudo la cabeza en señal de abatimiento.

—No os estrañe; sólo el príncipe y yo conocemos el secreto, y aun que les hemos dado las seguridades que á vosotros, aman tanto á nuestros hermanos, que dudan de todo, y cierran de continuo su corazón á lo que no sea el sentimiento y la pena que causa en ellos la prisión de Mauro y Rogelio.

—¡Conque sois feliz!

—Tanto no; me falta para eso que nos reunamos los seis, regresemos á Madrid, y al lado de nuestras es-

posas é hijos, podamos verlos á cada instante, lejos del campo de batalla y en medio de la paz y sosiego que nos ofrece el hogar doméstico. Mas desapareció de mí la tristeza, me hallo satisfecho en parte, y siento ya la alegría que me presagia un porvenir despejado y como yo se lo pedía al cielo.

—Entonces, Augusto y yo comenzamos á ser dichosos.

—Eso deseo; brille en vuestros rostros el placer, y que no enturbie ráfaga alguna de pesar la boda que yo hice y apadrino.

—Vednos ya, señor; siempre obedientes á vuestro acento, os complacemos en este instante sin violencia alguna.

—Ambos tenéis talento; acercaos al duque de los Andes y conde de Santomera, y habladles de sus esposas, del príncipe y de mí.

—Al momento.

—Decidme antes. ¿Dónde está Orsola?

—En la estancia contigua á mi cámara. ¿Qué queréis?

—Concluye de llegar el prelado, y mientras se viste y dispone el solemne acto que va á tener lugar, deseo hablar con ella.

—¿Necesitáis alguna cosa?

—Ocuparme del porvenir de esa desgraciada.

—¿No basta que la hayáis puesto bajo nuestra protección?

—Sí, y toda vez que pensáis realizar mi intención, le daré únicamente dos ó tres consejos.

—¡Qué bueno sois!

—Hasta luégo.

El duque dejó la reunión, dirigiéndose á las habitaciones donde estaban las camareras y doncellas de Angelina. Después de saludarlas, se fijó en Orsola, diciendo:

—Bien, hija mía; te sientan admirablemente esas galas, y cuadra mejor á tu índole hallarte cerca de la condesa Vignati que al lado de tu hermano Busato.

—¿No es V. E. el señor duque del Imperio?—preguntó la joven mirándole con asombro.

—Sí: ¿por qué te sorprendes?

—¡Quiero reconocer esa voz, vuestra mirada, estatura y forma!... Pero no, aquél era más moreno, más...

—Dilo sin temor.

—Más gracioso. ¡Oh, mucho vale el señor duque; pero aquél!...

—¿Por quién me tomas, Orsola? Habla con ingenuidad; nada temas, que soy tu protector.

—Por un soldado cuyo acento encantaba, sus ojos atraían, su figura admiraba, y el conjunto era portentoso.

—¿Uno á quien diste en el bosque la llave de tu casa?

—Y algo más.

—Exprésalo.

—Mi corazón.

—¿Uno á quien serviste jamón de Nápoles, embutidos de Génova, frutas de Sicilia y vino de *lácrima?*

—Sí; recuerdo que me apoyé en su hombro izquierdo, y me enamoró con sus frases seductoras y halagüeñas.

—Tu aliento llegaba á él.

—Y el fuego de sus miradas prendía un volcán en mi pecho.

—¿Te requirió de amores?

—El deseo me hizo interpretarlo así; pero me engañé.

—¿En qué te fundas?

—No ha vuelto á verme.

—Te equivocas.

—No recuerdo...

—Lo estás viendo ahora.

—¿Eres tú?... ¿Es vuecencia?

—Sí.

—¡Imposible!... Pero no; esos ojos son aquéllos; la misma mirada; idéntica figura; más fino el cutis; más distinguidos los modales. ¡Oh, disfrazado, no valéis menos que de duque y grande!

—Gracias. ¿Qué deseas de mí?

—Que me digáis algo de mi hermano.

—Arrepentido de sus pasadas faltas, entró en una orden monástica, donde acabará sus días tranquilo y dichoso.

—Y á mí, ¿qué porvenir me espera?

—Sirve con lealtad á los condes de Vignati, que no serán amos para ti, sino padres; sé honrada, muy honrada; te casarán un día con hombre digno de ti; la dote que llevarás será espléndida, y la ventura que te anun-

cié el día que me regalabas un almuerzo, llegará sin dificultad alguna.

—¿Luego el venir yo aquí, el arrepentimiento de mi hermano, su entrada en el convento, todo, todo es obra vuestra?

—Sí.

—En ese caso me permitisteis que os tratara de igual á igual, dejasteis que mi imaginación se remontara á la cumbre, y que no viera en V. E. lo que miro ahora en el privilegiado sér que tengo delante.

—¿Qué mal había en eso?

—Uno grande.

—No lo contemplo.

—Descendisteis tanto que os confundisteis conmigo.

—Los duques ganan bajando hasta la desgracia para ahuyentarla del infortunado á quien aflige.

—Las pobres pierden subiendo y subiendo hasta que caen sin nuevas ilusiones que les sirvan de alas.

—Mucho sabes, Orsola.

—Llegó á mí el aliento de aquel soldado, y separó los párpados que me ocultaban la luz.

—Es preciso, indispensable que lo olvides para siempre.

—Bien haya la que logra ser obedecida por su corazón.

—Eso se consigue fácilmente.

—Si el héroe que el mundo aplaude se dignara enseñarme el modo...

—Te lo demostrará el leal esposo de la señora duquesa del Imperio.

—Veámoslo.

—Para dominar el corazón, bastó siempre adornar las ideas con la honradez, y sacarlas de la virtud.

—¿No es posible ponerlo más al alcance de mi pobre imaginación?

—Sí. Busca la dicha entre tus iguales; jamás pienses en imposibles, ama á Dios, ruégale que te inspire, agradece lo que te da el poderoso, y no suspires por lo que te niega.

—¿Piensa V. E. establecerse en Nápoles?

—No.

—¿Marchará pronto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—En la presente semana.

—¿Volveréis?

—Lo ignoro, pero no es probable.

—Entonces tomaré vuestros consejos, subordinando á ellos todas mis acciones.

—¿Me lo juras? No mientas á Dios.

—Sí.

—Recuerda siempre lo que acabas de ofrecer.

—No lo olvidaré un solo instante de mi vida.

—¿Qué anhelas del duque del Imperio?

—Su felicidad.

—Tus señores me impidieron que te dotase; quieren ellos hacerlo en nombre mío.

—Me lo han dicho.

—¿Ninguna gracia pides al virrey de Nápoles?

—Que me deje besar su mano.

—Tómala; pero no estampes el ósculo; estréchala; es la de tu protector.

—Gracias.

—Recuerda á tus compañeras que hay muchos hombres en la tierra parecidos á mi criado Ros, al que pienso casar en cuanto llegue á Madrid; diles que imiten tu virtud, y que si aspiran al lecho nupcial, se hagan dignas de él en palabras, acciones y pensamientos. Adiós, hija, adiós.

Orsola le vió partir, limpiándose dos lágrimas que corrieron por sus mejillas.

Sus compañeras tenían los rostros encendidos, inclinadas las cabezas, y el rubor aparecía en sus semblantes más claro que la luz de las antorchas de que estaban rodeadas.

Cuando llegó Osorio, le esperaban ya para entrar en la capilla improvisada aquel día por Angelina.

El duque dió el brazo á la novia, Vitali á la duquesa de Mantua, y precedidos del prelado, se dirigieron á la estancia destinada á tan solemne acto, yendo seguidos de los duques de Mantua y de los Andes, del conde de Santomera, general Roch, maestre Zalla, pajes y principales dependientes de la condesa.

Nuestro galante y apuesto caballero miró á sus hermanos Roberto y Odón, imponiéndoles con la vista la conducta que debían seguir durante la ceremonia y estancia en el palacio. Y olvidándose él, al parecer, de todo lo que no fuese la boda de Vitali, demostraba alegría, completa satisfacción, y su actitud correspondía al acontecimiento que tenía lugar.

Los novios creyeron en las sinceras frases del duque, y comenzaron á ser felices; Augusto amaba ciegamente á Angelina; ésta, resignada con su suerte, multiplicaba el cariño que le tenía, disponiéndose también á amarle un día no lejano, aquel en que Osorio desapareciese de Nápoles para no volver más.

El prelado les echó la bendición, saliendo todos de la capilla para ser abrazados los esposos por sus padrinos y testigos. Luégo cambiaron aquéllos de traje, con objeto de asistir al banquete que tuvo efecto acto continuo. Las miradas y conducta de Osorio lograron entibiar del duque de los Andes y conde de Santomera la tristeza motivada por la prisión de sus hermanos, y aunque corto el número de convidados, reinó entre ellos expansión y alegría.

Angelina se presentaba en estos instantes arrebatadora; el duque del Imperio rehuía sus miradas, y Vitali la devoraba con la vista.

Terminó el banquete á las diez y media de la noche, con brindis y felicitaciones. El prelado se retiró, los duques de Mantua le siguieron, en cuyo instante dijo Flaviano á Odón, Roberto, Zalla y Roch:

—Partid vosotros también, amigos míos; á mí me resta dar un consejo á mis ahijados y visitar seguidamente el convento donde probablemente me esperan los religiosos Vignati y Busato.

—Osorio,—replicó Odón,—apenas dormiste anoche; es tarde y creo más conveniente que nos acompañes al palacio; descansa hoy y mañana podrás hacer lo que gustes.

—Veo, hermano,—le contestó el duque,—un sagrado deber en ambas cosas, y jamás fué causa el desvelo de que yo dejase de cumplir lo que juzgo una obligación. Marchad inmediatamente, encargando á mi cochero que regrese por mí.

—¿Para qué?—preguntó Angelina.—Mi carroza os llevará donde queráis.

—No es necesario,—añadió Roberto;—la noche está templada, agradable, y puesto que Flaviano insiste en quedarse, nos iremos á pie.

—Aprobado,—exclamaron los tres restantes.

Y despidiéndose los cuatro de los recién desposados, salieron del palacio, encaminándose á Nápoles en la forma que expresó el duque de los Andes.

Una orquesta hábilmente dirigida continuaba haciendo oir sus melodiosos acordes muy cerca del salón donde tuvo lugar el banquete; allí proseguían solos los condes de Vignati y Flaviano; éste miró á aquéllos con profunda satisfacción, diciéndoles:

—Amigos míos, despedid ya á los músicos, que se retiren vuestros criados, y que vuelva todo á su estado normal; en la cámara de la condesa os aguardo.

Y lo hizo así, en tanto que aquéllos le obedecían.

Paseaba Osorio por la referida estancia, cuando vió entrar á los novios.

Augusto le dijo:

—Se acaba de llevar á efecto lo dispuesto por vos y aquí nos tenéis.

—Entonces acercaos: sentaos conmigo en este diván, testigo un día, no lejano, de la admiración que

causaba en mí la belleza de Angelina. También lo fué de un juramento sagrado: el de libertar á su padre y el de uniros á vosotros. Ambas cosas eran difíciles, muy difíciles; para lograrlo tuve que luchar con los hombres y conmigo mismo; mucho trabajo me costó, pero lo conseguí, y el ejemplo debe serviros de estímulo en el espinoso sendero por que vais á empezar á caminar.

Calló el duque, hizo un esfuerzo supremo sobre sí, y sentándose en medio de los condes de Vignati, le cogió á cada uno la mano que tenía más cerca, añadiendo:

—Hijos, os hallé al parecer enamorados; por eso os he unido, que es muy grave violentar el libre albedrío de los seres humanos, y suelen dar terribles resultados. El amor es tan efímero como la dicha y los placeres; puede, no obstante, reemplazarle un cariño que crece á medida que avanza la existencia; y hé ahí el todo á que deben aspirar los casados más felices. Para lograrlo, es preciso, indispensable, que hagáis uso de una no interrumpida tolerancia; que vea cada cual en su compañero ó compañera un pedazo suyo unido por lazo indisoluble y bendito por Dios. De esta manera mira el esposo perdonable el defecto de su mitad, la guía, la ilustra y la conduce, si no á la dicha, á lo único agradable que el cielo nos concede en este mísero valle de amargura en que habitamos. El corazón suele ser el enemigo del hombre en ocasiones dadas; acostumbraos á vencerlo, á dominarle; procurad que la sana razón impere sobre las

pasiones, que predomine siempre la clara inteligencia; y si alguna vez vaciláis, recordad mi ejemplo y la verídica historia que os voy á referir. Yo me casé, ignoro si más ó menos enamorado que vosotros; pero es el caso que me unieron á una mujer parecida á Angelina en su pureza de ideas, hermosura y castidad. Más infortunado que vosotros, tuve que abandonarla al día siguiente de mi boda; regresé al año; sufrí la pérdida de mi segundo padre y protector el primer príncipe de Italia, el santo, pasando al lado de mi Adela dos meses que dejé de contar por horas para hacerlo por lágrimas. Cuando empezaba á amortiguarse el cruento dolor de tan fiera desgracia, volvió á rugir el huracán de mi destino, impeliéndome al otro lado de los mares, á más de dos mil leguas de mi esposa. Ya no me separaba de ella la tierra, era un mundo; y de lucha en lucha, de combate en combate, la juzgué perdida para siempre en muchas ocasiones. Debí perecer en el Perú y luégo en Venecia, pero no fué así; torné á su lado para volver á dejarla, y vivir, en fin, separado de ella un mes por cada hora que permanecí en mi casa. Ausencias tan largas, mi corta edad, los mil azares del soldado y el peligro que á cada paso corría mi vida, fueron otros tantos motivos que pretendieron trastornar mi cerebro y conducirme al crimen. Yo, el fuerte, el venturoso caudillo que dominé á cuantos hombres osaron detener mi paso, vacilé ante mis propias ideas; me conceptué débil, y hubo muchas ocasiones en que osé llegar á los bordes del precipicio. Conseguí dominarme,

hijos míos; triunfé de mí mismo, pero vosotros no podéis comprender aún lo difícil de esa victoria. Las ocasiones se multiplicaban en torno mío; Lucifer sonreía con sarcástico furor, y yo, tan arrogante en los campos de batalla y ante los hombres, temblaba junto á las mujeres, á los pies del demonio. Pero no obstante lo cerca que me encontré del lodazal, vencí; la frase vale para mí un mundo; esas victorias, que casi todos ignoran, es la única inmarcesible corona que debéis envidiarme, á que habéis de aspirar. La que ofrecen los entusiastas se compone de flores que van poco á poco deshaciéndose hasta servir de juguete al viento del olvido; esta otra es, por el contrario, imperecedera; forma la tranquilidad del hombre unas veces, algunas su dicha, y á la postre la fija Dios sobre la frente del que se la presenta. Ambos tenéis talento, y creo que basta con lo expuesto para que me imitéis.

—Sí,—dijo Angelina con resolución;—vuestra grandeza se eleva al cielo; mas yo os juro que haré subir la mía cuanto pueda.

—Sin gran esfuerzo,—exclamó Vitali,—conceptuaré á mi esposa mientras viva el pedazo más querido de mi corazón.

—Hacedlo, y no hablemos más de eso, que la noche avanza, y me esperan dos religiosos. Ahora ocupémonos de vuestra posición: sois condes, ricos, y protegidos por mí os sobrarán poder é influencia; figuraos, como yo, que no hay nada sobre vosotros, y no teniendo cosa que mirar arriba, es inútil que diri-

jáis la vista á lo alto; lejos de eso, bajadla, que llegue á la cabaña del mísero *lazzaroni*, del infortunado que suspira por lo que á vosotros os sobra; sed grandes entre los pequeños, dadles lo que necesiten, y jamás os salgáis de sus viviendas sin dejarles un buen consejo. Al alargarles el oro, enseñádselo á gastar; al convertiros en su providencia, recordadles lo que deben á la bondad divina. Cuanto más bajéis, más os elevará el cielo, más os aplaudirán los hombres; nada encuentro en la sociedad tan ruin como el poderoso engreído. Vos, Vitali, seréis la segunda autoridad de Nápoles; obrad con justicia, sacando ésta de vuestra conciencia, nunca de la torpeza de los seres humanos. Recordad siempre que España es vuestra madre, y antes que ingrato á ella, atravesaos el corazón: es un crimen el suicidio, pero no llega ni con mucho al que marca la traición en el miserable que vende y humilla á su patria. Con esto, mi palacio y trenes de Nápoles, os he dado, hijos míos, cuando podía. Antes de buscar el lecho nupcial id á la capilla, caed de hinojos ante Dios, y rogadle que lo bendiga. La felicidad que halléis en él no será cierta, segura y estable si no va regada con llanto de amor al sublime Sér á quien tanto debéis. Estrechadme ambos, coged mi calor, y no olvidéis nunca que es el de un hombre que nunca se enturbian sus ideas al pensar en su esposa. Hasta mañana.

Osorio les dirigió su última mirada, y desapareció de la cámara, dejándolos confusos, aturdidos, perplejos; las frases del duque les hicieron ver el mundo

por un prisma que desconocían; sus almas se elevaron, y atraídos por el mágico acento del héroe, por una columna de su poderoso fluido, llegaron hasta las puertas de la estancia sin desplegar los labios, quedando cual mudas estatuas.

Cuando pudieron reflexionar, se miraron con amoroso éxtasis, exclamando á la vez:

—¡Augusto!

—¡Angelina!

Y se abrieron los brazos, cayendo el uno sobre el otro.

—Basta,—añadió él, desasiéndose y cogiendo la mano de su esposa.—A la capilla, condesa.

—Oremos, Vitali, cambiando la corona de conde que ciñe nuestras sienes por otra igual á la que hemos visto en la frente del duque del Imperio, de ese venturoso caballero á quien debemos obedecer é imitar.

Unidos ambos por el amor, y más felices de lo que es posible imaginar, regaron con llanto el mármol del pavimento de la capilla y luégo con ventura indescriptible su noche de bodas.

El duque del Imperio exhaló un suspiro al abandonar la cámara de Angelina, exclamando á la vez:

—El novecientos noventa y nueve desde que me casé. Sea todo por Dios.

Y entró en su carroza, diciendo al lacayo:

—Al convento de Capuchinos; llamas hasta que despierte el portero y abra; das al efecto mi nombre.

El coche partió, perdiéndose el ruido de sus rue-

das y herraduras de los caballos en el blando y nivelado piso de la vega de Nápoles, por donde corrió.

La noche aparecía, como dijo muy bien Roberto, templada y agradable; Osorio comenzó á aspirar las brisas del golfo, perfumadas con las plantas odoríferas de los jardines, y su frescura y fragancia dilataron sus pulmones, le enfriaron la sangre, y poco á poco fué quedando tranquilo y sereno.

Un cuarto de hora después paró la carroza á la puerta del convento, viendo Osorio con sorpresa que estaba abierto el postigo y á la parte adentro el prior cruzado de brazos y con la cabeza inclinada sobre el pecho. Inmediatamente se tiró del carruaje, y besando la mano del anciano monje, le preguntó:

—¿Me esperabais, señor?

—Sí.

—No he podido venir antes.

—Lo sé.

—¿Quién os lo ha dicho?

—La duda destruye la fe.

—Tenéis razón. ¿Por qué no me aguardasteis en vuestra celda?

—Me hallaba en el coro y quise salir á recibiros. Llegué há un instante.

—Gracias, padre.

—¿Son felices los condes de Vignati?

—Creo que sí.

—Cuánto os deben, duque; Dios os agradece lo que hicisteis por ellos.

—Vuestras frases me envanecen, señor.

—Noble orgullo que logran pocos hombres.

—Merecí tantos dones á la Providencia.

—Cierto.

—¿Qué hacen mis protegidos?

—Ambos están cubiertos con tosco sayal que ciñe á sus cinturas grosero cordel; ruegan á Dios que los perdone, y aunque grandes pecadores, llegaron á tiempo á la *viña*, y recibirán la misma recompensa que los que se adelantaron á ellos.

—Eso prueba lo grande y magnífico de la bondad divina.

—Así es.

—¿Duermen?

—No; el insomnio es otro preludio de la verdadera contrición de ambos.

—¿Puedo hablarles?

—Sí.

—¿No se opone consideración alguna?

—No.

—¿En dónde se encuentran?

—En sus respectivas celdas, divididas por delgado tabique.

—¿Qué os proponéis con tenerlos tan cerca?

—Que los sollozos del uno estimulen los del otro, y *viceversa*.

—¿Lo necesitan?

—Todo es poco cuando se trata de amar á Dios y pedir perdón de las faltas. Hasta el presente, me hallo, sin embargo, satisfecho.

—¿Profesarán pronto?

—Sí.

—¿Lo desean ellos?

—Con gran insistencia.

—¿Me acompañáis?

—Con mucho gusto.

—Cogeos á mi brazo, padre.

—Por aquí; los he aislado en aquel extremo del monasterio para que nada pueda distraerlos.

—¿Entráis conmigo, ó me esperáis en vuestra celda?

—Ni lo uno ni lo otro; os dejo con ellos, y me vuelvo al coro; mañana hablaremos.

—Gracias, señor.

—¿A cuál deseáis ver antes?

—A Busato.

—Hé aquí la puerta de su celda; levantad el picaporte y pasad.

—¿La del conde será aquella?

—Sí. Adiós, hijo mío, hasta mañana.

—Dios os acompañe, padre.

El uno se retiró donde acababa de decir, y el otro penetró en la estrecha y desmantelada habitación del ex-polizonte.

CAPITULO VI

Trasformación.—No haría más Alberto de Silva.—Continúan los preliminares de marcha.

La celda de Busato era un cuadrilátero de siete varas de longitud y seis de latitud. Una tarima cubierta con estera formaba su lecho, situado á un extremo de la habitación. Enfrente se veía una mesa con libros y sobre ella la efigie del Redentor; junto á la primera había sillón de vaqueta, silla de madera; á dos varas un pequeño baúl, y ese era el todo del ajuar del arrepentido y contrito religioso.

Cuando entró el duque se encontraba Busato sentado en el sillón, cruzadas las manos, y apoyando éstas en la mesa, miraba la imagen del Señor con interés creciente. Sus labios murmuraban frases ininteligibles, y era tanto lo abstraído que estaba en su meditación, que no oyó el ruido del picaporte ni las pisadas de Osorio.

Se hallaba la celda alumbrada por una sola luz opaca, vacilante y triste; el virrey tendió una mirada sobre el espacio y los objetos, fijándose luégo en el penitente; en sus labios brilló dulce sonrisa, y con voz grata articuló:

—Dios misericordioso perdona al culpable, le tiende sus paternales brazos y lo atrae á sí con su Divino amor.

—Busato alzó la cabeza sin demostrar sorpresa alguna, y reconociendo al duque, se puso en pie, anduvo pausadamente el terreno que lo separaba de aquél, concluyendo por caer de rodillas, cogiéndose á la vez á su diestra.

—Gracias,—le dijo;—esta mano me ha conducido aquí; bendita sea.

—Alzad, amigo mío.

—No; quiero besarla y patentizar mi gratitud, como cumple al miserable que tiene la dicha de hallarse ante su señor.

—Basta; sois un religioso, y esa humildad me abruma, Busato.

El penitente se puso en pie, retrocedió un paso, y fijándose en Flaviano con creciente asombro, añadió:

—Felipe II mandó á Nápoles un guerrero que debía combatir, aniquilar á sus enemigos; y en verdad que si sólo eso se propuso, la equivocación fué completa.

—¿Por qué, Busato?

—Porque vino aquí un conquistador de corazones, de almas que suspiran por él, que le aman y que sucumbieron ante su talento, generosidad y nobleza; el

que apellidábamos tirano fué la egida; si el rey supo lo que mandaba, gran monarca debe ser.

—¿Estáis contento en el monasterio?

—Me agradan esos lóbregos cláustros; me complacen las voces que en el coro elevan día y noche preces al Altísimo; bendigo el silencio y la quietud de esta santa mansión; mi duro lecho, silicios y penitencia me enorgullecen; gratos me son el ayuno, el aislamiento, mi presente y el porvenir; pero me horroriza, señor, mi pasado.

—¿Por qué? Tened confianza absoluta en la misericordia de Dios; continuad en vuestro firme propósito, y nada temáis; de los grandes pecadores suelen salir los mejores religiosos.

—Señor duque, he robado á mis hermanos cuanto pude; me burlé de la casta doncella, y mis manos están manchadas con la sangre de cinco víctimas, inmoladas bárbara y cobardemente. Vedlas; continuamente me las froto así; mas no me es dado arrancar de ellas las marcas de la sangre ni de las monedas que usurpé. ¿Qué agua lograría lavar los estigmas que veo en mi cutis y no me es permitido quitar por más esfuerzos que hago?

—Ya la tenéis en este convento; proseguid orando, y ese remordimiento que tanto os molesta cesará poco á poco.

—¿Remordimiento decís? ¿Pues no veis las manchas reales y efectivas?

—No.

—Fijaos bien en mis manos. ¿Qué es esto?

—Una epidermis que empieza á blanquear desde el momento que no la hieren los rayos del sol.

—¿No os equivocáis?

—Os repito que es sólo el remordimiento lo que os hace distinguir esas manchas que dejaréis de contemplar en breve.

—Lo mismo me dice el padre prior, ese santo que en buen hora conocí; pero yo dudo...

—Esa vacilación es hija de falta de fe. Creed, Busato, en lo inmenso de la bondad de Dios, y cesará de atormentaros la terrible idea que os conmueve de ese modo.

—¡Fuí tan malo, tan criminal!

—Eso no es razón para que se os cierre la puerta del cielo.

—¿Os habéis puesto de acuerdo con el padre superior?

—No.

—Es que aquél me dice lo mismo.

—La verdad fué siempre una sola.

—¿Venis únicamente á verme?

—Sí.

—Sentaos en este sillón; no lo quise; con el suelo tenía bastante; pero se han empeñado, y aun cuando no lo necesito, tuve que aceptarlo. ¿Por qué os molestáis visitando á este desgraciado?

—Cuando érais perverso y me vi obligado á conferenciar con vos, me violentaba más de lo que yo puedo expresar; hoy gozo á vuestro lado; el penitente merece todo mi aprecio y consideración.

—¿Por qué no me tuteáis como antes?

—Jamás juzgaré inferior á un siervo de Dios.

—¿Seguís protegiendo á mi pobre hermana?

—Sí, hace poco se unieron la condesa de Vignati y el capitán Augusto, en cuya casa está Orsola; asistí á la boda, hablé con ella, y sólo pude darle un buen consejo, siendo así que nada más le hacía falta. Los desposados la dotaron, velan por su suerte, y en vez de amos hallará en ellos protectores.

—Dice el padre superior que aún la veré.

—Cierto; todavía os será dado salir al mundo, contemplar el sol y sonreir junto á los seres á quienes améis; la Providencia, grande y sublime, perdona, ampara y proteje; por cada oración que dirijáis al Altísimo, recibiréis un premio superior á cuanto imaginéis.

—Más aún que mandarle preces, regaré este pavimento con lágrimas, mortificaré día y noche mis carnes, y el amor superará en mí á los sacrificios.

—Muy bien; me hallo satisfecho de vuestra conducta.

—Yo no; cuanto hago me parece poco.

—Esa desconfianza es plausible; tened fe, y paulatinamente iréis desechando todo temor.

—Muy tarde debe ser.

—Cerca de la media noche; elevad vuestra última oración, y descansad algunas horas. Adiós, Busato; los pocos días que aún permaceré en Nápoles los contaré por cada visita que os haga.

—Gracias, señor; el cielo os premie tanta bondad.

—Alzad; esos hábitos á mis pies me humillan. Abrazadme.

—¡Eso más!

—Sí; todo lo que sufro viéndoos en tierra, gozo estrechando al religioso penitente.

—El Señor os siga y colme vuestra vida de bienes.

—Orad, y hasta mañana.

Busato cayó á los pies de la efigie, y el duque salió, cerrando tras sí la puerta. Seguidamente abrió la contigua, penetrando en otra celda, idéntica en espacio y muebles á la anterior. Para el conde Vignati concluyeron las gerarquías sociales; en el convento de capuchinos era un penitente aspirante á religioso é igual en todo al pobre Busato.

Al entrar Osorio en la celda se hallaba Vignati recostado sobre la tarima, vestido y rezando. No se movió tampoco al escuchar el ruido del picaporte; pero al ver á Flaviano se le cayó el rosario de la mano y poniéndose en pie, exclamó:

—Os esperaba, señor; y aun juzgué oir vuestra voz no lejos de aquí. Dejadme que bese la mano que tanto bien me hizo.

—Estrechadla; otra cosa no. ¿Qué os parece vuestra celda?

—Demasiado buena para lo que yo merezco.

—¿Queréis que hablemos esta noche de vuestra hija?

—Desde que hoy al mediodía recibí al Señor y quedé bajo el peso de la penitencia, me encuentro más tranquilo y satisfecho. Decidme en consecuencia lo

que queráis; escuche yo vuestra voz; vea ese rostro noble y generoso, y lo demás me es indiferente.

—Angelina, que os amó siempre como hija tierna y cariñosa, complacida al saber por mí el completo cambio que hizo la religión en vuestra vida, pensamientos é ideas, dejó de llorar por vos, y esta noche se ha enlazado al capitán Augusto Vitali.

—¡Angelina!... ¡Qué recuerdo tan terrible! Esa desgraciada es un fiel retrato de su madre, y mi esposa murió por culpa mía. La infeliz debía contar las horas de su vida por los disgustos que la daba. Era una santa, y yo tan perverso, que la maté á pesadumbres. ¡Oh, cuánto me aflije la memoria de aquella mártir! ¡Si yo pudiera recompensar en la hija lo que quité á la madre!...

—Yo lo haré.

—¿Creéis que será dichosa con vuestro protegido?

—Sí, mucho.

—¡Con qué alegría lo oigo! Habladme de ellos, señor. ¿Se aman?

—Bastante, y siguiendo mis consejos y ejemplo tendrán la lealtad por guía, caminando siempre unidos y venturosos por el sendero de la vida.

—Lo creo; al hombre que consiguió de mí una enmienda y contrición verdaderas, le será facilísimo desterrar el infortunio de mi inocente hija y del noble joven que ya es su esposo. ¿Apadrinasteis esa boda?

—Sí.

—Gracias. Son ricos, y vuestra dote se contraería á consejos tan sabios como elevados.

—Añadí además mi palacio y trenes de Nápoles y un título que eleva á Vitali al puesto de la segunda autoridad de este reino.

—Citadme, señor duque, un emperador que os iguale en generosidad; vos, que nada ignoráis, sabréis la historia de todos los monarcas que existen en la tierra.

—No os extrañe; nací rico, heredé luégo el ducado del Imperio y el condado de Arahal, el rey aumentó mi fortuna, y la suerte de las armas me hizo poderoso en Malta y en el Perú.

—Más tiene Felipe II, y nunca se le ocurrió dar de ese modo. ¡Cuán dichoso nacisteis; cuánto os envidio vuestro pasado!

—Y yo á vos el porvenir.

—¿Lo decís de veras?

—¡Ay! Creedme.

—¿Qué males os amenazan, noble señor?

—Vignati, vos os halláis escudado con la protección Divina; habitáis un santo lugar donde os será fácil bendecir continuamente á la Providencia y labraros poco á poco un futuro que en su día os abrirá las puertas de los cielos. Por este retiro daría yo mi pasado y presente.

—¿Para qué lo queréis? Al hombre que obra como vos le sigue el Altísimo á todas partes, mueve su brazo, inspira sus acciones, y no le abandona jamás. Para mí es todavía dudosa la salvación; para vos segura.

—¡Quién sabe! En breve tornaré á barnizar mi cutis, cubrirá mi cuerpo grosera lana, volveré á enar-

bolar el acero, y la sangre de mis hermanos correrá de nuevo.

—¿Qué importa? En el mundo hay perversos que imitan á Lucifer, y contra ellos son indispensables arcángeles como vos.

—Exageráis, Vignati; nací débil, soy hombre falible, y puedo ofuscarme y rodar por el precipicio.

—Imposible; vos no os conocéis; la grandeza de vuestra alma os salvará siempre.

—La lucha que voy á emprender es difícil, y más que el cuerpo se puede en ella arriesgar el alma.

—Nada temáis; oidme: el cambio completo que he sufrido me condujo, como es natural, del odio al amor; y tanto como os aborrecía os quise luégo. Desde ese instante claro es que vuestra suerte me interesa como la mía, en cuyo caso pregunté por ella al santo.

—¿A quién os referís?

—Al padre superior. ¿Dudáis que el cielo le inspira?

—No. ¿Qué os dijo sobre mí?

—Me dió noticias claras y terminantes.

—¿Se referían á mis hechos futuros?

—Sí, señor.

—¿Buenas ó adversas?

—Satisfactorias.

—¿Me las podéis contar?

—Con mucho gusto.

—¿Por qué tardáis, Vignati?

—Dice el santo que sois predestinado, y que él, cuya vida es ejemplar, os envidia.

—¡A mí! ¿En qué se funda?

—No me lo ha dicho.

—Se referiría á mi pasado y presente.

—Y á vuestro porvenir.

—¿Estáis seguro?

—Como de que me habláis ahora.

—Entré aquí con ánimo de consolaros y prestar fuerza á vuestro débil espíritu, y sois vos el que me la ha dado á mí.

—Yo entendía que vos, tan noble, generoso y bueno, no podiáis dudar de vuestra suerte.

—¡Ah, Vignati! sólo Dios vino infalible al mundo, y es natural que los que carecen de ese don vacilemos á cada paso que damos.

—¡Tan fuerte y tal incertidumbre! Ahora comprendo la mía y la de Busato; al oiros aumenta mi fe, me explico mi desconfianza, y mi esperanza llega hasta el ocaso de mi existencia y aun más allá. Al prestaros ánimo y lo que llamáis fuerzas, crecen las mías lo increíble. Nada de lo que pasa fuera de este santo asilo me importa, á excepción de lo que tenga relación con vos: decidme, señor, ¿qué nuevos peligros se os presentan para que pueda abrigar temor el invicto héroe?

—Mi miedo se contrae á mí mismo, Vignati; estoy seguro de vencer, mas ignoro si los medios que voy á emplear serán ó no dignos del predestinado, como me llama el santo.

—La duda os honra, amigo mío; pero el que obra como vos no resbala nunca.

—¡Qué torpe fuí, Vignati! Vine á ocuparme sólo de vos, y estoy haciendo lo contrario.

—Ojalá que mis frases os tranquilizaran.

—Mucho gané con ellas, y en verdad salgo de aquí satisfecho. ¿Deseáis algo de mí?

—Que me visitéis á menudo.

—Poco será, que tengo contadas las horas de mi permanencia en Nápoles.

—Lo siento, pero me resigno; ya no aspiro á otro bien en el mundo que al del inefable emanado de la religión.

—Adiós, Vignati; hasta mañana.

—Permitidme que os acompañe.

—No; coged vuestro rosario y recostaos en la tarima; quiero dejaros como os hallé.

—Sea así. Bendito lecho que ahuyenta el sueño y me facilita algunas horas más que poder dedicar á la salvación de mi alma. Retiraos cuando gustéis; continúo mi interrumpido rezo.

Osorio miró por última vez á Vignati, desapareciendo de allí acto continuo. En medio del claustro le esperaba un lego para alumbrar y acompañarle hasta la portería.

El duque entró en su carroza, diciendo al lacayo:

—A palacio.

Partió el carruaje, exclamando Flaviano para sí:

—¡Los medios que se me ocurren son indignos!... Acaso tenga razón Vignati; para los diablos de la tierra es preciso una espada como la de Gabriel. Sí; esta visita dió á mi espíritu la tranquilidad que le faltaba.

Y brilló en sus labios una sonrisa que no le abandonó hasta que le dijo su criado, abriendo la portezuela:

—Vuestros dos hermanos, el general marino y el maestre os esperan en el despacho.

—¿Qué acontece, Ros?

—A ellos nada; sólo desean veros para acostarse; á mí una cosa grave, muy grave, amo mío; ¡qué infortunado es vuestro leal sirviente!

—Bien, hombre, ¿qué es ello?

—Las vecinas me han mandado llamar, viéndome obligado á contestarlas que estaba preso.

—¿Por qué has mentido?

—¿De qué modo había de disculpar la iniquidad que estáis cometiendo conmigo?

—No siendo bribón.

—Si dejaseis por un momento de ser virrey, duque, grande, valiente y otra porción de cosas, os diría que me calumniabais; yo soy un hombre de bien, que amo á las mujeres porque son bonitas, porque se parecen á mi madre y porque me son necesarias. Mi defecto está en el excesivo cariño que las tengo, y en mi concepto es plausible la falta.

—En el convento de capuchinos donde acabo de ver á Vignati y Busato hay celdas que esperan penitentes.

—Señor, no hagáis ese disparate; morirá de dolor mi noble señora al escuchar que pensáis encerraros en un monasterio. Si es empeño, que os reserven una para en el caso de enviudar, según lo hizo el padre Alberto; como trascurran siquiera setenta años, os acompañaré, á imitación de Pedro.

—Me refería á ti.

—Carezco de vocación.

—Basta con que yo lo quiera.

—Señor, ¿ó casado ó fraile? ¡Vaya unos deseos! No me obliguéis, amo mío, á desertar de vuestra honrosa bandera.

—¿En qué punto del globo te esconderías que yo no diera contigo?

—En el Olimpo, señor.

—Aguárdame en mi alcoba.

—¿Os acostáis esta noche?

—Sí.

—Falta nos hacía.

—Pronto dormiremos menos, en peores camas, y sabe Dios cómo.

—¿Habrá?...

—¿Qué?

—¿Enemigos?

—Muchos,

—¿Y enemigas?

—No.

—Pues en Francia se encuentran con facilidad.

—Probablemente permanecerás siempre junto á mí.

—Que me place; mientras vos dormís, yo velaré... vuestro sueño.

—Y yo el tuyo. Espera donde te he mandado.

Flaviano entró en el despacho donde le aguardaban sus cuatro compañeros; Odón le miró con interés, preguntándole:

—¿Diste un buen consejo á la novia?

—Sí.

—¿Y al novio?

—Otro.

—No he visto mujer más hermosa.

—Cierto; se iguala á la tuya en los modales finos y corteses, á la de Roberto en lo atrevida y elevada de ideas, á la mía en lo cariñosa y amante, y á las tres en belleza.

—Mucho te entusiasmas, Flaviano.

—Demasiado.

—¿Tanto te gusta?

—Más aún, me encanta.

—¿La requeriste de amores?

—Sí, á fe mía.

—Y el pobre Vitali, ¿qué dice á eso?

—Cree, y no se equivoca, que le di un ángel por mujer, una dama de gran valía por compañera, y una doncella casta y pura por esposa.

—¿Te costó trabajo hacerlo dueño de perla tan envidiable?

—¡Ay, hermano; tanto, que sólo Dios y yo lo podemos comprender!

—¿Para qué se la diste?

—Porque no debía quedarme con ella.

—Casado y todo es posible que te prefiera á ti.

—Dalo por hecho.

—¿Se enamoró de Flaviano?

—Desde antes de verle.

—¿Cómo se explica eso?

—Le bastó oir á la trompa de la fama.

—¡Ya! La opinión pública te preparó el camino.

—Sí.

—¿De flores?

—No, de espinas.

—Hoy de abrojos; ayer, sábelo Dios.

—Hoy, Odón, de gloria; antes, de disgustos, sinsabores, violencias y sacrificios.

—Hermano, es muy natural mi duda; tu grandeza, que yo aplaudo, se oculta, desaparece, mejor dicho, ante las mujeres.

—También yo veo lógico que desconozcas aquello que no comprendes.

—Explícate.

—Tú, fuerte ante las hombres, incontrastable para con tus enemigos, buscas el peligro porque estás seguro de vencer; pero débil y cobarde ante las hijas de Eva, sólo te acercas á tu esposa, temiendo que te venza otra y puedas faltar á aquélla. Yo no temo á los unos ni á las otras; y lo que es más, no me temo á mí mismo; por eso lucho con toda clase de pasiones, seguro de no ser dominado por ninguna.

—En cuyo caso, Angelina será la segunda edición de Syra.

—Sí, pero mayor mi sacrificio.

—¿Por qué los buscas?

—Por lo mismo que tú la guerra, para alcanzar una corona.

—¿Y si llegase un momento en que te venciera el demonio?

—¿Se te ha ocurrido á ti esa idea al provocar alguna batalla ó combate?

—No, mas creo que es diferente.

—Lucha es lo uno y lo otro.

—Las que tú sostienes con el bello sexo las conceptúo más expuestas, difíciles, y de menos valía la recompensa.

—Yo la estimo en bastante más, porque de ese modo logro vencer al *invencible* Flaviano de Osorio.

—Y que te admiren tus cinco hermanos, y que Julio te aplauda, y que hombres como Zalla se conviertan á tu lado en lebreles. Abrázame, y hasta mañana. Roberto y yo quisiéramos que fueses tú el que nos enseñaras á Nápoles.

—Os dedicaré todo el día.

—El famoso Roch sólo sabe hablarnos de mástiles, timones, hachas de abordaje y *zafarranchos*, y el buen Alvaro empieza contigo para concluir con Syra, vuelve á emprenderla con su protector, y no sale del uno y de la otra.

—Recorreremos los tres la ciudad y sus pintorescos alrededores. Para ganar tiempo y economizar paciencia, iré yo también disfrazado como vosotros, y pasearemos á caballo.

—¡Brava idea!—exclamó Roberto.

—Entonces, hasta mañana.

Los cinco se estrecharon, retirándose á sus respectivos lechos.

El duque del Imperio, solo ya con su criado Ros, se dejó desnudar sin expresar frase alguna. Cuando estuvo en cama, dijo al sirviente:

—Nuestra marcha se realizará en breve, y aun

cuando vamos disfrazados y así probablemente permaneceremos interin estemos en Francia, es preciso añadas un par de trajes por si tuviera necesidad de hacer uso de ellos. Las armaduras y el resto de mi equipaje lo mandas á Madrid.

—¿Llevo para mí ropas decentes?

—No, y entiende que nos servirás á Zalla y á mí, pues no conviene que vayamos juntos más de seis. Doy por hecho que sólo usaremos traje calabrés, por cuya razón únicamente para mí guardas los dos trajes de que te he hablado antes. De este modo nuestras maletas serán, al parecer, propias de miserables vagabundos.

—¿Andaremos mucho por ese delicioso país?

—Pardiez, cruzaremos toda Francia de Norte á Sur y de Este á Oeste.

—¿Menudearán los lances?

—Acaso.

—¿Las espadas se aburrirán dentro de las vainas?

—¡Ay, Ros! más que estocadas serán intrigas lo que realizaremos allí. Posible es, sin embargo, que haya de todo.

—¡Bonito viaje!

—Delicioso.

—Si conseguimos dejar en libertad á los señores conde de Monterrubio y marqués de Abella, entonces será completa la diversión.

—Sí, por el estilo de las que nos proporcionaron Catalina de Médicis y sus agentes en París.

—Ahora que conocemos perfectamente el terreno,

juzgo que los músicos calabreses, llevando de director de orquesta al duque del Imperio, y por batuta su invencible espada, nada dejarán por hacer y saldrán airosos en su empresa.

—No piensas mal.

—Como las faldas son el alma de las intrigas, también habrá mujeres de por medio, entre las que ya veo una aristocrática dama enamorada de mi señor, y una dulce camarera contando sus cuitas á este mísero criado.

—Podrá ser, pero estaré alerta, Ros.

—No importa, amo mío; las francesas las cogen al vuelo.

—¿Qué quieres decir?

—Nada; que vuestra desconfianza en mí disminuirá en breve. Ya ardo en deseo de que dejemos á Nápoles.

—Yo también, y á la vez me espanta la idea de lo que vamos á sufrir.

—No os entiendo.

—Me van ya molestando las camas de las posadas, las comidas de las ventas, las nieves de los Alpes y el polvo de los llanos.

—Ya estamos acostumbrados, y para que á vos os falte un colchón de lana y un ave en la mesa, es preciso que no existan en la comarca donde nos encontremos.

—Prefiero los de mi palacio.

—Lo creo; pero aquéllos están verdes, y en mucho tiempo no hay que pensar en ellos.

—Cómo ha de ser; durmamos esta noche y que el destino disponga lo que quiera de nosotros.

—¿Os dejo ya?

—Sí.

—¿A qué hora entro?

—A las ocho.

Media hora después reposaban todos los habitantes del palacio, á excepción de los indispensables centinelas pertenecientes á la guardia del virrey que ocupaban sus puestos.

A la mañana siguiente pasaron Osorio, Roberto y Odón á saludar á los desposados, ocupando el resto del dia en admirar las bellezas de Nápoles y sus pintorescos alrededores. Comieron en Pórtici, y no regresaron á su casa hasta las ocho de la noche. Apenas hubieron entrado, dijo Ros á su amo:

—Señor, el gobernador estuvo hace poco, y no hallándoos, me dijo que le avisara en el momento que vinieseis.

—Bien; que enganchen mi carroza, y cambia mi disfraz por un traje de terciopelo. Abrevia.

Cuando el sirviente hubo evacuado el encargo, preguntó á su amo:

—¿Qué digo al señor gobernador?

—Vísteme, y en concluyendo le pueden anunciar que le espero á las diez.

Poco después montó el duque en el carruaje, partiendo solo al convento de capuchinos.

Hora y media más tarde regresaba á su casa, donde permaneció encerrado con el gobernador hasta las

doce de la noche. Al despedirse brillaba la alegría en el rostro de Osorio.

Durante los tres días que aún tardó en llegar el príncipe de Italia, continuó Flaviano visitando á sus cuatro protegidos, Angelina, Augusto, Vignati, Busato y Marta; enseñó á sus dos hermanos lo que les restaba ver de la poética ciudad, y tuvo varias entrevistas con el gobernador, de todas las que salía muy satisfecho y provisto de documentos que aquél le daba y el duque leía y ocultaba cuidadosamente.

Los condes de Vignati eran ya dos tórtolas, cuyo amor crecía por momentos; los penitentes estaban siendo modelo de abnegación, arrepentimiento y vida ejemplar; el pueblo de Nápoles bendecía á Osorio; los nobles le adulaban pública y privadamente, y la sociedad toda miraba un gobierno paternal en la dominación española. Algunas medidas del duque bastaron para mejorar la condición de las clases menesterosas, la justicia se aplicaba con rectitud, y al caos de las conspiraciones y revolución siguieron la paz, el sosiego y la quietud. La presencia de Flaviano era ya inútil en el reino de Nápoles; así lo comprendía él, y en verdad que le iba molestando la ausencia del príncipe. Hasta el quinto día de la marcha de Silva entretuvieron á Osorio sus cotidianas visitas, no interrumpidos paseos y una intriga del gobernador, relativa á su próximo viaje á Francia; pero aquélla se realizó á medida de su deseo, y desde este instante, fija la idea en el castillo de Ibrí, no pensaba en otra cosa que en la libertad de Mauro y de Rogelio, tan

ansiada por él como dilatada por la ausencia de Julio.

En tal estado se metió en cama en la noche del quinto día que faltaba el príncipe, molestado por la incertidumbre y con un principio de hastío que el sueño destruyó por algunas horas.

CAPITULO VII

Regreso.—Conferencia.—Despedida.—Principio de un viaje que Dios sabe cómo concluirá.

Serían las siete de la mañana cuando el duque del Imperio abrió los ojos, y notando que su criado se hallaba en la alcoba, le preguntó:

—¿Qué hay, Ros?

—Esperaba á que despertaseis para daros una agradable noticia.

—Habla.

—A las dos de la madrugada entraron en el palacio el señor príncipe de Italia y su criado.

Osorio se sentó, y tirando la ropa de la cama, le interrogó con viveza:

—¿Qué dices, insensato?

—La verdad, señor.

—¿Por qué no me has avisado?

—Nada supe hasta esta mañana que me enteró el

sirviente de Zalla, único que estaba despierto y pudo, en consecuencia, recibirlo.

—¿Dónde se encuentra?

—En la alcoba y cama que usó el capitán Augusto; como era la única que estaba dispuesta, allí se acostó. Según me ha dicho mi compañero, le prohibió que molestase á nadie, encargándole que nada dijese hasta que nos viera en pie.

—¿Sabes si duerme?

—Creo que sí, señor.

—Vísteme al momento.

Quince minutos después entraba Flaviano en la estancia de Julio; éste se hallaba en cama aún; pero al ver á su hermano, se incorporó para estrecharle con la ternura que tenía de costumbre. El duque le preguntó:

—¿Llegas bueno?

—Sí.

—¿Cómo te recibió Su Santidad?

—Lo mismo que yo imaginaba.

—¿Luego traes la bula en favor del Navarro?

—En toda regla.

—Trabajo te habrá costado conseguirla.

—Bastante; pero con ella destruiré, Dios mediante, las locas pretensiones de los católicos de Francia, el error en que están los hugonotes y la insensata idea de mi primo Felipe, pues has de saber que aspira á la corona de Francia.

—No me extraña; heredó esa idea de su padre, y cuando aquél no lo consiguió...

—Fué porque el mío se opuso.

—Como tú ahora lo haces con el hijo.

—Hay alguna diferencia; Carlos I apoyaba tan colosal pensamiento en el derecho de conquista, y Felipe II en el que realmente tiene su hija como heredera de la reina Isabel de Valois. Cuenta además con un partido respetable y con casi todo el pueblo de París; pero así y todo daría lugar á una guerra sangrienta, y mi conciencia me impone la obligación de evitarla.

—Supongo que la corte de Roma conocería esa intriga.

—Y la apoyaba con insistencia.

—¿Cómo has logrado convencerla?

—Me he entendido con Su Santidad, único á quien visité y di conocimiento de lo que me proponía. Al principio vaciló; le recordé el nombre de mi padre, algunos de sus hechos, y ante su memoria accedió á mi deseo á la tercera entrevista, y después de muchas horas de debate. Intervinimos en el desenlace de este acontecimiento el Padre Santo, un cardenal secretario y yo; los demás ignoran lo pactado.

—¿Se habrá extendido la noticia de que estuviste allí?

—No.

—¿Estás seguro?

—Muy cierto.

—¿Cuándo marchamos?

—Para evitar que me descubran aquí, despídete hoy de las personas que juzgues necesario, sin decirles la hora de la marcha; evacua á la vez los asuntos

que tengas pendientes, á las ocho de la noche tendremos una corta entrevista con el prior del convento de capuchinos, y seguidamente nos trasladaremos al navío de guerra *San Quintín*, que permanece esperándonos en el golfo. ¿Podrá ser?

—Sí, y en verdad que me ha de sobrar tiempo; me despedí ya de casi todas las personas que debía hacerlo, terminé todos mis negocios, y sólo esperaba tu regreso para que partiésemos.

—Me alegro.

—Te advierto que desea visitarte el gobernador, y creo conveniente que accedas á su demanda.

—Que venga cuando quiera. Y el santo, ¿qué dice, Flaviano?

—Se incomoda cuando supone que vacilo, y me aconseja con insistencia la fe.

—Esos privilegiados seres, hermano, no suponen nunca; distinguen la verdad como tú el sol que nos alumbra; por eso te recomiendo yo también que deseches la más leve duda.

—Ya no abrigo ninguna.

—¿Persistís los dos en aquella idea?

—Julio, yo tengo mi plan concluído y en toda regla. ¿Y el tuyo?

—Por el camino lo tracé, y ya me esperarán algunos partidarios franceses en Niza.

—¿Luego vas por ese condado?

—Sí.

—¿Te guiarán bien?

—No lo dudes; me acompañarán algunos grandes,

é iré seguido de un fuerte destacamento hasta París, donde nos hospedaremos de incógnito.

—¿Gente leal?...

—Compañeros de Dreux y á los que conozco como á ti.

—Yo voy por camino más corto; desembarcaré en Génova, y por Suiza entraré en Francia; entraremos, mejor dicho, pues me llevo á Zalla y mi criado.

—¿A nadie más?

—En la subida de los Alpes me aguardan tres pobres músicos calabreses, con los cuales formaremos una orquesta de seis, que ha de asombrar con sus preludios.

—Zalla y Ros, bien; pero examina á los otros, porque los italianos...

—En mi pueblo natal hay de todo, y los tres supuestos calabreses se dejarían matar por mí.

—¿Los conozco yo?

—De nombre.

—¿Quiénes son?

—El marido é hijos de mi nodriza.

—¡Ah! Nada replico. ¿Se aviene ella á que la abandonen?

—La visito diariamente, y es tan ciego su amor hacia mí, que sólo habla de mi presente y futuro.

—En ese caso, y puesto que tú sólo mandas aquí, dispón lo conveniente para nuestra partida, despídete, y á las ocho regresa por mí.

—Muy bien; entera á Odón y Roberto, y no esperarme á almorzar ni á comer.

—Lo había supuesto. Adiós.

Osorio buscó á su criado, al cual dijo:

—Nos embarcaremos después de anochecido en el navío *San Quintín* que está en el golfo; di que preparen mi carroza, y no me aguardes hasta la hora de marchar.

—¿Qué más?

—Eso sólo. Abrevia.

—Pero...

—¿No está todo corriente?

—Sí, señor.

—Entonces, ¿por qué vacilas?

—Bueno, haré eso y lo demás que se me ocurra.

El duque entró en la habitación de Zalla, el cual se disponía á visitar á Julio de Silva, cuando le detuvo Osorio, diciéndole:

—Maestre, partiremos esta noche en el navío *San Quintín*.

—¿Llegó bueno el señor príncipe?

—Sí.

—¿Puedo verle?

—No hay inconveniente; pero antes oidme: me acompañáis á Francia.

—Me alegro.

—Traje, el que os dé mi criado.

—¿Otra vez nos disfrazamos?

—Y por mucho tiempo.

—Sea en buen hora.

—Guardad vuestro instrumento de música, que, aun cuando lo hacéis mal, es necesario en esta ocasión.

—Os empeñáis en que toque, y la verdad es que no tengo inclinación á la música.

—Ya sé que os gusta más el manejo de la espada; pero el hombre debe saber de todo.

—Eso lo logra el que puede.

—Lo consigue el que quiere. Es una vergüenza que mi criado os aventaje.

—Feliz ocurrencia; el virrey de Nápoles reprendiendo á un maestre de campo porque maneja mal la cítara.

—Verdad es; pero ese instrumento me va á ser más necesario que vuestro acero, valor y denuedo en lo futuro.

—Maestro, ya me aplicaré.

—Lo dudo; pero malo y todo no puedo prescindir de vos.

El duque montó seguidamente en su carroza, y visitó al gobernador, despidiéndose de él y encargándole que fuese á ver al príncipe cuando quisiera. Después le dió algunas instrucciones, añadiendo el despacho por el que volvía su poder al antiguo virrey; otro con el nombramiento de Vitali, y acto continuo se dirigió á casa de su nodriza. Marta supo con alegría que Osorio almorzaba á su lado y con profundo sentimiento que era aquella la última vez que le veía. La infeliz humedeció con lágrimas las viandas que probaba, y al recibir el postrer abrazo de Osorio cayó sin sentido en brazos de sus dos criados.

Afectado el duque, partió de allí, hizo varias visitas, y terminadas á las tres de la tarde entró en el

palacio Vignati, comiendo y pasando la tarde junto á Angelina y Augusto. Les refirió su próxima partida, y ambos lloraron como la nodriza. Flaviano añadió algunos consejos, dió instrucciones á Vitali, les invitó á que fuesen á Madrid después que él hubiera regresado, y á las siete volvió á hacer uso de su carroza, afectado nuevamente y dejando á los condes de Vignati en el zaguán del palacio, tristes, afligidos y bañados en lágrimas.

El duque se encaminó á su morada, dió las últimas órdenes á Zalla y Ros, se despidió de sus criados, y nuevamente del gobernador, al que halló hablando con Odón y Roberto, y entrando en la habitación del príncipe de Italia, exclamó:

—Hermano, mandé á decir desde el palacio Vignati al prior de capuchinos que nos esperase, y es la hora señalada al efecto.

—¿Está todo corriente?

—Todo.

—Entonces salgamos.

Y cogidos ambos del brazo, se dirigieron al mencionado convento. Ya en él, preguntaron por el superior, y sabiendo que les aguardaba en su celda, penetraron en ella. Osorio fué á hablar, pero se levantó el anciano religioso, y sin que pudiera evitarlo Julio, besó su mano derecha, exclamando:

—Príncipe, sois digno del venturoso mortal á quien debéis la existencia.

—Soltad, por Dios,—dijo Silva sorprendido.—¿Quién os ha dicho mi nombre?

—¿Me he equivocado? ¿No sois el digno heredero de Alberto de Silva?

—Tengo á dicha contestaros afirmativamente, si bien un padre tan bueno merecía un hijo más perfecto.

—También era él modesto como vos; en su mirada ardía ese fuego que veo en la vuestra; su blanca y despejada frente se trasladó á vuestra cabeza, y os parecéis, en fin, tanto, que en iguales circunstancias obraríais lo mismo.

—Me juzgo, padre, bastante inferior en todo; mas sea de esto lo que quiera, os ruego contestéis á mi pregunta.

—No recuerdo.

—¿Quién os ha dicho que yo soy el príncipe de Italia?

—Básteos, señor, con que no me haya equivocado.

—Me complace la adivinación del uno y la sorpresa del otro,—exclamó el duque del Imperio;—y en tanto que debatís sobre ese ú otro tema, permitidme que vea por última vez á mis protegidos.

Y desapareció, dejando á Julio frente al capuchino absorto y admirado. Ambos se contemplaron algunos segundos, diciendo por fin el superior:

—Acercaos; ocupad ese sillón, yo éste. Supe que queríais verme, y os conocí al entrar, mas ignoro el objeto de vuestra visita. ¿A qué debo tan señalada merced?

—El hombre como vos, modelo de caridad cristiana y de abnegación, no puede hallar favor en los que

venimos á interrumpir sus oraciones; lo recibe el que entra aquí, y eso me trajo ante vos. Mi padre, señor, vestía también un grosero sayal como el vuestro; su barba espesa y larga se parecía á la que usáis; al fuego de sus ojos había ido reemplazando la bondad que asoma á los vuestros; sus acciones eran semejantes á las vuestras, y le llamaban el santo como á vos. Sois, pues, el retrato más parecido que tuvo en el mundo, y lo que yo gozo al contemplaros no hay palabras con que describirlo.

—Son sinceras vuestras frases; tenéis por cierto lo que expresan; pero no lo es menos, príncipe, que os trae aquí una segunda idea.

—Adivinadla, señor.

—Se refiere al duque del Imperio; nada más sé por ahora.

—Bastante es, sin embargo; dijisteis lo que sentí y no comuniqué á nadie.

—Hablad, hijo mío.

—Es torpe y ruin abrigar dudas cuando deben ser reemplazadas por ciega fe; mas en la ocasión presente las tengo yo, y me disculpa el amor que profeso á Flaviano de Osorio. Decidme, padre, ¿debo dejarle que atraviese Italia, Suiza, Francia, y que en medio de sus enemigos obre con entera independencia y á merced de un millón de puñales que se alzarán contra su pecho si llegan á descubrirlo?

—El virrey, vuestro hermano, príncipe, acaba de demostrar en Nápoles cordura, acierto y prudencia que superan á toda exageración.

—Ya sé que fué un héroe; pero se trata de asunto más difícil, complicado y expuesto.

—¿No os merecen confianza su genio y valor?

—Absoluta.

—Entonces dejadlo que vaya á Francia solo ó como quiera.

—Si él hace allí lo más, es inútil que yo...

—Intentad vos lo menos.

—¿Creéis, por ventura, que está asegurado su triunfo?

—Entiendo, príncipe, que mereció la protección divina.

—¿Y no le abandonará?

—Si él no falta, segura la tiene.

—¿Opináis que en una ocasión cualquiera se hará indigno de tan supremo bien?

—Lo probable es lo contrario.

—¿Por qué no sois más explícito con quien tanto os admira?

—¿Por qué no imitáis también á vuestro padre en la fe?

—¿Lo veis? Recordad que os dije no nos parecíamos con la identidad que suponíais.

—Porque vos no queréis.

—Me juzgo mucho más débil.

—Sed justo con vos.

—¿Nada más os es dado decirme sobre el duque?

—Eso sólo.

—Hablemos de otra cosa, si lo tenéis á bien.

—Con mucho gusto.

—Vengo de conferenciar con el Padre Santo.

—¡Ah! lo aplaudo.

—Logré convencerle de la justicia que asistía á la demanda que me llevó á Roma.

—Es una idea que debió apoyar.

—¿Conque la conocéis?

—Sí, señor.

—Me alegro mucho. ¿Lograré realizarla?

—Acaso; depende de lo acreedor que se haga Enrique de Navarra al bien que de ella pueda resultarle.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Siento, padre mío, que no estéis conmigo tan explícito como lo fuisteis con Osorio.

—Mísero siervo, hago en la tierra lo que me manda mi Señor.

—Dadme siquiera un consejo.

—Oidlo: vaciláis en la ocasión presente por lo difícil y arriesgada que creéis vuestra misión; os sobran interés, acierto y discreción; añadid la fe, mucha fe, y seguid adelante sin temor ni duda. Cuando toquéis el resultado, sea cual fuere, hijo mío, bendecid á Dios, aplaudiendo con entusiasmo el que se haya cumplido su voluntad.

—Gracias; eso mismo creo, y si me visteis vacilar, lo motivó el que en la ocasión presente me salgo de los preceptos de mi soberano, pienso regalar una corona real, y en este juego tomarán parte millones de almas.

—Nada de eso importa; vuestra conciencia está más

alta que el cetro de los monarcas, y cuando se obra con el rigorismo que vos, puede intentarse todo, inspirado por aquélla, y sin reparar en las oposiciones y obstáculos que se encuentren.

—Pensé al principio que os negabais á satisfacer mi deseo, y ahora confieso el error; perdonad mi torpeza.

—Tuve á gran dicha complacer al hijo del santo, del privilegiado sér cuya memoria admiro y respeto con veneración.

—Cuánto bien emana para mí de esas frases; tales elogios en vuestros labios prestan á mi alma dicha suprema.

—Hago sólo justicia al que fué superior de la orden de Trinitarios, al inquisidor que quemó únicamente con las llamas de amor que brotaban de su pecho.

En este momento apareció el duque del Imperio, llevando el rostro encendido y húmedos los ojos. Julio se puso en pie, y estrechándole una mano, le preguntó con interés y afecto:

—¿Qué acontece, hermano?

—Nada, Julio; al despedirme de mis protegidos fueron tantos sus extremos por mí, que me conmovieron hasta el punto de arrancar lágrimas de mis ojos. Huyamos de este lugar, que me atormenta demasiado la pena.

—¿Eso dices delante de tan venerable anciano?

—Sí; también siento abandonarle; esta despedida no destroza menos mi pobre corazón.

El sacerdote los miró con creciente alegría, se puso en pie, alargó los brazos, y alzando la frente, les dijo:

—Partid donde Dios os manda; pero antes arrodillaos.

Los dos le obedecieron; el religioso fijó las manos en sus cabezas, añadiendo:

—La Providencia os acompañe; su bondad inmensa, admirable, os inspire y guíe. La bendición que os echo sea el agua santa que os separe del mal y os conduzca al bien. Alzad, hijos míos; es la última vez que nos vemos en el mundo; abrazadme, y hasta que un día no lejano ¿lo oís? no lejano, nos volvamos á unir en otra región donde no se llora ni se sufre.

Hubo entre los tres una escena muda que no podemos describir, pero que adivinarán nuestros lectores, terminada la cual, cayó el fraile sobre su sillón mientras el príncipe y el duque abandonaban el convento, llevando los ojos húmedos y el corazón comprimido. Ya al aire libre, preguntó Julio:

—¿Dónde vamos, Flaviano?

—Al muelle, hermano. Aligera el paso; temo que los condes de Vignati, Marta ó algún otro de los muchos seres á quienes amo y dejo en Nápoles, nos salga al encuentro y me acabe de acibarar estos penosos instantes.

—¿Saben á la hora que partimos?

—Tuve buen cuidado en callarla.

—¿Y el sitio por donde salimos?

—Menos aún.

—Entonces nada temas.

En este momento dieron vista al muelle; en el centro distinguieron á un hombre que, con los brazos

cruzados y la mirada fija en ellos, les esperaba. Era Roch, el cual mandó retirar hasta los centinelas para que nadie pudiera reconocer al príncipe y al duque.

—¿Podemos partir?—le preguntó Osorio llegando.

—Cuando gustéis.

—¿Hay bote dispuesto?

—El mejor que tiene el navío *San Quintín*.

—¿Y nuestros hermanos, Zalla y criados?

—Los tres primeros nos aguardan en el esquife; los últimos há tiempo que se embarcaron en unión de los equipajes.

—A la mar.

—Pues á la mar.

Y guiados por nuestro bravo catalán, bajaron la escalera, saltando al bote donde esperaban seis marineros del navío, Odón, Roberto y Alvaro.

Un minuto después partió la diminuta embarcación en busca del *San Quintín*. Osorio tendió la última mirada sobre el poético Nápoles, y ahogando un suspiro arrancado del corazón, se volvió hacia sus hermanos, triste, ensimismado y pesaroso. Ninguno desplegó los labios ni intentaba otra cosa que dejarse conducir al buque.

Nadie estorbó la marcha de nuestros viajeros; la noche estaba oscura, y el bote cruzaba el agua sin otro ruido que el indispensable producido por el choque de sus seis remos sobre las rizadas ondas del puerto.

De este modo llegaron á la escala real del navío, por donde subieron los cinco generales y el maestre,

sin recibir honores de ninguna clase. El príncipe lo había dispuesto así, y los doscientos hombres, entre soldados y marineros que contaba el *San Quintín*, le obedecían con ciega sumisión.

El comandante y oficiales del navío les salieron al encuentro, y después de saludarles, dijo el primero á Roch:

—Mi general, cumpliendo con las órdenes de su majestad, os entrego el mando del navío *San Quintín*.

—Ese es vuestro deber; pero se halla presente su excelencia el príncipe de Italia, generalísimo de mar y tierra, y no puedo aceptarla sin su permiso.

—Conducidnos, general Roch,—exclamó Julio,—primero á Génova y luégo á Niza; sed absoluto en vuestras determinaciones, viendo en mis hermanos y en mí cuatro compañeros únicamente.

Silva comprendió lo afectado que se hallaba Flaviano, y cogiéndose á su brazo, bajó á la cámara de popa, seguido de Odón, Roberto y Zalla, procurando entre los cuatro distraerle.

Nuestro marino Roch, rodeado del comandante y oficiales del navío, respiró con orgullo y satisfacción: se hallaba en uno de los buques más grandes de los que contaba entonces la primera marina de Europa: disponía de veinte cañones del mayor calibre, de doscientos hombres diestros unos en el manejo de las armas y los otros en el del barco, y con éste y aquéllos no temía el valeroso catalán á todas las escuadras de la nación inglesa.

Lo primero que hizo fué reconocer el buque y la

gente; luégo miró al cielo, y seguidamente dijo al comandante:

—Sopla viento del segundo cuadrante, y aunque con trabajo, podemos salir; mandad al momento levar ancla, proa al Oeste, y abandonemos el golfo con la posible brevedad.

El segundo jefe ocupó su puesto, comenzando á dar voces de mando, que eran obedecidas instantáneamente por la ligera y hábil tripulación á bordo del *San Quintín*.

La escala real empezó á subir, á la vez lo verificaba la cadena del ancla hasta quedar ésta colgada en su sitio; las velas principiaron á desplegarse; el timonel se colocó en su lugar, y un cuarto de hora más tarde viró en redondo el enorme barco, cortando luégo su quilla las negras y silenciosas aguas de los mares de Italia.

Roch, desde el castillo de popa, gozaba viendo la destreza de los marineros, la rapidez de los grumetes, la práctica de todos y lo acompasado y exacto de sus movimientos. Cuando el navío anduvo, y se convenció de que era inútil su presencia sobre cubierta, delegó en el comandante sus facultades, y se bajó á la cámara, donde halló sentados á los cuatro generales y al maestre. Al verlo el príncipe, le dijo:

—Creo que vamos ya hacia Génova.

—Sí, en un hermoso buque parecido á nuestro *León*. ¿Recordáis?

—Perfectamente. ¿Qué viento sopla?

—Contrario; pero andaremos algo; al amanecer

variará; y adelantaremos con el sol lo que perdamos á la sombra.

—¿Por qué os bajáis?

—No hago falta alguna, ni pienso subir hasta que sea de día.

—Veo que dais á vuestra faja la importancia que merece.

—En el sitio por donde cruzamos ahora la gané; vamos dejando debajo los cascos, los mástiles, cañones, hombres y cuanto traian aquellos piratas que yo en media hora mandé al fondo del mar.

—¿Os entusiasma el recuerdo?

—Mucho.

—No tenéis corazón.

—Al contrario; en aquellos momentos se convirtió en bronce.

—¡Si yo hubiera estado aquí!..

—Haríais lo que el señor duque del Imperio, ni más ni menos; cuando él llegó se hallaba terminada la refriega, y sólo pudo ver las masas que me aplaudían y oir los vítores que me tributaban.

—Pero debisteis notar que la gloria de Flaviano apagó la vuestra.

—Verdad es; mas entre los marinos quedó grabada con caracteres indelebles.

—Uno y otros se olvidaron del fiero Roch para elevar sobre él al generoso y humano vencedor.

—Contra las panteras del Mediterráneo preciso era un tigre español.

—Pudisteis destruir los barcos, triunfar de todos

vuestros enemigos y luégo salvar sus vidas, llenando de asombro, más aún que con vuestro valor y acierto, con la hidalguía del perdón.

—Eso se logra en tierra; en la mar es muy difícil, si no imposible.

—¿Por qué?

—Las distancias son mayores, fácil la retirada, y en ocasiones como aquélla, cuando llega la piedad al corazón del marino suelen estar sus contrarios en el fondo del agua.

—Asoma tan tarde al vuestro...

—Prefiero eso á que desaparezcan del sitio de la pelea con buque, armas y cuanto traen.

—Ya sé que os pude hacer lo que me propuse, con la sola excepción de generoso.

—¿Qué tiene el señor duque del Imperio esta noche?

—Le aflige abandonar para siempre los objetos queridos que deja en Nápoles.

—Ya; y por eso está tan triste.

—Sí; á vos no os sucederá lo mismo.

—Claro es; yo me llevo las únicas afecciones que traje.

—Pocas serían, Roch.

—Dos nada más.

—¿No cobrasteis cariño,—le preguntó Osorio,—al patrón de la galera *Trinidad?*

—Sí, á fe mía; pero ese habrá regresado ya á España.

—Según me ha enterado Zalla, estuvisteis poco pródigo con él.

—No; le di quinientos ducados por los desperfectos que sufrió su barco, é igual cantidad por los servicios que nos prestó durante el tiempo que ha permanecido á mis órdenes.

—¡Y todavía dice el príncipe que no sois espléndido! Otro hubiera añadido dos mil más por la lealtad y heroísmo con que nos sirvió.

—Deseaba vengar la afrenta recibida, y en obedecernos ganó él más que nosotros. Recordad que en las costas de España salvé su barco, y vos hicisteis lo mismo frente á Córcega.

—Cierto; mas él es un pobre navegante y nosotros ricos y poderosos.

—Pues marchó tan contento y satisfecho, que bendecía vuestro nombre y el mío, sintiendo no poder acompañarnos á todas partes.

—Parece que no anda el navío, Roch,—dijo el príncipe.

—Va muy despacio por falta de viento y serle contrario el poco que sopla.

—¿Estáis seguro que cambiará pronto?

—Al amanecer, según os he dicho.

—Entonces aprovechémonos de esta calma para dormir con más tranquilidad.

—Opino lo mismo.

El príncipe, Flaviano, Odón y Roberto ocuparon el principal camarote, Zalla y Roch el que le seguía, y una hora más tarde reposaban los seis. Acostumbrados á la navegación, se hallaban á poco de entrar en un buque como en su propia casa, no siendo motivo el

columpio y vaivenes para que ellos dejasen de entregarse al sueño, comer y pasear según lo verificaban en tierra.

No consiguiendo el príncipe de Italia arrancar del cerebro de Osorio la idea que le atormentaba, dejó de hablarle, juzgando que la quietud y el reposo lo lograrían.

CAPITULO VIII

Las costas de Italia.—Tierna despedida.—Génova, Cerdeña, Milán y Suiza.—Entrada en Francia.

Antes que Julio, Odón y Roberto se levantó Osorio, sin hacer ruido alguno para no despertar á sus compañeros, y cogiendo un anteojo corrió al castillo de popa, dirigiendo una mirada ávida en busca de las costas de Nápoles. Pero llevaba el navío algunas horas de caminar de bolina, y se hallaba ya frente á los Estados Pontificios.

Todavía el duque anhelaba distinguir, á favor de la óptica, lo que era imposible ver, cuando se le acercó el general Roch, diciéndole:

—No os molestéis, señor duque; contra el *San Quintín* no hay pirata posible ni enemigo capaz de hacerle frente.

—No miraba eso, amigo mío; intenté vanamente percibir mi pueblo natal.

—¡Si estamos á cincuenta millas de Nápoles!

—Ya noto que el navío corre según anunciasteis anoche.

—Pardiez, olvidaos de ese pueblo donde intentaron asesinaros varias veces y en el que no sucumbimos todos por milagro de Dios. Cierto es que os aplaudieron mucho y que vuestra nodriza y los condes de Vignati os aman y suspirarán por vuestra ausencia; pero eso no merece la pena de estar triste, ni lográis otra cosa que atormentaros y aburriros. Mirad hacia la izquierda; el espacio nos esconde los Alpes, pero allí están, y á la parte opuesta el reino de Francia

—Ya lo sé.

—Pues bien; en ese suelo maldito suspiran entre cadenas y muros el conde de Monterrubio y el marqués de Abella.

—No lo creáis; mis hermanos tienen por cárcel un paralelógramo extenso; ven el sol desde que nace en Oriente hasta que llega á su ocaso; pasean, hablan, y lejos de suspirar, están más altaneros que nunca.

—Eso es una vana suposición.

—No, es la realidad.

—Señor duque, aunque empezaran como decís, se encuentran en poder de sus enemigos; éstos son implacables, y aun cuando principien bien, acabarán mal.

—Acaso digáis verdad. ¡Oh, esa idea me martiriza más que la otra!

—No importa; ocupaos de vuestros hermanos, de su anhelada libertad, olvidando lo que ya no tiene remedio.

—Vos, marino de vocación, educado en el agua y sin otra poesía que la poca que puede inspiraros el proceloso Mediterráneo ó el rugiente Océano, no os es dado admirar como á mí las bellezas y encantos de mi pueblo natal.

—Claro es; en los árboles no vi jamás otra cosa que los padres de la fruta; en las plantas sólo encontré el origen de aromas que comienzan agradando para concluir promoviendo hastío; en las mujeres, no siendo la mía, veo demonios, y en los hombres contemplé diablos que intentaron asesinarme dormido, despierto, á todas horas, en mi casa, en la calle y en la mar.

—¡Qué disparates! ¿Nada decía á vuestro entendimiento el horripilante Vesubio en aquellas noches que arrojaba torrentes de lava, y á cuya siniestra luz veíamos el mundo por un prisma sorprendente, aterrador, sublime?

—Nada; huía de él como hubiera podido hacerlo de una boca de infierno.

—¿Nada tampoco aquellos bosques de tilos, plantas odoríferas, flores de mil clases, los cuales formaban un contraste risueño, arrebatador con el perfume que exhalaban, con el canto matinal de las aves, con la brisa de la mañana y con las castas doncellas de ojos negros y rasgados, talle esbelto y mirada seductora?

—Todo eso me decía que me escondiera en casa y mirara el retrato de mi mujer. Se huye de las malas tentaciones, y para no caer en la sima, previene el confesor que se camine siempre por el llano.

—Aquella temperatura siempre agradable, aquellos rostros alegres y encantadores, aquella naturaleza, en fin, que convida á la dicha y los placeres, ¿no os inspiraban ideas llenas de encantos?

—No.

—Roch, vos no sois de carne y hueso como los demás hombres.

—Pues ¿de qué me hizo Dios?

—De piedra, pero ordinaria y tosca.

—Gracias. Voy á probaros que al marino no pueden causarle efecto alguno eso que llamáis encantos, y que no son otra cosa que puerilidades vuestras.

—¡Insensato!...

—Os he dicho la verdad, y hé aquí la demostración: volveos á la derecha; ahora fijaos al Este; de pronto no, por grados. Ved esas ondas que van prolongándose hasta el infinito; reparad en aquella vela que en lontananza va poco á poco creciendo; eso os prueba que el buque viene subiendo una pendiente, y por consecuencia que el mundo es redondo; admirad ahora cómo aparece el sol por entre las aguas, convirtiendo éstas en oro y diamantes; distinguid la majestuosa faz del rey de los astros, y decidme luégo si hay algo en tierra poético, después de haber contemplado ese cuadro.

—Es grandioso; pero eso no roba á los jardines, á los montes, á las aves y ni á las mujeres su innegable belleza.

—Deducid entonces que nosotros encontramos la poesía en los mares y vosotros en la tierra.

—Os equivocáis; yo la miro en todas partes donde se halla.

—Es que vos sois poeta, la veis donde existe y la creáis donde no está.

—¿De qué os ocupáis?—preguntó el príncipe de Italia acercándose, seguido de Odón, Roberto y Zalla.

Los cinco amigos continuaron hablando sobre las deliciosas costas de Italia, los buques y los mares, luégo se ocuparon del conde de Monterrubio y marqués de Abella, logrando, por fin, distraer á Osorio é ir poco á poco obligándole á olvidar la idea que tanto le molestaba.

Comiendo unas veces, conversando otras, y siempre de bolina, consiguieron á la cuarta noche de navegación dar frente á Génova, punto en el cual debían detenerse lo indispensable para que saltaran á tierra el duque, Zalla y el criado del primero. No siendo posible entrar en el puerto por lo tarde que llegaron, dispuso el príncipe que quedara el navío en medio de la extensa bahía genovesa, sin perjuicio de acercarse al amanecer, para que á Osorio le fuese menos molesto el desembarque.

Los cuatro generales y el maestre cenaron aquella noche, entrando en sus camarotes, pesarosos por la separación que tan cercana veían.

A las cinco de la madrugada entró Ros, y después que hubo despertado á su amo, fué barnizándole el cutis hasta dejarlo parecido al de los mulatos. Después le ciñó una tupida y fina cota de malla que le cubría todo el cuerpo, con la sola excepción de la ca-

beza, pies y manos. Encima fué poniéndole gruesas calzas de grosera lana, chupa de bayeta, gabán de manga perdida y un sombrero de ala muy ancha, con el cual se completaba un traje calabrés. Zalla iba lo mismo y de idéntico modo el criado de Osorio, ahora de ambos.

Cuando estuvieron vestidos los tres, se guardaron sendas dagas y un magnífico par de pistolas cada uno, con gran provisión de cargas, cogieron sus instrumentos músicos, y esperaron el momento de saltar en tierra.

Llegado aquél, rodearon á Flaviano Julio, Odón y Roberto, diciéndole el primero:

—Hermano, nosotros tres, con Roch y cinco criados, nos uniremos en el condado de Niza á varios grandes franceses; y seguidos luégo de numerosa escolta, atravesaremos la Francia sin miedo á sorpresa ni desastre alguno. Contamos con miles de parciales que nos saldrán al encuentro; con diestros y leales espías, y con el incógnito que usaremos hasta llegar á París. Tú, mi querido duque, caerás en medio de tus enemigos con sólo el amparo y protección de Dios; que para tantos como son aquéllos, nada valen los cinco que te acompañan. Por eso te recomiendo calma, prudencia, mucha discreción y no ofender á la Providencia con temeridades que se negaría á apoyar.

Calló el príncipe; Odón y Roberto dieron á Flaviano consejos idénticos, concluyendo por quedarse los tres mirándole fijamente. Nuestro vencedor de Nápoles inclinó su hermosa y ahora barnizada frente, al-

zándola luégo con noble orgullo y satisfacción; en sus finos labios apareció una sonrisa placentera; brillaron sus ojos, y con su habitual aplomo les contestó:

—Hermanos, llegaré á París antes que vosotros, que mi camino es más corto y correré mucho: llevo encima salvoconductos que equivaldrán á un ejército defensor; me sobran calma y prudencia, exprimiré el entendimiento, y con la ayuda de Dios acaso logre lo que me propongo; esto es, que os presentéis tarde en Ibrí.

—No confíes demasiado, Osorio,—exclamó el príncipe;—los extremos son siempre viciosos.

—¿No te recomendó la fe el prior de capuchinos?

—Sí.

—Pues bien; el término medio es tibieza, y yo no quiero aparecer de ese modo ante Dios ni ante mí. No temáis, hermanos. Me llaman al bote; estrechadme, y hasta que la suerte, más benigna y bondadosa con nosotros, nos vuelva á reunir.

Los tres abrazaron al duque, luégo oprimieron la mano de Zalla, rodeándolos el corto trecho que les separaba del agua.

Osorio y Alvaro saludaron al comandante y oficiales del *San Quintín*, dieron el último adiós á Silva, Odón y Roberto, y saltaron al bote, acompañados de Roch y seis remeros.

Cinco minutos más tarde pisaban el muelle de Génova; allí estrecharon al general de marina, que regresó acto continuo, movieron un pañuelo blanco, cuyo saludo fué contestado por tres idénticos desde el navío,

dirigiéndose al centro de la plaza que tenían enfrente.

—Ros,—dijo el duque á su sirviente,—¿recuerdas la hostería *Imperial?*

—Sí, señor.

—Pues allí te esperamos; son las siete, á las nueve estarás en el zaguán con tres caballos de buena sangre y arreos que correspondan á nuestro traje. Los hallarás...

—Lo sé, y antes de esa hora estaré en mi puesto, os lo aseguro.

—Si te sobra tiempo almuerza.

—Lo haré.

Y desapareció el criado, encaminándose el general y el maestre á un extenso establecimiento situado al extremo opuesto donde se hallaban. Ya en él, entraron en el comedor, diciendo al sirviente que se les presentó:

—Que preparen con calma y nos sirvan un buen almuerzo.

—¿Abundante?

—Cuanto lo permita la hora y la casa.

—Al momento, ca... caballeros calabreses.

—Pobres músicos, querréis decir; pero tenemos hambre, y pagaremos bien.

—Con eso último basta.

Media hora después comenzaban á almorzar, permaneciendo largo tiempo sentados á la mesa. Cuando hubieron concluído, pagaron, preguntando al criado:

—¿Qué hora es?

—Las nueve menos cuarto.

—Quisiéramos saber si han entrado en el zaguán tres caballos que esperamos.

—Há un instante los vi llegar.

—Gracias.

Y se incorporó con Ros, preguntándole su amo:

—¿Has almorzado?

—Cuanto me pidió el deseo.

—Pues á caballo.

Y montaron, saliendo al trote hasta llegar á la puerta de la ciudad, en cuyo instante les dijo Osorio, que iba entre Zalla y Ros:

—Echaos hacia delante, imitad al mal jinete, y á escape.

Picaron los caballos, y éstos, que eran potros fuertes y ligeros, partieron como flechas por el camino de Génova á Cerdeña. Éste era conocido de los tres y muy particularmente de Osorio, y sin duda ni vacilación podían meterse en Suiza y luégo en Francia, excusando toda pregunta relativa á su marcha.

Nuestros viajeros corrieron cuatro horas sin interrupción alguna, deteniéndose á la puerta de una venta donde dieron pienso y treinta minutos de descanso á los cuadrúpedos. En cuanto á ellos, bebieron un vaso de agua mezclada con vino, y con esto se conceptuaron satisfechos.

—Señor,—dijo Ros á su amo,—¿pensáis llegar con esos potros á Alejandría?

—Sí.

—Bravos son, pero dudo que resistan otra carrera igual á la que hemos traído.

—Yo respondo del mio.

—Y yo.

—Entonces que descansen un poco más, si os parece.

—A la parte afuera de la venta te esperamos; obsérvalos, y cuando juzgues que es llegado el momento, sácalos.

Y quedaron aguardando á que el criado volviese.

El ventero y demás personas que estaban allí miraban con recelo á los tres viajeros que, mudos é impasibles, permanecían en pie, mostrando indiferencia y desdén á cuanto les rodeaba. Había momentos en que la actitud solía contrastar con el traje, pero no de una manera tan extraña que mereciese dar un parte ó delación verbal.

—Pronto salió Ros, pagó al dueño de la posada, y volviendo á montar los tres, corrieron nuevamente en dirección de Lodi, dejando Pavía á la derecha.

Otra vez el poderoso duque del Imperio se veía obligado á caminar como un pechero y á sufrir las consecuencia de una travesía larga, incómoda y molesta como pocas; pero con dificultad hallaría ocasión en que el noble caballero lo hiciese con más gusto é interés. Ahora no era su patria únicamente la que le impelía á arriesgar la vida, arrostrando toda clase de penalidades; eran aquélla y el acendrado cariño que profesaba á sus queridos hermanos Mendoza y Núñez de Lara. Por esa razón volaba sin tregua ni descanso, cruzando á veces por junto á destacamentos que los

hubieran detenido si no atravesaran el camino como relámpagos.

A las dos horas tuvieron que detenerse en medio del camino, echar pie á tierra y dar algún descanso y respiro á sus fatigados potros.

—Señor,—exclamó Ros,—hemos andado en siete horas dieciséis leguas, y nos hallamos en la frontera de Lombardía.

—Ya lo sé; pero es indispensable llegar temprano á Lodi, donde pasaremos la noche.

—Faltan cinco leguas mortales.

—Será á ti al que matarán.

—No, señor, á los caballos.

—Pues es preciso andarlas á caballo ó á pie.

—Nunca corrimos de este modo sin renovar cuadrúpedos.

—Jamás estuvieron prisioneros mis hermanos, ni me interesaba arribar tan pronto al punto de nuestro destino.

—¿Pensáis,—dijo Zalla á Osorio,—que lleguemos á París á este paso?

—Ojalá y nos fuera posible. Por desgracia, tendremos que cruzar á pie una parte del suelo francés, que ahora vamos por país amigo y luégo sucederá todo lo contrario.

—Opino, señor duque, porque sigamos á un trote ó castellano hasta que logremos mudar de caballos; quedan más de dos horas de luz, hay tiempo suficiente, y de no hacerlo así, es muy posible que esos animales revienten.

—Sea en buen hora; montemos y sigamos hablando.

Así lo hicieron, consiguiendo por fin penetrar á las ocho en Lodi. Dos veces los detuvieron en la Lombardía; pero los documentos que llevaban iban en toda regla, y en el acto de examinarlos les permitieron continuar.

Se alojaron en la posada de *Santa Bárbara*, les dieron cuarto, y no tardó Ros en interrogar á su amo con las siguientes frases:

—Señor, ¿qué hago de esos cuadrúpedos?

—Me gusta la pregunta; los cambias por los mejores que haya en esta villa.

—¿Hallaré quién los quiera?

—Entiendo que sí.

—Lo digo porque son buenos, mas el estado en que se encuentran es fatal. Creo, en consecuencia, que si esperásemos á que amaneciese, podría sacar más partido de ellos.

—Ros, á las cuatro de la madrugada saldremos de aquí; ten dispuestos los mejores caballos que haya en Lodi, y componte como puedas. Marcha.

—¿Preparo comida?...

—No te cuides de nosotros para nada; arréglate tú, y cumple mi encargo, que no necesitamos que nos sirvas ni conviene aparezcas como criado de los que visten traje igual al tuyo.

Salió Ros, Zalla encargó una abundante comida para él y el duque, y á las nueve se sentaron á la mesa con un apetito de doce horas de abstinencia y de veintiuna leguas andadas. A don Alvaro le parecían

aquellas viandas más sabrosas que las de Nápoles, y mostraba en esta ocasión tanta voracidad, que obligó á exclamar al duque:

—Pardiez, me estáis dando un mal rato.

—¿Por qué señor?

—Imitáis ahora á mi pobre hermano Rogelio de un modo idéntico.

—En lo mucho que como, ¿es cierto?

—Sí.

—Bien lo hace el señor marqués de Abella; como es tan alto y grueso... ¿Os entristece su recuerdo?

—Bastante.

—Poco después de llegar nosotros á Ibrí, estarán él y su compañero el conde de Monterrubio en completa libertad.

—Quiéralo Dios.

—¿Qué puerta se resiste á vuestro ingenio y al valor de *jambos?*

—Que os atragantáis, Zalla.

—¡Pero qué viandas tan ricas! ¿No lo notáis?

—Lo que observo es que coméis con hambre desconocida en vos.

—Encuentro este pavo riquísimo.

—Y el jamón de antes y cuanto lleváis engullido.

—Puede.

—Tragáis esta noche como mi pobre Rogelio en campaña. ¡Que os vais á ahogar con ese trozo de ave!

—No, no.

—Soberbio discurso.

—Tenía la boca ocupada.

—Repleta, querréis decir. ¿Vais á comer de ese pescado?

—La colita, si vos no la queréis.

—Os pondré la mitad del pez y estoy seguro que dejaréis la espina.

—Venga.

—Esta noche reventáis, Alvaro.

—No consienta el cielo semejante atrocidad; experimentaría un sentimiento grande si dejara viuda á mi bellísima Syra.

—Veo que ponéis los medios para evitar la indigestión.

—No lo he notado. ¿De qué modo?

—Llevando apurada una botella y casi parte de otra.

—Es la salsa; los italianos condimentan bien, pero hacen sus guisos poco húmedos.

—Por eso vos convertís vuestro estomago en estanque.

—De vino, señor.

—De vino, que el agua está demás esta noche para vos.

—Veo de postre frutas secas y dulces; esta posada es una gran cosa.

—¿Qué os pongo?

—De todo.

—¿Revuelto?

—Eso no, dejadme, que yo tomaré lo que quiera. Hola, hola; halló el posadero la botella de *lácrima* que le encargué.

—Lodi es una villa de mucha importancia; tiene catorce mil habitantes.

—Y está abastecida como yo no creía. ¿Sólo os ponéis dos deditos de ese jarabe que lleva el nombre de nuestro Redentor?

—Me sobra con ellos.

—Mal hecho; me comprometéis á que apure el resto de la botella y á que convierta mi estanque en lago.

—Si tuviéramos que volver á correr concluída la cena, os quedabais en el camino.

—Posible es; pero me habéis dado siete horas, y me sobra tiempo para prepararme. Recordad la máxima de don Rogelio: «Cuando no hay,» dice, «no se come, pero luégo se desquita lo perdido y se toma adelantado por lo que pueda acontecer.»

—Y que lo hace como lo expresa.

—Le sobra razón.

—Esta noche lo confirmáis con hechos.

—Basta ya.

—¿No queréis más?

—Gracias

—Habéis dejado los cascos de las botellas.

—Y los cubiertos. Voy á llamar para que se lleven esto y á la cama.

—¿Podéis moveros?

—¡Ya lo creo...! ¡Caramba! ¡pues me cuesta trabajo! ¡Mozo!

—Estáis ronco.

—Se me tomó la voz.

—Con tanto vino enturbiasteis el agua.

—No; en caso el acento, porque aquélla no la probé. Entra; llévate eso, y despiértanos á las diez.

—Mozo, á las cuatro de la madrugada.

—¿Tan pronto?

—Sí; no hagas caso de mi compañero. A las cuatro en punto procura que estemos despiertos, si quieres propina.

—Bien, señor.

Y sacó el sirviente la mesa en que habían comido, añadiendo don Alvaro:

—¡Las cuatro! ¿Pues no es ya la una?

—Son las diez.

—¿De qué, de la mañana?

—Zalla, ¿se os va la cabeza?

—Toma, y la vista; consiste en que anda esta habitación.

—Acostaos, amigo mío.

—Sí. ¿Dónde está mi cama?

—A la derecha. No, al otro lado.

—Ah, ¿es esta mi izquierda? ¡Maldita población! No me gusta Italia por tanto temblor de tierra... ¡Santiago, cómo se mueve esta casa!

—Maestre de campo, honráis la banda que os concedió S. M.

—Qué queréis; le cayó una gota de vino... Pero si no la tengo. Vaya, vaya, hasta mañana á las dos.

—No, á las cuatro.

—¡Ca! ahora mando yo; me nombro virrey de *Voli*.

—No estáis mal bolo. ¿Os echáis vestido?

—Pues no, que me quedaría en cueros como Adán; yo tengo rubor.

—Esperad; desnudaos esta noche, que Dios sabe si podremos hacerlo mañana.

—No me toquéis, diablo tentador; respetad la autoridad de un monarca con corona de oro. La tengo; sí, señor; siento su peso en mi cabeza, y debe ser muy grande. Estate quieto.

—Dejaos desnudar.

—No me da la gana.

El duque sonreía viendo el estado de Zalla, y revestido de paciencia y cariño extremados, lo despojó de sus vestiduras con más cuidado que lo hubiera hecho un sirviente; después lo cubrió con la ropa de la cama, y retirándose á su lecho, exclamó:

—La carrera y abstinencia merecían que le permitiera comer y beber como lo ha hecho; jamás abusó, y si ahora se entrega á un principio de embriaguez, yo tuve la culpa, que lejos de contenerle, aplaudía sus excesos, harto disculpables en la ocasión presente. Ya duerme; su naturaleza es de hierro, y mañana despertará tan fuerte como siempre. En parte le sobra razón. ¡Vaya unas camas, santo cielo! ¿Habrá quien llame á esto colchones de lana? Queda probado que la embriaguez de Alvaro es sabia. ¡Qué dureza y qué sábanas! Peor era, sin embargo, la cama que me dió Vignati en el sótano, y dormí como ahora lo haré, ni más ni menos.

Así sucedió efectivamente, continuando ambos en sueño no interrumpido hasta las cuatro de la mañana,

en que despertó á Flaviano la voz de un mozo que les decia:

—¡Músicos, señores músicos, arriba!

—¿Qué hora es?—le preguntó Osorio abriendo los ojos.

—La en que me encargasteis os avisara

—Deja esa luz aquí, sal, cierra la puerta, é interin nos vestimos, cobra de nuestro compañero, que estará abajo.

—Sí, acaba de llegar con tres caballos.

Desapareció el sirviente, exclamando Flaviano:

—¡Zalla! ¡Zalla!

—¡Señor!

—Vamos, que es hora ya de partir.

—Que frío siento; y estoy desnudo.

—Os embriagasteis anoche y tuve que desnudaros.

—¿Lo decís de veras, señor?

—Tan cierto como os estoy hablando.

—De ser así, merezco la muerte.

—No, amigo mío; más de una vez me servisteis de criado siendo ya capitán y hasta maestre de campo.

—Todo os lo debo, y cuanto haga por vos será poco; por esa razón os suplico que no me toleréis nunca el más leve abuso. ¡Desnudarme vos! Me avergüenza y humilla la idea.

—Tranquilizaos, Alvaro; lo hice con gusto y sin violencia alguna.

—Gracias, noble señor; nada puedo ofreceros, pues há tiempo que os pertenece hasta mi vida.

—¿Os halláis bien?

—Perfectamente. Parece imposible que yo me embriagara de aquel modo; y es lo más raro, que sólo recuerdo haber sentido un pequeño mareo.

—Ya lo creo; os quedasteis dormido en seguida.

—¿Os falté al respeto y á la consideración que merecéis?

—No; me tuteasteis...

—¡María Santísima! Nada hay más despreciable en el mundo que un borracho.

—¿Os movéis bien?

—Sí, señor.

—¿Podréis correr como ayer?

—Más aún, me encuentro fuerte como nunca.

—De estar débil no sería en verdad por falta de alimento.

—Esperad un poco.

—¿Qué vais á hacer?

—A poneros el gabán, las pistolas y el sombrero, y si me apuráis lo hago de rodillas.

—¡Soltad!

—No; os he de servir de criado hasta que lleguemos á Madrid; es el castigo que me impongo.

—Recordad la ciega obediencia que me debéis y concretaos á hacer lo que os mande. Partamos.

Ambos bajaron al zaguán, hallando en él á Ros, sujetando del diestro tres hermosos alazanes.

—¿Qué cambio has hecho, bribón?—le preguntó su amo sonriendo.

—Ya lo veis; no los hay mejores ni en la Arabia, —le dijo.

—Buen pelo, mejores ojos y sin defecto alguno; si son corredores...

—Como el corzo.

—Veámoslo.

Y fué á montar, deteniéndole Zalla con las siguientes frases:

—Esperad, señor, que me he dejado el instrumento arriba. Como no estoy acostumbrado...

—Abreviad.

Subió Alvaro, y cogiendo su enfundada cítara, se la colgó á la espalda, á favor de una correa que rodeaba su pecho, y en la forma que llevaban sus respectivos instrumentos el duque y Ros.

Minutos después entraron nuestros tres viajeros en el camino que conducía al lago de Ginebra, el cual, como es sabido, divide á Italia de Suiza. Los potros eran, según dijo Ros, fuertes y ligeros, y los jinetes prosiguieron tres horas á escape tendido. Al cabo de este tiempo penetraron en una pequeña aldea, en la que dieron pienso y una hora de descanso, continuando á las ocho su interrumpida marcha.

A escape unas veces, al trote otras y á un castellano sostenido después, anduvieron cuatro horas más, dejando atrás dieciocho leguas. Se detuvieron, en consecuencia, en un pueblo grande de la carretera, todavía ocho horas de camino de la frontera suiza. Entraron en la mejor posada, diciendo el duque á su criado:

—Esos animales están medio reventados; cámbialos y almuerza, mientras nosotros comemos.

—Pueden continuar los alazanes, dándoles algún descanso.

—Imposible; esta noche hemos de dormir en la posada del *Aguila*. ¿La recuerdas?

—Sí, señor; la que está situada en la falda de los Alpes; pero, amo mío, es una jornada mayor que la que acabamos de hacer.

—Ya lo sé; despacha.

—Temo no hallar en este pueblo caballos que la resistan.

—Traes los mejores que haya, y abrevia.

Desapareció el criado mientras Flaviano y Alvaro mandaban disponer un almuerzo que no tardaron en empezar á comer.

Zalla quiso estar sobrio en esta ocasión; mas Osorio no se lo permitió, volviendo á disculpar su embriaguez de la noche antes.

A la una de la tarde se presentó Ros, diciéndoles:

—Ahí tengo tres golondrinas que correrán bien las primeras horas; luégo, Dios sabe lo que sucederá.

—¿Almorzaste?

—No, señor.

—Hazlo con las viandas que verás allí; paga, y en la calle te esperamos.

Y salieron el maestre y el general, quedando á la puerta de la posada con los brazos cruzados, sin expresar frase alguna. Así permanecieron hasta oir el ruido de los caballos que sacaba Ros.

Eran aquellos de edad indefinible, estaban flacos, y aun cuando acostumbrados al trabajo, no parecía

que les fuese posible sostenerlo muchas horas seguidas. Flaviano y Zalla movieron la cabeza con disgusto, exclamando al verlos:

—No corren éstos el tiempo que necesitamos.

Sin perjuicio de lo cual, montaron, dirigiéndose hacia el camino de Suiza, primero al trote y luégo á un escape que duró cerca de tres horas.

—Alto,—exclamó Osorio.—Estos pobres animales no pueden proseguir así; trotemos hasta llegar á la venta del Cisne.

Y continuaron su camino, riéndose del estado de sus jamelgos.

—Lo peor es, amo mío,—dijo Ros,—que éstos no cruzan la distancia que nos separa de la posada del Águila.

—Les daremos algún descanso en la venta y seguirán ínterin no revienten; el resto lo andaremos á pie, si no hay otro remedio.

—Existe, pero era preciso perder la noche, y como tenéis empeño en dormir en aquel punto...

—No he de comer hasta que penetremos allí.

—Sea en buen hora; moveremos los pies la mitad del camino.

—Quién sabe.

Y activaron su marcha, deteniéndose poco después en la mencionada venta del Cisne, donde dieron pienso y una hora de descanso á los fatigados y débiles cuadrúpedos.

Volvieron á montar, terminado aquel plazo, diciendo el duque:

—Ea, señores, fijad las espuelas en los ijares, y corramos hasta que uno de nuestros caballos reviente ó caiga, en cuyo caso cada cual coge su maleta debajo del brazo, caminando á pie lo que falte.

—Pronto llegará ese instante.

—Veámoslo.

Y picaron, obligando á los cuadrúpedos á correr más de lo que buenamente podían. Así continuaron tres cuartos de hora. De pronto oyeron Zalla y el duque un golpe, y volviendo la cabeza, distinguieron á Ros que rodaba por el suelo. Ambos se detuvieron, preguntándole el segundo:

—¿Qué es eso?

—Reventó mi golondrina.

—¿Te has hecho daño?

—No, señor.

—Pues abajo, Zalla y cojamos las maletas.

En el instante que los dos echaron pie á tierra se tendieron sus respectivos jacos, faltos de aliento para tenerse en pie.

—Señor, podéis continuar montados,—exclamó Ros;—yo iré á pie.

—No es fácil; han caído también los nuestros, como ves, y sus ojos nos indican que están proximos á espirar.

—Cierto,—añadió Zalla;—el mío no dura dos horas.

—Pues la tierra le sea ligera; sigamos á pie. La frontera de Suiza dista un cuarto de hora nada más.

—Es verdad; pero faltan más de tres leguas para la posada del Águila, y casi todo es monte.

—Mejor; así no nos molestará el polvo. ¿Temes al camino?

—Lo siento por vos.

—No fuiste nunca ni serás ahora tan fuerte como yo. En marcha.

Ros quiso quitar á su amo la maleta, pero no lo logró, y llevando cada uno la suya al hombro, comenzaron á andar sin dificultad alguna.

Un cuarto de hora más tarde llegaban á la frontera, siendo detenidos por un destacamento, cuyo jefe les preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Tres músicos calabreses.

—¿Adónde vais?

—A Suiza.

—¿Traéis documentos que os lo permitan?

—Sí, señor.

—Entonces id á aquella casita, que el capitán los reconozca, y si os pone el pase cruzaréis al momento.

Osorio hizo seña á sus compañeros para que le siguieran, sacó su pasaporte, y entrando en la referida casa, preguntó á un soldado:

—¿Dónde está tu jefe?

—Entrad; ahí á la derecha lo hallaréis escribiendo.

Los tres llegaron hasta él, alargándole Flaviano el documento que necesitaba presentar. Aquél lo examinó detenidamente, y notando que convenían las señas con los individuos, les dijo:

—Hace cuatro ó cinco días pasaron otros tres calabreses en la misma dirección que vosotros.

—Sí, nos esperan en Suiza para formar compañía.

—Vosotros ganáis la vida más alegremente que ningún otro mortal.

—De todo hay, señor capitán; también lloramos, y la mayor parte del tiempo somos desgraciados.

—Bien te expresas, villano, para el oficio que tienes.

—Qué queréis; recibí buena educación, y hé ahí la causa.

—No me extraña; vosotros soléis descender todos de un general que murió arruinado, de un grande que no tuvo esposa, ó de un ministro, en fin, que perdió el favor muriendo en perpetua emigración.

—Mi padre, sin embargo, fué ministro, general y grande.

—¡Ah! el tuyo reunía todas esas circunstancias. ¡No lo dije! ¿Era duque?

—No, conde.

—Já, já, já. ¿Quién le heredó?

—Yo.

—¿Conque eres un grande que viaja de incógnito?

—Dijisteis la verdad.

—Me alegro, hombre. ¿A quién vais á robar, á una princesa?

—No, señor; á dos poderosos que la traición y la infamia los tiene encerrados en oscuras mazmorras.

—¡Bravo! Me estás proporcionando un rato delicioso. Si improvisáis la letra y música con tanto acierto como lo que acabáis de contarme, vais á encantar á los suizos.

—¿No me habéis creído?

—Sí, hombre; ¿quién podría dudar de tu regia estirpe y preclaro nombre?

—¿Pusisteis el pase?

—Sí, tómalo; pero dime antes: ¿te hallabas en Nápoles cuando el duque del Imperio aniquiló la revolución, en tanto que el general Roch destruía buques franceses y alemanes en el puerto?

—Los tres estábamos allí.

—Cuéntame lo ocurrido; yo te lo ruego.

—Todo ello se redujo á que el duque venció en dos horas, concluyendo por perdonarlos á todos.

—¿Lo viste tú?

—Sí, señor.

—¿Eras de los revolucionarios?

—No.

—Es un héroe don Flaviano de Osorio; ¡tengo unos deseos de volverle á ver!

—¿Le conocéis?

—Mucho; ¡pero hace ya tantos años que nos separamos!

—¿Dónde hablasteis con él por primera vez?

—En Cartagena; era yo alférez, y por cierto que salvé su vida, la de sus cinco hermanos y algunas otras.

—¡Ah! servíais al gobernador Mendoza, ¿es cierto?

—Sí; ¿quién te lo ha dicho?

—Os pasasteis á los *invencibles*; unido á ellos, dejasteis en libertad á Elvira y sus dos inocentes hermanos; más tarde voló la torre, y cuando el pueblo

cartagenero lloraba la muerte de sus héroes, aparecieron éstos por entre las ruinas... Os acabo de reconocer, señor alférez, elevado á capitán por la gracia y favor del príncipe de Italia.

—Señor músico, tú no eres calabrés, ni tocas ese instrumento; sabes demasiado, y es preciso que me aclares el enigma, ó vais los tres atados codo con codo á Milán.

—Está muy lejos.

—No importa. ¿Hablas?

—¿Qué queréis?

—¿Quién eres?

—Ya os lo dije: un grande, hijo de conde y de ministro.

—Eso es un cuento.

—Es la verdad.

—¿Cómo se titulaba tu padre?

—¿Estamos sólos?

—Ya lo ves.

—¿Nadie podrá oirnos?

—No.

—Pues mi padre se llamaba Alvaro Osorio, conde de Arahal.

—¡Santiago! Señor, ¿sois efectivamente el duque del Imperio?

—Y éste el maestre Zalla, á quien también conocéis.

—¿Y el otro?

—Mi criado Ros.

—Cuentan que os disfrazáis admirablemente, y aca-

so digáis la verdad; pero sin una prueba no debo dar asentimiento á vuestras frases.

Osorio cogió una pluma y estampó su nombre y firma en un papel, preguntando al capitán:

—¿La reconocéis?

—Sí, señor; perdonadme, excelencia, si en algo he podido faltaros.

Y se descubrió, ofreciendo su silla al duque. Éste hizo pedazos el papel donde trazó su nombre, añadiendo:

—¿Podríais proporcionarme tres caballos?

—Al momento.

—¿Os harán falta?

—Ninguna; primero es vuecencia que mis soldados y yo.

—Pronto os darán parte de haber encontrado en el camino otros tres reventados, que dejamos con sillas y demás arreos. No os admire, pues eran los nuestros.

—¿Pensabais seguir á pie?

—¿Qué remedio tenía? De no hallar un antiguo compañero como vos, hubiera llegado andando á la venta del Águila.

—Compañero no; un leal servidor que daría su vida por V. E.

—Suprimid el tratamiento, recordad lo que hicisteis por mí en Cartagena y habladme como amigo.

—Gracias, señor; gozo lo indecible volviéndoos á contemplar, pero nada me atrevo á preguntaros.

—Nada puedo tampoco deciros.

—Supongo que vais á Francia, y algo adivino.

—Bien, calladlo, y proporcionadme los tres caballos que os he pedido. Ros os entregará su importe.

—Que yo no tomaré.

—¿Por qué?

—Doy por hecho que me haréis la señalada merced de aceptarlos, como mezquina ofrenda hija de un agradecimiento que me seguirá á la tumba.

—Los tomaré regalados si tenéis ese empeño; pero abreviad.

—Sentaos, señor; vos también, maestre Zalla, que pronto vuelvo.

—Así lo hicieron, presentándose un cuarto de hora después el capitán, que añadió:

—A la puerta de esta casita tienen tres soldados del diestro mi caballo para vos, el del teniente para don Alvaro, y el de un soldado para Ros. Son buenos, y os pueden llevar en poco tiempo á Francia.

—Sal,—dijo el duque á su criado,—y sujeta las maletas. Avisa en estando. Vos, capitán, ¿deseáis algo de mí?

—Señor, si me atreviera...

—Hablad, amigo mío, sin reparo alguno.

—Llevo en Italia diez años, y quería regresar á España, donde me llaman asuntos de familia y el interés de volver á contemplar mi patria.

—¿Podrá quedar vuestra compañía en el Milanesado?

—Sí, señor.

—¿Tiene el gobernador quien os reemplace dignamente?

—Hay dos.

—Muy bien; entonces, como representante de su majestad en Italia, cuyo nombramiento no ha caducado aún, extenderé la orden para que vuestros jefes os permitan partir cuando gustéis. Aquí la tenéis; la fecho en Nápoles y el día antes de mi marcha. Decid á todos que os la mandé por el correo, y no olvidéis que perderá irremisiblemente la vida el que descubra mi incógnito.

—Gracias, señor. ¿Cómo podría pagaros?...

—Estrechad mi mano, la de Zalla, y que Dios os acompañe á nuestra patria.

—El os guíe y defienda como hasta aquí.

El duque, don Alvaro y Ros montaron á caballo, y picando espuela entraron en la república de Suiza, donde fueron detenidos otra vez.

Osorio llevaba en la mano el pasaporte con el pase español; los suizos añadieron otro, y nuestros viajeros continuaron su camino sin nuevas interrupciones.

—Señor,—exclamó Ros,—ese bendito capitán fué llovido del cielo. Ahora sí que llegaremos con comodidad y pronto á la posada del *Águila*.

—¿Ya te va molestando andar, bribón?

—No es eso; consiste en que mi pobre estómago se va resintiendo.

—¿Y el vuestro, Zalla?

—También.

—Noto con placer, amigos míos, que os parecéis á mi pobre hermano Rogelio; aquél, no teniendo hambre, resiste lo que un león.

—Ya le he visto yo caminar muchas horas sin probar bocado.

—En cambio maldecía por cierto.

—Suele desesperarse, pero nunca se queda atrás.

—Lo mismo era su padre; ambos nacieron gastrónomos y con una fortaleza digna del mayor elogio y encomio.

—Según nos acercamos á Francia, aumentan mis esperanzas de verle en libertad.

—Crucemos este llano á escape.

Y unas veces corriendo, otras trotando y en ocasiones al paso, por lo agreste del terreno que pisaban, prosiguieron su marcha, entrando á las nueve de la noche en la posada del *Águila*.

Allí les esperaban Gabriel, marido de Marta; Ramiro, hijo de ambos y hermano de leche de Flaviano, y Víctor, hijo también de los primeros. El duque los estrechó, y retirándose á un lado con el esposo de su nodriza, le preguntó:

—¿Hace mucho que llegasteis?

—Cuatro días.

—No os habéis descuidado. ¿Nos tenéis dispuestos cuarto y camas para esta noche?

—Sí, señor.

—Manda que preparen cena abundante para los seis y vuelve.

Cuando Gabriel hubo terminado su encargo, regresó, diciendo al duque:

—En breve os podéis sentar á la mesa con Zalla; Ros lo hará con nosotros, y luégo descansaremos

el maestre y vos en una habitación, y nosotros cuatro en otra.

—Muy bien. ¿Qué acontece por estos alrededores?

—En la parte de Suiza nada; en Francia mucho.

—Explícate.

—Como la principal misión que me trae aquí es la de velar por vos, quise asegurarme de las dificultades que ofrece el paso de los Alpes, y al efecto pregunté á los dueños de esta venta y á los viajeros que iban y volvían. Todos me dijeron que se practicaba un escrupuloso reconocimiento, y que era muy difícil atravesar la línea sin exponerse á caer en manos de los hugonotes, los cuales dominan esa parte y cometen toda clase de atropellos con el desgraciado que les inspira la más leve desconfianza. No bastándome con eso, y teniendo tiempo de sobra, intenté penetrar en Francia, sin conseguir otra cosa que ser detenido en el acto y preso.

—¿Qué pretexto alegaron para obrar así?

—Dijeron que iba de un reino católico, y que era un vagabundo; sospecharon que intentaría unirme á sus enemigos, y eso les bastó para aprisionarme.

—Pronto te dejaron en libertad.

—No lo creáis; me escapé yo; de lo contrario me habrían internado como prisionero de guerra.

—¿Tuviste que hacer uso de las armas?

—De las manos.

—¿Qué quieres decir?

—Me prendieron por la mañana, dejándome hasta la noche encerrado sin darme agua ni comida. Serían

las ocho, cuando entró un soldado llevándome pan y un trozo de carne. Crucé con él algunas frases, y al ir á volverse, me arroje á su garganta, tumbándolo medio ahogado y sin sentido. Para que no pudiera hablar en algún tiempo, le di dos puñetazos en la cabeza, capaces de producirle una conmoción cerebral. Se me ocurrió desnudarlo y disfrazarme con su ropa; mas estaba la puerta abierta, se oía el ruido de las copas y de los brindis, y juzgando que mis carceleros se entretenían alegremente en beber, preferí confiar mi salvación á la ligereza de las piernas y á un hermoso puñal que arranqué del cinto al soldado que me entró la cena. Así sucedió efectivamente; me hallaba en un cuerpo de guardia; atravesé por medio de los hugonotes, y cuando quisieron detenerme, ya había yo ganado los Alpes á paso de gamo. La oscuridad de la noche favoreció mi fuga, y llegué aquí, como veis, sano y salvo.

—Pardiez,—exclamó el duque,—no contaba yo con que los hugonotes serían dueños de ese paso y ejercerían tan exquisita vigilancia.

—Pues tened en cuenta que si nos cogen á los seis, nos prenden y á mí me ahorcan.

—¿Por qué fuiste indefenso?

—Si llegan á verme con armas, acaso me matan.

—¿Qué les moverá á observar tal conducta?

—Dicen que han engrosado las filas católicas los muchos italianos que penetraron por aquí.

—Ahora lo comprendo bien.

—¿Qué meditáis?

—Nada; descansemos esta noche, y al ser de día intentaremos el paso de Francia.

—¿De qué modo?

—No lo sé; somos seis que bastamos para treinta.

—Y ellos más de quinientos.

—No importa.

Poco después cenaban Zalla y el duque y los otros cuatro, en la forma que expresó Gabriel, y algo más tarde se acostaron, dando orden de que los despertaran al amanecer.

Llegado el instante, los seis se pusieron en pie; Gabriel preguntó á Osorio:

—¿Qué hacemos?

—Veo que venís provistos de morrales; esconded en ellos pan, carne y frutas; paga el gasto que hayamos hecho, y en marcha.

—Pronto vuelvo.

Media hora después decía á Flaviano el marido de Marta:

—Todo está corriente.

—Pues partamos.

El duque, Zalla y Ros llevaban debajo del brazo sus respectivas maletas; los otros tres sujetaban á la espalda los morrales, y andando los seis comenzaron á subir las difíciles y pintorescas pendientes de los Alpes.

Osorio, que hasta entonces fué entregado á profunda meditación, alzó de pronto la cabeza, y dirigiéndose á Gabriel, le preguntó:

—¿Recuerdo yo mal, ó existe efectivamente á la

izquierda de este camino un bosque inmenso, en cuyo centro se ve un pueblecito perteneciente al cantón de Ginebra?

—No os habéis equivocado; los he visto hace poco, y no tardarán en presentarse á nuestros ojos.

—Creo que dicho bosque se interna en Francia.

—Me parece recordar lo mismo.

—En ese caso, pronto debemos hallar el sendero que conduce al pueblo.

—¿Qué os proponéis?

—Penetrar en Francia guarecido con los árboles.

—No es mala idea; y si esperásemos á que fuera de noche...

—Qué remedio tiene; aguardaremos, ya que no es posible otra cosa.

—Ved el camino que deseabais y en lontananza el bosque.

—Eso es.

Nuestra comitiva dejó el arrecife, entrando en un camino más estrecho; á las quinientas varas penetraron en el bosque, siguiendo por él dos horas que tardaron en distinguir los límites de Suiza y Francia.

—¡Alto!—exclamó Osorio;—aquí almorzaremos, continuando sin movernos hasta que llegue la noche.

Mientras Ros buscaba agua y Gabriel disponía las viandas, el duque se dirigió á una altura, desde la cual, y en territorio suizo, dominaba la parte de Francia. Cuando hubo hecho las observaciones que juzgó convenientes, abandonó aquel sitio, é incorporándose con sus compañeros, exclamó:

—¡Maldición! esta parte del bosque está perfectamente vigilada por los galos. En todas direcciones se ven soldados de á pie y de á caballo.

—Puede ser que durante la noche,—contestó Gabriel,—se retiren la mayor parte.

—Esa es mi única esperanza; pero es más probable que dejen los centinelas necesarios para hacer inútil nuestra tentativa sin ser reconocidos por ellos.

—¡Buen día nos espera entre estos riscos, árboles, nieves y vericuetos!—dijo Zalla, tragando un trozo de carne.

—Tendremos paciencia,—añadió Gabriel.

—Lo de menos es esperar aquí hasta que el sol se oculte,—replicó el duque;—mi temor se contrae á que no podamos entrar en Francia esta noche ni acaso mañana. He reconocido en los hugonotes que defienden la frontera hordas indisciplinadas, capaces de cometer toda clase de atropellos.

—Ya os lo dije, señor,—contestó Gabriel;—son feroces, y de nada sirve promover cuestión ni altercados con ellos.

—Pardiez, no me es posible adivinar, y aun cuando traigo un salvoconducto y documentos capaces de abrirme paso por medio del ejército de Enrique IV, nada se me ocurrió pedir contra esos *vándalos* que detienen nuestra marcha.

—Entonces,—exclamó Ramiro,—esperamos á la media noche en que estarán dormidos unos, otros borrachos, y pistola en mano penetramos en Francia á tiros.

—Apruebo la idea,—dijo Zalla;—matamos doce al primer saludo, y luégo, daga en ristre, acometemos á todo el que...

—Callad, insensato; el país es suyo, correrían la voz y por todas partes saldrían en busca nuestra millares de ellos

—Pues es indispensable hacer algo.

—Sí; atravesar los Alpes con prudencia y discreción, y continuar de ese modo hasta salir del primer departamento; luégo, con mis documentos y nuestras pistolas, tendremos suficiente.

—Si esos galos son efectivamente *vándalos*, de poco ó nada nos va á servir la prudencia.

—Esperaremos á que llegue la noche, y, escondidos entre sus sombras, veremos lo que se puede hacer. A eso se reduce por hoy mi plan.

—Nuestro general en jefe dispone en esta ocasión de pocos recursos intelectuales.

—Están en relación con los materiales, señor maestre, toda vez que mi ejército sólo tiene diez pies y otros tantos brazos.

—¡Hola! ¡hola! contáis á lo portugués.

—Sí, abulto el número para que la suma no parezca tan diminuta.

Nuestros valientes concluyeron su almuerzo sentados sobre la dura roca, al aire libre y en dos grupos separados por una corta distancia; el primero lo componían el duque y Zalla, y el segundo los cuatro restantes. Osorio quedó triste y meditabundo y los demás en silencio, mirando lo contraído de su frente.

De pronto fijó Ros la cabeza en el suelo, exclamando al poco tiempo:

—Señor, se dirige caballería hacia este sitio, trayendo el mismo camino que nosotros hemos seguido anteriormente.

—Tienes razón, y en verdad que no deben ser suizos. Recoged los objetos que están esparcidos por el suelo, situándoos detrás de esos árboles mientras yo observo.

Y hecho así, desapareció Flaviano, abandonando el camino para internarse en el monte y ganar una colina, desde la cual dominaba perfectamente aquella parte de los Alpes.

Fijo el diestro general en los objetos que se acercaban hacia allí, vió subir por el monte dos jinetes que parecían correos, y á gran distancia de éstos una extensa comitiva de caballeros, damas, criados y gente armada, de á pie y de á caballo.

—¡Bravo!—exclamó Osorio, brillando en sus ojos la alegría;—creo adivinar lo que es esto, y de no equivocarme, hallé el medio de atravesar la frontera sin peligro alguno.

Seguidamente dejó la colina, volviendo á colocarse en el camino que concluía de abandonar. Acto continuo sacó una pistola, y sin apuntar, pero fijándola de modo que se la vieran los que llegasen por aquel sitio, esperó tres minutos que tardaron en acercarse los dos jinetes mencionados antes.

—¡Alto!—exclamó cuando estuvieron á diez pasos de él.

—¿Quién sois?—le interrogó uno de ellos, deteniéndose ambos.

—Eso os pregunto yo á vosotros, en nombre de la república de Suiza.

—Perdonad,—añadió aquél;—os creímos transeunte y no autoridad de este país. Somos dos correos del señor conde de San Germán; nuestro amo y señor viene en pos, acompañado de su esposa, hijas y comitiva. Los documentos fueron reconocidos y autorizados en la línea que dejamos atrás.

—¿Adónde va el conde?

—A Francia.

—¿De dónde viene?

—De recorrer la pintoresca Suiza.

—Comprendo; un viaje de recreo.

—Lo habéis acertado.

—Podéis continuar sin impedimento alguno. Debo advertiros, no obstante, que el bosque cercano se halla cuajado de partidarios de Enrique IV, que detienen á los que no profesan su religión.

—Ya lo sabemos, y lo mismo el señor conde que todos nosotros somos protestantes.

—Entonces, que el cielo os guarde.

Y se separó el duque del camino, mientras los correos picaban los caballos, procurando salir al trote, con ánimo de adelantar el poco tiempo que acababan de perder.

En cuanto desaparecieron de la vista de Flaviano, gritó éste:

—Zalla, Ros, Gabriel; venid todos al momento.

—¿Qué mandáis, señor?—le preguntaron con interés y ansiedad.

—Creo que nos hemos salvado. Sacad inmediatamente vuestros instrumentos, y poneos á ensayar una balada calabresa bajo la dirección de Gabriel. Elije la que más te agrade; á mí me es igual cualquiera.

El duque se proponía sorprender con su mágica voz al conde de San Germán, en tanto que éste, familia y comitiva subían una pendiente desde la cual se presentó á sus ojos un panorama ideal. Entraban en el bosque donde permanecían Osorio y sus cinco compañeros, viendo á la derecha y sobre una enorme roca el último pueblo de Suiza, y en lo restante del terreno que distinguían sus ávidas miradas árboles corpulentos, montes cuyas cúspides conservaban perpetua nieve, riscos, simas, valles y un conjunto, en fin, admirable, sorprendente, mágico, encantador.

Caminaban despacio, por orden exprésa de San Germán, siendo de pronto sorprendidos por una nueva maravilla, con la cual no contaban.

Estarían á doscientos pasos del paraje en que se hallaba Flaviano, cuando percibieron los acordes dulces y melodiosos de varios instrumentos y luégo una voz de tenor clarísima, fuerte, admirable. A ésta siguió un coro, y más tarde prosiguió aquélla, entusiasmando al conde, que era muy aficionado á la música, y arrobando á las damas y caballeros de su familia.

—¡Alto!—gritó San Germán.—No oí jamás,—añadió,—voz tan sublime é inesperada.

—Ni yo,—le contestaron todos.



Lit. de J. M. Massa, Barquillo, 4 y 6. Madrid

— Subian una pendiente, desde la cual se presentó á sus ojos un panorama ideal.

—¿Qué mandáis, señor!—le preguntaron con pesar y ansiedad.

—Creo que nos hemos salvado. Sacad inmediatamente vuestros instrumentos, y poneos á ensayar una balada calabresa bajo la dirección de Gabriel. Elija la que más te agrade; á mí me es igual cualquiera.

El duque se proponia sorprender con su magnífica voz al conde de San Germán, en tanto que este, la familia y comitiva subian una pendiente desde la cual se presentó á sus ojos un panorama ideal. Entraban en el bosque donde permanecian Osorio y sus cinco compañeros, viendo á la derecha y sobre una enorme roca el último pueblo de Suiza, y en lo restante del terreno que distinguian sus ávidas miradas árboles corpulentos, montes cuyas cúspides conservaban perpetua nieve, riscos, simas, valles y un conjunto, en fin, admirable, sorprendente, mágico, encantador.

Caminaban despacio, por orden expresa de San Germán, siendo de pronto sorprendidos por una nueva maravilla, con la cual no contaban.

Estarian á doscientos pasos del paraje en que se hallaba Flaviano, cuando percibieron los acordes dulces y melodiosos de varios instrumentos y luégo una voz de tenor clarísima, fuerte, admirable. A ésta siguió un coro, y más tarde prosiguió aquella, entusiasmando al conde, que era muy aficionado á la música, y arrobando á las damas y caballeros de su familia.

—¡Alto!—gritó San Germán.—No oí jamás,—añadió,—voz tan sublime é inesperada.

—Ni yo,—le contestaron todos.



Lit. de J.M. Mateu, Barquillo, 4 y 6. Madrid

_ Subian una pendiente, desde la cual se presentó á sus ojos un panorama ideal.

BIBLIOTECA

—¡Qué maestría, que delicioso acento!—articuló la más bella de sus hijas.

—Sellad los labios; no perdamos una nota.

Y continuaron en silencio hasta que Osorio y sus compañeros cesaron de tocar y cantar.

—Concluyeron,—dijo el conde.—¿Dónde estarán esos privilegiados seres?

—Deben hallarse en este camino,—le contestó su hermano;—las voces lo indicaban y el paraje lo atestigua, pues sólo los pájaros podían detenerse en otro sitio.

—Entonces marcharemos de prisa, que anhelo conocer á esos hombres.

Y continuaron con paso acelerado, exclamando:

—¡Qué sorpresa tan agradable!

—¡Qué efecto causó en mí esa balada!

—¡No escuché acento más arrebatador!

—¡Qué puntos y qué escalas!

—¡Acabamos de oirlo y parece un sueño!

—Los montes repetían los ecos, formándole coro que no percibí jamás.

Y así sucesivamente fueron todos demostrando la admiración de que estaban poseídos, é iban á la vez cayendo en el diestro lazo tendido por el más hábil de los hombres, por Flaviano de Osorio.

Cuando el conde y los de su comitiva vieron el grupo que formaban el duque y sus compañeros, se hallaban éstos en un recodo del camino, vueltos de espalda y en actitud de templar nuevamente sus instrumentos para proseguir el ensayo de otra canción, y

como indiferentes al ruido que hacían en el monte las pisadas de los caballos.

—Muy bien, señores músicos,—les dijo el conde, avanzando hasta juntarse con ellos;—oí vuestra balada, y puedo asegurar que uno de vosotros posee voz deliciosa, admirable. ¿Me comprendéis?

—Sí, señor,—contestó el duque descubriéndose con humildad, imitándole sus compañeros.—Entiendo y hablo el francés,—añadió,—desde la infancia.

—¿Verdad es. ¿De dónde sois?

—Del reino de Nápoles.

—¿De qué departamento?

—De la Calabria, señor.

—¡Oh! ya no me extraña; de allí salen voces sorprendentes. ¿En qué os ocupáis? Hablar sin temor, soy el conde de San Germán.

—Ganamos la vida como veis.

—¿Cantando?

—Sí, señor; en todos los tonos que podéis imaginar.

—Lo supongo. ¿Eres tú el tenor?

—Para serviros,

—¿Vas á Francia?

—Eso quisiéramos.

—¿Qué os lo impide?

—La falta de recursos; llevamos mucho tiempo sin ganar nada, siendo así que los pueblos de estas montañas son míseros, y dicen los habitantes que les basta con oir á sus mujeres. La Suiza no es para nosotros

—¡Pobrecitos, padre mío!—exclamó la hija menor

del conde, fija en Flaviano.—Dadles vuestro bolsillo.

—Gracias, noble señora; unís á la más sublime belleza un alma de ángel.

—¡Qué galante!

—Pobre, pero bien educado.

—Mejor que dar una limosna,—dijo el conde,—á hombres del mérito de este calabrés, hago á los seis una proposición.

—Hablad, señor; os escucho, y mis amigos y yo nos disponemos á complaceros en cuanto nos sea dable.

—Os invito á que me sigáis hasta mi castillo, donde permaneceréis quince días, siempre que se hallen vuestros instrumentos y voces á mi disposición.

—¿Formando parte de vuestra comitiva?

—Sí.

—¿Corriendo de vuestra cuenta nuestra manutención?

—Por supuesto; y al terminar el plazo os daré á cada uno veinte ducados.

—¿Quién sería capaz de desairar á un caballero tan espléndido? ¿Quién rehusaría honra y merced tan señaladas?

—Bien te expresas, calabrés.

—Pobre, pero bien educado; ya lo dije antes, señor.

—Entonces, en marcha; comeréis con mis mayordomos.

—Os pertenecemos ya, y nos consideramos criados vuestros. Sólo hallo una dificultad, poderoso señor.

—Habla.

—Dicen que en la frontera cercana detienen á todos los italianos...

—¿Quién osaría atentar contra un servidor del conde de San Germán? En Francia, calabrés, puedo yo mucho.

—Perdonad...

—Guardad vuestros instrumentos, coged las maletas, y seguid delante de los arcabuceros que cierran la comitiva.

—Al momento; no os detengáis más por causa nuestra.

Se componía aquella caravana del conde San Germán y su señora; tres hijas de dieciocho á veintitrés años; dos varones de veinticinco á treinta; su hermano, cinco sobrinos y hasta veinte hombres además armados, entre guardias, mayordomos y demás criados de la servidumbre.

Zalla, Gabriel y restantes supuestos músicos miraban en tal momento al duque con sorpresa, procurando imitar todos sus movimientos y actitud. En cuanto al audaz y diestro general, era en estos instantes, en que formaba parte de la comitiva del conde, un calabrés bien educado, como él decía; de modales indefinibles, pero simpático en su faz, acento, desenvoltura y acciones.

De este modo atravesaron la frontera de Francia, viendo con placer que se alineaban los hugonotes para saludarlos con el mayor respeto. En los finos labios de nuestro héroe brilló una sonrisa tan imperceptible como desdeñosa y grata para él.

Sus cinco compañeros respiraron con tranquilidad, y quince minutos más tarde dejaron de ver soldados franceses para contemplar en su defecto las deliciosas campiñas que se extienden al terminar los Alpes por la parte de Francia.

CAPITULO IX

Los seis calabreses y la familia del conde de San Germán.—Diálogo atrevido.—Calma y prudencia de Csorio.—El interior de Francia.

El famoso duque del Imperio y el valeroso maestre don Alvaro Zalla iban delante de sus cuatro compañeros, llevando las maletas debajo del brazo como aquéllos y sus instrumentos de música colgados á la espalda. Nuestros temerarios españoles cambiaban maliciosas miradas según avanzaban, brillando en sus rostros una satisfacción y alegría desusadas en ellos. De pronto le quitó Ros la maleta á su amo, diciéndole en italiano y muy quedo:

—No hay hugonotes, y la menor de esas tres damas os mira demasiado para que yo pueda consentir que vayáis cargado; soltad.

—¡Bribón!

—Ya tenéis libres los dos brazos y la lengua; ha-

blad, señor, hablad, enamorando á las tres y hasta á la madre, si es preciso. Si algo os sobrase...

—¡Silencio!

Calló el sirviente; Ramiro, á imitación de Ros, cogió á Zalla también su maleta, y de este modo quedaron los dos jefes libres del único peso que les molestaba.

Caminaban ahora los de la comitiva y los músicos por un delicioso valle, poblado de jardines, huertas y bosques; la tarde empezaba templada y agradable, y marchaban nuestros viajeros hablando unos con otros de los encantos del país y de las bellezas de la naturaleza, cuando oyeron la voz del conde, que exclamó:

—Que avancen los calabreses.

Osorio corrió al lado de San Germán, rodeando á éste todos los individuos de su familia y á Flaviano sus cinco compañeros.

—¿Vais cansados?—preguntó el francés á los supuestos músicos.

—No, señor,—contestó el duque;—estamos acostumbrados á andar día y noche, y nos hemos familiarizado con la fatiga.

—Sólo dos leguas dista de aquí mi castillo. ¿Podréis llegar á pie?

—Aunque faltasen cuatro.

—Ya en él os alimentaréis perfectamente.

—Gracias, noble señor.

—¿Cómo te llamas?

—Jacobo.

—¿Quién te enseñó música?

—Un vecino y mi mucha afición.

—¿Qué oficio tenía tu padre?

—Fué militar.

—¿Cómo no seguiste su carrera?

—Me agrada más el canto.

—No me extraña, tu voz hasta hablando es grata y sonora. Si el sol, el viento, la miseria y los trabajos hubieran curtido tu piel, parecerías un noble y no de los menos arrogantes.

—La ocupación y mis ideas políticas y religiosas me condujeron al estado que veis.

—Cuentan que en tu país arde la guerra civil.

—No lo creáis, señor conde; quedaba á nuestra salida tranquilo y sosegado como nunca.

—¿Hace eso mucho tiempo?

—Diez ó doce días.

—¿Quiénes vencieron, tus compatriotas ó los del duque del Imperio?

—¡Ah! ¿Estábais enterado?

—Antes de entrar en Suiza supe que iba á estallar en Nápoles una gran revolución, y hasta contribuí con dinero para el buen éxito de vuestra independencia.

—Pues lo habéis tirado, señor.

—¿Por qué?

—Ganó el duque del Imperio de una manera completa, decisiva.

—Me lo temía; ese canalla de hombre tiene mucha suerte.

—Dicen que no es tonto, vela día y noche y cuentan que es buen general.

—No lo creáis; un intrigante con mucha fortuna. Supongo que correría bastante sangre.

—A la inversa; sorprendió á los revolucionarios, mató un ciento de ellos, y perdonó á los restantes, sin exceptuar clase ni condición. Fué para él una cacería.

—¿Estás seguro?

—Como de hablar con vos.

—Tanta generosidad sólo podía inspirarla el miedo.

—Al contrario; cuando mandó abrir todas las cárceles y los dejó en completa libertad, no era posible que temiese á ninguno.

—¿Y los cinco navíos que Inglaterra, Francia y Alemania mandaron en defensa vuestra?

—De esos, su tripulación y efectos, no quedó ni señal.

—¿Qué dices?

—Que el capitán Roch los hizo astillas, y, menos bondadoso que el duque, no se retiró al puerto hasta que vió las naves y sus defensores hundirse en el abismo.

—Alguna traición; detrás del duque llegaría la mejor escuadra del tirano Felipe.

—También en eso os han engañado; sólo disponía el marino Roch de una galera mercante, armada con veinte cañones.

—No puede ser, Jacobo.

—Os lo juro por el Dios que nos oye.

—¿Lo viste tú?

—Y todo Nápoles; hasta sus enemigos aplaudieron la bravura y destreza de tan denodado marino.

—Parece un cuento.

—Pues es historia que pronto os confirmarán los hechos.

—¡Cinco navíos de alto bordo destrozados y echados á pique por una galera mercante! Vamos, repito que es increíble.

—Oid como pasó: el navío inglés fué sorprendido anteriormente por Roch y el duque, vencido y deshecho. Algunos días después, llegaron los franceses y alemanes, y creyendo seguro el triunfo de la revolución, se aproximaron al puerto con objeto de apoyar al conde Vignati y compañeros de armas. Juzgaban que los castillos estarían tomados por los independientes, y cuando más resguardados se creían, fueron saludados por diez baterías de la plaza, que los recibió á balazos. Entonces Roch cayó en medio de ellos con sus veinte cañones, y en poco más de una hora dejó sólo el recuerdo de las cuatro naves.

—Completa desgracia que me entristece y causa amargura.

—Lo siento, pero no he debido engañar al que supone ser mi protector.

—¡Pobres italianos é infelices españoles! La Inquisición, alentada por ese nuevo triunfo, los quemará sin tregua ni descanso.

—¡Qué cosas tan inverosímiles se cuentan en Francia, señor conde! Sabed que en Nápoles es nulo ese tribunal, y en España y sus demás Estados son muy raros los autos.

—¿Quién te lo ha referido á ti?

—Nadie, ni yo hice caso jamás de lo que oí al vulgo; lo he visto.

—¿Tú?

—Sí, señor; nosotros recorremos el mundo.

—¿Y no asesina la Inquisición día y noche á miles de infelices?

—No, señor; instruye sumarias á los que no profesan la religión del Estado ó faltan á sus preceptos, y castiga á los delincuentes, según sus crímenes. Donde yo he contemplado asesinatos ha sido entre los protestantes y católicos de Francia, Inglaterra y Alemania; acordaos de la noche de San Bartolomé.

—Por fuerza eres católico y fanático.

—Me enseñaron mis padres á rezar bien el *Padre nuestro*, á oir misa con devoción y á burlarme de los pillos ó tontos que se meten á reformar lo que no entienden.

—¿De quién aprendiste á contradecir á los grandes?

—Me acostumbraron desde niño á decir la verdad á todo el mundo, á negar la mentira y á dejarme matar antes que tolerar calumnias.

Osorio acababa de ver el camino de París, el cual debían atravesar para proseguir por el sendero que los llevaba al castillo de San Germán. Así es que comenzó á dar fuerza á sus palabras con la acción, el tono y la gesticulación para irritar al conde.

Este le contestó:

—Es lástima que tan buen músico sea tan bellaco.

—Corrí Francia, Inglaterra, España, Italia y muchos reinos más, conté lo que vi, y respondo de que

no he mentido; sostener lo contrario es una insensatez ridícula, y...

—¡Villano!—exclamó el conde, alzando las bridas para castigar á Osorio.

Sus hijos le detuvieron, diciéndole en coro:

—Basta, padre mío.

—Tenéis razón; no debo molestarme por los cuentos de un miserable.

—Ni yo,—contestó Flaviano,—seguir formando parte de una comitiva tan tolerante y hospitalaria.

—¡Tú harás lo que yo te mande!

—Perdonad; los hijos de Nápoles preferimos la muerte á la humillación. Nada nos habéis dado, nada os debemos, y puesto que estamos en paz, que el cielo os guarde.

—Quiero y mando que me acompañéis á mi castillo.

—¿Con qué objeto?

—Para que me diviertas esta noche.

—Sería inútil; nuestros labios sólo cantan cuando gustan de ello, y nadie tiene derecho á abrirlos, ni vos escucharéis jamás sus voces.

—Si no nos seguís, os llevarán atados con veinte palos cada uno por añadidura.

—También es imposible. ¿Veis este par de pistolas? Enseñad las vuestras, muchachos. Son doce que derribarán á otras tantas víctimas. Prudencia, señor, prudencia, que nosotros no sabemos distinguir, y sería lástima que trocaseis en peligroso campo de Agramante, donde perecieran vuestros hijos, el delicioso viaje de recreo que venís haciendo.

—No son músicos, no. ¡Pistolas!

—Sí, á lo gran señor. Pistolas que montamos, y... ¡Muchachos, apuntad!

Los hijos é hijas del conde rodearon á su padre, exclamando:

—¡Dejadlos, señor, que huyan! Partid, músicos; nadie os detiene.

—¡Paso á los calabreses!—añadió el hermano de San Germán, mientras Osorio y los suyos reían á carcajadas, diciendo el primero:

—Adiós, conde; la boca de mis pistolas es tan terrible como el acento del cantor. Ja, ja, ja, ¡Ay del mísero caminante que se fió del ensayo de la sirena!

Y á buen paso ganaron los seis el bosque, internándose en él, sin perder de vista el camino de París que llevaban á la izquierda.

El conde, sus hijos, hermano, deudos y criados, quedaron sorprendidos, confusos y sin saber qué hacer, contemplando á los seis míseros músicos conververtidos en valientes adalides, dispuestos á una pelea en que se exponían á perecer la mayor parte de ellos. Las agudas y vibrantes carcajadas del duque llegaban á sus oídos como una terrible amenaza que formaba extraño contraste con las notas dulces y melodiosas que le escucharon no há mucho en la cumbre de los Alpes.

Aún duraban el espanto y confusión entre ellos, cuando exclamó la hija mayor del conde:

—¡Huyamos, padre mío! Ese tenor no es otro que el famoso duque del Imperio; recordad su voz y la

actitud desdeñosa y arrogante que tomó al partir, y hallaréis confirmada la verdad.

—Imposible; aquel es blanco, esbelto, elegante, y esos hombres son unos miserables pecheros; ¡si me hubierais dejado!

—¿No oisteis, como yo, que se disfraza y descompone admirablemente? Temedlo, señor, que si la fama no miente, deben sus enemigos temblar á su sola presencia.

—Otra necedad. ¡Ya se fueron, y nada se puede hacer; continuemos adelante, pero si llego á encontrarlos algún día!...

Y prosiguieron su interrumpido camino, creyendo unos verosímil la noticia de la joven, negándola otros y guardando todos el mayor silencio.

Flaviano de Osorio, Zalla y cuatro compañeros más avanzaban rápidamente, bosque abajo, hasta que se detuvo de pronto el general, preguntando á Gabriel:

—¿Llevan vuestros morrales lo suficiente para comer los seis?

—Sí, señor.

—¿Queda vino?

—Un frasco grande de igual tamaño al que apuramos esta mañana.

—Entonces, señores, opino porque comamos en la pintoresca falda de aquel riachuelo que se nos presenta como llovido del paraíso.

—Sus márgenes son deliciosas.

—Tendremos por alfombra musgo y plantas que nos presentarán blandura y comodidad.

—Y la tierra por mesa.

—Y el cielo por solio.

—Y la brisa por perfume.

—Decís bien; el enemigo queda una legua atrás, en sitio despoblado y solitario, y nada debemos temer por consiguiente.

—Pues á comer.

—A comer.

Y el grande de España, un maestre y cuatro hombres acostumbrados todos á que les sobrasen ricas viandas y comodidades, se sentaron en el suelo, principiando á devorar un trozo de jabalí asado, con pan duro, vino añejo y agua clara, cristalina y fresca. Formaban dos grupos como en el almuerzo; estaban alegres, y así prosiguieron hasta saciar por completo el apetito y sed. Cuando hubieron terminado, exclamó Osorio:

—Arriba, señores; tirad las sobras y vasijas; nada de peso inútil, y avancemos como hombres á quienes nada molesta y cansa. Hay que andar seis leguas próximamente, ¿lo oís? y no doy descanso ni comida hasta acabar la jornada.

—Adelante.

Y dejaron la falda del riachuelo; ganaron el arrecife que tenían á la izquierda, y entrando en él reanudaron su marcha en dirección de París.

—Vamos por el camino real,—dijo Zalla á Osorio, y es posible que nos detengan los católicos ó los hugonotes que indudablemente hallaremos.

—Pasada la frontera,—contestó el duque,—y libres

de aquellos *vándalos*, se conjurará el peligro con los documentos que llevo encima.

—¿Los traéis para ambos?

—¿Qué queréis decir?

—¿Si hay un salvoconducto para los hugonotes y otro para los católicos?

—Claro es; y hasta un tercero, que puede llamarse neutro.

—¿Conocéis bien el camino?

—Como mis pistolas, que forman el último documento de que os he hablado.

—¡Qué cara pusieron el conde, sus hijos, deudos y criados, cuando vieron que les apuntábamos!

—¡Y qué bonita era la menor de las tres, Alvaro!

—Volved la hoja, señor, que ese tema es peligroso.

—Al contrario, señor maestre,—dijo Ros terciando en el debate;—la joven era bellísima, y miraba á mi amo con un interés creciente. Se me figura que sus camareras no han de ser feas.

—Bribón, quédate atrás.

—Detrás voy, señor, y os juro que hicisteis mal en no llegar al castillo.

—Primero que esas mujeres y cuantas existen en Francia son mis hermanos Rogelio y Mauro; por eso al acercarnos al camino de París provoqué la cuestión con el conde. Tuve la suerte de que me llamara; mas de no ser así, me hubiera yo acercado á él.

—Con qué habilidad fuisteis poco á poco haciéndole entrar en calor.

—Si, por grados ó por pasos, para que el desenlace no nos obligara á andar uno de más.

—Amo mío, ¿vamos á seguir á pie hasta París?

—Era lo más conveniente; creo, sin embargo, que será hoy el primero y único día que marchemos así.

—¿Por qué?

—Se resienten mis pies y me mata la impaciencia.

—Bien; mas seis pobres músicos, cabalgando en buenos caballos, excitarán las sospechas y aumentarán el peligro.

—Ya veremos de evitarlo.

—Pasan de ciento las leguas que nos separan de París.

—Ya lo creo; pero en buenos potros no hay camino largo.

—No me parece mala la jornada de hoy para ser la primera que andamos á pie.

—Buena; diez leguas próximamente.

—Vuestros delicados pies, señor duque, deben resentirse hoy.

—Si alguno de vosotros los tuviera más fuertes que yo, dejaba de ser grande y general.

—¿No sentís molestia en ellos?

—Ahora sólo llega á mí la ansiedad, el deseo de encontrarme pronto en París, punto elegido para cuartel general.

—No corresponde la magnitud del sitio al ejército de que disponéis.

—Cierto; pero con vosotros cinco he de vencer, Dios mediante, á Enrique IV.

—Dicen,—añadió Zalla,—que su esposa la reina Margarita es hermosa como pocas mujeres.

—La visité en París, y puedo aseguraros que es poco cuanto pretendan hablar sobre su belleza. Tiene además gran talento, es fina, elegante, voluptuosa, aficionada, muy aficionada á la poesía, y bastante inteligente en literatura y música.

—Aseguro entonces que simpatizasteis con ella.

—Y la preciosa reina conmigo

—¿Pensáis que tomará parte en el drama que vamos á representar?

—Será la protagonista.

—¿Recordará vuestro nombre?

—Yo lo creo, y mis versos y mi voz.

—Id con cuidado, señor duque, que al fin es reina y une á sus encantos un poder de que carecieron Syra y Angelina.

—Estáis en un error; la infeliz se halla presa en un castillo de Francia.

—¿Por qué?

—Los celos del marido y su falta de hipocresía la retienen en el encierro.

—¿Son fundados?

—La maledicencia asegura que sí.

—¿Quién es el dichoso caballero?

—El duque de Guisa, jefe de los católicos y enemigos por consiguiente del *Navarro*.

—Como lo fué su antecesor.

—Es en lo único que se parece á aquél; Francisco de Lorena, nuestro compañero en Dreux, era

el hombre más valiente, denodado y caballero que conocí.

—Recuerdo muy bien su conducta, antes y después de la batalla que concluís de citar, y todos le admiramos por su heroísmo, generosidad é hidalguía.

—Pues así y todo, pereció asesinado á manos de un miserable hugonote.

—¡Qué villanía!

—En cambio imita su actual sucesor á los enemigos del que debe llamarse gran duque de Guisa.

—¿Es cobarde?

—No, pero ruin, sin conciencia y torpe.

—¡Vaya una andanada, como diría mi cuñado!

—Aún es poco para lo que él merece; la prisión de nuestros hermanos lo confirma.

—¿Y una reina, dada á la poesía y los encantos, se ha enamorado de ese duque?

—Sí; es buen mozo, atrevido, y las mujeres tan caprichosas, que á veces la de mejor talento incurre en la falta más punible.

—Infiero de lo expuesto, señor duque, que la reina Margarita va á entrar en el número de los prisioneros que venimos á dejar en libertad.

—Puede que no os equivoquéis, Zalla.

—Es muy justo, amo mío,—añadió Ros;—yo os ayudaré con entusiasmo creciente á libertar de las garras del tigre á esa preciosa é inocente gacela.

—Te mandé quedar atrás.

—Detrás voy, señor.

—A mayor distancia.

—Quise hacerlo; pero como vos sois el imán y yo el acero...

—¡Bribón! oiste hablar de faldas, y esa fué la razón de acercarte.

—Nada más natural; ¿quién no fija el oído y siente latir su corazón al escuchar la desgraciada suerte en que yace una reina poetisa, voluptuosa y bella? Yo también la vi en París, y es hermosa como los ángeles.

—No obstante hallarse prisionera, tiene un ejército de damas de honor, camareras, doncellas y sirvientas.

—Lo creo; y las infelices sufrirán con resignación el duro cautiverio á que las condena su amor á la reina Margarita.

—Tú las consolarás en cuanto lleguemos.

—No, amo mío; nací débil, y no quiero exponerme á vuestro enojo.

—¡Hipócrita!

—Hablo de veras, señor; puede que vuestro regreso á España no esté lejano, y temo las consecuencias de una nueva indiscreción.

—No está mal pensado, Ros; pero como no creo en tu arrepentimiento...

—Es sincero.

—Necesito una prueba.

—Exigídmela.

—Que te cases.

—Eso no es prueba, señor; se le llama por los inteligentes *muerte en vida.*

—¿Lo ves, bribón? La duquesa se encargará de convencerte.

—¿De qué?

—De lo santo y aceptable del lazo que desdeñas.

—Hé aquí, señor duque, lo más árido, escabroso y sensible de la jornada.

—Tú me lo has recordado.

—Entonces punto y aparte. Noto que caminái s más de prisa que los cinco.

—Tengo deseos de llegar á Ibrí.

—Y fuerza sobrada para conseguirlo. ¡Hola, hola! aquella polvadera nos indica que tenemos de frente al enemigo.

—Es caballería y en gran número; echaos al costado derecho; despacio ahora y nada temáis.

Flaviano avanzó un poco más que sus compañeros, fijándose en ochocientos jinetes que caminaban en dirección contraria de la suya. Hasta este momento no habían visto sér humano en aquel camino tan poblado otras veces de transeuntes; la guerra civil y el encarnizamiento de los dos partidos que se disputaban el poder, retenían á los franceses entre los muros del hogar doméstico.

El duque y sus cinco compañeros continuaban por un costado del arrecife, cuando les obligaron á detenerse las siguientes voces:

—¡Alto! Acercaos á mí, viajeros.

Pronunció estas frases un maestre de campo, el cual iba al frente de los ochocientos soldados en medio de dos capitanes. Los supuestos músicos se descubrieron, haciendo una reverencia al jefe militar. Este les preguntó:

—¿Quiénes sois?

—Calabreses, señor,—contestó Osorio sin alterarse.

—¿De dónde venís?

—De Suiza.

—¿Adónde vais?

—A todas partes y á ninguna; impulsados por el destino de la maga, corremos el mundo como ella.

—¿Diciendo la buenaventura?

—No, señor, cantándola.

—¿Qué fuerzas habéis encontrado? No me engañes.

—Al entrar en Francia vimos más de quinientos hombres que vitoreaban á Enrique de Navarra; luégo hallamos al conde de San Germán, seguido de algunos individuos de su familia y de una escolta de veinte hombres armados; eso es todo.

—¿Dejasteis cerca de aquí al conde?

—No, señor; debe hallarse ya próximo á su castillo.

—¡Maldición! Si llego á cogerlo, hubiera sido un gran día.

—No lo creo difícil.

—¿En qué te fundas?

—En que no podrán resistir los muros que le defienden á la fuerza que lleváis.

—¿Estás seguro que se dirigió á lo que él llama su castillo?

—Sí, señor.

—¿Qué religión profesas?

—Los italianos todos somos católicos.

—¿Lleváis documento que abone vuestras personas?

—En toda regla; ¿queréis verlo?

—No; seguid vuestro camino, pero guardaos de los hugonotes.

—Nosotros no ofendemos á nadie, señor.

—Basta el que seais católicos para que os cuelguen los protestantes.

—Gracias por el consejo; el cielo os guarde.

—Al castillo de San Germán. A escape,—gritó el jefe de la fuerza, y corrieron los ochocientos jinetes, en tanto que el duque y los suyos aceleraban también el paso, deseando ganar el tiempo perdido.

—¡Pobre conde!—exclamó Zalla dirigiéndose á Osorio.—Va á pagar los insultos que hizo al rey de España y á los héroes de Nápoles.

—Alvaro, los hugonotes son nuestros enemigos y los católicos nuestros contrarios; si queréis prueba de ello, buscadla en Ibrí.

—Lo comprendo del mismo modo, y tanto aborrezco á los unos como á los otros

—No defienden religión alguna, ni causa tan santa se cuestiona á tiros ni estocadas; lleva á los unos al combate su ciega ambición, á los otros el fanatismo y á todos el coraje, la ira y despecho; y como la totalidad odia á los españoles...

—Comprendo.

—Posible es que entre el príncipe y yo les proporcionemos una paz que no merecen; mas será después de haber dejado en libertad á nuestros hermanos; é ínterin no llegue este caso, fuerza es hacerles la guerra.

—¿De qué modo?

—Esos ochocientos hombres sitiarán esta noche el

castillo de San Germán; el conde se defenderá, la fortaleza será asaltada, y en verdad que algo habremos contribuído nosotros á la realización del pensamiento que bulle en la cabeza del maestre de campo que nos hizo el favor de detenernos sin causa justificada. Ello dirá.

—¿Queda aún mucho de la jornada?

—Tres leguas.

—¡Qué camino tan largo!

—Estáis acostumbrado á ir siempre á caballo, y esa es la razón de pareceros así.

Los seis prosiguieron andando sin demostrar cansancio ni malestar; de sentirlo, se lo callaban, y á imitación del duque, iban dejando atrás una legua por cada hora que pasaba.

Eran las cinco de la tarde cuando Osorio distinguió otra nube de polvo, exclamando en el acto de verla:

—Echaos á la derecha, y mucha prudencia, que estos deben ser hugonotes.

—¿En qué os fundáis?—le pregunto Zalla.

—Me lo dice el instinto; pronto veremos si me he equivocado.

Nuestros viajeros continuaron acercándose cada vez más á mil peones y cuatrocientos caballos que venían también en dirección contraria de la que ellos llevaban. Iba delante un general, seguido de muchos oficiales, pertenecientes casi todos á las primeras casas de Francia.

Osorio dijo á su gente:

—Acortad el paso, fijándoos todos con descaro en el jefe de esa fuerza.

Poco después se encontraron á dos varas de la vanguardia, llamando la atención del general la insolencia con que le miraban Flaviano y sus compañeros.

—¡Deteneos!—gritó.—Acercaos vosotros, caminantes. ¿Sois extranjeros?

Los seis se descubrieron é inclinaron. El duque contestó:

—Somos músicos, señor general.

—¿De dónde venís?

—De los Alpes.

—¿Encontrasteis en el camino á alguna fuerza armada?

—Sí, señor; nos detuvo un maestre de campo, seguido de ochocientos jinetes.

—Eso es. ¿A qué distancia los hallasteis?

—Legua y media de aquí.

—¿Cuánto habéis tardado en andarla?

—Poco más de cinco cuartos de hora.

—Esta noche les daremos alcance,—dijo el general dirigiéndose á un coronel que iba á su derecha.

—Es difícil, señor,—exclamó Osorio.

—¿Qué dices, insensato?

—Perdonad, mi general, como marchaban á escape y dejaron el camino para dirigirse al castillo de San Germán...

—¿Estás cierto?

—Seguro, señor.

—¿Oiste por casualidad lo que se proponen?

—Sitiar la fortaleza y tomarla por asalto.

—¡Maldición! ¡Qué va á ser de mi primo el conde, si yo no llego á tiempo! Lo que expresa ese villano es exacto; el conde debió llegar esta tarde á su palacio, lo habrán sabido, y hé ahí la razón de la repentina marcha que no me explicaba antes. ¡Corramos también nosotros! Esos peones, que no quede atrás ninguno; trasmitid la orden. Y vosotros separaos del camino.

Osorio y los suyos salieron del arrecife, viendo instantes después cruzar la columna por delante de ellos á paso de carga. Cuando hubo terminado, exclamó el duque:

—Ahora nosotros.

—¿Por entre esa espesísima nube de polvo que han dejado?

—¿Qué importa si llevamos careta, corselete y guantes de barniz?

—Es que yo no veo.

—Cerrad los ojos y adelante.

—¡Legua y media todavía; voto al demonio!

—La jornada es buena, pero no difícil, y mucho menos imposible para nosotros, Zalla. Le he de decir á la bella Syra vuestra esposa...

—Que me adelantaba á vos, pardiez; ya lo veis.

—Quiera Dios que dure mucho.

—Legua y media, señor duque. Acabáis de entrar en Francia, y ya se nota que anda por ella su poderoso enemigo.

—¿Por qué?

—Entre el conde, el maestre y el general armarán una contradanza esta noche deliciosa.

—Era preciso, amigo mío, distraer á San Germán del mal rato que le di, y ya veis que hago lo posible.

—Verdad es; y comprendo además la conveniencia de interponer entre él y nosotros los dos mil doscientos hombres que dejamos atrás.

—Esa era otra razón. Pudo ocurrírsele oficiar á los pueblos, y si llega á hacerlo nos pierde.

—Que lo intente ahora.

—Por eso le he dado otra cosa más grata en que entretenerse por algunos días.

—Lo malo es que el maestre lleva ochocientos caballos y el general mil cuatrocientos hombres.

—Estáis en un error; cuando llegue el último, ya el primero se ha posesionado del castillo de San Germán, en cuyo caso se equilibran las fuerzas, quedando todavía la ventaja, si es que hay alguna, en favor de los católicos.

—¿Y si aquéllos no hubieran tomado la fortaleza cuando los hugonotes se acerquen?

—Los ochocientos caballos pueden muy bien pelear contra los mil peones y cuatrocientos jinetes del primo del conde.

—Enredados están é inutilizado San Germán para mandar parte alguno, que es lo único conveniente á nosotros.

—¿Os cansáis?

—No, á fe mía, que quiero ir á vuestro lado, ya que no delante, y lo he de lograr.

Serían las siete de la noche cuando nuestros seis caminantes entraron en una extensa población de Francia, conocida del duque. Transitaba poca gente por las calles, y en toda ella se notaban las consecuencias de la guerra civil que devastaba el reino.

—Perdonad,—dijo Osorio á una mujer que halló al paso.—¿Tenéis la bondad de encaminarme á la mejor posada de este pueblo?

—Sí, señor; penetrad por esa calle, y á la conclusión la hallaréis.

—¿Cómo se llama?

—*Parador Real.*

—¿Es buena?

—No existe mejor en Francia.

—Gracias.

—No hay de qué.

—Los seis entraron minutos más tarde en la referida posada, pidiendo acto continuo dos cuartos con comunicación. Aposentados en ellos, se dejó caer el duque sobre un viejo sillón, después de haberse quitado el polvo que cubría su faz, manos y ropas.

—Santaos, Zalla,—exclamó.—Cierra esa puerta, Ros, y acércate. ¿Vienes muy cansado?

—Un poco, señor.

—Pero aún resistirás una hora de estar de pie.

—Si lo creéis necesario, aun cuando sean dos.

—Imprescindible.

—Entonces mandad.

—Encarga cena para vosotros cuatro y otra por separado para nosotros dos; luégo averigua si hay en

este pueblo un guía práctico é inteligente que nos conduzca á París por veredas y sitios aislados que acorten el camino, nos separen del arrecife é impidan detenciones, sorpresas y un contratiempo. Iremos á caballo, y debes preferir un español á un suizo; éste último á un alemán; un alemán á un italiano, y un italiano á un francés; pero siendo más conveniente que todo la inteligencia y práctica, acepta un hijo de este país si es el más apto para el objeto que me propongo.

—¡Magnífica idea! como vuestra.

—Mientras preparan la cena...

—Entiendo. ¿Ha de ser aquélla abundante?

—Sí, que bien la ganamos.

—La nuestra mediana.

—Iguales, Ros, aunque separadas.

—Gracias, amo mío.

—Mucha discreción y acierto, que va en ello la salvación de mis hermanos.

—Seré un lince, culebra y zorra. Hasta luégo.

Salió el criado, y los cinco restantes quedaron descansando en sus respectivas habitaciones.

—Veo con sentimiento,—añadió Osorio, fijándose en el maestre,—que venís muy cansado.

—No estoy acostumbrado á andar, y al concluir hoy la décima legua se han resentido bastante mis pies; pero lo mismo les ha sucedido á Gabriel y sus hijos; miradlos en la estancia contigua, qué estropeados se hallan; sin perjuicio de lo cual, lo mismo ellos que yo, atravesaremos mañana una distancia mayor, si lo creéis conveniente.

—Quién sabe; el itinerario que traigo nos lleva á París, y dista tanto, que quisiera ir á caballo, mas ignoro lo que el destino nos tendrá reservado.

—A juzgar por las partidas que hemos encontrado en tan corto trecho y la actitud de ellas, debe hallarse la Francia en muy mal estado.

—Arde la guerra civil en todas partes, y no hay pedazo de terreno que deje de mancharse con sangre de hugonotes ó católicos.

—Dicen que el fanatismo religioso es el peor de todos, y las luchas consiguientes á él las más terribles, fieras y encarnizadas.

—No se equivocan; pronto veréis confirmada la verdad en este bendito país. Se dan batallas en los campos, en los montes, en los pueblos, en las plazas y hasta en las calles, por ejércitos, por columnas, por compañías, por paisanos y por vecinos. Media Francia se ha declarado enemiga de la otra, y como están mezclados los contrarios, prende la tea de la discordia hasta en el seno de las familias.

—Señor duque, pienso que el rey don Felipe II hace muy bien en evitar esa clase de peleas en sus estados, aun cuando para ello tenga que consentir que la Inquisición queme un ciento de individuos por año.

—Triste es, para hombres de nuestras ideas, que el sacerdocio se mezcle en asuntos civiles y más aún el que forme parte de tribunales que sentencian á muerte y á otras penas menores; pero es preciso confesar que en las actuales circunstancias está prestando un gran servicio á la humanidad, evitando las guerras

de religión en los inmensos estados que tiene España.

—¿Oís? Parecen tiros.

—Lo son.

—¿Qué ocurrirá?

—Que los hugonotes matan á los católicos y éstos á aquéllos.

—Y es cerca de aquí.

—Asomémonos al balcón.

Y lo abrieron, entrando en la habitación el resplandor de varias hachas, á cuya siniestra luz se dirigían estocadas y tiros los franceses en aquella y otras calles.

Osorio y Zalla continuaron mirando, hasta que un mozo de la posada les llamó, diciéndoles:

—Señores músicos, la cena está en la mesa.

Aquéllos se volvieron, y cerrando el balcón, preguntaron al sirviente:

—¿Son nuevas estas luchas por aquí?

—No, señor; rara es la noche que dejamos de tener contienda.

—Bonita diversión.

—Y tanto, que en cuanto oscurece es muy expuesto andar por las calles.

—¿Sirven también á nuestros compañeros y vecinos?

—A la vez que á vosotros.

—¿Y el que os encargó la comida?

—Ese habló con el amo, saliendo luégo; pero dijo que no cenaria hasta su regreso.

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—¡Buenas viandas, Alvaro!

—¡Magníficas!

Y continuaron comiendo tres cuartos de hora.

Serían cerca de las nueve cuando se presentó Ros, diciendo á su amo:

—Señor, he hablado con varios inteligentes, y ninguno quiere comprometerse á acompañarnos á París; protestan que está muy lejos y que no hay camino, sendero ni vereda en que no se encuentren católicos ó hugonotes armados y en lucha; añaden que la ruta seguida hoy por nosotros es la menos mala de este reino.

—¡Cobardes! ¿Les estimulastes con oro?

—Se entiende; les ofrecí todo lo que ellos creyeran razonable.

—¿Y ninguno accedió?

—El último con quien hablé no se presentó mal; pero al saber que éramos seis y queríamos ir á caballo, exclamó: «Es mucha gente, y de ese modo se mete mucho ruido; no voy, que estimo mi vida y la tranquilidad de mi familia en más que el oro.»

—¡En más que el oro! ¡y eso lo dice un francés! Mucho peligro debe existir, Ros, cuando tanto nos cuesta encontrar guía.

—Reconocen y detienen á cuantos hallan; siendo lo peor, que el que se libra de los católicos, cae en manos de los hugonotes y viceversa.

El duque meditó algunos instantes, añadiendo luégo:

—¿Podrás traerme á uno de ellos?

—Me acompañó aquel con quien hablé últimamente, y abajo espera á que le recibáis.

—¿Qué le propusiste?

—Que os diera al menos un itinerario como aquellos del príncipe de Italia.

—Hazle subir; lo dejas aquí, y te marchas á cenar.

Poco después entró un francés alto, delgado, como de cincuenta años y de aspecto simpático. El color y aspereza del cutis indicaban que pasaba la vida al aire libre; pero sus modales no eran ordinarios ni existía nada en él antipático.

Osorio hizo seña á su criado para que cerrase la puerta, le mandó retirar á la habitación contigua, y fijándose en el recién llegado, le dijo:

—Avanzad; sentaos junto á mí.

Aquél obedeció, dándole por única respuesta:

—Gracias.

—¿Puedo saber en qué os ocupáis?

—Ahora en nada.

—Buen oficio; ¿y antes?

—En vender efectos de lícito comercio, yendo de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, y recorriendo así una vez por año casi toda la Francia.

—¿Por qué no continuáis?

—Imposible; expendía en unos puntos lo que compraba en otros, y como la práctica me dió á conocer lo que tenia mucho precio en ciertos pueblos y poco en otros, hacía buenos negocios, y hubiera llegado á rico sin la guerra civil que hoy arde con más furor que nunca; pero vino el dia en que me quitaron los

hugonotes una parte de mis mercancías, otra los católicos, hasta verme obligado á dejar el oficio por temor de ver llegada mi completa ruina.

—¿No os pagaban nada absolutamente?

—Sí, señor; con las culatas de los mosquetes ó el pomo de las espadas.

—Acompañadme á París, y al llegar os entregaré quinientos ducados.

—Buena suma es; pero me halaga más la idea de no dejar viuda á mi mujer y huérfanos á mis hijos.

—¿Y si yo aumentase la cantidad?

—Sería inútil.

—¿Estáis decidido?

—Sí, señor.

—¿A qué punto de Francia os comprometeríais á acompañarme?

—A caballo, á ninguno; á pie, y siguiéndome ciegamente, á la Auvernia.

—¿No está ahí el castillo de Ussón?

—Sí, señor; en él permanece encerrada la reina Margarita, esposa de Enrique IV, rey de Francia á medias.

El duque meditó, exclamando para sí:

—La Auvernia ó Alvernia está al Este, y allí fué donde yo creí distinguir la antorcha con que debía salvar á mis hermanos. ¡Oh, la Providencia me manda este hombre!

Y alzando la voz, continuó, dirigiendose al mísero mercader:

—¿Cómo os llamáis?

—León Lambert.

—Y decidme, Mr. Lambert, ¿cuánto nos llevaríais por acompañarnos hasta el pueblo de la Auvernia más cercano á la fortaleza de Ussón?

—Está lejos.

—No; unas cuarenta leguas próximamente.

—¿Os parece mucho cuatrocientos ducados? Tened en cuenta que expongo la vida.

—No lo sé, porque ignoro el peligro que vais á correr; pero si nos dejáis allí con toda felicidad, os daré quinientos.

—Vos no sois músico.

—Estáis en un error; consiste en que aprendí á tocar en todos los tonos conocidos, hice valer mi voz, y los grandes señores que quieren escucharme la pagan muy cara.

—Se me figura que sois además alguna otra cosa.

—¿En qué os fundáis?

—En la suma que me ofrecéis.

—Si queréis ganarla, he de ser sólo un músico y vos mi compañero.

—¿Qué os lleva á Ussón?

—La curiosidad, y en prueba de ello os diré que me es igual ir á París que á la Auvernia, según os acabo de demostrar.

—No me convencéis, pero acepto. ¿Quién ha de contestar á las infinitas preguntas que nos harán por el camino?

—Yo.

—¿Hemos de ir á pie?

—Andando, si no puede ser de otro modo.

—¿Lleváis pasaporte en regla?

—Sí, y algo más.

—En cuyo caso, yo no seré otra cosa que un simple guía del camino que andéis.

—Exactamente; pero un guía que á la menor imprudencia...

—Hola, hola, ¡pistolas de gran señor!

—No; son instrumentos reservados; mis amigos y yo tocamos en todos los tonos, según os he dicho antes.

—Comprendo, y mi sentimiento se contrae á que sólo llevéis dos.

—Entonces alegraos; pues nos acompañan doce y más de cien cargas.

—Muy bien; ¿á dos por barba?

—No; á una por mano, y tan bien dirigidas, que clavamos el plomo donde simplemente fijamos la vista.

—Me admira tanta destreza.

—Músicos consumados.

—¿Dónde aprendisteis esas notas?

—En España, Italia, Francia, Flandes...

—Basta, basta, señor; me complace servir de guía á un caminante que ha recorrido el mundo.

—Dos mundos; también estuve en América.

—¿A qué hora partimos?

—Al amanecer.

—Pues al asomar el primer crepúsculo me hallaréis á la puerta de esta posada.

—Con un morral provisto de pan, ricos fiambres y vino añejo; seréis nuestro despensero.

—¿Quién paga eso?

—Yo.

—Me agrada el oficio. ¿Carne sola?...

—¡Pobres viajeros! de lo mejor que halléis y con abundancia. Todas las noches os abonará el gasto mi mayordomo.

—Será el que me trajo aquí.

—El mismo.

—No es tonto.

—Debilidades de su oficio.

—¿Debo dejar algun dinero á mi pobre mujer é hijos?

—Cien ducados en oro francés. ¿Tendrán bastante?

—De sobra. ¿Dónde están?

—¡Ros!

—Presente.

—Cien ducados á nuestro guía.

—¿Por vía de señal?

—Despacha.

—Aquí están. ¿Sigo cenando?

—Sí.

—Los cojo,—añadió León,—cierra mis labios un candado, y hasta mañana, señores... músicos.

—La época es mala; hoy se mata impunemente, y yo tengo la costumbre de plantar un balazo al que intenta venderme. Lo doy por menos; suelo regalar una onza de plomo al que comete la más leve indiscreción.

—Pero abonáis quinientos ducados al que os sirve

bien; yo los necesito y soy cauto, reservado, marido y padre de familia.

—Nos hemos entendido. Hasta mañana.

—Fijo é inmóvil hallaréis á la puerta á vuestro servidor.

Salió Lambert, exclamando el duque:

—Ros, en concluyendo llega aquí.

—Estoy acabando.

Diez minutos después entraba Ros, añadiendo:

—Todo vuestro, amo mío.

—¿Cenaste bien?

—Como un suizo.

—Retiras esta mesa, encargas que te despierten á las cuatro, nos llamas, pagas, y en la forma que hoy continuaremos mañana nuestra marcha.

—¿Andando?

—Con nuestros pies.

—Lo siento por vos; á mí me es igual.

—Y á mí también; despacha.

Media hora más tarde dormían tranquilamente el duque y Zalla en una habitación, y Ros, Gabriel, Ramiro y Víctor en otra. Dejaron abierta la puerta de comunicación, pero muy bien cerradas las restantes en unión de los dos balcones que tenían.

CAPITULO X

Continúa la marcha.—Accidentes.—El castillo de Ussón.

Nuestros seis fatigados viajeros durmieron seis horas sin interrupción alguna; al terminar éstas los despertaron varios golpes que dió un mozo, acompañados de las siguientes frases:

—Arriba, músicos; dieron las cuatro.

Ros se vistió inmediatamente, encendió luz y quiso ayudar á su amo; pero éste le rechazó, diciendo:

—Deja quieta mi ropa, que yo me la pondré. Procura en cambio sujetar á la correa de los instrumentos de Zalla y míos nuestras respectivas maletas.

—Yo las llevaré...

—No; el camino es largo y molesto, y muy conveniente que vayamos iguales.

—Entonces ataré las seis á las correas, y de este modo las llevaremos con más comodidad.

—Eso es.

Así lo hizo Ros, poniendo al duque la más ligera y á Zalla la que seguía.

Diez minutos después bajaron los seis. Mientras Ros pagaba, se fijó el duque en una figura inmóvil que había junto al quicio de la puerta, y reconociendo á su guía, le preguntó:

—¿Qué traéis en ese morral?

—Dos camisas, tres pañuelos, un cuchillo que puede cortar el pan y otras muchas cosas, aves, embutidos, carne asada, etc., etc.

—¿Cómo está el pueblo?

—En este momento tranquilo.

—¿Cuántas víctimas hubo anoche?

—Entre muertos y heridos quince.

—¿Quiénes vencieron?

—Los católicos; pero al oscurecer se renovará probablemente la función.

Ros acabó, é incorporados los siete, salieron de dos en dos, yendo delante el duque y Lambert.

Cruzaron tres calles sin impedimento alguno; llegaron á la cuarta, que era la última del pueblo, y ya iban á salir, cuando fueron detenidos por una voz que les dijo:

—¡Alto!

Aparecieron á la vez cuatro hombres, armados unos con espada y otros de partesana.

—¿Quiénes sois?—añadieron.

—Músicos extranjeros,—contestó el duque.

—¿Católicos ó protestantes?

—Lo que nos aconseja nuestra conciencia. ¡Paso!

—¡Imposible! ¡Habláis ó!...

Y les dirigieron las puntas de sus aceros.

—Al punto; pero os advierto que los calabreses contestamos á las amenazas con estas bocas.

Y sacando una pistola les apuntó.

—Con éstas.

—Con éstas.

Fueron repitiendo Zalla y compañeros é imitando al duque.

Los cuatro católicos que los detuvieron se echaron atrás, mientras aquéllos continuaron su camino indiferentes á lo que dejaban en pos.

Cuando hubieron andado mil pasos, preguntó León á Flaviano:

—¿Qué habéis hecho?

—Ya lo visteis, abrirme paso; debo despejar el camino.

—Sois muy sereno y osado, pero es expuesto obrar así.

—Al contrario; no están los franceses en situación de convencerles con razones; cuando sean menos de veinte, nuestras pistolas y dagas hablarán; si exceden, entonces haré uso de mis documentos.

—En cuyo caso, mi misión se hará cada vez más difícil.

—Explicaos, Mr. Lambert

—Como yo no soy militar ni entiendo de batallas...

—Sed franco.

—¿Qué más os he de decir?

—¿Tenéis miedo á la muerte?

—Ya lo creo.

Una carcajada de Zalla, Ros y compañeros siguió á las frases de León; éste se apresuró á preguntar á Osorio:

—¿De qué se ríen vuestros compañeros?

—Suponen, amigo mío, que sois cobarde.

—¿En qué se fundan?

—En vuestras frases y actitud, en lo descolorido de vuestro semblante al detenernos hace poco vuestros cuatro paisanos, y en que esos señores, en fin, distinguen el miedo de un modo admirable.

—Suposiciones que pueden distar mucho de la verdad.

—Me parece que en la ocasión presente no se equivocan.

—Os aseguro que estáis en un error.

—Sepamos: me dijisteis no há mucho que llevabais en el morral un hermoso cuchillo, con el cual se podían cortar pan y otras muchas cosas. ¿Es así?

—Sí, señor.

—¿Qué cosas son esas?

—El brazo de un hombre que quisiera matarme ó el corazón del enemigo que se atreviera á acometerme de frente.

—Muy bien; eso prueba que al menor asomo de peligro sacaréis el acero y á mi lado...

—Lo que es á vuestro lado no; sois muy atrevido, muy provocador.

—Pues ¿cuándo y de qué modo lo vais á emplear?

—Si me atacan, preciso será defenderme. Ya os he dicho que yo no soy militar.

—¿Creéis por ventura que nosotros lo somos?

—Más trazas tenéis de eso que de otra cosa.

—Mr. Lambert, os van á juzgar mis compañeros tímido en demasía; para asegurar lo que acabáis de decir os fundáis únicamente en lo que hemos hecho con vuestros paisanos, y en verdad que la acción no merece aplauso ni mucho menos: ellos eran cuatro y nosotros siete; para herir necesitaban acercarse á tres pasos, y mis pistolas matan á veinte.

—¿Y lo sereno que estabais y lo arrogante que os vi?

—Pues podían temblarme las piernas siendo más fuerte que mis contrarios. ¿Qué os sucedió á vos?

—A mí, no lo recuerdo bien; pero como detrás de los cuatro pudieron aparecer veinte y en pos cuarenta... Hay más de quinientos católicos armados.

—¿No duermen esos señores, ó era indispensable que permaneciesen todos esperándonos?

—La casualidad...

—Mr. Lambert, opino que sois una persona honrada, apreciable, hasta simpática, pero muy cobarde; declaradlo con franqueza, y os evitaréis muchos sustos; yo no os traigo para que me defendáis, sólo quiero que me guiéis.

—La verdad es que el músico mayor de esta terrible orquesta tiene buen ojo.

—¿Confesáis por fin?...

—¿A qué negarlo? Me asusta la guerra y toda clase de armas.

—Pero demostráis buen criterio, y, si durante nuestra travesía ocurriera algún lance desagradable, procuraréis poneros detrás de mí, seguro de que os defenderé como á cosa propia.

—¿Y si fuesen muchos?

—Nada temáis; si yo ataco, estad seguro de la victoria.

—El mejor general se equivoca, y contando con tan poca gente...

—Desechad esa terquedad; fiaos de mí, y no llegue á vuestro cerebro la idea de que podáis perecer defendiéndoos yo.

—Lo mejor será arribar cuanto antes. ¿Podréis andar seis leguas al día?

—No; de diez en adelante.

—Que me place; esa prudencia prueba que sois hombre de talento.

—No es eso, Mr. León; consiste en que tengo mucha prisa.

—¿Os aguardan en Auvernia?

—Sí.

—¿Quién?

—Un diablo con faldas, al que pienso arrancar la antorcha de la vida.

—¿Sois mágico?

—Cosas hice en mi vida que infundieron pavor en muchos y esa creencia en otros.

—No me extraña; al salir de mi pueblo y sacar la pistola, pusisteis una cara... ¡y qué ojos, cielo Santo!

—¿Os asusté?

—Se me figura que sí.

—Dadlo por hecho.

—Me atrevía á jurar que erais español.

—¿Por qué?

—Son tan fieros, tan valientes; mi esposa les tiene un miedo...

—¿Y vos?

—También.

—Pues os habéis equivocado; nací en Nápoles.

—No puede ser; los italianos sólo manejan bien el veneno y el puñal.

—Delirios; en mi país hay de todo como en el vuestro.

—No así en España; allí aseguran que son demonios.

—Mr. Lambert, hablando de otra cosa, os diré que hemos dejado el camino para seguir por veredas extraviadas y solitarias.

—Pienso que no hallemos un alma, á ser posible. ¡Con buena gente voy para tener encuentros!

—Sea en buen hora; mas es preciso saber si de este modo se acorta ó alarga la jornada.

—Poca será la diferencia, y la que exista recaerá en favor nuestro.

—En ese caso, acepto.

Nuestros caminantes salieron á las cinco de la mañana, continuando á buen paso y sin interrupción hasta las nueve, que dijo Osorio:

—Alto, señores; el paraje convida, y puesto que el estómago lo pide, almorcemos; cerca hay agua, y sobre este ribazo estaremos perfectamente.

Todos aprobaron la idea, añadiendo, por su parte, el duque:

—Mr. León, los músicos de mi país son muy aristocráticos, y por nada en el mundo prescinden de su gerarquía social.

—¿Qué queréis decirme?

—Que almorzaremos, separados de vosotros, mi segundo y yo.

—Me es igual.

—Pues sentémonos en la forma expuesta.

—Así lo hicieron, permaneciendo una hora comiendo y descansando. Iban á levantarse, cuando exclamó Lambert, palideciendo:

—¿Oís? Son tiros.

—Verdad es.

—Estamos á corta distancia de un pueblo donde casi todos son hugonotes, y eso prueba que han llegado algunos católicos.

—Dejadlos que se maten. ¿Qué nos importa á nosotros?

—Señor músico mayor, la prudencia aconseja...

—Que sigamos adelante.

—¿No soy yo el director de la jornada?

—No; simplemente el guía.

—¿Y si no pudiera continuar?

—Os aplicaría un remedio con el cañón de esta...

—¡Guardadla por Dios! ¡Vaya un afán! En cuanto os deje en Auvernia escapo, y no salgo de mi pueblo hasta seis meses después de terminada la guerra.

—En Ussón querréis decir.

—Es igual; ese castillo no dista mucho de la entrada.

—Está visto, Mr. Lambert, que hoy no convenimos en nada.

—Pues si esto sucede el primer dia, igual acontecerá los restantes.

—Tampoco es cierto. Vais á concluir por haceros amigo mío y cobrarme tal afición, que no os podáis separar de mi lado.

—Lo dudo. ¡Aumenta el fuego!

—No corráis tanto.

—Pueden venirse hacia aquí.

—Mejor; los recibiremos á tiros, y será la función completa.

—¡María Santísima, y entre qué gente me he metido!

—Con nosotros se entra y sale por todas partes.

—Allá lo veremos; esos fanáticos son el demonio, y matan sin compasión.

—Si hay ocasión, os probaré que es algo menos de lo que suponéis.

—¿Lo veis? ¡Para qué habré salido de mi pueblo!

—No distingo nada.

—Escuchad sus voces.

—Pasamos por frente de ellos, y es natural que los oigamos; ¿están á gran distancia?

—A trescientos pasos; detrás de esa colina se halla el pueblo, y allí es la función.

—Me alegro; de ese modo los vamos á ver desde lo alto de la pendiente que empezamos á subir.

—¡Vaya un espectáculo!

—Si desde la infancia os hubieran acostumbrado á ver esto, no os impondría ahora.

—Me tiemblan las piernas.

—Valor, amigo mío; eso no vale nada.

—¡Malditos quinientos ducados, qué rato me están dando! El hombre no debe ser ambicioso, debe conformarse con lo que tiene.

—Lo malo dicen que debe pasarse pronto, con que aligerar el paso.

—Buena idea; corramos; así. Ya estamos arriba. ¡Jesús me valga! ¡Vedlos á la derecha! ¡Se matan ¡Ay!...

—Avanzad, si tanto miedo sentís.

—Hacia atrás. Ved aquel grupo que está en la hondonada de nuestro mismo sendero. Tienen tomadas todas las avenidas; son católicos, y estamos perdidos. Atrás, atrás.

Y fué á correr, pero le detuvo Zalla, diciéndole:

—¡Alto! Obedeced al músico mayor ú os estrello contra esa peña.

—Soltad. ¡Vaya una fuerza!

—Cogeos á su brazo, Alvaro, y no lo dejéis,—añadió el duque.—Existe efectivamente peligro, pero es indispensable arrostrarlo y seguir adelante. Continuad todos detrás de mí imitando mi actitud.

Y avanzó Osorio, siendo detenido á los cien pasos por doce soldados armados de pica, uno de los cuales le dijo:

—¡Alto! ¿Quiénes sois?

—Siete músicos extranjeros que vamos á Auvernia.

—¡No os acerquéis, voto al infierno! de lo contrario os ensarto.

—No sufro amenazas de ti ni de ningún canalla,— contestó Flaviano.—Abridnos paso ó encomendaos á Dios.

—Por aquí no se va á Auvernia. ¡Atrás!

—¡Adelante, compañeros!

—¡Mueran, que son hugonotes!

Los doce dirigieron sus picas á nuestros valientes, en tanto que Osorio, frente á ellos, gritaba á sus amigos:

—No disparéis, que para estos basto yo solo.

—A la vez descargó sus pistolas, derribando á los dos que tenía delante; los diez restantes exhalarou un grito, desapareciendo en dirección del pueblo.

El duque pasó por encima de los que estaban en tierra, añadiendo:

—Alvaro, avancemos, pistola en mano

Y cargando él las suyas, prosiguieron su camino, riéndose de las exclamaciones de Lambert, el cual decía:

—Corramos, señores, corramos; van á regresar con cincuenta ó sesenta, y darán fin de todos nosotros. ¡Y no hay un árbol donde yo pudiera subirme, ni casa en que esconderme, ni nada, en fin, que me favorezca! ¡Adiós, esposa mía; hijos del alma, ya no volveréis á verme! ¡Ay! ¡ay!

—¿Qué es eso?—le preguntó Zalla.

—Me rompéis el brazo.

—Andad más de prisa y evitaréis que tire de vos.

—Dejadlo suelto,—añadió el duque;—venid, monsieur León, poneos á mi lado, y andad como gustéis, que yo no tengo prisa alguna.

—Yo sí; quisiera correr mucho, más que un galgo; pero me tiemblan las piernas, y siento una cosa que enerva mis facultades físicas. Esconded esas pistolas; no me miréis; vuestros ojos me infunden más pavor que las picas de los soldados.

—Ya están cargadas y las guardo.

—¡Para acabar con otros dos infelices! Lo mismo despacháis hombres que yo en otro tiempo calzas y gregüescos.

—No los maté, amigo mío; quedaron heridos del brazo derecho, el cual perderán, viéndose inútiles para volver á atentar contra gente que, como á nosotros, creyeron indefensos, ni contra sus hermanos de Francia.

—¿Estáis seguro? ¿No les disteis en la cabeza ni en el pecho?

—No, hombre, no; os repito que en el brazo.

—Es que yo no veía en aquellos momentos.

—Lo creo; y es más, que si no os sujeta mi compañero, volvéis la espalda y nos abandonáis.

—¡Qué locura! No podía correr ni moverme.

—Sois todo un valiente, Mr. León.

—Y vos un hombre más temible que dos regimientos de caballería.

—¿Os vais tranquilizando?

—Parece efectivamente que no vienen; ya no se oyen los tiros ni las voces.

—Cada vez nos vamos alejando más, y quedan lo suficiente entretenidos para que no se vuelvan á acordar de nosotros.

—¿Y si nos hubieran acometido cincuenta ó cien?

—Nos defenderíamos de ellos, sembraríamos la muerte en sus filas hasta dar fin de todos, si eran muy valientes, lo cual creo difícil, ó ellos de nosotros.

—Eso último es muy grave.

—Lambert, la guerra tiene esas contras.

—Pero si yo estoy y quiero estar en paz con todo el mundo.

—Ahora no; mientras permanezcáis con nosotros sufriréis la misma suerte, debiendo en consecuencia abrazar nuestra causa.

—¡Vuestra causa! ¿Y cuál es esa?

—La que aconseja el instinto de conservación; la que nos impone el deber de herir ó matar en propia defensa.

—¿Y quiénes son nuestros enemigos, los hugonotes ó los católicos?

—La Francia entera, y, por consiguiente, cuantos pretendan detener nuestro paso.

—¡María Santísima, y qué porvenir tan negro se nos presenta!

—¿Por qué?

—Os creo capaz de atacar sólo, con vuestros cinco músicos ó demonios, lo mismo tiene, al ejercito de Enrique IV, que es el mayor del reino.

—No os equivocáis; cuento además con la seguridad de vencerlo.

—¡Señor, por todos los santos del cielo, por la corte celestial, por!... ¿Tenéis mujer?

—Sí.

—¿E hijos?

—También.

—¡Parece imposible!

—Muy de prisa andáis ahora, Mr. León.

—Es que ya veo, oigo y siento.

—Bien; mas el convenio se contrae á diez leguas al día y no á veinte, y con esa carrera...

—Seguidme, músicos, seguidme; en casos excepcionales se hacen esfuerzos supremos.

—*Piano*, *piano*, como dicen en mi país, que no quiero morir reventado.

—Recordad los que dejamos á la espalda,—respondió Lambert.

—Pensad en lo que nos espera delante y en lo que llevamos á los costados.

—Cierto; la Francia se ha trocado en campo de batalla; por eso me resistía yo á acompañaros.

—No haber accedido.

—¡Aquellos quinientos ducados!...

—¿Sois ambicioso?

—No, señor; pero tengo mujer é hijos, y su suerte y porvenir son antes que mi vida.

—Muy bien; la idea y abnegación que envuelve merecen mi agrado y el que os tranquilice.

—¿De qué modo?

—Oid, Mr. Lambert: desde que tuve uso de razón comencé á batirme, á asistir á batallas, y de ese modo

he recorrido el mundo y gastado la mayor parte de mi vida. El camino que ahora seguimos es de los mejores que atravesé; y quien siempre demostró valor y talento para salir bien de los millares de apuros en que la suerte le colocó, no parece ni aun probable que encuentre abierta su tumba en el camino de Ussón.

—¡Qué modales tan finos presentáis en estos momentos; qué acento tan convincente! Me infundís creencia y respeto. Vos no sois músico.

—Me lo venís diciendo desde que salimos de vuestro pueblo.

—Es que ahora os doy pruebas; habéis variado hasta de fisonomía. ¿Cómo os llamáis!

—Jacobo de Guzmán.

—Mr. Guzmán, os voy cobrando afición.

—Ya os lo dije hace horas.

—Empezáis á ejercer sobre mí una influencia que no me explico. ¿Estáis seguro de no haber muerto á los dos soldados?

—Os juro por mi honor, que sólo recibieron una herida en el brazo derecho.

—¡Qué valiente sois, qué sereno y qué osado!

—No os extrañe; pasé mi vida batiéndome y adquirí práctica.

—¿Luégo convenís en que sois militar?

—Y otras muchas cosas.

—¡Tengo yo un ojo!... Esperad; el sendero que llevamos conduce á un pueblo pequeño donde acaso andarán á estocadas; por esta vereda acortamos el camino y salvamos ese escollo.

—Pues entremos en ella, y adelante.

—Por aquí es difícil encontrar alma viviente.

—Eso está muy bien; pero os advierto que, al terminarse las diez leguas, necesito cama y una cena que no esté compuesta de fiambres.

—He previsto el caso, y á las seis de la tarde, poco más ó menos, llegaremos, siguiendo á buen paso, á una aldea donde cuento con amigos, y en la que hallaremos lo que pedís.

—¿No os asustan allí los católicos y hugonotes?

—Se compone de cien vecinos, todos son de los primeros, y gente además labradora que en nada se mete.

—Me agrada.

—Mi temor se contrae ahora únicamente á que al atravesar el camino real ó en unas inmensas llanuras que es indispensable cruzar, encontremos más soldados hugonotes. La comarca esta es católica, por cuya razón mandó Enrique de Navarra un ejército de diez mil hombres, el cual se ha dividido en columnas que recorren los pueblos, proclamándole rey, y lo que es peor, cometiendo toda clase de excesos.

—Os repito por centésima vez que no deis cabida al miedo.

—¿Y si son muchos?

—Entonces nos salvarán los documentos que llevo.

—¿Usaréis de la prudencia necesaria?...

—Sí.

—¿Me lo juráis?

—Mr. Lambert, mi palabra basta y sobra.

—¿Y si os obligaran á tocar y á cantar?

—Lo haría.

—¿Con el instrumento de música?

—Se entiende.

—¿Y esos que nos acompañan?

—Lo mismo que yo.

—¡Ah! Yo creí que no era verdad...

Nuestros siete caminantes continuaron andando cinco horas más, hablando unas veces, riendo otras y sin que fuese motivo suficiente á detener su marcha el cansancio y polvo de que ya eran molestados en sumo grado.

Llevaban andadas más de siete leguas, y serían las dos de la tarde cuando exclamó el duque:

—Basta, señores; sobre esta deliciosa ribera descansemos y comamos. Mirad qué puntos de vista tan deliciosos.

—¿Qué decís, insensato?—le preguntó León.—Nos hallamos junto al camino y llanuras de que os hablé antes. Ahí están; contempladlos.

—No importa; aquí hemos de comer.

—Haga Dios que no tengamos otra

—Tended los manteles y dadme un trozo grande de ave.

—¿Sentís mucho apetito?

—Bastante.

—Los siete se sentaron en dos grupos como en el almuerzo, y dieron principio, demostrando las buenas disposiciones que presta la fatiga á los viajeros. Apuraron el vino que les quedaba, concluyendo con casi todas las viandas. Ros les llevó agua de un arroyo

cercano, permaneciendo recostados hasta las tres de la tarde.

En el momento en que el duque daba la orden de proseguir su camino, exclamó León:

—Callad; ¿no oís? ¡Si lo dije! ya están los hugonotes encima.

—Sentaos todos,—replicó Flaviano;—volved á extender los manteles, fingid que estamos comiendo.

—¡Ya se acercan!

—¡Silencio!

—Vuelvo al instante.

Y sin que pudiera detenerle ninguno, corrió Lambert, desapareciendo detrás de un ribazo.

—Huyó,—dijo Ros.

—Dejadlo,—replicó el duque.—Formad corro con nosotros, y no os mováis, que ya están encima. Aun cuando yo me levante, continuad vosotros sentados é indiferentes á lo que pase cerca ó lejos.

Osorio cogió un pedazo de pan y fingió comerlo, fijándose con disimulo en cuatro compañías que empezaban á cruzar junto á ellos. De pronto oyeron una voz que decía:

—¡Alto! Alférez, ved qué gente es esa que está entre los árboles.

—Somos extranjeros, señor,—gritó Osorio, levantándose y avanzando hasta llegar al maestre que dió la orden.

—¿Adónde vais?—le preguntó el jefe.

—A Auvernia, señor.

—¿Con qué objeto?

—Somos músicos calabreses, que corremos el mundo como veis.

—¿Qué hacéis ahí?

—Comiendo un poco de pan y carne para recobrar fuerzas y andar de nuevo.

—¿Lleváis pasaporte?

—Sí, señor.

—Venga.

El maestre mandó que se lo tradujeran, añadiendo luégo:

—No consta aquí vuestra entrada en Francia, ni me satisface ese papel. Venid con nosotros al pueblo inmediato.

—Señor maestre, el derecho de gentes os prohibe cometer esa tropelía con nosotros; mi pasaporte está en regla, y si no lo presentamos en la frontera, culpad al conde de San Germán, que nos invitó en Suiza á que formáramos parte de su comitiva y le acompañáramos á su castillo.

—¿Qué justifican vuestras frases?

—La palabra de un hombre honrado que no tiene interés en engañar á nadie.

—No me fío de vosotros; los italianos sois malos, muy malos; tú hablas muy bien el francés y podrás ser un espía ó quién sabe, con que, adelante y no os detengáis.

—¿Qué vais á hacer con nosotros en ese pueblo donde intentáis llevarnos?

—Se os registrará bien, y si nada os encuentro, os dejaré encerrados en la cárcel. Si por el contrario, re-

sulta lo que yo sospecho, entonces concluirá la función con regalaros á cada uno cuatro tiros.

Flaviano comprendió que estaba perdido, y antes de recurrir al extremo de abrirse paso á balazos en unión de sus compañeros, añadió:

—Señor, llevamos andadas siete leguas, estamos rendidos y escasamente nos quedarán fuerzas para llegar á un caserío que dista de aquí media legua. Somos extranjeros como habéis visto, la Francia es hospitalaria, y vos, maestre de campo, no debéis faltará las leyes de vuestro país, á la urbanidad ni á la consideración que merecen vuestros vecinos.

—No me convences; eso estaría muy bien en una época normal; pero hoy, que parecen salir católicos hasta de las raíces de los árboles, y en cada uno hallo un traidor, preciso es usar de medios violentos por más que sean duros. Mas dime antes bajo juramento: ¿qué religión profesáis?

Osorio comprendió que le interrogaba un furibundo hugonote, y ya nada temió. Así es que, fijándose en el jefe, le contestó sonriendo:

—Si hubierais empezado por eso, ya estaría terminada la interrupción de vuestra marcha. Como no os ha de convencer lo que yo os diga, vista la incredulidad que demostráis, hé aquí una carta que os contesta por mí.

—¡La firma, —dijo el maestre admirado,—el marqués de Pau!

—Sí, señor, y va dirigida á su amigo y compañero Canillac.

—Cierto; os recomienda eficazmente á él; los dos son amigos míos, partidarios de Enrique IV, y personas de gran valer. ¿Quién os dió este escrito?

—El señor marqués, el cual se hallaba en Nápoles á mi salida.

—¿Le conocías anteriormente?

—Sí, señor; su hija gusta mucho de oirme cantar.

—Toma la carta, y continuad vuestro camino. Oye, si la ven los católicos, te matan.

—Por eso vamos á Auvernia siguiendo veredas y caminos excusados.

—Bien hecho. En marcha,—gritó el maestre, dejando al duque con la sonrisa en los labios y el desdén en el rostro.

Cuando hubieron desaparecido las compañías de hugonotes, se volvió á los suyos, diciéndoles:

—Ese maestre de campo es terco y malvado como pocos hombres.

—Ya os oímos,—le contesto Zalla,—y di la orden de abandonar las maletas y preparar las pistolas, pues juzgué que no habría otro remedio que el de abrirnos paso á tiros.

—Ese era el mejor con gente tan miserable, y si no lo hicimos así, fué únicamente por temor de que pereciese de miedo Lambert ó á manos de los hugonotes.

—No ha regresado.

—Estará escondido entre esos árboles.

—O se habrá vuelto á su pueblo; su pavura es capaz de prestarle alas.

—Buscadle.

Ros, Ramiro y Víctor corrieron de un lado para otro, regresando á los cinco minutos sin haberlo hallado. El sirviente dijo:

—Señor, no está ese hombre.

Víctor añadió:

—Yo subí á aquella altura, y nada he visto tampoco.

Ramiro exclamó:

—Por el contrario, yo bajé esa cuesta y no lo hallé en la hondonada.

—Pues es indispensable dar con él; conoce el terreno admirablemente y necesitamos su compañía.

—Temo que esté ya á una legua de aquí.

—No puede ser, su miedo debe haberlo enclavado en algún sitio no lejano. Veamos.

Y el duque gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Mr. Lambert, venid pronto, que ya no hay peligro alguno.

—¿Estáis cierto?—le preguntó el guía con voz apagada y balbuciente. Los seis soltaron una carcajada, añadiendo el duque:

—Ya se fueron, y pueden llegar otros si tardáis.

—Ayudadme.

—¿Dónde estáis?

—En la copa de este castaño.

Nuestros valientes fueron reconociendo los árboles que tenían en torno, hasta que Ros les gritó:

—Aquí está, señores; ved qué pálido y descompues-

to se halla; se enredó entre las ramas, y no puede bajar. ¡Qué figura tan rara! Mirad, mirad.

—Ayúdale,—exclamó el duque; y su criado trepó descendiendo cogido á Mr. Lambert. De pronto lo dejó caer al suelo, diciendo:

—Soltad; abajo y nada temáis, que ya falta poco.

Mr. León miró en torno con avidez, y fijándose luégo con ojos espantados en Osorio, le preguntó:

—¿Dónde están? ¿Qué dirección tomaron? ¿Nos matarán?

—No, hombre, no; partieron sin volverse á cuidar de nosotros.

—Parece imposible.

—Pues ya lo estáis viendo.

—¿Que les dijisteis?

Flaviano, deseando tranquilizarlo y que pudiera continuar guiándolos, le refirió cuanto había ocurrido entre él y el maestre que mandaba la fuerza, concluyendo con las siguientes frases:

—Nada temáis viniendo conmigo; coged vuestro morral y reanudemos nuestra jornada, que aún debemos andar cerca de tres leguas.

—Qué admirable sois, Mr. Jacobo; ahora me causa rubor el haberme separado de vosotros. Juro que en lo sucesivo no me he de mover de vuestro lado.

—Mejor estaréis que convertido en gorrión.

—Y con un miedo... Hubo instantes en que me faltaban las fuerzas, y me vi expuesto á caer del árbol.

—Si llega á suceder y os distinguen los hugonotes, comprometéis nuestras vidas.

—Ya lo comprendo, y no volverá á acontecer. Fué un arranque, una idea, vamos, una cosa que yo no puedo explicar; me hallé en la copa del árbol como por encanto.

—Sí, el miedo tiene también su parte mágica, y esa os elevó esta tarde; pero guardaos de hacerlo en lo sucesivo si tenéis en algo vuestra existencia y las nuestras.

—¿Conque traéis cartas de recomendación de grandes señores?

—Y otras muchas cosas más; ¡pero abreviemos, por Santiago!

—Al momento; guardo las vasijas, el mantel, mi hermoso cuchillo, cuelgo el morral á la espalda, y andando.

Los siete continuaron su interrumpida marcha, yendo delante el duque y Lambert y detrás los otros, riendo de la pavura de que era víctima el guía que los acompañaba. Y nada tenía de extraño, pues formaban raro contraste el valor y serenidad de los seis con el excesivo miedo del séptimo. Osorio empleó más de una hora en dar consejos á Mr. León y en hacerle reflexiones que, si no lograron modificar su carácter, influyeron poderosamente en sus ideas y modo de obrar en lo relativo al peligro y lances que debían correr.

A las seis y media distinguieron el caserío en que querían pernoctar, exclamando Lambert:

—Alto, señores; conviene que me adelante y hable con mis amigos de la aldea que tenemos enfrente. De

este modo los prepararé para que no les sorprenda nuestra llegada, volviendo por vosotros inmediatamente.

—¿Cómo vais á disculpar nuestra presencia?

—Diciéndoles únicamente que sois gente pacífica y que os encamináis á Ussón guiados por mí.

—Eso es; hombres muy pacíficos.

—Sí, sí; ínterin os dejan marchar por donde os agrada; de lo contrario, os convertís en soldados los más fieros que yo he conocido.

—Pero somos ovejas cuando nadie nos incomoda.

—Pronto vuelvo.

Y desapareció León, regresando media hora después.

—Muy bien,—dijo al duque;—tendremos camas, cena rica y abundante, y lo que vale aún más, sosiego y reposo.

—¿Dónde paramos?

—En casa de un labrador acomodado y generoso.

—Pues adelante.

Y los siete llegaron, penetrando en las habitaciones de un aldeano, que los recibió con agrado y satisfacción. Después que se hubieron saludado, tomaron asiento el duque y Zalla en una estancia y los cinco restantes en otra.

Cenaron á las ocho, y á las diez estaban ya dormidos.

Nada ocurrió durante la noche que de contar sea. Al amanecer se proveyó Mr. León de vinos, fiambres y pan, pagó al dueño de la casa, se despidieron los

siete de él, y continuaron su camino como el día anterior.

El castillo y pequeño pueblo de Ussón distaban cuarenta leguas, que anduvieron nuestros bravos caminantes en cuatro días. También en el segundo hallaron hugonotes y católicos que interrumpieron su marcha por breves instantes; el duque, unas veces haciendo uso de sus papeles, otras de las armas, y en todas del talento, valor y serenidad que jamás le abandonaban, fué salvando escollos y peligros, procurando siempre derramar la menos sangre posible. Al tercer día sólo encontraron una partida de hugonotes, y al cuarto y último nada que impidiera su jornada. Según se iban acercando al castillo, desaparecía todo peligro; la nueva comarca que recorrían estaba completamente dominada por los protestantes; los pocos católicos que existían no osaban atentar contra sus enemigos, reinando, en consecuencia, una paz no interrumpida. En la mayor parte de Auvernia era obedecido Enrique de Navarra por los más, respetado por los menos, y esta era la principal causa de que no ardiese allí la tea de la discordia.

Nuestros siete viajeros dieron vista al castillo de Ussón al anochecer del cuarto día; Lambert se detuvo, diciendo al duque:

—Mr. Guzmán, ahí tenéis el pueblo y fortaleza que deseabais, con lo cual gané los ducados que no dudo os apresuraréis á entregarme. ¿Deseáis algo más de mí?

—Según; puedo continuar ocupándoos, y os asegu-

ro que al aceptar, llenaréis vuestra bolsa con colmo; pero si preferís regresar á vuestra casa, os daré en el acto lo que os debo, dejándoos en completa libertad, toda vez que nuestro convenio quedó terminado.

—El volver solo tiene sus espinas, y el permanecer á vuestro lado me ofrece escollos; así es que dudo y hasta me atrevo á rogaros me digáis qué haríais en mi lugar.

—Bien pensado; empecemos por saldar nuestras cuentas, Mr. León.

—Seguro lo tengo; no me corre prisa.

—A mí sí. Págale, Gabriel.

Y Lambert recibió en oro los ducados que le faltaban; en paz ya, añadió:

—Estoy satisfecho. ¿Qué me aconsejáis ahora?

—Si volvéis solo, con vuestro miedo y la ferocidad de los dos partidos que se disputan el poder, os va á ocurrir algo en el camino. Lo menos que os sucederá es que os aligeren el peso que acabáis de depositar en vuestros bolsillos.

—Mucho me lo temo, y lo peor es si me matan ó me obligan á coger una pica.

—¿Qué dinero dejasteis á vuestra esposa?

—Con lo que me disteis y lo que ya tenía le sobra para vivir un año.

—En ese caso, os aconsejo que os quedéis conmigo.

—¿Qué vamos á hacer?

—Ocuparemos ocho ó diez días en Ussón, ó acaso menos; luégo iremos á París, y entre la capital y sus cercanías permaneceremos el poco tiempo que queda

en Francia de lucha y exterminio. Proclamada la paz, regresaréis á vuestro pueblo, y nosotros á nuestra patria.

—¡La paz! ¿Y cuándo sucederá eso?

—En breve, probablemente.

—¿Sabéis lo que dista de aquí París?

—Ciento veinte leguas por lo menos; pero iremos á caballo; la reina Margarita nos dará salvoconducto, el que, unido á los que yo llevo de los católicos, facilitarán nuestra rápida marcha.

—¿Quién sois, señor?

—León, no es posible dudar de vuestra honradez, pero no debo descubrir mi incógnito hasta que se proclame la paz; básteos saber que los poderosos se descubren ante mí.

—Lo creo; es más, lo había sospechado.

—Bien; ¿y qué decís?

—Haré lo que vos me mandéis.

—No, amigo mío; mientras haya peligro os dejo en libertad de que optéis por lo que más os agrade.

—Si es que yo no sé lo que me conviene, y á vos os escucho ya como á oráculo.

—Entonces quedaos conmigo, que de perecer vos, habré yo muerto antes, y eso es algo difícil.

—¿Me perdonáis en lo que os haya podido faltar?...

—En nada, Lambert; no me conocéis, y vuestra conducta me agradó.

—Tratadme como á Gos; no puedo pronunciar bien ese apellido.

—Ros.

—Y como á esos otros tres; porque este señor, me refiero á Mr. Alvaro, también es más que nosotros.

—No perdamos tiempo. ¿Qué cantidad queréis por seguirnos?

—La dejo á vuestra elección; lo único que os ruego es que si hay peligro me defendáis.

—Os lo juro. Disimulad en lo sucesivo como hasta aquí; pero no economicéis dinero, procurando que nuestras fatigas sean recompensadas al menos con buenas camas y mejores comidas. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—Te nombro mayordomo mío en las poblaciones, y guía en los caminos; y puesto que desempeñas dos destinos, el sueldo será doble.

—¿Cuánto, señor?

—Más aún de lo que ambiciones, si tu lealtad y reserva lo merecen.

—Gracias; voy hallándome bien, muy bien á vuestro lado.

—Ya te lo anuncié antes de ahora.

—Me admira y encanta cuanto sale de ese cerebro privilegiado; la vida aventurera ofrece además ratos agradables.

—Mejores te parecerían si no fueses tan cobarde.

—Os prometí enmienda, y ya hago lo posible.

—Poco á poco te iré arrancando una pavura que entorpece y precipita al peligro. ¿Conoces á algunas personas en Ussón?

—A todo el pueblo.

—Pues entremos en él y descansemos esta noche.

Media hora después estaban perfectamente alojados los siete en la mejor casa del mencionado pueblo. A las nueve dormían los seis; el duque, echado junto á la cama de Zalla, discurría sobre un nuevo plan, que subordinaba á las circunstancias que le habían llevado á Ussón.

—La Providencia,—exclamó,—me ha traído á este pueblo; entraba en mis cálculos ver á la reina; pero no tan pronto ni con el objeto que ahora pretendo. ¡Quién sabe si el tiempo que pierda aquí me facilitará la evasión de mis hermanos! Acaso; la idea que madura en mi cerebro parece realizable. Sí; debo intentarla; la intentaré. Ahora no puedo; anduve cincuenta leguas, y el sueño, atraído por el cansancio, me han rendido. Desde los Alpes á Ussón hay mucha distancia, el camino es malo, y mis pobres pies... Me duermo; ¡ruin materia, qué poco vales! polvo, eres mísero polvo.

Y quedó profundamente dormido. Era uno de los hombres más fuertes de la época, y aún se quejaba de su debilidad. ¡Pobre condición humana! todo nos parece poco, no obstante lo mucho que nos dieron y lo menos á que nos hicimos acreedores.

CAPITULO XI

Conferencia entre el general y su guia.—Noticias é informes.—La serenata.

Ussón, como castillo, era una fortaleza antigua, habilitada hoy para servir de prisión á la reina Margarita, y, por consiguiente, decorada y embellecida interiormente lo que permitia la época y el buen gusto de su regia y elegante cautiva. Nada faltaba allí en lujo y esplendidez de cuanto la hermosa joven pudiera desear.

Ussón, como pueblo, era un *villorro* compuesto de cien casas antiguas, ennegrecidas, ruinosas algunas, y todas feas, habitadas por gente pobre las más y desmanteladas en su mayoría. Gobernaba el uno é imponía su voluntad en el otro el célebre marqués de Canillac, joven elegante, apasionado, de la primera nobleza de Francia, poderoso, y que acabó por enamorarse de su

bella prisionera, logrando de este modo que Margarita mandase en su corazón, en la torre, en el pueblo y en cuantos obedecían al afortunado marqués. Por esta causa consiguó ella que su cárcel se convirtiera en un palacio de recreo, del que salía y en el que entraba á su antojo, recibiendo á todas horas y á cuantas personas le agradaba ver.

Enfrente de la fortaleza, y á doscientas varas de distancia, se elevaba un edificio, el mejor acaso del pueblo, y en él habitaban ahora, además de su dueño, esposa y un hijo, el duque del Imperio, Zalla y cinco compañeros restantes.

Serían las ocho de la mañana del día siguiente al en que llegó Flaviano de Osorio, cuando abrió éste los ojos, y viendo á don Alvaro junto á su cama, le preguntó:

—¿Qué hora es, amigo mío?

—Las ocho.

—¡Qué disparate! ¡He dormido once horas! ¿Hace mucho que os levantasteis?

—Treinta minutos escasamente; también reposé más de lo que pude imaginar.

—No es extraño; anduvimos en cinco días cincuenta leguas, y nuestra pobre y débil materia necesitaba la quietud y descanso que concluimos de darle. ¿Cómo os sentís?

—Perfectamente y muy dispuesto á andar de nuevo, según lo hicimos en los días anteriores. ¿Y vos?

—Bien. Acercadme esa ropa.

—¿Continuamos músicos?

—Ya lo creo y por muchos días.

—Os voy á vestir.

—No lo consiento.

—Perdonad; juré hacerlo así, y no permitiréis que obre como villano.

—Bien, ayudadme, que al fin entre vagabundos todo es lícito.

En la habitación destinada á Osorio y Zalla había dos sillones, un armario, algunas sillas, mesa y recado de escribir, con varias otras cosas, que completaban un ajuar modesto, pero útil é indispensable.

Cuando el duque estuvo vestido, mandó que Ros le diera los papeles de música que traía y que colocase en el armario los dos trajes elegantes que había llevado de Nápoles. Verificado esto, pasó escribiendo una hora, almorzaron luégo, y por último se encerró con Gabriel, al cual dijo:

—Toma estos papeles, y entreteneos durante el día en ensayar la música y canto que llevas en ellos. Adiestra á don Alvaro, que es el más torpe, procurando retiraros en lo posible de la calle para no llamar la atención y evitar la acumulación de gente á la puerta.

—Algo oirán.

—Bien, que sea lo menos posible.

—¿Corre esto mucha prisa?

—Para la noche.

—Es difícil.

—No ceséis, á excepción de la hora que perdamos en comer.

—Siendo así, podrá estar bien ensayado para las nueve.

—O para las diez, con tal que la comprendáis como yo. Unete á tus compañeros, y di á Mr. Lambert que entre.

Gabriel fué reemplazado por el guía, el cual dijo al duque:

—Señor, espero vuestras órdenes.

—León, olvida los cumplimientos, tratándome, no por lo que soy, sino por lo que represento; es indispensable, amigo mío.

—Lo haré, puesto que me lo mandáis.

—Siéntate á mi lado.

—Gracias.

—¿Qué has hecho esta mañana?

—En primer lugar, escribí á mi esposa.

—No pases adelante; dime lo que le refieres, y cuenta que la lealtad responde de tu vida y servirá de norma para la recompensa á que te hagas acreedor.

—Lo sé, y por lo mismo me contraje á manifestarle que sigo bueno, que ningún peligro me amenaza, y que, habiendo emprendido de nuevo mi comercio, le advierto no debe esperarme en algunas semanas.

—¿Nada más?

—Añado que por aquí no hay guerra y que conteste á todas mis cartas, dirigiendo el sobre á nuestro patrón. Eso es todo.

—Perfectamente. ¿Qué hiciste después de escribir?

—Satisfice las muchas preguntas que me dirigió el dueño de esta casa sobre vosotros.

—Sepamos.

—Le dije únicamente que sois músicos, que vos tenéis una voz muy estimada por los grandes señores, y que ella os produce un río de oro. Ha supuesto que venís á haceros oir de la reina Margarita, la cual aprecia y considera á los cantantes de mérito; afirmé su creencia, y como nuestro hospedaje se le paga bien, se dió por satisfecho, reduciéndose á lo expuesto todas mis réplicas. Luégo almorzamos, y nada más aconteció.

—Quedo complacido, y es preciso, en consecuencia, que volvamos la hoja para tratar de otro asunto.

—Estoy á vuestra disposición.

—Dime, Lambert, ¿conoces bien el camino que conduce de Ussón á París?

—Y las veredas, senderos y trochas.

—¿Has estado en Dreux?

—Sí, señor.

—¿Y en Ibrí?

—También.

—¿Y en los alrededores de la capital?

—Nací en ellos, y no hay punto ni lugar que dejase de recorrer durante mi infancia.

—Por lo visto, raro es el paraje de Francia ignorado por ti.

—Claro es; desde muy joven me dedicaron al comercio ambulante, y en cerca de treinta años que llevo ejerciéndolo, difícilmente habrá población en que yo no haya estado, de paso al menos.

—¿Quién te acompañaba?

—Un caballo, la alforja y mis mercancías.

—Era cuanto yo deseaba. Me puedes ser muy útil, León, y si dejas de tener miedo, enmudeces, te concretas á obedecerme y tu lealtad sale ilesa, te ofrezco una recompensa suficiente á no tener necesidad de abandonar de nuevo á tus pobres mujer é hijos.

—Ese sería el colmo de mi felicidad; por el logro de tan anhelado fin, daría la mitad de mi vida.

—En tu mano está.

—Señor, mi lealtad corresponderá á vuestro deseo; hablaré lo que vos queráis, ni más ni menos; y aunque el miedo me mate, fijo siempre á vuestro lado, me convertiré en estatua. Voy siendo ya viejo; mi capital sufrió con la revolución un golpe terrible, y me dolería en el alma tener que empezar de nuevo mis antiguas correrías, vivir solo, abandonado de aquellos pedazos de mi corazón y expuesto á mil azares que no son para dichos. Ya que demostráis tanta, añadid un quilate á vuestra excesiva generosidad, diciéndome la recompensa á que puedo hacerme acreedor durante ese tiempo.

—Óyela: te regalaré de dos á cuatro mil ducados; depende de tu conducta y fidelidad, y si eso no te bastase, la reina Margarita, su esposo ó alguno de mis amigos, señores todos de la corte, te darán por mi influjo una colocación honrosa y lucrativa en tu pueblo ó donde la quieras.

—¿Tan poderoso sois?

—Sí.

—¿Y estoy sentado delante de vos?

—Quieto; la obediencia y sumisión te proporcionarán cuatro mil ducados.

—Si cumplís vuestra palabra, ni los monarcas se os igualarán en esplendidez.

—No te extrañe; soy más rico que algunos de ellos; tengo en mucho mi vida, y la aseguro en cuanto me es posible.

—¡Estoy admirado, confuso, perplejo!

—Sal de tu estupor y escucha: ahora dices al patrón que pase á verme; luégo recorres el pueblo, refrescas antiguas relaciones, y enteras á tus amigos de nuestra llegada; tu conducta con el dueño de esta casa puede servir de norma para la que has de usar fuera de ella.

—Comprendo, y me dispongo á obedeceros.

—Piensa mucho lo que dices, y no añadas inconveniencias que aminoren tu suerte futura.

—Lo que es eso nadie lo conseguirá de mí; os pertenece mi vida, y la perderé primero que la felicidad de mi familia. Hasta luégo, señor...

—Músico.

—Fuera; aquí, para entre los dos, el más noble, elevado y generoso de los hombres.

—Adiós.

Partió León, entrando al poco tiempo el dueño de de la casa. Tenía éste estatura regular; representaba cuarenta y seis años; su rostro aparecía curtido por el sol y el aire, y en el carrillo izquierdo ostentaba la indeleble marca de un tajo que le dieron años atrás. Algo le desfiguraba esa señal, pero no era desagrada-

ble su conjunto; los ojos revelaban viveza, y dos arrugas, que partían de la nariz y la barba, fijeza de ideas y fortaleza de espíritu.

Ambos se miraron, gustándole al duque el aspecto de su patrón.

—Sentaos,—le dijo,—y hablemos, si vuestras ocupaciones os lo permiten

—Tengo tiempo de sobra, y me place conversar con un extranjero que posee el francés como yo, y una voz, según cuentan, que carece de rival.

—Puede que os guste; debo ese don á la naturaleza y mi afición á la música es extremada.

—Me lo han dicho.

—¡Hola, hola! tenéis en la cara la huella de un mandoble tremendo.

—Sí, señor, y varias otras en el pecho.

—¿Fuisteis militar?

—Dieciocho años.

—¿Soldado?

—No, sargento y protegido de un general que murió sin que antes ni después llegase alguno á lo que él valía.

—Eso será en Francia.

—Acaso en el mundo.

—¿Cómo se llamaba?

—Señor músico, hablemos de otra cosa; la revolución cierra mis labios.

—Yo los abriré, si no sois fanático; vuestro jefe debió llamarse Francisco de Lorena, duque de Guisa.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Los elogios que le prodigasteis.

—¿Le habéis conocido?

—Sí.

—¿Me he equivocado?

—No, respecto de Francia; porque cuentan que en España tenía amigos que valían más que él.

—Sí; el príncipe de Italia, el duque del Imperio y otros cuatro héroes; mi señor los aplaudía mucho, y en Dreux se elevaron como pocos hombres. No creo, sin embargo, que valiesen más que el duque de Guisa, tanto sí.

—¿Conocisteis á esos seis afortunados españoles?

—Como que he peleado junto á ellos.

—Entonces sois católico.

—¿Puedo fiarme de vuestra lealtad y de vuestra adhesión?

—Cuanto queráis, que mi oficio en el mundo no es el del miserable que vende al que le honra y pierde al que le da hogar y mesa.

—Entre los italianos no hay hugonotes.

—Os equivocáis; en secreto existen algunos que profesan las creencias de Lutero.

—¿Pero vos?...

—Yo corro el mundo con mi lira, amo á Dios con todo mi corazón, y jamás me metí en averiguar si mis padres se equivocaron ó no en la religión que me enseñaron. Creo lo que mi conciencia me aconseja, obro con rectitud, y pienso dejar á mis hijos la herencia de una honra que no empañarán la infamia ni maldad.

—Esas son mis ideas, y en verdad que simpatizáis conmigo de un modo que no puedo expresar.

—Si os protegió Lorena y fuisteis digno de su apoyo, es indudable que nos entenderemos cuanto puedan dos seres humanos.

—Eso deseo; estrechad mi mano, sed mi amigo, y callad en este pueblo vuestras creencias y las mías.

—Acepto, ¡apretad, voto á Cribas! Expansión entre ambos y reserva completa con los de fuera. Os advierto que yo también estuve en Dreux y fuí delante del duque de Guisa.

—¡Vos! ¿A las órdenes de quién serviais?

—Iba junto al duque del Imperio; entonces se llamaba Flaviano de Osorio, era maestre de campo, y á su lado tomé la altura y reducto del Sur, envolviendo una columna francesa, fuerte de seis mil hombres.

—Lo recuerdo como si fuese ahora mismo. ¿Qué erais entonces?

—Soldado.

—¿Os quería vuestro duque como á mí el mío?

—Más si cabe; tenia yo su ojo derecho y creo que hasta el izquierdo.

—¿Por qué no seguís á su lado? Dicen que está en Nápoles de virrey, siendo un héroe en valor, destreza y generosidad.

—Eso es muy largo; ya os lo contaré más adelante, si hay ocasión.

—Don Flaviano canta y toca mejor que vos. Cuentan que es el primer músico de Europa.

—¿Le oisteis?

—No.

—¡Ah!

—Pero refería el señor de Lorena que á su voz no se igualaba ninguna.

—Hoy sí.

—¿La de quién?

—Según afirman los inteligentes, la mía.

—Ya; por eso lo habéis dejado y venís á que os oiga la reina Margarita. ¡Oh! pues gustará de ella y os recompensará con mucha esplendidez.

—No me trae á Francia eso sólo; los buenos músicos italianos somos poetas y algo más.

—¿Qué queréis decir?

—En vuestro país reina hoy completa anarquía, y es posible que sea esta la primera revolución del mundo. Yo, sin dejar de cantar, voy tomando datos y más tarde escribiré una obra sobre lo acontecido aquí, que me ha de valer bastante más que el canto.

—¡Yo lo creo! ¿La imprimirán?

—Por supuesto.

—¿Cuando acabe la guerra?

—Es claro.

—Poned que habéis parado en mi casa.

—¿Queréis que vuestro nombre se vea en letras de molde, es eso?

—Daría por tal honra cualquier cosa.

—Pues lo conseguiréis.

—¿Sí?

—Con tal que vos me proporcionéis los datos y noticias que yo os pida.

—Mucho puedo en ese terreno; sabed que sirvo en secreto al sucesor del gran duque de Guisa, jefe del partido católico.

—En ese caso, también á la princesa Margarita.

—No sé si debo...

—¿Secretos con un historiador? ¡Qué locura! Cuando viene Guisa, para aquí, ve á la reina, etc., etc.

—No os creí tan enterado.

—Hemos convenido en que ha de haber expansión completa entre ambos y reserva absoluta para los de fuera.

—Es verdad, compañero de armas en Dreux, fiel católico, hermano en Jesucristo; otro apretón de manos, tuteémonos, y no haya secreto alguno entre dos camaradas que vertieron su sangre en los campos de batalla.

—¡Sea y bendigamos la memoria del gran duque de Guisa!

—¡Y los hechos del poderoso duque del Imperio! Te juro amistad eterna.

—Y yo una lealtad y estimación de rudo soldado, pero de fiel compañero.

—No sé qué hallo en tu rostro, en el modo de expresarte, en el conjunto, en fin, de tu figura, palabras y acción, que me atrae hacia ti y me encadena.

—Yo te lo diré: el recuerdo de las campañas, la unidad de ideas, y el compañerismo que resucita y adquiere hoy toda su fuerza y vigor.

—Sí, pero hay algo más que seduce y agrada; aunque tu piel está curtida como la mía, noto en tus mo-

dales finura que encanta y en las frases una cosa que cautiva.

—¿Y qué te extraño? Músico y literato, pasé mi vida entre los grandes señores y aprendí lo que ellos sabían, y algo más.

—Ya lo veo y te admiro.

—Continuemos nuestra conversación. Supongo que la reina Margarita seguirá bella y seductora como siempre.

—Más que nunca; corre á caballo por el bosque, y en verdad que parece una deidad de esas que nos describen las fábulas.

—¿No la ves en el castillo?

—Jamás; cuando viene algún emisario del señor duque ó él mismo, pongo una señal en lo alto de mi casa, y no tarda en aparecer su confidente.

—Por lo visto, tiene con ella el marqués de Canillac toda clase de consideraciones.

—Como entre los dos no puede haber secreto alguno, te diré que el célebre gobernador está locamente enamorado de ella.

—Razón más para que tenga celos del duque.

—No sabe que viene, y aun cuando sospecha, le disuade la más leve explicación de Margarita.

—¿Cómo se ven el duque y ella?

—Disponen una cacería, S. M. se siente de pronto molestada por terrible jaqueca, obliga á Canillac á que corra al monte, y en los dos días que dura la fiesta, permanecen juntos.

—¿Hace mucho que estuvo la última vez?

—Cuarenta días; la guerra le ocupa mucho, y por esa causa se ven de tarde en tarde.

—¿Solos el duque y el marqués están enamorados de tan bella señora?

—No; la maledicencia cita á algunos otros, si bien domina su corazón mi señor el duque. Ese es el gran defecto de S. M., los hombres; en lo restante parece un ángel; buena cristiana, caritativa, bondadosa, y tan llana, que habla hasta á los labriegos con menos orgullo y vanidad que uno de nosotros.

—Tan amigos, y aún no me has dicho tu nombre.

—Es verdad; Carlos Bonet.

—Pues pienso, amigo Carlos, que aun cuando no sea más que ese el defecto de tu reina, presenta un calibre que espanta.

—No lo creas; las mujeres son débiles, y como entren por tan resbaladizo camino...

—Otro nombre les cuadraba mejor, y es harto extraño que sea aficionada á la Iglesia y á los preceptos divinos quien falta á ellos de un modo tan feo y con tal insistencia.

—Por lo mismo; peca y necesita implorar la clemencia del cielo.

—No la obtendrá; la misericordia de Dios rechaza al que pasa su vida siendo malo una hora y arrepintiéndose otra.

—Y eso ¿qué nos importa á nosotros?

—Tienes razón; volvamos la hoja, y hablemos de nuestras campañas.

—¿Oyes á tus compañeros? ¡Qué bien tocan!

—Están ensayando.

—¿Sin su maestro?

—Basta con mi segundo; cuando sepan la lección impuesta hoy, entonces les corregiré el defecto en que hayan incurrido.

—Está el día delicioso.

—Cierto, y si tu quieres, podemos salir á dar una vuelta por el pueblo y los alrededores del castillo.

—Aprobado; déjame que dé un beso á mi hijo y un apretón de manos á mi mujer.

—Aquí te espero.

Quince minutos después andaban ambos por las tres únicas calles que tenía el pueblo. Luégo dieron la vuelta al castillo, deteniéndose á cada momento para examinar sus muros, puentes y fosos. A la vez averiguaba el duque la distribución de las habitaciones, en lo que se ocupaba la reina durante el día y la noche, y cuanto necesitó, en fin, para la realización del plan que maduraba en su mente.

Con el hallazgo del que llamaba compañero de Dreux hubiera podido evitar serenatas y otras molestias; pero no creyó conveniente enterar á nadie del todo ni parte de su secreto, y se propuso realizar la idea con el aislamiento posible.

A las tres horas regresó con Carlos, y al frente de su pequeña orquesta dirigió el ensayo media hora. Comieron á las tres, y á las cinco prosiguió adiestrando á Zalla, que era el mas torpe, sin hacer oir su voz, y en el paraje más apartado de la casa, para evitar que le molestasen los vecinos y transeuntes.

Cerca de anochecido dejó á sus compañeros que continuaran repasando las lecciones que les había dado, y él se encerró con León Lambert, al cual preguntó:

—¿Recorriste el pueblo?

—Sí, señor.

—¿Llamó la atención mi llegada?

—Algo excitó la curiosidad, pero les di explicaciones, y ahora sólo desean escuchar nuestro acento.

—Como yo pueda, no lo han de conseguir.

—¿De qué medio os vais á valer?

—Cantando mientras ellos duermen y sellando los labios cuando estén despiertos.

—De ese modo, y viéndoos poco, se olvidarán de vos.

—¿Qué noticias corren aquí sobre la guerra?

—Dicen que el ejército católico retrocedió hacia el Norte, para reponerse de los descalabros sufridos, en tanto que los hugonotes aumentan sus filas y sacan de los triunfos arrancados á sus contrarios todo el partido posible. Esto se refiere á los alrededores de París; en el resto de Francia arde la tea de la discordia, ganando en unos puntos el partido del *Navarro* y en otros el de Guisa.

—Pronto, Dios mediante, acabará todo.

—Lo dudo; está mi país convertido en un perpetuo arroyo de sangre.

—Basta una idea para secarla y que reemplace la paz y sosiego á las luchas que afligen á este mísero reino.

—Me parece que la Providencia lo abandonó.

—León, no te metas en honduras, cuyo terreno resbaladizo desconoces por completo.

—Os participo que mi amigo Carlos os elogia y estima como yo no esperaba.

—Ya lo sé.

—No comprendo cómo en tan poco tiempo...

—Ni te hace falta.

—Me ha dado las gracias repetidas veces por haberos traído á su casa.

—No me extraña; es valiente, y simpatizó conmigo.

—También yo, sin embargo de lo dudoso que aparece mi ardimiento.

—Te equivocas; se ve claro y terminante que no tienes ninguno.

—Hablad en pasado, señor, que el futuro aún no le conocéis.

—Tu sangre, Lambert, es algo fría.

—Con mucha voluntad y esforzándome un poco se calentará.

—Nada perderás en ello. Óyeme: á las diez pienso dar una serenata á la reina Margarita; conozco ya el terreno, y no necesito de tu compañía ni de la de ningún otro; por consiguiente, quedas en libertad de retirarte á descansar cuando gustes.

—Carlos y yo deseábamos oiros.

—Desde aquí podéis hacerlo; en la calle me estorbáis.

—En ese caso no saldremos.

—Déjame, que voy á escribir.

Y el duque permaneció solo hasta las diez menos cuarto en que se unió á sus compañeros y salieron en dirección del castillo.

Sabía Flaviano que la reina cenaba á las diez en punto, por lo cual se colocó lo más cerca posible de las ventanas del comedor. Llevaban los instrumentos templados, y de este modo aguardaron doce minutos, en cuyo instante los seis á la vez comenzaron á tocar, demostrando gran maestría y conocimiento del arte. Lejos de interrumpirles, los centinelas del muro se acercaron cuanto les era permitido, oyendo con recogimiento y entusiasmo la dulce melodía de aquella orquesta.

Al poco tiempo se abrió una de las ventanas del regio comedor.

—Bien,—dijo Osorio;—mucha atención y cuidado.

Y seguidamente alzó su hermosa y agradable voz, dejándola oir en toda su extensión. Los soldados se sintieron como arrobados; todas las ventanas del comedor se abrieron, y cuantos habitantes había en el castillo quedaron pendientes del mágico acento de nuestro trovador.

En la primera estrofa se contrajo Osorio á elogiar los encantos de una mujer, que era á la vez hermosa, elegante, poetisa, noble en sus hechos y generosa en acciones. Los versos correspondían á lo sublime de la voz que los cantaba y aludían á la reina. Zalla, Gabriel, Ros, Víctor y Ramiro, en forma de coro, repitieron los cuatro últimos de la estrofa que terminaba Osorio.

Margarita, más inteligente que ningún otro de los

oyentes, más entusiasta por la música y mucho más apasionada, dejó de cenar, exclamando:

—Silencio; no os mováis ninguno, y escuchad como yo. Jamás oí acento tan dulce y maestro en el arte.

El duque entonó su segunda estrofa, y á un esfuerzo incomprensible dió varias notas que obligaron á exclamar á Margarita:

—Traedme á ese músico. Esperad; no le interrumpáis; salid uno, y al acabar, acompañadle aquí.

Canillac miraba á la reina, como encantado por la voz de Flaviano, y éste, que adivinaba lo que acontecía en el regio comedor, seguía esforzándose más que nunca y con éxito indescriptible.

Los muros del castillo se coronaron de oficiales y soldados, los que, sin poder contenerse, le dieron un aplauso que apagó la voz de Canillac, por orden de la reina, con las siguientes frases:

—¡Silencio! ¡Ay del que vuelva á interrumpir á ese trovador!

El duque cantó únicamente tres estrofas, con largos intermedios, en los que dejaba oir los seis instrumentos que armonizaban extraordinariamente. Muy estudiados los versos, más aún la música, y sobresaliendo por todo el acento de Flaviano, sucedió, como no podía menos, que su serenata fué la primera que se había dado hasta entonces. No tenía nota ni frase que dejaran de estar puestas con el talento, intención y maestría de que era capaz el sublime poeta, músico y guerrero.

Al concluir y volverse, vió á un embozado quele dijo:

—De orden de S. M. la reina, seguidme.

—Obedezco,—exclamó Osorio, añadiendo á Zalla:—tomad mi lira, y retiraos á casa los cinco.

Ya dentro del castillo, el duque avanzaba por entre dos filas de oficiales, soldados y sirvientes, que le saludaban con entusiasmo, aplaudiendo su voz y manera de cantar.

—Llegó á la puerta de la regia cámara, el embozado tiró su capa y gorra, y entrando, dijo á Margarita:

—El trovador aguarda las órdenes de V. M.

—Que pase al instante. ¿Por qué se detiene?

Flaviano penetró, quedando á la puerta en actitud respetuosa, pero sin servilismo ni aturdimiento.

Cenaban con Margarita Canillac, un coronel y dos damas, y los cinco se fijaron en Osorio con interés y ansiedad.

—Avanza,—le dijo la esposa de Enrique de Navarra.—Acércate más.

Nuestro sagaz español llegó á dos varas de su majestad, hizo una reverencia, y la miró con naturalidad. Aquélla añadió, dejando nuevamente de comer:

—¿Eres tú el famoso tenor que acabo de oir?

—Servidor de V. M.

—¿Cómo te llamas?

—Jacobo de Guzmán.

—¿Eres español?

—Nací en Nápoles.

—¿De dónde vienes ahora?

—De mi país

—¿Qué te trae á Francia?

Osorio miró á la reina con intención, contestando:

—El deseo de ganar lo que llevo perdido.

Margarita vaciló; algo había comprendido su fina penetración, pero no lo que necesitaba; así es que prosiguió:

—Mala época has elegido.

—La guerra no me intimida, si bien me estorba; por eso vine á Auvernia, donde hallé paz y lo que andaba buscando.

Las últimas frases del duque envolvían una idea que Margarita comprendió.

—Supongo,—le dijo,—que un hombre de tu mérito no cantará en medio de las calles.

—Entro en los salones aristocráticos; elevo mi voz donde deben oirla, sólo recibo lo que he ganado, y agradezco á los que, como V. M., se dignan tratarme con una bondad que admiro.

—¿Quién te aconsejó que vinieras á este pueblo tan ruin y mísero?

—La necesidad.

—Poca ó ninguna gente hallarás en él que recompense tus afanes, si bien creo que todos gustarán de oirte.

—Mi ambición se contrae en Ussón á agradar á vuestra majestad.

—Pídeme lo que quieras.

El duque miró á los lados indicando que le estorbaban los presentes; mas para disimular estos movimientos, contestó:

—Pobre músico y poeta, debe bastarme la honra

de que V. M. se haya dignado elogiar mis trovas.

—Eso es muy poco; y pues eres *pobre* y yo rica, te demostraré que protejo el arte y admiro á hombres como tú; exijo, no obstante, de ti que no sea esta la última serenata que me des.

—Cuantas quiera V. M. Cerca de aquí habito, en casa de Carlos Bonet, y quedo á la disposición de mi señora.

—Dime: la letra que has cantado, ¿era compuesta por ti?

—Versos y música hice dedicados á V. M., siendo la primera que los ha oído.

—Bien se conoce que te rozas con los altos señores.

—A veces... y próximo á ellos aprendo algo.

—Quiero demostrarte esta noche mi gratitud, Jacobo; sal y aguarda en mi antecámara, que representas el arte, y no quiero ni puedo humillarlo. Con mi mano te he de recompensar.

—Gracias, señora.

—Acompáñale, Juan.

El duque hizo una reverencia, y salió de allí, guiado por un mayordomo.

Margarita dijo á otro de sus dependientes:

—Traeme un bolsillo con cien ducados. Abrevia.

Y quedó hablando del mérito del tenor con Canillac, el coronel y sus damas, hasta que le presentaron en una bandeja de oro lo que concluía de pedir. Ella lo cogió, exclamando:

—No tengo gana de cenar; continuad vosotros, que para nada os necesito. Quietos; os lo mando.

Y desapareció, seguida únicamente de dos criados que merecian su entera confianza. Ya en su cámara, se volvió, y dijo á aquéllos:

—Que entre el músico, procurando luégo que nadie, absolutamente nadie, me escuche ni espíe esta habitación. Salid.

La reina inclinó la frente, quedando en actitud de meditar. Dos minutos después la alzó, hallando enfrente, y mirándola con interés, al trovador que tanto llamó su atención.

—Acércate,—le dijo; y fijó en él la vista con creciente ansiedad.

Osorio la obedeció, preguntando:

—¿No asusta á V. M. hallarse sola con un hombre á quien desconoce?

—¿Por qué me dices eso?

—Estamos en una época en que imperan la traición y el asesinato.

—Verdad es. ¿Me indicaste que querías hablame á solas, ó me he equivocado?

—V. M. comprendió bien.

—Tú no eres músico de profesión, aun cuando sepas más que todos los maestros.

—Lo primero también es cierto.

—Creo haber oido tu voz en otra ocasión.

—En París.

—¿Hace mucho?

—Diez años próximamente.

—¿Vestías traje diferente?

—Sí, señora.

—Quiero recordar tu nombre, pero no puedo.

—Al que le oye una vez no se le olvida nunca.

—¿Tan conocido es?

—Mucho.

—Entonces no lo acierto.

—Supongo lo mismo.

—¿Por qué lo callas?

—Porque V. M. no se ha dignado preguntármelo.

—¿Quién eres, sublime cantor?

—Flaviano de Osorio, duque del Imperio, fiel servidor de V. M.

La reina retrocedió dos pasos, asombrada, perpleja, aturdida.

—¿Qué dices?—exclamó.—¿Tú el vencedor de Nápoles, el que acaba de regalar un reino á Felipe II, mi pariente?

—El mismo, que por ver á V. M. anduvo á escape, en buenos caballos, cincuenta leguas, y otras tantas á pie, y Dios sabe con las dificultades que luchó para llegar.

—¿Llevas encima alguna prueba?...

—No, señora; creí que bastase mi voz.

—¿Qué te obliga á venir á Ussón?

—Me trae un plan que, de aceptarlo V. M. y salir bien, cesará la guerra en Francia, y vuestro esposo ocupará sin impedimento el trono de San Luis.

—Habla.

—Noto que vacila V. M., y mientras abrigue la menor duda, permanecerán mis labios cerrados.

—Tu traje, ese color y la época me aconsejan ser cauta.

—Muy bien; la hora no es tampoco á propósito para una entrevista tan larga é importante como debemos celebrar, si es que V. M. se digna oirme.

—Con mucho gusto, siempre que con tu primera frase me pruebes ser el duque del Imperio, hombre á quien admiro y considero.

—Vendré sin disfraz; mi cutis aparecerá con su color natural; traeré mi nombramienro de virrey de Nápoles y una carta que conservo de vos, de la cual os leeré el principio de los dos párrafos que contiene.

—La recuerdo; me hallaba en París y tú en Dreux.

—Siento ruido de pasos, y no sería conveniente que nos oyeran.

—Lo he previsto, y nada temas, pero debemos abreviar por esta noche.

—¿A qué hora tendrá á bien recibirme mañana vuestra majestad?

—A la que tú quieras.

—La importancia de nuestra entrevista y el secreto que reclama parecen aconsejar á V. M. disponga una cacería, se sienta luégo acometida de jaqueca, obligue á partir á los que nos estorben, y cuando todo esté preparado, entonces... Habito en la misma casa que suele hospedarse otro duque muy conocido de V. M.; sin que ahora se ponga señal alguna puede la augusta señora mandar un leal servidor, al que yo acompañaré gustoso y agradecido.

—Acabo de reconocerte, Flaviano.

—Me alegro. ¿Y en qué?

—Contéstame antes: ¿cuándo llegaste á Ussón?

—Anoche.

—Pues te he conocido en que á las veinticuatro horas de tu arribo ya penetraste mis secretos.

—¿Yo?

—Tú, el más sagaz de los hombres, el más valiente, el más caballero, el... Quedamos en que vendrás sin disfraz, tendremos todo el día y hablaremos como dos amigos.

—La bondad de V. M. es infinita.

—¿Qué no merece el que anda desde Nápoles aquí como tú lo has hecho, sin otro móvil que el de la felicidad de mi pueblo?

—Anhelo también la de V. M., y si me ayuda la suerte todo lo conseguiré.

—¿Qué exiges de mí?

—Por esta noche que sea fiel depositaria del secreto; mañana eso mismo y algo más.

—¡Qué podría yo negar al duque del Imperio!

—Todo lo que sea injusto, inconveniente y contrario á lo que se debe una reina de tanto talento... Creo que llegan.

Margarita le alargó el bolsillo, exclamando muy fuerte:

—Toma cien ducados, músico incomparable, y cuenta que tus serenatas me complacen mucho.

Flaviano besó la mano sin coger el bolsillo, contestando:

—Gracias, reina y señora mía; si mi canto agrada

á V. M., lo escuchará á menudo, y mi mayor recompensa serán sus elogios.

Anduvo hacia atrás hasta la puerta, saliendo luégo acompañado de un sirviente que lo dejó en el cuerpo de guardia. El jefe le hizo algunas preguntas relativas á si debia ó no volver á cantar; mandó luégo que echasen los puentes, saliendo de allí nuestro poeta solo y ensimismado. Según caminaba, iba diciendo para sí:

—Más temo á esa mujer que á Syra y á Angelina, y más me disgusta su mirada que el veneno y puñales dirigidos con habilidad sorprendente por su célebre madre Catalina de Médicis.

A la vez se arrellanaba la reina en un sillón, exclamando:

—Osorio no tiene rival en Europa. ¡Qué modales tan finos, qué voz y qué talento! Su espada es invencible, y como galante supera á toda exageración. Vaya otra cacería, octava jaqueca que padezco en Ussón, y luégo lo que el destino disponga.

Y llamó á Canillac, dándole seguidamente las órdenes para que dispusiera la mencionada diversión, la cual debía empezar en la próxima tarde.

CAPITULO XII

Temores de Flaviano.—El milano y la tórtola.—Triunfo del héroe.

El duque entró en su casa, donde le aguardaban los cinco músicos restantes y multitud de plácemes de Carlos y de León, los cuales oyeron su voz, quedando sorprendidos y tan admirados como todo el que la escuchaba.

Nuestro afortunado caudillo les dió las gracias, y pretextando cansancio, se retiró á su alcoba seguido de Zalla.

—¡Venís triste!—le dijo el maestre.

—No lo creáis,—contestó Osorio,—ensimismado y temeroso.

—¡Miedo vos! ¿Y á quién?

—A la reina Margarita.

—¿Será capaz de una traición?

—No, de otra cosa más molesta para mí.

—Explicaos.

—¡Qué pesado estáis esta noche!

—Es que me interesa vuestra suerte mucho más que la mía. ¿Hablasteis con la reina?

—Sí.

—¿A solas?

—Por supuesto.

—¿La indicasteis algo?

—Casi todo.

—¿Se opone?

—No.

—¿Qué teméis entonces?

—Que me equivoque con el duque de Guisa.

—¡Delirio! Sois vos más esbelto, gentil y bello.

—Peor y peor.

—Pues no lo entiendo.

—Cuidado si estáis torpe.

—Aclaradme el enigma, señor.

—Es posible, Zalla, que en vez de reina altiva, intrigante y sagaz, halle una tórtola.

—Convertíos en milano.

—La idea no es mala; se os escapó sin comprender que era una perla.

—¿Y eso os pone de mal humor?

—Alvaro, vos no conocéis otra mujer que á Syra, la cual es un ángel; Margarita, tan bella ó más que la vuestra, tiene algo de demonio.

—Sed vos el diablo.

—Eso pienso; mas ignoro quién de los dos vencerá.

—¿Tan hermosa es?

—¡Dale! No es eso; no dudo de mi fortaleza; temo sí, que al verse desairada, dé al traste con mi intriga.

—El negocio es arduo, y no se me ocurre aconsejaros nada.

—¡Cosa extraña en un hombre tan astuto y sagaz!

—¿Os burláis?

—Una cosa muy parecida.

—Gracias.

—¿Tenéis pretensiones de intrigante?

—No, señor.

—Entonces dejadme dormir.

—¿Ya os abruma el sueño?

—No, vuestras preguntas.

—Vos tenéis la culpa.

—¿Por qué?

—Si no me interesaseis tanto, de seguro os interrogaría menos. ¿Cuándo volvéis á ver á S. M.?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—No lo sé.

—Llevadme con vos.

—¿Para qué? ¿Queréis hacer fuego á Margarita si se obstina en alguna loca pretensión?

—No, pero si algún hombre...

—Esos no se moverán contra mí.

—Si no os estorbo, insisto en ir.

—Me estorbáis.

—Voy á pasar un mal rato.

—Me alegro.

—¿Qué hora es?

—La de dormir; dejadme en paz.

Zalla se calló, permaneciendo el duque más de una hora entregado á profunda meditación. Más tarde fueron cerrándose sus párpados hasta quedar sumido en tranquilo sueño. Despertó á las siete, se hizo vestir por Ros, al cual dijo cuando hubo concluído:

—Prepara uno de los dos trajes que me has traído. ¿Viene espada?

—Sí, señor; metí en mi maleta aquella hoja que os regalaron en Toledo, la cual se enrosca como una culebra en su pequeña caja.

—¿Tengo capa?

—No, señor, que abultaba demasiado; pero hay ferreruelo con el cual podéis embozaros.

—Quítale las arrugas.

—Lo colgué en ese armario, y ya está servible. ¿Cuándo os vestís?

—Esperaré la llegada de un emisario de la reina Margarita. Ahora, salid tú y Alvaro, que quiero escribrir hasta la hora de almorzar.

Así lo hizo, permaneciendo dos horas del modo indicado. Luégo mandó á Ros que guardase varios papeles en los bolsillos de sus gregüescos, almorzó, quedando de sobremesa con Zalla y el dueño de la casa.

Sonaron las doce, y el emisario no venía; llegó la hora de comer, y tampoco aparecía nadie; pero el duque se volvió á sentar á la mesa sin demostrar impaciencia ni malestar.

A los postres regresó de paseo Carlos Bonet, diciéndole:

—Tenemos cacería, mi querido Jacobo; salen la reina, el gobernador del castillo, los jefes principales de la tropa y la alta servidumbre de S. M.

—¿Partieron ya?

—No; en este momento relinchan y piafan los caballos en el gran patio de la fortaleza, lo cual indica disponénse á partir.

—Yo creí que fuese esta mañana la salida.

—Según me ha dicho el correo, se trata de realizar una cacería en los montes vecinos, de esas en que mueren el jabalí, el venado y otras reses mayores. Fué preciso, en consecuencia, avisar con tiempo para que al amanecer esté todo dispuesto.

—Comprendo; por eso salen tan tarde, concretándose por hoy á dormir en la sierra.

—Así es la verdad. ¿Oyes? Ahora parten.

—Me alegro.

—Yo lo siento, porque no estando S. M., nos quedaremos esta noche sin serenata.

—Opino lo mismo.

—Cantarás un poco en casa.

—Probablemente estaré fuera.

—En ese caso, te oiremos mañana.

Flaviano concluyó de comer, encerrándose más tarde con Ros.

—Quítame el barniz,—le dijo.

—¿Tenemos cita?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con el diablo.

—Entonces ya sé quién es: la reina Margarita. ¿Os acompaño?

—No.

—Veo con dolor, amo mío, que ya no merezco vuestra confianza.

—No es eso, bergante; debo ir solo.

—Creed que lo siento. ¿Saldremos pronto de este lugar?

—Eso deseo.

—Vaya un pueblo endiablado; cuatro casas, veinte paletos y unas cuantas mujeres tan feas como extremadamente zafias.

—Ten paciencia; en Madrid hallarás una honrada, bella y cariñosa.

—Muchas gracias por el obsequio; ya haré méritos para que mi señor el duque no me condene al infierno. Vuestro cutis se presenta ya tan blanco y fino como lo hizo Dios. ¿Qué traje?

—No hay mucho que elegir, Ros; el de color, con el único ferreruelo que tenemos.

—Sentaos y empecemos.

Osorio se dejó poner calzas de seda, gregüescos y chupa de raso, gola blanca, la espada, el ferreruelo y una gorra con pluma encarnada, dando con esto por terminadas sus galas.

—Bien,—exclamó arreglándole el bigote y la perilla su leal sirviente;—con traje tan sencillo lucen más las formas, color y belleza, que la suerte, pródiga con vos, os concedió.

—No adules y abrevia.

—Dire la verdad, y ya estáis. Si Margarita no se prenda de vos, juraré que carece de gusto.

—Sal, y en cuanto venga un emisario...

—Entiendo.

—Procura que no entre el patrón.

—Lo haré.

Diez minutos más tarde volvió Ros, diciéndole:

—Amo mío, llegó un embozado, se encerró con Carlos, y al poco tiempo ha salido éste diciendo que tiene necesidad de hablar con vos.

—Está anocheciendo, y no hay inconveniente en que pase; cierra ese balcón, y embozado con el ferreruelo, notará el cambio de traje, pero no el de color y fisonomía. Así. Que entre ahora.

Partió el criado, presentándose al poco tiempo el patrón de la casa.

—Jacobo, ¿dónde estás?

—Aquí.

—Te tienen casi á oscuras...

—No importa. ¿Qué ocurre?

—Muy bien; pareces un señor: entiendo, pero no me lo explico todo.

—¿Me dices lo que acontece?

—Ha venido el confidente de S. M. con orden de llevarte al castillo; mas la reina no debe estar...

—¿Y eso qué importa: soy acaso el duque de Guisa?

—Explícame el misterio, porque tú aguardabas sin duda que te viniesen á buscar.

—¿Eres reservado?

—¡Quién lo duda! Ya sabes que no puede haber secreto entre los dos.

—Acércate más. La última vez que estuve en París conocí una dama...

—¿De la reina?

—Sí.

—¿Cuestión amorosa?

—Claro es.

—Ya; esas grandes señoras gustaron siempre de músicos y poetas.

—¿Nada más?

—Y de todo el que, como tú, es buen mozo, atento y reservado.

—No olvides esa última cualidad.

—Lo que no me explico es la clase de enviado...

—Esos confidentes sirven por oro, y habiendo de él, obran como autómatas.

—Es un caballero.

—Y la que lo manda una dama á quien obedece sumiso.

—Qué suerte, chico. No es extraño; manejas la lira, la pluma y la espada...

—No le hagamos esperar.

—Sígueme.

—Espera; dile que le aguardo en la calle.

Y bajó el duque, quedando en el portal, embozado hasta los ojos en su ferreruelo.

No tardó en oir pasos y acercarse á él un caballero alto, bien portado, que le preguntó:

—¿Sois el que esperan?

—Sí.

—¿Quién?

—Su majestad.

—Seguidme.

Y dirigiéndose al castillo, dieron la vuelta al muro hasta llegar á una puerta pequeña de hierro que abrió el emisario, volviendo á cerrarla.

Era ya completamente de noche, y por esta razón prendió fuego á una linterna el guía del duque, á favor de la cual atravesaron varios subterráneos llegando por fin á una escalera de caracol que condujo al piso principal del castillo. Todavía cruzaron dos pasillos y otras tantas galerías, y detenido en un salón, á cuyo extremo se detuvo el enviado, diciendo al duque:

—Detrás de esa cortina está la cámara de S. M.; yo aguardo aquí vuestra salida, para conduciros por el mismo camino que hemos traído.

—Sentaos, y tened paciencia, porque tardará en volver.

Y anduvo hacia delante, entrando en otro salón. Allí estaba sentada S. M. con una dama al lado. Osorio dejó la gorra en un sillón, hizo una reverencia á María, y sacando una carta, la dijo:

— Se leerán el principio del primer párrafo y el del segundo.

«Duque, respeta mi silencio.»

«¡Basta! ¡basta! te debo mi felicidad, mi vida y mi honor de caballero.»

Dejó de leer Flaviano, añadiendo de palabra:



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo 4 y 6. Madrid.

« Duque, respeta mi silencio..... »
— ¡Basta! ¡basta! te debo mi felicidad, inimitable caballero.

—Sí.

—¿Quién?

—Su majestad.

—Seguidme.

Y dirigiéndose al castillo, dieron la vuelta al muro hasta llegar á una puerta pequeña de hierro que abrió el emisario, volviendo á cerrarla.

Era ya completamente de noche, y por esta razón prendió fuego á una linterna el guía del [illegible] á favor de la cual atravesaron varios [illegible] llegando por fin á una escalera de caracol que condujo al piso principal del castillo. Tres veces cruzaron dos pasillos y otras tantas galerías, y entraron en un salón, á cuyo extremo se detuvo el enviado, diciendo al duque:

—Detrás de esa cortina está la cámara de S. M., yo aguardo aquí vuestra salida, para conduciros por el mismo camino que hemos traído.

—Sentaos, y tened paciencia, porque acaso os vuelva.

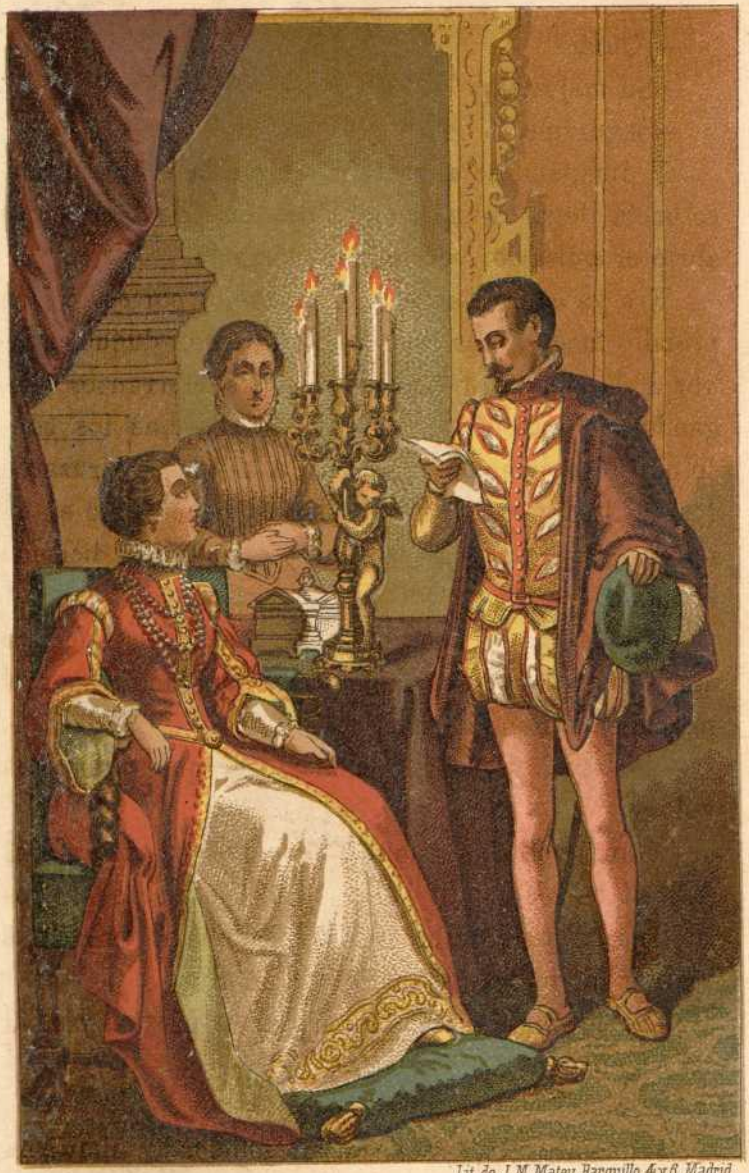
Y anduvo hacia delante, entrando en otro salón. Allí estaba sentado S. M. con una dama al lado. Otra [illegible] la puerta en un sillón, hizo una reverencia á M[illegible] sacando una carta, la dijo:

—Se lea[illegible] principio del primer párrafo, y en el del segundo.

«Porque, respeta mi [illegible]

«¡Hasta! ¡hasta! se debe [illegible] caballero.»

Dejó de leer Flaviana, añadiendo de memoria



Lit. de J.M. Mateu, Barquillo, 4 y 6. Madrid.

« Duque, respeta mi silencio..... »
— ¡Basta! ¡basta! te debo mi felicidad, inimitable caballero.

—Uno á este escrito el nombramiento de que tuve la honra de hablar ayer á V. M., rogándole se digne pasar por ellos su augusta mirada.

—Repito lo que en esa carta: basta, basta, inimitable caballero.

Y dirigiéndose á la dama que había á su izquierda, añadió:

—Retírate, procurando que nadie se acerque á este salón.

Cuando fué obedecida, dijo á Osorio:

—Siéntate.

Aun cuando he solido merecer de algunos monarcas esa insigne honra, ruego á V. M. me permita permanecer en pie.

—¡Qué locura! Tenemos por nuestra toda la noche; mi jaqueca desapareció por completo, nadie nos puede interrumpir, juzgo que nuestra entrevista será larga y quiero que estés sentado junto á mí.

—Obedezco á V. M.,—replicó el duque.

Y guardando los papeles que aún conservaba en la mano, colocó un sillón frente á Margarita, ocupándolo acto continuo. Los separaba una mesa que contenía recado de escribir y un hermoso candelabro con seis velas de cera, que, en unión de dos arañas, prestaban claridad y brillo á la cámara. Flaviano se presentó grave, mesurado y circunspecto; por el contrario, la reina demostraba alegría, satisfacción y vivos deseos de hablar con el duque. Éste la miró fijamente, y leyendo lo que pasaba en su alma, la dijo:

—Señora, me traen á Francia, no sólo el deseo de

dar libertad á mis dos hermanos Núñez de Lara y Mendoza, prisioneros de guerra por una vileza sin igual, si que también la idea de arrancar á este mísero país de la anarquía en que yace. No debe extrañar á vuestra majestad mi conducta, si recuerda lo que realicé en Dreux, en Venecia, Malta y otros países donde sufría la humanidad y no eran Estados de España.

—Nada me admira en tan valiente y cumplido caballero; mas ignoro qué puedo yo hacer en obsequio de tan elevado pensamiento, prisionera en Ussón y sin influencia alguna con mi esposo.

—Mucho; mi plan está madurado con criterio y sensatez, y lo llevaré á cabo sin duda alguna, si vuestra majestad me presta su ayuda y protección.

—Creí en verdad, duque, que veníais á otra cosa á este castillo.

Y la reina miró á Osorio fijamente; aquél comprendió cuanto envolvía la frase, y más hábil que todas las reinas del mundo, contestó:

—Me traen aquí muchas; pero he creído deber empezar por la que más interesará á V. M. y á la Francia.

—¿Conque te traen muchas cosas?

—Sí, señora, y teniendo la noche por nuestra, juzgo que habrá tiempo para todo.

—Y el día de mañana.

—Pues entonces me doy la enhorabuena.

—Mejor que hablar de política y ocuparme de asuntos y de intrigas, escucharía tu canto, versos y frases que sólo á ti es dado pronunciar; mas si lo crees indispensable, principia por explicarme tu intento.

—Obedezco á V. M. Vuestro esposo Enrique de Navarra pelea día y noche por afirmar en sus sienes la corona que le dejó vuestro hermano Enrique III; pero se oponen al logro de sus deseos el gran partido católico de Francia, el poderoso rey de España, Su Santidad, parte de Alemania y media Europa, en fin, que acabarían por arrojarlo de este país, si el príncipe de Italia y yo lo consintiéramos.

—¿Dónde está Silva?

—Unido al duque de los Andes, al conde de Santomera y á muchos jefes del bando católico, camina hacia París.

—Entonces, duque, venís por una corona que há tiempo pretende vuestro rey Felipe II. Sé franco conmigo.

—Juro á V. M. por mi honor que dije la verdad.

—Ahora te creo; sin embargo de lo cual, no veo medio ni posibilidad alguna de que se pase á los hugonotes el partido católico, compuesto de la mayoría de los franceses.

—Cierto; pero entra en mi plan justamente lo contrario de lo que acabáis de expresar.

—Explícate.

—Vuestro esposo cuenta con el ejército, que no es hugonote ni católico; le obedecen además ciegamente todos los caudillos que siguen su bandera, los cuales harán lo que su rey les mande, siempre que los deje estacionarse en el poder. ¿Es cierto?

—Exacto.

—Pues bien; yo traigo conmigo una bula de Su

Santidad; en vista de ella y con la ayuda de Dios, abjurará vuestro marido, y hecho católico todo habrá concluído.

—La idea es admirable, como tuya, mas no me explico qué papel puedo yo representar en esa intriga.

—El más importante.

—Imposible.

—Siento contradecir á V. M.; pero bastan dos palabras para convencerla.

—Las oiré con gusto.

—V. M. fué siempre católica.

—A ti no te lo niego; aun cuando en ocasiones dadas aparenté otra cosa, obligada por mi esposo, jamás pudieron convencerme Lutero ni sus míseros secuaces.

—Lo sabía, como también que Enrique de Navarra estuvo y continúa enamorado de su bellísima esposa.

—Dicen eso, sin perjuicio de lo cual, me tiene en un castillo como ves.

—Pero bien comprende V. M. que no es el odio lo que le aconseja, sino los celos.

—Volvamos la hoja, duque.

—Si obedeciera á V. M., todo mi plan vendría abajo.

—¿Qué pretendes?

—Quiero, señora, destruir esos celos; os llevará inmediatamente á su lado, y más enamorado que nunca, mandará en su corazón la reina Margarita.

—¿Qué voy yo ganando con eso?

—Ya sé que le aborrecéis; pero antes que V. M. son la religión y la felicidad de Francia. Me ayudáis á

que abjure, y cuando tenga trono y poder, entonces os será fácil solicitar un repudio, vista la esterilidad de vuestra majestad y la conveniencia de tener un sucesor.

—Gran talento demuestras, duque, lo declaro con placer; mas no creo que llegue á ser bastante para arrancar los celos que aumentan, crecen y se multiplican en el corazón de Enrique. No le quiero, es verdad; me lo impusieron como marido mi padre y mi hermano, é incliné la frente, tolerando su yugo ínterin me fué posible; pero resuelta un día á preferir un encierro, menos molesto para mí que sus palacios y trenes. No obstante lo expuesto, en bien de la Francia y de la religión que profeso, me sacrificaría otra vez, siempre que tú te encargases de destruir sus celos, lo cual juzgo de todo punto imposible.

—Acepto.

—Osorio, tu plan es grande, magnífico, sorprendente; mas tiene una parte irrealizable, y esa es la que concluyes de aceptar.

—¿Y si os demuestro lo contrario?

—Si fueras capaz de hacer ese milagro, y mi esposo me llama, te juro convertirme en el tiempo que esté á su lado en instrumento de tan grandiosa idea.

—Pues oidme: tiene el duque de Guisa una caja de oro guarnecida de brillantes, por la cual ofrece Enrique IV, vuestro marido, el mil por ciento de lo que vale.

—¿Qué contiene, duque?—preguntó la reina sorprendida.

—Varias cartas de las que han hablado al rey, y tanto le interesa su contenido, que anhela vivamente poseerlas.

—¿Quién las firma?

—Una dama muy elevada, cuyo nombre no osaré nunca pronunciar.

—¿Qué dice en ellas?

—Habla de amores, ofrece mucho y da algo más que esperanza.

—¿Cómo podría llegar á noticia del rey tan escondido secreto?

—Un criado del duque de Guisa, aficionado al oro, se vendió al monarca francés; Guisa lo supo á tiempo, y pudo impedir que le robasen tan precioso tesoro, pero no evitó el que su desleal sirviente le entregara á su rival copia de las citadas cartas.

—¿Cómo pudo sacarlas?

—Era hombre en quien Lorena depositó tiempo atrás toda su confianza; abusando de ella, las leyó un día, retuvo en la memoria su contenido, y siéndole imposible vender los originales, entregó las copias, si no idénticas, parecidas

—¿En dónde aprendiste todo eso, duque?

—En Nápoles, poco há, siendo virrey.

—¿De qué medio te valiste?

—Se encuentra allí, restableciéndose de una larga y penosa enfermedad, un amigo y partidario de vuestro marido, al que yo no conozco, pero del que es íntimo el gobernador de dicha capital

—¿Y por segunda mano?...

—Claro es; de ese modo jamás conocerán mi intriga otros seres que V. M. y yo.

—Dime, duque: ¿qué tiene que ver esa caja de oro y las cartas que guarda con los medios de curar los celos de mi esposo?

—Mucho; con ella pienso sanar por completo al rey.

—Explícate.

—V. M. tiene gran memoria; es una de sus muchas y bellísimas cualidades. ¡Debéis tanto á la Providencia!

—Gracias; hasta enredado en los asuntos más arduos eres galante y cortés como pocos hombres.

—Vuestra bondad, señora, pretende, sin lograrlo, sobreponerse á vuestra belleza. ¿Continúo?

—Sí.

—V. M., decía, retiene de seguro en su mente el contenido de esas cartas. ¿Es cierto?

—Acaso; pero no comprendo...

—Yo os lo explicaré. V. M. escribe otras idénticas, cambiando en cada una algunas frases que destruyan lo que motivan los celos de vuestro esposo. Basta á veces con poner *no* donde decia *sí*...

—¡Ah!.. ¿Qué más?

—Lo que un torpe sirviente pudo interpretar cuestión amorosa, cambiando algunos verbos, aparece como una intriga política ó religiosa.

—Voy comprendiendo la idea, y veo, duque, que has estudiado muy á fondo el gran pensamiento que te propones. ¿Qué harías luégo que yo te diese el equivalente, variado por supuesto, á las cartas que conserva Guisa?

—Con ellas vería al duque, le pediría la caja de oro, y después que hubiese quemado su contenido, pondría en su lugar las nuevamente escritas, y se las vendería á vuestro esposo Enrique IV.

—Conozco mucho á Lorena, y me consta que se negaba á entregártelas.

—Ciertamente; pero como parto del supuesto que V. M. se lo mandaría...

—Así y todo es posible que no accediera.

—Si tal osara, si después de comprometer con torpe imprudencia á la más bella de las reinas, la desobedeciera, intentando conservar en su poder la prueba de una deshonra que la pierde, entonces el vencedor de Nápoles le arrancaría la caja como él suele hacer esas cosas. Debe el caballero sacrificarse siempre por su dama, nunca exponer una honra más interesante que la propia.

—Duque, cuentan de ti que tuviste los lances amorosos con envidiable profusión; añaden que quisiste con loco frenesí, y es natural que en alguna ocasión retuvieras las cartas de tu adorada.

—Nunca jamás; en el acto de recibirlas besaba las firmas, las letras, grababa su contenido en mi corazón, y rompía el mísero papel que ponía en peligro el honor de una dama.

—Llevas encima un escrito mío.

—Cierto; pero no contiene una sola frase amorosa; por eso lo conservo; los demás fueron quemados en el acto.

—Duque, me interesa mucho la suerte de Guisa, y

la verdad es que si se obstina en no darte las cartas, positivamente lo matas.

—Es indudable.

—Eso no puedo yo consentirlo.

—Señora, á la orden de V. M. añadiré razones tan poderosas y convincentes, que será preciso toda la villanía que abarca el más inicuo de los hombres para negarse á mi deseo, en cuyo caso debo atravesar su corazón por ingrato y desleal á una mujer que no merece, y de la que yo conservo títulos indisputables para constituirme en su noble campeón.

—Eso es cierto; tú adquiriste derechos que no han caducado aún.

—Ni deben desaparecer jamás.

—Al contrario, pudieran aumentarse.

—Sin duda alguna; creo, es más, estoy seguro que el duque me entrega las cartas sin gran dificultad.

—Pienso que á un hombre tan caballero como tú no debo impedirle que obre como le aconseje su conciencia. Mira, conservo los borradores, y quiero que tú los corrijas, seguro de que extenderé las cartas á medida de tu deseo.

—Sublime imprudencia que os pudo comprometer más de lo que estáis, y os va á salvar. ¿Conque aceptáis mi plan?

—Por completo. Anhelo salir de Ussón, ir á París, verte á menudo y ocupar mi puesto en la corte. Estos muros, las montañas que me rodean, cuanto veo, oigo y siento, me abruma, entristece y molesta, Osorio.

—Lo comprendo perfectamente; un nido de golondrinas es indigno de reina tan bella, entendida y adorable.

—¡Cuánto he llorado, duque! Compadecida de mí la Providencia, te ha mandado á Ussón.

—Será así, reina mía; pero me enseñó un camino que atravesé paso á paso, sintiendo la fatiga, el polvo, cansancio, insomnio y hambre. Y como si esto fuese poco, tuve que hacerme lado hiriendo católicos y derribando hugonotes.

—¿Cuántos erais?

—Seis pobres músicos y un guía, doce pistolas y unas cuantas dagas. Yo no vengo á veros en brioso alazán, seguido de numerosa escolta y diciendo á todo el mundo «soy un poderoso que hace alarde de comprometer á una dama que no merece».

—Flaviano, te refieres á Guisa, y de antiguo sé yo que vales mucho más.

—Como hombre no, como caballero sí.

—De todos modos, y muy particularmente escribiendo versos, galanteando y haciendo oir tu voz.

—¿Tiene V. M. inconveniente en darme esos preciosos borradores?

—Hay tiempo de sobra.

—Señora, para salvar la honra de V. M. me faltan intantes, y juro á Dios no emprender cosa alguna hasta veros al lado de vuestro marido.

—¡Fatal promesa!

—Cuando os devuelva el honor que intentan arrancaros casi todos los hugonotes y una gran parte de los

católicos, entonces, reina mía, será otra cosa. Hasta que llegue ese feliz momento, es inútil que nadie, absolutamente nadie, pretenda lo contrario.

—¡Con qué entusiasmo lo has tomado!

—Tengo una deuda atrasada con V. M., y soy agradecido.

—Tú no querrás salir de aquí mañana.

—Si pudiera ser, esta misma noche.

—¡Vaya una prisa!

—Señora, la Francia es hoy un lago de sangre humana, y vamos entre los dos á evitar que siga corriendo; vuestro nombre sirve de befa y escarnio á la corte y entre el pueblo, y pienso elevarlo más alto que el de ninguna francesa; las iglesias católicas están siendo profanadas, muertos los ministros del altar, y convertido vuestro país en un caos que no es posible ver con sangre fría, teniendo religión, alma y poder. ¡Llegué aquí desafiando los peligros, la muerte, y en verdad que no he descansado, no duermo, no como, pero sufro, mi corazón padece y mi sér!...

—Basta, basta, duque; me asustas; supiste hablar á mi corazón, y he vuelto á ser reina. Espera. En este armario hay un secreto que abro, y en él otra caja de oro parecida á la del duque de Guisa. Hé aquí la prueba. Tómala; dentro hallarás los escritos de Lorena y los borradores de las contestaciones que le di.

Flaviano la cogió, vaciándola sobre la mesa. Después preguntó á la reina:

—¿No tiene V. M. cartas de su marido?

—Sí, por aquí andan esparcidas unas cuantas.

—Os suplico, señora, que las reunáis y me las deis.

—¿Quieres leerlas?

—No, señora, y tenga en cuenta V. M. que sólo anhelo su dicha.

—Trece hay.

—Muy bien.

—¿Qué pretendes?

—Colocarlas en esta caja que acaba de entregarme vuestra majestad, rogándole que la guarde en ese mismo armario, pero no en el secreto.

—¿Qué intentas?

—Empezó el desarrollo de nuestra intriga, y es preciso un cambio completo.

—¿Qué vas á hacer con las del duque de Guisa?

—Un auto de fe.

—Ya; como se practica en tu país con los desgraciados presos.

—Perdonad; allí sólo mueren quemados los impíos que no se arrepienten ni se encomiendan, y reputados grandes criminales merecen que se les prive de la existencia de esta ó de otra manera, pues aun cuando varíe la forma el resultado es igual.

—¿Qué vas separando?

—Las cartas de Lorena.

—¿No las lees?

—No, señora; me molestaría su contenido, y no soy, por otra parte, curioso.

—Me alegro.

—Ahora el auto de fe, con permiso de V. M.

Y acercándose á la chimenea, las prendió fuego,

sin separarse de allí hasta que las vió convertidas en ceniza, no quedando de ellas un solo átomo de papel.

Seguidamente comenzó á enterarse de los borradores, variando muchas palabras, pero sin suprimir nada. El duque empleaba en esta operación todo su talento y sagacidad, logrando que, casi con las mismas frases, lo que era en su orígen una cuestión amorosa, cambiase en política y de religión. De este modo se presentaba la reina ante su esposo como mujer fanática, pero de ninguna manera perjura ni criminal. La encarnizada lucha de los dos partidos, las continuadas traiciones y alevosías, los engaños de la mujer al marido y *viceversa*, por ser el uno católico y el otro protestante, y la tenacidad de sostener cada cual su creencia, valiéndose de todos los medios que les sugerian sus descompuestos cerebros, justificaban sobradamente á la reina Margarita en el cambio que debía dar por resultado el plan de nuestro hábil español. Bien sabía Osorio que Enrique IV, enamorado de su mujer, se apresuraría á perdonarle el que fuese católica y hasta el que hubiese conspirado contra él, siempre que no apareciese infiel á su cariño y menos adúltera. Como quiera que los hugonotes y católicos se odiaban de muerte, no debia extrañar Enrique tampoco la indiferencia de su esposa y aun el desapego y abandono que demostró. Era un juego tan diestro, cuanto que entraban en él monarcas y hombres de mucho valer, sin que acertara á comprender ninguno la principal idea, móvil é intento de su sagaz autor. Todo eso y más era preciso para que el

duque lograra salvar á sus hermanos, encerrados en la inexpugnable torre de Ibrí.

Margarita miraba en estos instantes á Osorio como al sér más privilegiado de la tierra; leyó las variaciones introducidas en los dos primeros borradores, creciendo su asombro ante un talento que con justicia la maravillaba. Luégo, sensible, voluptuosa y de conciencia elástica, se fijó en el cutis de Flaviano, en lo sedoso de sus bigotes, en la blanca y depejada frente de donde brotaban tan sublimes ideas, en lo varonil de su figura; trajo á su mente lo esbelto, negligente, gracioso y simpático del caballero, el timbre y dulzura de su voz, lo apasionado y arrebatador de sus versos, y exhalando un suspiro, que sólo ella oyó, dijo para sí:

—Vale más que Guisa, mucho más; su fama no miente, y yo, que le conocí á fondo, sé que es incomparable, que no admite rival, que... que... Es incuestionable que logrará su intento, como también el que yo lo retendré en París el tiempo que quiera; muchos años, muchos. Interin, esperaré; trabajo me ha de costar; pero es tenaz, la idea que se propone santa, y no debo disgustarle: paciencia, corazón, paciencia; lates muy de prisa, y es preciso para que reines que imites la calma y valor de ese *invencible* que tenemos delante.

La reina había dicho la verdad en todo, menos en aquello de «lo retendré en París el tiempo que quiera». Contra esa idea pensaba Flaviano dejar á sus hermanos en libertad, á Enrique en el trono de Francia junto á su mujer, corriendo él en seguida á Madrid,

en busca de una esposa á la que había jurado lealtad; y quien no faltó á su promesa ante Syra, Angelina y otras, era imposible que le obligara á ser perjuro una reina, amiga íntima del duque de Guisa, el cual vendió á sus hermanos Mendoza y Núñez de Lara.

Tardó más de una hora en leer y corregir los borrabores; después redactó una carta para Lorena y un salvoconducto mandando á los católicos y hugonotes que dejasen libre el paso á siete músicos que merecían su aprecio, consideración y un puesto entre los individuos de su servidumbre. Como era católica y esposa á la vez del jefe de los protestantes, claro es que con aquel documento podía atravesar la Francia sin impedimento alguno.

Cuando hubo concluído, se los dió á la reina Margarita, diciendo:

—Ruego á V. M. lea mis enmiendas y estos dos borradores, y los ponga en limpio, si aciertan á merecer su regia aprobación.

—Es inútil; aceptado tu plan, nada puede ofrecerme duda ni vacilación. ¿Cuándo los copio?

—Entre esta noche y mañana.

—¿Tan pronto vas á partir?

—Deseo hacerlo después de daros á la misma hora que ayer la serenata de despedida.

—Bien; de no quedarte algunos días, como hubiera deseado, conviene que marches lo más pronto posible; de ese modo nos veremos antes en París.

—Eso deseo con loco entusiasmo.

—Yo también.

—Pero no tanto como aquel caballero que desde hace diez años os conoce y admira.

—Hablemos de otra cosa. Acepto la serenata, y antes de anochecer te mandaré las cartas.

—¿En paquete sellado y lacrado?

—Por supuesto.

—Recordad al leal servidor de Guisa, vendido luégo á vuestro esposo, y como consecuencia de esto causante de la prisión que sufrís.

—¿Con qué nombre se te conoce aquí?

—Con el de Jacobo de Guzmán.

—Alianza noble, desinteresada y eterna.

—Pertenezco á la reina Margarita, y si hasta ahora ninguna dama tuvo queja de mí, es imposible que yo diera motivo en contrario á la más bella de las reinas.

—¿Te levantas?

—Marca ese reloj las dos de la mañana.

—Han trascurrido siete horas como ráfaga eléctrica.

—Para mí deliciosa, encantadora, sublime. ¿Me permite V. M. que bese su mano?

—No me dirigías esa pregunta hace diez años. Tómala.

—Cuando ocupéis la mitad del trono de San Luis y arranque de esa hermosa frente la sombra que estampó... el nombre no hace al caso; entonces, que podréis sonreir con la cabeza erguida, seré esclavo de Margarita. Beso los pies de vuestra real majestad.

—Y la mano. Adiós, duque. Abrevia, si no quieres que muera de impaciencia.

—Nos volveremos á ver...

—¿Cuándo?

—Antes de un mes.

—¡Quiera Dios que no te equivoques!

—Él me ayude, vele por V. M. y la siga inspirando como esta noche.

—Gracias.

—Las acepto porque le sobran á V. M.

—Hoy dudo de tus galanterías.

—En París cesarán las vacilaciones.

—Sácame pronto de esta torre.

—Lo ha de sentir Canillac.

—También te dijeron... Marcha, Flaviano.

La reina exhaló un suspiro, el duque le hizo la última reverencia, y salio del castillo, cubierto hasta los ojos, acompañado de su anterior guía, y por el sitio privado que entró.

Sigámosle.

CAPITULO XIII

Preparativos de marcha.—La segunda y última serenata. Sorpresa.—El camino de París.

El duque del Imperio dejó el castillo de Ussón, dirigiéndose á su morada ensimismado y pensativo. Un momento antes de llegar á la puerta de su casa se detuvo, exclamando para sí:

—La intriga empieza á desarrollarse con éxito prodigioso; la reina aceptó mi plan sin imponer condición alguna, y aun cuando abriga loca esperanza, cuando todo haya concluído desvaneceré la ilusión que esta noche me vi obligado á alimentar. ¡Ah, príncipe de Italia! me parece vislumbrar ya un porvenir en el cual se apagará tu indisputable genio ante la antorcha que me prestó aquel santo en los alrededores de Nápoles. Estoy satisfecho; ahora durmamos.

Y embozándose hasta los ojos, llamó á la puerta de su vivienda, no tardando nada en abrir. En el portal,

y á la opaca luz de una linterna, vió á Carlos Bonet, á León Lambert, á Zalla y cuatro compañeros restantes.

—¿Os ha ocurrido algo?—le preguntaron todos á la vez, demostrando impaciencia y desasosiego.

—No, amigos míos,—les contestó el duque;—y os agradezco vuestro interés por mí.

—¡Ya!—añadió Bonet;—habrás estado en el castillo hasta ahora...

—Al contrario, no llegué á entrar en él.

—¿Qué dices?

—S. M. la reina regresó cuando yo salía de casa, por efecto de una terrible jaqueca.

—¡Jaqueca! No puede ser.

—¿Por qué? Alguna vez la ha de sufrir.

—Cierto; pues yo no he recibido aviso alguno ni lo espero en mucho tiempo.

—Enfermó de veras.

—¿Pero es cosa de cuidado?

—Tanto como eso no, y en prueba de ello, que no ha querido privar á su comitiva de la cacería dispuesta.

—Comprendo; de ese modo cuando llegue la ocasión nadie sospecha... ¡Qué talento tiene S. M.!

—Señores, deseo descansar.

—Oye, ¿dónde diantre has estado hasta las dos de la madrugada?

—En un paraje que desconozco, tomando apuntes para mi historia.

—¿Quién te los dió?

—Un palaciego que se mostró conmigo muy atento, bondadoso y cortés.

—El que te llevó.

—No lo niego ni lo afirmo.

—¿Por qué te embozas de ese modo?

—Está fresca la noche.

—En casa no hace frío.

—Yo lo tengo, y me lo voy á quitar en cama. A dormir, señores.

Y cada cual se retiró á su lecho, buscando en él el reposo que necesitaba.

La cama de Zalla fué puesta paralela á la del duque y á dos varas de distancia; el buen maestre ayudó á desnudar á su jefe, con más cuidado y cariño que lo hubiera hecho Ros. Luégo lo verificó él, cerrando antes la puerta y retirando la luz á un extremo de la habitación. Cuando estuvo metido en cama, preguntó á Osorio:

—¿Es cierto lo que contestasteis á Carlos?

—No; tuve necesidad de desorientarlo, por muchas razones que se os alcanzarán fácilmente.

—¿Visteis á la reina?

—Sí.

—¿Estuvo muy exigente?

—Algo.

—¿Quién venció?

—La constancia y la virtud.

—Entonces fuisteis vos el dueño del triunfo. ¿Es hermosa?

—Como la bella ilusión.

—¿Altiva?

—Un poco.

—¿Desdeñosa?

—No.

—¿Atrae?

—Como el imán al acero.

—¿Cautiva?

—Es un pirata más terrible que Abancay.

—¿Con talento?

—Privilegiado.

—Habréis sufrido mucho, señor.

—Nada, don Alvaro; fuí poco á poco combatiendo ideas, vencí dificultades, y al final todo era mío; mas sólo cogí lo que necesitaban mis hermanos, la humanidad que gime y lo que es dado tomar á un caballero.

—¡Bravo! Es decir que nuestros asuntos marchan...

—Según las formas que usa vuestro cuñado, viento en popa ó de bolina.

—¡Falta nos hacía, pardiez; cuidado con las cincuenta leguas que anduvimos á escape tendido y la cantidad idéntica que atravesamos paso á paso, encallecidos los pies, fatigosos los pulmones, debilitada la materia y afligido el espíritu!

—Zalla, aun cuando mi plan avanza admirablemente, nos queda todavía que recorrer la Francia, y en verdad que no es posible concebir y menos adivinar las desgracias, sinsabores y disgustos que nos reserva el destino antes de concluir.

—Cómo ha de ser; los arrostraremos con frente erguida y corazón de bronce, sin exhalar un suspiro,

aun cuando nos sorprenda la muerte en medio del camino. ¡Ay, mi pobre Syra y mi Alvarito!...

—Durmamos, maestre, durmamos, que si no temo perecer, me abruma la idea de lo que padecen por nosotros en Madrid.

—Tenéis razón; el sueño es un bálsamo que cura las enfermedades del alma por largos intervalos.

—Sí; como paliativo forma el antídoto de las penas y amarguras.

—Mis ojos se cierran ya.

—Y los míos. En cuanto despertéis, vestíos, y que entre Ros.

—Bueno; me embriaga Morfeo.

Y ambos fueron presa de un sosiego que duró el resto de la noche.

A las siete abrió los ojos don Alvaro, y comenzó á vestirse sin despertar al duque. Cuando hubo concluído, hizo levantar á Ros, dejándole encerrado con su amo, mientras él entretenía á León y á Bonet.

Solo el leal sirviente con su amado señor, le preguntó:

—Amo mío, ¿queréis dormir más?

—No, á fe mía. ¿Qué hora es?

—Aún no han dado las ocho.

—Muy bien; vuelve á barnizarme, cargando la mano cuanto puedas.

—¿Tornáis á ser músico?

—Sí.

—Poco ha durado el intermedio. ¿Visteis á S. M.?

—Abrevia y no me lastimes.

—¡Qué compasión de cutis; tan fino, tan blanco!

—Procura que dure un mes.

—¡Vaya una jornada!

—Será larga y buena.

—Mejor. Ahora no estaréis descontento de mí.

—Al contrario, me hallo muy satisfecho. ¿Qué edad tiene el niño de Carlos?

—Tres años.

—¿Es bonito?

—Regular.

—¿Y la madre?

—Poca cosa; alta, delgada, rubia, con ojos azules y treinta abriles. ¿No la visteis ayer?

—Sí, pero no me fijé. ¿Hablaste con ella?

—Lo que es en esta ocasión se estrella vuestro gran talento; amo mío, es gascona, y aun cuando yo poseo el francés, como sabéis, no la entiendo ni me comprende.

—¿De qué quisiste hablarla?

—De la comida, de su hijo y del marido.

—Por ahí se empieza.

—Lo hice sin intención alguna y con menos resultado, pues á todo me contestaba *no comprendo*, *no sé*. ¡Ay, señor, el recuerdo de aquellas napolitanas, de aquellos ojos negros; qué talles; qué epidermis!

—¡Bergante, que me untas también la camisa!

—Verdad es, señor; me entusiasmo al pensar en aquel ejército de sublimes odaliscas.

—Bien dado está el nombre; en el palacio Vignati tuviste un serrallo.

—¡Ay! es cierto.

—¡Bribón!

—Debilidades masculinas, amo mío.

—Cuando entonces no te imposibilité...

—¡María Santísima! Me horroriza la idea.

—¡Pero si vuelves á tu antigua costumbre!...

—Esa era peor que la boda; vuestras ideas de Francia son más crueles que las de Nápoles.

—No; probablemente ocuparemos el tiempo que permanezcamos aquí de modo que no puedas emplear tus mañas.

—Quién sabe; me enseñasteis á cogerlas al vuelo, y para tan buen cazador, no hay carrera posible.

—Que te sorprenda yo, y has hecho un verdadero negocio.

—Todo podrá ser; que si yo veo crecer la hierba, vos lo sentís, y el que fué cocinero antes que fraile...

—Abrevia, charlatán.

—Tercera mano de unto, y concluyo dándole una estabilidad de treinta días.

—Ahora mi traje de músico calabrés. ¿Lo limpiaste ayer?

—Sí, señor.

—Enrosca la espada y haces de nuevo las maletas.

—¿Cuándo partimos?

—Esta noche. Díselo á Gabriel y á Zalla para que estén dispuestos. Cuando termines me mandas á León, entreteniendo á Carlos para que al salir el uno pueda hablar con el otro.

Quince minutos después, convertido nuevamente

el duque en color y traje en músico italiano, se sentaba junto á Lambert, diciéndole.

—Buenos días, amigo mío: ¿se va entibiando tu pavura?

—Con el tiempo, y siguiendo á vuestro lado, acaso logre desterrar una parte de ella. Noto que tenéis esta mañana la frente más oscura que ayer.

—Iba embozado en un ferreruelo, y por eso te pareci más blanco.

—Y que era de terciopelo.

—Sí.

—Con calzas de seda.

—Déjate de comentarios, y vamos á lo que interesa.

—Preciso es convenir antes en que sois un gran señor.

—Olvídalo, si estás bien con tu vida.

—Vaya si lo estoy; por nada en el mundo la daría.

—Puede quitártela una bala ó la punta...

—Sí, de la espada que llevabais anoche. ¿Dónde demonios la escondéis? Porque en vuestra maleta...

—Me la prestó el diablo, y por esa razón no sale una vez de la vaina que no mate.

—¡Santa Inés! ¡Haga el cielo que esté siempre escondida!

—Vamos á lo que urge. ¿Será posible encontrar en este pueblo siete caballos?

—Ya lo creo; muy cerca tenemos la cría del señor duque de Guisa, donde hay más de cien potros.

—Que me place. Compras el número que te he dicho, arreos de camino, y los llevas á esa pequeña po-

sada que hay á la entrada del lugar. Ros es muy inteligente, te acompaña, abonando en el acto su importe.

—Ocurre una dificultad, Mr. Guzmán; yo hace treinta años que monto, pero siempre lo hice en jacos que ocultaron la edad. ¿Comprendéis?

—No importa; dile á Ros que te elija uno á propósito para mal jinete, y corre en él tranquilo.

—¿Adónde vamos, señor?

—A París.

—¡San Luis me valga! Nos cogen los hugonotes ó los católicos.

—Les enseñaré un documento firmado por la reina, y nadie se meterá con nosotros.

—¡Conque la visteis anoche! Yo creí que era cierto lo que contasteis á Carlos.

—Lambert, si quieres que haga tu suerte, oye, ve y calla, concretándote además á obedecerme ciegamente.

—Entiendo; como lo verifican los que llamáis compañeros.

—De lo contrario te abandono, haya ó no peligro, ó te inutilizo para que puedas hablar.

—Seré mudo, ciego y sordo. Veo en lontananza de tres á cuatro mil ducados y un nombramiento que me aseguren fortuna, porvenir y tranquilidad, y con la la idea de poseer eso tengo de sobra.

—Esta noche daré una serenata á la reina, llevándome á Carlos; te despides de él al salir, coges los caballos, y nos esperas en el camino de París, pasado el cementerio.

—¿Con los siete?

—Sí, que te acompañen algunos mozos de la posada si tú solo no puedes; luégo los sujetas á los árboles, y despides á los criados para que no logren vernos.

—¿Qué disculpa les doy?

—La primera que se te ocurra.

—Y á Bonet, ¿qué le digo?

—Nada; sales ahora con Ros, haciendo entrar á nuestro patrón, que yo le enteraré de lo que conviene que sepa.

—¿Cargo el morral?

—No; iremos por el arrecife, y nos detendremos á dar pienso y cambiar de caballos cuantas veces sea necesario.

—¡Por el camino real! Mucho me temo una desgracia.

—¡Cobarde! si tanto miedo tienes, márchate á tu pueblo.

—Bastante siento, pero me quedo, y siempre á vuestro lado, seguiré adelante y adelante y sea lo que Dios quiera.

—Sal, obedéceme, y usa de tanta reserva y discreción como necesitamos.

—Hasta luégo.

—Que entre Bonet.

Cinco minutos más tarde asomó la cabeza el patrón, preguntando:

—¿Dormiste bien?

—Sí; siéntate á mi lado.

—Antes un fuerte apretón, compañero de Dreux.

—Con mucho gusto.

—¿Te propones algún fin con nuestra entrevista, ó quieres que hablemos de aquella célebre campaña?...

—¡Ay, Carlos! por desgracia me queda poco tiempo de estar junto á ti, y en verdad que debo aprovechar los instantes.

—¿Qué intentas, hombre? Si es por dinero...

—No, gracias.

—Aquí, como la reina no os dé algo, los restantes son pobres, mas yo parto con mis amigos lo que tengo.

—Ya lo sé; pero Margarita me otorgó la única recompensa á que aspiraba, y no pudiendo sacar otro partido de este lugar, marcho á París, donde ganaré mucho, tomando los apuntes que necesito para la historia que he de escribir.

—Verdad es; aquella es la fuente, y un cantante y escritor como tú no debe permanecer aquí mucho tiempo. ¿Cuándo partes?

—Esta noche.

—Hombre, eso es demasiado pronto.

—Quiero aprovechar la tregua de los grandes ejércitos, y entrar en la capital antes del gran acontecimiento que se prepara.

—¡Alguna batalla tremenda!

—Claro es.

—¿Y á qué hora es la marcha?

—Tarde; á las diez daré la segunda y última serenata á S. M. en agradecimiento del bolsillo que me regaló y atenciones que le merecí; allí nos despediremos, y hasta la eternidad, ó quién sabe.

—Más me valiera no haberte conocido.

—¿Por qué?

—Me amarga esta separación.

—Acaso nos volvamos á ver todavía en época más dichosa y feliz para la Francia.

—Ten cuidado con los hugonotes; al salir de Auvernia los hallarás en el camino, en las posadas y en los pueblos. Enrique III tuvo por conveniente hacerse heredar de su cuñado el protestante navarro, y la verdad es que todo el ejército se pasó al bando del nuevo monarca.

—No te extrañe; el soldado casi siempre está con los reyes.

— Yo creí que tendría religión, y obediente á sus preceptos, por nada en el mundo defendería otra cosa.

—¿Quién duda que la tiene? Con Enrique III era católico, con Enrique IV es protestante, y andando el tiempo, volverá á lo que fué.

—¡Vaya una creencia arraigada y constante!

—El soldado, amigo mío, obedece á su jefe y éste á su general; los últimos caminan siempre en alas de desmedida ambición, y se van con aquel que les ofrece un porvenir risueño, visto por el prisma de las riquezas, los honores y el poder.

—Precioso cuadro; sólo falta en él la figura de Satanás, devorando á sus víctimas.

—Hay, sin embargo, gente de buena fe, verdaderos creyentes, tontos, en fin, como nosotros dos, que profesamos la religión católica en la forma que nos la presenta nuestra madre la Iglesia; es decir, como la

comprendieron los sabios y doctos de la cristiandad, sin otra aspiración que la de servir á Dios y cumplir un deber sagrado. Es cierto que los que así obran y piensan, medran poco en la tierra, pero indudablemente recibirán el premio de su constancia y fe al entrar en una vida que carece de fin. La existencia humana es breve, cortísima, desgraciada en todas las posiciones; la que sigue eterna; se puede aspirar en ella á perpetuo castigo ó á dicha continuada. Juzga tú ahora quiénes son los verdaderos ignorantes, si esos que al cambiar diariamente de religiones prueban que no tienen ninguna, inspirados por el logro del bien temporal, ó nosotros que, verdaderos católicos, amamos á Dios, obedecemos á la Iglesia, y confiamos en el bien eterno, sin cuidarnos para nada del terrenal.

—No cabe duda; ellos, que van guiados por mezquina ambición. ¡Pero, chico, qué bien te expresas, y qué modo tan sencillo de presentar la cuestión y de convencer! Hombre, haz un sacrificio, y quédate en Ussón dos ó tres días más.

—No puedo, Carlos; me llevan á París nuestra santa religión y el porvenir de mi mujer é hijos.

—Lo siento en el alma.

—Convencido como estás ya de mis ideas, sabiendo que vertí mi sangre por la misma causa que tú, y comprendiendo además que, bajo la forma de músico é historiador, sigo trabajando en pro de la Iglesia, te ruego seas cauto al hablar de mí, procurando evitar que una torpeza ó imprudencia tuya pueda exponer

mi vida y la de esos infelices que me acompañan.

—Te lo juro; soy leal, te ofrecí amistad eterna, y primero me dejaría dar tormento, que vender un secreto tuyo ó comprometerte con frase alguna. Ya suponía yo, desde anoche, que eras algo más que cantor; aquella gorra con pluma encarnada, el ferreruelo, el modo de llevar el traje y la espada, hablaron con mucha claridad al sargento de Dreux.

—Hé ahí lo que yo temo, tus suposiciones; así como el caballero se disfraza con el traje del infeliz, lo mismo nos es dado á nosotros cubrirnos con el suyo, siquiera sea por algunas horas; y donde tú creiste encontrar la verdad, allí puede muy bien esconderse la mentira.

—Jacobo, déjame que crea lo que quiera, pero nada temas; vé á París tranquilo. Yo rogaré al cielo que no te suceda desgracia alguna; mas en el caso de no ser atendida mi súplica, que no se te ocurra culparme de ella; te lo he jurado, y mis cicatrices responden del modo que tengo de cumplir las promesas.

—Leo en tu semblante la verdad de lo que expresas; otro apretón de manos, valiente y leal Bonet. Desde París te escribiré una carta que ha de sorprenderte agradablemente.

—¿Qué me dirás en ella?

—Todo lo que ignoras y deseas saber.

—Tú adivinas.

—No, supongo y suelo acertar.

—¿Pondrás mi nombre en tu historia?

—Sí.

—¿Como hospedero?

—No, como mi amigo y compañero en Dreux.

—Eso es; otro apretón, y... ¡Maldita separación! No he visto á mi hijo esta mañana. Adiós.

—Se te humedecen los ojos.

—No lo creas.

—Lo veo, y es muy propio del que recibió á mi lado todas las heridas en el rostro y pecho. No ocultes la bondad de tu corazón, lo elevado de tu alma. Las lágrimas son patrimonio de las mujeres; la pena, el sentimiento y llanto de los hombres, pero de los hombres como tú y yo.

—Adiós; me llama mi mujer.

Y salió Carlos, pretendiendo de este modo disimular la emoción que sentía.

Osorio le vió partir, y gozoso y casi entusiasmado, exclamó:

—No hay regla sin excepción; es axioma. Juzgué que me sería imposible hallar en Francia un sér que antepusiera algo al oro, á la sed de riquezas, y me he equivocado. Mi buen Bonet vale más que todos los jefes de los partidos católico y protestante. ¡Lo malo es que aquél es sólo uno, y tengo todavía que entenderme con tantos!... No importa; cuando mis papeles ó pistolas no puedan abrirme paso, lo harán las monedas francesas; para el dinero no hay en este país puerta cerrada.

Un instante después entró Zalla, diciendo al duque:

—Se han marchado Ros y Lambert, anunciándome que tardarán en volver. ¿Almorzamos?

—No; saldremos esta noche, y nos conviene hacer sólo dos comidas, una á las doce y otra á las seis.

—¿En qué nos entretenemos?

—Vos en lo que queráis; yo empiezo á corregir la música que hemos de ensayar esta tarde para la serenata de la noche.

Y lo verificó, concluyendo momentos antes de las doce. Al volver la cabeza, vió á Ros, que entraba diciéndole:

—Señor, quedan en la posada los siete caballos que mandasteis comprar.

—¿Son buenos?

—Magníficos, y no me han costado caros; aquí tienen poca salida.

—¿Hallaste arreos?

—Si, señor, todo está corriente.

—¿No excitasteis la atención?...

—Al contrario; sé que nuestras vidas se hallan amenazadas de muerte, León comprende lo mismo, y disimulamos y mentimos de un modo pasmoso.

—¿Y los equipajes?

—Sólo hay que hacer el vuestro.

—Pues no te detengas; guarda todo cuanto hay fuera, á excepción de estos papeles de música.

—Pronto despacho; los ricos trajes del músico mayor se arreglan en diez minutos.

—Cierra la puerta, y abrevia.

Cuando hubo dado fin el sirviente, se fueron á almorzar, el duque y Zalla en una mesa, y los cinco restantes en otra.

Terminado aquel acto, iba Osorio á disponer el ensayo, mas entró el patrón, diciéndole al oído:

—El caballero que te acompañó anoche, espera que le recibas.

—¿No te ha dado nada?

—Dice, por el contrario, que quiere hablarte á solas, encargándome que evite el que pueda escucharle alguno.

—Llévalo á mi habitación, que voy en seguida.

Cuando hubo salido Carlos, dijo el duque á Zalla:

—Entretened al patrón mientras yo permanezco encerrado con el que me aguarda.

—Entiendo.

—Lambert es leal, pero debemos ocultarle quiénes somos.

Y entró en su pequeña estancia, hallando al mismo que le acompañó la noche anterior. Ambos se saludaron, y Flaviano cerró la puerta, indicando con la mano un sillón al enviado de Margarita.

Este le preguntó:

—¿Sois el mismo á quien yo guié anoche?

—Sí; entramos por una puerta de hierro, atravesamos el muro, subimos al piso principal, y en un salón de columnas os hice aguardar seis ó siete horas. Variáis de traje, color y fisonomía de un modo increíble.

—¿Os ha dicho S. M. que tiene pena de la vida el que sabe eso y vende el secreto?

—No; pero me lo figuro.

—Tenedlo por cierto.

—Descuidad, que sirvo á mi señora hace muchos años, y mi lealtad se iguala á la honra que me dispensa.

—Sentaos.

—Gracias; temo ser poco para admitir ese honor del que acompañé ayer.

—¿Qué deseáis entonces?

—Entregaros de parte de S. M. este paquete lacrado y sellado.

—Bien; está como lo recibisteis de las manos de Margarita, y era cuanto ambos deseábamos. ¿Qué más os encargaron?

—A las doce llegaron el marqués de Canillac y los restantes cazadores.

—Muy pronto han dado la vuelta.

—Pretextaron, ó mejor dicho, pretextó el marqués, que les obligó á abandonar su diversión la enfermedad que ayer padecía mi señora.

—¿Y por qué no ha de ser cierto? Canillac estima y respeta mucho á Margarita.

—Es por lo menos dudoso.

—¿Por qué?

—Quedó S. M. en avisarle caso de no encontrar alivio, y como no fué recado alguno, y la cacería se realizó á medias...

—No creo que me importe nada de eso.

—Opino lo contrario.

—¿En qué os fundáis?

—Me encargó S. M. que os lo participara, añadiendo que os guardéis del marqués.

—¿Podréis darme alguna explicación sobre lo que acabáis de decir?

—No, señor.

—¿Eso es todo?

—Absolutamente.

—Contestad de mi parte á Margarita que esté tranquila; que nada tema, y que lo espere todo. ¿Lo recordaréis bien?

—Sí, señor.

—Que el cielo os guarde.

—Que Dios os proteja.

Partió el enviado, y Osorio, un poco agitado y con ansiedad creciente, rompió el sello del paquete, abriéndolo.

—¡Los borradores convertidos en cartas! ¡Bravo! —exclamó crispado de alegría.—¡Qué talento tiene! Varía el color de la letra, demostrando en unas la antigüedad y en otras lo reciente en que fueron escritas. Todas; están todas; conviene arrugarlas un poco, pues se supone que el duque de Guisa las trató con cariño y las guardaría cuidadosamente. ¿Qué es esto? ¡Ah! la orden mandando á Lorena que me entregue la caja. Copió exactamente la minuta que la dejé. ¿Pero qué veo? ¡Añade una postdata! Sepamos.

Y leyó:

«Duque, no vengas á verme hasta que yo te avise; te lo prohibo en nombre de lo más santo que existe para ti sobre la tierra.»

—¡Bravísimo!—dijo Flaviano.—Corrigió el único descuido que tuve. Este otro papel es mi salvoconduc-

to; lo hallo en toda regla, como se lo dicté. Mas hay otra carta. ¡Ya! En ésta hablará de mi voz, figura y modales; dirá que en París... Ja, ja, ja. ¡Esta mujer ignora lo que yo amo á Dios, lo que quiero á mi esposa, á la madre de mis hijos! Veamos. ¡Pues me he equivocado! Es una nota en que extracta el último correo, dándome parte de los puntos en que se hallan su esposo, el duque de Guisa, todos los generales hugonotes y católicos. ¡Magnífico! Continúa un itinerario y cuantas noticias pudieran hacerme falta. Con esto acaba; pero no, sigue á la vuelta. ¡Lo dije! el amor trastorna ese cerebro privilegiado. ¡Fácil es que ella quedase sin indicarme algo de sus sueños! Me da lástima, y no puedo prescindir de enterarme de su contenido.

Y leyó lo siguiente:

«Mi muy querido Flaviano:»

—Cuidado si empieza fuerte. ¿Cómo acabará?

«Adjunto hallarás cuanto me pediste y algo más, que juzgo merecerá tu agrado. Corre á París; realiza la portentosa idea que bulle en tu mente incomparable, y haga el cielo que nos veamos pronto. En la capital cruzaremos el bosque á caballo, y entre los árboles, aspirando el aroma de las flores, el aura de la mañana y el ambiente de la felicidad, me arrobarás como en otro tiempo, ¡ay! como en días más felices.»

—La buena señora está enferma de veras. Es lástima que una mujer de su talento, y de hermosura tan poco común, sea débil, voluble, insensata. Si puedo, la he de curar. Continuemos:

«La dulzura de tu voz, lo elevado y portentoso de las ideas, tu figura...»

—Ya escampa.

«Osorio, abrevia en lo posible; puesto que para ti no hay dificultades, vence, triunfa y hazme dichosa antes de quince días.»

—Pues no tiene poca prisa.

«El tiempo, cuando se vive como yo ahora, es una rueda de bronce que pasa lenta, horrible y pausada, torturando la existencia humana.»

—Eso digo yo también, pero sólo me refiero á mi pobre mujer, hijos y hermanos.

«El período que me resta de permanecer en Ussón será el purgatorio, tú el ángel que me arranque de él, trasladándome á París, donde está mi gloria.»

—Eso sí lo haré, ó he de dejar de existir.

«Oiré tu serenata de esta noche con llanto en los ojos, y probablemente no se secará hasta que te vuelva á ver en la capital. ¿Qué más puedo decirte?

»El cielo te ayude y vele por ti, como lo desea tu amiga,—MARGARITA.»

—Leeré las instrucciones que anteceden, grabándolas en mi memoria, y quemaré este papel como he hecho con los anteriores.

Así lo hizo, llamándo luégo á Ros.

—Trae al momento,—le dijo,—cinta, trapos y lo necesario para coser.

—¿Trapos?

—Sí, abrevia; un pedazo de lienzo y tijeras.

—Comprendo.

Y salió, volviendo al poco tiempo con lo que le había mandado llevar su amo.

—Oye,—añadió aquél,—estos dos paquetitos los enfundas por separado, poniéndoles una cinta á cada uno para que pueda colgármelos al cuello. Bien cosidos, y sin que se arruguen ni estropeen.

¡El duque había envuelto en un papel fuerte todas las cartas que debía entregar á Enrique IV, y en otro la orden de Margarita, con la que pensaba obligar al duque de Guisa á que le diese la caja de oro de que ya tienen conocimiento nuestros lectores. Luégo guardó en su escarcela de vaqueta el salvoconducto que le mandó la reina, y mientras su criado cosía, él corrigió la letra que debía cantar por la noche, añadiendo frases en que demostraba á Margarita su agradecimiento y la admiración que le inspiraba su noble conducta.

—Ya están estos dos relicarios, amo mío; si va dentro la firma de algún santo, no habrá peligro que resista á tan sublime talismán. ¿Os los cuelgo?

—Sí.

—¿Pegados á la camisa?

—Se entiende.

—¿Qué es ello, señor?

—Cartas.

—¿Nos servirán de mucho?

—Ya lo creo.

—Jamás os vi guardar de ese modo los papeles.

—Son la llave que ha de abrir la prisión de mis hermanos y el agua que apagará la revolución de Francia.

—Lo suponemos; ¿no es así?

—De suceder lo contrario, moriremos en Francia, Ros.

—Qué diantre; una vez ha de ser, y lo mismo da en este país que en cualquier otro.

—Cuelgan mucho esos paquetes y puedo arrugarlos.

—Cierto; acortaré la cinta por la espalda, y quedarán de modo que nada logre estropearlos.

—¿Están bien asegurados?

—Sí, señor.

—¿Acabaste?

—Acabé.

—Ahora, á ensayar.

—Pobre Don Alvaro; mal rato le espera.

—Es tan torpe en música como diestro y valiente en el campo de batalla.

Los seis se reunieron, y en un extremo de la casa comenzaron á ensayar una nueva música para la serenata de la noche. Cinco de ellos se concretaban á acompañar, toda vez que el duque decidió que sólo se oyera su magnífica voz. Así es que á las seis de la tarde habían terminado, y pudieron sentarse á la mesa. Comieron con calma, y cuando Osorio acabó, hizo que entrasen Ros y Lambert, á los cuales dijo:

—Pagad á Carlos, y conducid á la posada las maletas. Tú, León, te quedas allí, sacando á las nueve en punto los caballos en la forma y al paraje que te tengo encargado. Tú, Ros, después que estén ensillados y sujetos los equipajes, te vienes para que me acompañes al castillo. Cuando concluyáis con Lam-

bert, mandádmelo aquí. No cometáis descuido alguno; marchad.

Osorio rompió los papeles de la música que ensayaron, se colgó su instrumento á la espalda, y unido á Zalla, Gabriel, Ramiro y Víctor, esperó la llegada, primero de Carlos, que se sentó junto á él, y despues de su criado, que permaneció en pie cerca de ellos.

El rostro del duque demostraba en estos momentos algo de incertidumbre y desasosiego; recordaba que Margarita le encargó se guardase del marqués de Canillac, y este *alerta* le demostraba la existencia de un peligro que le era desconocido. Poco á poco fué, no obstante, animándose; habló con el patrón y sus compañeros de la situación de Francia, y á las diez menos cuarto se levantó, exclamando:

—Ea, señores, patenticemos nuestro agradecimiento á la reina Margarita por los cien ducados que nos regaló, y partamos en dirección de París, donde llegaremos, si Dios no dispone otra cosa, lo cual es muy posible. Supongo, mi querido Bonet, que querrás oir nuestra serenata, en cuyo caso puedes venirte con nosotros.

—Con mucho gusto, y á ser posible, bien sabe el cielo que no me quedaría en Ussón.

—Cómo ha de ser; partamos.

Los seis músicos se despidieron de la esposa de Carlos, llevando en la mano sus instrumentos de música y debajo de los tabardos sendas dagas y magníficas pistolas.

De este modo llegaron al castillo de Ussón, situándose en el mismo paraje que la noche anterior. Comenzaron, pues, á tocar, y no tardó en alzarse sonora, dulce y agradable la voz del duque. Las ventanas del regio comedor se abrieron todas, apareciendo en una de ellas S. M. y en pos los individuos de su servidumbre.

En el silencio y oscuridad de la noche, y al son de armónicos preludios, parecía el acento de Flaviano el de un ángel que atraía, arrebataba, conduciendo al éxtasis embriagador, con notas que daba de un modo indescriptible en estos instantes.

Le aplaudieron la reina y cuantos le acompañaban. El trovador, agradecido, repitió su última cuarteta, y lo hizo esforzándose más que nunca.

Otro aplauso siguió á su postrer frase, guardaron los instrumentos, y el silencio de la noche reemplazó á su mágico acento.

El duque abrazó á Carlos, los restantes estrecharon su mano, y el mísero patrón se retiró á su casa con los ojos húmedos y el corazón comprimido, en tanto que los supuestos músicos entraban en el camino de París de dos en dos y sin expresar frase alguna.

La misión del duque en Ussón había terminado.

CAPITULO XIV

Encuentro misterioso.—Lealtad de Bonet.—Las sospechas del duque.—Segundo encuentro.—El camino de París brota espinas y abrojos.

Llevarían andados nuestros valientes mil pasos en dirección del sitio donde les esperaba Lambert; las ventanas del regio comedor se cerraron, y Bonet debía estar llamando á la puerta de su casa, cuando hizo uso de la palabra Zalla, diciendo al duque:

—Esta noche no han aparecido sobre el muro los soldados y oficiales que guarnecen el castillo.

—Verdad es,—le contestó Osorio;—ni el marqués de Canillac estaba con la reina.

—¿Os ha llamado la atención como á mí?

—Con más fundamento que á vos, Alvaro.

—¿Qué opináis?

—Que debemos ir preparados, por lo que pueda acontecer. Juntémonos más los seis, pues creo que nos amenaza algún peligro.

Así lo hicieron, y no se equivocó el duque, toda vez que al llegar junto á la tapia del cementerio distinguieron á varios embozados, uno de los cuales se adelantó, y saliendo al encuentro de nuestros caminantes, les dijo:

—¡Alto! ¿Quiénes sois?

Osorio se acercó al incógnito, contestándole con su acostumbrada sangre fría:

—¿Ya nos desconocéis, señor marqués de Canillac?

—Puesto que me has reconocido,—exclamó con altivez el embozado,—contesta de un modo terminante á mis preguntas, y ¡ay de ti si me engañas! Avanza, para que nadie nos oiga. Responde ahora.

—Soy Jacobo de Guzmán, italiano y músico, ya lo veis. Por cierto que me recomendaron á vos en Nápoles.

—¿Quién?

—Vuestro amigo el señor marqués de Pau.

—Eso nada prueba. ¿Quién te ha mandado al castillo de Ussón?

—El destino, pardiez.

—No se contesta así al que puede mandarte ahorcar.

—¿Pues cómo?

—De otro modo más sumiso, menos ingenioso y que esté en relación con mis sospechas.

—Ignoro las que son, y me he concretado á decir verdad.

—¿Qué misión te han encargado para la reina Margarita?

—Ninguna.

—¡Miserable!...

—Marqués, soy extranjero, y no tolero insultos de los que no tienen derecho alguno á dirigírmelos.

—Hola, ¿conque me amenazas? ¿Conque lo de músico es un disfraz? ¿Conque me estás engañando?

—Te he dicho lo que debía, y nada más volverás á oir de mi boca que pueda ó no interesarte.

—¡Me tuteas!

—Sí; con el mismo derecho que tú á mí; los italianos tenemos esa costumbre.

—Y los franceses la de arrancar la lengua al que nos falta. Seguidme los seis.

—Lo siento, marqués, pero cuento con permiso de su majestad para continuar mi camino, y marcharé adelante.

—¿Ignoras por ventura que en Ussón mando yo solo?

—Donde está la reina de Francia, creo que no haya un súbdito suyo capaz de desobedecerla.

—Pues vas á retroceder de grado ó por fuerza.

—¿A que no?

—Y tú con una estocada.

—¿Cuántos sois?

—Ocho y detrás cuatrocientos.

—Pues me atrevo á pasar por encima de todos.

—¡A ellos! y que se entreguen ó mueran.

Y se dirigieron ocho espadas á los pechos de Osorio y compañeros. Estos iban á enseñarles sus pistolas, con lo cual hubiera bastado probablemente para

que aquellos bajasen los aceros, cuando oyeron que gritaban:

—¡Deteneos, señor marqués!

Era el confidente de la reina, que ya conocemos, el que, acercándose á Canillac, añadió:

—Manda S. M. que los ocho os presentéis en su cámara, sin pérdida de tiempo ni vacilación. Y para ti, músico insigne,—prosiguió dirigiéndose al duque, —me ha entregado este bolsillo, en premio de la serenata que acabas de darle, disponiendo á la vez que os acompañe media legua.

—Gracias,—contestó Flaviano.—La reina Margarita es un ángel á quien no es posible desobedecer ni dejar de amar

—¿Os vais, señor marqués?—preguntó el confidente.

—No puedo moverme de aquí sin llevarme á esos seis hombres.

—Los defiendo con mi pecho, señor de Canillac; y en prueba de ello, ved lo que hago. Seguidme, músicos, que yo recibiré las estocadas que osen dirigiros.

Y sacando su espada avanzó.

El duque y cinco compañeros cruzaron por delante del marqués, fijándose en él con desdeñosa mirada.

Canillac dudó; luégo dijo á los que le acompañaban:

—Envainad esos aceros, y partamos.

Y á un paso parecido á la carrera se encaminó á Ussón, pero no al castillo, sino al pueblo, donde en una de sus calles tenian otros dos embozados sujeto á

Bonet. El marqués se acercó, y con tono imperativo dijo á Carlos:

—Vas á morir si me engañas. ¿Quiénes son los seis hombres que acabas de despedir?

—Señor, según dijeron, músicos calabreses.

—Mientes.

—Acaso tengáis razón; pero yo me contraje á hospedarlos en mi casa, y como quiera que me pagaron el gasto que hicieron, nada les dije, ni ellos tuvieron conmigo confianza alguna.

—Bonet, hace ya tiempo que sospecho de ti; llegó el instante en que vas á morir ó á ser acreedor de una recompensa que mejore tu situación.

—Os juro, señor marqués, por mi honor, que no conozco á esos hombres ni sé otra cosa que lo que ellos han dicho.

—¿Ha visto el tenor á la reina?

—Lo ignoro.

—¿Recibió mensajes del castillo?

—Que yo sepa, no, señor.

—No me engañes, Carlos, que te mando matar al instante.

—Haced lo que queráis de mí, pero os contesto, señor, como vos merecéis y es mi obligación.

—Tú habrás sorprendido alguna conversación, cogido alguna frase...

—Quise, y en verdad que puse los medios; mas como no entiendo el italiano y ellos hablaban en ese idioma...

—¿Y tu mujer?

—Señor, es gascona, y gracias que comprenda el francés.

—¡Maldición! ¿Adónde van?

—A París.

—¿Qué se proponen?

—Según dicen, cantar y ganarse la vida de ese modo.

—Cantar, sí. ¡Maldición! Vete.

—Señor...

—Quítate de mi presencia.

Bonet se inclinó, dirigiéndose á su casa con calma, sin aturdimiento y muy satisfecho de sí mismo.

Canillac se dirigió á dos de los ocho que le habían acompañado al cementerio, diciéndoles:

—Vos, capitán, y vos, alférez, montáis á caballo, y al frente de diez jinetes, corréis por la vereda del *Cuervo*, con objeto de adelantaros á esos seis músicos, cogerlos de frente, y traédmelos antes que amanezca. No duermo ni descanso hasta que regreséis; la operación es fácil, sencilla, y ¡ay de vosotros si no la cumplís bien!

Luégo añadió á los dos que detuvieron á Carlos:

—Vosotros os ponéis en lugar del capitán y del alférez, y me seguís á la cámara de la reina, donde nos espera á los ocho S. M. para pedirnos cuenta, sin duda, de lo que debemos ocultarle.

Y entraron en el castillo, víctima el marqués de la ira y celos que destrozaban su corazón.

Há tiempo que sospechaba de la reina y de Guisa; dió por hecho que se comunicaban y aun que se veían,

y juzgaba agentes de su poderoso rival á los seis músicos á quienes desconocía por completo.

Ya en la cámara, le bastó á Margarita lanzar sobre el marqués una mirada tierna y amorosa y cruzar unas cuantas frases para calmarlo y convertirlo en esclavo suyo, según costumbre; mas era ya tarde para detener las doce espadas que iban en busca de Osorio, y parecía inevitable que la sangre de unos ó de otros regase aquella fatal noche los campos de Auvernia.

Averigüemos lo que acontece.

Cuando el confidente de la reina que acompañaba á Osorio vió que el marqués obedecía y dejó de oir el ruido de sus pisadas, se detuvo, preguntando á Flaviano:

—¿Vais á continuar á pie?

—No; cerca de aquí, entre esos árboles que tenemos á la izquierda, nos esperan seis potros que volarán.

—Que me place; seguid vosotros, montad, y corred cuanto podáis. Yo me quedo para evitar el que alguno os moleste.

—Gracias.

—¿Qué digo á S. M.?

—Lo que habéis escuchado, añadiendo que mi gratitud pretende igualarse á su bondad. Estrechad mi mano, y hasta que nos volvamos á ver en París, donde me reconoceréis.

—El cielo os guarde.

—Y á vos os inspire.

Los cinco compañeros de Osorio le saludaron, diri-

giéndose al punto en que les esperaba León. El confidente, cual muda estatua, permaneció más de diez minutos con la vista fija en Ussón y el oído pendiente en la carrera que esperaba emprendiesen los seis músicos.

A doscientos pasos de allí aguardaba Lambert, cuidando de los siete caballos que tenía sujetos á los árboles.

—¿Qué hay, amigo mío?—le preguntó el duque incorporándose con él.—¿Tienes frío?

—Bastante, Mr. Guzmán; la noche está bastante fresca.

—Al contrario; serena, apacible y templada como pocas. Siento decírtelo, mas noto que es el miedo lo que te agita.

—¿Y qué tendría de particular?

—Pardiez, tu enmienda camina hacia atrás como el cangrejo.

—Os hubiera yo querido ver en mi lugar durante la hora que llevo en este sitio.

Los seis soltaron una carcajada, preguntándole Flaviano:

—¿Qué te ha pasado, hombre? Habla, seguro de que haré justicia á tu osadía é innegable denuedo; pero no tiembles.

—Ya se me va pasando. Oidme: me acompañaron tres paletos; sujetamos los caballos, y les di una buena propina, encargándoles que se retirasen á sus casas. Habitan en el campo, y no ofrecía peligro alguno el que partieran, siendo así que no entraban en Ussón,

ni en el sendero por donde caminaban debían hallar á nadie. ¡Luégo me quedé solo, solo!

—Pues ¿y estos siete compañeros?

—Esos no hablan ni defienden á nadie.

—¿Estás seguro?

—No, señor; esta noche dudo de todo.

—Menos de tu miedo.

—Menos de mi miedo, sí, señor. Me quedé solo, como os decía...

—No puede ser; esos siete potros te acompañaban.

—Bueno estoy yo para bromas. Escuchad: me crucé de brazos, y quise revestirme de valor; mas de pronto dirigí la vista al frente, y me hallo con el cementerio.

—Soberbio cuadro para un hombre de tu temple de alma.

—No lo sabéis bien; como desde aquí se domina toda la extensión que ocupa el campo santo, no pude prescindir de fijarme en él, viendo al poco tiempo unas luces que parecían espíritus, las cuales revoloteaban en torno de las fosas. ¡Ay! me abandonaron las fuerzas, y falto de aliento, quise subirme á un árbol; pero á las tres varas de ascenso oí un estrépito horrible, se me fué la cabeza, y caí al suelo como una pelota: era el relincho de un caballo y el piafar de los otros, que yo equivoqué con truenos que parecían salir de debajo de la tierra. Creo que perdí el sentido; volví en mí, y revistiéndome de valor, acaricié á los potros, rodeándome de ellos. Sin querer miraba, no obstante, las luces, y como si esto fuese poco, dis-

tingo más tarde bultos ó fantasmas que se movían de un lado para otro. A la vez sentí los ecos de una voz lejana que demandaba auxilio; quise huir, y no pude; gritar, y me faltó la voz, y en tan terrible estado esperé, no sé el tiempo, pero debió ser mucho, careciendo de vida hasta que llegasteis, devolviéndome con vuestra presencia la existencia que juzgué perdida.

—León, el acento que llegó hasta ti durante la serenata que acabamos de dar á S. M., fué el mío; las sombras ó bultos que percibías eran ocho embozados, entre los cuales se hallaba el marqués de Canillac, con el que concluimos de hablar, y esas luces que tanto te asustaron son chispas luminosas que despiden los cadáveres y que sólo tu loca imaginación pudo convertir en espíritus vivientes. Debiste hacer lo que se obliga á practicar á los niños; esto es, acercarte al sitio que te inspira el miedo, y reconocerlo hasta convencerte de que casi todo fué una ilusión forjada por tu desatentada pavura. Mal empiezas nuestra segunda marcha; posible es que haya peligro y que éste se repita muchos días, en cuyo caso te conviene volverte á tu lugar; yo te regalo ese caballo.

—Gracias; os seguiré aun cuando sea al infierno.

—Vas á morir de miedo.

—De nada mejor que de mi enfermedad natural.

—Te caerás del caballo.

—Lo que es eso, apuesto á que no; monto mal, muy mal, pero no hay potro capaz de arrojarme.

—¿Cómo te compones?

—Pegándome á la silla y vientre de un modo que os ha de admirar.

—¿Decididamente nos sigues?

—Al fin del mundo; yo castigaré á mi corazón por débil y asustadizo.

—Pues á caballo, señores, y á París. Poneos á mi lado, Alvaro; Ros, cuida tú de Lambert.

Cinco minutos después los siete caminaban hacia la capital á un trote largo, por un buen camino y entre la densa oscuridad de la noche que acrecía por momentos.

De pronto se oyó la voz de Ros, que gritaba:

—Alto.

Y corriendo al lado de Osorio, le dijo:

—Siento la carrera de varios caballos que cruzan por enfrente de nosotros.

—Y es lo peor,—contestó el duque, que tu oído nunca se equivoca. Dame las bridas de tu potro, echa pie á tierra, y escucha, tendido en el suelo.

Así lo hizo el sirviente, permaneciendo tres minutos en la postura que le mandó su amo. Luégo se levantó, y acercándose á aquél, añadió:

—Señor, no me engañé.

—Toma las bridas y monta. ¿Cuántos serán los que has creído distinguir?

—De diez á quince jinetes.

—¿Qué dirección llevan?

—La misma que nosotros.

—¿A qué distancia cruzan?

—Corta, á quinientas varas todo lo más. Deben se-

guir algún sendero estrecho, pues creo haber percibido bien que van uno á uno ó de dos en dos.

—Que avance León.

—¿Qué ocurre, Mr. Jacobo?—preguntó aquél llegando.

—¿Desde Ussón á alguno de los pueblos de la carretera existe vereda ó trocha qne acorte el camino?

—Sí, señor, la del *Cuervo*.

—¿Cruza cerca de aquí?

—Sí, señor; no llegarán á mil pasos los que nos separan de ella. Llevamos andada media legua, y por este sitio está próxima á la carretera.

—¿Tiene muchas leguas?

—Cuatro y el camino real cinco; pero es muy molesta, y tan estrecha, que de haber entrado por ella, iríamos uno tras otro.

—Comprendo.

—¿Acontece algo?

—No.

—¿Por qué nos hemos detenido y echado pie á tierra Ros?

—Ya lo sabréis más adelante.

—Algo sucede; Dios misericordioso se apiade de nosotros y os tenga de su mano. ¡Vaya una mirada siniestra y aterradora! Cuando yo digo que esto va malo...

—Ros,—exclamó el duque,—¿van las doce pistolas cargadas?

—Sí, señor.

—¿Llevamos repuesto?

—Cada uno esconde en su tabardo veinte tiros.

—Al trote, señores.

Y prosiguieron, ensimismado el duque y haciendo León mil preguntas á Ros y á Gabriel.

De pronto alzó el duque la cabeza, diciendo á Zalla, que iba á su izquierda:

—Ese maldito Canillac nos ha dispuesto alguna sorpresa.

—¿En qué os fundáis?

—En sus celos y recursos con que cuenta.

—¿No podrá evitarlo S. M., según lo hizo antes de ahora?

—Acaso lo ignore.

—¿Tenéis pruebas?

—Sí, esos diez ó quince jinetes que corren por la vereda los ha mandado indudablemente para que nos maten ó prendan.

—Si no son más que ese número, empiezo á compadecerlos.

—Posible es que se unan á algún destacamento, y entonces...

—Pardiez, entonces abrimos brecha con nuestras pistolas y cruzamos por ella como un meteoro; los caballos que llevamos son magníficos.

—Si fuéramos solos vos, mi criado y yo, poco me importaría el número; pero temo que alguno de los otros quede atrás ó se caiga, y fuerza es defenderlo hasta perecer.

—Gabriel y sus hijos montan muy bien; en cuanto á Lambert, el instinto de conservación le prestará

brío, y ya conocéis el axioma que supone mejor corredor al que camina en alas del miedo.

—De todos modos conviene que nosotros dos abramos paso, y los dejemos cruzar delante, siguiendo luégo detrás.

—Bien pensado. ¿Sabe Canillac quién sois?

—No; pero ama á la reina, y fundado en no se qué, me ha tomado por un emisario del duque de Guisa, al que aborrece de muerte.

—¿Decís que es celoso?

—De un modo indescriptible; le ciega esa pasión, y en brazos de ella es capaz de todo lo malo que podáis imaginar.

—Pues demos una lección completa á sus enviados, y si algún día sabe quiénes somos, comprenderá lo enorme de su torpeza.

—No habrá otro remedio que obrar así.

—¿Corremos?

—Al contrario; conviene que nuestros potros no lleguen muy cansados al paraje en que nos esperan.

Y prosiguieron en silencio dos horas, sin hallar á nadie en tan largo camino.

Era la una de la noche; por fin apareció la luna, cubierta hasta entonces de densas nubes que empezaban á correrse de Este á Oeste; comenzaron á distinguirse los objetos á su pálido resplandor, y comprendiendo Osorio que estaban próximos al paraje en que se reunían el arrecife y la vereda, hizo que Lambert se colocase á su izquierda, preguntándole seguidamente:

—¿Tardaremos mucho en distinguir el sendero de que me hablaste anteriormente?

—No, señor; muy poco.

—¿Se juntan en algún pueblo?

—A la entrada, y en la misma venta del *Tronco;* pero el lugar queda á la derecha, y como á un tiro de arcabuz de los dos caminos, los cuales forman uno solo desde ese punto.

—¿Es grande la villa?

—No, señor; tendrá quinientos vecinos escasamente.

—Perteneciendo á Auvernia, serán sus habitantes hugonotes.

—La mayor parte, y tienen todo el país por suyo, contando además con las autoridades.

—¿Habrá en ella algún destacamento?

—Me parece que no; los soldados andan entretenidos en las poblaciones católicas para someterlas al poder de Enrique IV.

—Creo distinguir las torres del pueblo.

—Efectivamente, ya se ven.

—Y la posada.

—También es. Mr. Guzmán, hay caballería á la puerta; aquellos son caballos; nos van á atacar. ¡Maldito viaje!

Sin hacer caso el duque de las exclamaciones de León, dijo á sus compañeros:

—Señores, con la mano que sujetáis la brida coged una pistola, la otra en la derecha, y en el caso de hacer uso de las dos, guardáis la primera, después de

descargada, en el bolsillo del tabardo. ¿Comprendéis?

—Sí, señor,—le contestaron los cinco.

—¡María Santísima!...—dijo Lambert.

El duque le interrumpió, añadiendo:

—¡Calla, voto al demonio, ó te arrojo del caballo!

—Enmudezco; pero no me miréis de ese modo.

—Señores, de dos en fondo y mucha atención á lo que mande. Son doce; creían que veníamos desmontados, y echaron pie á tierra, entrando once en la venta. Ya están todos á caballo y nos salen á recibir; silencio ahora y ocultad en lo posible las pistolas. Tú, Lambert, sigue á mi lado, cubierto tu costado izquierdo con Zalla, que ambos te defenderemos si no te aturdes y prosigues como vas ahora.

—Haré un esfuerzo; vaya si lo haré.

—Silencio, que ya están encima.

Nuestros caminantes distinguieron á veinte pasos y en ala á los doce enviados de Canillac, entre los cuales reconoció el duque al capitán y alférez que acompañaban al marqués junto á la tapia del cementerio.

Un segundo después exclamó el mencionado capitán:

—¡Alto! ¿Quiénes sois?

—Ya lo oisteis cuando Canillac nos lo preguntó á las puertas de Ussón. Os he reconocido, capitán, y nada debo añadir á lo que dije al marqués.

—También yo os acabo de reconocer, y os participo que tengo orden de mi jefe para obligaros á que me acompañéis al castillo.

—Y yo de la reina para seguir adelante.

—No te obstines, músico, ó lo que seas, porque de lo contrario os llevaré atados.

—¿Eres gascón?

—Si te insolentas conmigo, no extrañes que te conteste con la punta de la espada.

—Eso hacen justamente tus paisanos los gascones; se atreven con gente indefensa, y huyen de los que, como nosotros, van provistos de lo necesario para abrirse paso á tiros.

—¿A tiros?

—Sí, con pistolas como ésta; mira.

—¡Es decir, que el marqués tenía razón, que no sois músicos, sino grandes señores disfrazados!

—Lo que tú quieras; pero te advierto que llevo encima una orden de tu reina mandando que se nos deje cruzar por todas partes, siendo así que pertenecemos á su real cámara y á que vamos en servicio suyo.

—Nada os cuesta retroceder cuatro ó cinco leguas, y si es cierto lo que decís, no dudo que el marqués os permitirá que vayáis donde os acomode. Tened entendido que la reina Margarita está presa y S. M. el rey dió amplias facultades á mi general.

—Que yo no puedo reconocer, por ser extranjero y no constarme la veracidad de tus frases.

—Si sois hombre de razón, entremos en explicaciones, evitando así el derramamiento de sangre humana.

—Acepto. ¿Qué me propones?

—Echad pie á tierra, yo haré lo mismo, y en la posada discutiremos,

—Eso no puede ser; estamos muy bien así; tú con

la espada desnuda y yo con mi pistola montada. Si de este modo puedes convencerme, bueno; de lo contrario, pasaré por encima de vosotros.

—Tengo orden de llevaros á los seis, muertos ó vivos; y de no obedecer, expongo mi cabeza.

—Somos siete.

—Pues los siete.

—Es que aquí no expones la vida, sino que la pierdes.

—Me van lastimando tantas amenazas. ¿Sois católico?

—¡Quién lo duda! En mi familia no hubo jamás perjuros ni tránsfugas.

—¿Y los que os acompañan también?

—Sí; yo nunca me asocié con los enemigos de mi religión. Desde que me harté de matar hugonotes en la batalla de Dreux, os odio cuanto es posible.

—¿Estuvisteis con el duque de Guisa?

—Al lado, es decir, con los españoles.

—Y yo enfrente.

—Entonces corriste como el gamo.

—Verdad es; mas esta noche voy á tomar la revancha.

—Te costará la vida.

—Con esa pistola se apunta muy mal, y aun cuando yo pereciese, quedan once, que cumplirán fielmente la orden de Canillac, vengándome á la vez.

—Te advierto que llevo otra en la mano izquierda; mírala.

—No importa.

—Y diez mis compañeros.

—Vacías, inservibles acaso. Basta de inútil discusión. Alférez, partid al pueblo en demanda de auxilio. Vosotros rodeadlos y herid.

—¡Fuego!—gritó el duque, derribando al oficial que se encaminaba á la villa y al capitán que le dirigió una estocada al corazón.

Los doce caballos de los hugonotes corrieron sin dirección, dejando tendidos en el suelo ocho jinetes que se revolcaban en su sangre. El camino quedó expedito; Osorio miró á los suyos, luégo las víctimas que concluía de inmolar, añadiendo:

—¡A escape!

—Pero ¿qué es esto, señor?—exclamó Lambert, ciego, aturdido y confuso.

—¡Corre, voto al demonio!—le dijo Flaviano,—ó te quedarás en poder de los enemigos.

—Corro, vaya si corro; alas quisiera yo darle á mi caballo, pero...

—¡Silencio! Oprime los ijares cuanto te sea posible y enmudece.

Y prosiguieron sin descanso ni detención cinco cuartos de hora.

—¡Alto!—gritó el duque; y los siete se arremolinaron.

—Carguemos,—añadió.

Los cinco le obedecieron, haciendo él lo propio sin aturdimiento y con la calma necesaria para asegurar los tiros.

Lambert les decía:

—Van ocho, y yo creo que alguno de los cuatro que huyeron sacaría algo.

—¿Se te va pasando el susto?

—¡Ay, qué terrible sois! Pobrecitos, y cómo se revolvían ensangrentados y medio muertos.

—Posible es que ya lo estén del todo.

—Lo mismo despacháis vosotros hombres, que palomas mi amigo Julio; y cuidado que se come cuatro al día.

—Este es el principio nada más, Lambert.

—¿Vamos á seguir así todo el camino?

—Si nos obligan, no habrá más remedio.

—¿Las ciento veinte leguas?

—Claro está.

—Aquel cementerio se va á prolongar desde Ussón hasta París.

—Dime, ¿hay alguna vereda que nos acorte la distancia en las primeras ocho leguas, y un pueblo ó aldea en ella en que podamos cambiar estos caballos por otros descansados?

—Sí, señor; á media legua de aquí está, y algo después de entrar en ella se encuentra una villa provista de todo. Os advierto que es estrecha y mala para los caballos.

—No importa; nuestros potros van ya rendidos, y nos conviene mudarlos para salir lo antes posible de Auvernia.

—¿Nos perseguirán los de ese pueblo hugonote que dejamos á la espalda?

—Fácil es; pero llevamos mucha delantera, y pronto

abandonaremos esta comarca, donde sólo impera el partido protestante.

—Ya, pero nos las tendremos que haber con los católicos, y en eso de dar estocadas no son mejores que éstos.

—Al paso, señores,—exclamó el duque ocultando sus pistolas;—mas un paso tan vivo como permita el mal estado de nuestros caballos. Tú, valiente Lambert, sigue á mi lado, y en cuanto lleguemos al sendero, echas delante.

—¡Valiente! ¡cómo os burláis! Yo bien quisiera imitaros, pero me entra una cosa, que, por más que hago, no puedo explicar...

—La pavura.

—Eso debe ser. ¿Notasteis cómo temblaba cuando el pobre capitán aquel os dirigía la palabra?

—Sí, y te advierto que él también se fijó en ti, y mucho debe haber influído tu temor para que ellos se envalentonaran y negasen el paso que les pedíamos pistola en mano.

—¿Conque yo he contribuído, sin querer, á que esos desgraciados perezcan?

—Posible es que tengas la culpa.

—¡Sólo esto me faltaba! ¡Mas si yo no puedo contenerme! Demasiado me esforcé.

—Ya lo creo; cuando corríamos hacia delante.

—La osadía del desgraciado capitán es indudable que se fundaba en otra cosa que en el valor, y en lo sucesivo he de estar sereno.

—Poco á poco te irás acostumbrando.

—En la presente ocasión no me han impuesto tanto los rostros ensangrentados de las víctimas.

—Prepara tu cuchillo, que aún vas á estrenarlo.

—Lo que es eso no lo logrará nadie de mí.

—¿Prefieres que te maten?

—No; mas sé que me defiende un ejército de demonios, escaso en número, fuerte y poderoso como ninguno en calidad.

—¿Y aún tienes miedo creyendo eso?

—Mucho menos que antes; recordad que uní mi pierna á la vuestra, y no la separé hasta que escapamos.

—Bien me molestabas con tus sacudimientos.

—Sería el temblor.

—¿Y la vereda?

—Aún no hemos llegado.

—No te distraigas, que es importante hallarla, según te dije.

—No aparto la vista del camino.

—¿Cuánto dista la villa esa de que me hablaste?

—Del arrecife poco más de dos leguas.

—Perfectamente; penetraremos en ella al ser de día, y es cuanto deseaba.

Nuestros viajeros continuaron al paso, llevando sus potros rendidos, fatigados y cubiertos de espuma. Tomaron el sendero indicado por León, y prosiguieron dos horas que emplearon en llegar á una villa francesa, la cual contaría más de mil vecinos. Lambert y Ros cambiaron los caballos por otros fuertes, ligeros y descansados; los jinetes comieron bizcochos empapados en vino, y sin perder más tiempo que el

indispensable, montaron de nuevo, corriendo hora y media que tardaron en salir de Auvernia y entrar en el arrecife.

—Al paso,—exclamó el duque.—Nos hallamos fuera del dominio de Canillac, y de seguro sus hugonotes no se atreverán á cruzar la línea que nosotros dejamos atrás.

—Buena lección disteis al marqués,—le dijo Zalla.

—Me obligó, y en estos instantes será su sentimiento tan profundo, como grande la satisfacción de la reina en el momento que lo sepa. Di, Lambert, ¿dónde almorzamos?

—Antes de una hora encontraremos una buena posada.

—¿Hay muchos católicos armados en los pueblos que vamos á atravesar?

—Bastantes; la mayoría de los franceses pertenecemos á ese partido.

—¿Conque sólo la Auvernia se compone de protestantes?

—No, señor; hay algunos departamentos en los que imponen ellos su volutad, mas no dejan por eso de existir partidarios del catolicismo, aun cuando inclinen la frente, callen y obedezcan á sus tiranos. En el mismo Ussón, tan pequeño y dominado por Enrique IV, escasean los hugonotes.

—Noto, sin embargo, que hallamos pocos en los caminos.

—Los últimas derrotas los replegaron á las poblaciones, donde se fortalecen para poder hacer frente

á las muchas partidas en que se halla dividido la mitad del ejército de Enrique IV.

—Es decir, que en los pueblos nos entenderemos con los católicos y en los caminos con los hugonotes.

—Eso es, si bien la regla cuenta con muchas excepciones.

—Esto parece un caos, Mr. Guzmán, y no pensáis mal llevando siempre las pistolas cargadas.

—¿Te vas aficionando á ellas?

—Ca, no, señor; las odio y aborrezco, pero las juzgo indispensables en las actuales circunstancias.

—¿Te atreverías á manejar un par de ellas?

—Imposible; sólo el verlas me obliga á cerrar los ojos.

—Lo siento, León; y cuando andemos los dos por Versailles, Dreux y otros parajes, ten entendido que en más de una ocasión nos harán falta.

—¿Los dos solos?

—Sí.

—Conozco, sin embargo, por dedos aquel terreno, y ya os guiaré de modo que no encontremos un alma en todo el camino.

Nuestros viajeros continuaron su marcha en dirección de París, siendo interrumpidos á cada instante por hugonotes ó católicos que los creian unas veces enemigos, otras espías y siempre contrarios á las ideas que cada bando defendía á tiros y estocadas. La sagacidad del duque, su gran talento, el salvoconducto que le dió Margarita, los demás documentos que llevaba y su innegable serenidad, unidos al valor

y arrojo de Zalla, Ros, Gabriel, Ramiro y Víctor, les fueron salvando de los peligros que parecían brotar en el largo camino de París. Mientras el oro, la astucia ó los papeles libraban á nuestros caminantes, el buen León no se movía de su sitio, sujetando al caballo que montaba para que permaneciera enclavado en el suelo; pero en el momento en que Osorio se veía en la precisión de abrirse paso á tiros, aquél desaparecía del lugar del combate, hallándolo en un árbol, bajo la barriga del caballo ú oculto en la enramada, sitios todos á que le conducía su tremenda pavura. Perdió dos veces el cuadrúpedo, y ya su proverbial miedo iba siendo el tema de la conversación de nuestros viajeros y lo que excitaba en ellos risa constantemente. Unos días cruzaban por el camino real, otros por veredas y trochas; Lambert tenía amigos en todos los pueblos por que atravesaban; pedía á éstos noticias é itinerarios que los libertasen de muchos accidentes desagradables, y de ese modo, cambiando caballos diariamente y descansando lo indispensable, lograron llegar á París á los doce días de haber salido de Ussón. Anduvieron más de ciento veinte leguas en esta última marcha; fueron detenidos muchas veces; se abrieron paso á tiros cinco de ellas, y rendidos por la fatiga, el insomnio y las penalidades, entraron, por fin, en la capital, alojándose en el *hotel de la Estrella*.

León dejó la mitad de las carnes en el camino que concluía de atravesar; veía á París, y aún dudaba encontrarse en él; se sentía vivo, y no lo creía, y tanto

sufrió el desgraciado, que ganaba con exceso la gran recompensa ofrecida por el duque.

Al terminar tanto azar y sinsabor, hallaron, por último, los siete en el mencionado *hotel* buenas camas, mejor mesa, y un pueblo en que no preguntaban á ningún extranjero quién era ni lo que quería.

Llegó Osorio á las tres de la tarde, y encargando á Ros y á León que vendiesen los siete caballos, tomaron posesión de sus respectivas habitaciones, siendo éstas dos con puerta de comunicación; en la primera se alojaron Flaviano y Zalla y en la otra los cinco restantes.

Alvaro y el duque se dejaron caer en dos sillones, exclamando el primero:

—Más que alimento necesitan nuestras pobres carnes descanso y quietud.

—Buenas jornadas hemos hecho.

—¡Qué estado tan lastimoso presenta la Francia!

—Se ha convertido en campo de batalla, y en verdad que acabaremos por aplaudir al terrible tribunal de la Inquisición que sostiene Felipe II; para cada uno que muere allí, se matan aquí cientos de infortunados.

—Treinta y cuatro de los cuales derribamos nosotros desde Ussón á París.

—Bien lo he sentido, pero eran hugonotes, y tan obstinados, que entre perecer ellos ó nosotros, tuve que optar por lo primero.

—Señor duque, podéis estar satisfecho de vuestra conducta; más aún que vuestro inimitable valor, he admirado en los últimos doce días la calma y abnega-

ción que demostrasteis. Hace diez años hubiéramos llegado en menos tiempo, dejando en cambio tendidos en tierra doscientos franceses.

—Es verdad; mi sangre ardía entonces, y á pesar de los consejos del padre Alberto, pronto veia desaparecer la reflexión y aplomo que los años y la experiencia van prestándome ahora.

—Señor, no es sólo eso; vuestras ideas religiosas os contienen ya é inspiran como al príncipe de Italia.

—Cada día voy acercándome más á aquel postrer suspiro que separa el espíritu de la materia, y debemos, Zalla, aligerar en lo posible el peso de nuestras faltas, pues, aun cuando la misericordia de Dios es infinita, su justicia alcanza también á todos.

—Noto que en la actualidad sólo heris ó matáis en propia defensa.

—Como Julio.

Los dos continuaron hablando media hora que tardaron aún en presentarse Ros y León.

El primero entró diciendo:

—Señor, vendimos los caballos y arreos.

El segundo añadió:

—Señor, el cansancio y la fatiga se resisten á que permanezca en pie. ¡Vaya un modo de correr y de matar! Mis jornadas no pasaron nunca de cinco leguas, mas ahora ninguna baja de diez.

—No te extrañe, Lambert; estás andando en pocas semanas cuanto debías en el resto de tu vida, lo cual te proporcionará llegar á la vejez rodeado de tu mujer

é hijos, si Dios te los conserva, tranquilo, con un presente agradable y un porvenir risueño.

—¡Qué diferencia hay en vos matando en los caminos y hablando en las poblaciones; allí imitáis al ángel exterminador; aquí sois la Providencia discutiendo y dando más de lo que es posible imaginar!

—Tú ignoras, León, que los perversos salen, por lo general, de entre los cobardes, y desconoces también que se puede herir en defensa propia y en pro de causa justa. ¿Conoces la historia de Josué?

—Ya lo creo.

—¿Y la del rey David?

—Sí, señor.

—¿Supongo que no ignorarás la del emperador de Francia Carlo Magno?

—Claro está.

—¿Ni la de mi patrón San Fernando?

—Cierto que no.

—Pues esos y muchos más merecieron la declaración de santos, sin perjuicio de haber vivido en continuas guerras, matando é hiriendo al frente de ejércitos. Yo no pretendo santificar mis acciones, pero sí justificar en parte mi conducta noble y generosa en cuanto me es posible.

—Si no sucediera así, por todo el oro del mundo no estaría yo á vuestro lado; mas creía que los hombres de vuestro temple de alma y valor eran muy altivos, déspotas é iracundos, y vos sois la misma bondad fuera del combate.

—¿Es decir, que lo que forjas en tu imaginación lo

das por hecho para tener el gusto de recibir un desengaño á cada paso?

—Verdad es; ¡ay! no es mentira tampoco que se me va la vista y apenas puedo sostenerme en pie.

—Oye las órdenes que debo darte: come y luégo descansa lo que quieras. Saldremos de París á pie ó á caballo, como tú lo juzgues más conveniente, hasta llegar á Dreux; al regresar nos detendremos en Versailles, y luégo volveremos á París, donde nos esperarán Alvaro, Ros, Gabriel, Ramiro y Víctor. Antes, sin embargo, es preciso que averigües la habitación que tienen en París las tres damas cuyos nombres hallarás en ese papel. Hecho lo último, preguntas lo necesario para que puedas formar un itinerario que no ofrezca peligro en el viaje de que te acabo de hablar.

—¿Para cuándo?

—Lo necesito al levantarme mañana.

—¿Quiénes son estas señoras?

—Las esposas de tres caballeros que siguen al duque de Guisa á todas partes, le rodean y pasan por sus favoritos.

—¡Ah! los conozco.

—¿Te será fácil el logro de mis deseos?

—Sí, señor.

—¿Tardarás mucho?

—Poco.

—¿Tienes personas en París?...

—Amigos y parientes.

—Entérate bien.

—Preciso será si no estoy mal con mi vida.

—No hables á nadie de mí.

—Respecto de eso, seré mudo, sordo y ciego.

—Está bien; descansa, come y duerme, sin perjuicio de contestar categóricamente á todas mis preguntas en el momento que me levante mañana. Ros, que nos sirvan á Zalla y á mí los manjares más exquisitos que haya en este *hotel;* vosotros pedís lo que más os agrade.

Los siete comieron y descansaron; León salió á las cinco, volviendo á las diez de la noche; entonces se acostó, durmiendo como ya lo hacían sus restantes compañeros.

CAPITULO XV

París.—Tres damas protestantes.—Noticias interesantes.—A Dreux.

El duque del Imperio durmió once horas sin interrupción alguna; bien necesitaba desquitarse y hasta tomar adelantado, toda vez que aún no le ofrecía el porvenir la quietud y descanso indispensable á la vida.

A las ocho de la mañana mandó entrar á Ros, se quitó el barniz, cubriéndose con uno de los dos trajes de caballero que llevaba. Cuando hubo terminado, hizo que entrase León, el cual, al verlo, retrocedió dos pasos, exclamando:

—¿Sois vos?... No puede ser. La misma voz, pero... Ros, ¿quién es este caballero?

—Mr. Guzmán.

—¡Qué cambio, señor!

—¿Aún me desconoces?

—¡Qué bien os sienta ese traje; qué modales, qué cutis y qué gentil caballero!

—Por hoy, Lambert; esta noche tornaré á ser músico. Contesta á mis preguntas:

—¿Dónde viven esas damas?

—Calle de San Dionisio, casa grande con jardín y varios criados.

—¿Y el itinerario?

—Vedlo.

—¿Te has enterado bien?

—Como que me va en ello la vida, y ahora somos uno solo contra todos los que vengan.

—Bastas tú para los ejércitos protestante y católico.

—Voy creyendo que ese sois vos, gran señor.

—¿Está París tranquilo?

—Sí, como el resto de Francia; ayer mataron varios hugonotes, y hoy se disponen á hacer lo mismo.

—¿En patíbulo?

—No, señor; los cazan como al venado.

—¿Se defienden ellos?

—Admirablemente; pero ocurre que son muchos más los católicos, las autoridades les pertenecen, y los dieciséis, que se titulan junta suprema, en vez de contener á sus partidarios, los excitan diariamente contra el enemigo.

—¿Qué rey proclaman los jefes de París?

—Ninguno; dicen que están en negociaciones con la corte de España.

—Mal negocio van á hacer con Felipe II.

—Pues ellos lo quieren con algunas condiciones.

—Se quedarán sin él.

—Muy enterado estáis.

—Acompáñame á la calle de San Dionisio. Vosotros,—dijo á Zalla y restantes,—esperáis nuestro regreso.

—Os advierto, señor,—añadió Lambert,—que vamos al barrio de los hugonotes.

—¿Y eso qué importa?

—Ayer fué asaltado por los católicos, y hoy puede que suceda lo mismo.

—De ese modo presenciaremos la función.

—¡Vaya un gusto!

—Adelante.

—Llevad al menos vuestras pistolas.

—Me basta con la espada. Sígueme.

Y salieron en dirección del punto indicado anteriormente.

Distaba del *hotel* el sitio á que iban media legua, y si bien al principio sólo hallaban un público sosegado y pacífico, pronto empezaron á ver paisanos armados que, en tropel, se dirigían hacia el mismo paraje á que ellos se encaminaban.

—Tenemos función, Mr. Guzmán. ¿Los véis?—exclamó León.—Volvámonos.

—Pero, hombre, que seas tan cobarde.

—Es prudencia, señor, una prudencia bien entendida.

—Ponte á mi lado, sigue y calla.

—Algunos llevan arcabuces.

—¿Y qué nos importa á nosotros?

—Las balas se dirigen á un punto, y suelen dar en otro, y si ese es mi pobre cabeza...

—No temas.

—Al menos, andad más de prisa.

—No puede ser; los hombres que visten mi traje van muy despacio por la calle.

—¡Por todas partes sale gente armada!

—Son católicos como tú y yo.

—Sí, pero en cuanto nos vean entrar en el barrio de los hugonotes, nos harán fuego, y ya estamos cerca.

—¿Dónde se halla?

—Empieza en aquella plaza que tenemos de frente. ¡Jesús, cuánto grupo! La función va á ser completa. ¡Qué temeridad, Mr. Guzmán!

—León, cuando caminé en cumplimiento de un deber sagrado, nada detuvo hasta ahora mi paso; si el miedo contiene el tuyo, déjame solo.

—Eso no; pero nos van á matar.

—Veamos si lo logran.

El duque salió y proseguía embozado hasta los ojos en su ferreruelo; de este modo llegó á una gran plaza, en la que había ochocientos ó mil católicos armados.

Sereno y con su calma habitual, atravesó por medio de ellos hasta acercarse á la entrada de una calle ancha y extensa, llamada de San Dionisio. Hasta este momento nadie le había dicho nada; pero al penetrar en la mencionada calle, que era la primera del barrio llamado de los hugonotes, le detuvo el último grupo

de católicos, preguntándole uno que vestía traje de caballero:

—¿Adónde vais?

El duque miró en torno, y siéndoles desconocidos cuantos rostros tenía delante, abrió su ferreruelo, contestándole:

—Me dirijo en busca de unas damas á quienes necesito ver.

—¿Sois extranjero?

—Sí.

—¿De qué país?

—De Nápoles.

—¿Qué religón profesáis?

—La única verdadera.

—¿Cómo se llama?

—Católica.

—¿Quién es ese que os acompaña?

—Un guía paisano vuestro.

—¿Católico también?

—Sí.

—Entonces, tomad mi consejo y retiraos al interior.

—¿Por qué?

—Porque no tardaremos diez minutos en atacar este barrio.

—Yo nada tengo que ver con vuestras cuestiones.

—No seáis terco, y retroceded.

—No puedo.

—Sois temerario.

—Qué queréis; he nacido así, y no me corrijo ni me arrepiento.

—Lo siento por vos.

—Muchas gracias. Que Dios os guarde.

—Jamás vi tanta osadía; no culpadnos si algo os sucede.

El duque continuó su camino, comenzando á oir al llegar á la mitad de la calle el murmullo de muchas voces y el ruido de carreras que daban en la gran plaza que dejaba atrás.

—¡Que vienen, señor!—exclamó el infortunado León, pegándose al duque.

Este volvió la cabeza, contestándole:

—No des por hecho lo que tú supones; corren y gritan en la plaza, y aun cuando pronto llegarán hasta aquí, todavía no lo hacen, dejándonos, en consecuencia, el tiempo suficiente para entrar en el palacio ó casa de esas damas. ¿Falta mucho?

—No, señor; es aquel último edificio de la derecha; andemos más deprisa.

—Te he dicho y repito que no puedo; me lo prohibe la clase á que pertenezco.

—Hoy no almorzamos.

—Pues yo veo en este barrio *hoteles*, posadas y casas donde se sirve de comer.

—París está lleno de esos establecimientos, pero no tardarán en cerrarse los de estas calles, y tengo para mí que, aun cuando libremos bien, no saldremos de ellas hasta muy tarde. Cómo gritan; ¿oís?

—Compadécelos, van á enronquecer.

—Ya empiezan á dar *mueras*.

—Mientras maten con la boca, no te dé cuidado.

—Lo malo es que principian así para concluir de otro modo. Parece que callan.

—Tampoco es eso verdad; consiste en que nos vamos alejando, y por esa razón no percibimos sus voces.

—¡Vaya un modo de animarme!

—Los valientes como tú se bastan á sí propios.

—Tenéis razón; el heroísmo me escudará hoy; pero corramos.

—¿No es ese el edificio?

—Sí, señor.

—Hola, gran casa con jardín, portero, libreas... Deben ser muy ricas esas damas.

—Así lo creo.

—Quédate atrás, y llena tu papel de criado mío.

Osorio se adelantó un poco, y llegando á un ancho zaguán, cuya puerta se hallaba entornada, preguntó al portero y dos lacayos, que observaban la calle, por las tres damas á quienes deseaba ver. Los sirvientes le miraron con recelo, interrogándole uno de ellos:

—¿Quién sois?

—Un noble de Nápoles que arribó anoche del castillo de Ussón.

—¿De parte de quién venís á hablarlas?

—De S. M. la reina Margarita.

—¿Sois católico?

—Desde que nací.

—¿Quién es ese hombre que os acompaña?

—Un francés que me sirve y profesa las mismas ideas religiosas que yo.

—Vuestro nombre.

—Jacobo de Guzmán.

—Entrad, si gustáis, mientras paso recado á mis señoras.

Y desapareció uno de los dos lacayos, penetrando el duque y Lambert en el zaguán de la casa. Quedaron en la puerta dos criados, fijos ambos en el extremo de la calle por donde había venido Flaviano.

De pronto exclamaron los dos:

—¡Ya están ahí!

Y cerraron la puerta, tocando una campana que había en el portal.

Dos minutos después aparecieron diez sirvientes con arcabuces, y algunos otros armados con espadas y picas.

En el mismo instante comenzaron á oirse carreras y voces de los católicos.

Osorio se dirigió al jefe de los dependientes armados, preguntándole:

—Perteneciendo esta casa á una familia católica, ¿por qué os preparáis de ese modo?

El aludido le contestó:

—Habitamos en un barrio compuesto en su mayoría de hugonotes, y aun cuando son de nuestro partido los que ahora gritan, pronto saldrán los contrarios, y si éstos vencieran, acaso se ensañarían con nosotros.

—Todo eso se remediaría mudando de habitación.

—No lo creáis; la lucha se repite en casi todos los barrios; este edificio pertenece á mi señor, es fuerte,

nos rodean hugonotes por los cuatro costados, y como conocen hace tiempo nuestra neutralidad y que á nadie ofendemos, es más fácil que nos respeten, según lo vienen haciendo hasta ahora.

—De ese modo me explico el que [illegible]s católicas habiten en medio de protestan[illegible]

La conversación de Osorio fué in[illegible]a por una inmensa gritería y varios tiros, todo lo cu[illegible]e oía á la puerta de la casa. Acababan de aparecer varios hugonotes, que, lanzándose contra sus enemigos, trabaron la contienda casi diaria que há tiempo presenciaban los moradores de París.

El duque siguió hablando con el jefe de los criados, dándole instrucciones y consejos relativos á la defensa que debía hacer en el caso de ser atacada la casa y medio que podía emplear para no ser nunca sorprendidos.

Subamos nosotros, penetrando en el estrado de aquel extenso edificio.

Cerca de un balcón, único que estaba abierto en el salón principal, se hallaban tres damas jóvenes, bien parecidas, y cuyos modales, traje y actitud declaraban pertenecer á la aristocracia. Sentada la una y próximas las otras dos al mencionado balcón, veían con angustia la lucha que empezaba á trabarse en medio de la calle, deplorando las fatales consecuencias que debía tener. Eran las dueñas de la casa esposas de los tres hermanos que acompañaban al duque de Guisa, del que pasaban por sus favoritos, y á las que deseaba ver en aquellos instantes el duque del Imperio.

Aumentaba el tumulto, la pelea empezó con el encono y siempre, y recordando ellas que sus maridos se encontraban al frente del ejército católico, derrotado [illegible] Enrique IV, exclamaron, sin apartar la vista [illegible]

—¡[illegible]ros esposos!

—[illegible]otras si ellos perecen!

A [illegible]vez se oyeron varias descargas de arcabuces, y las tres se retiraron del balcón, murmurando:

—¡Jesús nos valga!

Y quedaron sin acción, frente al duque del Imperio, el cual aparecía en aquellos momentos solo, llevando la gorra en la mano izquierda.

—¿Quién sois?—gritó una de ellas.—¿Qué queréis? ¿Por qué osasteis llegar hasta nosotras?

—Perdonad,—contestó Flaviano acercándose,—si mi presencia ha podido asustaros. Mandé un lacayo á que me anunciara; debió oir la campana antes de entrar aquí, y correría á armarse como los demás sirvientes compañeros suyos. Notando que no bajaba, pedí permiso al jefe de la fuerza de esta casa, y esa es la razón de haber llegado hasta vosotras del modo que veis. Todos los criados se ocupan ahora en procurar una defensa que yo acabo de disponer y dirigir para en el caso de que los hugonotes cometieran la vileza de atacar vuestra morada; y si mientras yo estoy aquí lo hicieran, mi espada será la primera que los defienda.

—¿Quién sois?— volvió á preguntarle la mayor.

—Jacobo de Guzmán, noble napolitano y católico



Lit de J. M. Matey, Barquillo, 4 y 6. Madrid.

—¡ Ay de nuestros esposos !
—¡ Ay de nosotras si ellos perecen !

BIBLIOTECA ILUSTRADOR

Aumentaba el tumulto, la pelea empezó con el encuentro siempre, y resistiendo [illegible] as que sus maridos se [illegible]ban al frente del ejército católico, derrotado [illegible] Enrique IV, exclamaron, sin apartar la vista [illegible]

—[illegible]os esposos!

—[illegible] si ellos perecen!

[illegible] oyeron varias descargas de arcabuces, y las [illegible] retiraron del balcón, murmurando:

—¡Jesús nos valga!

[illegible] quedaron sin acción, frente al fuque del Imperio, el cual aparecía en aquellos momentos solo, llevando la gorra en la mano izquierda.

—¿Quién sois?—gritó una de ellas.—¿Qué queréis? ¿Por qué cesasteis luchar hasta vosotras!

—Perdonad,—contestó Flaviano acercándose,—si mi presencia ha podido asustaros. Mandé un lacayo á que me anunciara: debió oir la campana antes de entrar aquí, y correría á armarse como los demás sirvientes compañeros suyos. Notando que no bajaba, pedí permiso al jefe de la fuerza de esta casa, y esa es la razón de haber llegado hasta vosotras del modo que veis. Todos los criados se ocupan ahora en procurar una defensa que yo acabo de disponer y dirigir para en el caso de que los hugonotes cometieran la vileza de atacar vuestra morada; y si mientras yo estoy aquí lo hicieran, mi espada será la primera que los [illegible]

—¿Quién sois?—volvió á preguntarle la mayor.

—Jacobo de Guzmán, noble napolitano y católico



—¡ Ay de nuestros esposos !
—¡ Ay de nosotras si ellos perecen !

como vuestros esposos. En Dreux pertenecí al ejército español, batiéndome junto al duque de Guisa.

—¿A qué debemos la honra de veros en nuestra casa?

—Llegué ayer del castillo de Ussón, y la reina Margarita me encargó os visitara é hiciese algunas preguntas relativas al jefe principal de los católicos. Noto que el fuego aumenta, cruzando las balas por cerca de ese balcón. ¿Me permitís que lo cierre?

—Nosotras...

—No lo consentiré; esos fanáticos apuntan mal y pudieran heriros.

Osorio cerró el balcón, retirándose acto continuo á un saloncito interior con vistas al jardín, que fué la habitación elegida por las tres damas para recibir su visita.

No obstante la angustia y temblor que ellas sentían, tomaron asiento, rogando á Flaviano que hiciera lo mismo; éste iba á prestarles ánimo y confianza en el presente, cuando llegó el jefe de la fuerza que defendía la casa, diciendo á sus señoras:

—Los hugonotes atacan hoy como nunca; pero nos hemos parapetado, se reforzaron las puertas, y es imposible que nos sorprendan. Mr. Guzmán, hombre inteligente y práctico, según acaba de demostrar, nos ha dado instrucciones y consejos que harán imposible la entrada del enemigo en estos salones. Todos nos sentimos animados del mejor deseo, y mis amas deben, en mi concepto, tranquilizarse, confiando la guarda de sus preciosas vidas á nuestra lealtad.

—Si intentaran penetrar,—le dijo el duque,—avisadme al momento.

—¿Sois militar?—le preguntó una de ellas.

—Desde que tuve uso de razón.

—Siento que hayáis venido en instantes tan críticos; pero lejos de consentir nosotras que expongáis vuestra vida, nuestros criados os defenderán. Marcha, Roque, y no ataquéis; pero en caso de acometeros, disputad el terreno como sabéis hacerlo.

El jefe salió, añadiendo Osorio:

—He reconocido á vuestros criados, y es gente toda en quien se puede fiar.

—Disponemos de veinte hombres, y la mayor parte nos los mandaron nuestros esposos, sacados del ejército católico, para que velasen por nosotras. ¿Qué decíais de S. M. la reina? Hablad sin cuidado, que ya desapareció nuestra sorpresa y estamos tranquilas. Nos interesa mucho la suerte de Margarita; la infeliz sufrirá en Ussón las consecuencias de su fe en nuestra santa religión y de los injustos celos de su terrible esposo.

—Así es ciertamente; el castillo donde la tiene prisionera está aislado y tan triste como S. M.

—Dicen que el marqués de Canillac tiene muchas consideraciones con ella.

—Sí; la deja que salga de caza y que pasee á caballo y á pie; pero el terreno es árido, y Margarita no deja por eso de ser una infortunada prisionera.

—¿Qué encargo os dió para nosotras?

—En primer lugar, el de saludaros en su nombre,

y luégo el de rogaros que tengáis la bondad de decirme los medios de que me he de valer para entregar al señor duque de Guisa una carta suya.

—Eso es algo difícil, pues se halla en Dreux é intercepta el camino el ejército de Enrique de Navarra. Podemos, no obstante, si gustáis, hacer llegar ese escrito á manos de Lorena, valiéndonos al efecto del primer emisario que nos manden nuestros maridos.

—Imposible; juré entregársela yo mismo, y no puedo faltar á tan sagrada promesa.

—¿Cómo vais á atravesar por medio de las tropas enemigas?

—Bien disfrazado, haciendo uso de mi pasaporte y de otros documentos que me ponen á salvo de la sospecha de los dos partidos. Soy extranjero, y puedo aparecer fácilmente como ajeno á las luchas de los franceses.

—Entonces, ¿qué queréis de nosotras?

—Que al llegar á Dreux pueda ver al duque de Guisa sin pérdida de momento.

—Dos de nuestros esposos se internaron en el Norte, con objeto de rehacer y organizar una parte del ejército católico; pero el tercero se encuentra al lado de Lorena, duerme en su alcoba y no le abandona un solo instante; por consiguiente, nos es muy fácil el logro de lo que deseáis.

—¿De qué modo?

—Yo, que soy su esposa, os daré una carta para que os presente á Lorena.

—Pudieran sorprenderme en el camino, quitármela,

y comprometeros, por lo cual no la acepto. Idead otra cosa.

—Hoy debe llegar un correo que saldrá de París mañana; escribiré á mi marido para que os salga á recibir y os lleve al palacio del duque.

—Ese escrito pudiera caer también en manos de los hugonotes y comprometer la carta que llevo de la reina.

—Entonces no sé cómo complacer á S. M. ni á vos.

—Figuraos que me aproximo á Dreux y me sale al encuentro una avanzada católica. ¿De qué medio me valdré para que uno de sus mismos soldados me presente á vuestro marido y éste á Guisa?

—¡Ah! sí dándoos una contraseña.

—¿Que sólo conocen los católicos?

—Sí, señor.

—Eso es lo que yo os pedía.

—Al llegar á nuestros amigos, santiguaos, diciendo: *la religión, el trono y la espada.* ¿Se os olvidará?

—No, á fe. ¿Y para que vuestro esposo no dude de mí?

—Repetid la contraseña, añadiendo que sois noble napolitano.

—¿Quién le habrá dicho que voy de parte vuestra?

—El correo que sale pasado mañana.

—¿De palabra?

—Se entiende. ¿Podréis llegar sin peligro á Dreux?

—Pardiez, al que fué desde Suiza á Ussón y vino desde ese castillo á aquí, le es fácil recorrer lo que queda de Francia.

—Muchos sobresaltos os habrá costado.

—Ninguno; unas veces me abrí paso con los papeles que llevo encima y las demás á tiros.

—¿A tiros?

—Si; somos seis y un guia, yendo provistos de doce pistolas.

—¿Los siete vais á Dreux?

—No; yo solo y un criado que me espera en el piso bajo.

—¿Cuándo partiréis?

—Esta noche; mas caminaré á pie y haciendo jornadas cortas.

—Dista veinte leguas.

—Las andaré en cuatro días.

—¡Un caballero como vos!...

—A los soldados de mi país nada les impone, asusta ni detiene.

—Os rogamos esperéis en nuestra casa hasta saber de una manera cierta que acabó la contienda en el barrio.

—Me basta con que termine en esta calle y entender que no os amenaza peligro alguno.

—¿Y vos?

—Yo sé combatir á los que me salgan al encuentro y continuar adelante.

—Es que ahora no lleváis pistolas.

—Me sobra con la espada.

—Sois temerario.

—Perdonad; sólo práctico y algo inteligente en asuntos de guerra.

—Permitir al menos que os acompañen dos de nuestros criados.

—Gracias; quiero únicamente asomarme al balcón que há poco cerré.

—Estáis en vuestra casa.

Flaviano volvió al estrado, regresando cinco minutos después.

Sin sentarse nuevamente, les dijo:

—Sigue la pelea, pero se ha reconcentrado lejos de aquí; la calle de San Dionisio está completamente sola, y si no lo tomáis á mal, me retiraré al *hotel de la Estrella*, donde quedo á vuestra disposición hasta la noche que salga para Dreux. Mi disfraz es de músico italiano.

—¿Por qué no aguardáis á que todo concluya?

—Gracias. ¿Me permitís que bese vuestras manos?

Así lo hizo el duque, cambió con ellas algunos cumplimientos, llegando al zaguán, donde le esperaba Lambert.

—Abrid,—dijo á los criados.

El jefe le preguntó:

—¿Os marcháis?

—Sí.

—Aún no ha concluído la pelea.

—No importa.

—Podrán saliros al encuentro.

—Pasaré por medio de ellos.

—¿Y os va á acompañar ese mozo?

—¿Quién, mi buen León? Irá en pos de mí, con más ardimiento y serenidad que otro alguno.

—Os advierto, Mr. Guzmán, que al escuchar los tiros de esta calle y oir la contienda á la puerta de la casa, desapareció, y no le hemos hallado hasta hace poco.

—¿Dónde se metió?

—Positivamente no lo acertáis.

—Lo creo.

—Le encontramos entre las ramas de un árbol.

—Consiste en que le ha quedado desde la niñez gran afición á coger nidos.

—Temblaba de un modo que daba compasión.

—El frio; pero vedlo ya qué sereno y tranquilo se muestra. Ya lo oyes, León; esta pobre gente te desconoce, y se burla de ti, creyendo que tienes miedo. Dales una prueda del error en que están.

—¿De qué modo, Mr. Guzmán?

—Yendo delante de mí, por entre las balas, las espadas y la picas.

—Señor, ¿qué va á ser de nosotros hoy?

—¿Lo veis? ¡Ja, ja, ja! el criado se parece al amo como el ciprés al olivo.

—En cuyo caso os faculto á todos para que se lo entreguéis á los católicos como hugonote. En marcha, Lambert, ó sufre las consecuencias de la orden que acabo de dar. Abrid, y que el cielo os guarde.

El duque salió, dudando León si debía ó no seguirle. Una nueva carcajada de los criados de la casa lo decidió, corriendo avergonzado en busca de su señor, al cual dijo:

—Sois temerario, Mr. Guzmán, y es extraño que

un hombre de vuestro talento se precipite con tanta ligereza.

—¡Cobarde, hasta los míseros lacayos se ríen de ti!

—No me importa; la vida es lo primero.

—Con ese miedo la expones más.

—Yo no lo entiendo así.

—Porque eres tonto.

—¿Adónde vamos, señor?

—Al *hotel de la Estrella.*

—Entonces echemos por esta calle.

—¿Se acorta ó se alarga la distancia?

—Poca será la diferencia, pero de seguro no encontraremos gente fanática y atroz.

—Te dejo la dirección; pero como retrocedas un paso, ¡ay de ti!

—Lo que es por este camino no ocurrirá.

—Puesto que no hay nadie, andemos un poco más de prisa.

—Me parece la idea sublime.

—Esta noche nos dirigiremos á Dreux, y siento decirte, Lambert, que si no cumples tu palabra, lo vas á pasar muy mal.

—¿Qué os ofrecí, señor?

—Seguir á mi lado haya ó no peligro.

—¿No lo estoy haciendo?

—Desapareces á lo mejor, y luégo es difícil hallarte.

—Cerca estoy siempre.

—Es que ahora iremos solos, y no debo dejar de verte un solo instante.

—Lo conseguiréis.

—Ten entendido que como te vea huir, he de llamarte con la boca de mis pistolas.

—¡Jesús me valga! Más miedo las tengo que á todos los hugonotes y católicos juntos.

—Pues ya has oído tu sentencia.

—No dirá mi esposa é hijos que no me sacrifico por ellos.

—¿Por qué no imitas á Ros, que es un pobre sirviente?

—¡A ese desalmado, á ese corazón de tigre! Dios me libre.

—Es generoso, caritativo; defiende al débil contra el fuerte, y jamás abusa de su valor y fortaleza de alma.

—No lo niego, pero en viendo muchos enemigos, carga, dispara y mata con la sonrisa en los labios y el desprecio en el rostro.

—¿Y qué? ¿Había de llorar?

—Los cadáveres, la sangre y los miembros mutilados sólo le inspiran desdén.

—Lo que ya no tiene remedio se ve con indiferencia.

—No le defendáis, Mr. Guzmán; es un león que... No me atrevo á decirlo.

—Que se asemeja á mí; por eso le quiero tanto como lástima me inspiras tú.

—Ya estamos en nuestra calle; llegamos sin peligro alguno, gracias á Dios.

—Parece que está París desierto.

—Se ha replegado el público hacia la Bastilla; es-

toy seguro que allí se encuentran más de cien mil personas.

—¿Qué hacen?

—Los menos se baten, y los más los ven con la boca abierta. Es mucho pueblo éste; por curiosos suelen perecer quince ó veinte diarios, y sin embargo, no escarmientan.

—En todas partes sucede lo mismo.

—Pues lo juzgo una barbaridad.

—En esta ocasión opino como tú; creo necio exponerse á morir por ver á unos franceses batirse con otros.

—Eso dije yo siempre; el que no se vea obligado á tomar parte en luchas como esas, debe huir de ellas lo mismo que del demonio. Ya estamos en nuestro *hotel;* bendita la Providencia, que nos trajo aquí sin ningún contratiempo.

—Esta noche volveremos á probar fortuna.

—Mi itinerario es bueno, y acaso lleguemos á Dreux sin incidente desagradable.

El duque entró en la fonda embozado hasta los ojos, y luégo en su habitación, diciendo á Zalla, que le salió al encuentro:

—Os participo, mi querido amigo, que tengo ya cuanto hace falta para dar principio al desarrollo de mi plan.

—Me alegro mucho, y mi placer sería completo si me permitieseis acompañaros á Dreux.

—Imposible; la intriga que empezaré á desarrollar en breve sólo necesita de habilidad y destreza.

—¿Y si algún puñal se alzara contra vos ú os acometieran muchos?

—Alvaro, el itinerario de Lambert me pone á salvo en los caminos; en las poblaciones tendré en contra ejércitos, y para éstos son inútiles vuestra compañía y valor.

—Lo siento, y creed que cada día que tardéis me ha de parecer un siglo.

—Tened confianza absoluta, y no dudéis nunca de la Providencia. Pardiez, hasta la incomparable cobardía de León me está siendo utilísima.

—¿Por qué?

—Su miedo le ha inspirado hasta el punto de haber trazado una ruta, por la cual es punto menos que imposible hallar alma viviente. El camino real está plagado, primero de hugonotes que reconocen y matan al que les ofrece la más leve sospecha, y luégo de católicos que hacen exactamente lo mismo; por consiguiente, pereceríamos de positivo los que intentásemos llegar á Dreux por él. Para salvar tan grave riesgo ha sido indispesable un hijo de París, que reuna á la vez gran conocimiento de su pueblo natal, muchas relaciones y una pavura extremada: circunstancias todas que concurren en grado superlativo en nuestro guía y compañero de viaje.

—No sé desobedeceros, y, como de costumbre, me inclino ante vos.

—Ros,—gritó el duque,—nuevo barniz, traje de calabrés y el almuerzo.

Nuestros siete caminantes almorzaron y comieron

en París, entreteniendo el día en hablar de los acontecimientos de Francia Zalla y Flaviano en una habitacion y los restantes en otra. Cerca de anochecido se despidieron el duque y Lambert de sus compañeros, y desaparecieron del *hotel*, dejando á aquéllos con los ojos húmedos y las instrucciones convenientes para que no pudiera acontecerles nada durante la ausencia de los primeros.

León llevaba á la espalda su morral provisto de fiambres, pan y vino; el duque guardaba cuidadosamente los papeles, pistolas y daga, enseñando, pendiente de una correa, la famosa lira que tantos aplausos solía arrancar. De este modo atravesaron París, saliendo al campo en los momentos en que la noche empezaba á extender sobre la tierra su negro y fúnebre manto.

CAPITULO XVI

De París á Dreux.—Los introductores.—Enrique de Lorena, duque de Guisa, y un pobre músico calabrés.

—Señor, empieza á salir la luna,—exclamó León á media legua de París, brillando en sus ojos la alegría por el silencio y aislamiento que reinaba en el estrecho y tortuoso sendero por que atravesaban.

—Contaba con ella Lambert,—le contestó el duque, —así es que no me extraña verla por entre las copas de esos árboles.

—¿También contabais con la soledad y silencio del camino que andamos?

—También.

—¿Quién os lo dijo?

—Tu miedo.

—¿No influyeron nada mi gran conocimiento del terreno y muchas relaciones entre mis paisanos?

—Algo.

—Lo difícil será entrar en Dreux.

—Procura que lleguemos bien, que allí penetraremos mejor.

—¿Lleváis salvoconducto?

—Infalible.

—Que me place. No andemos tan de prisa; nuestra mayor jornada se reduce á cinco leguas y media.

—Cuanto antes demos fin de ella mejor.

—¡Mr. Guzmán, he visto en mi pueblo y fuera de él que vuestro fino cutis y pequeños pies vertían sangre!

—¿Y qué deduces de eso?

—Que un caballero como vos corre mucho á caballo, no camina nunca á pie.

—¿Me quedé atrás por ventura?

—Ibais delante, pero consistía en que vuestro corazón es de roca, y vuestra voluntad de hierro.

—El hombre grande se eleva siempre sobre los pequeños.

—¿Hasta en la materialidad de andar á pie?

—Hasta en eso y en todo.

—Pocos hay como vos, Mr. Guzmán; conozco caballeros que se tienen por muy elevados, y gracias que sepan montar á caballo.

—Por desgracia son los más.

—Fácil era que ellos hiciesen lo que vos.

—Razón por la cual se humillan ante mí cuando me reconocen.

—Caro os cuesta ese modo de obrar.

—Te equivocas; me connaturalicé con la fatiga, el

insomnio y malestar, y nada hago ya que me violente.

—¿Lleváis muchos años de observar conducta tan admirable?

—Desde que tuve uso de razón.

—Habréis corrido mucho.

—Casi toda Europa y parte de América.

—¿Conocéis á Dreux?

—Tan bien como tú; cerca de sus muros me batí hace diez años.

—¿Con los españoles?

—Sí.

—Entonces seréis amigo de los *invencibles*.

—Bastante.

—Cuentan de ellos hechos admirables.

—Yo los he visto, y en esta ocasión aseguro que no miente la fama.

—Tengo vivos deseos de conocerlos.

—Lo lograrás.

—¿Qué decís?

—La verdad.

—¿Pues no están en España?

—A nuestro regreso probablemente los hallaremos en París.

—¿Os escriben?

—Sí.

—¿Conque sois tan amigo de ellos?

—Intimo.

—Ya lo habia yo supuesto; vuestro valor y talento deben parecerse á los de aquéllos.

—Dicen eso.

—¿Por qué no os llaman á vos también invencible?

—Caprichos de la fortuna.

—Me encanta esta soledad; no hallamos alma viviente.

—Me alegro mucho.

—Eso es pensar con juicio.

—Lambert, en el presente viaje he de ser un modelo de prudencia y discreción.

—Lo aplaudo, pero no me lo explico.

—Escondí mis armas de fuego y hierro, y ahora me voy á batir sólo con las de la inteligencia.

—¿No habrá excepción alguna?

—Te he dicho lo que me propongo hacer, mas ignoro lo que el destino nos tendrá reservado.

—En el caso de que tropezáramos con católicos ó hugonotes armados, reflexionad que vamos los dos solos y lo poco que yo os puedo ayudar en las contiendas civiles.

—Solo ó acompañado me gusta abrirme paso á viva fuerza cuando el enemigo se obstina en servirme de valla; pero repito que en la ocasión presente he de rehusar, cuanto me sea posible, trabar disputas y peleas.

—Admiro vuestro juicio, y ruego á Dios os lo conserve muchos días.

—Bien conoces el camino que andamos.

—Yo lo creo; nací en París, como ya os dije, y no hay palmo de terreno en sus alrededores por el cual dejase yo de recorrer día y noche.

—Noto que abandonas unas veredas, tomas otras,

á veces cruzamos por encima de los sembrados, y jamás perdemos la dirección.

—Como yo pueda, os he de llevar á Dreux sin encontrar alma viviente.

—Es indispensable, no obstante, descansar y dormir de día en alguna posada ó casa.

—Lo haremos.

Y ambos continuaron cruzando los campos de Francia al pálido resplandor de la luna y por entre arboledas tristes y solitarias.

Serían las cinco de la mañana cuando se detuvieron al pie de una casita aislada, propia, al parecer, de un labrador. Llamó Lambert, y después que hubo dado su apellido le abrieron. Pronto le reconoció el dueño de la vivienda, y pedida hospitalidad por ambos, les fué concedida mediante una corta retribución.

Descansaron, en consecuencia, seis horas; almorzaron, Lambert tomó nuevos informes, ocupando el resto del día en hablar con el duque. Cerca de anochecido volvieron á emprender su interrumpida marcha en la misma forma y por senderos idénticos á los que dejaban atrás. A las ocho y media de la noche apareció la luna, prestándoles la claridad suficiente para que no equivocasen la ruta.

Subían en este instante una pendiente extensa y penosa; al llegar á la cima se detuvo el duque, fijándose con interés en un punto situado al Norte de Francia.

—¿Os cansáis?—le preguntó Lambert.—La cuesta que acabamos de subir es larga y molesta como pocas.

Sin hacer caso Osorio de las frases que le dirigia su compañero, le cogió la mano izquierda, y señalándole una mole inmensa que se destacaba á gran distancia de allí, le interrogó:

—Dime, ¿es aquel un castillo?

—Sí, señor, y de los más fuertes é inexpugnables que tiene la Francia.

—¿Le conoces bien?

—De niño trepé muchas veces por sus muros y torres.

—¿Cómo se llama?

—Ibrí.

—¡Ibrí! ¡Ibrí!

—¿Qué os sucede, Mr. Guzmán?

—¡El castillo de Ibrí!

—¿Por qué miráis de ese modo?

—¡Ahí están, maldición!

—¿Quién, los hugonotes? Há tiempo que es suya esa fortaleza.

—Yo escalaré tus muros, treparé como el águila sobre la torre más alta, y ya en ella mandaré como rey. Ahora no me es dado hacer nada, nada; pasaré de largo como el milano; pero luégo...

—¿Qué estáis diciendo, señor?

—¿Quita, insensato?

—¿Os habíais dormido?

—No.

—Entonces delirabais.

—Acaso tengas razón; pero no; la Providencia está de mi parte, ahora lo veo confirmado. La misma

figura, iguales torreones; la vi en sueños, y al tocar la realidad, sólo debo bendecir á Dios y tener confianza absoluta. Partamos, León. A Dreux, por sitio donde desaparezca de mi vista esa mole.

—Volved la cara al otro lado, y seguidme. ¡Vaya un efecto que os ha hecho!

—¡Terrible!

—Pareciais un cómico.

—Lo creo.

—¿Queréis explicarme el enigma?

—No.

—Qué amabilidad.

—Corre.

—¿Por qué?

—¡Porque yo te lo mando, miserable!

—Os obedezco, señor. ¡Qué modo de mirar, qué acento!

—Esa torre es un fantasma que há un mes veo á todas horas, de día, en sueños, y ni un solo instante dejo de contemplarla.

—¿La de Ibrí?

—Esa, sí.

—También á mí me va dando miedo. Cuando á vos os asusta, algo debe haber en ella terrible y conmovedor. Huyamos; me ha entrado un temblor...

—Abrevia; sí; te seguiré al paso que quieras.

Media hora después perdieron de vista la mole, entraron en el llano, y comenzaron á andar por un terreno igual y más cómodo que el atravesado hasta entonces.

—Ya estamos á gran distancia, Mr. Guzmán. ¿Continuamos de prisa?

—No.

—¡Qué maldita torre; me dió un susto!

—No hablemos de ella, te lo mando.

—Mejor es. ¡Qué noche tan hermosa!

Y ambos prosiguieron sin incidente alguno que les obligara á detener ni aligerar su marcha.

Al amanecer entraron en una venta, pasando en ella el día como el anterior en la casa de campo. De este modo siguieron andando á la luz de la luna y durmiendo el resto, hasta que, llegada la cuarta noche, se hospedaron en una aldea situada á media legua de Dreux. Allí encontraron un destacamento de católicos, pero ninguno les dijo nada. A la mañana inmediata, y como á las seis, se pusieron en pie, preguntando León:

—¿Qué hacemos, Mr. Guzmán?

—A Dreux.

—¿Por dónde?

—Por el camino real.

—¿Sabéis que estamos entre las tropas del duque de Guisa?

—Sí.

—¿Y podremos cruzar por medio de ellas?

—Quién lo duda; paga, y en marcha.

Por un sendero estrecho y tortuoso llegaron al arrecife, continuando por éste en dirección de Dreux.

—Viene caballería,—exclamó Lambert.

—No importa; ponte detrás, y observemos.

—Deben ser católicos.

—Me alegro.

—¡Qué caras!

—Silencio.

—Ya pasaron; ni siquiera se han dignado mirarnos.

—Pronto nos detendrán otros

—Iban más de doscientos.

—¡Buen ojo! ochenta escasamente.

Diez minutos después vieron las torres y muros de la ciudad.

En el mismo instante les gritó una voz:

—¡Alto!

Y salieron un sargento y varios soldados de una casa situada á orilla del camino

El primero añadió:

—¿Quién sois?

Osorio se santiguó, dándole por unica respuesta la contraseña que ya conocemos.

—¿Sois músico?—le preguntó el sargento.

—Sí, calabrés.

—Tengo orden de acompañaros al palacio del señor duque de Guisa.

—Lo sé, y estoy á vuestra disposición.

—Esperad un poco.

El sargento se retiró con la tropa, entrando en la vivienda que acababa de abandonar. Luégo apareció embozado en una capa, diciendo á Osorio:

—Seguidme.

Y se dirigió á Dreux á buen paso y como á doce varas de distancia de nuestros dos caminantes.

Lambert se acercó cuanto pudo al duque, preguntándole:

—¿Quiénes son esos?

—Una avanzada católica.

—¿Los conocéis?

—No.

—¿Pues cómo nos sirven de guía?

—Calla y sigue; todo esto y lo que verás más adelante es la consecuencia de mi entrevista con las damas de la calle de San Dionisio.

—Comprendo; escribirán á sus esposos, jefes los tres del ejército de Guisa, y ellos...

—Silencio.

Pronto llegaron á Dreux sin hallar impedimento alguno en la puerta ni en sus calles, á cuyo fin les mandó el sargento que se pusieran á su lado.

La ciudad estaba fortalecida, encerrándose en ella más de veinte mil católicos y ciento noventa y dos piezas de artillería, con trenes completos de campaña. Llegaron á las siete de la mañana, y ya estaban sus plazas y calles pobladas de soldados que discurrían de un punto para otro.

Por fin se detuvieron en el ancho zaguán de un extenso palacio; el sargento se dió á conocer á la tropa que lo guardaba, diciendo á Osorio:

—Esperad aquí mientras yo pregunto si se os puede ó no recibir.

Y subió al principal, tardando en bajar cerca de una hora.

—El maestre,—dijo el sargento acercándose nue-

vamente á Osorio,—estaba en cama; pero en seguida se ha levantado, y os espera en su despacho. Id al momento.

—Gracias,—contestó Flaviano; y dirigiéndose á Lambert, añadió: —aguárdame aquí, tarde lo que quiera.

—¿Entre esta soldadesca?

—Es la guardia del señor duque de Guisa.

—Bajad pronto.

—Ten paciencia, obedece y calla.

Y el duque subió por la escalera donde acababa de bajar el sargento. Al concluirla, le salió al encuentro un criado, que le preguntó:

—¿Sois Jacobo de Guzmán?

—Sí.

—¿Músico calabrés?

—Mi traje y lira te contestan.

—Venid.

Y lo llevó á una estancia ricamente amueblada, donde le esperaba el esposo de una de las damas que conoció en la calle de San Dionisio. Era aquél bajo, delgado, de mirada penetrante y fija, de finos modales, y coronel de uno de los regimientos que acaudillaba el duque de Guisa, enemigo eterno de Enrique IV en política, en religión y en amores.

—Avanzad, Mr. Guzmán,—exclamó el jefe francés, alargando su mano á Osorio.—Mi esposa os recomienda; me dice á lo que venís, y añade que sois un cumplido caballero, valiente, y que profesa la única verdadera religión que existe. ¿Cómo dejáis París?

—Revuelto, según hallé en mi largo viaje el resto de la Francia.

—Tenemos guerra para días.

—Así parece.

—¿Cómo se encuentra la princesa Margarita?

—Triste, angustiada y deseando perder de vista su solitaria prisión.

—Enrique de Navarra la trata mal. Sentaos; el duque se está levantando, y no tardará en recibiros. ¿Vinisteis andando?

—Sí.

—Bien claro lo dice vuestro traje. ¿Hallasteis muchos hugonotes?

—No.

—En ese caso conoceríais el terreno.

—Me acompaña un guía práctico é inteligente como pocos.

—Es admirable vuestro disfraz; imposible parece que un caballero pueda trasformarse del modo que vos lo hacéis.

—La guerra, el instinto de conservación y el difícil encargo que me trae aquí me convirtieron en rudo caminante.

En este momento se descorrió la cortina, exclamando un paje:

—Mi amo y señor, el gran duque de Guisa, os espera.

—Venid, Mr. Guzmán; yo mismo os presentaré á Lorena.

—No os molestéis tanto.

—Al contrario, deseo complaceros, que así me lo encarga mi esposa.

Ambos atravesaron varios pasillos y salones hasta entrar en un gabinete pequeño, pero suntuoso y elegante. Los dos se inclinaron ante el duque de Guisa, diciendo el coronel:

—Mi general, os presento á Mr. Jacobo de Guzmán, del cual os hablé ayer, y al que, según dicen, le trae ante vos una misión importante.

—Nadie hubiera creído,—exclamó Lorena,—que un tan grosero traje escondiese al caballero.

—Pues lo oculta, señor duque; pero no á vos, que vais á conocerle.

—¿Deseáis algo de mí?—preguntó el coronel.

—Gracias, señor,—replicó Osorio;—demostraros únicamente mi gratitud.

—Habito en este palacio, y os recibiré siempre que gustéis.

E hizo una reverencia, dejando solos al de Lorena y á Flaviano.

Estos se miraron fijamente, exclamando el francés:

—Avanzad. ¿Venís de Ussón?

—Sí, señor.

Y volvieron á mirarse, intentando Guisa con la vista profundizar el cerebro de Osorio.

Era el general en jefe un católico alto, elegante, bien parecido, pero de mirada torva y recelosa. Se movía continuamente, y en sus ideas y modo de obrar existía algo voluble, poca fijeza y gran predisposición á ser víctima de terribles pasiones.

El duque del Imperio hacía en este momento esas observaciones, en tanto que Guisa hallaba en el rostro y mirada de aquél algo que le imponía y que no acertaba á definir. Cuando le hubo examinado tres minutos, volvió á preguntarle:

—¿Hablasteis con la princesa Margarita?

—Sí, señor.

—¿De mí?

—De vos, señor de Lorena.

—¿Cómo se encuentra?

—Angustiada, prisionera y triste.

—Ussón no es el pueblo en que debe habitar una dama de su estirpe, talento y belleza.

—Así es.

—¿Llora?

—Sí, señor.

—Su esposo manda en ella, y poco ó nada puedo yo hacer en su obsequio.

—S. M. cree lo contrario.

—Su alteza.

—Permitidme que la trate como á reina de Francia.

—Me lo prohibe la guerra que hago á su marido; en Dreux es sólo princesa.

—Me inclino ante el jefe del partido católico.

—¿Os dió una carta para mí?

—Sí, señor.

—Dadmela.

—Debo antes hablaros largamente, si me lo permitís.

—¿De parte de ella?

—Sí, señor.

—Decid lo que gustéis.

—Necesitaré tiempo.

—Di orden de que nadie osara interrumpirnos.

—Duque, la señora princesa, que se ha dignado mandarme aquí, y por la que yo acabo de exponer mi vida cien veces...

—¿De qué modo?

—Abriéndome paso á tiros para llegar ante vos.

—¡A tiros!

—Con estas pistolas que escondo debajo de mi tabardo, y diez iguales que guardan mis cinco compañeros.

—¿Quién sois?

—Un hombre que debo favores á S. A., y se los paga del modo que os acabo de decir.

—¿Hallasteis muchos hugonotes en el camino?

—Tantos, que tendí más de treinta, y llego á Dreux por milagro de Dios.

—No pude suponer que vuestra embajada fuese tan importante ni el encargado hombre de tanto valor. Vuestro acento no es francés.

—Nací en Nápoles.

—¿De ilustre cuna?

—No hay allí ninguna mejor ni más elevada.

—Vuestro apellido, sin embargo, no es muy conocido.

—Acaso tenga otro antes que ese, y si lo dijera, posible es que sonase mejor en vuestro oído.

—¡Ah! ¿Os prohibe algo decírmelo?

—Sí.

—¿Qué cosa?

—Tampoco puedo contestaros.

—Decíais antes que habéis expuesto vuestra vida...

—Cien vèces por una dama á quien respeto y considero; y claro es que si yo fui capaz de eso, ¿qué no haría por ella el hombre que la ama y que se ve correspondido?

—¿Aludís á Enrique de Navarra, su esposo?

—No; al señor duque de Guisa.

—¡Insensato!...

—Me lo ha dicho ella, y nunca miente.

—¿Ella?... Imposible.

—¡Tampoco yo faltè jamás á la verdad, y al que dudó de mis frases!... Señor duque, ved en mí á un indigno, pero leal representante de la princesa mi señora.

—¡Fué una imprudencia!...

—Perdonad; las mil pruebas de valor y fidelidad que le di rechazan la frase. Si Margarita me confió un secreto como ese, no pudo ni debió prescindir de hacerlo.

—Me sois desconocido.

—Bastaba con que ella me conociese.

—¿Cuánto tiempo há que os estima de ese modo?

—Más de diez años.

—¿Qué ibais á decir?

—Digo, que si yo, por gratitud, le doy mi vida, vos no podéis negarle sacrificio alguno.

—¿Necesita de mí?

—Sí, señor.

—¿Qué desea, qué anhela? Le pertenece hasta mi vida.

—¡Muy bien! sois digno...

—De servirla.

—Eso iba á decir.

—Guzmán, no sois tonto.

—Por eso me ha elegido para venir aquí.

—Ni cobarde; lo declaran vuestros ojos.

—No nací tímido.

—¿Obedecéis á Margarita sólo por gratitud?

—A S. A. sólo por eso; á mi esposa por amor.

—¿Me lo juráis?

—Por el Dios que nos oye.

—Os escucho con gusto; ¿qué debo hacer por la bella princesa?

—Casi nada.

—Lo siento.

—Os creo.

—Es tan... tan bondadosa.

—Y tan encantadora. ¡Oh! su talento, poesía y majestad la elevan sobre el resto de las mujeres.

—Con qué entusiasmo lo decís.

—¡Le debo tanto!

—Parece que late vuestro corazón.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque se lo dejé á mi esposa.

—Sentaos junto á mí.

—Gracias.

—Me agrada vuestra conversación. Pero no me habéis dicho aún lo que desea la princesa.

—Una cosa muy justa.

—¿Qué es?

—Salir de Ussón.

—¿Quién puede hacer eso?

—Su esposo.

—Verdad es; pero no comprendo...

—Le ha pedido una entrevista.

—No se la concederá.

—Entiendo que sí.

—¿Y luégo?

—En ella reclamará su libertad y el derecho de habitar en París.

—Bueno sería; mas positivamente se niega Enrique de Navarra.

—Al contrario, es cosa segura.

—¿De qué medio se va á valer?

—Su alteza profesa la religión católica, y acaso crea un deber de conciencia abdicar en favor de Felipe II sus derechos al trono de Francia.

—¡Idea sublime! ¡amenaza portentosa! Pero ¡ay! Enrique está celoso, y esa pasión lo domina en sumo grado.

—No tiene pruebas; vuestro criado sólo le dió copias escritas por él.

—Pero cree en lo que dicen aquéllas.

—Duda, y como S. A. no quiso justificarse...

—Hizo bien.

—Eso mismo sigue creyendo Margarita, y en prue-

ba de que es así, le va á rogar que la repudie por estéril.

—¡Estéril!

—Estéril, sí.

—Tenéis razón; y en que me admiro, pues no me hizo saber tan gran pensamiento.

—Que realizo yo en este momento.

—¡Ah! ¿me lo decís de su parte?

—Claro está.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Os reserva, porque así os corresponde, papel principal.

—¿Cuál es?

—Evitar, siquiera hasta el día del repudio, que las sospechas de don Enrique se conviertan en realidades.

—¿De qué modo?

—Vedlo de su puño y letra.

—¿Qué hacéis?

—Sacad esta bolsita, y de ella la carta de S.A.

—¡Colgada al cuello!

—Sí, pensé dejarmela arrancar con la vida.

—Veo, Guzmán, que vuestra lealtad no es cuento.

—Tomad, señor.

—¡Su letra es!

—Y su rúbrica.

El duque de Guisa besó la firma, leyendo después dos veces el contenido de una carta que conocen nuestros lectores. Al acabar, tenía contraído el rostro, torva la mirada y marcado el disgusto de un modo inequívoco.

—¿Conocéis este escrito?—preguntó á Osorio.

—Sí, señor; se dignó leérmelo mi bondadosa señora.

—¿Y no opináis, como yo, que es un rompimiento?

—Todo lo contrario.

—¿Por qué me prohibe entonces que vaya á Ussón?

—Porque piensa salir de ese castillo y citaros á París.

—¿Tan segura está de que cederá Enrique?

—Sí, señor.

—Entonces desconfía de mí.

—Tampoco es cierto; desea sólo evitar, durante sus negociaciones con Enrique, que un criado vuestro trueque en realiad aquellas sospechas que otro le infundió.

—Yo le respondo de que no sucederá.

—En poder esas cartas de S. A., que las quemará en el acto de recibirlas, hay menos peligro.

—El mismo.

—Poco os cuesta complacer á una dama que tanto os estima.

—Todo menos eso; primero le daría mi vida.

—¿La desobedecéis?

—Lo siento, mas pretende lo que no logrará nadie de mí.

—Señor, ved lo que hacéis.

—Basta, Guzmán. Hoy la escribiré demostrándole mi disgusto por su desconfianza. Nada más hablemos sobre el particular.

—¿Estáis resuelto?

—Con toda mi alma.

—En ese caso debo devolver esa carta diciéndole lo que me habéis contestado.

—Es muy justo, tomadla.

—Quiero evitar un rompimiento que aumentaría la desgracia de mi señora, por cuya razón os ruego no le mandéis á decir nada.

—¿Se dará por satisfecha con lo que vos le manifestéis?

—Entiendo que sí.

—Eso era lo mejor.

—Pues será así.

—En mi poder están las cartas tan seguras ó más que en el suyo.

—Las mujeres son caprichosas, y es posible que no le satisfaga esa razón; pero yo la expondré otras.

—Tenéis talento, y si me libraseis de tan molesto compromiso, os lo agradecería mucho.

—En eso medito.

—¿Os levantáis?

—Parto con vuestro permiso.

—¿Queréis un correo?

—No; he determinado ir yo.

—Era lo más acertado; pero es expuesto.

—No importa.

—¿Qué deseáis de mí?

—Nada; permiso para retirarme.

—¿Cuándo marcháis?

—Esta noche.

—¿Necesitáis oro, caballos?...

—Gracias, tengo de sobra.

—¿Os volveré á ver?

—Sí, señor.

—Cuento con que...

—Yo lo arreglaré todo. Que el cielo vele por vos.

—El os proteja y guíe.

Con una mutua reverencia terminó el largo y enojoso diálogo que el duque del Imperio se vió obligado á sostener con el de Guisa. El último quedaba satisfecho, viendo en Osorio un hombro valiente, hábil, y del que esperaba un señalado favor que lo libertase del compromiso en que le había puesto la reina Margarita. Este hombre quería á la desterrada de Ussón por orgullo y vanidad; tenía de ella una prenda preciosa, que eran las cartas en cuestión, y juró no entregárselas á nadie, por ser la cadena con que creía sujetar á su voluble dama.

En cuanto al duque del Imperio, ya le hemos visto poner en juego las poderosas armas de su inteligencia para arrancar á Guisa los célebres escritos que el otro aprisionaba con mano férrea; comprendiendo que por el camino emprendido no llegaría al fin, cedió ante su contrario, pero con intención de acometerle en otro terreno más ventajoso y de seguro resultado. Hábil siempre, y diestro ahora como nunca, se retiraba como la pantera, para prepararse á dar un nuevo salto que dejara completamente á su disposición la víctima designada por tan sagaz, atrevido y valiente español. Los medios que intentaba poner en juego no merecían su completo agrado; mas eran los únicos con que con-

taba, y en el duro trance de salvar á sus hermanos, á la Francia y el honor de la reina, inclinó su hermosa y varonil frente, exclamando, según avanzaba por los salones de Lorena:

—El sendero es torcido, espinoso y cruel; pero no me es dado caminar por otro, y cierro los ojos para correr desalentado y fiero. Lo menos malo que podrá ocurrirme será el que me estrelle... No; venceré; la antorcha que vi en Nápoles me debe alumbrar, me alumbra, y ya voy marchando á su siniestra luz.

CAPITULO XVII

Lambert convertido en culebra.—Otro disfraz.—El principio de una nueva intriga.

El duque del Imperio metió las manos en los hondos bolsillos de su grosero tabardo, y bajando la extensa escalera del palacio, se acercó á Lambert, diciéndole:

—Vámonos.

El rostro de nuestro héroe no demostraba en tales instantes ira, enojo ni pesar; lejos de eso, parecía estar satisfecho del presente y seguro del porvenir. Si hubiera llevado consigo la preciosa caja que formaba ahora su anhelo, es indudable que no aparentaría más tranquilidad y sosiego.

Ya en la calle, le preguntó León:

—¿Adónde nos dirigimos?

—A la posada más próxima.

—Al mejor *hotel*, querréis decir.

—No se me ha ocurrido semejante disparate.

—¿Hay peligro?

—Ninguno. Somos protegidos del señor duque de Guisa.

—Entonces, no lo entiendo.

—Lambert, te he dicho y repito que acabaron las contiendas; por consiguiente, concrétate á obedecerme, ó te despido sin darte un maravedí.

—Lo haré; pero en la posada os servirán mala comida.

—No importa. ¿Hay alguna por aquí?

—Vedla.

—Pues entremos.

Y ambos se hospedaron en un mal cuarto de la mencionada casa, situada á quinientos pasos escasamente del palacio de Lorena.

—Y ahora, ¿qué hacemos?—preguntó León.

—Que nos sirvan un almuerzo lo menos malo posible. Abrevia

—¿Dónde como?

—En la misma mesa que yo y frente á mí.

—Señor, ¿qué estáis diciendo?

—¡Si vuelves replicarme, te salto un ojo!...

—Esconded esa pistola, señor; os juro por el alma de mi madre convertirme en estatua, si así lo queréis.

—Despacha.

Diez minutos más tarde comían nuestros dos viajeros un trozo de carnero asado, pepitoria y postres. El duque no desplegaba los labios, y Lambert le miraba con recelo y sumisión.

Cuando hubieron terminado, exclamó el primero:

—León, cierra la puerta, y hablemos.

—Ya está, y os escucho.

—Siéntate. Acércate más. Tú, no habiendo estocadas ni tiros, te expresas bien y obras con cordura.

—Verdad es; mas viendo espadas ó pistolas me entra un temblor, un frío capaz de impedirme toda acción y pensamiento.

—Ahora, amigo mío, se trata de una intriga en donde sólo van á jugar las palabras.

—Esa guerra me gusta á mí mucho. ¿Qué vamos á hacer?

—Puesto que tan aficionado eres á la paz, y tan hábil reinando aquélla, te nombro único actor de la contienda moral á que daré principio en breve.

—¿Yo solo?

—Guiado por mí; ten en cuenta que si estás diestro y sagaz, ganas hoy quinientos ducados más de lo que te tengo ofrecido.

—¿A quién engaño? ¿qué hago, qué digo? Ya crece en mi cerebro un enorme filón de mentiras; porque yo oí que el embuste es el arma favorita y terrible de la intriga.

—Parece que te ha despejado el vino.

—Me obligasteis á que bebiera un poco más de lo que tengo por costumbre, y me siento atrevidillo y muy dispuesto á ganar de extraordinario quinientos ducados.

—Sepamos si es verdad. ¿Tienes algún amigo entre los criados del duque de Guisa?

—No os comprendo.

—Mal principio, Lambert; el intrigante las coge al vuelo.

—Con poco que me expliquéis bastará.

—Durante el largo período que me aguardaste en el zaguán de Lorena, ¿no encontraste un conocido entre los muchos sirvientes del duque que andaban por allí?

—Conocidos sí, amigos no.

—Basta con eso; lo que falte de intimidad se suple con oro y destreza.

—Entiendo. ¿Qué debo averiguar?

—Esa pregunta, León, casi casi te asegura los quinientos ducados.

—Ya veréis que en este terreno no soy el mismo que en el otro; es decir, en el de las estocadas y tiros.

—Que me place. Triunfa en éste, que yo lo haré en aquél.

—Mandadme, señor.

—Necesito saber, antes de dos horas, si el duque de Guisa sale de noche solo, y en caso afirmativo, la hora y el traje que usa. Hé ahí casi todo; lo demás que seguirá es tan rutinario, que no ofrece dificultad alguna.

—¿Y con eso creéis que podré ganar los quinientos ducados?

—Quién lo duda.

—Poco tiempo me dais, pero acaso tenga bastante.

—Hora más ó menos...

—Entonces lo sabréis, sin que admita duda alguna.

—Si fuese preciso obsequiar á tu amigo, no seas avaro, que yo te abonaré lo que gastes.

—Entraba en mis cálculos la fabricación de una llave de oro.

—Veo que conoces á tus compatriotas, y me alegro mucho.

—Conque si sale el duque solo, y en caso de ser así, el traje, la hora...

—Si añadieras el sitio, el objeto... No estorba á mi plan que vaya acompañado de un amigo íntimo.

—No necesito más. ¿Me dais vuestro permiso?

—Sí; parte al momento, y que no se borren de tu memoria los quinientos ducados.

—¿Cuándo los recibiré?

—En el instante que quieras. Di al mozo que nos ha servido que me suba recado de escribir, un buen pliego de papel y lacre.

—Hasta luégo.

—Abrevia, pero sin perjudicar la intriga.

—Hoy quedaréis satisfecho de Lambert.

Marchó aquél, y el duque, después de asomar á sus labios una agradable sonrisa y de meditar cinco minutos, comenzó á escribir una carta con buena letra y gran cuidado en las frases que estampaba. Terminado su trabajo, la cerró, poniéndole lacre sin sello. Después llenó el sobre y se la guardó, exclamando:

—Si este papel llega á manos del duque, todo se habrá ganado; pero si me viese obligado á romperlo... Me horroriza la idea, y puesto que no me es dado vacilar, debo y quiero creer lo primero. ¡Oh, el caudal

de noticias que adquirí en Nápoles no tiene precio! ¡En Nápoles! Allí recibí la inspiración; de allí saqué mi antorcha; nada malo debo esperar de lo que traje de allí.

Y quedó entregado á profunda meditación, que más de una vez llevaba á sus labios placentera sonrisa.

A las tres horas de haber salido Lambert regresó, presentando el rostro encendido, alegre, y la mirada viva é inquieta.

—¿Vuelves borracho?—le preguntó Osorio.

—No, señor; bebí porque fué preciso alegrar, ó algo más, á mi íntimo amigo; pero yo he conservado la razón cabal. Soy un intrigante terrible.

—¿Quién es ese amigo íntimo?

—El que viste, desnuda y hasta acompaña á su señor el duque de Guisa.

—¿Le diste oro?

—Jugamos, y me dejé ganar veinte ducados, pagando además cuatro que hicimos de gasto.

—¡Bravo! Sientate; más cerca; baja la voz, y prosigue contestando.

—Os escucho.

—¿Te ha preguntado ese ó cualquier otro á qué has venido á Dreux?

—Por supuesto.

—¿Qué contestaste?

—Que sigo vendiendo, caminando y en mi antiguo oficio.

—¿Hablaste de algún compañero de viaje?

—Sí, de mi caballo.

—¿Nada más?

—Añadí que una persona completamente extraña me rogó que le llevase al palacio, le guiara luégo á un *hotel*, disculpando así mi permanencia en el zaguán de Lorena, la cual, según les dije, me proporcionó la satisfacción de averiguar que estaba allí un paisano y amigo de la niñez.

—Muy bien; la introducción es admirable.

—Os repito que soy un intrigante terrible.

—Sepamos lo que has hecho.

—Me hallaba en la cocina ofreciendo calzas, gregüescos y ropillas que no podía vender á nadie, cuando entró mi hombre; lo abracé, recordándole juegos infantiles y reyertas de muchachos en las que siempre salí yo abofeteado por él.

—Es decir, que desde muy pequeño comenzaste á dar pruebas de valor.

—Sí, el héroe empieza muy pronto á presentar su denuedo y bizarría. El fiel criado de Guisa lloró de placer, y en el momento que su amo salió á caballo se vino conmigo á una hostería no lejana, donde comió bien, bebió admirablemente vinos y licores añejos, muy añejos.

—Muy poco. ¿Y luégo?

—Después jugamos á los dados, y supe, efecto de mi habilidad y destreza, que su amo sale todas las noches secretamente embozado en una capa negra y cubierta la cabeza con gorra sin pluma.

—¿A qué hora?

—En cuanto oscurece.



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo 4 y 6, Madrid.

—Las artes podrán ser útiles; pero es preciso convenir en que al aprenderlas no existe nada tan fastidioso.

—¿Nada más?

—Añadí que una persona completamente extraña me [illegible] vase al palacio, le guiara luégo á un *hotel*, [illegible]alpando así mi permanencia en el [illegible]gnán de Lorena, la cual, según les dije, me proporcionó [illegible] satisfacción de averiguar que estaba allí un paisano y amigo de la niñez.

—Muy bien; la introduccion es admirable.

—Me creíste que soy un intrigante terrible.

—Ignoramos lo que has hecho.

—Me hallaba en la cocina ofreciendo calzas, [illegible] que no podía vender á nadie, cuando oí mi nombre: lo abracé, recordando [illegible] infantiles y travesuras de muchachos en las que siempre salí yo abofeteado por él.

—Es decir, que desde [illegible] empezaste á dar pruebas de valor.

—Sí, el héroe empieza muy pronto á presentar su denuedo y bizarría. [illegible] Pardo de Guisa lloró de placer, y en el momento que su amo salió á caballo se vino conmigo á una hostería no lejana, donde comí bien, bebí admirablemente vinos y licores añejos, muy añejos.

—Muy cuerdo. ¿Y luégo?

—Después jugamos á los dados, y supe, efecto de mi habilidad [illegible] diestreza, que su amo sale todas las noches [illegible] embozado en una capa negra y cubierta la cabeza con gorra sin pluma.

—¿A qué hora?

—En cuanto oscurece.



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo 4 y 6, Madrid.

_ Las artes podrán ser útiles; pero es preciso convenir en que al aprenderlas no existe nada tan fastidioso.

—¿Adónde va?

—A la calle de San Juan.

—¿Qué casa?

—No es casa; un convento, donde se admiten niñas á pupilo.

—¡Por Santiago!...

—¿Qué os pasa?

—Nada, León, que eres todo un hombre.

—Ya os he dicho que en lo tocante á intrigas, casi casi os aventajo.

—Por supuesto; los que manejamos pistolas y espadas no servimos para esas luchas intelectuales.

—¡Cómo agucé el entendimiento!

—¡Vaya! En ese convento ó colegio se educará muy bien á las niñas.

—Eso no me importaba á mí y no lo pregunté; me bastaba saber únicamente que va allí el duque todas las noches disfrazado, y que es un secreto para cuantos le rodean.

—Con el cual tenemos de sobra, Lambert.

—Se me olvidaba deciros que no sale por la puerta principal, sino por un postigo que da á la espalda, calle estrecha, oscura.

—Sé la que es, y me basta con lo que acabas de decirme.

—¿Gané ya los quinientos ducados?

—No, pero te falta muy poco; en lo que resta has de salir mejor aún que en lo pasado.

—Hablad.

—Necesito una capa negra y gorra sin pluma.

—Es decir, como las del duque.

—Exactamente.

—Voy á comprarlas.

—Espera. Quiero también un caballo fuerte y corredor, con los arreos necesarios.

—¿Uno solo?

—Claro es.

—¿Para quién?

—Para mí.

—¿Voy yo á pié?

—No; te quedarás en Dreux por unas cuantas horas; luégo me iras á buscar.

—¡Yo solo!

—Te acompañará un jefe hugonote.

—Pero, señor, yo no entiendo una palabra.

—No hace falta.

—Mas...

—Obedece y calla. Hoy lo ganas todo ó todo lo pierdes, inclusa la vida. Conque, León, elige.

—¿Dónde dejo el caballo?

—En la cuadra de esta posada.

—¿Y la ropa?

—Me la subes.

—¿A qué hora comemos?

—Cuando hayas concluído esos dos encargos. Que nos sirvan buenos manjares.

—En esta mísera hospedería será algo difícil.

—Que los traigan de fuera.

—Va entrando la tarde, y temo que me falte tiempo.

—No le emplees mal. Abrevia.

Otra vez volvió á quedar solo el duque del Imperio y entregado á profunda meditación. De este modo, y sin que nada viniera á distraerle, trascurrieron dos horas que tardó en regresar León, diciéndole:

—Aquí están la capa y gorra.

—¿Serán iguales?

—Idénticas.

—¿Y el caballo?

—En la cuadra.

—¿Qué tal es?

—Alazán tostado, cinco años cumplidos y de raza árabe.

—¿Entrado en carnes?

—Sí, señor.

—¿Correrá bien?

—Como el águila; no quisieron dármelo menos de trescientos ducados.

—Bueno debe ser.

—Os gustará.

—¿Comemos?

—¿Cómo esta mañana?

—Sí.

—Al momento.

Poco después emplearon tres cuartos de hora en trinchar unas cuantas viandas, medianamente condimentadas.

Cuando hubieron concluído, se puso en pié el duque, diciéndole su guía:

—¿Adónde vamos?

—Primero á la cuadra; luégo á la calle de San Juan.

Y salieron, reconociendo Osorio el potro que concluía de comprarle Lambert.

—Muy bien,—exclamó;—no correrá mal, resistiendo lo que yo necesito.

—De prisa iréis al parecer.

—Probablemente.

—Sois tan reservado hoy...

—León, que juegas tu suerte y hasta la vida.

—No quiero saber nada.

—A la calle de San Juan.

Serían las cinco de la tarde cuando ambos se dirigieron al mencionado sitio. El duque iba embozado hasta los ojos é imitando á un caballero. Lambert seguía detrás con su traje de camino, indiferente á todo.

De pronto se detuvo el primero, diciendo al segundo:

—Cruza la calle, entra en la tienda de enfrente y compra una pluma blanca, la mejor que tengan.

León se encogió de hombros, y sin comprender nada de lo que hacía, obedeció al duque. Este guardó la pluma, hasta que vió un portal estrecho y oscuro, donde entró para colocar aquélla en su gorra del mejor modo posible. Luégo se cubrió la cabeza, prosiguiendo su camino.

Lambert exclamó:

—Antes necesitáis capa y gorra como las de Guisa, ahora añadís una pluma blanca que cuesta veinte ducados, y en verdad que tantos cambios y pareceres me aturden, confunden y evitan que comprenda algo de lo que pasa.

—Concrétate á obedecer y callar, y te advierto que nos hallamos en lo más crítico de las circunstancias por que hemos de atravesar, y ya sabes que la menor imprudencia expone tu suerte y hasta tu vida.

—Mucho me repetís hoy esa idea.

—Lo hago porque te amenaza gran peligro.

—¿Cómo podré conjurarlo?

—Obedeciendo ciegamente y callando.

—Me convierto en estatua.

—Hazlo y no lo digas. ¿Falta mucho para el convento?

—No, señor; torced á la derecha; vedlo al extremo de esa calle.

—Pues no lo distingo.

—A la izquierda; aquella casa grande.

—¿Y eso es convento?

—Se le da ese nombre; pero es sólo una gran casa con jardín, donde unas cuantas mujeres, vestidas de monja, educan á varias hijas de grandes y jefes católicos.

—No veo que haya iglesia.

—Tienen sólo oratorio, pero está á la parte opuesta.

—¿Es este el edificio?

—Sí, señor.

—¿Da á alguna otra calle?

—El convento no, el jardín sí.

—¿Luego por este lado cuenta únicamente con esa gran puerta?

—Exactamente

—¿Vendrá el duque por aquí?

—Sí, señor.

—Entonces me estorbas, Lambert.

—¿Dónde marcho?

—Vuelves á la posada, ensillas el caballo, y lo sacas del diestro fuera de la puerta por donde entramos esta mañana; allí esperas á que yo vaya.

—No me dejarán los católicos.

—Si alguno intenta detener tu paso, te santiguas, pronunciando las siguientes frases: *La religión, el trono y la espada.*

—Ya; como vos lo hicisteis con el sargento. ¿Pago en la hospedería?

—Sí.

—¿Tardaréis mucho?

—No.

—¿Qué hago después?

—Allí te lo diré.

—Esto de quedarme solo en Dreux...

—¡Maldición!

—No pongáis esa cara, obedezco.

Y partió de allí el buen León, en cumplimiento de las órdenes que acababa de recibir.

Osorio quedó frente al colegio, reconociéndolo detenidamente. Tenía aquél, piso bajo y principal, grandes rejas con espesas celosías, jardín con huerta, un zaguán extenso con doble puerta en forma de verja, y ocupaba, por último, una superficie de treinta mil pies cuadrados.

Cuando el duque hubo terminado su observación, arregló el embozo de su capa, y tomando el aire de

gran señor, que le era tan peculiar, entró en el zaguán, y llamó á la verja, preguntando á una criada que apareció:

—¿Está la señora directora?

—¿Qué deseáis?

—Tener la honra de hablar con ella sobre alumnas de este colegio.

—¿Quién sois?

—Jacobo de Guzmán, noble napolitano y amigo íntimo del duque de San Ricardo.

—Esperad, pues, un momento, que no tardaré en volver.

Y desapareció la sirvienta, dejando á Flaviano á la parte afuera de la verja. Este aguardó diez minutos, al fin de los cuales se presentó una profesora interrogándole:

—¿Sois Mr. Guzmán?

—Servidor vuestro

—Entrad.

Y abrió la verja, quitando un pasador que estaba muy bajo, y un picaporte más alto.

El duque se volvió, notando con placer lo cómodo que era facilitarse la salida.

—Seguidme,—añadió la profesora.

Y cruzaron un extenso claustro, subiendo acto continuo la escalera que conducía al piso principal. Más tarde penetraron en un saloncito decorado con sencillez, en medio del cual había una señora que representaba cincuenta años de edad, con traje de monja y rostro agradable y bondadoso.

—Bien venido, Mr. Guzmán,—le dijo.—¿Há mucho que visteis al señor duque de San Ricardo?

—Muy poco, señora directora,—contestó Osorio, añadiendo con intención:—Acabo de llegar en este momento de Nápoles, mi país natal, donde quedaba bueno y entregado á su diversión favorita, que es el estudio de aquel hermoso verjel. No os extrañe mi grosero traje; tuve que atravesar por entre hugonotes y gente de guerra, que, de reconocerme, me hubieran detenido, pues saben todos que soy católico y enemigo del partido protestante. Mi color lo ennegrece considerablemente el polvo del camino y el sudor que vertió mi frente en tan largo viaje; pero llevo conmigo una carta del duque en que me recomienda á sus principales amigos, y deseo que la leáis.

—No haré semejante disparate; vuestros modales y acento dicen quién sois.

—Gracias; mas como la época es tan terrible...

—Cierto; no obstante lo cual, hombres de vuestro país y jerarquía no engañan ni mienten. Supongo que querréis ver á las hijas de vuestro amigo.

—Verdad es que traigo ese encargo; pero antes, y esta es la causa de presentarme ante vos con parte del disfraz que usé en mi viaje, desearía saber si admitís más pupilas.

—Sí, señor; el número máximo son ochenta, y efecto de la guerra, sólo tengo diez.

—Que me place; me dijeron eso, añadiendo las bellas cualidades que os adornan y las condiciones excelentes de higiene, local y régimen, y en verdad que

anhelaba verlo confirmado. ¿Qué hacen en este momento vuestras educandas?

—Es la hora de dibujo, y ya habrán entrado en el gabinete de estudio.

—En cuyo caso os ruego me permitáis recorrer el convento, y al concluir entraremos, si lo teneis á bien, en el salón donde están esas niñas. Allí veré á las hijas de mi amigo y sus adelantos en un arte á que soy muy aficionado y un poco inteligente.

—Me alegro mucho, y tendré una satisfacción en que los examinéis.

—Estoy á vuestras órdenes, señora directora,— le dijo.

Osorio neutralizaba los malos efectos de su grosero tabardo, calzas y zapatos, y el ridículo contraste que formaban éstos con la capa y gorra de señor, esmerándose en unos modales, aire y acento que lo presentaban como en realidad era. La dueña del convento, que sabía distinguir á los grandes señores de la gente pobre y escasa de educación, no dudó un momento de la clase á que pertenecía el supuesto amigo de San Ricardo, y se hallaba muy dispuesta á concederle cuanto fuese compatible con sus deberes de directora. Supo que aquél tenía hijas; dió por hecho que las llevaría internas, y el deseo de aumentar el exiguo número de educandas, la estimulaba á que estuviese con el duque lo más complaciente posible. Así es que en persona le enseñó el jardín, luégo los claustros, el refectorio ó comedor, las celdas ó dormitorios, y cuanto encerraba el convento, dejando para lo últi-

mo el gabinete de dibujo, donde se hallaban ahora todas las colegialas.

Osorio se proponía, con este reconocimiento, averiguar las entradas y salidas del convento y si había alguna niña separada del resto de sus compañeras, sabiendo con placer que no existía ninguna enferma ni fuera del gabinete en que pintaban. En tanto que él prosigue haciendo sus hábiles observaciones, penetremos nosotros en el mencionado gabinete.

Era aquél un paralelógramo extenso, cuajado de estatuas, cuadros, modelos de otras diferentes clases, caballetes, lienzos y cuanto requería la brillante educación de las educandas.

Sobre una elevada tribuna estaba sentada la profesora, y en torno las diez niñas á quienes corregía y explicaba.

Una de éstas exclamó:

—Las artes podrán ser útiles; pero es preciso convenir en que al aprenderlas no existe nada tan fastidioso.

—Silencio, niña; consiste en que sois un poca desaplicada. Cuidado con ese perfil.

—Va oscureciendo, y no se ve aquí nada, señora profesora.

—Para vos todas son dificultades.

—No se ve, no se ve,—exclamaron sus restantes compañeras, dejando los pinceles y lapiceros.

La que dirigía el estudio movió un timbre, mandando encender luces.

Un minuto después entró el duque, precedido de

la superiora. Todas se levantaron, haciéndole una reverencia.

—¿Quiénes son las hijas de mi amigo el señor duque de San Ricardo?

—Estas dos, Mr. Guzmán.

—Muy bien; las hallo crecidas, bellas y con el aire de familia. No os extrañe, hijas mías, mi traje; es un difraz que me obliga á usar la guerra que existe en Francia.

Y estampó un beso en la frente de cada una, satisfaciendo luégo el deseo de las dos niñas, que preguntaron por la salud y regreso de su padre.

Flaviano miró á las restantes, fijándose en una que tendría seis años; era la más pequeña, y en vez de dibujar jugaba con unas estampas que le dió su profesora. El duque halló en el rostro de la educanda algo de Lorena; y con la mayor naturalidad, dijo á la directora:

—¡Qué pequeñita es ésta y qué linda! Tengo yo una de su edad, que podrá ser su compañera. ¿A qué familia pertenece?

—Oh, esa niña es de una estirpe elevada, y protegida además del poderoso señor duque de Guisa.

Era cuanto deseaba saber Flaviano; ni las noticias que llevaba de Nápoles mentían ni su inteligente mirada se equivocó al fijarse en la educanda que le obligó á entrar allí. Disimuló, no obstante, la agradable impresión que concluía de recibir, y cogiendo un lápiz, añadió:

—Bien dibujada encuentro esta cabeza; mas, en mi

concepto, debe prolongarse un poco esta sombra, así; el bigote no tan caído; un poco más recta la nariz; la frente es chica; con esta línea queda perfecta. Veamos si es posible corregir los ojos; estos toquecitos deben darles animación. ¿Qué os parece?

—¡Magnífico!—exclamó la directora.—Sois, monsieur Guzmán, un gran profesor.

—No lo creáis; me dediqué más á la música. ¡Qué lástima de figura! Me refiero á ese lienzo. ¿Me hacéis el favor de la paleta y los pinceles?

—Dádselos, niñas.

—Perdonad, hijas mías; ¡me gusta tanto la pintura! Este embozado se cubre poco, parece como que el manto está violento. Ahora la parte de rostro que se ve.

Media hora después comprendieron que Flaviano pintaba mejor que ellas. Luégo cogió un papel de música que tenia cerca, é hizo una escala que excitó la admiración; con todo lo cual infundió gran confianza sobre su clase y condición.

Algo más tarde se presentó una sirvienta, y habló al oído de la directora.

Esta dijo á Osorio:

—Mr. Guzmán, ¿me permitís que os abandone por quince ó veinte minutos?

—Sí, señora; siempre que me dejéis entre estos ángeles.

—Ya se conoce que sois padre.

—Verdad es. Id descuidada, que la lección continuará bajo la dirección de esa ilustrada profesora, ayudada por mi.

—No tardaré en volver.

La superiora cogió de la mano la niña en quien se fijó últimamente Flaviano, desapareciendo con ella.

Aquél exclamó al verla partir:

—No me equivoqué ni me engañó León; te vas, directora, porque acaba de llegar el duque de Guisa que viene á ver á su hija, á ese lindo vástago, fruto de sus ocultos amores con una parisien llamada Eugenia Depás. Mucho quiere á la madre, pero, según cuentan, delira por la hija, y en verdad que no me pesa el que así suceda. Disimulemos.

Y añadió fuerte:

—Vamos, niñas; coged una sus pinceles y otras los lapiceros, que mi visita no debe interrumpir la hora de estudio. Ruego á vuestra profesora continúe dirigiendo la clase como si yo no estuviera; mientras examinaré los modelos que hay en el salón.

Y les volvió la espalda, comenzando á observar, no los cuadros, estatuas, manos y piés, sino las colgaduras del paralelógramo.

—¡Hola!—exclamó para sí;—tres balcones con seis cortinas de tela blanca, que arderá como estopa. Muy bien; hago de este dibujo una mecha, y colocando aquel caballete y lienzo un poco más á la izquierda, oculto los balcones á la vista de la profesora.

Y fingiendo que examinaba un cuadro á medio hacer, corrió el caballete, elevando el lienzo.

—Bien,—añadió;—de este modo podré llevar á cabo mi intento con facilidad. Ahora conviene espiar la llegada de la directora.

Y después de corregir á las dos hijas de San Ricardo, se aproximó á la puerta de salida, quedando junto á ella, fija la vista en el dibujo de un Hércules y el oído en el claustro que tenía á la derecha.

Irían trascurridos treinta minutos desde que desapareció la superiora y cinco desde que él miraba el cuadro, cuando percibió el roce de los hábitos y ruido de los pasos de aquélla y de la niña que le acompañaba. En el mismo instante se corrió á la derecha, y cubierto con el lienzo colocado por él, prendió en una vela su mecha de papel, y con ésta las seis cortinas de los tres balcones.

La profesora reprendía en aquellos momentos á una niña, y esta circunstancia contribuyó á que no notase lo que acababa de hacer el duque.

En los momentos en que la directora llegaba á la puerta, gritó el duque:

—¡Fuego! ¡fuego! ¡Esas velas mal colocadas han prendido el cortinaje!

Y corrió, diciendo á la superiora:

—Todas abajo; no soltéis esa niña pequeña de la mano.

Y desapareció, gritando:

—¡Agua! ¡agua! ¡al fuego! ¡al fuego!

De este modo llegó al último claustro, apagó con el embozo la lámpara que ardía en él, y abriendo la verja, salió al portal, donde quitó la pluma de su gorra, guardándola en el bolsillo del tabardo. Luégo se cubrió con la capa, mirando por entre los hierros y á la opaca luz que ardía en el portal, hasta que vió ba-

jar á las diez educandas entre varias profesoras, sirvientas, y á la superiora que sujetaba de la mano á la niña pequeña. Todas gritaban, y en confuso tropel, aturdidas y temerosas, se dirigían á la calle, cuando Osorio, imitando al duque de Guisa en voz y actitud, las detuvo en medio del oscuro claustro, preguntándoles:

—¿Qué voces son esas? ¿Qué ocurre? ¿Quién es ese hombre que ha salido de aquí gritando?

—¡Hay fuego, señor, salvadnos!—le contestó la superiora, creyendo que efectivamente era el duque que había vuelto al oir las voces.

Osorio tornó á exclamar, sin bajar su embozo é imitando siempre la voz de Lorena:

—No os mováis ni gritéis, que yo os salvaré.

Y acercándose al oído de la superiora, añadió:

—Dadme mi hija, y no la esperéis hasta mañana;—y añadió fuerte:—esperad aquí; que enciendan esa lámpara, y no andéis más.

Era preciso el talento de Flaviano, su acierto, sangre fría, previsión y lo bien que imitaba las voces y el modo de andar y acción de los hombres, para el desempeño de una escena tan rápida, y hasta podemos llamar portentosa. Aturdida la superiora, confusas, amedrentadas todas, vieron salir á Osorio con la niña de la mano, fundando en él su salvación. El audaz caballero se paró en medio del zaguán, cogió á la hija natural de Guisa en brazos, y cubriéndola con su capa marchó. Enfrente del convento había una tienda, á cuyo dueño y mancebos dijo:

—En el colegio hay fuego; poca cosa, seis cortinas que no propagarán sus llamas probablemente; pero las madres están muy asustadas, y yo os ruego subáis á contenerlo, si ya no se apagó.

Los tenderos corrieron al convento, y el duque, abrazado á su tierna é inocente presa, se dirigió á buen paso y por calles excusadas hacia la puerta de la ciudad.

Por el camino decía á la niña:

—No tengas miedo, hija mía; en el colegio hay fuego, y yo te saco de allí para que no te quemes.

—Pero tú no eres mi padrino; eres el otro que entró antes.

—Sí; te llevo con tu padrino, que está lejos. ¿Te gusta ir á caballo?

—No lo sé.

—Echa la cabecita sobre mi hombro; así; duerme si quieres.

—No tengo sueño.

—Cuando lo sientas duerme. ¿Vas bien?

—Sí.

—Y yo también ¡voto al demonio!—añadió el duque para sí.—El papel no es muy bueno, pero ha de costar á Guisa lágrimas y una caja de oro que no me fué dado arrancarle con palabras. La superiora dejará de avisar á Lorena, puesto que no espera á la niña hasta mañana; si alguno me impide el paso, con la contraseña y mis pistolas me lo abriré, y en el campo... En el campo es más difícil; los hugonotes registran á todo el mundo y... Mi antorcha me salvará.

Logrado lo que parecía imposible, no debo dudar de lo que resta. ¡Cómo pesa este ángel de Dios! ¡Mal oficio es el de niñero! ¿En qué se conoce ahora que soy grande de España, duque y general? Todo sea por Dios, por mis pobres hermanos, por la Francia y por la reina Margarita, á la cual debí há diez años... ¡Qué joven y bella estaba! Arriba, hija, que te escurres. ¿Cómo te llamas?

—Eugenia.

—Como tu madre; me lo había figurado.

—¿Y tú?

—¿Yo? Jacobo.

—No se me olvidará.

—¿Vas bien?

—Sí.

—Pronto irás mejor; montaremos en un caballo, y correrá mucho. ¿Tendrás miedo?

—No.

Poco después llegaron á la puerta, siendo detenidos por la voz de un soldado que les dijo:

—Alto. ¿Dónde vais?

—Al campo.

—¡Buena hora!

—Me acompañan *la religión, el trono y la espada*.

—¿Qué escondéis debajo de la capa?

—Una hija preciosa. Vedla.

—Pasad.

Cinco minutos después dejaba Osorio en el suelo su preciosa carga, preguntando á Lambert:

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nada; con esa contraseña me abrieron paso por todas partes.

—¿Nos podrán oir?

—No se ve un alma por estos sitios y nos ocultan además los árboles. ¡Qué niña tan preciosa! ¿de quién es hija?

—Mía. Oye, ve y calla, que te va la vida.

—¿Qué mandáis?

—Dame el caballo.

—Tomad.

—Sube á ese ángel sin lastimarlo.

—Ahí va.

—Bien; échate, hija mía, sobre mi regazo. ¿Vas cómoda?

—Sí, Jacobo.

—León, sujeta el embozo de mi capa para que no se corra durante la carrera.

—¿Con qué? ¡Ah, sí! aquí llevo una aguja que basta y sobra al efecto. Inclinaos un poco; ya está perfectamente.

—Acércate más. Toma esa carta, y á las once en punto que se la entregue tu amigo al duque de Guisa; haces luégo lo que él te mande.

—¿Cuándo nos reuniremos?

—Mañana.

—Vais muy lejos.

—A La Queue.

—Temo...

—Miserable, ¿desconfías de mí?

—No señor, os obedezco.

—Que no dejen de entregar esa carta; de la exactitud pende tu fortuna. Adiós.

Y picó espuelas, desapareciendo de allí como un meteoro.

Eran las nueve de la noche, alumbraba la luna y el camino empezaba solitario.

CAPITULO XVIII

Marolles.—Houdán.—La Queue.—Previsión de Osorio.—Otra vez á Dreux.

Corría el duque del Imperio por los campos de Francia en su fogoso y joven alazán tostado, sujetando en el regazo á la niña Eugenia, con la mano las bridas de su caballo, y sueltos el brazo derecho y diestra para hacer uso de sus pistolas en caso necesario. De este modo llegó á Marolles á los cinco cuartos de hora de haber salido de Dreux, sin encontrar á nadie en el camino, y á un escape tan veloz, que anduvo tres leguas en ese tiempo. Dió la vuelta al pueblo, sin entrar en él, continuando su marcha; mas comprendió que no le era posible sostener la carrera seguida hasta entonces, caminó media hora al trote, otro tanto á escape, prosiguiendo así largo rato.

Era preciso llevar un caballo tan fuerte y ligero

como el que montaba en aquellos instantes, ser un gran jinete, y estar acostumbrado á vencer toda clase de dificultades, para poder continuar aquella marcha con una niña de seis años. Nuestro héroe tenía ya el brazo izquierdo dormido; los ijares de su potro vertían sangre, y todavía le aguijoneaba, obligando al animal á que hiciese prodigios de valor, de agilidad y de fuerza en un camino sinuoso y accidentado.

A la hora de pasar por Marolles vió á Houdán, pueblo distante dos leguas del anterior, y último de los que defendían los católicos por aquella parte. También dió la vuelta, sin entrar en él, para volver á tomar el arrecife de París; mas al perder de vista la población, fué detenido por una avanzada, que le gritó:

—Alto el jinete.

Osorio se detuvo, siendo rodeado instantáneamente por un oficial y varios soldados.

—¿Adónde vais?—le preguntó el primero.

—Corro,—contestó el duque,—en cumplimiento de una misión importante.

Y añadió, después de santiguarse:

—*La religión, el trono y la espada.*

—Veo que tenéis,—añadió el oficial,—nuestra contraseña; no obstante lo cual, debo llevaros á la presencia del jefe superior que manda en Houdán.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Necesito aprovechar los instantes.

—¿Qué lleváis debajo de esa capa?

—Una niña.

—Que habréis robado sin duda.

—Por supuesto.

—¿A quién?

—Al diablo que me prestó sus alas. Vedlo.

Osorio clavó sus espuelas; el caballo saltó, derribando dos soldados, desapareciendo como una exhalación.

—¡Fuego!—gritó el oficial.

Y el duque oyó el silbido de las balas que cruzaron á cuatro varas de su potro.

—¡Un pequeño esfuerzo,—exclamó,—mi bravo alazán; el último que necesito de ti! Tu sangre árabe es tan ardiente como yo necesitaba. Bien; nos perdieron de vista esos fanáticos que se titulan católicos, y ahora no las tendremos que haber con los soldados de Enrique IV. Descansa; continúa al paso, que nadie nos persigue, y este ángel de Dios me lastima con sus ayes. ¿Por qué lloras, Eugenia?

—Me haces daño con esas cosas que llevas delante.

—Las pistolas; verdad es, tuve que oprimirte contra mi pecho para que no te cayeras.

—Ya no habrá fuego; vuélveme al convento.

—Ahora no te molesto con nada; duerme, que al despertar te hallarás bien.

—No puedo; me lo impide el movimiento.

—En ese caso sigue despierta, pero no llores.

—Bueno, callaré.

La avanzada de Houdán ignoraba lo cansado que iba el caballo de Flaviano, y al verlo salir como un rayo, juzgó inútil perseguir á un hombre que volaba

en vez de correr; por eso lo despidieron con una salva, y no dando aquélla resultado, se contrajo el oficial á mandar un parte de lo ocurrido, demostrando en él su asombro por el valor y destreza del jinete y la rapidez de su potro. Era la última avanzada de los católicos, la cual distaba cerca de tres leguas de la primera de los hugonotes.

Osorio comprendia lo expuesto, y tranquilo ya por lo que dejaba atrás, permitió á su fatigado cuadrúpedo que prosiguiera á un castellano largo, en tanto que él meditaba en el futuro plan que lo habia de poner en buenas relaciones con los jefes hugonotes. Le faltaban dos leguas para llegar á la primera avanzada del ejército de Enrique IV, y empleó cerca de hora y media, oyendo por fin las voces de *alto*, dadas por los soldados protestantes.

Se hallaba á un cuarto de legua de La Queue, y había andado cerca de ocho leguas en poco más de cuatro horas. Su caballo iba cubierto de espuma, vertiendo sangre su vientre, respirando con dificultad y en un estado lastimoso.

—¿Quién sois y adónde vais?—le preguntó el jefe de aquella primera avanzada.

—Un caballero que desea ver inmediatamente á vuestro coronel.

—Es más de media noche, y debe estar dormido.

—No importa; se trata de un asunto del mayor interés.

—¿Qué lleváis debajo de la capa?

—Una niña.

—¿Sois protestante?

—Soy extranjero y extraño á vuestras contiendas civiles.

—Entonces, ¿qué negocio es ese y cuál su importancia?

—Tiene relación con el duque de Guisa y S. M. Enrique IV.

—¡Ah! ¿No puede dilatarse?

—Ni un segundo.

—Montad dos á caballo, y conducid á este hombre á casa del jefe.

Media hora después, cogido el duque á la mano de su niña, hablaba con el coronel hugonote, comandante general de La Queue. Luégo salió acompañado de éste y de cuarenta arcabuceros hasta situarse en la casa más proxima, en dirección de Dreux, á la avanzada que le detuvo. Toda la tropa quedaba sobre las armas, y desde el pueblo hasta el paraje donde se situó Osorio con el coronel y los arcabuceros había soldados emboscados, formando cordón y como dispuestos á trasmitir en un momento dado las órdenes del jefe superior. La casa en que se alojaron distaba sólo de la de la avanzada medio cuarto de legua, y nuestro español mandó llevar una cama á la sala, acostó la niña, después de darle bizcochos empapados en vino, cien besos, y prosiguió junto á ella hablando con el coronel.

Los cuarenta soldados se repartieron entre todas las habitaciones del piso bajo y principal; en el único balcón que tenía sujetaron una bandera de Francia, y

de este modo esperaron tranquilamente las consecuencias de la carta que Lambert debía entregar al duque de Guisa.

Puesto que, por el pronto, hemos dejado en salvo al valeroso Flaviano, trasladémonos nuevamente á Dreux, y sepamos lo que acontece allí.

El buen León vió partir como una centella al caballo, jinete y niña, y cuando los hubo perdido de vista exclamó:

—¡Malo, malo, malo! No me gusta el aspecto que va tomando la intriga. ¿Qué dirá esta carta? Nada bueno; ese hombre misterioso, temerario y... ¿Para qué habré salido de mi pueblo con él? Dicen que *el que algo quiere, algo le cuesta*; él es generoso, pero á su lado... ¡Diantre! á su lado parece que anda la muerte con el gancho en una mano y la guadaña en la otra. ¿Qué debes hacer, León? Si no le obedezco, es capaz de matarme, y si ejecuto lo que me manda... Quién sabe. He jurado serle fiel, y no faltaré á mi palabra. Es fiero, terrible, pero noble y espléndido como un rey. Vamos á casa de Lorena, y sea lo que Dios quiera.

Y guardando la carta, entró en Dreux, cruzando sus calles con calma, ensimismado, triste y temeroso. Se dirigió á la posada, y pagó, después de haber guardado su morral. Allí supo que en el convento de San Juan prendieron fuego, que pudo apagarse, pero después de desaparecer cuantos muebles, cuadros y objetos existían en la sala de dibujo. Añadieron que el duque de Guisa, sabedor de lo que ocurría, se presentó

en el colegio, llevando en pos á cuantos encontraba por la calle.

—¿Habrá pegado fuego Mr. Guzmán?—se preguntaba Lambert, abandonando la posada.—Un caballero tan cumplido no puede ser incendiario. ¡Jesús! ¡corren la tropa, los paisanos, y el palacio de Lorena parece un campamento! Todo eso es la obra de Mr. Guzmán. No importa; allá voy.

Y penetró en el zaguán, siendo cogido en el mismo instante por varios soldados, que comenzaron á gritar:

—¡Aquí está su compañero! ¡Entrégate ó mueres!

—¡El es! ¡El es!—añadieron en coro los individuos de la guardia del duque, circulando la voz desde el zaguán hasta los salones de Lorena.

Lambert quedó sin voz ni aliento; escuchaba aquellos gritos y las amenazas que siguieron temblando y sin poder expresar frase alguna.

Por último, bajó un oficial, y cogiéndole de un brazo, lo arrastró por la escalera, pasillos y salones, hasta arrojarlo á los piés de Guisa, el cual se hallaba de pie, rodeado de varios jefes, impaciente, desasosegado, lívida su faz y temblando de ira.

El que llevaba á Lambert exclamó:

—Este es el hombre que le acompañaba esta mañana y le esperó abajo.

—¿Dónde le habéis cogido?

—En el zaguán.

—¿Venía á mi casa?

—Sí, señor.

—Dejadme solo con él; retiraos todos.

Guisa fué obedecido, quedando fijo en León, el cual cayó de rodillas, y así permanecía, sin saber dónde se hallaba ni qué era de él.

El duque le contempló cuatro segundos, exclamando con enojo:

—¡Levanta, miserable! ¡Ay de ti si no me dices la verdad! ¿No me oyes? ¡Levanta!

Y lo sacudió fuertemente.

—¿Dónde estoy? ¿Quién eres?

—El duque de Guisa, que te va á mandar cortar la cabeza en el momento que le engañes ó no respondas categóricamente.

—¡El duque! Perdonadme, señor; soy inocente; yo no tengo culpa de nada.

—Contesta ó mueres. ¿Conoces á Jacobo de Guzmán?

—Sí, señor.

—¿Ha robado esta noche una niña?

—Sí, señor.

—¿Pegó fuego al convento de San Juan?

—Sí, señor.

—Me lo había figurado, ¡maldición! ¿Qué ha sido de él? ¿Dónde está? ¡Habla ó te mato!

—Corre, señor; tomó el camino de París como una exhalación.

—¡Mientes!

—Yo mismo le compré el caballo y se lo di.

—¡Va á caballo! ¡Pobre Eugenia! Pero no puede ser.

—Que se lo pregunten á la guardia de la puerta de París, que lo vió marchar como yo.

—¡Hola!—gritó Lorena, diciendo á un capitan que se presentó:—partid á la puerta de París, y preguntad al jefe de ese punto si ha pasado por allí esta noche un hombre llevando una niña, y en caso afirmativo, que os diga cuanto sepa de él. Volad, que os espero de pie y muerto de impaciencia.

Salió aquél, añadiendo Guisa:

—¿Cómo te llamas tú?

—León Lambert.

—Lambert, encomienda tu alma á Dios si me engañas.

—Señor, os he dicho la verdad, y si tiemblo es de miedo, pero no me lo inspira el haber mentido.

—Contesta. ¿Quién es Jacobo de Guzmán?

—Un caballero que se disfraza, mata, corre y obra con un valor y talento como yo no vi jamás.

—¿Es italiano?

—Dice eso.

—¿Vino solo á Francia?

—No, señor; le acompañan cinco hombres parecidos á él en lo temerarios, los cuales quedaron en París.

—¿Dónde le conociste?

—En el pueblo en que tengo mi familia, situado á diez leguas de los Alpes.

—¿Qué oficio ejerces?

—Era mercader ambulante, y como he recorrido toda Francia, me tomó de guía ese hombre funesto.

—¿A qué puntos le llevaste?

—Primero á Ussón, luégo á París, después á Dreux.

—¿Qué os sucedió en el camino?

—¡Ay, señor! nos detuvieron doscientas veces católicos y protestantes, salvándonos unas los papeles que llevaba Mr. Guzmán, y la mayoría las pistolas y dagas de los seis. Matan, señor, de un modo pasmoso.

—¿Sólo á los hugonotes?

—Ellos no distinguen: á todo el que intenta impedirles el paso.

—¿Habló Guzmán en Ussón con la princesa Margarita?

—Creo que sí; por cierto que se vistió de caballero, y parecía un duque.

—¿Cubre su cutis con ese color de mulato?

—Sí, señor; es blanco como la nieve.

—¿Quién será?

—No lo sé.

—Ese capitán no viene. ¡Maldición!

—Confirmará lo que yo os dije, señor duque.

—¿Qué se propone hacer Guzmán con la niña que lleva?

—Lo ignoro; pero la trataba con cariño y dulzura.

—¿La colocó bien sobre la silla?

—Perfectamente; más cuidaba de ella que de sí propio.

—¿Lloraba?

—No, señor, iba contenta.

—¡Angel mío!

El duque siguió interrogando á Lambert, hasta que regresó el capitán, diciéndole:

—Señor, poco antes de las nueve pasó un embozapor la puerta de París, llevando una niña en brazos. Algo después le vieron partir en dirección de la capital á escape tendido. Dió la contraseña, y no le pusieron impedimento.

—¡Maldita circunstancia! ¡Fatal accidente! ¿Qué hora es?

—Las once.

—Entonces,—dijo Lambert,—llegó el momento de entregaros la carta que me dejó Mr. Guzmán.

—¡Miserable! ¿Y has esperado hasta ahora?

—Señor, me impuso pena de la vida si le desobedecía.

—Villano, ¿es por ventura rey ese hombre fatal?

—No lo sé; pero he visto que mata como nadie.

—¡Oh! dame ese escrito, y ¡ay de ti si llega tarde á mis manos!

Convulso el duque Guisa, dominado aún por la ira y despecho á que solía entregarse de continuo, y más lívido su rostro de lo que había estado nunca, rompió el lacre, abriendo una carta que ya empezaba á helar su sangre. Con ansiedad creciente comenzó á leer lo siguiente:

«Duque de Guisa: Me retiré hoy de vuestra casa cediendo, al parecer, ante el terco señor que me negaba un acto de justicia, reclamado por un sér á quien debía obedecer sumiso y agradecido. Yo, que de nadie soy deudor, juré complacer á la persona que me man-

daba, y á tales promesas no faltó jamás ningún individuo de mi raza. Conociendo el mundo, los hombres, y muy particularmente al poderoso señor á quien tengo la honra de dirigirme, me bastaron unas cuantas horas para averiguar vuestros ocultos amores con Eugenia Depás y la existencia de la hija que el destino os concedió.

»Probada vuestra falacia é ingratitud con esa niña inocente, y en mi poder el cuerpo del delito, corro adonde el deber me llama, para decir á la ilustre víctima que creyó en vuestros juramentos: Ved, noble señora, la prueba inequívoca de la constancia y lealtad de vuestro caballero; maldecid la hora en que os dignasteis descender hasta él, y olvidadlo para siempre; en mí concepto, podrá formar la losa que cubra la memoria de tan desleal amante el más soberano desprecio.

»Luégo regresaré á Versailles con objeto de entregar la niña á Enrique IV de Francia, para que haga de ella rica presa y os imponga por su rescate condiciones tan provechosas que acaben con la guerra que hoy le hacéis.

»Todo esto sin perjuicio de tratar yo á este ángel inocente con tanto ó más cariño que el padre cuyo apellido le niega.

»Diréis que soy muy cruel, pero no es así; y en prueba de ello, me detendré seis horas en La Queue, con el fin de complaceros, devolviendo vuestra hija al emisario que mandéis, siempre que aquél me dé la caja de oro con las cartas que tan en estima tenéis. Bas-

tará eso únicamente para mandaros á Eugenia, mas lo impedirá la falta de uno solo de los escritos de M., y os advierto que llevo conmigo copia de todos.

»Será inútil que intentéis un golpe de mano; hombres como yo jamás se dejan sorprender.

»Llegaré á La Queue después de la una, y saldré de allí con vuestra hija á las siete, á no ser que la reemplace con la caja de oro de que os acabo de hablar. Elegid.

»Me hallarán en la primera casa de campo que haya más cerca de la avanzada protestante, y para evitar error ó torpeza tendré enarbolada en el balcón una bandera de Francia.

»Mi pobre guía León Lambert me será también entregado al mismo tiempo que la caja.

»Duque, con la mayor consideración os demuestro la estima y aprecio en que os tiene,—JACOBO DE GUZMÁN.»

Tres veces leyó Lorena la carta de Osorio, hallando á la conclusión trabada su lengua, trémulas sus manos y herido cruelmente su corazón. Dudaba, quería llorar, y entre el dolor, la ira, el sentimiento y el despecho trastornaron su cerebro, haciéndole pasar los cinco minutos más amargos de la vida.

Por fin, exhaló un ronco suspiro, y mirando en torno, se fijó en el capitán y en Lambert, únicos seres que tenía á la vista, diciendo al primero:

—Prended á ese hombre, quedando vos á su lado cerca de aquí. Os advierto que me interesa mucho su persona. Que entre al momento el coronel Grimaud.

Era aquél el mismo á quien fué recomendado Osorio, y uno de los tres hermanos que pasaban por favoritos del duque de Guisa.

Salieron el capitán y León, quedando Lorena con la cabeza inclinada y como abrumado por un peso superior á sus fuerzas. Pronto le distrajo el coronel con las siguientes frases:

—¿Me llamabais, mi general?

—Sí; dad la orden de que nadie salga de Dreux; que la tropa puesta sobre las armas se retire; que queden sólo quinientos jinetes á la puerta de mi palacio, y que no se busque á nadie. La niña ha parecido. Volved al instante.

Grimaud cumplió el mandato de su jefe, y regresando momentos despues, le preguntó:

—¡Conque la habéis hallado!

—Sí; entre las garras de un león, el cual es tan fiero y terrible, que daría yo sin vacilar la mitad de mi vida porque me fuera dable pulverizarlo.

—No os comprendo, señor duque.

—Grimaud, vos sois mi amigo íntimo, mi confidente, el hombre á quien yo más estimo. ¿No es eso?

—El que os devuelve tanta honra y merced con lealtad y cariño que no se puede expresar.

—Lo sé; y convencido de que no mentís, os pregunto ahora: ¿recordáis á aquel Jacobo de Guzmán que tanto me recomendasteis ayer?

—Sí, señor.

—Pues oid: esta noche pasé al convento de San Juan, siguiendo mi costumbre de hacer una visita dia-

ria á la niña Eugenia, por quien tanto me intereso; luégo marché al consejo, donde permanecí hasta que las voces de *¡Fuego en el convento de San Juan! ¡el colegio arde!* me arrancaron de allí, regresando al sitio de la catástrofe con la rapidez del corzo. Me llevé en pos á los transeuntes que encontré; penetramos en el edificio, mas era ya tarde; las llamas devoraron seis cortinas, unos cuadros y varios muebles del gabinete de dibujo, bastando algunos vecinos de la calle para extinguir un fuego aislado y de ninguna consideración. Acto continuo despedí á la mucha gente extraña que había acudido, y solo con la directora, le pregunté por mi Eugenia; ya sabéis lo que yo amo á esa niña, y la cándida y estúpida mujer me contestó con pasmosa sangre fría que yo me la había llevado al empezar el fuego. La interrogo, la amenazo, pregunto á las profesoras; todo fué inútil; averigüé únicamente que estuvo allí Jacobo de Guzmán. Me dijeron después lo que hizo, el pretexto de que se valió, y entonces deduje que se convirtió en incendiario para aturdir á las del colegio y robarme ese pedazo de mi alma. Por eso vine aquí, y di la orden de buscarla en Dreux sin respetar casa ni palacio. ¡Pueril determinación! ¡El raptor, incendiario y alevoso es un fiero italiano, con valor y talento mayores, si cabe, que su maldad! ¡Mientrasnosotros perdíamos un tiempo precioso, corría él hacia La Queue como el águila por el éter!

—Lo habrán detenido en el camino.

—¿Cómo, si vos ó vuestra esposa le habéis dado la contraseña?

—En Houdán tienen orden de prender á todo el que intente dirigirse á La Queue, sea quien quiera y lleve ó no consigna.

—Contra una débil avanzada cuenta Guzmán con la sorpresa, la rapidez de un potro y un par de pistolas que maneja admirablemente.

—Señor, esas conjeturas podrán ser verosímiles, pero...

—Toma, coronel crédulo, protector del músico calabrés, toma; lee, medita, abrevia y dame tu opinión.

Guisa le entregó la carta de Osorio, que el otro devoró con la vista, retrocediendo asombrado y perplejo.

—¡Maldición!—exclamó;—ese hombre es el mismo Lucifer! Juzgo, no obstante, que lo hayan detenido en el camino.

—Oid; atravesó los Alpes, llegó á Ussón, desde éste á París, y de la capital á Dreux, cruzando doscientas veces por entre católicos y protestantes; en unas ocasiones mataba, en otras hacía uso de documentos que lleva; y quien pudo correr media Francia de ese modo, estará ya en La Queue, ó muy cerca de allí, en la forma y modo que expresa.

—Muy bien; me pondré al frente de esos quinientos jinetes que tenéis á la puerta del palacio, y con ellos arrancaré á Jacobo la niña ó moriremos todos.

—¿Sabéis quién es Eugenia?

—Vuestro ciego amor confirma la suposición de Guzmán.

—¿Adiviná is quién firma las cartas que esconde la caja de oro que pide ese hombre?

—La misma que lo ha mandado por ellas; la conozco hace muchos años.

—Grimaud, quiero que partáis vos, por ser mi mejor amigo; pero á la vez deseo que no peligre la vida de ese ángel inocente, ni que se destruyan mis relaciones con la princesa que reclama sus escritos.

—Entiendo; llevaré la caja de oro, salvaré la niña, y luégo..,

—Seguid.

—Ya Eugenia en salvo, y corriendo hacia Dreux, veremos si Mr. Guzmán se guarda la caja con su vida, ó me quedo yo con ambas cosas.

—Eso es. Mirad, se aproxima la media noche, y sólo nos espera hasta las siete.

—Hay tiempo de sobra.

—Que os acompañe vuestro sobrino; á ese le entregáis la niña, y que venga aquí seguido de veinte hombres. Con los cuatrocientos ochenta que os quedan...

—Comprendo.

—Si no los juzgáis suficientes, que se corra la guarnición de Houdán.

—Basta y sobrará probablemente con la caballería que llevo.

—¡Grimaud, vais por mi felicidad!

—Os la traeré, ó dejo de existir esta noche.

—Os sobra valor, y tenéis talento.

—Ambas cualidades con mi vida os pertenecen por completo esta noche.

—Torturad el entendimiento.

—Hasta lo increíble.

—Haced prodigios de valor.

—Como en Ibrí cuando os arranqué de entre las garras de nuestros enemigos.

—Más aún; me importa ese asunto lo que no os es dado comprender.

—No tendréis queja de mí.

—Volad, Grimaud; cada instante que pase desde que os pierda de vista hasta que regreséis, me parecerá un siglo.

—Dadme la caja.

—¡La caja! ¡Maldición!

—¿Vaciláis?

—No; mi cabeza me dice que la retenga, pero el corazón quiere á Eugenia, y vence el último. ¡Únicamente un padre es capaz de saber lo que se ama á una hija!

Salió Guisa, y penetrando en un gabinete que tenía á la izquierda, abrió un armario, después anduvo buscando un resorte, que oprimió, presentando un secreto que sólo él conocía. De él sacó una caja de oro, que lacró, poniendo el sello de sus armas, y volviendo con ella, le dijo á Grimaud:

—Tomad, amigo mío, y andaos con cuidado, que debe valer lo indecible el hombre capaz de arrancarme hoy ese tesoro.

—Puede que mis cuatrocientos ochenta jinetes, puestos en la balanza, le hagan subir para caer después en el abismo.

—Quiéralo Dios; mas no tengo confianza alguna;

sólo aspiro á un cambio fatal, pero necesario á mi corazón, á la tranquilidad de mi alma.

—¿Me dais vuestro permiso?

—Abrazadme antes; sois mi amigo íntimo; no me privéis de vuestra persona y cariño. Dios os guíe y defienda.

—El quede con vos.

—Esperad. Poneos armadura.

—No la lleva él, ni creo prudente presentarme de ese modo.

—En ese caso, usad cota y mis pistolas; que os las dé Juan.

—Con las últimas tengo bastante.

—Escondedlas debajo del gabán, como él hace con las suyas.

—Así irán.

—Grimaud, entre la caja y vuestra vida, opto por la última. Partid, llevándoos con vos á León Lambert.

El coronel dió la orden de que montasen á caballo su sobrino, el guía de Osorio y seis oficiales más entre capitanes y alféreces; cogió las pistolas del duque, y escondiendo la preciosa caja en uno de sus bolsillos, partió al frente de los quinientos jinetes, en dirección de La Queue.

Lambert iba en medio de la tropa, confuso, aturdido y temblando, y el coronel, rodeado de su sobrino y oficiales, marchaba delante, dándoles instrucciones claras y terminantes, que debían realizar al aproximarse á la avanzada protestante.

De este modo, á escape unas veces y al trote otras,

se propusieron andar las ocho leguas que los separaba del sitio elegido por Jacobo de Guzmán. Tenían más de seis horas, y el valiente jefe intentaba emplear sólo cinco.

CAPITULO XIX

El padre adoptivo de Eugenia, la niña y un coronel protestante.— Los preparativos.— Flaviano de Osorio y Roberto Grimaud.

Es indispensable que nos traslademos nuevamente á los alrededores de La Queue, y sepamos qué hace el duque del Imperio con su diminuta é inocente prisionera.

Ya dijimos que la primera avanzada de los hugonotes distaba un cuarto de legua del pueblo, y medio escasamente de aquélla la casa de campo donde permanecian Osorio, un coronel, dos oficiales y cuarenta arcabuceros. Ni en ésta, ni en la de la avanzada, ni en La Queue, ni en el cordón de gente emboscada que unía los tres puntos se oía hablar, ni el más leve ruido, no obstante los cuatro mil hombres próximamente que había sobre las armas. Pero les impusieron pena de la vida á los que contravinieran á la orden termi-

nante que recibieron de su jefe, y cual mudas estatuas esperaban, sin saber qué, ni la causa de la actitud en que se hallaban.

Penetremos en la casa donde está Flaviano. La niña duerme tranquilamente en un lecho situado al extremo de la sala, y cerca de ella hablan el coronel, comandante general de La Queue y Osorio.

El primero decía en estos momentos al segundo:

—Mr. Guzmán, accedí á vuestro deseo sin vacilar un solo instante; vuestras palabras, talento y modales dicen que sois un caballero; las disposiciones tomadas, dirigidas por vos, demuestran vuestra inteligencia en asuntos militares; mas el tiempo vuela, nadie viene, y sentiría en verdad tener que llevar á Versailles, atado codo con codo, á un hombre con quien he simpatizado.

—Coronel,—contestó el duque,—me acompañaréis mañana á la presencia de vuestro rey; pero iremos á caballo, hablando amigablemente, y á la postre aplaudiréis la ocasión que os he proporcionado de prestar á Enrique IV el más importante servicio. Cuando una persona como yo dice que responde con su vida de lo que afirma, y se halla solo é indefenso entre cuatro mil hombres armados, despiertos y en actitud hostil, claro es que no cabe asechanza alguna ni el engaño. Podrá suceder que el enemigo nos ataque; pero entonces juro por Dios santo ir delante de vos, haciendo tanto como quepa en lo posible.

—Vuestras palabras no admiten réplica, y si me explicaseis algo más, esperaría satisfecho.

—Coronel, prestad el servicio, y no intentéis penetrar secretos de Estado, que os pudieran quitar la recompensa, y proporcionar en su lugar un castillo.

—¿Estáis seguro de que me agradecerá Enrique IV la condescendencia que tengo con vos y el auxilio que os presto ahora?

—Pardiez, más que si derrotaseis al duque de Guisa.

—¿A quién aguardáis?

—Ya os lo he dicho, á un representante de Lorena.

—¡Tarda tanto!

Osorio abrió su tabardo, y sacando un reloj de oro, añadió:

—Son las cuatro; antes de dos horas habremos terminado en esta casita.

—¡Qué veo!—exclamó el coronel sorprendido.—¡Usáis pistolas á lo gran señor y un reloj de monarca!

—Sí.

—¿Sois de veras italiano?

—Ved en mí á un sér que os está proporcionando los medios de haceros lugar en la cámara de vuestro rey; lo demás no os importa.

—¡Atravesamos una época tan terrible!

—Coronel, los hombres de vuestro oficio no deben temer nada. Vine aquí, trayendo mi cabeza, y claro es que la tengo muy en estima y que pienso conservarla muchos años.

—La verdad es que desde el primer momento vacilé en obedeceros; pero hay una cosa en vos que decide y arrastra.

—Nada perdéis en dejaros conducir, exponiéndoos á ganar mucho; de lo contrario, me habría quejado á Enrique de Navarra, y por cobarde...

—Eso no, ¡voto al infierno! jamás sentí miedo ni dudé ante el peligro. Adelante, Mr. Guzmán; si vuestro pensamiento se contrae al bien de mi soberano, mi espada y cuantos me obedecen estarán á vuestra disposición; mas si os cogiese infraganti, entonces...

—Lo supongo, y no creo quepa en cabeza humana meterse en La Queue solo, y rodearse de cuatro mil hombres armados con objeto únicamente de dejarse matar, pues á nada conduciría intentar otra cosa. ¿Qué es eso? Parece que mi pobre niña se mueve; permitidme que vea si le molesta algo. No; sueña el ángel de Dios, y nada más. ¡Qué bella está!

—¿Sois su padre?

—Os repito que la he robado esta noche, y que no tiene conmigo parentesco alguno.

—La tratáis con tanto cariño y cuidado como pudiera hacerlo el autor de sus días.

—Es que soy padre, y debo además velar por la suerte de una criatura inocente, que me vi obligado, bien á pesar mío, á hacer de ella un instrumento.

—¿De qué?

—De la suerte y felicidad de Enrique IV.

—Con esa explicación poco ó nada comprendo.

—Oidme, coronel: antes de las seis probablemente llegará un jefe católico, el cual debe venir aquí por Eugenia; traiga ó no acompañamiento, le permitís subir, dejándolo encerrado conmigo; pero fijáis el oído

en la cerradura de esa puerta, y escuchad cuanto hablemos, sin perder frase alguna. Si se marcha tranquilamente llevándose la niña y quedándome yo con una caja, vos y vuestra gente permanecéis impasibles; de lo contrario, obedecéis mi voz, advirtiéndoos que de no hacerlo así, exponéis la felicidad y suerte futura de vuestro soberano.

—¿Y si llegara al frente de un ejército?

—No tiene tiempo para eso, pues le esperamos únicamente hasta las siete de la mañana. Todo lo más que puede traer serán quinientos ó mil caballos.

—Lo suficiente para tomar esta casa y pasarnos á todos á cuchillo.

—Con los cuarenta hombres que tenemos la defiendo yo una hora contra mil caballos, y bastan quince minutos para que acudan en nuestro auxilio cuatro mil hombres, que en pocos instantes nos ayudarían á destruir al enemigo. Ojalá y nos proporcionase el duque de Guisa los medios de darle una completa lección.

—Me alegraría, pero habiendo tregua...

—Coronel, estamos en terreno nuestro, y si ellos vienen y la rompen...

—Tenéis razón.

—En cuanto salga el enviado de Guisa, que aseguren la puerta del modo que hemos convenido, y vos desde abajo, y yo aquí, esperaremos tranquilos su ataque. ¡Ay de ellos si tal hicieran! Nuestro cordón se correría á La Queue, y auxiliada luégo esta casa por toda la fuerza que hay en el pueblo, pronto sucum-

birían, llevando vos á Enrique IV una victoria y yo la caja de oro por que tanto suspira.

Ambos continuaron hablando hora y media, en cuyo tiempo acabó de ganar el duque del Imperio el corazón y las simpatías del comadante general de La Queue. Sin interrumpir la conversación, visitaba Osorio la cama de su niña, separando el pelo de sus ojos para estampar un beso en aquella diminuta frente virginal; luégo le arreglaba la ropa, escuchaba su respiración, y volvía á sentarse, siguiendo con su acostumbrada sangre fría.

A las seis y cuarto abrió el balcón donde tenían enarbolada la bandera de Francia, y se fijó en el camino de Dreux, á cuya orilla se hallaba situada la casa en que estaban ahora.

—¿Se ve algo?

—Empieza á salir el sol, claro, diáfano y refulgente; no obstante lo cual, nada distingo.

—Entrad, y continuemos hablando; vuestra conversación me agrada.

—Ya no deben tardar, y conviene distinguirlos lo antes posible. ¿Oís?

—No; dejadme. Sí, se acerca caballería.

—Cubríos con la bandera para que sólo á mí me vean.

—No queda duda, son ellos.

—Estaba cierto; dad la voz de *alerta*.

El coronel obedeció, repitiéndose su grito desde la sala en que estaba hasta La Queue. Luégo siguió un profundo silencio, interrumpido únicamente por la

carrera de muchos caballos que se dirigían hacia aquel punto.

—¿Vendrán más de mil?—preguntó el coronel, acercándose nuevamente á Osorio.

—No,—le contestó aquél;—positivamente no llegan á ochocientos.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Mi oído y cálculo, que rara vez se equivocan.

—¡Ya se ven!

—Cierto.

—Traen una bandera blanca.

—Sí; empiezan en paz, pero Dios sabe cómo acabaremos.

—Se detienen, avanzando sólo unos cuantos.

—Perfectamente; estoy cierto que uno de ellos guarda la anhelada caja.

—Pardiez, son el coronel Grimaud, su sobrino y unos veinte jinetes los que siguen hasta aquí.

—¡Y mi pobre León Lambert! ¡Infeliz, cuánto habrá sufrido! Entraos, repitiendo las órdenes que yo dé.

En este momento se detuvieron á la puerta los veintitrés jinetes mencionados, exclamando Grimaud, después de reconocer la casa y los alrededores:

—¿Mr. Guzmán?

—Servidor vuestro, coronel,—le contestó el duque desde el balcón.—Echad pie á tierra, y entrad, acompañado solamente de Lambert; que quede éste abajo, y vos subid.

—Quisiera que me siguiera mi sobrino.

—Imposible.

—¿Estáis solo?

—No; tengo á mi lado una niña y algunos amigos.

—Permitid...

—No insistáis, Grimaud; esa puerta sólo se abre para vos y mi guía.

—Pues subo.

Osorio mandó que le franqueasen la entrada, el coronel repitió la orden, y ambos fueron obedecidos, tornando á cerrarse la puerta y á echar en ella cerrojos y candado.

Mientras subía el coronel, dijo el duque al comandante general de La Queue:

—Entrad en esa otra habitación, que observe el alférez desde la ventana que hay en ella, y vos no perdáis una sola frase de cuantas se pronuncien en esta estancia, pero sin que os vea vuestro enemigo. Salid, que ya llega.

Un minuto después se hallaban frente á frente el coronel Grimaud y Osorio.

El primero se presentaba grave y como pesaroso; hizo una sola reverencia, y quedó parado, escondiendo las manos en los bolsillos de su gabán.

—Sentaos,—le dijo el duque alargándole una silla.

—Bien estamos así,—contestó el coronel demostrando disgusto.

—Pensé que veníais en paz, Mr. Grimaud.

—¿En qué os fundáis para opinar de modo contrario? Uno de mis alféreces enarbola bandera blanca.

—Y yo la de Francia, que os convida á la paz ó á la guerra, á lo que queráis.

—¿Os habéis pasado al bando hugonote?

—Jamás pertenecí al vuestro, ni mis ideas religiosas se defienden á tiros ó estocadas por mis compatriotas ni por mi soberano.

—No me habéis dicho la causa que os obliga á suponer que yo vengo en guerra.

—Vuestro gabán, coronel, es estrecho, y no oculta bien las pistolas que os ha prestado el duque de Guisa; mi humilde tabardo está en mejores condiciones; mas como vos no es hipócrita, para vos lo abro, y vedlas; dos para dos. ¿Todavía no os sentáis?

—Tomándome por enemigo, extraño tanta galantería.

—Juzgué que el duque os mandaría solo é indefenso, siendo así que yo no os quiero mal; en cuyo caso habría reconocido en vos un embajador, cuya vida defendería con la mía; pero venís al frente de una columna, armado perfectamente, y deduzco que me tomáis por contrario. Séalo ó no, que eso depende de vos, hasta el momento de ir á las manos os demostraré que he nacido noble, y que mi educación se iguala á la mejor. ¿Tampoco os sentáis ahora?

—Tampoco. Vuestro traje no corresponde á esa hidalguía, modales y frases.

—Pardiez, así y todo tuve cien veces que abrirme paso á tiros para andar por la Francia, y no debéis culparme de que la hospitalidad que me ofrecen vuestros compatriotas obligue á un poderoso á disfrazarse de este modo.

—¡Conque sois poderoso!

—Más que vos y que todos los individuos de vuestra raza.

—¿Sois agradecido?

—Mucho.

—¿Recordáis lo que mi esposa hizo por vos?

—No es fácil que yo sepa lo que no ha existido. Me presenté á ella en nombre de una elevada señora, y si algo le debí fué como representante de la misma, no como Jacobo de Guzmán.

—U otro nombre que calláis.

—U otro nombre que no os importa saber.

—Acabemos.

—Lo deseo más que vos.

—¿Robasteis anoche una niña depositada en el convento de San Juan?

—Sí.

—¿Con qué objeto?

—No os concierne.

—Ese camino no conduce á la paz.

—Os espero con bandera francesa, enseña de paz ó de guerra; lo que más os agrade.

—¿Dónde está esa niña?

—A vuestra izquierda; vedla.

—¡Muerta!

—No; duerme tranquilamente, arrullada por el cariño de su protector.

—¡Ah, sí! ¿Me la queréis entregar?

—Según; si me dais por ella una caja de oro que contiene cartas...

—Necesito llevármela sin entregaros la caja.

—En ese caso quedaréis vos por una eternidad en los alrededores de La Queue, y Eugenia Depás se vendrá conmigo, segun ofrecí al duque de Guisa.

—¿Cómo se hace eso?

—Con una de estas pistolas ó dando una voz. Elegid.

—¿Tenéis aquí gente armada?

—Poca cosa; cuarenta arcabuceros con sus jefes respectivos.

—¿Os obedecen?

—Con ciega sumisión.

—¿De qué medio os habéis valido?...

—Grimaud, si volvéis á pedirme explicaciones de lo que no os importa, os haré salir de esta estancia atado ó de otro modo peor.

—Me habéis tendido una horrible emboscada, y no es propio...

—Mentís, yo no os he llamado ni os esperaba.

—¿Por qué pusisteis esa bandera y á qué entonces el aparato bélico que nos rodea?

—Porque soy previsor, y di por hecho que el duque de Guisa intentaría sorprenderme.

—¿Y si llegase simplemente con ánimo de efectuar un cambio propuesto por vos?

—Entonces os marcharíais con esa niña, sin que nadie os molestase.

—Veamos si es cierto ¿Es esta la caja que deseáis?

—La misma; pero debo reconocerla antes.

—Dadme á Eugenia, y hacedlo.

—Al momento.

Y el duque despertó á la niña, poniéndole con mucho cuidado la ropa que le quitó para echarla.

—Hija mía,—le dijo,—mira al coronel Grimaud, amigo íntimo de tu padrino; viene por ti, pues se apagó el fuego del convento, y es preciso que vuelvas á él.

—No, no quiero; llévame tú, Jacobito.

—Manda tu padrino y la superiora que sea monsieur Grimaud.

—¿Qué más da? Yo deseo ir contigo; no me abandones.

—¡Angel de Dios! Toma un beso y diez. Decid á Guisa, señor coronel, cómo he tratado á Eugenia. Hija mía, yo te ruego que obedezcas á tu padrino. Si lo haces con gusto, volverás á verme; de lo contrario, te abandono para siempre.

—Eso no; lo siento, pero si te empeñas, marcharé con ese hombre. ¿Irás pronto por mí?

—Sí, te lo juro.

—Tú has sido el primero que, creyéndome dormida, me besaste, arreglando la ropa y mis cabellos.

—¡Me encanta su voz! Dadme la caja, coronel, y coged á Eugenia de la mano.

Grimaud accedió; Osorio se retiró á un extremo de la estancia, y haciendo uso de la punta de su daga fué con mucho cuidado arrancando el sello de lacre para que saliera entero, en cuya operación empleó diez minutos y su gran habilidad. Luégo abrió la caja, ojeando una por una y con rapidez todas las cartas que contenía.

—Bien,—exclamó para sí, guardando dentro el se-

llo y cerrándola.—No ha podido verme el comandante general de La Queue, cubierto como estoy con Grimaud. Sepamos ahora cómo intenta despedirse el valiente enviado de Guisa. Conseguido el objeto á medida de mi deseo, arrostremos las consecuencias.

Y se volvió, añadiendo fuerte:

—Estoy satisfecho, y si gustáis partir, os acompañaré hasta la puerta de esta casa.

—¿No podría ser un poco más lejos?

—Imposible.

—¿Tenéis miedo?

—Claro está; soy yo muy tímido.

—Entregaré la niña á la escolta que traigo, y solos ambos daremos un paseo por el campo.

—Aplazo el obsequio, ahora no me es dable complaceros.

—Si vos queréis, ¿quién lo impide?

—Es que no quiero.

—¿Aún sostenéis que sois noble y poderoso?

—Aún

—Yo aseguro que...

—Grimaud, hecho el cambio, os doy dos minutos para que huyáis; si os hallo aquí al terminar, os entrego á vuestros enemigos.

—¿Y me he de ir sin vuestra cabeza?

—Yo lo creo; sólo el pretender arrancármela os costará la vuestra y esa niña. Va un minuto.

—Vámonos, Eugenia. Hombre fatal, pronto nos veremos.

Y bajó acompañado de Osorio; éste mandó á Lam-

bert que subiera, hizo abrir la puerta, diciendo luégo:

—Cerradla; fijad los parapetos, y cada uno á su sitio. Coronel,—añadió, llegando arriba,—bajad y disponeos á la defensa, que vamos á ser atacados.

—¿Cuántos serán?

—Quinientos hombres.

—¡Ay de ellos si tal hacen!

—Corred, voto al demonio.

—¿Me necesitáis aquí?

—Para nada. Vos el piso bajo; yo el principal.

El coronel desapareció, añadiendo Osorio:

—Cuatro arcabuceros á este balcón; abrid las puertas interiores, y apuntad bien, pero no tiréis hasta escuchar mi voz.

El duque sacó las cargas que llevaba de repuesto, dejándolas sobre una mesa que había junto al balcón; luégo cogió sus pistolas, y se asomó á aquél, exclamando:

—Silencio y atención.

Y quedaron los jefes, los soldados y hasta los dueños de la casa aguardando un ataque que juzgaban seguro, vista la actitud de Osorio, único director de las escenas que acabamos de presenciar.

León Lambert sintió una impresión agradable al encontrarse frente á su temido Jacobo de Guzmán; comprendió entonces que aquel hombre leía en lo tuturo, y en nada le engañaba; así es que al llegar Flaviano al piso principal, quiso caer de rodillas y pedirle perdón por la mala ausensia que le había guardado delante del duque de Guisa; pero en el mismo instan-

te salieron los arcabuceros, se coronaron los balcones y ventanas de guerreros, dispuestos al combate; Osorio adquirió el aspecto de un general, y el pobre guía sólo tuvo aliento para meterse debajo de la cama que sirvió poco antes á la niña Eugenia. Si delante de Guisa padeció mucho, más sufría en este instante, juzgando que iba á empezar la contienda y que las balas podían llegar á él, dando fin de su existencia. Muy espléndido se mostraba con él el duque del Imperio; pero en gracia á la verdad, diremos que el desgraciado ganaba con exceso lo que debian darle.

CAPITULO XX

Ataque y defensa. — Retirada vergonzosa. — Acaba la pelea. A Versailles.

El duque del Imperio supuso con razón que Grimaud debía intentar algo contra él y los que le defendían antes de regresar á Dreux. Vió retratados en el rostro de aquél el enojo, la ira y el despecho, comprendió que era más militar que político, más valiente que hombre de talento, y ya no dudó de un ataque previsto por él desde la noche anterior, y que debía, en consecuencia, ser tan funesto á los de Guisa como grande el empeño que demostrasen en sostenerlo.

Con objeto Osorio de que la lucha terminase antes, evitando con el único medio que tenía á su alcance el mayor derramamiento de sangre humana, descargó una de sus pistolas en el momento que Grimaud le volvió la espalda. Esta era la señal de replegarse el cordón,

y formando masa común los que la componian, avanzar á paso de carga, unidos á los cuatro mil hombres de La Queue, lo que estaban verificando ya en estos momentos.

El bravo coronel católico había montado á caballo, después de dar la niña á su sobrino y de decirle:

—Corre á Dreux con estos veinte hombres, y entrega al duque ese ángel de Dios; defiéndela más que tu propia persona, y á ser posible, vuela como el águila.

—¿Qué le digo?

—Que yo prosigo cuestionando la posesión de una caja de oro. A escape.

Y corrieron los veintidós, dejando suelto y abandonado el caballo que había traído á Lambert.

Aquéllos llegaron adonde estaban los cuatrocientos ochenta jinetes con sus seis jefes á la cabeza; el sobrino de Grimaud, seguido de su escolta, pasó por medio de ellos como una exhalación, en tanto que el amigo de Guisa exclamaba:

—¡Soldados, es preciso tomar la casa de donde yo acabo de salir, y pasar á cuchillo á cuantos encontréis en ella. Son hugonotes, y depende el éxito de la brevedad con que derribéis la puerta. Probablemente os recibirán á tiros. ¡Ay del que retroceda, dude ó vacile! Vos, capitán, rodead el edificio al frente de vuestra compañía; los demás caigamos por el frente, forzando la puerta, atacando á las ventanas y escalando los balcones. ¡Viva el duque de Guisa!

—¡Viva!—le contestaron.

—¡A morir ó vencer! Corramos.

Y se precipitaron, cumpliendo en parte las órdenes de Grimaud.

Con sorpresa notaron que les permitían cercar la casa; mas de pronto se oyó un tiro, el caballo del valiente coronel cayó en tierra herido de muerte, y la voz de Osorio exclamó:

—¡Fuego!

Y cuarenta arcabuceros lo rompieron, siendo aquél graneado y con cortos intervalos que empleaban en cargar unos, en tanto que los otros aseguraban la puntería y descargaban. Las ventanas y balcones se habían abierto, apareciendo detrás muebles y objetos que impedían distinguir á los soldados que se hallaban en pos. Sobre la única puerta de entrada que tenía aquella vivienda, acumularon multitud de piedras y doscientas arrobas de leña, y los restantes huecos con vistas al campo estaban convertidos en bocas de infierno, que vomitaban balas sin cuento, é iban tan bien dirigidas, que eran muy pocas las que dejaban de chocar en el jinete ó caballo enemigo.

Osorio, no cuidándose para nada del comandante general de La Queue, cargaba y descargaba sus pistolas, recibía el ataque, lo rechazaba y recorría con celeridad pasmosa los pisos bajo y principal, hablando á los soldados, dando nuevas disposiciones é infundiendo una parte de su admirable valor y serenidad.

Los de fuera, viendo en el suelo á su coronel, le rodearon unos para sacarle de debajo del caballo y darle otro, en tanto que los restantes forzaban la puer-

ta é intentaban escalar los balcones, logrando únicamente caer al suelo, heridos por las pistolas de Flaviano y por los arcabuces de los soldados.

Grimaud montó nuevamente, comenzando á dirigir el ataque con acierto y bravura; pero otra bala, mandada por Osorio, derribó su segundo potro; le dieron el tercero, y á pesar de tener ya dislocados el brazo y la pierna izquierdos, corrió, tornando á dar en tierra, efecto de que el duque del Imperio partió por vez tercera el corazón de su cuadrúpedo.

El valiente coronel sabía que era Jacobo de Guzmán el que lo derribaba á cada momento, y lejos de agradecerle el que respetase su vida, ardía en coraje, y ciego de ira, avanzaba, sin reparar en el horrible destrozo que hacían los arcabuceros y el duque en los que pretendían escalar los balcones y echar la puerta abajo.

Llevaba fuera de combate Grimaud noventa hombres; cien caballos corrían sin jinete, introduciendo el desorden entre los que quedaban montados; el asombro y espanto se posesionaba ya de los sitiadores, y el magullado y contuso coronel subía con trabajo á su quinto caballo, cuando vieron aparecer por entre los árboles, formados en batalla y con el mayor ardimiento, los cuatro mil hombres que guarnecían La Queue. Al ruido de sus pisadas contestó un solo grito, exhalado por los de Guisa:

—¡Estamos perdidos!—dijeron.—¡A Dreux!

Y sin orden ni concierto abandonaron el sitio del combate, convertidos en corzos.

Grimaud miró en torno, viéndose rodeado únicamente de heridos, muertos y caballos sin jinete; después se fijó en el camino de París, asomando á sus ojos dos lágrimas, impelidas por la ira y el despecho.

La voz de Osorio le sacó de su horrible vacilación con las siguientes frases:

—Soldados, no hagáis fuego á ese hombre; á los valientes se les deja escapar con vida. Marchad, Grimaud, y dad las gracias á vuestra esposa por las atenciones que tuvo conmigo; ellas os mataron cuatro caballos, pero á la vez salvaron vuestra existencia.

—¿Nos volveremos á ver?—preguntó el coronel.

—Sí.

—¿Me lo juráis?

—Por el alma de mi madre.

—Gracias.

Y metió espuelas, corriendo con el corazón partido, el alma dolorida y estropeados los brazos y piernas.

Ya era tiempo; la guarnición de La Queue llegó adonde él estuvo treinta segundos después de partir.

—¡Alto!—gritó el comandante general desde el balcón á la fuerza que venía, accediendo á los deseos del duque.—Seguid formados en batalla, esperando mis órdenes.

Luégo se volvió á Flaviano, diciéndole:

—Sois un hombre admirable, Mr. Guzmán; vuestro valor, serenidad y acierto no tienen rivales en el mundo. ¡Qué hombre, Santo Dios, qué hombre! Dejadme que os abrace.

—Hacedlo, coronel.

—Nunca olvidaré este instante; sed mi amigo, y el triunfo de hoy llenará el colmo de mi ambición.

—Os lo ofrezco por la fe de caballero.

—Apretad; sois el caudillo más valeroso y entendido que existe. ¿Qué mando ahora?

—Que quiten los parapetos, abran la puerta, y formen los cuarenta arcabuceros en las filas de su compañía.

—¿No volverán los católicos?

—No; en caso contrario, los recibiremos en el campo, sea cual fuere el número de ellos.

—¡Ojalá se presentasen! Con vos todo se puede intentar.

—No perdáis tiempo; que conduzcan al instante los heridos á La Queue, que den sepultura á los muertos, y recojan los caballos que andan sueltos por el campo.

—Al momento. Mucho debe valer la caja de oro que guardáis, cuando tanta sangre ha perdido por su causa el duque de Guisa.

—Mucho; la conquisté para vuestro rey; no olvidéis lo ocurrido, y de ese modo sabrá lo que me ha costado.

—Todo se lo referiré, añadiendo lo que vale Jacobo de Guzmán.

Salió el coronel, exclamando Osorio:

—¿Lambert, Lambert? ¡Maldición! á que se ha muerto de miedo.

—No, señor; pero poco me falta,—murmuró una voz, sin saber el duque de dónde salía.

—¡Ven aquí, bergante!

—¿Se acabó todo?

—Sí.

—¡Gracias á Dios!

—No tardes.

—Estoy viendo si me ha tocado alguna bala.

—¡Cobarde!

—¡Qué ruido, qué estrépito de tiros y voces, de golpes y lamentos! Creí que era el fin del mundo.

—¿Dónde estás?

—Ay, señor, debajo de esta cama.

—Te voy á sacar con el cañón de una pistola.

—¡San Luis me valga! Escondedla, que allá voy.

Y salió pálido y más descompuesto su rostro que nunca.

El duque le cogió de un brazo, y acercándolo al balcón le dijo:

—Mira lo que tienes enfrente.

—¡Jesús! ¡muertos; cuánto muerto! ¡heridos que nadan en su sangre!.. ¡Dejadme, dejadme, por Dios!

—No; acostúmbrate á ver eso, y puede que desaparezca de ti una parte de la enorme pavura que te domina.

—¡Cerraré los ojos; pero oigo sus ayes, sus lamentos! Piden unos agua, otros confesión, y algunos ruegan que los acaben de matar.

—Abre esos párpados, y mira, ó te arrojo entre ellos.

—¡No; por María Santísima os lo ruego!

—Obedece.

—¡Ay, qué compasión!

—¿Te atreves á llevarles agua?

—No; me teñirán de sangre, y creyendo que soy algún enemigo...

—¡Miserable!

—Ya los socorren; lo manda ese jefe. ¿Y aquellos soldados quiénes son?

—La guarnición de La Queue.

—¡Ah, de los nuestros!

—Sí, de los tuyos.

—Quiero decir de los que no nos atacan. Traen parihuelas. ¡Qué caras tan feroces!

—Son menos feos que tú, Lambert.

—Ya se los van llevando. ¿Nos entramos?

—Bien estamos aquí.

—¿Por qué?

—Quiero ver si obedecen mis órdenes con exactitud.

—¿Mandáis vos en toda esa gente?

—Sí.

—¿Pues no son hugonotes?

—Sí.

—Cada vez os comprendo menos.

—Me alegro.

—Os iba á pedir perdón por la mala ausencia que os guardé; pero el rato que me estáis dando os venga con usura.

—¿Qué hiciste?

—Me cogieron los de Guisa, dejándome solo con su terrible jefe... ¡Ay, lo que yo sufrí!...

—Adelante. ¿Qué le dijiste?

—Que habíais robado la niña; que pegasteis fuego al convento; que erais un hombre funesto, y que yo no tenía culpa de nada.

—Expresaste la verdad, y me complace mucho que no mintieras.

—Yo creí ofenderos...

—Con eso, imposible. ¿Te preguntó quién era?

—Sí, señor; y le contesté que Jacobo de Guzmán; pero ni él ni yo lo creemos.

—Bien hecho. Estaría furioso.

—Parecía un león; puso la tropa sobre las armas, los paisanos corrían, y se convirtió Dreux en un infierno; pero al oir las once, le di yo mismo la carta, y después que hubo terminado su lectura todo se fué apaciguando.

—Ganaste tus quinientos ducados.

—¿Me puedo ya marchar á mi pueblo?

—No, que expondrías tu vida en los caminos; cuando se haya acabado la guerra.

—¡San León me valga! Está eso muy lejos, y á vuestro lado la juzgo perdida.

—Sucederá todo lo contrario; yo nunca miento, Lambert.

—Es verdad, mas podéis equivocaros.

—Hasta ahora salió cuanto dije.

—Con vos no estoy mal, y si yo pudiera acostumbrarme á la guerra...

—Para nosotros ha concluído ya.

—¿Me lo juráis?

—Hombre, eso no; pero tengo el convencimiento de que no volveremos á batirnos.

—¡Dios os escuche! Ya se han llevado los muertos y los heridos, pero queda la sangre. ¿Qué hacemos?

—Oye, León: en el momento que lleguemos á La Queue, dejas junto al mío el caballo que te darán ahora, recorriendo acto continuo el pueblo hasta traerme un pedacito de cada clase de lacre encarnado que encuentres. Con disimulo é interés, que el encargo es de mucha cuenta para mí y para ti. ¿Entiendes?

—Sí, señor; os llevaré lo que deseáis.

—Me lo das cuando estemos solos.

—Comprendo. ¿Dónde vamos á parar?

—En casa del comandante general.

—Aquí viene.

—¿Qué hacemos, Mr. Guzmán?—preguntó aquél entrando.

—Si lo tenéis á bien, que nos ensillen tres caballos, marchando acto continuo á La Queue; la tropa puede hacer lo mismo, volviendo las cosas al ser y estado en que se encontraban ayer á estas horas. Luégo almorzaremos, si me dais un cubierto en vuestra mesa.

—Con mucha honra y placer. ¿Olvidasteis que somos amigos íntimos?

—Todo lo contrario, y la prueba es que os acabo de pedir mesa y hospitalidad.

—¿Creéis que debo mandar un parte de lo ocurrido á Versailles?

—Al contrario; el enemigo rompió la tregua, sufrió

una derrota, y ambas cosas, unidas á la historia de la caja de oro que llevo encima, merecen que en persona se las refiráis á Enrique IV.

—¿Me acompañaréis vos?

—Por supuesto; pero como no tengo entrada en la cámara real, me quedaré en la antecámara hasta que vos ó el rey me ordenéis pasar adelante.

—¿Quiénes más vendrán con nosotros?

—Vuestro criado y León Lambert, que me servirá de lo propio.

—¿No haré falta en La Queue? Se conformará Guisa con sufrir en silencio la consecuencia de la lección que acabamos de darle?

—Qué remedio tiene; cuenta con solos veinte mil hombres de malas é indisciplinadas tropas, y vosotros con más de cuarenta mil, gente toda aguerrida y brava, y es imposible que venga á estrellarse contra el muro de vuestro incontrastable poder.

—Cierto; mas bueno será reforzar las avanzadas y que estén prevenidos.

—En tiempo de guerra no estorban las precauciones, por lo cual me parece buena idea la que acabáis de emitir.

El coronel mandó disponer los tres caballos, y diez minutos más tarde se dirigían á La Queue, yendo en pos la tropa que lo guarnecía.

Los jefes y arcabuceros que obedecieron á Osorio en la casa que concluían de abandonar, comentaban ya su valor, acierto y serenidad, corriendo entre el ejército su nombre colmado de elogios tan merecidos,

cuanto que ignoraban quién era, y no podían, en consecuencia, ser interesados.

En La Queue se alojó nuestro caudillo en casa de su nuevo amigo, disponiendo partir á Versailles en el momento que concluyeran de almorzar. Pidió seguidamente una habitación y recado de escribir, y encerrado en ella, sacó su caja de oro, dejándola sobre la mesa. Luégo descolgó de su cuello la bolsa en que escondía las copias reformadas de las cartas que contenía la mencionada caja, reconoció unas y otras, y satisfecho de su investigación, verificó el cambio.

—No rompo las verdaderas,—exclamó;—las guardaré donde ocultaba las otras, por lo que pueda ocurrir, que estoy en país enemigo; la intriga no ha terminado, y quién sabe todavía lo que acontecerá. Destruyo, sí, la carta en que Margarita nos nombraba empleados en su cámara y estas otras recomendaciones firmadas por jefes católicos; estoy entre hugonotes, y no conviene llevar documento alguno de sus contrarios.

Y después de romper varios papeles, los arrojó por el balcón de la estancia en que se hallaba, convertidos ya en pequeñas partículas que el aire esparció.

Algo más tarde llegó Lambert con tres pedacitos de lacre, diciéndole:

—Sólo estas clases hay en La Queue.

—Bastan; tráeme una luz.

—¿Para qué?

—Obedece y calla.

Y salió, regresando con ella.

—¿Qué más queréis?—le preguntó.

—Proporciónate una aguja enhebrada; cierras esa puerta al salir, y al regresar esperas á la parte opuesta á que yo te llame.

Solo otra vez el duque, cogió el sello con las armas de Guisa que conservaba entero, y lo aproximó á los tres pedazos de lacre encarnado, hallando uno de ellos de idéntico color. Seguidamente le prendió fuego, vertiendo varias gotas en el sitio donde estuvo el citado sello, y cuando todavía se hallaba ardiendo el lacre que concluía de echar, fijó el sello, quedando tan bien unido, que parecía el mismo que puso Lorena.

—Bien,—exclamó;—no es posible que Enrique IV sospeche el cambio de unas cartas que presentan inocente á su adúltera esposa. Ya se ha enfriado, y ahora me resta únicamente emplear el papel que me dieron para escribir en envolver mi preciosa caja. Esto es; la guardo con el lacre sobrante, y pronto sabré si me sirve ó no de antorcha para entrar en Ibrí. ¿Lambert?

—¿Señor?

—Entra; llévate esa luz, y vuelve.

—¿Qué hacíais?

—Escribir.

—¿A quién?

—Al diablo. ¿Sabes que eres muy curioso y te puede costar caro ese deseo imprudente y tenaz?

—Siempre fuí lo mismo.

—Despacha.

—Vuelvo al instante.

Así lo hizo, tornando á preguntar:

—¿Qué queréis ahora?

—¿Tienes ahí la aguja?

—Sí, señor.

—Cose esa bolsa en la forma que estaba anteriormente.

—Está llena de papeles.

—Sí.

—¡Qué contendrán ellos cuando tanto los guardáis!

—Lo que no te importa.

—Este relicario no es protestante ni católico.

—Abrevia, que acaba de llegar el coronel.

—Es verdad, en este momento ha entrado. ¿Os ponéis esto al cuello.

—Sí.

—¿Como talismán?

—Hombre, cesa de interrogarme, ó te rebajo cien ducados por cada pregunta inoportuna que hagas.

—Pues no son pocó caras vuestras contestaciones.

—Despacha.

—Ya está.

—Abre esa puerta.

El duque se colocó al cuello la bolsa, poniéndose en pie. Segundos después apareció el comandante general, diciéndole:

—He concluído, y estoy á vuestra disposición.

—¿Qué habéis hecho?

—Mandé reforzar las avanzadas, doblar las centinelas, y encargué á mi segundo la defensa de La Queue, en el caso de ser atacada durante mi marcha

á Versailles. A la vez oí el relato de un viajero que acaba de llegar de Houdán, el cual dice que Grimaud y sus soldados seguían corriendo á la desbandada, sin orden ni concierto alguno. Dejaban algunos caballos en el camino, heridos sin duda en la refriega, por cuya razón iban varios á pie, sin armas, pretendiendo seguir á la caballería.

—Muy bien. ¿Almorzamos?

—Cuando gustéis.

—Tú, Lambert,—dijo el duque á su guía,—te pones de acuerdo con el criado del señor coronel, y nos tenéis dispuestos cuatro caballos, cuidando que el que yo monte sea aquel que me compraste en Dreux, el cual habrá descansado ya lo suficiente, y dudo que lo haya en Francia de mejor sangre. De paso almuerzas con tu nuevo compañero, y os preparáis á seguirnos á Versailles.

Algo más tarde almorzaban el comandante general y Osorio amigablemente. Cuando concluyeron, dió las últimas órdenes el primero, montando seguidamente á caballo y corriendo en dirección del lindo pueblo, cuartel general ahora de los hugonotes y residencia de Enrique IV. Distaba de La Queue ocho leguas, y se propusieron andarlas en cinco horas, pues eran las doce de la mañana, y deseaban entrar antes de concluída la tarde. Logrado esto, conseguían que la noticia del ataque sufrido por la mañana no llegase á oídos de S. M. ínterin no penetrase en su regia cámara el comandante general de La Queue.

Caminaban delante los dos jefes, detrás sus cria-

dos, y unas veces iban al trote, otras á escape, y las menos al paso. De este modo arribaron á las dos horas de partir á Pont-Chartrain, distante tres leguas de La Queue. Allí mandaron dar pienso y media hora de descanso á los caballos, empleando ese tiempo en enterar al gobernador de aquel punto de lo acontecido al amanecer.

Volvieron á montar á caballo, comenzando á correr las cinco leguas que los separaban de Versailles.

Durante su marcha, y en los cortos intervalos en que caminaban al paso, hablaban Osorio y el coronel de la presentación á S. M. y de todo lo que el último debía decir á Enrique IV. Flaviano deseaba que el rey viese en él un hombre atrevido y valiente, pero á la vez misterioso y completamente desconocido.

A las cinco y cuarto echaron pié á tierra á la puerta del suntuoso palacio real de Versailles, sabiendo con placer que S. M. se hallaba en consejo hacía algunas horas. Dieron, en consecuencia, los caballos á sus dos criados, mandándoles que se retirasen á la posada del *Cisne*, y ellos subieron la regia escalera hasta llegar á la antecámara, precedidos de un alto funcionario, al cual se dió á conocer el comandante general de La Queue, añadiendo que traía una misión importante para S. M.

Media hora después mandó el monarca que entrase el coronel, y cuarenta minutos más tarde gritó un paje:

—Mr. Jacobo de Guzmán.

—¿Qué queréis?—preguntó Osorio.

—Su majestad el rey, mi señor, manda que paséis adelante.

El duque arregló un poco su tabardo, y llevando en la mano izquierda la célebre gorra que le compraron en Dreux, avanzó, quedando parado á la parte adentro de la cámara, frente á Enrique, y cuatro generales que le acompañaban, en unión del coronel que le sirvió de introductor. Los cinco primeros se fijaron en él con sorpresa y admiración: Flaviano les hizo una reverencia, y los miró con naturalidad exenta de todo.

Enrique le dijo:

—Acercaos, Guzmán. Me acaban de dar noticias de vos que os recomiendan mucho.

—Soy un servidor de V. M., harto desgraciado desde hace algun tiempo.

—¿Traéis una caja de oro, conquistada á tiros, precedida de un rapto y la que juzgáis tengo yo en mucha estima?

—La pondré á disposición de V. M. después que se haya dignado oirme.

—Hablad, valiente italiano; hombres de vuestro temple de alma, si me fueron leales, obtuvieron siempre mi protección.

—Gracias, señor; yo me veo obligado á mendigarla hoy, si bien me acompaña una corta hoja de servicios que hace imposible toda duda sobre mi respeto, fidelidad y amor á V. M.

—La conozco, y es válida ¿Qué deseáis de mí?

—Señor...

Y el duque miró á los cinco que rodeaban á Enrique, indicando que le estorbaban.

—Comprendo,—exclamó el monarca,—y me apresuro á complaceros. Retiraos, señores,—añadió dirigiéndose á los citados antes.—A vosotros cuatro no os necesito por hoy; vos, coronel, esperad en mi antecámara á vuestro amigo.

Los cinco obedecieron, inclinándose ante su señor. Solo ya aquél con el duque, añadió:

—Hablad, que de un hombre como vos gusto yo oir sus relatos.

—Si V. M. me lo permite, seré algo extenso, muy extenso.

—Lo que queráis; pero decidme antes: ¿qué contiene esa caja de oro?

—Todas las cartas que una princesa escribió al duque de Guisa.

—¿Todas?

—Todas.

—¿Estáis seguro?

—Como de que hablo con un rey valiente, caballero y bondadoso.

—Por ellas, Guzmán, habría yo dado parte de mi sangre.

—Por ellas, señor, expuse yo toda la mía y dejo mi vida amenazada de muerte.

—¿Os referís á Lorena?

—Y á cuantos le obedecen, que componen la mayoría de los habitantes de Francia.

—Verdad es; mas si no os equivocasteis y esa caja

de oro llena mis deseos, Enrique IV defenderá vuestra existencia con su poder, que ya hoy es mucho.

—Gracias, señor; no falta una sola carta; yo os juro que colmará vuestro anhelo.

—¿Por qué no me la dais? La impaciencia me molesta.

—Señor, yo hubiera deseado exponer mi vida cien veces por V. M., como lo acabo de hacer, y al terminarse el cúmulo de azares y peligros de que me vi rodeado poderle regalar ese pequeño tesoro; pero la suerte, ingrata conmigo, me niega tan agradable placer, viéndome obligado á ofrecérsela á V. M. en cambio de una orden que me es de todo punto indispensable.

—¿Qué es ello? ¿Viene la caja con vos? Hablad.

—Me dió palabra V. M. de oir un relato que acaso le interese, y luégo, si lo tiene á bien, trataremos del cambio.

—Me siento y os escucho.

—Aplaudo vuestra bondad. Oidme señor: Me hallaba en Italia cuando supe que ocho compañeros, á quienes amo más de lo que pudiera expresar mi labio, inspirados sin duda por fanatismo religioso, formaron parte del ejército católico, cayendo al poco tiempo prisioneros. La batalla, sitio y modo no hacen al caso; lo cierto es que quedaron en poder de los soldados de V. M., siendo al poco tiempo encerrados en oscuras prisiones.

—¿Ocho decís? No caigo...

—¿Qué tiene de extraño, si V. M. cuenta tantas

victorias como acciones dadas al enemigo, y pasa de doce mil el número de los prisioneros que hizo?

—He canjeado algunos.

—Ya lo sé; pero mis pobres amigos no lograron la suerte de contarse en ese número.

—Continuad.

—Tengo en mi país algunos bienes; cogí el oro que creí necesario, y me vine á Francia, resuelto á perecer ó á salvar á mis compañeros. Lo que yo he sufrido en los dos meses que llevo en vuestros estados, no es para dicho, señor; desde la frontera empecé á abrirme paso, unas veces con recursos de imaginación, otras á viva fuerza, y hoy entre católicos, mañana en poder de protestantes, por cada paso que di se vertieron muchas gotas de sangre humana. El estado de revolución en que hallé la Francia se oponía al logro de mis deseos; mas llevaba conmigo cartas de recomendación, y la Providencia me proporcionó el que, al hacer uso de una de ellas, descubriera un secreto importantísimo; éste se contraía á la historia de un criado de Guisa, vendido á sus enemigos, y á las falsas copias de unas cartas que V. M. pagó con regia esplendidez.

—¿Falsas habéis dicho?

—Sí, señor.

—¿En qué os fundáis?

—Señor, la memoria es frágil, y ese nuevo Judas pudo poner de su cosecha todo aquello que no recordase bien.

—Adelante.

—Vista la lealtad de vuestros soldados y lo imposible de comprar con oro la libertad de mis amigos, concebí la idea de arrancar al duque los originales y ofrecérselos á V. M. en cambio de un indulto que en nada puede afectar la justicia ni la defensa de su causa. Ocho hombres más ó menos en el ejército de Guisa suponen para V. M. una gota de agua más sobre ese estanque que tengo de frente. Esto en el caso de que ellos volviesen á formar parte de la hueste católica, que no la formarán, yo os lo aseguro.

—Proseguid.

—Quien pagó tan caras, me dije, unas copias hechas á la memoria, y por consiguiente, falsas, según mi opinión, ¿qué no dará por los originales? Fijo en esta idea, esparcí oro, averigüé los secretos del duque de Guisa, consiguiendo, por último, entrar en Dreux provisto de cuanto me hacía falta. Hablé con el duque; ganó mi criado á su ayuda de cámara, y cuando me convencí que podía dar un golpe de mano con todo acierto, pegué fuego al convento de San Juan, arrancando de él una niña que importaba á Lorena más que las cartas, la caja de oro y que su vida.

—¿Por qué?

—Porque es hija suya, y la ama con delirio.

—¿Cómo se llama la madre, Guzmán? Hablad pronto, por Dios.

—Lo mismo que la hija, Eugenia Depás, residente en París.

—¡Ah!.. Oí un rumor concerniente á esas relaciones, pero juzgué que no era cierto.

—Pues lo es.

—¿Por qué no me habéis traído la niña?

—No podía ambas cosas, y entendí que V. M. preferiría la caja de oro con las cartas.

—No os equivocasteis, Jacobo. ¿Qué hicisteis luégo?

—Dejé á mi criado en Dreux con una carta para el duque de Guisa, ofreciéndole el cambio de la caja por la niña, y en su palacio un testigo que viera si sacaba ó no algún escrito de los que yo le reclamaba. Hecho esto, monté á caballo con Eugenia Depás, y corrí las ocho leguas que me separaban de La Queue en cuatro horas próximamente. También en esa jornada sufrí, y algo me costó convencer luégo al comandante general que me aguarda en vuestra antecámara. Lo demás creo que él mismo se lo habrá referido á vuestra majestad.

—Todo; y veo con asombro que sois un hombre más extraordinario todavía de lo que él supone.

—Humilde servidor de V. M.

—¿Estáis seguro de que Guisa no sacó ni hubo de cambiar ninguna carta?

—El empeño de Grimaud en rescatar la caja os contesta por mí.

—¿Qué haríais si yo me negase al cambio que pretendéis?

—No lo sé ni pude imaginarlo; creí, por el contrario, que le hubiera bastado á V. M. saber lo que yo hice al conquistar esas cartas para entregarme los ocho prisioneros, aun cuando no me fuera dable ofrecer esos escritos á Enrique IV.

—¿Quién te habló de mí, extranjero, para formar opinión tan favorable?

—Vuestros hechos, el valor que demostrasteis; la villanía, señor, nace y se desarrolla en los pechos cobardes.

—¿Cómo se llaman esos presos cuya libertad tanto deseas?

—En mi concepto, gran señor, no hacen al caso sus nombres; será suficiente conque V. M. diga de su puño y letra: «Entregad sin réplica ni vacilación al portador de este escrito los ocho prisioneros que él designe.—Enrique IV.»

—¿Me daríais la caja si yo no extendiera la orden?

—Hé aquí la prueba. Tómela V. M., añada á ella la lección que esta mañana di á Guisa, y si no bastan, hé aquí mi vida.

—¿Está la caja envuelta en ese papel?

—Sí, señor.

—No se lo quitéis; antes de saber lo que me dais quiero regalaros un pergamino, que dirá lo siguiente: «Entregaréis á mi amigo Jacobo de Guzmán los prisioneros que os pida, facilitándole todos los jefes de mis ejércitos y las autoridades del reino cuanto necesite y reclame. Impongo pena de la vida al que contraviniese, dude ó se opusiera al cumplimiento de esta orden.—Enrique IV.» La rubrico; ahora el sello real, y si eso no es suficiente, decidme lo que anheláis antes de que yo conozca el contenido de esa caja. Tomad.

—Gracias, señor. Vano empeño si intentáis com-

petir conmigo en generosidad y esplendidez; la bondad de V. M. no halla rivales en Francia.

—Contestad á mi pregunta: ¿qué más queréis?

—Me basta, señor, con este pergamino, cuya firma beso con amor y respeto.

—Entonces desliad ese papel, y dadme una caja que tengo grabada en mi corazón.

—Os obedezco y héla aquí.

—¡Qué miro! El sello con las armas de Guisa ¿Por qué no la abristeis, prefiriendo esto al horrible desengaño que puede proporcionarme en este instante?

—Dije ya á V. M. que no di tiempo á Lorena para cambiar ni sacar escrito alguno; estaba además aturdido, porque le había robado un pedazo de su alma; y seguro de no presentarme aquí con engaño ni falacia, debí respetar un secreto que se contrae única y exclusivamente al honor de S. M. la reina mi señora.

—¡Fatal delicadeza, que es posible me sea funesta en estos momentos! Quitad vos ese sello que aborrezco, menos aún, que odio y desprecio me inspira.

El duque sacó su daga, rompiendo con la punta el lacre que cerraba la caja; después la abrió, añadiendo:

—Aquí la tiene V. M.

El rey la vació, contando las cartas que contenía.

—El número es exacto,—exclamó;—y comenzó á abrirlas, prosiguiendo:—su letra y firma. Bien, Jacobo, muy bien; el contenido me asusta.

—Permitidme, señor, que dude; un rey tan valiente no debe temer nada.

—Aquí en estos escritos acaso esté mi deshonor, la

befa y escarnio que he creído ver un día retratada en el semblante y aun en las frases de hombres ruines y miserables.

—Quién sabe. Cuentan que la reina Margarita es católica, fanática, V. M. protestante, y el duque de Guisa jefe del partido que os es contrario.

—¿Y sus desvíos é indiferencia hacia mí?

—¿No basta el fanatismo? Porque yo no veo nada tan torpe y que conduzca más al extravío.

—¡Tiemblo, Guzmán!

—Arréglelas por fechas V. M., y lea; si su corazón latiese con demasiada violencia, se le contiene; más de cien veces ahogué yo los suspiros del mío.

—¿Sois casado?

—Sí, señor.

—¿Comprendéis mi situación?

—Por esa causa me treví á consejar á V. M. que leyera con alma entera y voluntad decidida.

—Pues leo, y me sorprende que haya hombre con más valor, con más sangre fría que yo.

—Eso es; empapaos bien, mientras yo compadezco á vuestra prisionera de Ussón. Encerrada la infeliz en un mísero castillo, expía sus faltas; y si fué efectivamente criminal, yo, bien á pesar mío, con el pecho lacerado, le he traído su sentencia de muerte en esa terrible caja. ¡Si así fuera, cuántos suspiros me arrancará la libertad de mis ocho compañeros! ¡Yo, que había jurado defender siempre á la mujer, porque es débil y porque yo nací noble, caballero y fuerte, contemplo ya la excepción de la regla, y tiemblo como

el niño que osó alzar la mano contra la infortunada madre que le dió regazo y pecho!

—Estáis delirando, Guzmán.

—Ojalá me equivocara.

—Creo que se cumple vuestro deseo. Hablad lo que queráis; sigo leyendo y os escucho.

—Daría por la completa dicha de V. M. años de mi vida, siempre que las augustas manos de un monarca tan poderoso no se manchasen con sangre real; lejos de eso, que viera á su lado inocente y pura á la excelsa princesa, hija de reyes, hermana de monarcas, y según cuentan, hermosa como ninguna.

—Cierto, pero tan fanática...

—Señor, al criminal se le mata, al fanático se le convence.

—Las mujeres son tercas.

—A vuestro lado cedería la más ignorante.

—A Margarita no le falta talento.

—Razón más para presentarla la verdad y hacérsela ver clara y diáfana como el sol.

—¡Todas lo mismo; llevo leídas quince, y sólo encuentro fanatismo religioso! ¡Aquel maldito criado de Guisa me engañó!

—De un villano, cobarde y traidor, no debió nunca esperarse otra cosa.

—Idéntica á las anteriores. Esta dirá lo mismo. Sí. Y esta otra igual. No cabe duda. Veamos la última. Le manda oro y le ruega que no ceda ante los hugonotes. ¡Qué católica tan sublime, Guzmán! Acercaos á mí. Sabed que mi esposa no es adúltera.

—Me alegro un poquito menos que vuestra majestad; porque de haberlo sido, os traía yo su sentencia de muerte.

—Jacobo, quedaos á mi lado; yo os nombraré lo que más os agrade.

—Gracias, señor; dejadme que ponga en libertad á mis amigos, y luégo seré vuestro más humilde servidor.

—Me embarga la alegría, el placer. ¡Oh! voy á mandarla venir inmediatamente.

—Cerca tiene V. M. un coronel que os ama y respeta como ningún otro.

—¿Quién es?

—El comandante general de La Queue.

—¿Le juzgáis á propósito?

—Le vi hoy batirse á mi lado en defensa de su rey, y puedo aseguraros que no hay en Francia ninguno que se le supere en lealtad, valor, entusiasmo y energía.

—Decidle que entre.

Osorio, que, como hemos visto, acababa de poner en juego su gran talento é inimitable habilidad, triunfaba por completo del poderoso enemigo de sus hermanos, formando á la vez su felicidad, regalándole un mundo de dicha. Grave, latente su corazón, pero disimulando como el más diestro cortesano, hizo entrar al coronel, quedando él á un lado, atento siempre y respetuoso.

El rey dijo á aquél:

—Vuestro amigo Guzmán me acaba de prestar un

servicio que le agradeceré el resto de mi vida. Vos me lo habéis presentado, y os doy las gracias.

—Juzgué lo mismo, señor, y por esa razón osé acercarme con él á la cámara de V. M.

—Os estoy muy reconocido, y en prueba de ello voy á confiaros la misión más importante que existe hoy en Francia.

—Sólo anhelo complacer á V. M.

—Vais á partir imediatamente al castillo de Ussón; entregaréis á S. M. la reina una carta, y al marqués de Canillac una orden. Después regresáis, escoltando á mi esposa como merece la soberana de Francia. ¿Qué fuerza necesitáis?

—Bastarán seiscientos caballos.

—¿Adónde van á buscaros?

—A la posada del Cisne, donde, si V. M. me lo permite, comeré con mi amigo Guzmán.

—Allí irán antes de dos horas. ¿Qué más necesitáis?

—Que V. M. se digne disponer que me reemplacen en La Queue.

—¿Dónde tenéis vuestra familia?

—En el pueblo que acabo de citar.

—¿Queréis mandarle escrito ó recado alguno?

—Basta con que el nuevo comandante general le articipe que V. M. se ha dignado encargarme el desempeño de una misión importante.

—Salís de aquí sólo coronel; al regresar pienso regalaros una banda que os elevará á jefe superior.

—No merezco, señor, tanta bondad.

—Partid. Vos, Guzmán, volved pronto si deseáis que

Enrique IV cumpla un imperioso deber de gratitud.

—Marcho, señor, y os juro que al regresar traeré conmigo una caja que valga tanto como la que tenéis en vuestro poder.

—Difícil, Jacobo.

—Lo he jurado, señor, y pertenezco á una de las familias más nobles de Europa.

—¿Otro imposible?

—Otra victoria que lograrán seguramente la constancia y el valor.

—¿Quién sois, hombre incomparable?

—Cuando regrese lo sabrá V. M.

—¿Luego lo de Jacobo de Guzmán?...

—Aplazo la cuestión.

—Comprendo. ¿Sois español?

—Nací en Nápoles; siendo, por consiguiente, italiano.

—Me confundís.

—Pronto saldrá V. M. de toda duda.

—Entretanto estrechad mi mano.

—La beso, como lo haría con la de Felipe II, rey de Nápoles.

—Volved pronto, Guzmán.

—El cielo me lo conceda, y vele en tanto por la preciosa vida de monarca tan magnánimo.

—Adiós, hijo. Coronel, volad, que os espera impaciente una banda.

—Cuanto puedan los caballos de V. M.

—Decid á mi esposa que la aguardo intranquilo y afanoso.

Ambos se inclinaron, anduvieron hacia atrás, desapareciendo de allí.

El rey se dejó caer sobre su sillón, y comenzó á besar las cartas que le entregó Osorio, exclamando:

—¡Benditos sean los papeles, que me han devuelto una felicidad de que carecía há muchos años!

CAPITULO XXI

Los dos amigos.—Nuevo disfraz.— A Ibri.—La libertad.

Osorio y el coronel atravesaron varios salones y pasillos del palacio real de Versailles, bajaron la suntuosa escalera, hallándose poco después en la gran plaza y frente á las magníficas estatuas que se admiran en ella. Hasta este momento permanecieron los dos en silencio, pero al llegar aquí se cogió el coronel al brazo de Guzmán, diciéndole:

—¿Quién sois, incomparable amigo?

—Jacobo de Guzmán.

—¿Por qué seguís misterioso ante el hombre que más os estima en Europa?

—Porque me lo impone un deber sagrado.

—Hace algunas horas era yo un coronel con mal presente y sin ningún porvenir; en este momento me sucede ya lo contrario; y todo os lo debo, Jacobo.

—Me alegro; á cuantos yo protegí les sucedió lo mismo.

—Soy agradecido.

—Y muy caballero, con valor que no todos demuestran; por eso os di mi amistad.

—Que yo aprecio en más que la banda de general, la protección del rey y el brillante porvenir que me espera.

—No lo dudo.

—Pedidme algo, Guzmán.

—Voy á hacerlo.

—¿Qué necesitáis?

—Un traje de caballero.

—¿Qué más?

—Ocho caballos que podrán llevar del diestro los soldados que os van á seguir á Ussón.

—¿Qué más?

—Que al frente de vuestra escolta me acompañéis á Ibrí, donde me manda el rey á cumplimentar esta orden; ved su firma.

—¿Qué más?

—Eso sólo.

—Es poco.

—Por ahora tengo bastante, luégo Dios dirá.

—Esperadme en la posada del *Cisne*.

—¿Adónde vais?

—Por vuestro traje y caballos.

—¿Quién os los dará?

—El coronel Marquerie.

—Os aguardo sentado á la mesa.

—No tardaré en estar á vuestro lado.

El duque entró en la referida posada, diciendo á Lambert, que le esperaba á la puerta:

—¿Has tomado cuarto para el coronel y para mí?

—Sí, señor.

—¿Tenemos comida dispuesta?

—La mejor que puede darse en Versailles.

—Destruye tu morral; luégo te daré el traje que llevo, teniendo entendido que hasta llegar á París serás mi criado.

—Muy bien; pero explicadme...

—¡Maldita curiosidad! ¡Te voy á arrancar la lengua!

—Callo y obedezco; mas no me miréis así. ¿Qué hago con vuestra lira que llevaba en mi morral?

—Rómpela; que ha muerto ya el músico, y empieza esta noche el caballero. Acompáñame al cuarto.

Y Osorio entró en él, quedando solo.

Seguidamente sacó el pergamino que le dió Enrique IV, exclamando:

—¡Hé aquí la antorcha que yo vi en el estrecho sendero de Nápoles; mi mente la materializó hasta el punto de distinguir su luz clara y diáfana; mas era únicamente un pedazo de pergamino, con tres líneas escritas y la firma de un rey al pie de ellas! ¡Gracias, Dios mío! ¡Ay del mísero mortal que duda de vuestra misericordia y protección! Padre Alberto, sólo tengo para vos ¡ay! un suspiro, y estas dos lágrimas, que surcan mis mejillas, hijas del agradecimiento. ¡Poco es, pero el primero lo arrancó del alma el amor, y las

otras son el engendro de un cariño que vos conocéis! ¡Esposa, hijos, desde esta noche me será dado pensar en vosotros; hasta ahora me fué imposible, no obstante llevar vuestras imágenes grabadas en mi corazón! ¡Ah, el ser grande y poderoso en la tierra tiene sus contras, y éstas no siempre pesan en la balanza de la felicidad con desventaja! ¡No ha de tener queja de mí mi querido hermano y jefe el príncipe de Italia! ¿Qué hará en París? Lo ignoro, pero mañana lo sabré. Ahora sólo debe embargarme la idea de que antes de seis horas se habrá cumplido la profecía, y estrecharé al aire libre á mis queridos Rogelio y Mauro.

Y comenzó á pasear por el cuarto, hasta que oyó la voz del coronel, que dijo á un sirviente de que venía acompañado:

—Entra aquí; deja esa ropa sobre una silla, y sígueme. Mr. Guzmán, vestíos, mientras reconozco los ocho caballos.

—Coronel, decid á mi criado Lambert que pase.

E hizo que aquél le ayudase á desnudar y lo vistiese luégo con las ricas galas de terciopelo que acababan de regalarle. De nada se olvidó el coronel; le dejó buena espada, magnífico gabán de pieles, chambergo y cuanto necesitaba, en fin, para presentarse como caballero. A lo mandado por aquél sólo añadió el duque sus dos pistolas, las cuales tenían dentro las últimas cargas.

—Toma esa ropa que acabo de quitarme,—dijo luégo á León,—y cámbiala por la que llevas, que, aunque grosera, lo es ménos que la tuya.

—¿Qué hago con esta capa y gorra que os compré en Dreux?

—Lo que con la lira y tu traje.

—¿Es decir, venderlos?

—Lo que te dé la gana. Sal.

—¿Vais á comer pronto?

—En el momento que vuelva el coronel; hazlo tú también, y ten en cuenta que al concluir partiremos.

—¿Adónde?

—Ya lo sabrás.

—¿A caballo?

—Sí.

—El vuestro no podrá resistir la jornada si es larga.

—Lo siento, que es una alhaja y me duele deshacerme de él; pero no habiendo otro remedio, cámbiale. Dame antes un poco de agua para quitar á medias el polvo y barniz. La toalla. De este modo no aparezco tan negro.

—Segunda noche que no dormiremos.

—Posible es. Marcha.

—A vuestro lado se vive más, pero ¡qué vida, santo cielo!

Partió el criado, y cinco minutos después entró el coronel, diciendo á su amigo Guzmán:

—Todo está corriente, Jacobo; sentémonos á la mesa, y comamos, que después de correr ocho leguas y de estar más de dos horas de pie en el palacio real, se recibe el alimento con necesidad y agrado.

—¿Conque vais á Ussón?

—Así lo ha dispuesto S. M.

—Por consejo mío.

—Lo había supuesto.

—Y á la vuelta seréis general.

—También os lo debo.

—Por el camino podéis haceros amigo de la bella princesa á quien vendréis escoltando, y de ese modo entraréis en la corte con apoyo y protección decidida.

—He pensado en eso, pero no hablé nunca con su majestad la reina, é ignoro los medios de ganar su voluntad.

—Yo os los daré á medida de vuestro deseo.

—Acepto, pero dejadme que antes os sirva de este ave, cuyo olor convida á trasladarla á otro sitio. Muchachos, Rhin, y para los postres Champagne. ¿Conque vos teneis los medios de hacerme lugar en la corte? No me extraña; sois el hombre que más vale de cuantos he conocido.

—Gracias, general.

—Todavía no, Jacobito.

—Estoy seguro que mandó ya extender vuestro nombramiento Enrique IV.

—A vuestra salud.

—A la vuestra.

—¿Decíais?..

—Que la corte tiene un solo camino por el cual se resbala con facilidad.

—Cuento ya cincuenta y dos años, y van siendo mis pies de plomo.

—Preciso es además que pese la memoria y se esconda la lengua.

—Jamás fuí hablador, y claro es que ahora callaré como un suizo.

—Con esas condiciones me voy á atrever á daros un consejo.

—Me dispongo á oirlo con suma atención.

—Cuando halléis ocasión, le dais á S. M. expresiones de un músico calabrés que ella conoció en Ussón y vos en La Queue.

—¿Cómo se llama?

—Jacobo de Guzmán.

—¡Ah!... Entiendo.

—Agradecerá el recuerdo, si sólo ella os escucha.

—Por supuesto.

—Mucho os estimará si llega á saber que sois amigo del citado músico, y que éste se valió de vos, siendo la persona que más confianza le inspiraba.

—No lo ignorará, os lo aseguro.

—Y os cobrará gran estima el día que entienda lo que hicisteis esta mañana en los alrededores de La Queue.

—¿Por la caja de oro?

—Exactamente.

—Empiezo á comprender, y ya veo entornada la puerta por donde debo entrar.

—Hasta ahí el pro, pero tiene también contra.

—Sepamos.

—Os costaría empleo, y puede que la cabeza, si alguno os oyera y refiriese en la corte vuestra conversa-

ción con la reina y lo bien que ella había recibido las noticias de que hemos hablado antes.

—¡Ya! Pues no podrá contarlo ninguno.

—Ni vos tampoco.

—Lo sé; mas si ella lo dijese...

—Imposible.

—Qué talento tenéis. A vuestra salud, gran señor.

—A la vuestra, mi general y futuro cortesano.

—¿A qué vais á Ibrí?

—¿No leisteis el pergamino que os enseñé?

—No; para complacer á Jacobo de Guzmán no necesito recibir órdenes ni mandatos; le pertenece toda mi amistad y algo de mi cariño.

—Entonces ya os contestarán los hechos.

—Muchachos, los postres y el Champagne.

—Señor,—le dijo el camarero,—un capitán al servicio del rey desea hablaros.

—Que entre.

Pasó el anunciado, y después de saludar á los dos amigos, exclamó:

—Mi coronel, S. M. me encarga entregaros estos despachos de que ya tenéis conocimiento, según dice, encargándoos por segunda vez que regreséis con la brevedad posible.

—¿Nada más?

—Eso sólo; en la plaza os esperan seiscientos caballos dispuestos á seguiros.

—Está bien; haced presente á S. M. que salgo al instante, y que no perdonaré medio ni sacrificio alguno por cumplir su soberana voluntad.

—¿Quién es Mr. Jacobo de Guzmán?

—Servidor vuestro, capitán,—contestó Osorio.

—El rey ha dado la orden para que se os deje llegar á la antecámara siempre que lo deseéis, mandando á la vez que se le anuncie inmediatamente vuestra presencia. Asimismo os ruega que no la hagáis esperar mucho tiempo vuestras visitas.

—Cumpliré su soberana voluntad.

Salió el enviado, añadiendo el coronel:

—Me manda Enrique la carta para su esposa y la orden dirigida á Canillac.

—Procurad que no os siga el marqués.

—¿Podía estorbarme?

—Mucho.

—Entonces lo dejaré en Ussón hasta que el rey disponga otra cosa.

—Vaya el último consejo.

—Venga.

—Posible es que el duque de Guisa, creyendo que cierta caja se dirige á Ussón en vez de quedarse en Versailles, mande alguna fuerza en busca de Jacobo de Guzmán.

—¡Buen chasco se llevaría!

—Si ocurre, tratadlos como ellos merecen.

—¡Si osaran atacarme ó pedir explicaciones, juro á Dios Santo!... Por cierto que, según me han dicho en la antecámara, se firmó ayer un tratado de tregua general que deberá existir ya en toda Francia.

—Rota esta mañana por el coronel Grimaud.

—No importa; como Guisa perdió, y le conviene

más que á nosotros la paz, disculpará el hecho del mejor modo posible, dando una cumplida satisfacción.

—Que Enrique aceptará, participándoselo á la vez á los *dieciséis* de París que componen el gobierno provisional, para indisponerlos con Lorena.

—Exactamente; mucho me complace la noticia, pues de ese modo podré llegar y volver de Ussón sin encontrar quienes me estorben ni detengan.

—Para mí es tarde; por desgracia me vi obligado á atravesar toda Francia cuando ardía la guerra doquier; y ahora los protestantes y luégo los católicos, fuí detenido á cada paso.

—Mr. Guzmán, ¿partimos?

—Sí, amigo mío.

—Mucho me duele separarme de vos.

—Y á mí; pero no tardaremos en volvernos á hallar, Dios mediante.

Diez minutos más tarde se pusieron al frente de los seiscientos caballos que esperaban en la plaza, yendo en pos sus respectivos criados. El primero reconoció la fuerza, dando inmediatamente la orden de marcha. Salieron, en consecuencia, tomando el camino que conducía á Ussón; pero á la media hora lo dejaron para entrar en el de Ibrí, cuya población y castillo distaba una legua del punto en que se hallaban.

Iban delante de todos el coronel y Osorio, hablando unas veces y en silencio otras, pues Flaviano se distraía á menudo con ideas que se multiplicaban según corrían en dirección de Ibrí. Anhelante su corazón por la grata sorpresa que iba á proporcionar á sus

dos hermanos, parecía embebido en pensamientos que absorbían toda su atención.

—Muy callado vais, Guzmán,—le dijo el coronel.

—Perdonad; me distrajo un recuerdo que no he podido desechar de mi mente.

—Ya se conoce, y por cierto que salió vuestro caballo á escape y todos os hemos seguido.

—¡Qué bueno sois!

—Más merece un hombre como vos.

—¿Distamos mucho de Ibrí?

—Vedlo. ¿Distinguís las luces?

—¿Qué hora será?

—Pardiez, buena pregunta en un hombre que usa reloj de príncipe.

—Verdad es, pero no me acordaba de él en este instante. Son las nueve y media.

—¿Adónde nos dirigimos?

—Vos os quedáis á la entrada del pueblo, en tanto que yo, seguido de la escolta que tengáis á bien prestarme, hablo con el general gobernador del castillo.

—La que vos queráis ¿Os bastan cien hombres?

—Sí.

En este instante fueron detenidos por una guardia que había á la entrada de Ibrí, y dándose á conocer el coronel, avanzó Osorio al frente de cien jinetes, no deteniéndose hasta llegar al primer foso del castillo.

La alegría que experimentaba en aquellos momentos nuestro valiente español era indescriptible; mandó á los centinelas, en nombre del rey, que echasen los puentes, y después de algunas explicaciones se bajó

del caballo, rogando al oficial que le interrogó que lo llevase á la presencia de su general.

Solo con el alférez, y alzados de nuevo los puentes, atravesó los muros, hallándose minutos después delante de un francés grueso, alto, entrado ya en años y de mirada fija é investigadora. Era el gobernador, jefe superior de Ibrí, que le preguntó:

—¿Quién sois?

—Jacobo de Guzmán.

—No os conozco.

—Ahora empezaréis á hacerlo.

—¿Qué queréis?

—Cumplir una orden de S. M.

—¿Quiénes os acompañan?

—Una escolta.

—¿Qué manda S. M?

—Vedlo.

Y le alargó el pergamino que ya conocemos.

—La orden está terminante. ¿Qué presos debo entregaros?

—Me daréis al momento á Mr. Mauro Núñez de Lara, conde de Monterrubio; á Mr. Rogelio Mendoza, marqués de Abella; á Andrés y Fermín Zalla y á sus cuatro criados.

—¿Comprendéis lo que acabáis de pedirme?

—Sólo sé que tiene pena de la vida el que vacile en obedecer lo que manda ese pergamino, y sentiría, general, tener que aplicaros esta noche tan dura, aunque justa ley.

—Yo no dudo ni vacilo en obedecer á mi soberano.

—Creí lo contrario; perdonad mi equivocación.

—¿Qué fuerza dejasteis á la entrada del pueblo?

—La suficiente para hacer cumplir en el acto las órdenes de S. M.

—Os entregaré al momento los ocho prisioneros, pero me es preciso quedarme con esta orden para mi resguardo.

—Imposible; notad que se refiere á muchos.

—¿Qué me dejáis entonces para salvar mi responsabilidad?

—Una copia autorizada por mí y un recibo en toda regla.

—Extendedlos mientras os mando traer los prisioneros.

—Que vengan con sus espadas, equipajes, si los tienen, y espuelas.

—Eso no lo dice la orden.

—Lo quiero yo, y S. M. ha dispuesto que me den cuanto pida ó que muera el que vacile.

—Obedezco á mi rey y señor. Ahí tenéis tintero, papel, mesa y el sillón que yo uso.

—Gracias.

—Pronto vuelvo.

—Esperad; que entreguen los presos á los soldados de mi escolta, que allí me haré cargo de ellos.

Y con una mutua reverencia se despidió el general, dejando á Osorio que extendiese la copia y recibo.

Con mano trémula, á causa de una mal disimulada alegría, trazó Flaviano la copia que autorizó con su firma, y á continuación extendió el recibo en que

decía haberse hecho cargo de los ocho españoles, á quienes regalaba la libertad en aquellos momentos. Concluyó antes de que regresase el gobernador, comenzando á pasear por la estancia en que se hallaba con rostro placentero y mirada afanosa.

Quince minutos después entró el general, preguntándole:

—¿Están esos escritos?

—Vedlos.

Aquél los leyó, añadiendo:

—Los hallo en regla, y podéis partir cuando gustéis.

—¿Qué han dicho los prisioneros?

—Preguntaron únicamente dónde iban; les contesté que lo ignoraba, concretándose luégo á despedirse de mí y de algunos jefes de los que me obedecen, sintiendo abandonar una prisión en la que sólo echaron de menos la libertad.

—¿Dónde están?

—Los dejé en el último puente; hechos cargo de ellos los soldados que mandáis.

—Que el cielo os guarde, general.

—¿Me permitis que vaya con vos?...

—No; quedaos aquí, yo os lo ruego.

—Como gustéis.

Ambos se saludaron, marchando el duque en pos del alférez que lo llevó hasta allí. Estaban los puentes echados, y al pisar el primero, despidió Osorio al oficial, avanzando solo hacia el sitio en que se hallaba su escolta. En el momento de llegar, exclamó:

—Mi caballo, y al trote. Coged á esos prisioneros

en medio, cuidando que ninguno atraviese vuestras filas.

Y corrió, poniéndose al frente de los cien jinetes.

Mauro, Rogelio y los Zallas le reconocieron en la voz, y fueron á alzar los brazos; pero el duque pasó por cerca de ellos con el índice puesto en los labios, y enmudecieron los ocho, si bien asomó á sus rostros una alegría que en vano quisieron disimular. Iban á pie, la caballería marchaba á un trote largo, por lo cual se vieron obligados á correr para no quedarse atrás, circunstancia que no hubiera logrado de ellos ninguno de sus enemigos, aun cuando les amenazasen con las moharras de las lanzas; pero caminaban en pos del duque del Imperio, é iban como ovejas sedientas de complacer al noble pastor que las guiaba.

A los cuatro minutos se incorporaron con el coronel. Osorio gritó:

—Soldados, dad los ocho caballos que lleváis del diestro á esos hombres que caminan á pie. Que monten luégo y nos sigan.

—¿Quiénes son?—le preguntó el ex-comandante general de La Queue.

—Ocho españoles que me llevo á París.

—¿Los sacasteis del castillo?

—Sí.

—Entonces son...

—¡Silencio! Basta con que lo sepa S. M. la reina.

—¡Ah!

—Coronel, corred cuanto podáis, regresando á Versailles con la celeridad del rayo. Luégo notaréis que

la paz se prolonga por mucho tiempo; Enrique IV será coronado en París; le obedecerán todos los franceses, y vos al lado de la reina haréis mucha suerte. Creed lo que os digo, y tomad todos los consejos que os he dado.

—¿Quién sois, Guzmán? ¡Ah!... me lo figuro, lo adivino. ¡Señor!...

—Basta; si Margarita cometiese la imprudencia de afirmar lo que vos suponéis, procurad que nadie más lo sepa.

—¿Qué hacemos, señor?

—¿Se juntan aquí los caminos de Ussón y París?

—Falta una legua.

—Pues andémosla á escape.

—¡A escape!—repitió el coronel.—Esos prisioneros en medio, pero sin molestar á ninguno.

Y corrieron, desapareciendo de los alrededores de Ibrí como ráfaga eléctrica.

Veinte minutos después gritó el coronel:

—¡Alto! Mr. Guzmán, ese de la derecha es el camino de París; este de la izquierda el de Ussón, y esta mi mano derecha que desea la honra...

—No, amigo mío; abrazadme.

—Dura me es esta separación.

—Corred mucho y será breve.

—Por Dios que he de volar. ¿Cuándo os volveré á ver?

—Antes de que regreséis á Versailles.

—¿Nada más queréis de mí?

—Nada.

—Pues parto á Ussón.

—Y yo á París. Lambert, vé cien pasos detrás de mí, y cuando yo me detenga, lo haces tú también. Vosotros, prisioneros de Enrique IV, seguidme. Que Dios os acompañe, coronel.

—El os guíe y defienda, mi inolvidable amigo.

Y se separaron, comenzando á formar un abanico los seiscientos con los diez.

Cinco minutos más tarde se perdieron de vista unos y otros, y hasta dejaron oir éstos de aquéllos el ruido de las pisadas de los caballos.

De pronto se detuvo el duque, abandonó las bridas, y alargando los brazos, exclamó:

—¡Hermanos!

Mauro Núñez de Lara y el gigante Rogelio se cogieron á él, añadiendo:

—¡Flaviano!

—¡Hermano mío!

—¡Nuestro salvador! El héroe que sigue en el mundo al príncipe de Italia.

Y pegadas las barrigas de los tres caballos, quedaron los jinetes formando un solo grupo tierno, cariñoso, indescriptible.

Andrés y Fermín Zalla echaron pie á tierra, y no pudiendo estrechar al duque de cintura arriba, por tenerlo cogido sus hermanos, se abrazaron á los muslos, gritando:

—¡Señor!

—¡Mi general!

—Los dos hemos soñado con la libertad que os de-

bemos; con el encuentro de que ahora formamos parte.

Y besaron las manos que Osorio les alargó, permaneciendo también unidos á su jefe.

Los cuatro criados, cual mudas estatuas, gorra en mano y arrasados sus ojos de lágrimas, miraban la escena con el corazón latiente, el alma agradecida y sin poder expresar una frase, por la gran emoción que sentían.

Lambert, á cien pasos de distancia, observaba á aquéllos, sin comprender nada ni conocer á los nueve personajes que tenía de frente.

—¡Se abrazan!—exclamó fija en ellos la vista.—Creo que lloran. ¡No me fío de las lágrimas de esos hombres; en mi concepto, son como las del cocodrilo. Vaya, sin embargo, una ternura y cariño. Pardiez, me enternecen á pesar mío. Se multiplican los abrazos, y en verdad que forman un grupo tan compacto y admirable que parecen agitarse por una sola voluntad, un mismo deseo y un espíritu.

Así era efectivamente; los tres *invencibles* y dos Zallas continuaron diez minutos más demostrando á Flaviano su cariño y gratitud y éste á aquéllos el amor que les profesaba.

Cuando los cuatro criados pudieron moverse, echaron pie á tierra, besando con humildad y respeto las ropas del duque, ya que no les era dado cogerle una mano, por tenerlas aprisionadas los maestres Andrés y Fermín.

—Por último, no siéndole dado á Osorio resistir por más tiempo la grata emoción que sentía, exclamó:

—Ya estáis libres, mi querido Rogelio, mi inolvidable Mauro. Vuestras invencibles espadas volverán á brillar en donde vuestros enemigos osen alzar las suyas contra nosotros.

—¿Qué es de nuestros hermanos? ¿Qué fué de ti en Nápoles?—le preguntaron los dos á la vez.

—Odón y Roberto vencieron en las Alpujarras; yo triunfé en Italia; en nuestras familias sólo causó llanto vuestra prisión, y el príncipe, los Navarros, Alvaro y yo, aun cuando divididos, hace ya mucho tiempo que nos hallamos en Francia, procurando vuestra salvación.

—¿Qué dices, Flaviano?—le preguntó Mauro.—¿Lejos de Julio has logrado tú lo que él no podía?

—Sí.

—Explícame el enigma,

—Yo te lo diré,—añadió Mendoza, volviendo á estrechar á Osorio,—consiste en que mi querido poeta, en cuestión de intrigas y manejos, sabe más que todos nosotros juntos. Habrán jugado en la contienda las faldas de alguna Eva, y el famoso trovador es en ese terreno el hombre más fuerte que conozco.

El duque sonrió, contestándole:

—¡Qué bien discurres, Rogelio! De cuello abajo eres un héroe; pero de cuello arriba te falta un poco para imitar á los sabios. Jugaron en mi intriga Enrique IV, el duque de Guisa, una niña de seis años, dos coroneles, muchos soldados y una caja de oro. ¿A que no resuelves el problema?

—Positivamente que no.

—¿A que lo adivina Mauro?

—Creo comprender algo.

—Pues dadme otro abrazo, y en París os referiré cuanto queráis. También vosotros, mi querido Andrés, mi estimado Fermín. Alvaro sigue bien; vuestro cuñado Roch ascendió á general en Nápoles... Bien, maestres; enjugad el llanto, y á caballo, que llevo dos noches sin dormir y seis sin desnudarme. Serenaos, que nos va á observar un extraño.

Y volviendo la cabeza gritó:

—¿Lambert?

—¿Señor?

—Avanza.

—¿Qué mandáis?

—¿Has visto algo de particular en nosotros?

—Me parece que os abrazabais.

—¿Qué has oído?

—Las voces de *hermano* y otras que no comprendí.

—Todo lo ves y lo entiendes al contrario.

—¿Pues qué ha sido?

—Que estos señores me han hecho unas cuantas preguntas en idioma que tú no entiendes, y nada más.

—¿Eso debo decir?

—Eso es la verdad.

—¿Qué más deseáis?

—Vé delante con esos cuatro criados, llevándonos á París por el camino más corto.

—¿Hablan francés?

—No.

—¡Vaya unos compañeros que me dais!

—Abrevia. Vosotros, seguid á León.

Los cinco sirvientes delante y los amos detrás emprendieron de nuevo su marcha, yendo en medio Flaviano y á los costados los Zallas.

La noche se hallaba clara, serena y tan agradable como aquella en que el duque del Imperio recibió la revelación que estaba efectuándose ahora. Salió la luna, el aura llegaba al rostro perfumada por el aroma que robaba á las flores, la calma era completa, y la naturaleza, en fin, parecía contraerse para asistir y festejar en silencio la libertad de los dos *invencibles*, que con harta injusticia sufrieron varios meses de prisión.

Flaviano de Osorio quedó entregado á las ideas que acabamos de exponer, permaneciendo mucho tiempo sin expresar frase alguna. Sus hermanos y Zallas le miraron con asombro, pero ninguno osó llamar la atención ni distraer al héroe de Nápoles.

El vaticinio del príncipe de Italia empezaba ya á realizarse,

—Este niño,—exclamó aludiendo á Osorio,—no ha cumplido aún quince años de edad; á los treinta valdrá más que su padre, y con dificultad hallará hombre que no envidie su gran talento, energía, destreza y valor. Será un torrente que arrollará cuanto intente detener su arrogante paso.

Le faltó añadir únicamente, que tampoco encontraría rival su voz, maneras, elegancia y figura.

CAPITULO XXII

Encuentro inesperado.—Sorpresa agradable.—Se cumple la predición en todas sus partes.—La paz.—París.

El duque del Imperio salió por fin del letargo de que era presa, y mirando á sus hermanos preguntó á Mauro, que era de los dos ex-prisioneros el de más capacidad y talento:

—¿Cómo os han tratado los partidarios de Enrique IV?

—Bien; sufrieron con paciencia nuestros continuos desaires, sin negarnos por eso el que paseáramos por la torre y que hiciéramos cuanto le es dado á un preso.

—¿Comida y camas?

—Excelentes.

—¿Trato afable?

—Hasta nos han adulado.

—¿En quién fundabais vuestra esperanza de salvación?

—Yo en vosotros cuatro; Rogelio en ti solo.

—¡Bien os pagaron los católicos la generosa protección que empezabáis á otorgarles!

—Consiste en que el duque de Guisa es el hombre más ambicioso, ruin y miserable de cuantos he conocido.

—Ya empezó á purgar sus faltas, y continuará en lo sucesivo recibiendo la recompensa á que se hizo acreedor.

—¿Conoces á fondo la vileza que realizó con nosotros?

—Sí.

—¿Estás vengándola?

—Por supuesto.

—Entonces tiene bastante.

—Ya lo creo,—añadió Mendoza,—Flaviano de Osorio dispone de más rayos y centellas que vió el mundo hasta ahora.

—No le desafies,—dijo el conde de Monterrubio,—porque no admitirá, ni debe tu espada cruzarse con la de ese infame.

—Jamás se me ocurrió semejante disparate. Hasta ahora me entretuve en romper sus relaciones con Margarita; luégo le robé una hija natural, que adora ciegamente, devolviéndosela en cambio de cierta caja de oro que estimaba tanto como la vida.

—¿Qué contenía?

—Unas cartas firmadas por la reina, con las cuales arranqué á su marido vuestra libertad y el derecho de hacer en Francia cuanto se me antoje.

—Perdiste á esa infeliz.

—¡Qué locura!

—Explícate.

—Puse en su lugar otras extendidas y firmadas por mi antigua amiga, desterrada hoy en Ussón, y la devolví el favor perdido y la libertad anhelada.

—La acción es como tuya; pero oye, Flaviano, me consta que Margarita aborrece á su esposo.

—Y á mí también.

—Dices además que cesaron sus relaciones con Guisa.

—Hasta tal punto, que llegará á odiarlo.

—Esa señora no carece de talento, pero es muy dada á la poesía, voluptuosa, ardiente, y no creo fácil que se avenga á permanecer sin Enrique y sin Lorena.

—Verdad es.

—En un tiempo, cuenta la crónica que fué tu amiga íntima.

—Sí; estaba yo soltero, y no me disgustaba ninguna mujer hermosa.

—¿Se conserva bien? ¿Es tan bella como yo la conocí en París?

—Está en Ussón encantadora. Adquirió ya la majestad que cuadra á su elevada posición, y en verdad que seduce con su acento, figura y modales.

—¿Qué te ha parecido á ti la última vez que la viste?

—Sublime, Mauro, más sublime que nunca.

—Duque, no te he pedido la libertad que me das, ni la hubiera admitido nunca á costa de un delito.

—¿Ya empiezas con tus sermones?

—¿Qué relaciones sostienes con Margarita?

—¿Qué te importa á ti?

—Soy mayor que tú, y no estando Julio...

—Mando yo en ti y en Rogelio. Me habéis declarado su segundo, y él ha confirmado vuestra elección.

—Eso nada tiene que ver con tus asuntos de faldas.

—Mauro, soy un esposo tan leal como tú, pero mis hechos tienen más mérito, se elevan sobre todos los vuestros.

—¿Te ama la reina?

—Supongo que sí.

—¿Y tú?

—Yo, por tu causa, por mi esposa y por otra porción de motivos que pesan sobre mí como el destino, la estoy engañando. En Nápoles hallé otra Syra; en Francia me encuentro frente á frente, sin pretenderlo, de la incomparable Margarita, y si después de tantos sacrificios, de tanta... vamos, de tanta molestia, todavía me vienes con sermones, diré que tu excesivo celo te convierte... La frase es muy dura, y la callo, hermano.

—¿Dices la verdad?

—¿Eso preguntas al que no mintió jamás? Te lo juro.

—Entonces califícame á tu antojo. Tus palabras, Flaviano, me son todas gratas; sé lo que vales, y quiero que te admire el mundo como yo.

—Gracias; me haces justicia, y por cierto que mi trabajo me cuesta.

—No te importe; sería lástima que el diáfano cristal de tu fama presentase un borrón.

—Continúa limpio, muy limpio; pero mi pobre corazón... Hablemos de otra cosa, hermano.

—¿Prosigue la guerra civil tan encarnizada como antes?

—Dicen que se ha firmado una tregua general en Francia, y gracias al príncipe y á mí, seguirá á aquélla una paz octaviana.

—¿De qué medio os vais á valer?

—Abjurando Enrique IV y siendo rey de todos los franceses.

—Magnífica idea.

En este instante fueron interrumpidos por la carrera de cinco caballos que se dirigían hacia ellos. Eran los sirvientes, uno de los cuales, se acercó al duque diciendo:

—Señor, vienen cuatro hombres á pie, en los cuales, á pesar de su disfraz, he creído reconocer al señor príncipe de Italia, al duque de los Andes, al conde de Santomera y al criado del primero.

—¿Estás cierto de lo que dices?

—Me parece que sí.

—¿A qué distancia los has visto?

—Empezaban á subir una cuesta empinada, y aunque corta, muy molesta.

—Entonces embosquémonos todos. Aquí, entre estos árboles de la izquierda. Retiraos más. ¿Lambert?

—¿Señor?

—Sigue adelante, esperándonos á mil varas de aquí.

—Pero...

—¡Abrevia, maldito, ó te descargo!...

—Eso no; ya corro.

—Vuela.

León siguió adelante á escape, en tanto que el duque se escondió detrás de un corpulento roble, situado á corta distancia del arrecife.

Ya allí, exclamó:

—Silencio, si son ellos, esperando todos á que yo os avise para avanzar.

Y quedaron los nueve pendientes de la llegada de los cuatro hombres que les anunció el criado de Mauro.

Poco después aparecieron por la izquierda, cubiertos con groseros gabanes, gorras de paño y barnizados como Osorio, siendo efectivamente los mismos que creyó reconocer el sirviente.

El duque del Imperio sonrió al ver lo cabizbajos que marchaban y el disimulo que había en sus movimientos y personas. Llegaron frente á él y los dejó pasar; pero al separarse quince varas, gritó fingiendo la voz:

—Es tarde, príncipe; muy tarde. ¡Ja, ja, ja!

—Sin querer, Flaviano acababa de pronunciar las mismas frases que dijo en la vega de Nápoles durante su revelación; añadió idéntica carcajada, y sus hermanos quedaron como frías estatuas al escucharlo, según le pareció verlos en aquel mágico sueño á que le condujo la voz del padre capuchino.

—Pardiez,—exclamó para sí,—están inmóviles y sin aliento, como yo los contemplé.

Y repitió fuerte:

—¡Ja, ja, ja!—Es tarde, príncipe, muy tarde.

Y aguijoneando á su potro, corrió hacia ellos parándose frente á los cuatro.

—Hermano, ¿eres tú?—le preguntó Silva.

—Ya lo ves.

—Abrázanos.

—Con mucho placer.

—¿Y Mauro y Rogelio?

—Riendo como yo.

—¡O llorando en Ibrí!

—¡Ellos! No los conoces, pardiez.

—No me refiero á las lágrimas que arrancan el dolor y la pena, sino á las que son hijas del despecho y la ira que engendra en pechos tan nobles como los suyos la traición, el dolo y la alevosía.

—¿Corrías á salvarlos, hermano?

—No.

—¿Adónde ibas entonces por aquí?

—A verlos, si me era dado, y á convencerme de la exactitud de tu profecía.

—¿Dudas de ella?

—No.

—¿Y de mí?

—Tampoco.

—¿Hace mucho que llegaste á París?

—Cinco días.

—¿Qué hiciste?

—Ponerme de acuerdo con los jefes del partido católico de París para la realización de mi pensamiento.

—¿Es decir, para que acepten la abjuración de Enrique IV?

—Sí.

—¿Convienen en apoyar tu idea?

—Estamos en negociaciones que no presentan mal aspecto.

—¿Por qué las has abandonado?

—Me pidieron ocho días para contestar de un modo terminante, y aproveché ese plazo para ir á Ibrí, adormeciendo de este modo la impaciencia que devora mi alma.

—¿Viste á Zalla en París?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Que contempló tus pies ensangrentados; tu cuerpo enflaquecido por la fatiga y el cansancio; tu voluntad de hierro y tu talento de héroe. La travesía que has hecho desde Nápoles á Ussón y desde éste á París forma una página gloriosa de tu envidiable historia.

—Gracias.

—Mereces mi admiración y elogio.

—Pero no tu confianza.

—¡Flaviano!

—Me lo dice el hallarte en el camino de Ibrí.

—Repito que voy impelido por una impaciencia...

—Yo también la tuve; ahogué los impulsos de mi corazón, y tomando tus consejos, obré con calma, robustecí mi paciencia, y á la negra faz del destino contesté con una carcajada irónica y sarcástica.

—¿Ya no la tienes?

—No; como el hombre se acostumbra á todo, logré desterrar por completo la mía.

—¿Que dices, hermano?

—La verdad.

—¿Dónde ibas?

—A París, en busca tuya.

—¿Qué pretendías?

—Averiguar lo que ya sé.

—¿Qué es ello?

—Que desconfías de mí.

—¿Con qué objeto?

—Con el de imponerte un castigo.

—Si es justo lo sufriré con resignación.

—Hélo aquí: no verás á Mauro y Rogelio en Ibrí, porque yo no quiero.

—¿Eres acaso el gobernador de ese castillo?

—Algo más.

—¿Quién te ha dado tan inmenso poder en Francia?

—Enrique IV.

—¿Te conceptúas acaso amigo suyo?

—Yo no; pero él lo es, según dice, de Jacobo de Guzmán.

—¿A qué casualidad debo el encontrarte aquí?

—Cuando cruzabais los cuatro por frente de aquel robusto roble, estaba yo detrás esperándoos.

—¿Adivinaste que iba á pasar?

—No; me lo dijeron.

—Imposible; á nadie participé mi salida de París.

—¿Conque niegas lo que estás viendo?

—Sí; desde la parte opuesta de esa pendiente distin-

guí á varios jinetes que retrocedieron de pronto, uno de los cuales serías tú, é infiero que me reconociste.

—No llegué á la altura ni te he visto hasta que te acercaste á ese árbol.

—¿Tienes gente oculta en ese bosque?

—Sí.

—¿Quiénes te acompañan?

—Varios amigos.

—¿Franceses?

—De todo hay.

—¿Por qué se esconden?

—Ya lo sabrás.

—¿Qué pretendes que haga, Flaviano?

—Regresar á París conmigo.

—Vamos.

—¿Quieres mi caballo?

—No; que harto anduviste á pie; ahora nos toca á Odón, á Roberto y á mí.

—Es que deseo llegar pronto; llevo dos noches sin dormir y varias sin desnudarme.

—Corra lo que pueda tu potro, que nosotros iremos detrás.

—Veamos si es cierto. A escape, príncipe de Italia, duque de los Andes, conde de Santomera.

—No grites.

—¿Temes, Julio?

—No lo sé; abrevia.

Osorio picó á su caballo, saliendo éste á galope; pero de pronto se detuvo y volvió la cabeza, viendo

á sus tres hermanos y al criado de Silva correr desalentados en pos de su cuadrúpedo.

El príncipe le preguntó:

—¿Por qué te detienes?

—Hermano, es el primer castigo que te impuse en mi vida, y si me ofreces enmienda te perdono ahora mismo.

—No; continúa y verás que no eres tú solo el fuerte, el invencible ante la fatiga, el insomnio y el cansancio.

—Imposible, hermano, imposible.

Y afectando el duque la entonación de un cómico, alzó la voz, añadiendo en forma de vocación:

—Venid, reverendo capuchino; castigad vos á este incrédulo, ya que á mí me falta valor para hacerlo; pero antes permitidme que lo confunda con la verdad de que duda. Mano poderosa del destino, abre esos árboles y trae á los ocho prisioneros de Ibrí. Llegad, hermanos, llegad, y que aparezca el sonrojo en la faz del incrédulo. Rogelio, Mauro.

Un segundo después formaban grupo los dos que acababa de llamar Osorio con Silva y los Navarros, grupo que aumentó después con Andrés y Fermín Zalla.

Por fin se reunían otra vez los seis *invencibles*, dispersos al principiar esta historia. Se amaban como hermanos, y esta última unión, efectuada al través de tantos peligros, arrancaba lágrimas de sus ojos, llevando al corazón alegría indescriptible.

Media hora permanecieron los seis con los dos

Zallas pie á tierra, entre abrazos y preguntas que patentizaban el mucho cariño que se tenían. Por último, exclamó el príncipe de Italia:

—Hermanos, el héroe de esta jornada lo está siendo Flaviano. Me consta que se halla rendido por la fatiga, y es preciso partir á París, donde debe descansar lo antes posible.

Los criados de Mauro, Rogelio y Zallas cedieron sus caballos á los cuatro que venían desmontados, ofreciéndose ellos á continuar á pie. Verificado este cambio, partieron, yendo delante Julio y Flaviano; detrás sus cuatro hermanos y los Zallas, cerrando la comitiva los cinco criados.

Al poco tiempo hallaron á Lambert en medio del camino, esperando las órdenes de Osorio.

—Avanza, León,—le dijo aquél.—Llévanos á París por el camino más corto.

—¿Quiénes son esos otros cuatro?

—Por lo visto es esta la noche destinada á que te arranque la lengua.

—Cuidado si usáis reserva.

—Parte.

—¿Al trote ó á escape?

—A un castellano largo y sostenido, que nos siguen cuatro á pie.

—¿Habrá tiros?

—No, hombre. Adelante.

Y prosiguieron su marcha, preguntando Julio:

—¿Es ese el guía que tomaste cerca de los Alpes?

—Sí.

—Me habló Zalla de él y de sus hechos de valor.

—No conocí ente más cobarde; pero en honor á la verdad, me fué útil su miedo.

—Consiste en que el duque del Imperio saca partido de todo.

—A propósito de Lambert; puesto que la tregua entre hugonotes y católicos es general en Francia, quisiera mandarlo á su pueblo, toda vez que él lo desea y á mí ya no me hace falta.

—¿Qué te lo impide?

—Le ofrecí un nombramiento que asegure su posición en el punto en que reside su familia, y siendo así que tú estás en relaciones con los individuos que componen la junta central de París, deseo que lo pidas.

—Lo haré mañana.

—Me mandarás también una orden ó pasaporte para que regresen á Nápoles, sin inpedimento alguno, el marido é hijos de mi nodriza.

—¿Por dónde deberán ir?

—Que se dirijan por el camino más corto, por Suiza.

—Lo extenderán también mañana.

—¿Dónde paras, Julio?

—En el palacio de Foix; tengo habitaciones preparadas para tí, Mauro, Rogelio y Alvaro.

—El último y yo, con nuestros respectivos criados, continuaremos en el *hotel de la Estrella*; seguirá el incógnito para nosotros, y no recibiremos otras personas que á ti ó alguno de mis restantes hermanos.

—¿Qué te propones, Flaviano?

—Julio, descansaré quince días en la capital, y ese

período te servirá de plazo para convencer á los católicos de París y éstos á los jefes de Dreux á que reconozcan á Enrique IV, previa abjuración.

—¿Y luégo?

—Después me acompañaréis á Versailles, sin entrar en el palacio real hasta que yo tenga dispuesto al rey para el solemne acto que te propones realizar.

—¿Lograrás tu intento cerca de S. M?

—Entiendo que sí.

—¿Quiénes te van á ayudar?

—Su mujer.

—¿La favorita de Guisa?

—Se convenció el marido de que todos, absolutamente todos la calumniáis.

—Siendo así, no dudo que lo conseguirás.

—¿Y tú tendrás bastante con los quince días?

—Sí.

—¿Sin exponeros tú ni ninguno de mis hermanos? Guardaos de Guisa, que harto llevo andado y sufrido por Mauro y Rogelio.

—Lo sé, y no nos verá hasta que se halle sitiado en su propio palacio.

—Eso es.

—Me duele que estés separado de nosotros quince días más.

—Id á verme cuando gustéis, y el que quiera de vosotros acompañarme á la mesa, me hará un favor grande.

—¿Qué digo á mis compañeros de París, que tambien lo son tuyos, cuando me pregunten por ti?

—Que me aguardas y nada más.

—Podría perjudicar al logro de mi intento la ruptura de la tregua firmada

—Haz que la respeten los católicos, y yo te respondo de los hugonotes.

—¿Con seguridad?

—Sí.

—Deseo oirte relatar cuanto has hecho en Francia, lo que te ha ocurrido y tu actual situación.

—Lo aplazo para pasado mañana por la noche. Reunidos los seis, expondrá cada cual su historia.

—En ese caso te acompañaremos á comer.

—Que me place.

—¿Recibiste noticias de Nápoles?

—No; desde que salí de Italia fijé mi pensamiento en la libertad de Mauro y de Rogelio, y hasta verlos á mi lado, sólo de ellos me ocupé. Conseguido el objeto, buscaré las cartas que tengo detenidas, recordando que soy padre, esposo y amigo. ¿Qué noticias hay de Madrid?

—El rey se hallaba achacoso, débil, y creo que deje pronto de existir; el príncipe de Asturias, no obstante los consejos de su padre, nos envidia y teme: nuestras familias siguen bien, y Roch, que habrá llegado ya á Madrid, velará por ellas.

—¿Le despediste en Marsella?

—Sí.

—Bien hecho; aquí de nada podría sernos útil.

Hablando de este modo, y sin dejar de andar, llegaron nuestros catorce caminantes á las puertas de

París á las dos de la madrugada. El príncipe enseñó una orden que llevaba; en vista de ella, les franquearon la entrada, penetrando en la capital, la cual se hallaba tranquila y solitaria como há mucho tiempo no estaba.

Cerca ya del *hotel de la Estrella*, detuvo Osorio á Lambert, le hizo echar pie á tierra, y entregar su caballo con el que él montaba á dos de los criados que iban á pie, y despidiéndose de sus hermanos y Zalla con frases que no entendía León, marchó, seguido de éste, al mencionado *hotel*.

—¿Quiénes son esos señores?—preguntó el guía al duque.

—Paisanos míos, Lambert, que tienen el don de adivinar y la costumbre de arrancar la lengua al que habla de ellos.

—¿Del temple vuestro?

—Idéntico.

—Lo digo porque parecen españoles.

—Acaso lo sean.

—¿Por qué lo ocultáis?

—León, piensa en tu mujer é hijos, á los cuales verás muy pronto, y no intentes descubrir secretos que puedan costarte muy caros.

—¿Cuándo podré marchar?

—Pasado mañana.

—¿Y la guerra?

—Se acabó por ahora.

—Lo malo es que está muy lejos, y no me fío de los hugonotes ni de los católicos.

—Se ha firmado una tregua general, é irás además acompañado, casi todo el camino, por Gabriel y sus dos hijos.

—Debe ser cierto, y ahora me explico la causa de que nadie nos saliese al encuentro desde Ibrí á París.

—Lo mismo te sucederá desde aquí á los Alpes.

—¿Hablasteis con el rey en Versailles?

—Sí.

—¿Tendré nombramiento?

—Yo nunca falto á lo que ofrezco.

—Sois un caballero cumplido.

—Que te arrancará la lengua si antes ó despues de partir cuentas lo que no debes.

—No me conocéis, Mr. Guzmán; soy muy aficionado á averiguar noticias, con las cuales satisfago mi curiosidad, pero nunca tuve la costumbre de contarlas ni hice alarde de descubrir secretos.

—Ya; te contiene el miedo.

—Será eso ú otra cosa, mas os juro que no soy hablador, ni debéis temer una indiscreción mia.

—Bien hecho; los poderosos, León, recompensan con esplendidez, pero castigan con severidad.

—No hablemos de eso, que á nada conduce. Qué noticia tan grata me habéis dado. Veré á mi mujer, á mis hijos; me acompañará un cinto repleto de oro; tendré asegurado el presente y porvenir, y mi comercio ambulante desaparecerá para siempre ¡Oh! doy por bien empleados los sustos y el miedo que pasé, y hasta os agradezco con el alma y corazón mi dicha futura.

—Llama fuerte, más fuerte.

—Los fondistas se han dormido, y os van á molestar.

—Mueve ese aldabón con más brío.

A los diez minutos de haber llegado al *hotel* consiguió el duque que le abriesen la puerta y llegar á su dormitorio, donde halló descansando al maestre Zalla. Lo mismo hacían en la habitación contigua Ros, Gabriel, Víctor y Ramiro. Los cinco despertaron y quisieron tirarse de la cama; pero Osorio no los dejó, pretextando que lo único que deseaba era dormir. Mandó en consecuencia acostar á Lambert, haciendo él lo mismo en la cama situada junto á la de Zalla. Este se encontraba sentado en la suya, y satisfaciéndole la alegría que demostraba Flaviano, osó preguntarle:

—¿Venís muy cansado?

—Sí.

—¿Peligró vuestra vida?

—Más de una vez.

—¿Fué completo el triunfo?

—A medida de mi deseo.

—Lo he leído en vuestro semblante.

—Me alegro.

—¿Estuvisteis en Ibrí?

—Media hora.

—¿La aprovechasteis?

—Se vinieron conmigo vuestros dos hermanos, el marqués de Abella y el conde de Monterrubio, con sus cuatro criados.

—¿Sin condición alguna?

—Por supuesto.

—El hecho parece increíble, pero no en vos, que desconocéis las dificultades.

—Vaya si las encuentro; el vencerlas en esta ocasión ha costado noventa víctimas.

—Supongo que no estaríais solo.

—Claro es; fuimos cuarenta y dos contra quinientos. ¡Ah! cuarenta y tres; me olvidaba de León.

—Pues con ese había bastante. ¿Nos queda mucho tiempo que estar en París?

—Muy poco.

—Me alegro. ¡Qué días llevo en él de hastío, incertidumbre y desasosiego!

—Ahora os tocará correr.

—Prefiero la muerte á los ratos que he pasado entre estas cuatro paredes.

—¿No os distrajo mi criado?

—Al contrario, se aburría como yo.

—¿Cuándo visteis al príncipe de Italia?

—¿Quién os ha dicho que ha venido?

—Le hallé esta noche en el camino de Ibrí.

—Anteayer averiguó que estábamos aquí, y vino acompañado del señor duque de los Andes y del conde de Santomera; pero no se sentó, contrayéndose á hacerme algunas preguntas sobre vos y á prohibirme que fuese á verlo á no obligarme una necesidad imperiosa.

—¿Os dijo dónde vivía?

—Sí, señor.

—Bien; mañana os levantáis sin despertarme, y

vais á saludar á vuestros hermanos y los míos; almorzad con ellos, y seguido de vuestro criado, que habrá llegado con el príncipe, venís á caballo, esperando mis órdenes á la puerta del *hotel*.

—¿Qué traje llevo?

—Puesto que son muy pocos los que os conocen en Francia, quitaos el barniz, y usad ropas de camino proporcionadas á vuestra clase. Habitaréis conmigo, por cuya razón pueden traer aquí nuestros equipajes.

—¿Voy muy lejos?

—No, á Sevres; son cinco leguas de ida y vuelta, que podréis andar en tres horas. En el palacio de Silva os darán buenos potros.

—Se os cierran los ojos.

—Sí; me hallo rendido, me juzgáis fuerte, y en verdad que siendo de la misma masa que el resto de los hombres, sucumbo como ellos ante el insomnio y la fatiga.

—Dormid, señor, dormid, y mañana volveréis á estar tan fuerte como necesitéis.

Cinco minutos después dominaba al duque un sueño tranquilo y sosegado. Zalla le miró largo rato, exclamando para sí:

—Ha perdido la cuarta parte de sus carnes. ¡Oh, qué sér tan admirable! Estoy seguro que le bastan seis días de descanso y la satisfacción de ver libres á sus hermanos y los míos para reponerse completamente. La alegría que sentí al escuchar las noticias que concluye de darme, ahuyentaron mi sueño. Apagaré la luz, y que duerma él, ya que á mí me es imposible.

CAPITULO XXIII

El parte de Guzmán.—Despedida.—Los seis hermanos.

A las nueve de la mañana siguiente abrió el duque los ojos, y no viendo á nadie en su alcoba se fijó en el reloj, exclamando:

—He dormido siete horas; basta por hoy. ¿Ros?

—¿Señor?

—Abre esos maderos; limpia el traje que me quité anoche y vísteme.

—Su sirviente fué reemplazado por Gabriel y sus hijos, con los cuales habló Osorio un cuarto de hora. Después se levantó, encargando que lo dejasen solo, y comenzó á redactar un largo escrito dirigido á Enrique de Borbón. Este despacho decía lo siguiente:

«Señor: Desde el palacio donde tuve la honra de ser recibido por V. M., pasé al castillo de Ibrí. Allí

hice uso del pergamino que debía á vuestra ilimitada bondad, y en el acto mandé que me entregasen al conde de Monterrubio, al marqués de Abella, á los dos maestres Zalla y cuatro criados, prisioneros de guerra de V. M. Si todavía no os han participado esta noticia, estoy seguro de haberos sorprendido con ella; mas tranquilizaos, que estos ocho españoles están junto á mí y nada intentan contra un rey tan valiente y caballero. V. M. se ha batido al frente de dos mil hombres contra diez y seis mil en más de una ocasión; venció á sus enemigos, perdonando á todo el que imploraba su clemencia. Sitió luégo á París, prefiriendo retirarse y no entrar, primero que hacer sufrir á los sitiados las consecuencias del hambre y de un largo asedio; y claro es que, en concepto de V. M., valen mucho las espadas de Mauro Núñez de Lara y de Mendoza, cuando el que nunca temió tuvo en una torre inexpugnable á dos extranjeros que reclamaba su rey y la justicia de su causa. Si tal interés era hijo del miedo, yo os repito que hoy carece de fundamento. Núñez y Mendoza os estiman tanto como yo, odian á Guisa y se disponen á obedecerme.

»Si después de estas explicaciones aún os parece haber perdido en el cambio de la caja que os entregué por el pergamino que me disteis, os advierto que continúo trabajando para llevar á V. M. otro presente de tanto ó más valor y estima, según os ofrecí. Y es indudable que no tardaré en sorprenderos con él, si vuestra majestad se digna tomar el siguiente consejo: procurad que no se altere la tregua; que la paz, hija

de aquélla, no se interrumpa, y yo os juro hacer lo posible porque antes de un mes os reciba París como á rey y señor. Tengo andada la mitad del camino, y si vuestra majestad me ayuda con lo que acabo de pedirle, es incuestionable que mucho antes de un mes, con el beneplácito de la mayoría de los franceses, lograré mi intento

»No os admire mi oferta; jamás me hice ilusiones ni demostré afecto al que no se lo tuve; estimo y respecto á V. M., y le he de probar en breve que nunca mintió,—Jacobo de Guzmán.»

—Basta con lo expuesto,—dijo el duque; cerró con lacre el despacho, y llamando á Ros, le preguntó:

—¿Llegó don Alvaro?

—Si, señor,

—¿Qué hace?

—Me entregó los equipajes que nos trajo el señor príncipe de Italia, y espera en la habitación contigua.

—Dile que entre.

Cuando aquél lo hubo verificado, añadió el duque:

—Id á Sevres, amigo mío. Allí encontraréis las avanzadas del ejército de Enrique IV, ved al jefe principal, y entregadle de mi parte, es decir, de don Jacobo de Guzmán, este pliego para que inmediatamente se lo mande á su rey. Si opusiera alguna dificultad, que lea lo escrito en ese pergamino, que también llevaréis, y al momento cesarán sus recelos.

—¿Qué contesto á las preguntas que me hagan?

—Nada absolutamente; que ignoren quién sois. ¿Cómo siguen mis hermanos?

—Bien.

—¿Y los vuestros?

—Lamentando unos y otros que no estéis entre ellos.

—Marchad, amigo mío, y volved, para que comamos juntos.

—Hasta luégo, señor duque.

—Dios os guíe y acompañe.

Salió Zalla, exclamando Flaviano:

—Ros, sírveme el almuerzo.

Y se sentó con apetito y satisfacción.

Poco después preguntaba á su criado:

—¿Cómo os trataron en este *hotel?*

—Muy bien; en la parte culinaria es el mejor de París.

—Esta salsa está bien hecha.

—Mejor es vuestro apetito.

—Pardiez, falta me hacía hallar descanso, tranquilidad, buenas viandas y regular cama.

—¿No salimos por ahora?

—Me concede el destino quince días de tregua, y por Dios que durante ese plazo poco ó nada he de hacer.

—Me alegro.

—¿Por mi ó por ti?

—Por los dos.

—Entiendo; alguna amiga de hace diez años...

—No lo creáis, señor; nos conviene guardar el incógnito, y ante su dura ley incliné la frente, y no me di á conocer á nadie.

—Ros, tú has aprovechado mi ausencia.

—Quedó el maestre Zalla en vuestro lugar, y es aún más intolerante.

—Sé franco. ¿Con cuántas has entablado relaciones en esta calle?

—Si apenas he salido; pero tiene el dueño del *hotel* dos sobrinas, y solemos hablar algunas veces.

—¿De qué?

—Son católicas; y yo les explico los mandamientos de la ley de Dios.

—Te mira de mal modo ese criado que trae los platos.

—Ninguno de ellos me quiere; pero las dos muchachas son buenas y me hicieron justicia.

—¿Son hermanas?

—Sí, señor.

—¿A ambas les hiciste el amor?

—¡Qué locura! Les ofrecí mi amistad, hablamos, y nada más.

—¿No retozáis?

—Poca cosa: como hay tanta gente en este *hotel*...

—¿Son bonitas?

—Eso sí; hijas de los Pirineos, presentan rostros bellísimos, si bien hay que cerrar los ojos ante sus manos y pies.

—¿Conque fuera de la fonda?...

—Nada, señor, ni un suspiro; cuando no salí con don Alvaro me acompañaban Gabriel y sus hijos, y me contraje á pasear con ellos por las calles de Paris.

—Ya ilustraré al tío para que sepa quién eres, y nos evite compromisos.

—¡Que sea yo tan débil con vos! Pobres chicas, las va á castigar, cuando no haga otra cosa peor.

—¿No se matan ya los católicos y los hugonotes de esta ciudad?

—No, señor; há dos días que no se molestan, efecto de la tregua pactada.

—Buen almuerzo me están sirviendo.

—Veo con placer que no lo desairáis.

—¿Qué hacen Gabriel, sus hijos y León?

—Desde que concluimos de desayunarnos esperan á que los recibáis.

—Que entren cuando quieran; pero oye antes: cobra hoy todas las letras que hemos traído de Nápoles, rogando al comerciante que te dé el dinero en oro; de paso me traes las cartas que tengan detenidas en la administración de correos. Ambas cosas las realizas con la brevedad posible y en cuanto acabes de servirme.

Al terminar el duque su largo almuerzo, entraron los cuatro que aguardaban sus órdenes en la habitación contigua.

—¿Has descansado?—preguntó Osorio á León.

—Sí, señor; y en verdad que nos hacía gran falta.

—Bien; en ese caso, te despides hoy de tus amigos de París, y mañana, al levantarte, saldrás para los Alpes. Ros te dará esta tarde las sumas que te ofrecí, añadiendo lo que has ganado en este último viaje y los quinientos francos que te prometí en Dreux.

—Señor, ¿y mi nombramiento?

—Hoy me lo mandarán.

—En ese caso rebajadme mil ducados; con el resto tengo bastante.

—Lo tomarás todo, que á mí me sobra dinero, y á ti, padre de familia y pobre, deberá hacerte falta.

—Señor, voy á reunir cerca de cinco mil ducados; los que, unidos á lo que á mí me quedaba y á mi destino, me van á elevar sobre todos los habitantes del pueblo.

—De ese modo te acordarás de mí y contendrás tu lengua cuanto yo necesito.

—Empieza á abrumarme la felicidad que os debo.

—La ganó el que tantas veces se juzgaba muerto colgado en la copa de un árbol, escondido detrás de la cabaña ó trepando como la cabra por el monte ó la sierra.

—Cierto que junto á vos sufrí lo que no es posible imaginar; pero aquello pasó, mi miedo no tiene ya su alimento cotidiano, y la recompensa á tantos afanes, sustos y fatigas supera á todo.

—Lo mismo dijo de mí el que me ha servido con lealtad.

—Lo comprendo; pero yo no puedo consentir...

—Basta. Oid vosotros, Gabriel, Ramiro y Víctor. Ros os entregará esta tarde seis mil ducados. Comprad á mi nodriza pendientes de oro y pedrería, galas que no haya en Nápoles, y con el resto aumentad vuestra posesión, y no volváis á servir á gobierno alguno.

—No queremos dinero; nos basta con el que hemos sacado de nuestro país.

—Yo os mando que obedezcáis, y de no hacerlo, me daríais un gran disgusto.

—Es demasiado, señor duque...

—¡Duque!—exclamó León retrocediendo dos pasos;—¡duque del Imperio! ¡El virrey de Nápoles, el héroe cuyos hechos pregona la fama por el mundo!

—No te voy á rebajar un maravedí, Lambert, pero sí á cortarte la lengua.

—¿Por qué, gran señor? El descuido de Gabriel fué sólo la prueba de lo que yo sospechaba. Dejadme que os admire, que goce al recordar que fuí compañero y guía de tan espléndido, valiente y generoso señor. ¿Quién si no vos podría hacer lo que yo vi, ni dar al mísero caminante lo que voy á recibir? Mientras permanezcáis en Francia enmudeceré, pero luégo, cuando yo averigüe que os halláis al frente de los ejércitos de Felipe II y que no os amenaza peligro alguno, entonces contaré á mi mujer é hijos quién es el poderoso señor que los ha hecho ricos, sirviéndome vuestras insignes proezas de tema para referirles cada noche una historia, cada día un ejemplo, y puedan formar coro con la admiración y el aplauso que yo os tribute. ¡Qué necio fuí! ¡Os desconocía, y no obstante las mil pruebas de valor, serenidad y acierto que contemplaba á cada instante, dudé de vos, y ¡torpe de mí! juzgaba que íbamos á perecer todos.

—Gabriel, ¿ves á lo que ha dado lugar tu desobediencia?

—¡Perdonad, señor!

—Toma los seis mil ducados, obedece y no repliques nada.

—Marta nos va á llamar miserables.

—Decid á mi nodriza que yo lo quiero, y enmudecerá su labio.

—Nos encargó al partir que os diéramos hasta la vida; que no recibiésemos recompensa alguna, y que os amáramos como ella.

—Pardiez, que esa idea se eleva sobre mi generosidad. Sean ocho mil ducados, y si volvéis á rehusarlos, diez.

—Pero, señor...

—No admito disculpa ni réplica.

—Por rico que seáis...

—Gabriel, en Malta conquisté una galera cargada de oro, alhajas y brillantes; pertenecía á nuestro enemigo el príncipe Mustafá, y contenía la fortuna de cuatro reyes, la cual se repartió entre los seis hermanos que ya conoces. Más tarde casó Roberto Navarro con la reina Tolopalca, heredera de los Incas, soberanos del Perú, y sus vasallos nos regalaron más oro del que tú puedes imaginar, el que se distribuyó también entre los seis. Soy, en consecuencia, más rico que Felipe II, toda vez que además de lo expuesto heredé la inmensa fortuna de mi padre. Y basta con lo dicho para que toméis los ocho mil ducados, librándome de vuestros necios sermones.

—Supongo que no partiremos mientras vos permanezcáis en Francia.

—Al contrario, mañana marcharéis, siendo acompañados por Lambert hasta los Alpes.

—Nos encargó Marta que os dejásemos en España.

—Gabriel, mis dos hermanos están ya en libertad; nos hallamos reunidos los seis, y no existiendo peligro alguno, me estorbáis aquí. En cuanto vuelva Ros, salís los cuatro, disponiendo luégo vuestro regreso. Comprad maletas, pues iréis en buenos caballos que os traerán mañana. Dejadme solo.

Los cuatro le demostraron su admiración y agradecimiento, abandonando primero la estancia donde se hallaba el duque y más tarde el *hotel*.

Osorio quedó arrellanado en un ancho sillón forrado de damasco; llevaba veinte minutos de estar entregado á sus pensamientos, cuando vió entrar á dos embozados, los cuales le alargaron los brazos, exclamando:

—¡Hermano!

Eran Mauro y Rogelio, que se sentaron á su lado, y cogiéndole cada cual una mano, añadieron á la vez:

—¡Cuánto te debemos y qué bueno eres!

—¡Brava admiración! — contestó Osorio. — ¿Soy acaso mejor que vosotros? ¿Hice algo que no esté al alcance de Rogelio, que es el menos hábil de los seis? No hablemos de eso, concretándoos á decirme á qué debo tan grata é inesperada visita.

—Nos contó el príncipe tus hechos de Nápoles, lo que has padecido en Francia, y aun cuando convinimos los cinco en no venir á verte hasta mañana, no pude resistir á los ruegos de Mendoza y á mi propio

deseo, y sin que lo sepan Julio, Roberto ni Odón, corrimos en busca tuya. ¿Te estorbamos?

—No, amigos míos; gozo mirándoos y sintiendo en las mías el calor de vuestras manos.

—No tanto como nosotros.

—Más; en la ocasión presente me cuesta tanto vuestra libertad, que saboreo con mayor placer que vosotros la dicha de haberos arrancado del castillo de Ibrí.

—Más no puede ser; pero no cuestionemos por eso. ¿Qué hacías?

—Lo que visteis; descansar.

—Dinos algo sobre el presente y porvenir de la Francia.

—Ofrecí á Julio callar hasta mañana, que estemos reunidos los seis.

—Entonces hablemos de lo que tú quieras.

Y los tres continuaron conversando hasta que entró Ros y dijo á su amo:

—Señor... ¡Ah! ¡El conde de Monterrubio, el marqués de Abella!

—Sí, leal sirviente; ya estamos libres, gracias á tu incomparable señor.

—Me alegro tanto como sentimiento debe causar á nuestros enemigos.

—¿Qué traes?—le preguntó el duque.

—Cartas de Madrid, cartas de Nápoles y las letras cobradas.

—Entregas á Gabriel ocho mil ducados, á Lambert lo que le ofrecí y guarda el resto. Sal.

—Generoso estás, Flaviano,—le dijo Mauro.

—Esos cuatro desgraciados expusieron cien veces la vida por mí, y es poco cuanto les dé.

—Juzgo que habrás gastado veinte mil ducados en Francia, los que te entregaremos Rogelio y yo en cuanto lleguemos á Madrid.

—¿Hay ya entre nosotros tuyo y mío?

—No, hombre, pero el patrimonio de tus hijos...

—Calla, Mauro, ó dejadme solo.

—No te incomodes, Flaviano, ni nos eches, toda vez que sería lo mismo que privarnos de la más grata satisfacción.

—¿Me anteponéis á Julio?

—No; pero como él mismo ha dicho, en la ocasión presente es tuya toda la gloria de la jornada.

—¡Bah! adulaciones que os sientan muy mal.

—¡Adulaciones!—exclamó el gigante Mendoza con voz de trueno;—pues si te quiero yo más que á mi padre.

—Por eso me desconocéis. Sepamos ahora qué nos dicen de Madrid y Nápoles.

En este instante se presentó Alvaro Zalla, cubierto de polvo y manchadas sus botas de ante con el sudor del caballo que concluía de dejar. Saludó á los tres, y se sentó sin expresar más frases. Cuando el duque acabó de leer y de comentar sus cartas, preguntó á Alvaro:

—¿Venís cansado?

—No; una carrera de cinco leguas nada supone para nosotros.

—En poco tiempo las anduvisteis.

—Me encargasteis que volara, y os he obedecido.

—¿Qué os dijo el jefe hugonote de Sevres?

—Me contestó que le llevase yo á su rey el despacho, que él no tenía orden de obedecer á un extranjero. Entonces le enseñé el pergamino, é inclinándose al leer su contenido, añadió: «Antes de dos horas habrá recibido ese documento S. M.» Delante de mí dispuso que partiera su segundo, y seguidamente me despedí de él, mandé dar un pienso á mi potro, y convertido en viento, regresé.

—Dadme el pergamino ¿A qué hora coméis vosotros?—preguntó el duque á Mauro y Rogelio.

El último contestó:

—A las cuatro nos ha citado el príncipe.

—Pues ha dado ya la media.

—Vámonos, Mauro; al lado de Flaviano vuela el tiempo.

—Lo peor es que dista una legua de aquí el palacio de Foix.

—No importa; se echa el paso largo, y llegamos en quince minutos.

—Si yo tuviera las piernas tan largas como tú...

—¿Lleváis cota debajo del traje?

—Sí.

—Pues no os detengáis, diciendo á Julio, Odón y Roberto, de mi parte, que vengan mañana todo lo temprano que quieran.

Salieron el conde de Monterrubio y el marqués de Abella.

Media hora después se sentaron á la mesa el duque y Alvaro, y cuando éstos concluyeron, los dos criados, León, Gabriel y sus hijos en la habitación contigua. Algo más tarde recibió Flaviano un pliego con el pasaporte y el nombramiento que pidió á Silva, cuyos documentos entregó á Gabriel y á León.

A las nueve de la noche mandó el duque á los seis que cerraran las puertas y se acostasen; dió algunas órdenes á su criado, referentes á la partida de los tres italianos y el francés, y añadió, dirigiéndose á Zalla:

—Acostémonos nosotros también.

—¿Tan temprano?

—Sí; me he propuesto descansar y reponerme en quince días que tengo de tregua.

—Pero ¿vais á estar sin salir de casa?

—No; mañana, después de despedir á los que parten, haremos los dos un encargo á pie, y desde el siguiente día en adelante saldremos á caballo antes de almorzar y comer; de este modo estimularemos el apetito, la vista se recreará en las calles y alrededores de París, y sin violencia alguna veremos pasar ese tiempo.

—Buena idea; tenemos gratas noticias de Madrid, satisfactorias de Nápoles, y esto contribuirá á matar el hastío y la incertidumbre.

Y buscaron el lecho, entregándose ambos al poco tiempo á tranquilo sueño.

Antes de las siete de la mañana se levantaron; reconoció el duque las galas y joyas compradas á Marta, y una hora después despidió á Lambert, Gabriel y sus

hijos, enternecido por las abundantes lágrimas de cariño y agradecimiento que aquéllos vertían.

—Basta, hijos,—exclamó;—esos sollozos me hacen mucho daño. Coged vuestras maletas, y partid; en el zaguán os esperan cuatro caballos sujetos del diestro por los criados de Zalla y mío.

Aquéllos obedecieron, oyéndose todavía por algún tiempo los lastimeros ayes que exhalaban.

Diez minutos más tarde corrían los cuatro en dirección de los Alpes, con el corazón dolorido, limpiándose las lágrimas y bendiciendo al duque del Imperio.

A la vez decía aquél á don Alvaro:

—Embocémonos y salgamos. Mi capa, Ros.

—Aquí está, amo mío.

—Esta tarde comen con nosotros mis cinco hermanos y los dos del maestro; di al dueño del *hotel* que no economice nada y á las sobrinas...

—Que tienen rostro de ángel.

—Por cuya razón deben huir del tuyo, que se parece al del diablo.

—¡Pues si creen que soy tan guapo!

—Luégo enteraré al tío de todo. Que tengan dispuesto el almuerzo para las nueve.

Y salieron, entrando luégo en una platería de las mejores de París.

Osorio pidió un lápiz y papel, tiró unas cuantas líneas, preguntando al dueño del establecimiento:

—¿Conocéis lo que he dibujado aquí?

—Parece una caja.

—Sí; la quiero de oro. ¿Podéis hacerla?

—¿Qué peso ha de tener?

—De ocho á dieciséis onzas, y en el centro de la tapa una I formada con brillantes al aire.

—¿Para cuándo?

—¿Qué tiempo necesitáis?

—Ocho días.

—¿Y añadiendo á los lados de la inicial las armas de Francia y de España?

—Doce.

—Aquí estaré al terminar el último.

—¿Queréis que os la lleve á vuestro palacio?

—No le tengo en París. ¿Deseáis dinero?

—Cuando os la entrege.

—Si desconfiáis...

—Callad, señor; la mano maestra que ha trazado estas líneas no puede pertenecer á hombre vulgar ni á ninguno de esos seres que cada día piensan de modo contrario.

—Que el cielo os guarde.

—El os acompañe, noble señor.

Salieron, diciendo el duque á Zalla:

—Ahora vamos á almorzar; después escribiré á Madrid y á Nápoles, y unidos luégo los nueve pasaremos una tarde y noche deliciosas. Tan magnífica idea llena el colmo de todas mis aspiraciones de hoy en París.

—Y las mías; el banquete que nos espera valdrá más que el que pudieran ofrecernos todos los monarcas del mundo reunidos.

Hablando así, llegaron al *hotel*, sentándose poco después á la mesa.

A las once escribió el duque á Madrid y Nápoles, contestando á las cartas que recibió el día antes. Vitali y Angelina eran dichosos, y Osorio desde París continuaba aconsejándolos y ofreciéndoles su protección y apoyo; el ex-conde Vignati, unido á Busato, excitaba la admiración con su conducta ejemplar, y Nápoles, en fin, proseguía tranquilo y sosegado.

A las dos mandó el duque depositar las cartas en correos, y algo más tarde vió entrar siete embozados seguidos de otros tantos sirvientes. Eran Julio de Silva, sus cuatro hermanos restantes, Andrés y Fermín Zalla.

Sentados los siete, teniendo en medio al duque y cerca al maestre don Alvaro, hicieron referir al príncipe su viaje desde Marsella á París. En el mencionado puerto le aguardaban varios grandes franceses y una escolta que no bajaba de quinientos hombres, con los cuales atravesó la Francia despacio, con comodidad y sin impedimento alguno. Los católicos, sus amigos, le vitoreaban, y los hugonotes, sus contrarios, los veían pasar sin oponerles dificultad alguna, inclinándose ante el número y calidad de sus enemigos.

Concluído el relato, el cual no ofrecía nada extraño ni sorprendente, pidieron todos que contase Osorio cuanto le había acontecido desde que salió de Nápoles hasta aquel momento. Así lo hizo nuestro héroe, no omitiendo cosa ni detalle alguno. La bella forma que

daba á su relato, lo minucioso y la manera que tenía de presentar los hechos, unidos á la verdad y grandeza de los acontecimientos, fueron causa de que sus cinco hermanos y dos Zallas se enternecieran unas veces, lo aplaudiesen otras, y le oyeran durante todo el discurso con tanta admiración como sorpresa. A las cinco se sentaron á la mesa, siendo servidos por sus propios criados, reinando en el banquete un cariño fraternal que superaba á toda descripción. El príncipe, tan modesto como héroe y sabio, brindó cien veces por el vencedor de Nápoles y el hombre que cruzó más tarde la Francia, corriendo unas veces como el águila, bañados otras en sangre sus delicados pies, abriéndose paso á tiros las demás, y concluyendo, en fin, por realizar varias ideas maravillosas y difíciles.

Terminado el banquete y abrumado el duque del Imperio por tanto obsequio y distinción como estaba mereciendo de sus hermanos y Zallas, hizo uso de la palabra, por primera vez, para decir:

—Señores, soy el discípulo de Julio, el compañero inseparable de vosotros cuatro; el primero me enseñó, los restantes me ayudaron, y nada hay en mí que merezca...

—No, no,—le contestaron interrumpiendo su discurso.

El conde de Santomera añadió:

—La libertad de Syra en Malta; la presa que hiciste á Mustafá en las aguas de dicha isla; tu sublime abnegación al ofrecer tu vida por la del anciano Alberto de Silva, con tus hechos de Nápoles y Francia, te ele-

van sobre nosotros cuatro y te acercan tanto al príncipe nuestro hermano, que te confunden con él. Eres el más diestro, el más habil, tan valiente como cualquiera de nosotros, y tu generosidad supera á la de los cinco. Si te dejásemos, acabaría pobre y mísero el hombre que conquistó con su espada y valor la fortuna de dos reyes; pero no será así; el duque del Imperio se igualará á nosotros en recursos materiales, ya que nos aventaje en los restantes: ocho días después de llegar á Madrid, tus arcas vacías contendrán la misma cantidad que las nuestras.

—No lo toleraré, —añadió Osorio; —primero...

Silva le interrumpió:

—Basta, Flaviano; Odón ha dicho la verdad en todo, y lo que él propuso al concluir se realizará, á no ser que obstinado y terco, nos obligues á que recompensemos tus servicios, en cuyo caso te entregaré cuanto poseo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Sea lo primero, hermanos, y hablemos de otra cosa. Hubo un tiempo en que me halagaba el aura popular, me envanecían los aplausos, y anhelaba, joven aún é inexperto, ese coro adulador que rodea y sigue al caudillo; pero ni entonces ni ahora me agradaron vuestras lisonjas.

—Son verdades.

—No importa; entre nosotros no debe haber excep-

ción, y lejos de remunerar mis servicios, vuestros halagos me entristecen y afectan; lo que hago por vosotros está en mi corazón, en mi índole, en mi propia causa; al defenderos me defiendo: no separarme de vosotros cinco, si queréis que sea dichoso.

—¡Muy bien!—exclamaron los ocho.

Silva continuó:

—Puesto que así lo deseas, ocupémonos del porvenir. ¿Qué opinas del estado de nuestros asuntos en Francia?

—Que se realizará cuanto deseamos. ¿Hay algo en el mundo que resista ante la voluntad y esfuerzo de los seis?

—No, no.

—Bien, hermanos,—prosiguió el príncipe;—mas Felipe II se agrava por momentos, nuestras esposas é hijos suspiran, y es conveniente regresar á España con la brevedad posible.

—Julio,—contestó Flaviano,—convence á los católicos de París, y antes de un mes abandonaremos la capital de Francia.

—Lo difícil no es eso; Enrique IV se negará á acceder.

—O no; logra tú lo que te propones, que el resto yo lo haré.

Los nueve prosiguieron hablando hasta las diez de la noche, en que un triste abrazo despidió al duque y á don Alvaro de los otros siete. Las ocho horas trascurridas fueron una ráfaga eléctrica que cruzó sobre ellos radiante y placentera. Solos ya aquéllos, llama-

ron á sus criados para que los desnudasen. Osorio dijo á Ros:

—Desde mañana pasearemos á caballo el maestre y yo de ocho á diez y de dos á cuatro de la tarde.

—¿Y nosotros dos?

—Os quedáis aquí.

—¿Qué traje?

—El que me regalaron en Versailles; el color de mi cutis un poço oscuro, espada y gabán de pieles.

—Me complace que hagáis esa confianza de mí; ya os habréis convencido que vuestro leal criado toma los consejos de su amo y respeta la propiedad ajena.

—Hipócrita; mañana hablaré con el dueño del *hotel*.

—Será inútil; lo he prevenido, y os dará informes de mí que han de merecer vuestros elogios.

—Le habrás engañado; pero yo lo sacaré de su error.

—Os han de gustar sus sobrinas. ¿Queréis que os las presente?

—Gracias. Anda con cuidado y no me obligues á que te case con una de ellas.

—¡Santiago me valga! Son demasiado grandes los pies y las manos para un andaluz tan proporcionado como yo.

—Abrevia.

Media hora después dormían los cuatro, soñando con las delicias de un banquete en el que sus principales viandas fueron el cariño, la satisfacción y la homogeneidad de ideas y pareceres.

CAPITULO XXIV

Concluye el plazo.—La reina Margarita y el duque del Imperio.—Plan de difícil realización.

Llevaba el duque del Imperio dos días desde su llegada de Ibrí; había dado quince al príncipe de Italia para el arreglo de los asuntos de la capital, empleando él los dos trascurridos y once más en pasear á caballo, recoger su caja de oro y descansar.

En la noche del que hacía el trece, llamó á Ros, diciéndole:

—Te levantas mañana á las seis, y unido á tu compañero, ensilla los cuatro mejores caballos que haya en las cuadras de mis hermanos, teniendo en cuenta que partiremos á las ocho, sin equipaje alguno, pero provistos de pistolas y cargas. Cierra los armarios, guardando antes cuanto nos pertenece, y dices al fondista que tardaremos tres ó cuatro días en regresar, pero que corren por nuestra cuenta las habitaciones.

—¿Vamos muy lejos?

—No.

—¿Qué más?

—Eso sólo; desnúdame.

A la mañana siguiente montaron los cuatro á la puerta del *hotel* en la forma expuesta, abandonando París. Anduvieron cuatro leguas, deteniéndose en una aldea ó pueblo muy pequeño que había en el camino de Auvernia á Versailles. Existía una sola posada en dicho punto, y en ella se hospedaron nuestros viajeros. El duque dijo á su criado:

—Llevad los caballos á la cuadra, y averigua tú luégo si han pasado por aquí quinientos jinetes acompañando á la reina Margarita.

Y se entró en la habitación que tenía tomada, seguido de Zalla.

Media hora después regresó el sirviente del duque, diciéndole:

—Señor, la reina no ha llegado, pero se la espera de un momento á otro; en cambio vino ayer un correo de Versailles, el cual aguarda el arribo de su majestad para adelantar la noticia y que pueda salir á recibirla su regio esposo.

—¿Nada más supiste?

—Hay gente apostada á media legua, que nos avisará con tiempo la aproximación de la augusta señora. Piensan echar las campanas á vuelo, y salir al encuentro las autoridades de este pueblo.

—Perfectamente; según mis cálculos, debe llegar esta noche; por consiguiente, y si antes no lo verifica,

ten mi caballo dispuesto para en cuanto anochezca.

—¿Vais solo?

—Sí.

No se había equivocado el duque en sus conjeturas; á pesar de lo acelerado de la marcha, S. M. no llegó en todo aquel día, si bien parecía probable que arribase por la noche, que era lo más conveniente á Osorio.

En el momento que oscureció, montó aquél á caballo, y cubriendo parte de su rostro con el cuello del gabán, salió del pueblo despacio y como si se tratase sólo de dar un paseo. De este modo anduvo un cuarto de legua, deteniéndose á un lado del camino. Inmóviles caballo y jinete esperaron hasta las nueve de la noche. De pronto vió correr cuatro hombres, que eran sin duda los apostados por el pueblo, y algo más tarde oyó el ruido producido por las pisadas de muchos caballos.

Era efectivamente la reina, que venía escoltada por el amigo de Osorio, ó sea el coronel Faure, comandante general que fué de La Queue. S. M. iba en una carroza, llevando á su izquierda un caballerizo y á la derecha al jefe de la fuerza. El carruaje parecía ligero para lo que se acostumbraba en aquella época, y el tiro de éste, como el resto de la caballería, caminaban á un trote largo.

Flaviano vió pasar el correo, luégo parte de la comitiva, y cuando el coche estuvo frente á él, se descubrió, poniéndose al lado de su amigo, al cual dijo:

—Bien; habéis tardado lo puramente indispensable.

El coronel le miró con sorpresa; pero al reconocerle, exclamó, echándose un poco atrás:

—¡Ah! Vuestra mano, señor; hé aquí la mía, que desea nuevamente la honra que le estáis otorgando en este momento.

—¿Hablasteis con S. M.?

—Sí, señor.

—¿Os dijo quién era yo?

—No; pero lo infiero.

—¿Ganasteis su voluntad?

—A medida de mi deseo.

—¿Qué dice de mí?

—Que anhela veros. Por Dios que no sabe hablar de otra cosa que del músico calabrés.

—¿Estáis satisfecho?

—Completamente.

—¿Puedo contar con vos?

—Para todo.

—¿Cómo dejáis el interior de Francia?

—Tranquilo y sosegado.

—¿Me buscaron los de Guisa?

—Con empeño; pero se encontraron conmigo, y confiaron su salvación á la velocidad de los caballos que montaban.

—¿Os vais á detener en el pueblo próximo?

—Sí; S. M. desea dormir aquí, saliendo á las cinco de la mañana para llegar á las diez á Versailles.

—Es preciso que la hable esta noche sin testigos.

—Se lo diré en cuanto baje de la carroza.

—Os espero en la única posada que existe.

—Allí se alojará la escolta, y podré ir á buscaros sin infundir sospecha.

—Conviene disimular.

—Lo sé.

—¿Quiénes acompañan á Margarita?

—Sólo tres damas; su restante servidumbre viene detrás.

—¿Y Canillac?

—Demostró un deseo vehemente en seguirnos; pero se lo impedí en nombre del rey, y queda en Ussón esperando órdenes.

—¿Os refirió la reina la lección que le di?

—Delante de él, burlándose como tiene de costumbre.

—Me quedo atrás; ocupad vuestro puesto, y hasta luégo.

—¿Me negáis la mano?

—No; adiós, Mr. Faure.

—El cielo os acompañe, gran señor.

El duque dejó que pasara el resto de la caballería, continuando en pos hasta el momento de entrar en el pueblo, en cuyo instante picó á su potro, llegando á la posada por entre hachas de viento y al son de las campanas y de algunos instrumentos de música. Ros le cogió el caballo, y Zalla, que le esperaba al balcón de su cuarto, le preguntó:

—¿Qué ocurre, señor?

—Que viene la reina.

—Allí veo su coche; se detiene en la casa del ayuntamiento.

—Sí; pasará la noche en ella.

—¿Y nosotros?

—En esta posada hasta que amanezca.

—Se retira la escolta, dirigiéndose hacia aquí.

—No hay otro parador en el pueblo.

—Todos se van.

—Entremos, y cerrad ese balcón.

—Poco la han vitoreado.

—No os extrañe; Francia tiene hoy varios reyes y ninguno; de lo contrario, nos hubieran atronado los oídos el resto de la noche. En este país fué siempre donde más se gritó y en el que se hace todo, absolutamente todo, de una manera exagerada.

—Son alegres.

—Sí, y farsantes como ellos solos.

—El príncipe los calificaba un día de *saltimbanquis*.

—Julio, que es un sabio, dice cosas muy buenas.

—Hasta las campanas cesaron de tocar.

—Todo ello es miedo; son hugonotes los que acompañan á Margarita, y temerán que mañana les pidan cuenta los católicos de los festejos que hacen hoy.

—¿Puedo saber, mi querido jefe y protector, á qué hemos venido á este pueblo?

—Vos, mi criado y el vuestro á tener el gusto de acompañarme.

—¿Y S. E. el duque del Imperio?

—Ese verá á la reina, Dios mediante, y luégo dormirá un poco, si S. M. se lo permite.

—¿Todo eso podéis decirme?

—Si; os basta.

El maestre y el general continuaron hablando hasta las diez de la noche, en que apareció en la estancia donde se hallaban un embozado, el cual preguntó al duque:

—¿Es persona de confianza este caballero?—Y señaló á Zalla.

—Sí, general Faure.

—Aún no, Jacobito.

—Faltan veinticuatro horas escasamente, y debo adelantaros la enhorabuena.

—¿Conque este señor?...

—Es mi amigo el maestre Zalla.

—¡Ah!... ¿Uno de los dos hermanos que estuvieron prisioneros en Ibrí?

—No; es el otro.

—Ya; Mr. Alvaro, protegido del muy poderoso señor duque del Imperio.

—Efectivamente; Flaviano de Osorio estima mucho á los tres; pero algo distinguió siempre á don Alvaro.

—¿Creéis que no contará nada de lo que hablemos, —preguntó el coronel con ironía,—á su señor el duque.

—Nada.

—¿Luego tenéis confianza absoluta en él?

—Por supuesto.

—Entonces os diré, con permiso del maestre y con previa recomendación de que no cuente nada á Osorio, que la reina, mi señora, os aguarda.

—¿Sola?

—Ni las moscas os han de oir.

—Por Dios que lo siento.

—No lo comprendo.

—Yo sí.

—Y yo también,—dijo Zalla sonriendo.

—Pues entonces haced de modo que los tres lo sepamos.

—No; es la reina demasiado bella, excesivamente voluptuosa, y podía ofenderse.

—No he visto manera más delicada de descubrir un secreto.

—Entiendo, Faure, que fué una broma como la vuestra relativa al duque del Imperio.

—Así lo he comprendido.

—¿Sois uno de los centinelas encargados de que nadie nos interrumpa?

—¡Vaya una pregunta! Eso quiere Margarita, pero...

—Sed franco.

—¡Maldita franqueza! Camino por mi banda con unos papeles que enturbian...

—Coronel, S. M. merece...

—Gracias; opino por ocupar vuestro puesto en esta habitación, y pasar la noche conversando con el favorito del duque del Imperio.

—¡Qué dirá el mundo!

—Lo que yo temo es hacer lo contrario y que diga algo. Que os espera la reina.

—Tenéis una prisa por desempeñar esta noche vuestra honrosa misión, que me admira.

—Mr. Guzmán, vos usáis de gran confianza con la augusta señora. ¿Es cierto?

—Creo que sí.

—Entonces hacedme un favor.

—Si puedo, con mucho gusto.

—Jurad antes que me concederéis la gracia que voy á demandaros.

—No; sepamos primero lo que es.

—Decid á la reina que me habéis mandado á cualquiera parte, aunque sea á París, por exigirlo así una intriga ó una causa cualquiera. Vos tenéis mucho talento, y os será fácil disculpar el hecho.

—¿Qué os proponéis?

—Quedarme con el maestre Zalla hasta vuestro regreso.

—¡Vos, coronel del partido hugonote, con un maestre de campo español católico, que se batió en Dreux contra el príncipe de Condé al que vos defendíais, y tan fanático como su protector el duque del Imperio! Imposible; os ibais á matar y debo evitarlo á todo trance.

—Os juro que con tal de no desempeñar el papel que me han encargado antes, me paso, al menos por esta noche, al bando de Mr. Alvaro, y hasta le he de adular.

—Faure, *la cabra siempre tira al monte*, y no me fío de esos propósitos; está más en armonía con vuestras creencias y con el respeto y sumisión que debéis á la esposa de Enrique IV la ciega obediencia á lo que os acaba de mandar. Vámonos.

—¡La esposa de Enrique IV! ¿Habéis pronunciado esas frases con tranquilidad de conciencia?

—¡Quién lo duda! Corre á obedecerla, que es reina y bellísima.

—¿Sí? Pues yo me siento junto á Zalla, y aquí me hallaréis al regresar. Maestre, hablemos del duque: ¿dónde se halla?

—Aquí... estáis mal, coronel; acompañad á vuestro amigo, en pos del cual jamás hace un caballero papeles ridículos.

—¿Me lo juráis?—preguntó Faure á Flaviano.

—Sí; procuráis que nadie escuche mi conversación con S. M.; mas en el momento que me oigáis toser dos veces, os presentáis en la estancia donde nos encontremos.

—¿Qué pretexto alego?

—Señor, me decís, el príncipe de Italia os espera.

—¡Qué príncipe, si está en Madrid!

—Se halla en París, en el palacio de Foix.

—No lo sabia.

—Si se obstinase Margarita en continuar hablándome, os quedáis.

—¿Y si me echa?

—Yo haré indispensable vuestra presencia.

—Mr. Guzmán, me habéis puesto en un compromiso...

—¿Desconfiáis de mí?

—Eso no.

—En ese caso, haced lo que os digo, y callad.

—Es tan bella Margarita de Valois...

—Más lo es mi esposa; le juré al pie del ara lealtad eterna, y no la he faltado ni le faltaré.

—Pues cuentan que en ese terreno resbala á menudo el afortunado caballero.

—Dichos de gente ignorante que me desconoce por completo. Coronel, previ un compromiso para ambos, y me he propuesto que me ayudéis evitar sus funestas consecuencias.

—Ahora todo lo comprendo. Partamos, que no es hidalgo hacer esperar mucho tiempo á una dama.

Ambos se despidieron de Zalla, dirigiéndose acto continuo á la casa ayuntamiento.

Se hallaba Margarita en un saloncito cuadrado, dispuesto para ella con el lujo que les fué dado acumular á los habitantes de aquel pequeño pueblo. Los espejos eran desiguales; la sillería antigua, las mesas diferentes, los cuadros no guardaban simetría, porque cada mueble, con raras excepciones, era de casa distinta, pero todo parecía bueno, y no presentaba mal aspecto aquel desorden hijo de la variedad de objetos.

En un extremo del mencionado saloncito, sentada en sillón de nogal y damasco, se veía á la reina Margarita, luciendo un vestido de terciopelo verde, cerrado hasta la golilla que cubría parte de su cuello; un cordón de oro y pedrería ceñía su cintura, y en el prendido que adornaba su cabeza sobresalían hermosas perlas y diáfanos brillantes que intentaban prestar luz y belleza á su radiante faz.

Las tres damas que la acompañaban se habían retirado, por casualidad, á otra habitación distante, ha-

llándose el salón rodeado por la parte exterior de centinelas que aparentaban guardar la augusta persona, y en realidad no servían para otra cosa que para vigilar é impedir el que se acercase algún curioso.

Llegaron el coronel Faure y el duque del Imperio; el primero comenzó á pasear por delante de la puerta de entrada, en tanto que el segundo penetraba, haciendo á la reina una elegante y cortés reverencia. Luégo besó con respeto la blanca y diminuta mano que la esposa de Enrique IV le ofrecía con entusiasmo, acompañada de las siguientes frases:

—Bien venido, músico calabrés; ahora Jacobo de Guzmán, luégo, sábelo Dios.

—Bien hallada, mi reina y señora. El mundo es una comedia, y yo, cómico de afición, cambio de traje, color y nombre, según lo requiere la escena que represento.

—No he conocido actor tan bueno en los treinta años que tengo de existencia.

—Nadie diría que contabais bien, si sólo se fijase en vuestro rostro y talle.

—¡Ay, Guzmán! hace diez años que nos conocimos, y el tiempo corre con más rapidez de lo que á ambos nos conviene.

—Cierto; mas pesa mucho sobre unos y muy poco sobre los menos, en cuyo caso se halla V. M.

—Luégo te contestaré. ¿A qué debo tu inesperada visita en esta aldea?

—¿No lo supone V. M?

—No, y en verdad que me alegraría fuese extraña á

ese cúmulo de intrigas que el hábil cómico está desarrollando.

—Gracias por el adjetivo, y por cierto que no me explico la causa que impide á mi reina y señora adivinar el motivo de mi presencia aquí.

—¿Se refiere al pensamiento que realizas?

—Sí, señora.

—Siéntate.

—No sé si debo...

—Hazlo, y no aguardes nunca á que yo te lo mande.

—Gracias.

—Sé que tus hermanos se hallan en libertad, é infiero que conseguiste el cambio de cartas, toda vez que no puede deducirse otra cosa de los acontecimientos habidos en La Queue, que me refirió Faure, y del empeño que demuestra Enrique en llevarme á su lado.

—Así es la verdad.

—¿Cómo arrancaste á Guisa la terrible caja?

—A cambio de una niña que le robé.

—Me lo ha dicho el jefe de mi escolta, pero no comprendo nada de eso.

—Yo juzgué que V. M. tenía conocimiento de las relaciones que sostiene el duque con Eugenia Depás, y de la hija que el destino les concedió, llamada lo mismo que su madre.

—¡Qué estás diciendo, insensato!

—¡Extraña admiración! ¿Por qué aparece de carmín el rostro de V. M? ¿Qué hay de extraño en que

Guisa, torpe y voluble, ó buen amante y padre, como queráis, tenga más en estima á su hija que una caja de oro llena de papeles?

—Es que estaban escritos y firmados por mí.

—Es que la niña tiene su sangre y la madre su amor.

—¡Pruebas, duque del Imperio!

—El cambio de la caja, que presenció Faure, las frases del coronel Grimaud, y los noventa soldados que perdió, ¿no son suficientes? En caso contrario, Enrique de Borbón, vuestro esposo, que vale mucho más que Guisa como hombre, como caballero y como soldado, os las puede dar; y si no os bastase la palabra de un rey, id á París, y desde el poderoso al mísero vendedor, en boca de todos veréis confirmada una verdad que, al parecer, sólo V. M. ignora.

—Será así, mas no quiero creerlo.

—Señora, el duque del Imperio jamás mintió.

—¿Qué edad tiene esa niña?

—Seis años.

—¡Seis años de engaños, falacias y mentiras!

—Si se refiere vuestra majestad á las relaciones amorosas de Guisa con Eugenia Depás, cuentan más de ocho.

—Duque, tu talento tiene la mala costumbre de jugar con el corazón humano hasta hacer de él el instrumento que mejor le cuadra.

—Puede; pero jamás engañé á mujer alguna fingiéndola un amor que no le tenía.

—Pues dicen, desde los reyes hasta los míseros ven-

dedores, que tus conquistas amorosas no tienen número.

—Allá en mi juventud, cuando, soltero y libre, recorría el mundo, abriéndome paso con mi espada y valor, daba tregua á mis fatigas guerreras galanteando á cuantas bellas acertaba á ver; pero esto lo sabían todas, ninguna ignoraba que era *ave de paso*, ni hubo una sola que oyera decir al capitán, maestre ó general Flaviano de Osorio, por escrito ó de palabra, *yo te amo*, *seré tuyo*, *cuenta con mi constancia*, ni nada, en fin, que entorpeciese las alas del *ave de paso*. ¿No recuerda V. M?...

—¡Sí, sí, de todo me acuerdo, y te juro que Guisa!...

—No empañe V. M. sus finos y bellísimos labios con el nombre de un sér que sólo merece vuestro desprecio.

—¿Te has propuesto que le aborrezca, *ave de paso?*

—No, señora; dije la verdad, dejando á V. M. en actitud de que le ame ó le desdeñe cuanto quiera.

—Hace poco parecías su rival.

—¡Qué locura! El duque del Imperio no tuvo para sus contrarios otra cosa que una espada llamada invencible. Perdone V. M. la falta de modestia, pero es otra verdad, que no me ha sido posible ocultarle.

—Entonces, ¿qué te propones? Me estás dando un rato cruel.

—Deseo que V. M. entre en su espléndido palacio de Versailles conociendo á fondo todas las cuestiones que le interesan.

—A que intentas que ame á mi esposo.

—Claro es.

—Deliras, Osorio.

—Enrique es valiente como pocos, generoso hasta lo inimitable, caballero sin igual, constante sin segundo; rey, al fin, que os puede ofrecer una corona de amor, otra de reina, y otra, la más bella, de casta y virtuosa.

—Buen sermón está; diré al diablo, metido á predicador, que Enrique es celoso, celoso hasta el infinito, exigente como monarca, y avasallador como militar.

—Tres cualidades que sólo puede aplicar el hombre á una mujer cuando la ama con idolatría. ¿Os parece mejor lo de sostener relaciones ocultas, tan ocultas que las sabe toda Francia; llamar hija á la niña Eugenia, y vender el secreto de una reina á un desconocido, á un extranjero que osó robarle una prenda del objeto de su amor?

—Duque, me confundes, y tus ideas llegan á mi alma para jugar con ella á su antojo. ¿Qué hiciste de las verdaderas cartas que te dió Guisa?

—Aquí están. Vedlas en esta bolsita que va pegada á mi corazón.

—Dámelas.

—Es el postrer obsequio que pienso hacer á vuestra majestad, y por ser el último, lo reservo para el momento en que me despida y marche á Madrid.

—No; las guardas como arma que piensas esgrimir en caso necesario.

—Expuse mi vida por ellas; por ellas exhalaron el

último suspiro noventa infelices, y por ellas tendré que matar aún á Lorena, á Grimaud, sabe Dios cuántos más.

—Gana mi corazón, tendrás mi voluntad, y no se dirá nunca que el duque del Imperio necesitó para vencer de recursos que rechaza el caballero.

—Me hallo en país extranjero; desconozco el terreno, y todo es poco para no caer, tal es su mala calidad. Pero si V. M. desconfía de mí, si me juzga capaz de una villanía, se las daré con mi vida, si su honra y fama necesitan de ella.

—Consérvalas el tiempo que quieras; mas ya que has sembrado en mi corazón el martirio y la pena, dime al menos todo lo que te propones en esta entrevista.

—Señora, libres ya mis dos hermanos y reunidos los seis, sólo el interés de la Francia y el de vuestra majestad, que contribuyó poderosamente al logro de mis deseos, me detienen aquí.

—¿Qué pretendes hacer en un país con cuyos habitantes estuviste siempre en guerra, y á los que indudablemente aborreces?

—Pienso, si V. M. me ayuda, dar término á esa sangrienta lucha que asola los campos, destruye á los franceses y aniquila cuanto existe en él. Intento á la vez fijar en las sienes de Enrique de Borbón, vuestro esposo, la corona real de los Valois, y obligarle á que dé asiento en su trono á la excelsa princesa que tiene la bondad de escucharme.

—¿Qué más?

—Luégo marcharé á España con mis cinco hermanos, y á ser posible, me ocultaré en el hogar doméstico el resto de la vida.

—¿No te propones ninguna otra cosa?...

—Nada, señora; os lo juro por la fe de caballero.

—¿Qué papel me reservas en la difícil escena que vas á representar?

—Os repito lo que en Ussón: el más importante.

—Probablemente uno superior á mis fuerzas.

—No hallo nada imposible para una reina del talento y abnegación de V. M. El mío, señora, es más expuesto aún, más violento; soy extranjero, nada parece que debía importarme la suerte de Francia, y sin embargo de eso, lo desempeñaré gustoso, hasta donde alcancen mis fuerzas y lleguen los sacrificios del que todo piensa arrostrarlo por el bien de la humanidad.

—¿Qué quieres que haga, duque?

—Vuestro marido leyó con avidez las cartas que vos escribisteis á Guisa; es decir, las copias que yo le di; os juzgaba adúltera, y al devorar con la vista la última, vió únicamente en su esposa la mujer fanática por el catolicismo, y en verdad que bendijo entusiasmado el error en que creyó estar hasta entonces.

—Eso es por lo menos verosímil, Osorio.

—Es la realidad, señora; me hallaba presente, y nunca exagero.

—¿Y qué deduces de eso?

—Que V. M. debe apresurarse á confirmar con hechos y frases el contenido de aquellas cartas.

—Si no es más que eso, concedido; mi religión es

la católica, y sin violencia alguna le demostraré mi entusiasmo por ella.

—Es preciso algo más; es necesario que entre esos halagos y caricias con que la esposa endulza la existencia agitada y turbulenta de su guerrero esposo, haya, además del entusiasmo por su religión, algo exigente y dominador.

—¡Halagos y caricias! ¿Sabes lo que me pides?

—Sí, señora; el bien de la Francia, el término de una guerra fratricida, la tranquilidad y sosiego de millones de almas.

—¿Qué debo pedir á mi esposo, Flaviano?

—Que abjure, se haga católico, y rey sin oposición alguna; que gobierne como puede hacerlo un monarca de su valor, talento y energía.

—¿Se opondrá el partido hugonote?

—Ese se compone, en general, de jefes que sólo aspiran á gobernar el país, y con dejarles los cargos que tienen hoy se darán por satisfechos.

—Los católicos no podrán aceptar al excomulgado...

—Mi hermano Julio trajo de Roma el perdón de Su Santidad, que ya abre sus brazos al valeroso Enrique IV.

—Pero Felipe II se cree con derecho á reinar en Francia, y su poder es inmenso.

—Caduco ya, achacoso y sin fuerza alguna, se retiró al Escorial mi rey y señor, y allí implora la clemencia divina en favor de su espíritu.

—Mas su hijo...

—Démosle á vuestro marido toda la Francia, y

luégo será difícil que encuentre soberano ó príncipe capaz de disputarle su corona.

—Supongamos que yo tuve el suficiente valor para fingir amor y ternezas, y, apoyando tu idea, se logra cuanto acabas de exponer. ¿Qué suerte reservará entonces el destino á la infeliz mujer que se ve obligada á sucumbir ante un hombre que odia y aborrece?

—Señora, si no consiguierais aficionaros á un hombre tan valiente y caballero como lo es Enrique de Borbón, cuando todo haya terminado, cuando la Francia os deba su paz y ventura, decídselo con franqueza, rogadle que os repudie, fundada en vuestra esterilidad; y libre de él, acabad vuestros días como más os agrade.

—¿Accederá?

—No lo dude V. M.; si Enrique lee lo que pasa en vuestro corazón, y se convence de que le es imposible conseguir vuestro amor, pedirá el repudio y hasta os perdonará.

—Aun logrado esto, contemplo á Guisa tan miserable como tú me lo has presentado antes, y en verdad que se me acerca el porvenir más horrible que nunca.

—No penséis en quien jamás os mereció, en el villano que mentía amores, y engañaba á la que debió adorar. Fijaos bien en el hombre que Dios os destinó por esposo; estudiad sus bellas cualidades; dominad vuestro corazón; vencedlo, y no perdonéis medio ni sacrificio alguno para cruzar el sendero de la vida apoyada en el robusto brazo del único hombre que os pertenece, del único que os puede hacer reina, que os puede honrar, que os puede ceñir la corona de casta y

virtuosa. Porque os amo y respeto, os aconsejo así. El rey de Francia vale más que todos los Guisas juntos y que el duque del Imperio.

—Tal empeño me confunde.

—Señora, no acostumbro á mentir á mis enemigos, mucho menos á mi noble aliada; al hablaros de Enrique, hago sólo justicia á sus méritos personales.

—Si á pesar de todo eso, duque, si aun mirando á mi esposo por el prisma que tú me lo presentas, lo rechazase mi corazón, ¿qué hago entonces?

—Tomad mi consejo, y si el destino os negase la dicha de amar á un hombre que tanto vale, entonces se presentan dos caminos á vuestra elección.

—Habla.

—Obtenido el repudio, buscad asilo en un monasterio retirado, y si eso tampoco cuadrase á reina tan bella, no os faltará un hombre que llene el vacío de vuestro corazón.

—Acepto. Necesito tres días, empezando desde mañana, para fingir amores y ternezas, obligar á mi esposo á que abjure, y convencerme de si podré ó no vivir á su lado. Es indispensable, en consecuencia, que nos veamos al tercero en Versailles, solos y en un pabellón retirado del palacio real.

Osorio quedó meditando; adivinaba la idea que pretendía ocultar Margarita, y aun cuando le hizo temblar, hubo de dominarse, como de costumbre, contestando:

—Al tercer día, empezando á contar desde mañana, y á las dos de la tarde entraré en la cámara real. So-

lo con vuestro esposo, nos ocuparemos de su abjuración; lograda ésta, me reemplazará el príncipe de Italia, los jefes del partido católico francés, é inmediatamente buscaré al coronel Faure para que me lleve al pabellón donde os dignaréis esperarme.

—Si yo no te hago avisar, preséntate en la corte sin disfraz alguno; basta ya de fingir; desde ese día empiece á admirar el mundo la altiva frente que tanto vale entre los hombres, que domina á cuantas mujeres tienen la desgracia de contemplarla. ¿Dónde habitas en París?

—En el *hotel de la Estrella*; mas juzgo conveniente prolongar mi incógnito.

—¿Tienes miedo?

—¿Eso me pregunta V. M.?

—Ya no estoy prisionera, te defenderé con todo mi poder, que va á ser mucho, y ¡ay! del insensato que no se incline ante ti; no excluyo á nadie, duque.

—Señora, jamás dejé de hacer nada por temor; la conveniencia, sin embargo, me aconseja...

—Cuando llegues, si yo no te aviso antes, todo estará terminado.

—¿Qué se propone V. M.?

—Diré á mi esposo que un confidente leal me ha enterado de tu presencia en Francia y de que eres actor en una intriga que favorece nuestros planes; y el poco ó mucho tiempo que permanezcas en este país podrás presentarte sin disfraz y como cumple á tan invencible campeón.

—Poco ganaremos si al destruir los celos de vues-

tro marido, referentes al duque de Guisa, los promueve y fomenta el duque del Imperio.

—Puesto que se halla en París el príncipe de Italia, le atribuiré á él el desarrollo de la mencionada intriga; nadie desconoce la bondad y justicia que llevan todos sus actos, y mi esposo verá en ti únicamente al admirable instrumento de Julio de Silva.

—Comprendo el pensamiento de V. M., y accedo gustoso.

—¿Gustoso dices?

—Sí, señora; salvemos la Francia, y que Dios disponga luégo lo que tenga por conveniente.

—Eso es; demos fin de guerra tan fratricida y cruel, hagamos dichoso este país, y á la vez procuremos nuestra ventura, que, si se realiza, nadie perderá.

—En Versailles, al arrullo de las aves, entre la arboleda y el aura perfumada por las flores, allí nos ocuparemos de vuestro porvenir, teniendo por base la gratísima idea de haber conseguido el bien y tranquilidad de veinte millones de almas.

—Esa esperanza me va á animar, y creo firmemente que Enrique de Borbón accederá á nuestro deseo.

—Presentaos á él desde el primer instante tierna, amorosa, tan bella como sois y tan exigente como conviene á la Francia.

—No te molestes en explicarme nada; tengo formado mi plan y lo creo de éxito seguro.

—Notad que es ya media noche, y no conviene prolongar más esta entrevista.

—Vete, sí. ¡Ay! besa mi mano, y hasta dentro de tres días.

—No faltaré, encantadora y sublime reina. Por Dios que la epidermis de vuestra mano es más fina y suave que pudiera forjarla la ilusión.

—¿Ahora lo notas?

—No; hace más de diez años que enloqueció mi mente lo perfecto de vuestro sér.

—Vuelve á sentarte.

—Perdonad, el papel que represento ahora es impropio de un demente y vos trastornáis mi cerebro.

—¡Tres días aún!

—Es el puente por donde va á atravesar la felicidad de la Francia.

—Me sacrifico por ella.

—Y yo.

—Que arranquen de tu cutis ese barniz, luce tus galas, y no olvides lo que ahora pierdes ni lo que vas á ganar.

—De todo me acordaré; estudiad vos á vuestro esposo, y si no me hubiese equivocado...

—Adiós, duque; basta de sufrir por esta noche. Di á Faure que pueden entrar mis camareras.

Y salió Flaviano, diciendo al coronel, que halló cual muda estatua apoyado en el quicio de la puerta:

—Que pasen las doncellas de S. M., y seguidme vos al momento.

La reina exclamaba á la vez para sí:

—Mucho habré ganado si al perder á Guisa le reemplazo con el duque del Imperio. ¡Mi esposo!... En

cuanto á Enrique, obedeceré á Osorio, y que Dios disponga lo demás.

Flaviano se iba también diciendo al bajar la escalera:

—Queda esa mujer todo lo bien preparada que conviene á mi intento; haga yo la felicidad de Francia, realice la gran idea del príncipe de Italia, y luégo admitiré la batalla que indudablemente me presentará Margarita, venciéndola y venciéndome. ¡Ay, la guerra con mujeres tan hermosas destroza el alma, pone en tortura al hombre, y!... Todo sea por Dios, por la duquesa del Imperio y por mi tranquilidad de conciencia.

Y salió á la calle envuelto hasta los ojos en su ancho gabán de pieles.

La reina desconocía hoy á Osorio; le juzgaba como diez años antes, y en verdad que la equivocación debía amargar mucho á uno de los dos. La una seguía siendo cada día más aficionada al extravío, en tanto que el otro se aproximaba al príncipe de Italia en rectitud y firmeza, si bien le aventajaba en temeridad y destreza.

Pero no adelantemos el discurso, que pronto veremos lo que es ella y todo lo que vale y puede sobre sí el venturoso caballero.

CAPITULO XXV

El general y el coronel.—Los dos hermanos.—La segunda caja de oro.

A los pocos pasos que dió el duque del Imperio fué detenido por la voz de Faure, que le preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Avanzad un poco más. Basta. Nos hallamos en medio de esta solitaria plaza y nadie podrá oirnos.

—Buen plantón me habéis dado.

—¿Oisteis mi conversación con la reina?

—No; fijo en vuestra sombra, nada escuché, pero no dejé de verla un solo instante.

—Ya; teníais miedo...

—Mucho; pero comprendo que fué infundado, y os pido perdón por haber dudado de tan cumplido caballero.

—Soy vuestro amigo.

—Y yo, que os admiro como pocos, no me creería feliz si no os correspondiera.

—A la hora que la reina ha dispuesto, montad á caballo, y dirigíos á Versailles. El rey os saldrá á recibir; luégo seréis general, y más tarde asistiréis á otra entrevista más peligrosa que la de esta noche.

—¡San Luis me valga! ¿Qué intentáis?

—Que me ayudéis como há poco á defender una situación que podría molestarnos si no estuviésemos preparados.

—Pues dadme instrucciones.

—Concretaos á obedecer á S. M. hasta el momento dado; luégo haréis lo que yo os mande, y todo se arreglará.

—¡Es tan hermosa!

—¡Ay! verdad es.

—Tan voluptuosa.

—Cierto.

—Y tan...

—Hablemos de otra cosa, Faure.

—Cuentan de vos...

—Necedades que un día fueron realidad, y hoy novelas que forja el vulgo.

—Y los grandes.

—Gente toda que me desconoce, juzgándome hoy por lo que fuí ayer.

—Os creo, estimo y quiero obedeceros.

—Entonces retiraos, y hasta después de pasado mañana.

—¿Nada necesitáis de mí antes de ese día?

—Que hagáis sólo por complacer á su majestad la reina.

—Se cumplirá vuestro deseo.

—Adiós, general; hé aquí mi mano.

—El cielo vaya con vos, señor... de Guzmán.

Un minuto después decía el duque á su criado, que le aguardaba á la puerta de la posada, hablando con la hija del dueño de la casa:

—Bergante, echa el último pienso, y sube pronto á desnudarme.

—Al momento, señor. Me preguntaba esta joven...

—En llegando á Madrid me lo contarás.

Y subió, penetrando poco después en la habitación donde le esperaba Zalla, sentado junto al balcón y fijo en la casa de ayuntamiento.

—¿Qué hacéis, maestre?—le preguntó Osorio entrando.

—Aguardaba una señal para correr en vuestra ayuda, acompañado de estas dos pistolas.

—Nada hay que temer; cerrad ese balcón, y dispongámonos á dormir.

—¿Van bien nuestros asuntos?

—Perfectamente.

—¿Regresaremos pronto á Madrid?

—Antes de quince días, si Dios sigue protegiéndonos como hasta aquí.

—Veo que vais prefiriendo la intriga á la guerra.

—Sí; en las luchas intelectuales demuestra el hombre su grandeza, en las materiales su ferocidad, y algunas veces su suerte.

—Con vuestro gran talento se vence siempre en todos los terrenos.

—Gracias; pero mi deseo se concreta ya á preferir la tranquilidad del hogar doméstico á todas las victorias del mundo.

—Y el mío también.

Poco después entraron los criados de Osorio y Zalla, y comenzaron á desnudar á sus amos.

—¿Qué orden me dais para mañana?—preguntó Ros al duque.

—Nos levantaremos á las ocho; que nos tengan dispuesto desayuno, y al concluir regresaremos á París.

—¿Nada más?

—Eso sólo. ¿Quién era esa mujer que hablaba hace poco contigo?

—La hija del posadero.

—Es joven y no mal parecida.

—Con todas las de mi repertorio sucede lo mismo.

—¿Tiene la costumbre de acostarse después de media noche?

—No, señor; le dije que debía aguardaros, y compadecida de la soledad en que me iban dejando todos, se ofreció á hacerme compañía.

—Obedeciendo mis órdenes, debiste rehusar tan generosa oferta.

—Quise, amo mío, quise; pero el hombre propone y Dios dispone.

—Antes de poco te recordaré esas frases. ¿En qué os entreteníais á la puerta de esta casa?

—Hablábamos de Francia; me contó la falsedad de un novio á quien despidió ayer, y yo traté de consolarla.

—Pero, hombre, ¡que no puedas vivir lejos de las *faldas!*

—Qué queréis, señor, me persiguen con empeño decidido y tenaz.

—Huye de ellas, Ros, que son siempre peligrosas.

—Más de una vez en que me vi acosado y al borde del abismo quise gritar: «favor, que me encuentro solo con una muchacha bonita que puede seducirme.» Pero, señor, me pareció tan ridículo, que se trabó mi lengua y no pude demandar un auxilio imprescindible al exacto cumplimiento de vuestro mandato.

—Ros, no hay en Europa un truhán más completo que tú.

—Resabios de la juventud, señor; tuve el primer maestro del mundo, y hé ahí las consecuencias.

—Oye, Ros; continúa haciendo de las tuyas, que en breve cesarás para siempre como yo.

—Me horroriza la idea, amo mío.

—También á mí me asustó; pero ahora bendigo á los que me obligaron á realizarla.

—Soy yo más terco que un aragonés, y nadie podrá convencerme de que es bueno lo que yo juzgo malo. ¿Está blando el lecho?

—Sí, como una tabla de roble.

—Aquí no hay nada mejor. ¿Tendréis frío?

—No: llévate la luz, cierra la puerta, y acostaos los dos en ese pasillo.

—Buena cama nos espera; jergones de paja, nuestra ropa y el suelo; pero Dios mediante...

—Sigue.

—Dios mediante, mañana la tendré mejor.

—Espera; tended vuestros colchones á la parte adentro aquí, en mi alcoba.

—¿Qué se diría? ¡En la misma estancia que mi señor!

—Obedece y calla.

—¿Tenéis mucho sueño?

—Bastante.

—Pues quédome dentro, y dormid descansado.

—Abrevia.

Media hora después reposaban tranquilamente el duque, Zalla y el criado de este último. Ros esperó treinta minutos más, y saliendo luégo de la estancia, sin ser visto ni oído por nadie, desapareció, regresando á las cinco de la madrugada. Algo más tarde se quedaba dormido, murmurando:

—El duque me casa en cuanto lleguemos á Madrid, y como yo no sé desobedecerle, aceptaré el yugo, bien á pesar mío; pero hasta ese día, por mi patron San Roque, he de estar en Francia como en país conquistado.

A las nueve y media de la mañana siguiente montaban á caballo los cuatro, dirigiéndose á París sin prisa alguna. La reina debía estar ya con su marido, siendo así que había partido á las siete.

—Creo que nos lloverá,—exclamó Zalla mirando al cielo.

—Juzgo, amigo mío,—contestó el duque,—que todas esas nubes apiñadas sobre nuestras cabezas nos servirán de toldo, evitándonos la molestia del sol, y aun cuando llueva, será después de llegar nosotros á París.

—¿En qué os fundáis?

—En el viento, en la dirección que lleva y en la que nosotros seguimos.

—Notad que el aire empieza á soplar mezclado con hidrógeno.

—Hola; vuestro cuñado Roch os va instruyendo en ciencia que os era completamente desconocida hasta el presente.

—No sabe hablar de otra cosa, y por fuerza vamos siendo inteligentes mis dos hermanos y yo.

—La humedad del viento que corre prueba que está lloviendo no lejos de aquí; pero notad que las nubes que tenemos encima se hallan muy elevadas, sueltas y no adquieren la densidad necesaria al chubasco que teméis.

—Nada se perdería, sin embargo, en que trotáramos un poco.

—Pues trotemos.

Y en tres horas anduvieron las cuatro leguas que los separaban de París. Echaron pie á tierra á la puerta del *hotel de la Estrella*, dieron Zalla y el duque las riendas de sus caballos á los sirvientes, diciendo el último á Ros:

—Llévalos á las cuadras del palacio de mis hermanos, y di al príncipe de mi parte que mañana por la

noche cumple el plazo de los *quince días*, y que le espero en este hotel. Marcha.

Y subieron ellos, aguardando tranquilamente el regreso de sus criados.

Más tarde comieron, ocupando el resto del día y el siguiente en hablar y dar tiempo á que llegase el príncipe de Italia. Este se presentó al anochecer de aquel en que terminaba el plazo, estrechó al duque, y dirigiéndose á Zalla le dijo:

—Vuestros hermanos y los míos os aguardan en mi palacio; id y pasad con ellos hasta las nueve.

Solos ya Julio y Flaviano, se sentaron en dos anchos sillones, preguntando el primero al segundo:

—¿Qué piensa Enrique de Borbón respecto de los católicos de Francia?

—En este momento los verá ya probablemente sin enojo.

—Es poco, duque; era necesario que aceptase sus creencias y se delarase jefe de ellos.

—Príncipe, una revolución bien hecha debe marchar poco á poco é insensiblemente para que cause menos estragos.

—¿Quiénes son los encargados de efectuar en el rey cambio tan completo y saludable?

—Su esposa.

—¿La hija de Catalina de Médicis?

—Sí.

—¿La amiga íntima del duque de Guisa?

—Sí

—¿La desterrada á Ussón por adúltera?

—Sí

—¿La que fué capaz de faltar á un caballero tan cumplido y valiente como Enrique de Borbón, su esposo, posponiéndolo á Lorena y á lo que se debe una casada casta y virtuosa?

—Sí.

—¿Y esa mujer se convierte en sacerdote?

—Sí.

—Los progresos que haga, la revolución que esa mujer realice, el bien que en su esposo y en la Francia pueda sembrar con sus hechos y frases, será tan efímero que desaparecerá, cual desaparece la ráfaga eléctrica.

—Julio, la Providencia se vale á veces de los seres más depravados para hacer el bien de los pueblos; todos somos instrumentos suyos, y en verdad que elige con razón al que juzga más conveniente. Creo excusado citar ejemplos á un hombre de tu talento y sabiduría; la reina Margarita, por otra parte, fué siempre católica de corazón, aborrece hoy al duque de Guisa, y en este instante colma de halagos y caricias á su marido.

—Vamos por partes, Flaviano: ¿qué motiva su odio á Lorena?

—El haber descubierto que hace más de seis años sostiene relaciones amorosas con Eugenia Depás, y, por consiguiente, que estuvo engañando siempre á la reina.

—¿Quién la enteró de ese secreto?

—Yo.

—¿Ignoras que es el jefe principal de los católicos franceses?

—Sé, amigo mío, que vendió á mis hermanos Mauro y Rogelio, entregándolos cobarde y villanamente á su poderoso enemigo, el cual usó con ellos de todas las atenciones y cuidados que pueden tenerse con un prisionero; comprendo que quien obró de ese modo no es católico ni otra cosa que un miserable, envidioso, lleno de ambición y despojado de todo lo grande que puede embellecer á los seres humanos.

—Veo que en ese juego manejaste dos barajas.

—Tres, cuatro; cuantas me hicieron falta.

—Hábil estuvo el diestro robador de Syra.

—Discípulo tuyo, mi hermano y señor.

—Me deja satisfecho tu primera contestación; veamos la segunda: ¿por qué causa extraña é inconcebible colma Margarita á su esposo de halagos y caricias, cuando es sabido que siempre le aborreció?

—En mi última entrevista con ella la describí con frases estudiadas el engaño y falacias de Guisa y lo despreciable de un hombre tan voluble, insensato y torpe; seguidamente le hablé de su esposo, presentándolo tan noble, valiente y caballero como lo es en realidad, y no cabe duda que mis palabras ejercieron en ella gran influencia.

—Pero no la suficiente para que llegue á amar al que constantemente odió.

—¡Ay, príncipe; mucho me temo que no te equivoques!

—Deduzco que ella no se da por satisfecha con ayu-

darnos á sembrar en este país la paz y ventura de que carece.

—Temo que tampoco te equivoques en eso.

—¿Con quién piensa ahora reemplazar al duque de Guisa?

—¿No lo adivinas?

—Sí.

—Sepamos.

—Con el duque del Imperio.

—Verdad es.

—Hace más de diez años te conoció en París, y aseguran que la visitaste más de una vez, sin otro móvil que un mentido amor.

—Caminas, Julio, muy cerca de la exactitud.

—El que fué débil una vez...

—Basta, hermano; si crees sonrojarme con lo que intenté de soltero, te equivocas, toda vez que se estrellan tus frases en mi escudo de casado. La lealtad que juré á la duquesa del Imperio al pie del ara santa está tan limpia por lo menos como la tuya, y hoy que tú la juzgas amenazada se ostenta más fuerte y segura que nunca. ¿Olvidaste ya la historia de Angelina Vignati?

—No.

—¿Comprendes que en Ussón fuí el mismo que en Nápoles y Malta?

—Sí.

—Pues hace muy poco insistió Margarita, de ese modo que le es dado á una reina, y nada logró.

—Temo que lo aplazarás.

—No temes mal; pero este plazo se prolongará al infinito.

—¿Qué te propones entonces?

—Que contribuya á la abjuración de su esposo; que nos ayude á realizar la gran idea que nos trajo á Francia, y luégo, si no logran mis consejos sujetarla al redil de su marido, la dejaré que camine por donde quiera.

—Las mujeres, Flaviano, no perdonan nunca un desaire; y la hija de Catalina de Médicis querrá vengarse como su madre tenía de costumbre.

—Hecha la abjuración y la paz consiguiente, sólo yo podré ser el blanco de su odio; para combatir este mal cuento con las cartas originales que escribió á Guisa, con algo de habilidad, destreza y valor, y con vosotros cinco. ¿No te parece, como á mí, que es suficiente?

—Sí; mas bueno es que vivas precavido.

—Pienso dormir poco en Francia, y á ser posible quedar amigo de Margarita de Valois.

—Aun cuando lo juzgo difícil, nada es imposible en Flaviano de Osorio. ¿Cuándo te espera la reina?

—Mañana, después de proclamada la abjuración, y en tanto que tú y los católicos de París habláis con su esposo.

—En esa entrevista es indispensable que hagas uso de todo tu talento.

—Pienso lo mismo. Pero nada me has dicho del resultado que ofrecen tus entrevistas con los jefes de París.

—Es completamente satisfactorio; reconocerán á Enrique por soberano en el momento que abjure.

—¿Todos?

—A excepción de los duques de Guisa y de Mayena, con los cuales no se ha contado para nada.

—¿Y los ejércitos que ellos mandan?

—Esos están minados, y poco á poco irán abandonando á sus dos jefes principales.

—¿Quiénes vais á acompañarme mañana á Versailles.

—El arzobispo de París y los representantes de la ciudad.

—Conviene que yo me adelante dos horas por lo menos.

—Así será.

—Llevad, por lo que pueda acontecer, buena escolta, mandada por mis cuatro hermanos restantes, y no dejéis aquí á los tres Zallas.

—¿Y tú?

—Yo iré solo, completamente solo.

—¿Quién te defenderá en Versailles?

—Creo que nadie osará atacarme, pero en caso necesario la reina y el general Faure.

—Nosotros no podemos pasar del punto donde residen nuestras últimas avanzadas; allí esperaremos tu aviso.

—¿Me traes los documentos firmados por Su Santidad?

—¿Qué vas á hacer con ellos?

—Entregárselos á Enrique IV, combatiendo con

ellos los escrúpulos que pudiera alegar. Pienso que al entrar vosotros en la cámara real todo esté terminado.

—Ya lo veo, y dejo la suerte de Francia pendiente de tu talento y habilidad.

—Haré lo posible por no defraudar vuestra justa esperanza.

—No nos volveremos á ver ya hasta encontrarnos en Versailles. ¿A qué hora partes?

—A las doce.

—Nosotros lo verificaremos á las dos.

—¿Te levantas?

—Me aguardan los jefes del partido católico de París.

—¿Me das los documentos de Roma?

—Tómalos, y haga el cielo que se cumplan nuestros deseos. Es tan grande y sublime tu misión de mañana, que, no obstante el peligro que amenaza tu vida, te dejo ir solo con indecible alegría.

—Adiós, hermano; la Providencia bondadosa velará por mí.

—Así sea.

Y ambos se estrecharon, desapareciendo el príncipe, el cual fué reemplazado poco después por don Alvaro Zalla.

Nada ocurrió de particular durante la noche.

A la mañana siguiente despertó el duque, llamando inmediatamente á su criado, al cual dijo:

—Unido al sirviente del maestre, traslada cuanto tenemos aquí al palacio de mis hermanos; deja únicamente un traje de seda, bota de ante, espuelas de oro,

el toisón, mi mejor chambergo, la banda y el gabán de pieles. Luégo paga al fondista y tenme dispuesto un caballo para las doce de la mañana.

—¿Lleváis pistolas?

—No.

—¿Espada?

—Sí.

—¿Unto?

—Ninguno.

—¿Adónde vais, señor, de ese modo?

—A Versailles.

—¿Os espera por ventura una reina?

—Cabalmente.

—¿Os acompaño?

—No. Alvaro y vosotros dos os marcharéis en el momento que yo parta para formar parte de la escolta del príncipe.

—Tienen las órdenes que acabáis de comunicarme un saborcillo fatal.

—¿A qué?

—A despedida.

—¿Sientes ir á Madrid?

—¡Ay! sí, señor.

—Haces bien; pero abrevia.

—Dos horas después se levantó el duque, vistiendo un hermoso traje de terciopelo negro; ostentaba el toisón de oro, la banda de general y la cruz de Santiago; pero todo lo cubrió con un gabán de pieles, que empezaba en su cuello y concluía en las botas de riquísimo ante que llegaban hasta cerca de los gregüescos.

Almorzó con don Alvaro, guardando al terminar en uno de los bolsillos de su gabán el pergamino que le dió Enrique IV, un bolsillo repleto y la caja de oro que mandó hacer en París, dentro de la cual iba el documento por el que se dignaba el Padre Santo levantar la excomunión que pesaba sobre el monarca hugonote, y lo absolvía, abriéndole de nuevo sus paternales brazos.

Más tarde estrechó á don Alvaro con efusión que hubo de admirar al maestre, y montando á caballo desapareció de París.

Nuestro héroe pudo y debió guardar el incógnito durante la peligrosa entrevista que iba á tener ahora con Enrique IV. Como Jacobo de Guzmán, nadie le conocía y le era dado vivir entre católicos ó junto á los protestantes, sin excitar sospechas ni el fanatismo religioso de ninguno de los dos bandos; pero como duque del Imperio era envidiado por los primeros y aborrecido de los segundos; y aun cuando unos y otros hacían justicia á su preclaro talento y méritos personales, no existía un solo jefe francés, con contadas excepciones, que no le hubiera visto ahorcado de muy buena gana.

Mas en razón al empeño demostrado por la reina Margarita para que abandonase su incógnito, le pareció cobarde dejar de complacerla, é imprudente negarse á aquel deseo, y en brazos de su innata temeridad arrancó de su blanca piel el oscuro barniz que la cubría, adornó su esbelta figura con el traje que correspondía á su elevada posición, alzó el cuello de su ga-

bán, y calando un poco el sombrero corrió de París á Versailles sin más interrupción que la indispensable al llegar á la primera avanzada de hugonotes, bastándole enseñar el pergamino que llevaba para que le permitiesen continuar adelante.

Ya en Versailles dejó el caballo en la posada donde días antes comió con el coronel Faure, se hizo quitar el polvo, y después de contemplar su segunda caja de oro, tendió una mirada al cielo, y sonriendo se dirigió al palacio real, sitio donde residían los que se apellidaron hasta ahora sus más encarnizados y poderosos enemigos.

Celoso el duque del Imperio por el honor é intereses de su patria, expuso la vida por ella multitud de veces; en este momento, en que también peligraba, lo hacía únicamente por una idea grande, salvadora de la mayor calamidad que podía afligir á un imperio; pero éste le era completamente extraño, sin perjuicio de lo cual caminaba contento y satisfecho el temerario y generoso caudillo.

—¿Qué vale mi existencia,—exclamaba,—comparada con la suerte y ventura de un reino? Nada, y puesto que todos los hombres son mis hermanos, yo me sacrifico hoy por ellos, sin importarme el que se llamen franceses ó españoles. Voy á poner á prueba la tan decantada hidalguía de Enrique IV; y en verdad que si muero, habré sido más generoso que él, no obstante los aplausos que el mundo tributa á su caballerosidad, á su nobleza de alma.

Y sin desaparecer de sus labios dulce sonrisa, lle-

gó al suntuoso zaguán del magnífico palacio de Versailles.

Adelantémonos nosotros, y sepamos si piensa ó no recibirle el terrible hugonote, el amigo y compañero del príncipe de Condé, el famoso y tenaz protestante tan adulado hasta entonces por los secuaces del perjuro Lutero, Enrique IV, en fin, en ciernes, pues la verdad es que la mayor parte de los pueblos de Francia no le obedecían por ser sus habitantes contrarios á la secta que defendía el heredero de Enrique III.

CAPITULO XXVI

El rey, dos secretarios y un bufón.—De potencia á potencia.—Triunfo completo.

Se hallaba Enrique IV en su regio despacho sentado en un sillón, y tenía un secretario á la izquierda, al cual dictaba, y otro á la derecha, de pie y esperando sus órdenes.

En el rostro del augusto señor se retrataba la alegría y una satisfacción que há mucho tiempo no experimentaba. Se hubiera dicho que la faz del monarca había variado por completo si se examinara detenidamente la gran metamorfosis sufrida en ella. Sus ojos despedían fuego, y un sonrosado, de que carecía su cara por lo general, reemplazó á la palidez, hija del insomnio, privaciones y malestar de los campos de batalla. Sus labios se desplegaban á menudo para demostrar el placer que le embargaba, y sus posturas eran más elegantes y estudiadas que anteriormente.

Tal cambio lo motivaron la llegada de su esposa y las muchas entrevistas que habían tenido ambos cónyuges.

Seguía el rey dictando á un secretario y aguardaba el otro, cuando fueron interrumpidos por un cuarto personaje que entró ceremonioso y ridículo. Era el recién llegado bajo, contrahecho, antipático en general y disforme en facciones y en figura.

Los tres se fijaron en el jorobado, bufón del rey, al cual no le faltaban ingenio y agudezas. Traía en la mano el contrahecho un cordero pequeño de metal, pendiente de dorado cordón de seda y un sombrerito á la española. Hizo una grotesca reverencia á Enrique, y adquiriendo postura y modales de payaso, le dijo:

—Perdonad, señor, si osa interrumpir á V. M. su más divertido y alegre vasallo; os traigo una noticia que va á estremecer al mundo y hasta logrará contraer y anonadar el corazón del valeroso Enrique IV.

—Estoy trabajando, bufón; vuelve luégo,—exclamó el rey con indiferencia.

—Debo daros la oportunísima nueva que ignoráis, y os advierto, señor, que importa mucho el que llegue cuanto antes á vuestra noticia.

—Pues dila y vete; más tarde escucharé tus chistes.

—Permitidme sólo diez minutos, y si no gozáis en ellos más que en el resto de vuestra existencia, mandad que me corten la cabeza.

—Habla pronto.

—Deseo primero cubrir vuestra cabeza á lo Feli-

pe II y colgaros al cuello este precioso toisón. Son talismanes que acaso amengüen el terrible efecto, la mortal herida que os va á hacer la noticia que voy á daros. Pero no debo molestaros más; sabed que está en París el príncipe de Italia, el *non plus* de los héroes: el ariete de los hugonotes; la guadaña, en fin, que acabará con todos nosotros. ¿No tembláis, señor? ¿no os asusta mi nueva: no os espanta: no caéis muerto de pavura? Pues agradecédselo al sombrero y collar que os he puesto.

—Bufón,—exclamó el rey con gravedad,—sea ó no enemigo mío el príncipe de Italia, es un valiente que merece la admiración y respeto de cuantos le conocen.

—¡Qué cambio tan magnífico! Ahora me explico los corros y cuchicheos de vuestros palaciegos, sus recaditos al oído. Esto marcha, señor; os veo católico y amigo del príncipe antes de veinticuatro horas.

—¡Miserable! Voy á mandar que te arranquen la lengua,—dijo el rey con ira.

Y su bufón inclinó la cabeza, osando murmurar los siguientes versos, que traducimos libremente:

«En esta casa el terror
Impone su torpe ley;
Mas no os extrañe, señor,
¡Es tan difícil ser rey!»

Al acabar de pronunciar su última frase el jorobado, gritó un paje:

—El Excmo. señor don Flaviano Jacobo de Osorio y de Guzmán, duque del Imperio, conde de Arahal, virrey de Nápoles, general de los ejércitos de mar y tierra de S. M. el rey de España don Felipe II.



Lit. de J. M. Marco, Barquillo 4 y 6. Madrid.

—En esta casa el terror
Impone su torpe ley;

Mas no os extrañe, Señor;
¡Es tan difícil ser rey!

pe II y colgaros al cuello este precioso toisón. Son talismanes que acaso amengüen el terrible efecto, la mortal herida que os va á hacer la noticia que voy á daros. Pero no debo molestaros más; sabed que está en París el príncipe de Italia, el *non plus* de los héroes: el ariete de los hugonotes; la guadaña, en fin, que acabará con todos nosotros. ¿No tembláis, señor? ¿no os asusta mi nueva; no os espanta; no caéis muerto de pavura? Pues agradecédselo al sombrero y collar que os he puesto.

—Bufón,—exclamó el rey con gravedad,—sea ó no enemigo mío el príncipe de Italia, es un valiente que merece la admiración y respeto de cuantos le conocen.

—¡Qué cambio tan magnífico! Ahora me explico los corros y cuchicheos de vuestros palaciegos, sus recaditos al oido. Esto marcha, señor; os veo católico y amigo del príncipe antes de veinticuatro horas.

—¡Miserable! Voy á mandar que te arranquen la lengua,—dijo el rey con ira.

Y su bufón inclinó la cabeza, osando murmurar los siguientes versos, que traducimos libremente:

«En esta casa el terror
Impone su torpe ley;
Mas no os extrañe, señor,
¡Es tan difícil ser rey!»

Al acabar de pronunciar su última frase el jorobado, gritó un paje:

—El Excmo. señor don Flaviano Jacobo de Osorio y de Guzmán, duque del Imperio, conde de Arahal, virrey de Nápoles, general de los ejércitos de mar y tierra de S. M. el rey de España don Felipe II.



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo 4 y 6. Madrid.

—En esta casa el terror
Impone su torpe ley;

Mas no os extrañe, Señor;
¡Es tan difícil ser rey!

El payaso tembló; los secretarios se miraron el uno al otro, confundidos y perplejos, y el rey arrojando sobre el bufón el sombrero y collar que le puso, exclamó:

—Fuera de aquí los tres; llévate tú esos objetos, y ¡guay! si vuelves á incomodarme.

Luégo añadió fuerte, poniéndose de pie:

—Que pase el duque del Imperio.

Flaviano se presentó sin gabán ni sombrero, y haciéndole una cortés y elegante reverencia, le preguntó:

—¿Me permite V. M?...

—Adelante amigo mío. Seáis bien venido. Sentaos.

—No sé si debo...

—Yo os lo ruego.

—Gracias, señor.

—¡Conque mi querido Jacobo de Guzmán aparece hoy sin barniz en su rostro y trocado nada menos que en el hombre más temible que tiene España!

—Señor, quise salvar á mis hermanos, entregados villanamente á su enemigo por el cobarde duque de Guisa, á quien Dios confunda, y al verificarlo tuve que atravesar la Francia de Norte á Sur y de Este á Oeste. Lo que yo vi no es para contado; medio reino devoraba al otro medio y viceversa; la reina vuestra esposa suspiraba en el castillo de Ussón, tan injustamente como el conde de Monterrubio y el marqués de Abella en el de Ibrí; y recordando que la religión católica me manda ver hermanos en todos los seres de la tierra, me olvidé que estaba en Francia, formando el

irrevocable propósito de proporcionar la libertad á los tres seres mencionados y dar á este mísero pueblo la paz y ventura de que carece há muchos años.

—Lograsteis lo primero, duque, y á nadie que os conozca debe extrañar tan admirable conducta; pero lo segundo lo creo imposible.

—Si V. M. se niega, si el poderoso rey, tan valiente en los campos de batalla, es débil al acercarse á ese bufete, entonces seguirá la anarquía; y cuando la Francia quede desolada, vendremos los españoles á tomar posesión de ella y á poblarla sin oposición alguna. Perdonad, señor, la forma que doy á mi lenguaje; adquirí desde la infancia la costumbre de decir la verdad á todo el mundo, y lo mismo en la corte que entre el pueblo, prescindo de rodeos y adulaciones que enmascaran aquélla, cuando no la ocultan por completo.

—Me gusta, Osorio, que me hablen así; pero en esta ocasión es improcedente, toda vez que no abrigo el temor que me suponéis. Lo mismo en el campo de batalla que en el bufete, nada me arredra, á excepción de la justa ira del cielo y la torpeza de mis vasallos. Desconocéis el carácter francés; creo adivinar lo que os proponéis, y contemplo la imposibilidad que nos sale al encuentro, destruyendo una idea que há tiempo llega á mí con tenaz insistencia.

—Señor, me complace manifestaros que, generoso, valiente y caballero, pretendéis juzgar á los grandes de Francia de un modo contrario á lo que merece la mayoría de ellos. En el pueblo veo efectivamente fa-

natismo religioso; pero en los jefes, con raras excepciones, sólo miro ambición, deseo de avasallar, y torpes pasiones, en fin, que no suele comprender el que, como V. M., juega la corona real y da hasta su sangre en defensa de la causa que cree justa. Tan noble conducta, modo de pensar tan hidalgo, sienta bien en un simple caballero; mas es incompatible con los deberes de un monarca que está llamado á regir los destinos de un gran reino y que debe procurar la felicidad de muchos millones de almas.

—Me admira vuestro lenguaje, duque del Imperio; á vos, enemigo de Francia, sólo le conviene que reine aquí la anarquía, y sin embargo de eso, estáis trabajando con tenaz empeño en un sentido tan inverso que me confunde y asombra.

—Yo, señor, no soy fanático ni defiendo otra cosa que la justicia. Amo, sí, á Dios sobre todo lo que existe en la tierra; profeso la religión de mis padres, de mis abuelos y de todos mis antepasados; compadezco al que sigue otro camino, y quisiera que al ateo, falso creyente, iluso ó descarriado, se le convenciera con razones, se le atrajese al camino del bien invocando la verdad y haciendo uso únicamente de la influencia moral que tiene el justo sobre el pecador. Por más que en Dreux y en otras ocasiones me obligasen á observar conducta contraria, tenga entendido V. M. que mi alma rechaza los tormentos de la Inquisición que se aplican en España, y las luchas sangrientas á que han dado lugar y pretexto en Francia, Inglaterra y otros países la diversidad de opiniones en materia de

religión. Verdadero católico, se eleva mi espíritu á los primeros siglos de la era cristiana, y por lo mismo que comprende y admira la conducta de los apóstoles y de sus discípulos, rechaza la de los actuales profetas en el nombre sólo, jamás en los hechos. San Pedro y los que le sucedieron muchos años después mendigaban el sustento, predicaban el Evangelio, convencían, y á imitación del Divino Maestro, lejos de oponer resistencia á la fuerza, espiraban en patíbulos afrentosos, sufriendo antes, como el sublime Cordero, los dolores del martirio á que los condenaba el fanatismo idólatra, la torpeza é iniquidad de los hombres. Hoy se martiriza también, se mata, se asesina, y para hacerlo se invoca el cristianismo, el nombre de Dios y lo más santo que existe. ¡Horrible conducta, fatal creencia que hiere al hermano y convierte la caridad en cuchillo fratricida, instrumento que sólo puede servir á bastardas pasiones!

Calló el duque, é inclinó su frente, dejando á Enrique confuso, aturdido y perplejo. El noble monarca comprendió perfectamente cuanto le acababa de decir Osorio; la savia de aquellas ideas llegaron á su alma, y en este instante le miraba como á un sér sobrenatural.

—Duque,—exclamó,—os he visto desnudar la espada, caer sobre vuestro enemigo, y como rayo asolador destruir y matar mientras hubo hombres que no os volvieron la espalda.

—¿Y bien?

—Quiero decir que parecen contrarios vuestros he-

chos de armas á las luminosas ideas que acabáis de emitir.

—Yo no soy santo ni perfecto; me impelió el destino á la carrera militar, y defendí la justicia en el terreno material; lo mismo hicieron Josué, David y otros santos varones, de los que soy un mal imitador. Sin embargo, y en confirmación de lo que he expresado antes, es decir, de que jamás ataco una causa justa, sabed que mi soberano me ha mandado aquí á arrancaros la corona que os dejó vuestro cuñado Enrique III, y ya veis que hago todo lo contrario.

—¿Por qué?

—Porque os corresponde de derecho y porque sólo vos podéis terminar la sangrienta guerra que devora la Francia.

—¿No teméis la ira y enojo del terrible Felipe II, vuestro rey?

—Señor, ni el monarca español es tan fiero como se le supone, ni yo supe temer otra cosa en mi vida que á Dios y á mi conciencia.

—Puesto que tan valiente sois, tan ingenuo, tan atrevido con los reyes y de talento tan elevado, decidme sin ambajes ni rodeos el objeto de vuestra venida. Yo, duque, oigo á todo el mundo, y á vos os escucharé gustoso cuanto expongáis, y creed que mi sentimiento se contraerá á deplorar lo que, por razones de conveniencia ó de respeto, tratáis de ocultarme.

—Yo nunca las encuentro; jamás hallé nada que me impidiera decir la verdad á monarca, noble ó plebeyo.

—Muy bien. ¿Qué pretendéis de mí?

—Deseo que antes se digne V. M. contestarme á varias preguntas que me es indispensable hacerle.

—Hablad.

—¿Os consta que he expuesto mi vida cien veces por acercar á vuestro lecho real la esposa que el cielo os concedió?

—Sí.

—¿Es cierto que pudiendo pedir y obtener la libertad de mis hermanos, la he conquistado con mi sangre, para que al presentarme hoy á vos nada debiera al monarca francés y sí algo él á mí?

—Cierto, que no hay duda alguna que al duque del Imperio me hubiera sido imposible negarle la libertad de los señores conde de Monterrubio y marqués de Abella, después de oir sus razones, la lógica de sus discursos, la verdad de sus frases.

—¿Constan á V. M. las pretensiones de Felipe II al trono de Francia, sus sacrificios por obtenerlo, y da por hecho que el príncipe de Italia, mi hermano y señor, tiene orden terminante de no perdonar medio ni sacrificio alguno para arrancaros vuestra vacilante corona?

—Sí.

—¿Oisteis referir alguna vez lo que pueden los seis hombres que el vulgo apellida *invencibles*, y los inmensos recursos materiales y morales con que cuentan?

—Los conozco.

—¿Comprende S. M. que, unidos como estamos los seis, os sería imposible reinar, qué digo, mandar en

otro terreno que en el que pisaseis, si nosotros os hiciéramos la guerra?

—Temibles sois, y creo probable que muriera en el campo de batalla.

—¿Escuchasteis la historia del primer príncipe de Italia?

—Sí, la sé perfectamente.

—¿Su amor á la justicia, á la verdad, á la razón, su santidad, su pureza de costumbres, su cariño á la humanidad?

—Todo, todo.

—En Malta di mi vida por la suya...

—También llegó á mis oídos ese hecho que os igualó á él.

—En tal caso ved en mí á un discípulo de Alberto de Silva, al hombre que vino á Francia á sacrificarse por una idea contraria á sus intereses y á los de su patria.

—Muy bien; miraré en vos al mismo Alberto de Silva, cuya santidad nadie osó negar. Pero decidme antes: ¿cómo se justifica la conducta de vuestros dos hermanos Núñez de Lara y Mendoza con la que vos estáis usando ahora?

—Me apresuro á complacer á V. M.: Mauro y Rogelio recibieron órdenes de mi rey para destronaros; mas antes de hacerlo, les previno el príncipe de Italia que estudiasen vuestro derecho, la opinión del país y lo que más convenía á la Francia. De no ser así, claro es que Guisa y Mayena no hubieran podido venderlos ni V. M. encerrarlos en Ibrí.

—¿Llegaron á participar al príncipe su opinión relativa á mi reino?

—Sí, señor; dos días antes de caer prisioneros.

—Eso me prueba que sospecharon algo Mayena y Guisa.

—Creo, por el contrario, que acción tan fea sólo pudo ser inspirada por la envidia.

—¿Por qué no fueron francos conmigo, y yo los hubiera puesto en libertad inmediatamente?

—Sumisos á la voluntad del príncipe, nuestro hermano, todo lo esperaban de él, nada querían de los franceses.

—Encastillados los seis en el alcázar de un orgullo que levantó el heroísmo, pretendéis, acaso con razón, no deber nada á la generosidad de los hombres; que todo lo grande nazca y salga de entre vosotros.

—Eso nos dijeron Felipe II, el dux de Venecia, el soberano de Malta y varios otros reyes; la verdad sábela Dios.

—Reanudemos el diágolo anterior; os escucho como pudiera hacerlo con el generalísimo del imperio español, religioso trinitario después, y de cuya bondad y rectitud de ideas nadie dudó.

—Pues lo mismo que él haría en mi lugar, os aconsejo, señor, que abjuréis vuestros errores de protestante, y al frente de los destinos de la Francia, gobernéis como católico, toda vez que así lo desea de su señor la mayoría de los franceses. Recordad las últimas frases de Enrique III: *Hermano*, os dijo, *te dejo en herencia mi corona; pero no reinarás en Francia interin*

seas protestante. Espiraba, y se expresó de ese modo aconsejado por el amor, y en el momento en que jamás miente ni engaña el hombre.

—Verdad es, Osorio; Margarita, su hermana, me aconseja lo mismo, pero es repugnante al jefe de un partido volver la espalda á los que pelearon junto á él y pasarse al enemigo.

—Llevaos en masa á vuestros parciales; los jefes seguirán *olfateando* el poder; los pobres fanáticos implorarán vuestra tolerancia; concedédsela, y todos se darán por satisfechos.

—Dudarán de mí los católicos; seré espiado hasta de mi propia mujer.

—Al que obra con rectitud, no le importa que examinen todos sus actos.

—¿Y si yo os dijese que tengo arraigada en mi alma la doctrina de Lutero?

—Si tal influencia pudo ejercer en vos las torpes frases de un monje desertor y perjuro, entonces se os presentan dos caminos: el uno es fingir y reinar católico, el otro abdicar en Felipe II, y retiraros á Inglaterra; todo menos tolerar, consentir y ayudar á que media Francia destruya la otra mitad.

—Dudo, vacilo; la incertidumbre se apodera de mí; reconozco mi debilidad, y no sé qué hacer, duque del Imperio.

—Os lo dije, señor, al entrar; el fuerte y valeroso en los campos de batalla es débil, muy débil, sentado en ese bufete.

—¡Débil yo!

—La verdad antes que todo; señor, sois cobarde.

—¡Quién osa decirme que soy cobarde!

—Uno que apellida el mundo *invencible* y que lo fué hasta consigo propio.

—Noble español, ¿qué os proponéis? En nombre del cielo, os ruego que me digáis la verdad.

—El bien de la Francia, el vuestro.

—¿Lo juráis?

—Por Dios Santo que nos ve, nos oye, nos ha de juzgar, y le amo tanto que me atravesaría el corazón mil veces primero que mentirle.

—¿Qué me conviene?

—Abjurar.

—Pues juro vivir desde este momento y morir católico.

—¡Hermano!—exclamó el duque poniéndose en pie y abriéndole los brazos.—En este instante no hay jerarquía entre nosotros; estrechadme, y que la Providencia bendiga acción tan noble, acto tan sublime.

—Vuestros brazos, sí; en ellos hallo un consuelo que desconocí hasta ahora. No os retiréis; continuemos de este modo; por primera vez se acercan las lágrimas á mis ojos. Lloro, duque; llora Enrique de Borbón.

—Soltadme, señor; esas lágrimas dicen que ha comenzado á ser rey de Francia V. M.

—Sí, me siento otro sér. ¡Maldito el fraile que renegó y me hizo perjuro! Hé aquí sus libros, que arrojo el suelo, pisoteo y desprecio.

—Bien, señor; me encanta V. M. Ahora es indis-

pensable que el arzobispo de París, los dieciséis y el príncipe de Italia os abracen como yo.

—¿En dónde están?

—A caballo esperan á que los llaméis.

—Escribid: príncipe, cardenal, amigos todos de París, venid, que os aguarda con los brazos abiertos. Dejadme, duque, que ponga,—ENRIQUE DE BORBÓN.

El rey selló el pliego, mandando que lo llevasen inmediatamente á su destino; dió la orden para que permitiesen entrar en cuanto llegasen á los que concluía de llamar, y arrellanándose sobre un sillón, exclamó:

—También á mí me condolía la guerra que destrozaba la Francia; anhelaba ser rey, pero que no estuviese mi trono sobre escombros. Gracias, duque; si fuerais capaz de quedaros á mi lado, os elevaría tanto cuanto yo lo estuviera.

—Os lo agradezco, señor; mas estoy bien en el alcázar del orgullo fundado por el heroísmo, de que me hablasteis antes. ¿Ha olvidado V. M. la deuda que tenemos pendiente?

—No; pedidme lo que queráis.

—Al contrario, V. M. es el acreedor.

—No os entiendo.

—Recordad que os ofrecí una segunda caja de oro.

—¿Qué contiene?

—Vedlo.

—Preciosa alhaja.

—Por fuera; por dentro es inestimable.

—¡El perdón de Su Santidad! ¡Mi absolución! ¡El

candado, en fin, que asegura la corona de Francia en mis sienes! ¿Esto más, duque?

—¡Ay, señor; hasta ahora todo es propicio y lisonjero; acaso mañana me vea obligado á entristecer y amargar vuestra dicha!

—¿Qué decís, Osorio?

—Por hoy concretémonos al gran acontecimiento que en breve celebrará la Francia; quién sabe si me habré equivocado en mi vaticinio; de todos modos, nada debo deciros hasta que os vea sentado y seguro sobre el trono de San Luis.

—¿A qué se refiere la idea?

—Señor, no siendo una cosa cierta, por más que aparezca probable, debo ocultároslo, y en verdad que mucho ganaríais si pudiera prescindir de decirosla.

—¡Entonces ocupémonos del porvenir de mi reino! He supuesto que París me recibirá como á soberano.

—Esperan con ansia vuestra abjuración y entrada triunfal.

—¿Y el ejército?

—Ya está preparado, y en general acepta gustoso la idea.

—¿Y los duques de Mayena y Guisa?

—Nada saben ni es posible que crean en vuestra conversión.

—Tienen muchos deudos, amigos y parciales que seguirán sus banderas, y temo que no acabe la guerra hoy como yo deseaba.

—Verdad es; pero hecho católico V. M., y tras-

ladado al Louvre, se les concluyó el pretexto, y si se baten, lo harán mal y en retirada.

—Si pudiéramos atraerlos de algún modo...

—También es accesible; pero no habiendo por qué temerles, debe aparentar V. M., en mi concepto, desdén, para que no pidan mucho.

—¿Cuándo se disolverá el ejército de Dreux?

—Esta noche iremos allí mis cinco hermanos, los representantes de París y yo, con objeto de sorprender á Guisa y á Mayena, y traernos á la mayoría de los que les obedecen. Desde ese instante sólo vuestra majestad mandará en Francia.

Preparado Enrique IV por su esposa Margarita, deseoso de concluir una guerra que parecía interminable, y presentada la cuestión por el duque del Imperio con la habilidad y destreza que acabamos de ver, se realizó el gran pensamiento de Julio de Silva, sin casi oposición por parte del monarca y sin exigencia alguna. Satisfecho Osorio, y comprendiendo que no se había equivocado en la alta idea que formó en Francia de Enrique de Borbón, procuraba en estos instantes tranquilizar la conciencia del augusto soberano, rehuyendo á la vez toda cuestión que se rozase con la reina. El marido quiso hablar de ella; intentó demostrar á Flaviano el amor que ardía en su pecho y lo dichoso que podría ser á su lado; pero aquél variaba al momento de conversación con estudiada oportunidad, lamentando en silencio las ilusiones que se hacía el monarca.

Por último, dos horas después oyeron la carrera

de muchos corceles, y ambos se aproximaron al balcón, viendo detenerse á la puerta del palacio la carroza del arzobispo de París, escoltada por más de quinientos jinetes.

Quince minutos después besaba Enrique de Borbón el anillo episcopal del prelado, le estrechó luégo contra su pecho, abrazando además á cuantos caballeros acompañaban á aquél.

Seguidamente repitió con voz entera y solemne su abjuración, siendo proclamado rey de Francia por los representantes de París, que lo eran á la vez del ejército y partido católico. El rey colmó de elogios al duque del Imperio, oprimió varias veces la mano del príncipe de Italia, y rogando al conde de Monterrubio y marqués de Abella que le perdonasen la prisión en que los tuvo algunos meses, tomó asiento en su regio sillón, obligando á los presentes á que le imitasen.

En este instante pidió Osorio permiso á S. M. para abandonar la cámara por algún tiempo, y obtenido que fué, cruzó algunas frases con su hermano Julio, desapareciendo de allí.

Mientras el monarca acordaba con los nuevos magnates de su corte las bases con que se iba á hacer la paz, su entrada en París y cuanto tenía relación con el gran acontecimiento que estaba realizándose, sepamos cómo sale el duque del Imperio del grave conflicto que le prepara la más bella de las reinas. Margarita accedió á cuanto Osorio la propuso, más que por interés de la Francia, por una idea egoísta y criminal. Llegó el momento en que la sensible y vo-

luptuosa señora aguardaba lo que llamó recompensa á su fingimiento y sacrificios, y en verdad que era difícil disuadirla de lo contrario, sin que la hija de Catalina de Médicis dejara de pensar en una venganza tan sangrienta y cruel como todas las que realizó su terrible madre. No estaba cierta del amor de Osorio; pero, acostumbrada á avasallar el corazón de los hombres con su hermosura y talento, veía ya terminado el plazo en que pensaba rendir al duque del Imperio y obligarle á que cayera á sus plantas demandando amor y ternura.

—A su lado,—exclamaba la reina para sí,—seré dichosa. ¡Oh! hablando seduce; embriaga si canta; fascina si mira; y el conjunto de tan privilegiado sér resume y encierra toda la ventura, la dicha, la felicidad á que puede aspirar una mujer. Como guerrero, es invencible: su acero no tiene rival; como general, parece patrimonio suyo la victoria; como cantor, ¡oh! como poeta y cantor, imita á los ángeles; como intrigante, su habilidad y destreza no encuentran parecido en el mundo; y cuando galantea... Es un tipo acabado, completo; y junto á él me aguarda un mar de ventura y placeres. Mucho tarda; mas con tal de ver á ese hombre dominado por mí, sacrificaré el tiempo y hasta mi vida si preciso es.

De este modo discurría la reina en los momentos en que Osorio abandonaba la cámara del rey. Sigámosle.

CAPITULO XXVII

Otro suspiro.—El hombre y la mujer.—Eva propone y Flaviano dispone.—Dios nos libre de semejantes tentaciones.

Salió Osorio de la cámara de Enrique, según hemos dicho, hallando á tres pasos de la puerta á Faure, que le alargaba la mano, diciendo:

—Duque del Imperio, virrey de Nápoles, Flaviano de Osorio, Jacobo de Guzmán; con todos esos nombres y títulos ó sin ellos, me honro llamándome vuestro amigo.

—Y yo, general, siéndolo vuestro.

—Qué cambio tan completo de cutis, modales, fisonomía. ¡Oh, ya véo lo que creía adivinar!

—Tampoco os sienta mal á vos esa banda que ganasteis en La Queue.

—¿Yo?

—Sí.

—Creía debérsela á un señor pobremente vestido, barnizada su epidermis y de talante, que parecía vuestra antítesis.

—La merece el futuro católico.

—¿Qué decís?

—Luégo hablaremos de eso. ¿Me esperan?

—Hace más de una hora.

—¿Dónde?

—En el pabellón del *Diablo*.

—Nombre fatal, Faure.

—Tenéis razón, y de mal presagio. Volveos á la cámara de S. M. el rey.

—Imposible.

—Os advierto que aguarda allí un demonio con traje y forma de ángel.

—Veamos si logro hacerme invencible también ante ese espíritu maligno.

—Lo dudo; soy yo más viejo, y...

—Y más débil.

—¡Duque, por San Luis!...

—¿Dónde está mi sombrero? Allí le veo.

—¿No cogéis el gabán?

—Cuando regrese.

—¡Conque estáis decidido!

—Sí.

—Pobre banda, qué mal estreno va á tener.

—No temáis nada.

—En el momento que la veáis cambiará vuestra opinión. ¡Qué elegante y hermosa está!

—Excitáis mi curiosidad con esos elogios, y en ver-

dad que deseo contemplarla lo antes posible. Id delante.

—Aún es tiempo, señor; reflexionad...

—Pardiez, que anhelo verla. Una mujer hermosa, elegante y seductora, forma en el hombre el colmo de la felicidad humana.

—¡Jesús, lo que me espera!

—Tiene además talento, es reina, y no es dable que halle rival en el mundo.

—Cierto; pero ¿y yo?

—Vos aspiraréis el aura embalsamada por las flores; os servirán de alfombra las hojas de las plantas, de techo las copas de los árboles, y de calle los tilos, las rosas, y un bosque, en fin, de azucenas y lirios.

—¡Ay, ay, qué aparato y qué noche!

—Avanzad, amigo mío, que el tiempo vuela y mi impaciencia crece.

—Cubrios con el gabán.

—¿Por qué?

—Sin él estáis demasiado esbelto, elegante, seductor.

—Mejor, Faure, mucho mejor. Recordad que es una reina, y que todo lo merece.

—¡Vaya si lo recuerdo! y vos hombre, y jóven, y débil.

—Qué queréis; así me ha hecho Dios, y no es posible cambiar mi sér.

—¿No hay remedio?

—No.

—Juré obedeceros, y no faltaré á mi palabra. Seguidme.

El general delante y el duque detrás, comenzaron á atravesar los salones y pasillos; luégo entraron en una galería, comenzando á descender por la escalera que daba al jardín.

Al abandonar Osorio el palacio, se miró en un gran espejo que tenía de frente, y exhalando un suspiro, exclamó para sí:

—¡Ay, no siempre conviene ser tan derecho, alto, bien formado y elegante! Padre Alberto, ayudadme á vencer en esta batalla, más terrible que todas las que vos ganasteis en el mundo!

Y poniéndose al lado de Faure, le preguntó:

—¿Está lejos ese delicioso pabellón del *Diablo?*

—No; aquí se halla todo cerca, hasta la ironía, las miradas burlonas, el sarcasmo y el ludibrio.

—Interin no lleguen, nada temáis.

—¿Y si llegan?

—¡Ah! ¡si llegan! ¿Para qué os comprasteis esa espada?

—Ya me parece verla fuera de la vaina dando tajos y mandobles, ¡voto al demonio!

—Si la vuestra no bastase, si por casualidad fuese nueva y no supiera bien el oficio, contad con esta que yo llevo.

—¿Es muy vieja?

—Ya lo creo; se encontró en Dreux, en Cambray, en Malta, en el Perú, en Venecia...

—Basta, basta.

—No cuenta una sola derrota, una batalla sin aplauso, ni un duelo sin muerte.

—¿Seríais capaz de batiros por mí?

—¡Vaya una pregunta necia é inconveniente! Cien veces y mil; os he dado el nombre de amigo, y os pertenece mi sangre.

—Y á vos mi vida y hasta mi honra. Esa es la puerta del pabellón; la alfombra de hojas de flores que veis conduce á la estancia donde os aguarda la reina. Aquí os espero, tardéis mucho ó poco y hagáis bueno ó malo. Si alguno lograse interumpiros, rogad á Dios por mi alma, pues habrá pasado por encima de mi cadáver.

—Gracias. Pasead ó sentaos, pues me detendré mucho. No esperéis señal alguna, que para tan difícil empresa, tan arriesgado encuentro, no hace uso nunca el duque del Imperio de amigos ni auxiliares. Adiós, general.

—Hasta luégo, señor.

Y comenzó á subir el duque por una escalera de mármol no muy ancha, sembrado su centro de hojas de flores. Al concluir el último tramo vió varios tiestos entre columnas y estatuas, llegando á su olfato el aroma exhalado por muchos pebeteros situados á la oriental.

Siguió nuestro español por la alfombra de hojas de rosa, atravesando dos salones y un pasillo sin encontrar á nadie, pero oyendo que se cerraban las puertas que dejaba atrás, según él avanzaba.

Continuaban las columnas de jaspe, mármol y pórfido; las estatuas, los tiestos con flores y plantas odoríferas; el aire embalsamado por los perfumes de

Oriente; los cuadros, las sedas de Siria; los espejos de Venecia, y un lujo, en fin, tan sorprendente, que detuvo al duque del Imperio, obligándole á exclamar:

—Si este es en verdad el pabellón del *Diablo*, bien alojado está en el mundo Satanás. ¡El diablo! Pardiez, podía serlo para mí esa reina tan bella y... El nombre de este pabellón parece un aviso, una indicación fatídica. Mas corrí el mundo sin hallar hasta ahora el infierno; veamos si he dado con él, y si venzo ó soy vencido por el tan renombrado Plutón.

Y continuó hasta llegar á un gabinete forrado de raso amarillo y más suntuoso que las habitaciones por donde acababa de atravesar. Al entrar él, se cerró la puerta, y en el mismo instante vió á Margarita reclinada indolentemente sobre un ancho sofá de ébano y damasco. Llevaba un vestido de raso azul con ricos encajes y cintillo de oro y pedrería; estaba bastante escotada, y sobre los torneados hombros y el blanco pecho de tan deliciosa dama caía en bucles una cabellera más brillante que el oro y más fina y suave que la tela del traje que la cubría. En su prendido se veían racimos de perlas con brillantes diáfanos y muy ricos. Su rostro, siempre hermoso, blanco y agraciado, presentaba ahora un tinte de rosa que lo hacía encantador. Por casualidad, y al adoptar la postura que tenía la augusta señora, quedó descubierto un poco de su diminuto pie, el cual aparecía cubierto con media de seda de color de carne y zapato de raso blanco con hebilla de oro y piedras.

Todo era allí estudiado, todo arte, pero todo mag-

nífico, sorprendente, arrebatador. No obstante la esplendidez del palacio que habitaba Osorio en Madrid, y de haber pisado los primeros salones del mundo, llamó su atención, y excitó su sorpresa el lujo, simetría y gusto de cuanto le rodeaba. Con su chambergo en la diestra y ese aire cortesano que tan bien cuadraba á su varonil, esbelta y hermosa figura, se acercó á la reina, haciéndola un saludo gracioso y atento á la vez que respetuoso.

—Bien venido, duque del Imperio,—le dijo Margarita, alargándole una mano que él besó con entusiasmo, interin asomaba á los labios de rosa de la bella una sonrisa graciosa que dejó ver dos filas de dientes tan pequeños como blancos é iguales.

—Siéntate, amigo mío, en este sofá,—añadió aquélla dando á su voz un timbre grato y sonoro,—junto á mí; que eso y más merece el que acaba de convertir á un navarro más terco que cuanto yo pudiera expresar.

Osorio la contestó:

—¿Aquí me he de sentar?

—Ahí, sí; yo te lo mando, te lo ruego.

—Gracias; es V. M. la reina más encantadora y amable que he conocido.

—Olvida, mientras estemos aquí, la majestad, y hablemos como dos buenos amigos.

—¿Os referíais antes á Enrique de Borbón?

—¿Cuando hablaba del convertido?

—Exactamente.

—Sí; creí, mi querido Flaviano, que se estrellaba

tu talento ante la rudeza y terquedad de ese hijo predilecto de las montañas de Navarra.

—Pues yo lo hallé atento, razonable, dispuesto al bien, caballero como pocos, y tan sensible, que aún conservo húmeda la tela de mi ropilla por las lágrimas que vertió, reclinada su regia faz sobre mi pecho.

—Con tu gran talento lo trocarías en lo que más te agradase.

—Con su nobleza de alma, su admirable corazón y una inteligencia portentosa, me sorprendió hasta el punto de que á su lado me conceptué tan chico y ruin como él aparecía maravilloso.

—¡Qué modestia tan sublime!

—Sólo hice justicia á vuestro marido. El llanto que derramaron sus ojos filtró la ropa que cubre mi pecho, llegando al corazón. ¡Cuánto os ama; cuán digno es de una mujer bella y con el talento de V. M.!

—¡Qué iluso vienes y qué sentimental!

—No os extrañe; esos pebeteros de Oriente, los mosaicos árabes que miro en torno, el aura embriagadora que se respira aquí, las columnas, estatuas, sedas, espejos y cuanto me rodea, me infunde una melancolía religiosa, ascética.

—¡Qué disparate! ¿Cómo explicas eso, duque?

—Acostumbrado á abandonar todos los días mis trenes y palacios para descender y habitar entre ese mísero pueblo que carece de todo lo que á nosotros nos sobra; recordando á menudo que el Hijo de Dios vivió pobre, murió mártir, que rechazaba á los ricos, se asociaba á los infortunados; sabiendo lo corto de es-

ta vida, lo inmenso de la eterna; al hallarme en un paraíso como éste, tengo muy presente siempre su pequeñez, comparada con la grandeza del verdadero *paraíso*, y en verdad que se apodera de mí un sentimiento parecido, muy parecido al que brillaba siempre en la faz del primer príncipe de Italia, religioso trinitario después y asombro perenne de las generaciones presentes y futuras.

—No estarías tú tampoco mal con cerquillo, corona, hábito blanco, capa negra y escapulario de la orden á que perteneció el padre Alberto.

—Mejor se encontraría V. M. sentada en el trono que honró San Luis, participando con su esposo de los azares, abrojos y dicha que ofrece el poder, que prestan las riendas del Estado.

—Mejor no, toda vez que tu vocación de fraile supera á mi poca afición á reina.

—Es que yo no puedo profesar.

—¿Por qué?

—Me lo impide el casto y puro amor de mi esposa y el cuidado de hijos tiernos y cariñosos.

—¡Qué recuerdo tan inoportuno!

—¡Inoportuno! Pues si no se borran de mi mente un solo instante. Por ellos crucé desde Nápoles á Ussón convertido en músico calabrés, viendo continuamente ensangrentadas mis plantas, expuesta mi vida, y haciendo rodar por el suelo seres cuyos pechos ó cráneos atravesaban las balas de mis pistolas; por ellos corrí luégo á París, á Dreux, á La Queue y á Versailles; por ellos gané con mi sangre la libertad de

una reina; por ellos hice el milagro de convertir al catolicismo á vuestro esposo; por ellos conquisté la paz y ventura de que carecía la Francia, y por ellos estoy en este momento sentado junto á la más bella de las mujeres, la más hermosa de las reinas.

—¿Qué?

—Digo, señora, que por ellos no rozará el vestido de V. M. con mi traje de duque, porque quiero que al morir yo, sean su mejor patrimonio el nombre y fama del esposo y padre; y os advierto que la frase *quiero* en Flaviano de Osorio precede siempre á un acontecimiento que la robustece y confirma.

—¡Cuánto has variado, duque, desde que te conocí en París há más de diez años!

—Mucho, señora; era entonces soltero, libre, me ocupaba sólo del presente, y distaba tanto del padre Alberto como ahora me voy acercando; que la vida es corta y la eternidad no tiene fin.

—¿Y yo, he cambiado mucho? Sé franco.

—Ganasteis en hermosura y hechizos...

—Si empiezas adulándome, muda de conversación.

—Repito, señora, porque así es la verdad, que os encuentro más encantadora que nunca. ¡Oh! es preciso haber sufrido lo que yo, para hacer lo que veis; es necesario deber muchísimo á la Providencia y hallarla siempre delante para que me tenga de su mano ahora.

—¿No me engañas?

—Lo juro por la fe de caballero, por la memoria

del padre Alberto, que amo y venero de un modo indecible.

—¡Qué presente tienes á ese santo varón, que en paz descanse!

—No os extrañe; fué mi padre, mi maestro, el héroe que ganó el título de duque del Imperio; el santo que besaba á cada instante mi frente, me hacía aspirar su aliento y logró poco á poco cambiar mi sér en lo que veis.

—¡Luego es cierto lo que se cuenta de ti en Malta, referente á una odalisca llamada Syra!

—Y lo de Nápoles relativo á la italiana más bella que conocí, á excepción de V. M., y lo de otras que no hay para qué mentar.

—Me dijeron hace poco la conducta que observó Enrique contigo y con los que acaban de llegar de París, é infiero que has logrado el colmo de tus deseos en Francia.

—Así es la verdad.

—Duque, ¿qué te has propuesto? Háblame una vez como pudieras hacerlo con tu hermana.

—Quise sentar en el trono de Francia á Enrique IV y á su bellísima esposa; intenté la libertad de mis hermanos, y anhelaba coronar mi obra con la paz y ventura de Francia. Os juro que nada más quería, que nada pretendo, que nada más quiero.

Margarita se incorporó, y mirando fijamente al duque, cogió una de sus manos que él le abandonó con indolencia, añadiendo:

—Doy mi trono, la esplendidez que me rodea, la

adulación que me acosa y el reino entero por una cabaña en Italia y un cazador que se parezca á ti.

—La Europa maldeciría el nombre de V. M., y sus ecos formarían un mar de remordimientos y dolo, sobre el cual navegaríamos con rumbo siempre al abismo.

—Atravesaremos el Océano, y por el estrecho de Magallanes ó el Cabo de Hornos, llegaremos al Pacífico, hallando en él una de las regiones más apartadas de Europa. ¿Recuerdas el Perú?

—Sí, señora.

—El pueblo español dice en las trovas que os canta que existe allí una cordillera de enormes montañas que se llaman los Andes.

—No miente en eso.

—Pues añade que hay entre esos montes y el río de las Amazonas una campiña deliciosa, sublime, donde brota la poesía y convida al placer.

—Es verdad.

—Tenían aquellos montañeses una reina que se llamaba Tolopalca, á la que adoraban y arrancó de allí el amor de Roberto Navarro. ¿Es muy hermosa esa mujer?

—Más aún de lo que la describen las baladas populares, pero no tanto como V. M.

—Sus hijos ó vasallos quedaron huérfanos, abandonados, tristes y pesarosos; duque, dejemos Europa; corramos desde el Mediterráneo á la parte opuesta del Océano; desde éste al Pacífico; pisemos la playa americana, y demos al pueblo huérfano de los Incas el

trono y los reyes por que suspiran há muchos años.

—Imposible.

—¿Por qué? Yo imitaré á Tolopalca en bondad y ternura.

—Señora, al abandonar la esposa de Roberto Navarro los Andes se elevó un altar á Dios en el sitio en que se alzaba el trono de aquélla. La religión católica reemplazó allí al poder material de los hombres; el amor de los montañeses se concretó en el Altísimo; hoy no se acuerdan de Tolopalca, ni hay posibilidad de robar al cielo el cariño de aquel pueblo virgen, creyente y religioso.

—Dicen que los españoles han descubierto cerca de la China y á más distancia que la América del Sur, un archipiélago llamado Filipino; otro nuevo mundo que parece reclamar el genio del duque del Imperio y la ternura de Margarita de Valois.

—Entre aquellas breñas azotadas día y noche por los embates del mar Índico; en los arrobadores valles y campiñas del continente americano; en los jardines de Italia; en los palacios de España ó Francia; en las cabañas de los pescadores ó en el trono de los Césares, podrá reinar Margarita por su belleza, talento, encantos y bondad, mas en ninguna le será dado arrancar un átomo de amor, de afecto y tolerancia, si, lejos de su esposo, si, perjura y cruel, lo abandona, desprecia la bendición del cielo, y en busca de un mentido placer niega la gracia divina para conceder á Satanás el poder que sólo le dan los réprobos. Llevadme donde queráis; me dejo conducir como niño inocente; mas,

para lograrlo, es preciso que borréis de mi memoria la imagen del honor, el amor de mi esposa é hijos, y que yo no vea en sitio alguno una cruz que me recuerde que soy católico, y lo que debo, y lo que hizo, y lo que me enseñó, y lo que me ofrece el Mártir del Calvario.

La reina soltó la mano de Osorio, y apoyando la frente en su diestra, meditó algunos segundos; luégo dijo al duque del Imperio:

—¿Quieres que finja amores á mi esposo y acepte la mitad de su lecho?

—Sí, señora; de conseguirlo, regresaré á España ebrio de alegría.

—Lo haré, y acaso con el tiempo logre quererle, como tú supones que merece.

—No vaciléis; os lo impone el deber, os lo aconsejan la fama, la tranquilidad de conciencia, el sosiego y bienestar, y lo manda Dios, que en breve os ha de juzgar.

—Muy bien; acepto.

—Gracias, señora; mi obra será completa en Francia; V. M. se va á elevar sobre todas las reinas que hubo hasta hoy.

—Arrepentida de mis pasadas culpas, imploraré la clemencia divina, y Dios misericordioso me perdonará.

—Estad segura. El me inspira en estos momentos, y haciéndome instrumento suyo, os enseña, por boca mía, el camino del bien que abandonasteis un día, cuando aún erais joven, hermosa y débil.

—Quién sabe. Me parece ver en lontananza agra-

dable la figura de mi esposo, deliciosa su conversación y grato su yugo.

—Claro es; caballero más cumplido no tiene Francia.

—Te ofrezco ser suya, y participártelo en seguida por escrito.

—Leeré vuestras cartas con entusiasmo.

—Ayúdame á conseguirlo.

—¿Quién lo impide? Decídmelo, y con mi propia sangre, si preciso es, destruiré el estorbo.

—No es necesario sacrificio alguno de tu parte. ¿Cuándo piensas regresar á Madrid?

—Antes de quince días.

—Poco es; mas no importa, ni por eso dejaré de cumplir mi palabra, siempre que en tan corto período me hagas una visita diaria, como aquellas que há diez años en París nos proporcionaron ratos tan efímeros como deliciosos. ¿No te acuerdas ya?

—Demasiado, pero...

—Aún somos jóvenes; tú lo has dicho, y la Providencia conservará sus brazos abiertos á dos hijos que salieron del redil un solo instante para volver en seguida más amorosos y leales que nunca. A tu partida de Francia empezará mi completa regeneración.

—Por lo mismo que el plazo es tan corto, tan instantánea en la tierra la dicha, tan negro el borrón y tan insegura la existencia humana, vale más que la regeneración de V. M. principie desde este momento.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí, señora.

—¿Comprendiste que mi última idea contenía el

único medio de que ambos dejáramos de ser desgraciados el resto de nuestra vida?

—Yo no fuí nunca infortunado, y Dios mediante, no dando motivo, tampoco espero que me abandone la Providencia en lo porvenir.

—Por mis venas corre alguna de la ardiente sangre de los Médicis.

—Sí, recuerdo á vuestra madre; en París burlé su intento; en Cambray maté á casi todos los sicarios que la obedecían, hiriendo gravemente al barón de Retz. Pero anhelo ser vuestro amigo, vuestro admirador; el hombre que elevó la fama á las estrellas, y allí le arrancó su trompeta, para tocarla en loor vuestro. Ese rostro de diosa, de ángel, no puede esconder la maldad del infierno, el espíritu de Satanás.

—Te equivocas; voy á ser para ti peor que todos los Médicis y que el barón de Retz.

—¿En Ussón?

—No, en Versailles, en Francia, donde quedará tu cadáver.

—Siento haberos hecho andar desde Ussón á Versailles para volver desde Versailles á Ussón. Me equivoqué al entregar á vuestro marido unas cartas arrancadas al duque de Guisa, y en la noche que ahora empieza desharé la equivocación.

—Está muy cerca el general Faure, que, en unión de mis criados, desarmarán al *invencible*, dejándolo encerrado en el sótano de este pabellón.

—¿Tanta influencia tenéis sobre ese soldado?

—Mucha.

—Falta os hace, porque con los sirvientes no os bastaría.

—¿Llevas encima las cartas que te dió Guisa?

—¡Cómo había de abandonar escritos que contienen la firma de una reina tan bellísima y bondadosa!

—Dámelas.

—Imposible.

—¡Te lo mando!

—Mi reina murió; era la cuarta esposa de Felipe II, y Dios se dignó llevársela.

—¡Estás en Francia!

—Sentiré que me obliguéis á obrar como en país conquistado.

—Por última vez, duque, ¿me das las cartas ó llamo?

—Llamad.

—Pues llamo.

—¿Señora?—preguntó un paje á la parte afuera de la cortina.

La reina le contestó con imperio:

—Que suba inmediatamente Faure, y acercaos todos vosotros. ¿No tiemblas, invencible español?

—Lo hubiera deseado por saber lo que era eso una vez siquiera; pero me niega el destino complaceros y complacerme.

—Esa risa sarcástica y cruel pronto se trocará en llanto.

—También sería cosa nueva para mí: os haríais célebre si os fuera dado esparcir, con razón, la noticia de haber visto lágrimas en mi curtido rostro.

—¡Me mata la ira, el despecho!

—Lo veo, y en verdad que aumentó el carmín de vuestras mejillas y estáis más hermosa que nunca; daría la mitad de mi vida por llamarme Enrique de Borbón. Os lo juro.

—¡Necia adulación!

—Miraos al espejo, y si miento, que Dios me confunda.

—Tus frases son hijas del más horrible sarcasmo. ¡Faure, entra!

—¿Qué manda V. M.?

—¿Están ahí mis criados?

—He visto cinco ó seis sirvientes á la puerta de esta cámara.

—Con esos te basta. Desarma al duque del Imperio, y que lo aten de pies y manos.

—Señora, representa al rey de España, por cuya razón me es imposible obedeceros.

—Mientes.

—Lo dice todo el mundo, y es posible que lleve encima los poderes que le dió su monarca.

—No importa; hazlo bajo mi responsabilidad.

—Siento verme obligado á decir á V. M. que mi vida pertenece al señor duque.

—¡Miserable! ¿Así honras esa banda de general francés?

—Se la debo á él también; y despreciada por un sér que no me es dado pulverizar, la arranco de mi pecho, y la arrojo á los pies, ya que no puedo al rostro, de la esposa del que fué mi rey.

—Decís bien, Faure,—exclamó el duque.—Tomad

la mía, y desde ahora os nombra general español Felipe II. Si es poco, elegid el nombre que ha de llevar vuestro condado. Os regalo de mis rentas diez mil ducados anuales.

—Gracias, noble duque; me basta seguiros á España y vivir junto á vos, hombre el más hidalgo, valiente y caballero que conozco.

—No desairéis mi banda; con ella vencí en Malta, en el Perú, en Venecia, en Nápoles y en Francia. Tomadla, que esa nadie podrá arrancarla de vuestro pecho.

—No debo aceptarla; en España tomaré lo que me deis; aquí no quiero nada.

—Faure,—dijo la reina variando de tono y volviendo á sentarse,—coge esa insignia, sal de aquí y que se retiren todos mis criados. Toma; si cayó al suelo, la levantó una reina y te la da con su mano.

—Gracias, señora; os obedezco.

Y desapareció, obligando á los sirvientes á que abandonaran el pabellón, quedando él en el sitio en que aquéllos estaban.

Sola Margarita otra vez con Osorio, se cubrió el rostro con las manos, permaneciendo dos minutos entregada á profunda meditación. De pronto alzó la cabeza, y después que hubo arreglado los dos bucles que se habían corrido adelante, miró á Osorio, que estaba de pie, frente á ella, cruzado de brazos, y con acento tranquilo y sosegado le dijo:

—Siéntate de nuevo junto á mí; me has ofrecido tu sincera amistad, y la acepto.

—Gracias; me tendré por dichoso si algún día puedo aspirar á la vuestra.

—Cuenta con ella desde este instante.

—La acojo con júbilo.

—¿Dudas de mis palabras?

—No, señora: leo en vuestro corazón al través de esos bellísimos ojos que son el espejo del alma.

—Dame una prueba digna de ti.

—¿Os referís á las cartas de Guisa?

—Sí.

—Tomadlas. .

—No; consérvalas. ¡Me has vencido en cuantos terrenos te he buscado! ¡Qué hombre tan grande, Dios mío, y qué dichosa sería yo con él!

—La Providencia, dueña de todo cuanto existe, reparte á medida de su deseo, y en sus altos designios dispuso que V. M. perteneciera sólo á Enrique de Borbón, y que yo tuviese una mujer, á la que no faltaré jamás.

—Santa abnegación que te envidio, duque.

—Me ciño al cumplimiento de un deber, y no hay en mi conducta mérito alguno.

—Feliz el que puede hacer lo que tú; á mí me es imposible.

—Porque no quiere V. M.

—Te equivocas; tomando tus consejos, hice esfuerzos inauditos, mas hallé una oposición instintiva que me separa de Enrique con tenaz empeño.

—¿No estuvo atento con V. M.?

—Sí.

—¿No le demostró amor y ternura?

—A su modo.

—¿Creéis, como yo, que es valiente y caballero?

—Dicen eso.

—Deduzco entonces que, acostumbrada á cumplir todos vuestros deseos, todos vuestros caprichos, no sabéis dominaros, es superior á vuestras fuerzas la menor violencia. Imposible parece que una dama de vuestro talento consienta que el corazón mande en la conciencia de V. M.

—Estás en un error si crees que mi materia domina la inteligencia.

—Por desgracia acabo de verlo en Enrique vuestro esposo y aun en mí; os bastó la contrariedad de un capricho, de un deseo que no quiero calificar, para aborrecerme, y, de haber podido, para mandarme dar tormento y acaso, acaso, también la muerte.

—Hubo un momento en que se ofuscó mi razón; pero luégo reflexioné, y ya ves que te he perdonado y ofrecido mi amistad sincera.

—¡Que me ha perdonado V. M.! ¡Sublime caridad! ¿En qué la he faltado yo? ¿Cabe mayor sacrificio que el de verse condenado á observar la conducta que yo concluyo de usar? ¿Hay nada tan cruel, tan horrible como contemplar á la reina Margarita, y, contra lo que anhela el corazón, el instinto y el deseo, cerrar los ojos y pensar en la querida esposa que se halla á cuatrocientas leguas? Me perdonasteis lo que, lejos de ser un pecado, debió admirar V. M. como mérito, y al hacerlo fué obligada por la fatalidad de las cir-

cunstancias. En la presente ocasion, señora, cedió vuestra majestad de la misma manera que Catalina de Médicis, cuyo retrato acabo de ver en vos; esto es, porque siendo yo *invencible*, le negó el destino los medios de vencerme.

—A pesar de la oposición de Faure, aún me quedaban medios...

—Ninguno; aun cuando ese general os hubiera querido obedecer, vuestro empeño fracasaría por completo.

—¿De qué modo?

—Matándolo, y á la vez á cuantos criados esperaban á la puerta de esta cámara. ¿Ya me desconocéis?

—Confieso que me ofusqué; pero al recobrar la razón, observé conducta enteramente contraria.

—Señora, cedisteis porque Dios os lo impuso, que vuestra voluntad estaba bien conocida. Yo, que nací fuerte y que gozo imitando la generosidad de vuestro marido, soy el que os perdona tan criminal conducta, y vuelvo á aconsejaros, si deseáis lucir como reina, brillar como hermosa y obtener el aplauso general como casta y virtuosa, que empecéis á dominaros, hasta que podáis comprender que no existe en Francia sér alguno tan digno de vuestro amor como Enrique IV.

—Me niega el cielo esa dicha, duque.

—Demandad su clemencia, y hallaréis una bondad que no tiene límites.

—No puedo, no puedo.

—Os compadezco, señora; la reina de Francia, lejos

de causar admiración, fomentará el desdén y acaso el desprecio de cuantos la miren.

—Así y todo prefiero huir del lado de Enrique.

—¡Qué lástima, qué obcecación! Os estimo, y en verdad que llevaré á España el sentimiento de no haber podido haceros dichosa. Ceso, en consecuencia, de molestaros con mis consejos, y os pido permiso para retirarme.

—¿Adónde vas?

—A Dreux, señora.

—¡Ah! comprendo. Allí está Guisa, y le vas á matar.

—Pudiera suceder que nos batiésemos, y fuese yo más afortunado que él.

—Hazme un señalado favor, y yo en cambio accederé á cualquiera condición que me impongas, no siendo la de vivir con mi esposo.

—No guardo rencor ni odio á nadie; pedidme cuanto queráis, que, á ser posible, lo conseguiréis de mí.

—Júrame no atentar contra la vida de Lorena.

—¡Todavía pensáis en ese hombre!

—Sí.

—¡Qué ceguedad!

—No importa, seré tu amiga el resto de mi vida si cumples ese mi único deseo.

—¿Y si él me desafía?

—Yo le escribiré ahora mismo.

—¿Y si mis hermanos, vendidos dos de ellos torpemente por él?...

—Media tú, y evita en lo posible el duelo.

—Lo haré, que á Guisa le falta valor, y mis amigos no se baten con cobardes.

—¿Me lo juras?

—Os lo ofrezco solemnemente con una sola condición.

—Habla.

—Continuaréis al lado de Enrique, observando idéntica conducta que en los tres días trascurridos, hasta tanto que él pida el repudio.

—Imposible.

—Entonces mato á Lorena esta noche.

—¿No comprendes que, continuando así, jamás podría el rey separarse de mí?

—Al contrario; yo le aconsejaré el repudio, y optará por él sin que haya escándalo ni sufra la fama de vuestra majestad.

—¿Tardarás mucho?

—Pensaba partir á Madrid antes de quince días; ahora os ofrezco hacerlo á la mitad de ese plazo, y al salir de París quedará todo concluído.

—Entonces acepto.

—Si escribís á Lorena, yo os ruego en bien de la Francia que no le digáis nada de cuanto pasa ni que yo pienso verle. De lo contrario...

—Descuida; me concretaré á prohibirle que desnude la espada contra ti.

—Será inútil; pero si V. M. tiene empeño, hágalo, siempre que se contraiga á eso sólo.

—No tendrás queja de mí.

—Quiero además que lejos de guardar rencor vues-

tra majestad á mi amigo Faure, le estime y proteja.

—No hallo inconveniente en que así sea.

—Es leal, valiente, y merece vuestra estimación.

—Le probaré que no soy vengativa.

—¿Me da V. M. su permiso para retirarme?

—Sí.

—¿Me permite que bese su mano?

—Tómala.

—El cielo perdone á V. M., la inspire y proteja.

—Gracias. Él continúe haciéndote invencible ante los hombres y ante las reinas.

Un suspiro de Margarita y una respetuosa reverencia de Osorio dieron fin á una escena que destrozó el corazón de la primera y coronó con un nuevo triunfo el del segundo. La voluptuosa señora le recibió riendo y le despedía llorando. El duque entró suspirando y partía sonriendo.

CAPITULO XXVIII

La cámara del rey.—A Dreux.—Lo que sucede en Dreux

Salió Flaviano del gabinete donde dejaba á la reina llorando, y cogiéndose al brazo de Faure, al que halló cual muda estatua pegado al quicio de la puerta, le dijo:

—Seguidme, amigo mío.

Y ambos buscaron la perfumada escalera, pisando luégo los deliciosos jardines de Versailles.

El duque añadió:

—¿Estáis satisfecho de mí, general?

—Mucho, cuanto cabe en lo posible; pero la reina nos perderá á los dos.

—¿No escuchasteis nuestra última conversación?

—Sí; temí por vos, y no me separé de la puerta desde el instante en que me mandasteis salir.

—¿Dudáis de la sinceridad de las frases de una dama tan bella y entendida?

—Bella y entendida era también su madre.

—No se parecen en nada.

—¿Juzgáis verdaderos sus ofrecimientos?

—No tiene otro remedio, Faure; me teme en este instante más que á la muerte.

—Si fuese capaz de decir al rey lo contrario de lo que ha ocurrido, contad conmigo, señor duque.

—Si osara vengarse de vos, en España os aguardan una banda y un condado.

—Quién sabe si me obligarán á que os siga.

—No es lo probable; mas si preferís acompañarme, exista ó no peligro, realizaré mi oferta.

—Gracias; tengo en Francia parientes, amigos y afecciones, y sólo los abandonaré en un caso extremo.

—Entonces hablemos de otra cosa. ¿Sois protestante por convicción ó por conveniencia?

—Ni por uno ni por otro; militar desde la infancia, me enseñaron primero á oir misa con devoción y á adorar á Dios, y lo hice con gusto; después me dieron una Biblia, reemplazaron la misa con plática sobre el Evangelio, y acepté ambas cosas sin violencia. Entiendo que la Providencia sólo quiere corazones, le he dado el mío, y poco importa la forma si en el fondo existe la verdad.

—Enrique de Borbón ha abjurado de sus errores y es ya católico.

—¿Quién hizo ese milagro?

—Su conveniencia, la paz de Francia y acaso el cielo.

—Valiéndose de vos, su mejor instrumento.

—Puede, Faure. Lutero era un fraile ambicioso, vengativo y falaz.

—No lo dudo.

—Es indispensable que olvidéis por completo sus doctrinas, y arraiguéis en vuestro corazón las de la Iglesia católica fundada por San Pedro, cuyo primer altar se elevó en el Gólgota, y la que no fué nunca perjura ni tránsfuga como Lutero y la mayor parte de sus secuaces.

—Voy entrando ya en años, y preciso será pensar con madurez y cordura.

—Lo que llamáis vosotros religión protestante es barata y cómoda; pero tengo para mí que lo cómodo y barato suele ser lo más caro, nocivo y pernicioso. No perdáis de vista que en esta cuestión jugáis la tranquilidad, sosiego y bienestar del espíritu, que es inmortal; y que en lo relativo á sacrificios en loor del Mártir del Calvario, con lo mucho se gana todo, con lo poco todo puede perderse.

—Seré católico de corazón y hasta con la espada.

—Mal hecho; los discípulos de Jesucristo convencieron siempre con razones, jamás con estocadas.

—Sublime lenguaje que no oí hasta ahora.

—Pues escrito está en las leyes divinas. Reemplazad la soberbia y la ira con la fe y la caridad; sed buen católico, y al que no os comprenda, compadecedlo, pero nunca atentéis contra él, que harta desgracia es la suya.

—Pardiez, me enseñáis un mundo que desconocí hasta ahora.

—Abrid los ojos, y ¡ay de vos si algún día llegáis á cerrarlos!

—No; sin fanatismo entraré en el nuevo sendero, reemplazando el odio y rencor con la caridad.

—Y con el amor á vuestros hermanos, que son todos los descendientes de Adán.

—Lo malo es que siendo militar y habiendo guerra...

—No importa; defended siempre una causa justa, y herid en propia defensa ó cuando el deber os lo imponga; hay cientos de santos que hicieron lo mismo, y la Iglesia venera, con razón, su grata memoria.

—¡Qué revolución habéis obrado en mis ideas!

—¿Seréis un buen católico?

—Os lo juro. Pero soltad, que estamos á la puerta de la cámara del rey.

—Continuad así hasta que lleguemos á la presencia de Enrique IV.

—No puedo entrar...

—Silencio: á mi lado llegaréis hasta las gradas del trono de Francia.

Y Flaviano gritó á los pajes que le salieron al encuentro:

—Paso al duque del Imperio.

Aquéllos se inclinaron, descorriendo la cortina de la cámara. Faure y Osorio penetraron cogidos del brazo. De pronto se soltaron, exclamando el segundo, fijo en Enrique IV:

—Señor, tengo la honra de presentaros como ardiente católico y mi mejor amigo en Francia, al valiente general Faure.

—Si vos lo habéis convertido, duque, es innegable su fe.

—No conozco hombre más leal y caballero.

—Así debe ser cuando merece vuestros elogios.

—Y todo mi cariño.

—Que cuente con mi protección.

—Eso deseo, gran señor, rogaros que si algo hice por vuestra majestad, por la Francia, reciba la recompensa mi amigo Faure.

—En ese caso le nombraré duque, grande del reino y añadiré cuanto me pida.

—Es modesto, y no se elevan tan alto sus humildes aspiraciones; pretende únicamente que V. M. no dude nunca de la lealtad y amor á su rey, y le otorgue simplemente lo que gane en lo sucesivo con su espada y valor.

—Para que pueda demostrarme lo que vale, di á ese mariscal que se disponga para salir á campaña.

—Señor,—exclamó Faure cortado,—no gané ni merezco esa primera dignidad del ejército francés.

—Lo hecho hecho está; si tenéis alguna queja, contádsela al duque, pero otro día; ahora dejadnos, señor mariscal.

—Gracias, señor.

—A Osorio, Faure, á Osorio; os permito que estrechéis su mano.

El nuevo mariscal obedeció trémulo y sin poder expresar frase alguna. Se inclinó, en consecuencia, ante el rey, miró al duque con ternura y agradecimiento, y anduvo hacia atrás hasta que desapareció de

la cámara. Osorio sonrió al verlo partir con esa satisfacción que brillaba en sus labios siempre que premiaba la lealtad ó hacía el bien de alguno de sus semejantes.

Luégo alzó la voz, y dirigiéndose al rey, le dijo:

—Señor, si V. M. nos lo permite, y estos caballeros opinan como yo, creo que es llegado el momento de partir á Dreux y asegurar con nuestra presencia el triunfo de vuestra causa y la tranquilidad del país.

—Sólo esperaba vuestro regreso para veros marchar; pero no creo conveniente que uséis ese traje; en mi sala de armas hallaréis cotas, cascos y corazas.

—Bien vamos así, gran señor, toda vez que intentamos la paz, acabar con la guerra.

—¿No será temerario?...

—Entiendo que, profesando la mayoría nuestras ideas, debemos inspirarles confianza.

—Como gustéis.

—Todos se pusieron en pie, se despidieron del monarca, y comenzaron á salir, á excepción de Osorio, que, acercándose á Enrique, le dijo:

—Señor, nuestra misión quedará en breve terminada en Francia, y al momento mis hermanos y yo partiremos á España.

—Siento lo último.

—Es indispensable; ya que no cumplamos la voluntad de Felipe II, debemos pronto desengañarle.

—Verdad es.

—Llevo además muchos meses sin ver á mi esposa, sin estrechar á mis hijos.

—Lo comprendo, y ya que yo soy tan dichoso con la mía, os aconsejo, aunque con dolor, que marchéis en busca de la vuestra.

—Al concluir en Dreux volveré á Versailles; dignaos, señor, recibirme solo y dispuesto á oir una noticia que ha de acibarar por muchos días vuestra augusta existencia.

—¿Al fin van á realizarse vuestros temores?

—Por desgracia se han realizado.

—Hablad, que soy fuerte, y há tiempo que me connaturalicé con la desventura.

—Lo sé, gran señor; mas nada debo decir á vuestra majestad hasta que vuelva de Dreux.

—¿Qué intentáis entonces con dejarme presa de una incertidumbre más molesta que el dolor?

—Lo hago, bien á pesar mío, para rogar á V. M. se concrete única y exclusivamente á asegurar su corona y á hacer el bien de la Francia.

—Bien, pero...

—No penséis nada más que en vuestro país.

—Explicadme.

—Señor, me aguardan el príncipe, el arzobispo de París... Concretad vuestras ideas y pensamientos á Francia, sólo á Francia. Y hasta que regrese de Dreux.

Le hizo una reverencia, y desapareció.

En la antecámara se puso su gabán y sombrero; corrió á la posada, y montando en su caballo, volvió á la gran plaza de palacio, partiendo inmediatamente en busca del ejército católico.

Sus cinco hermanos, los Zallas, él, los representantes de París, el arzobispo y cuantos caballeros y soldados les acompañaron desde la capital, corrieron con la velocidad que permitía la carroza en que iban el prelado y sus secretarios. Cada dos leguas mudaba aquélla de tiro, siendo castigados los caballos cuanto era posible. De este modo, y empleando en cada legua cuarenta y cinco minutos, lograron llegar á las cuatro horas de camino cerca de la primera avanzada católica. Allí se detuvieron, rectificando su plan. Después se adelantaron los seis *invencibles*, Zallas y criados, precedidos de dos representantes de París, previo reconocimiento de los cuales, los dejaron avanzar sin impedimento alguno. Al llegar á Dreux sucedió lo mismo, y ya dentro de la ciudad se dividieron en dos grupos, compuestos de los individuos siguientes: en el primero iban un representante de París, el príncipe de Italia, los dos Navarros y Mauro Núñez de Lara, con sus respectivos criados; total, diez hombres, los cuales se dirigieron al palacio del duque de Mayena, al cual sorprendieron en su alcoba. El segundo se componía del duque del Imperio, del gigante Mendoza, ó sea el marqués de Abella, de los tres Zallas, del representante de París y seis criados, formando entre todos un grupo de doce, al que debemos seguir.

Los últimos se encaminaron á la morada del duque de Guisa, dejando antes sus caballos en una posada próxima. Luégo llamaron á la puerta del palacio de Lorena, y dado á reconocer el representante de París, les permitieron entrar. Quedaron, pues, Alvaro Zalla

y los seis criados al pie de la escalera, provistos los siete de catorce pistolas, buenas espadas, cota, coraza y casco, interceptando la guardia con el piso principal del edificio. Los cinco restantes subieron, obligando el representante de París á los criados de Guisa á que despertasen á su amo, en nombre de la patria y para ocuparse de un asunto urgente de la mayor importancia.

Veinte minutos después los recibía Lorena en el mismo gabinete donde tuvo su entrevista con Jacobo de Guzmán algunos días antes.

Guisa conocía, de los cuatro españoles que entraban en su estancia, al gigante Mendoza y á los maestres Fermín y Andrés Zalla, presos por culpa suya y á los que juzgaba encerrados en el castillo de Ibrí. Así es que al encontrarse con ellos en su gabinete á las cuatro de la madrugada, retrocedió dos pasos, confuso, aturdido y trémulo.

El representante de París se adelantó un poco, exclamando:

—Señor duque, tengo la alta honra de presentaros á mi noble y poderoso amigo el señor duque del Imperio, que se halla á vuestra derecha.

Lorena palideció; el otro continuó:

—Al señor, marqués de Abella, mi amigo también, y á los maestres de campo españoles Fermín y Andrés Zalla; cuatro valientes católicos que defienden nuestra causa y nos están ayudando y contribuyen con loable empeño, con heroica decisión al bien de la Francia, á la paz y prosperidad del reino.

Guisa hizo un esfuerzo sobre sí, y disimulando en lo posible la terrible impresión que acababa de recibir, contestó:

—Los cinco seáis bien venidos; honráis mi casa, y os ruego aceptéis un sillón con todo lo demás que necesitéis en este palacio.

Los seis se sentaron, quedando Lorena en medio y muy cerca de Osorio y del gigante Mendoza.

El representante de París añadió:

—Señor de Guisa, mucho he sentido verme obligado á molestaros á esta hora, mas lo acordó así la junta central directiva, á la que pertenezco; era en bien de la patria, y no vacilé en llegar ante uno de sus más apuestos adalides, seguro de hallarlo dispuesto á oirnos.

—Me hacéis favor y justicia, digno representante de París; mi sangre toda pertenece á la patria y al partido que tanto me elevaron, y para combatir por ellos, para hacer su bien, para escuchar á mis parciales, todas las horas son buenas, no hay instante molesto.

—En este caso, os participo que la junta ha dado amplios poderes al señor duque del Imperio, el cual os enterará del grave é importante asunto que nos trae aquí.

—¡A un extranjero!

—La religión que defendemos tiene por patria el mundo, y al que regó con su sangre los campos de Dreux junto al duque de Guisa vuestro antecesor, al héroe que el orbe aplaude y el católico venera, debía

cedérsele en Francia el primer lugar, el puesto más elevado.

—Bien; que hable el duque.

—Ante todo, debo deciros, señor de Lorena,—exclamó Osorio,—que me llamo Flaviano Jacobo de Osorio y de Guzmán.

Guisa le miró con más asombro que nunca, contestándole:

—¡Vos! ¡El duque del Imperio se llama también Jacobo de Guzmán!

—Sí; son mi segundos nombre y apellido, de los cuales hago uso muchas veces en ocasiones dadas.

—Yo creía que al expresar esos nombres hubierais venido solo.

—No; primero debo participaros el resultado que dió la caja, varios otros acontecimientos que ignoráis y os importa mucho saber, y luégo quedaré á vuestra disposición.

—Veo que vuestra fama de hábil y diestro no exagera; al contrario, ¿quién sino vos sería capaz de arrancar secretos y prendas queridas, valiéndose de ángeles como aquella niña?...

—Sí, Eugenia Depás.

—¿Osáis pronunciar su nombre?

—Jamás os hubiera hablado de eso; pero ya que vos descorréis el telón, fuerza será tomar parte en la escena.

—Antes de conoceros os aceptaba con disgusto; ahora, señor de Osorio y de Guzmán, me es imposible tratar con vos.

—No traemos ninguno de los cinco el encargo de formar contratos ni el de haceros proposiciones; eso debisteis suponerlo desde el principio. ¿Qué diría el mundo al saber que yo dejaba mi virreinato de Nápoles, donde vencí á cuantos osaron detener mi paso, para venir á Dreux á formar contratos con los duques de Mayena y de Guisa, derrotados cuantas veces se presentaron delante de Enrique de Borbón? Mis cinco hermanos y yo, unidos á los representantes y arzobispo de París, y seguidos de muchos caballeros franceses y españoles, entramos en Dreux, con objeto principalmente de enteraros de lo que hemos acordado y dispuesto. También pensamos hacer otras muchas cosas; pero ahora me concretaré á significaros simplemente que ya tiene rey Francia, paz el reino y tranquilidad los católicos.

—¡Imposible! Felipe II no podrá ceñir nunca la corona de San Luis.

—¡Qué locura! Deliráis hoy, señor de Guisa; mi rey y señor ostenta la de San Fernando, con la cual dicta leyes á dos mundos, y en verdad que si algo le sobra son vasallos y estados. España, amigo mío, es hoy quince veces mayor que Francia, y me quedo corto.

—Pues entonces, ¿quién puede ser?

—Si tuvierais en cuenta la calidad de la persona con quien habláis, fácilmente se os ocurriría. Nosotros, partidarios siempre de la justicia, le hemos dado el cetro á aquel que tiene más derecho á él, más méritos personales, más talento y valor.

—No comprendo á quién aludís.

—Al verdadero sucesor de Enrique III; á aquel á quien vuestro católico y agonizante monarca le dejó en herencia el trono de Francia.

—¡A Enrique IV! ¡A ese hugonote, que Dios confunda!

—Qué demencia, señor de Lorena; vuestra cabeza se halla hoy descompuesta. ¿Creéis capaces al arzobispo, representantes de París y á nosotros de cometer la imprudencia, la insigne torpeza, mejor dicho, de aceptar por rey á un partidario de Lutero?

—Entonces no os comprendo, y os advierto que vuestro relato parece una burla ridícula y pesada.

—Es el primer hombre que dice eso al duque del Imperio; mas ya que el vulgo me apellida invencible, quiero serlo hasta en la cosa más pueril, y me revisto de una paciencia que me impide arrancar la lengua al torpe que calumnia, al necio que comenta sin conocimiento de lo que hace. Tened calma, y entonces, no sólo veréis justificadas todas mis frases, sino que comprenderéis admirablemente cuanto acontece. S. M. el rey Enrique IV llevó á su lado á Margarita de Valois, la cual sin duda le ha convencido de que vivía en un gran error, y el valiente *Navarro* abjuró ayer tarde, se hizo católico, y en el acto nos apresuramos todos á reconocerle como rey de Francia.

—Pero yo nunca lo haré; mi espada, desnuda siempre, luchará día y noche contra él.

—No es generoso odiar de esa manera al vencedor de Ibrí, ni cuerdo oponerse al deseo de todo un país. Si os hizo sucumbir cien veces, tened paciencia, que

la victoria no es patrimonio de la casa de Lorena. Yo os aconsejo que vayáis á Versailles, y después de besar su mano, le pidáis perdón de vuestras anteriores faltas.

—Iré; pero será al frente de mis ejércitos y con empeño decidido de probarle lo arrepentido que estoy de haberle hecho la guerra.

—Vuestros ejércitos; ¿y dónde están, que nadie los ve?

—En Dreux; sólo aquí cuento con veinte mil hombres.

—Eso era ayer; hoy, en este instante, se entiende la mayoría con el arzobispo y representantes de París.

—¡Maldición! ¡Pronto sabré si es cierto, y de equivocaros, juro á Dios Santo!...

—Calma, señor de Guisa, que aún no he concluído, y es preciso que me oigáis todo lo que tengo que deciros. Sentaos.

—¡No! ¡Paso!

—Hablemos del marqués de Abella y del conde de Monterrubio, vendidos inicuamente por vos, y luégo partiréis.

—¡Mentís! La traición sólo se ve en Jacobo de Guzmán, robador de la niña Eugenia.

—Me consta á mí,—le dijo el gigante Mendoza deteniéndole,—que fuisteis vos el que nos entregó á Enrique IV.

—Os engañaron.

—¡Tan miserable entonces como cobarde ahora!

—¡Mentís!

—No me alcéis el grito y sentaos. Así.

Y Mendoza lo levantó en alto como pudiera hacerlo con un niño, dejándole caer sobre el sillón y sujetándole luégo con su mano de hierro.

A la vez le dijo:

—Estáis preso, incomunicado con vuestra guardia, y os advierto que si intentáis moveros, os deshago el cráneo de un puñetazo. Con el traidor que, fingiéndose amigo, me vendió á nuestro común contrario, no puedo yo tener consideración alguna. Quieto ahí ¡voto al demonio! ó probáis hoy todo el enojo que fomentó en mi alma los meses que estuve por vos prisionero en Ibri.

—Cuidado, señor duque de Guisa,—añadió Osorio con su habitual calma;—sabed que mi hermano Rogelio tiene la fuerza de un león y un poco elástica la conciencia, y juzgándoos con justicia traidor, es muy capaz de estrellaros. Os participo además que, aun cuando quisiéramos evitarlo, suele obrar con tal viveza que llegaríamos tarde.

Abrumado Lorena, dolorido su cuerpo, y sucumbiendo, en fin, ante las descomunales fuerzas del marqués de Abella y las intencionadas frases del duque del Imperio, cayó sobre el sillón sin aliento ni aun para contestar. Su proverbial fiereza quedó anonadada y vencida bajo la potente garra el león.

Recostado sobre su asiento, permaneció mudo algunos minutos, durante los cuales reinó profundo silencio en el gabinete donde se hallaban los seis. Algo más tarde fué interrumpido aquél por el ruido

de los clarines y atambores, y no tardaron en oirse varios cañonazos. Entonces fué cuando se incorporó el duque de Guisa, preguntando:

—¿Qué es eso? ¿Quiénes se baten?

—Nadie,—le contestó Osorio.—La plaza celebra con salvas la abjuración de Enrique IV, lo proclama rey, en tanto que la tropa se dirige á la Plaza Mayor para formar y disponerse á seguirnos.

—¿Qué tropa?

—Pardiez, la de Francia; puesto que ya tiene un solo rey y acabó la guerra, se puede decir con propiedad el ejército de Enrique IV.

—¿El que habéis traido vosotros?

—No; sólo nos acompañó una escolta; es la gente que defendía á Dreux, cuya mayoría de jefes tenian conocimiento de la abjuración de Enrique, y nos aguardaban con impaciencia, ansiosos de que la paz y ventura reemplazasen á la guerra y caos en que yacía este mísero país.

—¡Nos han vendido!

—No; son el rey y los hugonotes los que se pasaron á nosotros.

—Mayena y yo, ¿no merecimos vuestra confianza?

—¿Pues qué hacemos en este instante sino participaros tan grata nueva? ¡Os parece poca honra la de venir nosotros cinco á comunicaros la decisión de su majestad?

—Para mí nunca será rey.

—Lo siento por vos; el que os venció de *Pretendiente*, exhaustas sus arcas y escaso de soldados, ¿qué

no será capaz de llevar á cabo sentado en el trono de Francia?

En este momento oyeron ruido de pasos acelerados, y un momento después se presentó en el gabinete el coronel Grimaud, amigo y confidente de Guisa.

—Señor,—dijo á Lorena,—la plaza ha roto el fuego, y nuestras tropas se arman y corren por las calles. ¿Qué acontece?

—Preguntádselo á Jacobo de Guzmán, duque del Imperio, que os oye.

—¡Era el duque del Imperio!

—Sí, coronel; no obstante vuestra inferioridad en grados y consideraciones, me digno recordaros que ha cumplido el plazo aquel, y no hallo inconveniente en acceder á vuesto deseo.

—Tampoco yo lo tengo; mas es preciso saber antes qué ocurre, quiénes nos atacan, y cuál es mi puesto, mi deber de soldado.

—No os asustéis, Grimaud; los cañones hacen salvas, y la tropa se reune para vitorear á Enrique IV, rey católico de Francia.

—¡Otra abjuración!

—Sí, la última; la que convenía á este país y la que asegura su paz y bienestar.

—¿Qué decís, señor duque de Guisa?

—Que me tienen prisionero; que sólo sé lo que ellos dicen y que son cinco contra mí.

—¡Pero yo!...

El coronel fué á tirar de la espada; mas le sujetó Andrés Zalla por la muñeca, exclamando:

—Si os movéis, la bala de una de estas pistolas atravesará vuestro cráneo.

—¡Traición!

—No,—gritó el duque del Imperio.—Soltadlo, Andrés, y quedad, á la puerta del salón, impidiéndole únicamente que salga. La habitación esta es grande, —añadió dirigiéndose á Grimaud,—y si queréis vengar al duque de Guisa y á vos mismo, espacio y tiempo tenemos de más, y yo me digno, como os he dicho antes, medir mi acero con el vuestro.

—¿Me lo permitís, señor de Lorena?

—Si no teméis á los cuatro restantes, sí.

—Con los cinco me atrevo.

—Os bastará conmigo solo, coronel. Aun cuando visto un sencillo traje de seda y á vos os cubre espesa cota de malla, esos cuatro señores no se moverán de su sitio; es más, si tuvieseis la suerte de matarme, os dejarán salir al duque y á vos, sin oponer la más leve resistencia. Juradlo, amigos míos.

—Lo juramos.

—¡Entonces, en guardia!—exclamó Grimaud.

—Correos al salón,—dijo el duque, tirando de la espada.—Aquí estamos más anchos, ¿Recordáis aquellas balas tan bien dirigidas al corazón de vuestro caballo?

—Sí, como esta estocada.

—Con furia empezáis. Tranquilizaos, que os voy á matar si continuáis tan descompuesto. Pues aquellos proyectiles eran mandados por la misma mano que...

—¡Maldicion!

—No es nada; sólo os toqué en el rostro para imponeros calma. Estáis aturdido, coronel.

—¡Muere!

—Es pronto aún; esa estocada en cuarta prueba que sois maestro en el arte de la esgrima. Con un poco más de aplomo hubierais rozado mi gregüesco.

—¡Maldita sangre fría! ¡Maldito brazo! ¡Otra!

Y se echó á fondo por tercera vez el audaz Grimaud; pero el duque paró el golpe, enroscó su espada en la contraria, y tirando un tajo, hizo saltar el acero hecho pedazos de la mano del coronel. A la vez se volvió á Guisa, preguntándole:

—¿Os gusta el asalto? Gran día, Lorena; la plaza sigue haciendo salvas; las músicas tocan himnos guerreros; la tropa proclama á su rey ¿escucháis los vivas? y el duque del Imperio os divierte en vuestro salón.

—Me habeis vencido, ¡maldición!—exclamó Grimaud.

—¿Pues no sabíais que era invencible? En gracia á lo atenta, fina y cortés que estuvo vuestra esposa con Jacobo de Guzmán, os perdono la vida por quinta y última vez. ¡Guay si me buscáis la sexta!

—Os busco; ahora mismo; permitidme que coja otra espada, y llevaré mi reconocimiento más allá de la tumba.

—¿No os basta la lección que acabo de daros?

—No; y si el miedo dejara de impedir el que fueseis generoso...

—Mucho os temo, quién lo duda; pero invocáis mi generosidad, y no obstante la pavura y aturdimiento

que me atormentan, accedo á vuestro deseo; mas tened en cuenta que va á correr la sangre.

—Eso deseo.

—Dios sabe que me obligáis á lo que no quería.

—Pensaba insultaros...

—Basta; que os dé su espada el duque, y en guardia.

—¿Me la prestáis, señor?

—Sí; honradla, amigo mío. Tomad.

—Poco os quiere Guisa, coronel.

—Al contrario.

—Esperad un momento, que en ello ganaréis mucho.

—Sed breve.

—Cuanto pueda; contestad á una sola pregunta: hecho católico Enrique IV, ¿pensáis obedecerle como á rey y señor, ó unido á Lorena, hacerle la guerra por ambición, torpeza y venganza?

—¿Qué os importa?

—Zalla, si no contesta ese hombre categóricamente, apuntadle con una pistola, ínterin vuestro hermano lo ata de pies y manos; y si se mueve, fuego.

—Ya le tengo encañonado.

—Si no hay otro remedio, os contestaré que mi suerte será la misma que la del duque de Guisa, mi amigo y señor.

—Guardad la pistola, Andrés, y cumplid por segunda vez el juramento que hicisteis anteriormente.

—Os obedecemos.

—En cuanto á vos, señor de Grimaud, debo deciros que, enemigo vos de Enrique IV, me veo en la necesidad de inutilizaros para hacerle la guerra; sois

valiente, muy valiente y no quiero mataros, pero sí quitar á mi amigo Enrique un contrario tan temible como terco é insensato. En guardia. Cuidad el brazo derecho, que os lo busco.

—Y vos el corazón, que os lo encuentro.

—No. ¿Lo veis? Está muy escondido, y vos ciego, á pesar de mi calma y de los rayos de esas luces mezclados con los del sol, que ya empiezan á entrar por aquellos balcones.

—¡Ahora!...

—Esa espada de Lorena no pincha ni corta, y de poco os sirve manejarla bien; fué la que vendió á mis hermanos en Ibrí, y Dios la maldijo por traidora.

—Yo me encargué de avisar al rey.

—Lo ignoraba, pero aplaudo la noticia y la corono...

—¡Muere!

—Y la corono, con esta estocada.

Osorio, más hábil y diestro, más sereno y tranquilo, más valiente y práctico que Grimaud, se echó por primera vez á fondo, atravesando con la aguda punta de su espada la cota y brazo derecho del coronel.

—¡Ay!—exclamó aquél soltando la espada.

—Quedáis inútil para hacer armas contra mi amigo Enrique. Andrés, llevadlo á su alcoba, y que llamen á un médico. No perdáis tiempo.

—¡El infierno os ayuda y protege!

—No; la Providencia, que castiga la maldad en este mundo y en el otro.

—¡Ay si algún dia puedo vengarme!...

—Sois agradecido á la vida que os perdoné y á las

advertencias que os hice. No mováis la cabeza; Zalla, dejad que se apoye en vuestros hombros, sostenedlo, y probad una vez más que sois digno de mi amistad y aprecio.

—Bien, señor; pero esta canalla...

—Obedeced y callad.

—¡Ay! ¡Qué mañana!

Salieron Grimaud y Andrés, regando el primero con su sangre el pavimento que pisaba.

El duque del Imperio los vió desaparecer, limpió la punta de su espada con el pañuelo, y escondiéndola en la vaina, dijo á Guisa:

—La función ha sido completa. ¿Qué os ha parecido, Lorena?

—Que continuáis siendo invencible, y que debéis rogar á Dios siga favoreciéndoos con esa suerte loca é inconcebible, por más que uno lo vea y lo toque.

—¿Conque llamáis fortuna el tirar mejor que ese maestro, el tener más calma y sangre fría, más aplomo y valor y más acierto en fin?

—Es que no se comprenden vuestra destreza y habilidad, vuestra sagacidad y talento, y, á pesar nuestro, nos obligáis á que formemos coro con el vulgo, á que nuestra admiración se una á la suya.

—Pobre Grimaud y pobre Guisa; me desconocen por completo, y no pueden comprender que al pisar mis hermanos y yo la Francia, debía necesariamente cambiar su faz, y al vender ellos al conde de Monterrubio y al marqués de Abella hacían su degracia eterna. Al insultar la hormiga al león no comprendía

lo pesado de una garra que ya la sujeta y aplasta.

—¿Me permitís que salga de mi casa?

—Después.

—¿Qué intentáis?

—Contra vos nada; nosotros gustamos de que el enemigo se reponga y nos salga al encuentro para vencerlo.

—¿Qué os proponéis reteniéndome en este gabinete?

—Aguardo la llegada del príncipe de Italia, y entonces quedaréis en libertad, pudiendo uniros á Mayena y restantes amigos que os quieran seguir. Y hasta me ofrezco á defenderos con mi propia persona si me hacéis un favor.

—Vencido como estoy, sólo me resta obedecer.

—Lo dejo á vuestra libre voluntad.

—¿Qué deseáis?

—Quisiera estampar un ósculo en la pura frente de cierta niña que una noche mereció mi protección y el calor de mi regazo.

—¿Sólo intentáis acariciarla?

—Os lo juro por mi fe de caballero.

—No hay día que el ángel de Dios deje de preguntar por su Jacobo. En el mismo colegio la hallaréis; la dejo entregada á vuestra hidalguía.

—Nada temáis por ella; lejos de eso, os diré que os conviene ocultarla mucho en adelante.

—¿Por qué?

—Porque conoce su historia la reina Margarita.

—¡Maldición! ¿Quién se lo ha dicho?

—Eso no es del caso; guardadla de sus celos, sin

negar su existencia, pues tiene pruebas, y os pondríais en ridículo. ¿No recibisteis ayer una carta suya?

—No.

—Eso prueba que nos adelantamos nosotros, como yo había supuesto.

—¿Qué me decía en ella?

—Os prohibía que cruzaseis vuestro acero con el mío.

—Inútil advertencia ó mandato.

—Ya se lo dije yo; mas se empeñó y las mujeres son tercas.

—¿Qué motiva el levantamiento de su destierro y su unión con Enrique? Vos debéis saberlo, y si tuvieseis la bondad...

—Los enemigos del rey de Francia lo son míos, y no llega mi hidalguía hasta el extremo de venderles secretos que no me pertenecen.

Los seis continuaron hablando media hora más, demostrando el duque de Guisa en sus frases y actitud lo mucho que le habían impuesto las fuerzas de Mendoza, y el valor, destreza y maestría de Osorio. Más que jefe de un ejército y de un partido, parecía en este momento un débil instrumento arrepentido y contrito.

El gigante Mendoza sonreía oyéndole y comparando la altanería que él demostró en su prisión de Ibrí y la dolicidad y pavura de Lorena en aquel gabinete.

CAPITULO XXIX

Siguen los acontecimientos de Dreux.—El ejército católico.—Flaviano, Eugenia Depás y la superiora del convento.—Otra vez á Versailles.

A las siete de la mañana se presentaron en el palacio de Guisa el príncipe de Italia, los dos Navarros y Mauro Núñez de Lara, seguidos de varios caballeros franceses. Todos saludaron á Lorena, ratificando lo que le había adelantado el duque del Imperio.

Cansado el ejército católico de sufrir derrotas, hijas de la torpeza y poco acierto de Mayena y Guisa, hartos tambien de padecer insomnios, trabajos y fatigas, y condolidos del estado de Francia, aceptaron con júbilo la abjuración de Enrique IV; y de los veinte mil hombres reunidos en Dreux, concluían de proclamarle y vitorearlo siete octavas partes, con lo cual quedaban impotentes la soberbia y pretensiones de sus dos jefes principales.

Al entrar el príncipe de Italia en los salones de

Lorena vió la sangre que había vertido Grimaud, y buscando con ansiedad á sus hermanos Osorio y Mendoza, preguntó al primero:

—¿Qué aconteció aquí? ¿De quién es esa sangre que baña el pavimento?

—No te admires, Julio; el coronel Grimaud, enemigo de Enrique IV antes y después de su abjuración, insistía en pelear conmigo, y no obstante haberle perdonado la vida cinco veces, me obligó á desnudar la espada la sexta, y perdió el brazo derecho.

—¿Sólo eso ocurrió aquí de particular?

—Eso sólo.

—Señor duque de Guisa,—añadió Silva, dirigiéndose á Lorena,—el rey de Francia tiene abiertos los brazos á todos sus hijos. Si queréis aprovechar tan propicia ocasión, seguidnos, y yo mismo os presentaré á Enrique IV; de lo contrario, quedáis en libertad, en unión de vuestros amigos, para ir donde más os agrade.

—Gracias, príncipe; lo pensaré, obrando según me dicte mi conciencia.

Seguidamente se despidieron del señor de Lorena todos los presentes, y unidos á los tres Zallas y criados, salieron de allí, preguntando Osorio en medio de la calle á su hermano Julio:

—¿Y el duque de Mayena?

—Sorprendido como Guisa y rodeado de nosotros, permaneció prisionero hasta hace poco, dando lugar á que los representantes y arzobispo de París reunieran el ejército, lo arengasen, convenciendo á la mayoría

de la conveniencia de seguirnos; quedan, pues, dieciocho mil hombres próximamente esperando que les mandemos partir, y los duques de Guisa y Mayena sufriendo las consecuencias de la horrible traición realizada con Rogelio y Mauro.

—¿Les seguirá mucha gente?

—Dos mil hombres poco más ó menos. Pudimos habérselos llevado atados á Enrique IV, mas bueno es que nos conozca como enemigos y como caballeros.

—¿Adónde vamos ahora?

—A la plaza, donde montaremos á caballo, regresando inmediatamente á Versailles.

—¿Nos acompaña el ejército?

—Sí, pero al perder de vista á Dreux nos adelantaremos los seis, Zallas y criados.

—En ese caso, la artillería necesita tiempo para preparar los trenes, y es posible que no podamos partir hasta las diez.

—Probablemente sucederá eso.

—Entonces te participo que há cerca de veinticuatro horas no pruebo alimento alguno, y deseaba pasar á un colegio que se halla próximo, en el que debo hacer una visita y en el que podré desayunarme.

—Bien; que te acompañen nuestros cuatro hermanos, en tanto que yo realizo lo propio con estos caballeros y los Zallas en el palacio habilitado en la plaza para el arzobispo y representantes de París. Vosotros, —añadió á los criados,—almorzad también en la posada, llevando al concluir los caballos á la puerta del citado edificio.

Así lo hicieron, siguiendo al príncipe los que concluímos de citar, y el representante de París que había acompañado al duque hasta aquel momento.

—Osorio, Mauro, los dos Navarros y Mendoza, envueltos en sus gabanes de pieles y calados los chambergos, cruzaron varias calles de Dreux, hallando multitud de jefes y soldados que, provistos de sus equipajes, se dirigían á la Plaza Mayor, vitoreando al rey.

Sin desplegar los labios, nuestros cinco *invencibles* llegaron al convento ó colegio que ya conocen nuestros lectores, llamando el duque del Imperio, y quedando junto á la verja de hierro.

Instantes después se presentó una profesora, temblando y azorada.

—Nada temáis,—le dijo Flaviano;—soy el duque del Imperio, y estos señores mis íntimos amigos. Abrid, y llevadme á la celda de la superiora.

Así lo hizo aquélla.

Nuestro invencible añadió, después que hubo saludado á la última:

—Disfrazado una noche y usando mi segundo nombre y apellido, penetré en este colegio; lo que ocurrió después ya lo sabéis. Hoy vuelvo con objeto de pagar los daños causados, dar un beso á la niña Eugenia, con permiso de su padrino, y participaros que acabó la guerra con la abjuración de Enrique IV.

—Ahora que os conozco,—contestó la superiora,—no me extraña nada de lo que aconteció aquella noche. Dicen que sois terrible, señor duque.

—No lo creáis; con mis enemigos algo atrevido; pero con los restantes un cordero.

—Y estos caballeros, ¿podría saber?..

—Gente pacífica como yo; el señor duque de los Andes, los condes de Santomera y de Monterrubio y el marqués de Abella.

—¡Jesús! ¡cinco *invencibles*!

—Sí, el sexto se halla en la Plaza Mayor.

—Ese será el príncipe de Italia. Há más de diez años que estoy oyendo hablar de vuestros gloriosos hechos de armas y de vuestra hidalguía. Casi, casi me aficioné á vosotros.

—En castigo, madre superiora, os impongo el deber de proporcionarnos un desayuno lo más espléndido posible.

—Con mucho gusto; tengo aves, ricas magras y todo lo necesario.

—Dadme vuestra mano.

—Tomad. ¿Qué es esto?

—Nada.

—¡Un bolsillo repleto de oro!

—Quinientos ducados nada más para que reemplacéis las cortinas y muebles del gabinete de dibujo.

—Yo no puedo tomar tanto dinero, señor; pues si no vale eso todo lo que hay...

—¡Un desaire al duque del Imperio! ¿Qué dirá el mundo, madre superiora? Aceptadlo, ó vuelvo á pegar fuego al convento.

—Sea la cuarta parte.

—No; cuanto existe ahí.

—Señor...

—Os lo mando, como dueño que soy de Dreux.

—¡Válgame Dios!

—No hay excusa. Que nos dispongan pronto el almuerzo, y traedme á la niña Eugenia. Os advierto que debemos partir inmediatamente.

—Al instante vuelvo.

—No digáis á Eugenia quién le espera.

—Grata sorpresa le aguarda.

Salió la directora, sentándose en su celda los cinco. Así esperaron quince minutos que tardó aquella en volver, llevando de la mano á la hija natural de Güisa.

La niña les hizo una reverencia, quedando parada frente á Osorio; pero sin reconocerle por completo.

—¿Quién eres?—le preguntó por fin.

—¿No me conoces, Eugenia?

—¡Jacobo! ¡Tú eres Jacobo! Tu voz me lo dice.

—Sí, hija mía. Ven á mis brazos.

Y los dos se estrecharon, sentándose la niña sobre el muslo del duque.

—¡Qué guapo vienes, Jacobo! Todos los días pregunto por ti y nadie me contesta.

—Te ofrecí en La Queue venir á verte, y ya ves que cumplo mi palabra.

—Otro beso y otro abrazo.

—Y cien.

—¿Qué llevas al cuello? Déjame que suelte el gabán. ¡Jesús! Collar de oro con un corderito. Y esta cruz del costado, ¿por qué la tienes?

—Indica la orden de caballeros á que pertenezco.

—¿Y esta banda roja?

—Esa dice que soy general.

—Como mi padrino.

—Una cosa parecida. ¿Almorzarás conmigo?

—Sí, y luégo iremos donde tú quieras. ¿Recuerdas aquella noche? ¡Con qué cuidado me llevabas para que no me cayese! ¡Y cómo corría tu caballo! ¿Sabes lo que digo? Que pareces un duque.

—Lo soy, hija mía.

—¿Y esos caballeros?

—Entre ellos hay dos condes, un marqués y otro duque como yo.

—¿Son amigos tuyos?

—Algo más; son mis hermanos.

—Y no les he dado un beso. ¿Me dejas?

La niña Eugenia, que demostraba un talento poco común á su edad, siguió media hora formando la delicia de los españoles. Los cinco eran padres, y tenían, en consecuencia, simpatías por todos los niños. Luégo se sentaron á la mesa los seis, sirviéndoles los dependientes del colegio un rico y abundante almuerzo. La niña continuó hasta el final admirando á nuestros valientes, que hubieron de dejarla, por último, enternecidos ante los sollozos y ayes que exhaló al saber que partían de Dreux. Eran las nueve y media, y Osorio le dió el último abrazo, y estrechando la mano de la superiora desapareció de allí, acompañado de sus cuatro hermanos.

Poco después de las diez montaron á caballo, vie-

ron desfilar por delante de ellos á casi todo el ejército católico, yendo delante la carroza del arzobispo de París, y detrás, seguidos de la escolta que llevaron, los dieciséis representantes de la capital.

Los *invencibles* y Zallas se despidieron del uno y de los otros, y por camino más corto, aun cuando no tan bueno, partieron en dirección á Versailles, seguidos de sus nueve criados.

A un trote largo y sostenido anduvieron cinco leguas, al fin de las cuales se detuvieron para dar pienso y algo de descanso á sus cuadrúpedos. Mientras los sirvientes verificaban esto, preguntó el príncipe de Italia al duque del Imperio:

—Y bien, hermano, terminada la guerra, ¿qué nos resta hacer en Francia?

—A vosotros despediros únicamente de vuestros amigos y del rey, á mí convencer al último de la imperiosa necesidad de que repudie á su mujer.

—¿Al fin te ves obligado?...

—Desde el principio lo temimos ambos, y no nos hemos equivocado.

—Mal rato vas á dar á Enrique de Borbón.

—Terrible; y en verdad que no lo he de tener yo muy bueno.

—En ese caso dispón las cosas como juzgues más conveniente.

—Soy de parecer que vosotros sigáis hasta París, mandando inmediatamente los equipajes con Alvaro Zalla y cuatro de nuestros nueve criados. Mañana despedíos de todos vuestros amigos, y regresad á Versai-

lles cerca de anochecido. Veréis por última vez al rey, pasaremos allí la noche, y al amanecer del día siguiente saldremos en dirección de Madrid.

—¡Bendito el cielo que nos proporciona tan suprema felicidad!

—*Amén*, —contestaron los cinco hermanos restantes.

Osorio añadió:

—Si á vosotros os parece así, ¿qué diremos Rogelio, Mauro y yo, que há más de ocho meses no vemos á nuestras esposas é hijos?

—Lo mismo nos sucede á nosotros,—exclamaron los tres Zallas.

—Os sobra razón á los cinco,—prosiguió el príncipe;—y puesto que se halla próximo el día de nuestra dicha, ocupémonos de los medios de abreviar en lo posible. ¿Con quién te quedas en Versailles, Flaviano?

—Me basta con Ros.

—¿Necesitarás el traje de camino?

—Sí, que lo traiga tu criado con el de mi sirviente, y ellos llevarán en las maletas los que ahora usamos.

—¿Vas á parar al palacio de Enrique?

—No; me alojaré en la fonda de *París*.

—Bien hecho. ¿Tienes algo que encargarme?

—Nada; que os espero mañana por la noche en mi *hotel*.

—No faltaremos.

Algo más tarde tornaron á montar á caballo, sin detenerse ya hasta que llegaron á Versailles. Allí se despidió el duque de sus hermanos y Zallas, y con

Ros se dirigió al palacio real, en tanto que aquéllos continuaban hacia París.

Sigamos al primero.

—Echó pié á tierra Flaviano, y encargando á su sirviente que le aguardase en la fonda de *París*, penetró él en el palacio, hallando á los pocos pasos que dió al mariscal Faure, que le recibió con los brazos abiertos.

—Pronto habéis dado la vuelta, duque,—le dijo.

—Sí, en Dreux queda todo concluído, y aun cuando Guisa y Mayena proseguirán haciendo la guerra á Enrique IV, bastará con vos y cuatro ó seis mil hombres para destruir sus ilusiones, si es que aún se forjan algunas. ¿Y su majestad?

—En este momento se halla en el comedor.

—¿Con su esposa?

—Y lo que es peor, más tierno y amante que nunca.

—¡Infeliz! ¿Podrán avisarme cuando acabe de comer?

—Sí; sentaos, que al terminar vendrá un alférez á papticipármelo; yo también aguardaba lo mismo.

—Entraré solo; y mientras hablo con él, decid á la reina que rehuya toda entrevista con su marido hasta mañana por la noche en que nos presentemos vos y yo en su regia cámara.

—¿Accederá?

—Sí; hemos quedado amigos. Añadid que el duque continúa bueno y en libertad.

—¿Qué duque?

—Basta con que ella lo comprenda.

—¿Sabéis quién ha venido?

—No.

—El marqués de Canillac.

—¿Qué hizo?

—Habló con el rey, y quiso ver después á Margarita, pero ella se excusó sin permitir que entrara.

—Lo comprendo: no necesita ya de él y lo desprecia.

—Exactamente. El buen marqués lo entendió así, y sale esta noche de Versailles, jurando no volver más.

—Y la corte y jefes hugonotes, ¿qué dicen del cambio del rey?

—Unos se han apresurado á abjurar, y otros, sabiendo que el monarca los conserva en su gracia y en los puestos que ocupan, prosiguen inmóviles en sus cargos, alegres y satisfechos.

—¿Y el ejército y pueblo protestantes?

—Se les ha ofrecido tolerancia completa, y han sucumbido ante la fuerza de los acontecimientos.

—Muy bien; se cumplió mi deseo en todas sus partes.

—Murmuran algunos sobre mi ascenso á mariscal.

—Dejadlos que os envidien, y si por acaso llegaran á insultaros, dad un par de lecciones, y con eso bastará para que se cierren todas las bocas y en lo sucesivo tengan más cautela.

—Lo haré.

—¿Hablasteis hoy con la reina?

—Dos veces.

—¿Está atenta con vos?

—Cariñosa hasta el punto de haberme obligado á que estrechase su blanca y torneada diestra.

—Ayer me temía á mí solo; hoy lo hace también con el mariscal Faure, amigo y protegido del rey.

—Tenéis más talento que Salomón. ¿Por qué no os quedáis en Francia? Se alegraría Enrique IV...

—Gracias. Mañana por la noche parto para Madrid, y en verdad que lo anhelo tanto ó más que continuar viviendo.

—¿Por qué?

—Há cerca de un año que no veo á mi esposa é hijos.

—Razón que no me es dado combatir.

En este instante se presentó un alférez participando á Faure que el rey le aguardaba en la cámara.

Osorio quitó el polvo de su ropa, y dejando el gabán y sombrero en la antecámara, penetró, sorprendiendo á Enrique IV, que le alargó la mano, preguntándole:

—¿Qué ocurre, duque? ¿A qué desgracia debo tan grata sorpresa?

—Señor, triunfamos en Dreux, y me adelanté para daros nueva tan importante.

—¿Me reconoció el ejército católico?

—Dieciocho mil hombres juraron vuestras banderas, y mañana por la noche llegarán á Versailles, en pos del arzobispo de París, y seguidos de los dieciséis representantes de la capital, caballeros y numerosa escolta.

—Muy bien, amigo mío. ¿Y Guisa y Mayena?

—Al frente de dos mil adictos, y unidos más tarde á todos su amigos, parientes y allegados, os provocarán á guerra sangrienta; pero bastará, en mi concepto, con que les mandéis á Faure acompañado de cuatro ó seis mil hombres.

—Por supuesto. Enrique IV no desnudará su espada contra esos *malandrines*. ¿Hubo algunas desgracias en Dreux?

—Sólo el coronel Grimaud, al que perdoné la vida cinco veces; se empeñó en matarme, y perdió en la refriega el brazo derecho.

—Pues es muy valiente.

—Cierto; pero le ciega la soberbia, y sucumbirá siempre ante los hombres de sangre fría.

—¿Presenció el duelo Guisa?

—Sí, señor.

—¿Tembló?

—Poco menos.

—Contadme el lance.

—En La Queue, respetando su persona, le maté cuatro caballos, sin que recibiese otro daño que las caídas consiguientes; debía favores á su esposa, y me impuse la obligación de respetar la existencia del marido. En los salones de Guisa lo desarmé, rompiendo su espada; insistió, y osando decir que continuaría haciendo la guerra á V. M., le permití que cogiera el acero de Lorena, y cuatro minutos después atravesé su brazo derecho, con ánimo de que quedasen en ilusión sus intenciones contra el rey de Francia.

—¡Cuánto os debo, duque! ¿De qué modo podría recompensar vuestros sacrificios?

—Concediéndome á las nueve una entrevista, y asistiendo á ella V. M. revestido de todo el valor que abarca su potente corazón.

—¿Todo lo necesito?

—Y que baste, señor.

—Por Dios, que ha de sobrarme.

—Haga el cielo que no se equivoque V. M.

—¿Qué más deseáis?

—Que nos deis vuestro permiso para salir en la madrugada de pasado mañana para Madrid.

—¡Tan pronto!

—Señor, es mi único deseo, mi constante aspiración; me aguardan con los brazos abiertos, há cerca de un año, mi esposa, mis hijos...

—Basta basta. Partid cuando queráis; mas es preciso que la Francia, agradecida, os demuestre su reconocimiento.

—Señor, no me es dado aceptar ni un puñado de tierra de este país. Juzgarían amigos y extraños que me había vendido, y la nobleza de los hechos aparecería negra como el cinismo y el crimen. Tengo, por otra parte, cuantos honores se pueden dar en España; algunos de Francia, otorgados por Carlos IX; soy general de Venecia, de Malta, de Alemania, y me sobran riquezas para que mis hijos no carezcan de nada en el mundo.

—Sea todo por Dios. Bien quisiera probar que nací agradecido, pero me inclino ante razón tan po-

derosa. Me habéis hecho dichoso, y mi esposa...

—De ella nos vamos á ocupar esta noche.

—¡Qué decís!

—Y de vos. Permitidme ahora que me retire.

—¡Qué terrible duda llega á mi alma!

—Por ahí debe empezar; no olvidéis el valor de que blasonasteis poco há.

—Voy á verla...

—Yo os suplico, señor, que continuéis despachando asuntos de Estado hasta que vuelva.

—La incertidumbre destrozará mi alma.

—Cómo ha de ser; tened paciencia, que así lo quiere Dios, y no hay medio de oponerse á lo que ordena su soberana voluntad.

—¡Duque, me faltan las fuerzas!

—Y el tan decantado valor, ¿dónde está?

—Lo tendré; no tardéis.

—A las nueve en punto besaré los pies de V. M.

—Me siento en mi bufete, y os aguardaré escribiendo.

—El cielo bondadoso robustezca el ánimo y fortaleza de V. M.

—Gracias. Adiós.

Salió el duque, y cogiendo su gabán y sombrero que tenía en la antecámara, fué á partir, siendo detenido por Faure, que le preguntaba:

—¿Os marcháis?

—Sí, amigo mío, voy á comer. ¿Queréis acompañarme á la mesa?

—Ya es tarde, y espero además las órdenes del rey.

—Si no os llama, evitad el presentaros á él esta noche y mañana.

—¿Por qué?

—Es indispensable que conozca á su mujer y la repudie, y ya le hice algunas indicaciones respecto al particular.

—¡Pobre señor! ¡Vais á destrozar su alma!

—Es preciso.

—Huiré de él hasta que pase la tormenta.

—Yo destruiré en las dos entrevistas que aún hemos de efectuar una gran parte del daño que voy á causar en su corazón.

—No perdonéis medio ni sacrificio alguno.

—Es inútil la recomendación.

—Lo creo, incomparable amigo.

—¿Visteis á la reina?

—De su cámara salgo en este instante.

—¿Qué dice?

—Le di vuestro recado, y después de hacerme varias preguntas relativas á lo ocurrido en Dreux, se retiró al lecho, pretextando que estaba enferma. Al salir le oí dar la orden de que no quería ni le era dable recibir á nadie, ni aun á su esposo.

—¿Le participasteis que iré á verla mañana por la noche?

—Me contestó que no se levantaba de la cama hasta que yo le avisara vuestra presencia en el palacio.

—Muy bien. Volveré á las nueve.

—¿En dónde os alojáis?

—En la fonda de *París*. Después que salga de la

cámara descansaré; mas si podéis, id á visitarme, y pasaremos juntos el día.

—Perfectamente; de ese modo me complaceré á vuestro lado, y á la vez me libraré del rey, pues sabiendo éste que os hago compañía, no se atreverá á llamarme.

—Bueno será que desaparezcáis en estos momentos.

—No puedo; me encargó que permaneciese en el palacio.

—Si os hace entrar, contestadle con monosílabos.

—Lo verificaré.

—Hasta luégo.

—Dios os acompañe.

El duque salió del palacio real, entrando poco después en la fonda de *París*.

—Ros,—dijo á su criado,—¿tengo habitación?

—La mejor del establecimiento.

—¿Oiste que mañana dormirán mis hermanos aquí?

—Sí, señor; tendrán camas y cuanto necesiten.

—¿Me dispusieron comida?

—Abundante y rica.

—Que me la sirvan al momento.

—¿Contáis con apetito?

—Mucho.

—Seguidme, que puesta se encuentra la mesa.

Y Osorio se sentó, dando principio poco después á la comida. Un camarero llevaba los platos, y Ros le servía las viandas como de costumbre.

—Nunca he comido con el apetito que últimamente en Francia,—dijo Flaviano trinchando un ave.

Ros le contestó:

—Os habéis repuesto completamente, y hasta creo que empezáis á engruesar.

—No será, vive Dios, por la vida patriarcal que llevamos.

—Al contrario, jamás corrimos tanto.

—Mañana partiremos á Madrid, y al llegar todo habrá concluído.

—Me estremece la noticia.

—Antes de dos meses me estarás completamente reconocido.

—Señor, dejadme soltero, y os juro enmienda completa.

—No me fío, Ros, ni debo consentir que continúes en esa vida aventurera y expuesta. Ya he escrito á tu señora en ese sentido, y si quieres seguir á nuestro lado y contar siempre con nuestro aprecio y consideración, es indispensable que elijas una mujer digna de ti, te cases, y luégo pides la plaza que quieras en mi palacio. Te regalaré además mil ducados.

—Señor, ¿no hay remedio?

—No.

—Pues me resigno.

—Me complace la abnegación, y estoy seguro que me lo has de agradecer.

—Consiste en que nunca supe desobedeceros; en que os quiero tanto, en fin, cuanto que no supe hacer cosa contraria á vuestra voluntad.

—Tampoco te impongo ningún sacrificio, Ros; quiero que te cases para que vivas tranquilo, sosega-

do, y pruebes las dulzuras de un estado que calumnias por lo mismo que lo desconoces.

—Como dicen algunos que el matrimonio es el infierno, porque los hombres somos dominantes, las mujeres débiles y travieso el diablo que se mete entre los dos...

—Eso no tiene relación alguna con el hombre que sabe elegir, educar, es tolerante, y mira, por último, á la mujer como su querida y preciosa mitad.

—No cuestiono; cerraré los ojos, y á la mar.

—Yo te guiaré, y es indudable que serás dichoso.

—¡Ay! Dios os oiga.

El duque concluyó de comer; después mandó á su sirviente que limpiase nuevamente su traje y lo arreglara en lo posible, y más tarde salió del *hotel* en dirección del palacio real. Caminaba triste y ensimismado, pues sabía que iba á destrozar el corazón de Enrique IV. Su entrevista con el rey empezaba ya á amargarle mucho más que todos los acontecimientos que logró realizar hasta entonces; pero convencido de que era indispensable abordar la cuestión, y oyendo las nueve de la noche, entró en la cámara real, sereno y tranquilo, aun cuando abrumado por el peso de un deber cuyo cumplimiento no podía eludir.

CAPITULO XXX

Abnegación de un esposo.—Satisfacción de la mujer sin freno. A Madrid.

Se hallaba Enrique IV escribiendo, cuando oyó á sus pajes que anunciaban al duque del Imperio, y alzó la cabeza, demostrando ansiedad é incertidumbre.

—Bien venido, Osorio,—le dijo;—cada hora que ha trascurrido me pareció un año.

—Se lee eso mismo en el semblante de V. M. ¿Con quién hablasteis desde que yo me retiré hasta ahora?

—Con nadie; varios se hicieron anunciar, pero á ninguno recibí. Hallé mi corazón atravesado por un dardo agudo, y sólo me encontré dispuesto á dejármelo sacar por vos.

—Muy bien; ya está aquí el facultativo, y en breve os sanará.

—Sentaos junto á mí. Más cerca aún.

—Gracias.

—Sólo á vos, hombre á quien tanto debo y á quien estimo más, podría yo perdonar el daño que me ha causado.

—Mal principio, señor; mucho puede lograr el médico, pero si el enfermo se amilana, debilita y destruye su fuerza moral, se estrellará la ciencia de Galeno ante la impotencia de la víctima. Las batallas morales se parecen mucho á las que dan los ejércitos en campo abierto, y el que en unas es tan valiente, hábil y sereno, puede demostrar en las otras que no existe nada capaz de intimidarle ni hacerle sucumbir. ¡Cuántas veces acababa yo de batirme con la espada, y me veía obligado á luchar moralmente conmigo, por desear el corazón una cosa y otra la inteligencia! Y triunfé de los hombres y hasta de mí mismo, para lo cual me bastó querer. Hé aquí una prueba: he podido marcharme á España, evitando esta entrevista, terrible á vuestra majestad, pero á mí...

—Comprendo, duque; decid lo que os agrade, que no me ha de faltar valor.

—Por eso justamente me he quedado. Al dejaros sentado sobre el trono, no he debido consentir que vuestra majestad caminase á ciegas en un asunto que le importa mucho; y comprendiendo que no iba á entenderme con un sér débil y asustadizo, todo lo he arrostrado en obsequio de V. M.

—¿Qué debo hacer, Osorio? ¿Qué me aconseja el hombre de más talento que conozco?

—Señor, V. M. es ya rey único de Francia, y es

preciso que vaya pensando en el heredero que le pueda reemplazar un día dignamente en el alto puesto á que Dios se dignó elevaros.

—No os comprendo, duque.

—La reina Margarita es estéril.

—Eso no importa; joven aún, podrá todavía dar á la Francia el sucesor de Enrique IV.

—Lleváis catorce años de casado, y ya no es lo probable que suceda eso, ni el país debe estar atenido á una inseguridad que ofrece en lo sucecivo alterar de nuevo su paz y ventura.

—¿Y qué debo yo intentar en ese caso?

—Fundado en tan poderosas razones, pedid al Padre Santo que autorice un repudio, y unios á otra mujer que os dé el sucesor necesario á este reino.

—¡Repudiar yo á Margarita, á mi bellísima y encantadora esposa! Nunca; no lo hice cuando la juzgué criminal, ¿cómo ahora que se presenta inocente, casta?...

—¡Señor, por Dios Santo!...

—Vano empeño, duque; reconozco que habéis hecho por mí cuanto cabe en lo posible; mas os ruego no os mezcléis en un asunto en que nada lograréis de mí. Asegurada la victoria, yo daré paz y ventura á Francia, y con el tiempo un digno sucesor. ¡Pobre Margarita! Estos hombres todo lo posponen á los negocios de Estado. Perdonad, Osorio, si os digo que, avezado á las intrigas palaciegas y junto al terrible Felipe II, habéis logrado, á fuerza de dominar tanto vuestro corazón, haceros insensible á lo más grande

y sublime que existe en la tierra. Sólo así se explica que me propongáis la adopción de un repudio, que no puede aceptar jamás un caballero.

—Gracias, señor, por la alta idea que habéis formado de mí; pero es el caso que ni el rey don Felipe II ni yo somos capaces de cometer una villanía. Ni él pudo enseñarme en una escuela que rechazó siempre por indigna, ni yo soy aficionado á burlarme de los seres á quienes siempre defendí y honré.

—Entonces no se explica vuestra propuesta.

—Creí, señor, que había adivinado V. M. la verdadera causa que me obligaba á aconsejaros hoy el repudio.

—¡Osorio, destrozáis mi alma!

—Que os debilitáis, señor, y estamos en lo más recio de la pelea.

—¿Es adúltera mi esposa?

—¿Eso me preguntáis? ¿Llegué al término de mi carrera para descender á ruin y miserable delator? Yo desconozco la vida privada de las reinas y la de las restantes mujeres, concretándome únicamente á averiguar lo que hace la mía.

—Vos me probasteis con aquellas cartas que Margarita era inocente.

—Os repito, señor, que yo no acuso de adúltera á S. M., ni desempeñaré jamás tan repugnante oficio ante los hombres ni contra ninguna pobre mujer.

—Entonces, ¿qué queréis decirme?

—Tranquilizaos, señor, y lo sabréis.

—Ya lo estoy.

—Llamad en vuestro auxilio todo ese valor de que con razón hace alarde V. M.

—Le tengo de sobra. Hablad.

—Quise que adivinaseis, mas no está sereno vuestra majestad, y me veo obligado á demostrarle mi pensamiento franca y categóricamente.

—Mejor es.

—Yo hubiera preferido lo contrario.

—No: evitad rodeos, y sepa de una vez lo que el destino me reserva.

—Oidlo, señor; vuestra esposa no os ama.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Ella.

—¡Os engañó!

—Perdonad; en pro de la Francia, de su tranquilidad y ventura, fingió halagos y caricias para tener derecho y medio de aconsejaros que entraseis por el recto sendero del bien por donde ya camináis.

—¡Luego fué un instrumento vuestro!

—Yo opino que la obligaba la Providencia.

—¡Qué intriga tan horrible, qué desengaño tan cruel! Mas no importa; yo le demostraré día y noche mi amor; rendido á sus plantas, imploraré un átomo de cariño por cada mundo de ventura que yo la ofrezca.

—Será inútil; la que no os amó nunca, persiste en seguir indiferente á vuestros halagos.

—¿También os lo dijo ella?

—También.

—Duque, excitáis mis celos, y yo puedo por un

momento dejar de ser rey, y encerrados vos y yo, con dos buenas espadas...

—Señor, os repito que marcho mañana á España, con ánimo resuelto de no volver más á Francia, y os juro por el Dios que nos oye, que amo tanto á mi esposa como leal le he sido desde que la Providencia se dignó bendecir nuestra santa unión.

—¿Os quiere ella?

—Con idolatría; soy además el padre de sus hijos, y estoy seguro que una infidelidad mía la llevaría á la tumba. Pero ya no la teme; le consta de una manera indubitable que su esposo no cede á nadie en caballero y leal.

—¡Por qué no he de poder yo decir lo mismo! ¡Por qué me negó el cielo la dicha que otorga al más infeliz de la tierra! ¡A cualquiera le es dado decir en Francia: mi esposa me quiere, menos á mí, que habré de exclamar: mi mujer me aborrece! ¡El ídolo que yo adoraba, el oráculo ante el cual rendía culto, abrió sus labios para sólo maldecirme, para contestar con ironía y sarcasmo al noble y puro amor que emanaba en mi pecho! ¡Osorio, esta prueba se hace superior á mis fuerzas; no puedo, no puedo soportar tal desgracia; la amo tanto!

—Pemitidme, señor, que os demuestre lo ofuscado que os halláis.

—Imposible; deliráis, duque.

—Veámoslo: aun cuando Dios os negase la dicha por que suspiráis, os dió en cambio un trono que os eleva al puesto más encumbrado de Francia. Os otor-

gó además talento, valor, y un poder y riquezas que no es fácil enumerar.

—¿Qué me importa todo eso, si me condena á vivir para llorar, á llorar para morir?

—Al contrario; bondadosa la Providencia con vos hasta el infinito, os hizo rey, y nada os niega; tenéis hasta un derecho del que sólo los monarcas usan, y que puede formar vuestra ventura, si os decidís á hacer uso de él.

—Cada vez os comprendo menos.

—Puesto que Margarita no os amó nunca, puesto que yo la obligué con súplicas y consejos á que intentara siquiera aficionarse á un rey tan caballero, y puesto que en su ensayo adquirió sólo repugnancia y hastío, intolerancia y malestar, seguro de que no os puede querer, haced uso del derecho que tienen los reyes, repudiadla, y unios á una mujer bella, encantadora, que os haga feliz, y colme vuestros halagos con un mundo de ventura que desconocéis. Dios misericordioso acaso os conceda hijos, y entonces llegará al infinito vuestra dicha. Pardiez, si á mí me ocurriese lo que á vos, tendría derecho á quejarme; pero vuestra majestad no, toda vez que debe ganar mucho en que suceda así.

—Falta que ella se conforme con el repudio.

—Lo desea, señor; forma su anhelo.

—¡Maldición! ¿Os lo ha dicho ella también?

—Varias veces.

—¡Vos, duque, sois incapaz de engañarme, y bien comprendéis que á nada conduciría intentarlo; os creo,

y juro por mi honor que ya aborrezco, que odio á esa mujer!

—No llevéis las cosas al extremo; ahogad vuestra pasión, matadla, destruidla, obrad con calma y cordura luégo, y concluid por compadecer á una mujer que se aleja del trono y del bien para caminar probablemente al abismo. Me consta que hizo algo por aficionarse á vos, y he visto que nada ha logrado, á pesar de sus deseos.

—Gracias, duque del Imperio; me acabáis de prestar un servicio, que de verme obligado á recompensarlo, sería poca toda mi sangre vertida en vuestro obsequio. Dejadme que estreche vuestra mano. ¡Oh, su calor vivifica mi existencia y presta fuerza á mi espíritu! Abristeis un libro, escrito con talento que yo os envidio, y leí en él la solución de un problema que me hará dichoso. Hasta la ira y el despecho van desapareciendo de mí oyéndoos hablar, mirando esa elevada frente tan noble y generosa.

—Eso es, gran señor; valor, calma, cordura; hé ahí las grandes armas con que todo se combate, arrancando á la postre un triunfo que siempre niega la suerte al soberbio, al iracundo, al torpe. Me complace tanto el estado á que pude conduciros, que ya bendigo al cielo, hallando en él la recompensa á lo mucho que sufrí al principio de esta escena.

—¿Creéis, por ventura, que el Padre Santo, á quien tanto debo, me otorgará el repudio indispensable á mi futura felicidad?

—Quién lo duda. Mañana lo pedís vos, el príncipe

de Italia, el hijo y heredero del Santo lo recomendará, demostrando la razón que os asiste y lo imprescindible de él, y tened seguro, señor, su buen resultado. Mas conviene que sólo lo sepan Margarita, vos, mi hermano Julio y yo.

—Eso deseo.

—Ínterin llega, estad afable con vuestra esposa; sentaos á su lado en la mesa, cededle un asiento en el trono, y que nadie, ni aun ella, pueda sospechar que os halláis violento, que sufrís, que vuestra alma es pequeña y sucumbe ante los acontecimientos.

—He de reir con Margarita á solas y en público; jamás me han de haber visto con ella más atento ni cortés, y si mi corazón osara combatir la idea, os juro que lo he de ahogar con mis propios puños.

—Al regresar de Dreux encargué á la reina que evitara el encontrarse con V. M. hasta que yo la viese mañana por la noche.

—¿Con quién mandasteis ese recado?

—Se lo llevó Faure, que es un lebrel de V. M., al cual le dijo que estaba enferma y que no abandonaría el lecho hasta que le anunciasen mi presencia en su antecámara.

—Me es indiferente verla ó no; ya no deseo su presencia ni tampoco la temo.

—Mandadle un recado de atención, y cuando haya salido el correo para Roma, seguid con ella todo lo afable que os impone el deber.

—Quisiera que permanecieseis á mi lado mucho tiempo para que vieseis que os he comprendido, y

aconsejado por la verdad sigo estrictamente vuestra opinión.

—Me basta conocer á V. M. para adivinar su conducta futura, y creed, señor, que me retiro á mi alojamiento admirando vuestra grandeza de alma.

—¿Ya os marcháis?

—Son más de la diez, y anduve hoy doble el camino de Versailles á Dreux.

—Tenéis razón; partid, amigo mío, pero antes estrechad mi mano. Rey y caballero, seré siempre vuestro mejor amigo; si alguna vez necesitáis pruebas, os las daré gustoso.

—Gracias, señor; me honra V. M. más de lo que merezco.

—Hasta mañana, duque; que traiga escrita el príncipe su recomendación para el Padre Santo.

—Dios siga aconsejando á V. M., y vele día y noche por su preciosa existencia.

Salió el duque, y cogiendo su gabán y sombrero abandonó la antecámara, hallando á la puerta á Faure, que le preguntó:

—¿Cómo queda S. M?

—En el mejor estado posible; vale aún más de lo que yo creía.

—¿Podré entrar?

—Es muy conveniente. Nada temáis, que se halla conforme y hasta satisfecho.

—Vos hacéis milagros, pardiez.

—Penetrad en su cámara; habladle del brillante porvenir de la Francia, de la grandeza de París, y si

halláis ocasión decidle que en Europa hay princesas bellísimas, castas, virtuosas y muy capaces y dignas de hacer la felicidad de un rey.

—Comprendo.

—Procurad que no esté solo, y á seros dable acompañadle ínterin no se quede dormido.

—¡Qué talento tenéis!

—Adiós, Faure.

—Mañana iré á veros.

—Si el rey necesita de vos, quedaos.

—Se entiende. El cielo os acompañe.

El duque del Imperio se retiró á su alojamiento, y á las once se hallaba ya en cama y tranquilamente dormido. A las siete despertó, levantándose poco después de las ocho. Hasta las diez, que almorzó, se entretuvo en dar consejos á Ros, demostrándole luégo toda la bondad y ventura de un matrimonio feliz.

Cuando acababa de sentarse á la mesa entró Faure, diciendo:

—Me alegro, duque; tengo apetito, y sazonadas las viandas con vuestra elevada conversación voy á comer los manjares más exquisitos de la tierra.

—Otro cubierto,—dijo Osorio á Ros,—y que nos sirvan todo lo mejor que haya en Versailles. Venga Rhin, Bordeaux y Jerez seco; á los postres Lácrima, Champagne y Málaga. Veo con placer, señor mariscal, que venís contento.

—Ya lo creo. El rey me admiró anoche, y me encanta hoy.

—¿Está alegre?

—No; pero escucha cuanto se le dice, dispone con acierto, y prueba con su naturalidad una fuerza de espíritu que he aplaudido, coronando á su autor que es el duque del Imperio. ¿Le conocéis?

—¿Durmió?

—No le dejé hasta que, indiferente y sosegado, se entregó al sueño. Puedo aseguraros que se halla resignado con su suerte.

—¿Qué hace ahora?

—Habla con algunos generales y magnates de la corte, les invita á que se hagan católicos como él, y cuestiona y debate con talento y energía.

—¿Forma planes para el porvenir?

—Magníficos, sorprendentes; es un gran rey.

—¿Y Margarita?

—Continúa en cama; positivamente no se levantará hasta que le anuncien vuestra llegada.

—Saldré satisfecho de Francia, como me sucedió en Nápoles, y era cuanto deseaba. ¿Oisteis ya misa?

—Ayer y hoy.

—Continuad así.

—Seguiré asistiendo á ese santo sacrificio siempre que me sea posible, y aun cuando no obligue.

—Perfectamente.

—Yo no hago nunca las cosas á medias; convencido por vos de que el catolicismo es la única religión verdadera, la he aceptado con toda la fe de mi alma.

—Esa creencia vale mucho más que vuestro título de mariscal.

—Ya lo sé; y como os debo ambas cosas, y nada

puedo pagaros, pido al cielo día y noche que os inspire, defienda y proteja.

Los dos continuaron comiendo y hablando. A las doce se retiró Faure, y á las siete llegaron el príncipe de Italia, sus cuatro hermanos, dos Zallas y los criados que acompañaban los equipajes.

Después de entregar los caballos, buscaron al duque, sentándose los seis generales y dos maestres en la estancia de Osorio.

—Te encuentro alegre, duque del Imperio,—exclamó Silva estrechando su mano.

—Sí, lo estoy.

—¿Saliste bien de tu difícil empresa de anoche?

—Cuanto era posible; Enrique de Borbón merece lo que hemos hecho por él.

—Refiéreme lo acontecido.

Así lo hizo Osorio, contándoles minuciosamente su conversación con el rey, los resultados de aquélla y el estado en que se encontraba el augusto señor. Todos elogiaron la actitud digna del monarca. Seguidamente rogó el duque á su hermano Julio que extendiese el despacho para Su Santidad, lo que aquél verificó, no economizando frases ni recomendaciones para que el bondadoso señor otorgara al rey de Francia el repudio que deseaba y pedía en justicia. Teniendo en cuenta la severidad del príncipe, su odio á lo ilegal y el renombre que el mundo aplaudía en él, aquella carta era el presagio cierto de la mencionada concesión.

Así sucedió efectivamente; y más adelante casó

Enrique de Navarra por segunda vez, previo el citado repudio.

Habiendo terminado Silva su trabajo, leyó á sus hermanos el escrito, el cual mereció los elogios de los cinco. Acto continuo se dirigieron los seis al palacio real, entrando poco después en la cámara.

Enrique, que los esperaba con impaciencia, los fué estrechando uno por uno, haciéndoles sentar en torno de él.

El príncipe le dió el despacho que concluía de escribir, el que, leído y aceptado por S. M., fué unido á la petición del repudio, lacrado y sellado, é inmediamente salió con ellos un correo-gabinete, que esperaba montado á caballo en los patios del palacio.

Terminado esto, dijo el duque al monarca francés:

—Señor, si V. M. me lo permite, pasaré á la cámara de la reina.

—Sí, id allí, despedíos, enteradla de la salida de ese correo, con lo cual quedamos ambos complacidos, y volved aquí, amigo mío.

El duque salió, en tanto que sus cinco hermanos conversaban con el rey, dándole el príncipe consejos que el soberano escuchaba con interés y afición.

Sepamos ahora qué le ocurre á Osorio en la cámara de S. M.

Al salir de la del rey se halló con Faure, al que, después de saludarle, preguntó:

—¿Anunciasteis mi llegada á S. M. la reina?

—En el momento que os presentasteis en palacio.

—¿Continuaba en cama?

—Sí.

—¿No ha recibido á nadie?

—Que yo sepa, no.

—Entonces voy á sus habitaciones.

—¿Os acompaño?

—Es inútil. Regresaré pronto. Hasta luégo.

Y dirigiéndose á un extremo del palacio real, fué detenido al llegar por un paje, que le preguntó:

—¿Sois el señor duque del Imperio?

—Sí.

—Tened la bondad de seguirme de orden de su majestad.

Y lo llevó á un saloncito paralelógramo, en el que sólo había dos sillones, varios taburetes, espejo, mesa y cortinas.

—Qué diferencia,—exclamó Osorio paseando,—de esta habitación á aquella en que me recibió no há mucho. La augusta señora se convenció de lo inútil de sus pretensiones, y desiste, por lo cual me doy el parabién.

En este instante se descorrió una cortina, apareciendo la reina Margarita pálida, cubierta con una bata de raso blanco y sin adorno alguno en su cabeza.

Descompuesta, ojerosa y con ese abandono que suelen presentar las mujeres cuando demuestran completa indiferencia á lo que les rodea, aun así estaba hermosa, simpática, seductora.

Penetró haciendo una graciosa reverencia á Osorio, acompañada de las siguientes frases:

—Bien venido, amigo mío. Siéntate frente á mí.

—¿Cómo sigue V. M.?

—Ya he sanado; tu presencia desterró el postrer átomo de mi mal.

—Me complace que así sea.

—Ocupa ese sillón y hablemos.

—Gracias.

—¿Presentaste á Enrique la batalla?

—Sí, señora.

—De seguro has sucumbido.

—Tengo la satisfacción de participar á V. M. que continúo invencible.

—¿Pudiste convencer al fiero navarro?

—Señora, S. M. el rey, valiente y entendido en los campos de batalla, es en la corte un modelo de discreción, cordura y sensatez.

—Hay quien asegura que es soldado hasta en la cosa más pueril.

—No sé cómo comprenderá V. M. la frase, porque yo también soy militar, muy militar, y no obstante eso, no cedo á nadie en cortés, atento y caballero.

—Tú eres otra cosa, duque; mi esposo está siempre en los campos de batalla.

—He notado señora, en Europa, en Africa, en América, en Francia y hasta en Asia, que los hombres más valientes, aquellos que juegan su vida durante el combate con heroísmo sorprendente, aquéllos, señora, son en la corte y fuera del campo de batalla los más atentos y corteses. Esto os dice, asegura y afirma el que cuenta las batallas por cientos y los hechos de armas por... no lo sé; que de llevar cuenta de ellos, la

hubiera perdido. Y añado que vuestro esposo es un modelo de esos que acabo de citar: esto lo sostiene el duque del Imperio con razones ante las mujeres y los hombres, y con su espada frente á los últimos.

—No cuestiono con sér tan inteligente en materia de guerras y de apreciaciones, que, aun cuando no me hayan convencido, me obligan á ceder. Sepamos ahora lo que más importa. ¿Seré repudiada?

—Positivamente.

—Que me place. ¿Lo confirmará Su Santidad? Hablad, amigo mío.

—Tenedlo por seguro.

—Me doy la enhorabuena.

—Y yo el pésame. Algún día me daréis la razón; mas hice cuanto pude por evitarlo, resultando que sólo V. M. fué causa del acontecimiento.

—Sí, cargo con toda la responsabilidad; no eludo ni un ápice. ¿Dónde he de habitar ínterin se realiza ese gran acontecimiento?

—Al lado de vuestro marido.

—¡Tanto tiempo sufriendo sus miradas y disgusto!

—Al contrario; estará amable con V. M., cariñoso, y jamás le habréis hallado más condescendiente y caballero.

—Tú haces milagros, Osorio.

—En verdad que no puedo admitir la idea; fué Dios el que formó su carácter, talento y abnegación.

—¿Y hemos de estar juntos de día y de noche?...

—No; únicamente en los actos de etiqueta y en la mesa.

—Ya; de ese modo aguardaré tranquila.

—Siempre que V. M. recuerde que lleva el apellido de Enrique y lo honre el poco tiempo que le queda de usarlo.

—En eso pensaba, eso he decidido; y si él se muestra conmigo según acabas de decirme, por Dios que no ha de tener queja de mí.

—Gozo oyendo á V. M.; disputadle efectivamente el derecho de atención, cortesanía y amabilidad, hija, nieta y hermana de reyes; probad á Enrique de Borbón que sois Valois.

—Lo haré.

—En Dreux, no sólo respeté la vida del duque, sino que lo dejé en completa libertad, como os ofrecí.

—Gracias ¿Piensa combatir contra el rey?

—Probablemente; con lo cual conseguirá aumentar el ya extenso número de sus derrotas.

—A ser posible, yo lo evitaré.

—Mucho contribuyó V. M. á la paz y ventura del reino; continuad, señora, vuestra obra, y el mundo mezclará sus acusaciones á la débil mujer con los aplausos que dará á la reina bondadosa.

—¿Te dijo el duque de Guisa hacia dónde se dirigía?

—No, señora; y le advierto que, aun cuando lo supiera, se lo ocultaría á V. M.

—¿Cuándo partes?

—De Versailles mañana; de esta cámara en el momento que V. M. me dé su permiso.

—¿Vas á España?

—Con ánimo resuelto de no volver á salir.

—Repudiada, ¿proseguirás siendo mi amigo?

—Mientras viva, si V. M. lo desea como yo.

—Duque, no obstante el desaire que recibí, sin embargo de las muchas y bellas ilusiones que osaste destruir en la dama que llegó á amarte con delirio, sin perjuicio de todo eso, te admiro, y perdono al hombre incomparable el daño que hizo á la pobre mujer. Cruza tranquilo los campos de Francia, que el rey y yo nos disputaremos el derecho de protegerte. Como reina ahora, y luégo como princesa repudiada, pero con poder todavía bastante, me hallarás siempre en París dispuesta á defenderte con voz é influencia.

—Gracias, señora; lo sé, y me voy reconocido á vuestra majestad. Mi único sentimiento se contrae á no poderla dejar sentada en el trono y tan dichosa y feliz como yo deseaba.

—Estrecha mi mano, acaso por última vez, y parte cuando quieras.

—Si en alguna ocasión necesita V. M. del duque del Imperio, contad con él, y ya sabéis cómo defiende á las damas.

—Adiós, Osorio; te deseo un viaje feliz y una esposa en España digna de tan cumplido caballero.

—Dios misericordioso, que os dejó de su mano, os ampare de nuevo, proteja y encamine.

Y besando su diestra, anduvo hacia atrás hasta desaparecer del paralelógramo.

La reina deshizo con las yemas de los dedos dos lágrimas que comenzaron á rodar por sus mejillas, y cayendo en un sillón exclamó:

—Adiós, ilusión de mi vida, la más bella de cuantas llegaron á mi mente, adiós para siempre, adiós. Ya que no me fué permitido cumplir el deseo de Flaviano de ser durante mi vida la esposa leal de Enrique de Borbón, daré á la materia lo menos posible y al alma todo cuanto pueda en pro de su ventura eterna.

Y cumplió su propósito.

Osorio cruzó triste y ensimismado las habitaciones que le separaban del rey, tornando á ser detenido por Faure, que le preguntó:

—¿Qué os acontece, amigo mío? ¡Vuelve vuestro semblante de distinta manera que fué!

—No os extrañe, mariscal; la despedida de Margarita me ha afectado.

—¿Lloró?

—Húmedos quedaban sus ojos.

—¿Tendremos á vuestra partida cuestiones entre los cónyuges?

—Al contrario; los dos demuestran talento, y se disputarán en lo sucesivo el derecho de atención, urbanidad y tolerancia, que es á lo más á que ya pueden aspirar.

—Me alegro; y si nada necesitáis de mí, me retiro.

—Sólo deseo despedirme.

—Eso mañana en el camino.

—No quiero que os molestéis.

—Es que yo anhelo separarme de vos lo más tarde que pueda. Adiós, duque.

Y desapareció de allí, en tanto que Flaviano penetraba en la cámara.

—¿Qué dice la reina, amigo mío?—le preguntó Enrique.

—Señor, pretende competir con V. M. en atenciones y cuidados, y asegura firmemente que honrará vuestro apellido el poco ó mucho tiempo que le queda de llevarlo.

—¿Qué opina sobre el repudio?

—Lo desea como V. M., y lo acepta como cosa indispensable á su tranquilidad.

—Muy bien. ¿Curó de su dolencia?

—Se halla completamente buena.

Y continuaron hablando los siete hasta las diez de la noche, en que el rey los estrechó uno por uno, acompañándoles bastante trecho.

Salieron del palacio los *invencibles*, sin que Enrique hubiese podido conseguir aceptasen el más leve obsequio.

Ya en el *hotel*, durmieron, levantándose á las cuatro de la madrugada. Media hora después abandonaban Versailles, acompañados de Faure y de una numerosa escolta que les mandó el rey.

A las dos leguas se detuvieron y los fué abrazando el mariscal. Al llegar á Osorio se humedecieron sus ojos, pronunciando frases tan tiernas, que á todos conmovieron. La escolta tenía orden de seguirlos hasta la raya de España, pero el príncipe, alegando lo mucho que deseaban correr y las seguridades que ya ofrecían los caminos, les rogó varias veces que se retirasen, lográndolo por fin, vista su insistencia y decisión.

Al frente de aquélla Faure, se encaminaron hacia Versailles, en tanto que los *invencibles* delante, en pos los Zallas, y detrás los criados, picaron á sus potros, y salieron á escape en dirección de España, sin tocar en París y por la ruta más corta.

CAPITULO XXXI

España.—Madrid.—Los hijos de los invencibles, sus esposas y el marino Roch.

Nuestros guerreros mandaron delante y con treinta horas de anticipación al maestre Alvaro y la mitad de sus criados con los equipajes, el itinerario y el encargo especial de que les fuesen proporcionando caballos á cada seis ú ocho leguas que andaban. La distancia era larga; los caminos en tal época malos, sin perjuicio de lo cual, corriendo unas veces, trotando otras, descansando de noche y deteniéndose, en fin, lo puramente indispensable, dejaban atrás más de doce leguas por día.

El deseo de llegar pronto á su palacio y verse rodeados de sus mujeres é hijos les impelía hacia Madrid, aumentando su ansiedad, alegría y satisfacción. De continuo hablaban, y en este último viaje perdió el duque del Imperio la gravedad y mesura que adoptó en

Nápoles y Francia, para lanzar epigramas á alguno de sus hermanos, y muy particularmente á Rogelio, logrando excitar á cada instante la hilaridad de todos ellos.

Una tarde, cerca de anochecido, exclamó de pronto Osorio:

—Alto, señores; descubrios, y decid conmigo: ¡Bendita seas, patria querida! Mirad el Bidasoa, amigos míos, y á la parte opuesta el suelo privilegiado que tanto se ama y echa de menos en el extranjero.

Así era efectivamente, y lo mismo los *invencibles* que los Zallas y criados, todos se descubrieron, saludando con efusión el país donde nacieron.

Acababan de atravesar casi toda Francia, sin impedimento alguno; lejos de eso, y efecto de un correo que mandó Enrique IV, les fueron facilitando cuanto necesitaban, y en muchas poblaciones hasta se les presentaron las autoridades para felicitarlos y ofrecerse á ellos.

Al cruzar el Bidasoa los detuvo un destacamento español, y reconocidos que fueron intentaron festejarlos, á lo cual se opuso el príncipe de Italia, pretextando que viajaban de incógnito y que no podian prolongar su marcha un instante más.

Desde aquel momento trataron de abreviar su ya ligera marcha, huyendo de las grandes poblaciones y ocultando en las pequeñas sus rostros y nombres.

De este modo, y reventando caballos, fueron dejando atrás á Guipúzcoa, Vitoria, Búrgos, Palencia, Valladolid, pisaron luégo el Guadarrama, distinguien lo,

por fin, cuatro horas después, las torres de Madrid.

Allí se les incorporaron Alvaro Zalla y criados, que iban delante, continuando juntos los dieciocho.

Al llegar á las puertas de la capital se apearon los seis *invencibles*, penetrando á pie y sin darse á conocer á nadie. Detrás iban los Zallas y nueve criados, llevando seis de estos últimos del diestro los caballos de sus amos.

Adelantémonos nosotros.

Los *invencibles*, que se amaban como hermanos, y que los unía además del parentesco el lazo de una amistad y compañerismo que contaba tantos años como ellos del uso de razón, habitaban el piso principal de un inmenso palacio situado en la calle de Atocha, de la propiedad del príncipe de Italia, y en el cual existían sobradas comodidades y terreno para los seis, y aun para las cuatro familias de Roch y Zallas, que ocupaban una parte del piso bajo.

Había en tan enorme edificio caballerizas comunes, pero cada *invencible* tenia su tren y servidumbre separadas, y lo mismo sucedía con el comedor, dormitorio y habitaciones de recibir. Nada faltaba allí de cuanto exigían la moda, el más exquisito gusto y la comodidad; grandes salones adornados con sedas, espejos, ricos muebles y admirables cuadros; estatuas y columnas de mármol, jaspe y pórfido; dilatado jardín, precioso parque, baños, con lo mejor que quedaba del gusto árabe, y español lo demás, pero todo suntuoso y agradable.

Eran las doce del día, y ni las esposas de los *in-*

vencibles ni ninguno de los habitantes de aquel hermoso palacio sabían la grata nueva de que se hallaban á las puertas de Madrid los dueños de aquel edificio. Así es que los soldados de la guardia española, que custodiaban la casa, discutían formando corros en el ancho zaguán, con esa indolencia del soldado que no tiene nada que hacer ni espera en mucho tiempo á su jefe. En el resto del piso andaban los criados ocupados en sus faenas; y en la parte principal se encontraban las esposas de los *invencibles* conversando de sobremesa, siendo el tema que les era común á las seis, más agradable que ningún otro, y el que les daría de perenne ocupación y entretenimiento, qué harían sus esposos en aquellos momentos y cuándo volverían.

En un saloncito, no lejos de allí, estaban sus niñas, adiestrándose en labores propias de su sexo, bajo la dirección de la griega Syra, esposa de Alvaro Zalla, y de las tres hermanas venecianas mujeres de Roch, Fermín y Andrés Zalla.

Y en el extremo del palacio, en un salón grande con balcones al pie del estanque que tenía el jardín, se hallaba el general Roch, enseñando ciencia á los hijos de los *invencibles*, á uno suyo y á dos de los Zalla. El bravo y entendido marino presentaba también su tema favorito, y éste era la náutica. Daba á los niños lecciones de matemáticas, física, geografía é historia; pero siempre hallaba un pretexto para concluir con la náutica. Había construído un modelo pequeño de cada clase de cuantos buques se conocían en el mundo, y todos estaban en aquel salón flotando en el agua

que contenían algunas vasijas, ó sujetos sobre una de las mesas de estudio.

Se contraían en estos momentos sus explicaciones á la geografía astronómica, cuando vino á recordarle su tema á la señal ó estrella que siglos antes sirvió de aguja á la marina. En consecuencia dió al traste con la astronomía, y cogiendo el modelo de un buque exclamó:

—La náutica es la primera de las ciencias.

Los niños se habian aficionado á las descripciones de Roch; la verdad era que crecía mucho su atención y [illegible] en el momento que Roch decía:

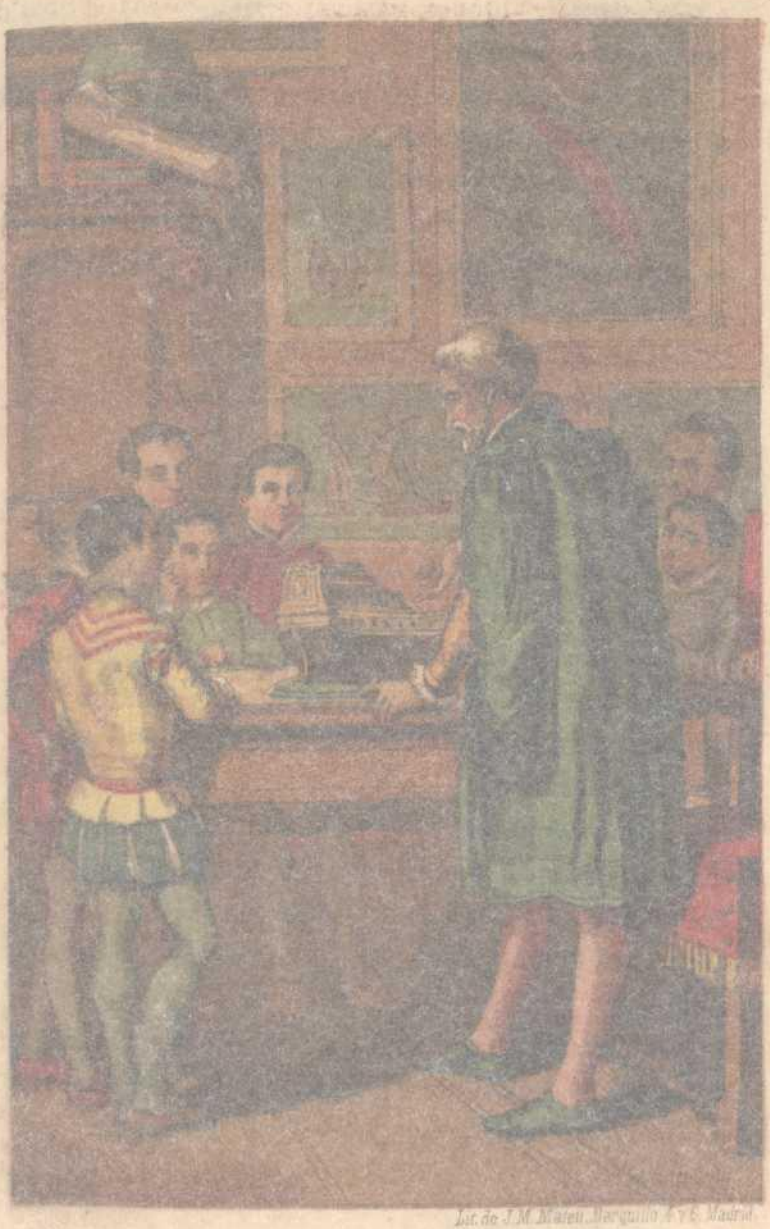
—[illegible], hijos mios, á la mar. Empecemos nuestra navegación en esta diminuta galizabra para conocer aquel enorme navío.

—[illegible] contestaban ellos;—el viejo gruñon,—nombre [illegible] aban comúnmente, por haberlo oido al duque del Infantado,—nos lleva hoy desde el polo Artico al Antártico.

—Reinaba en [illegible] palacio silencio, quietud y sosiego: cada uno se [illegible] ncretaba al cumplimiento de su obligacion, y [illegible] n los juegos de los niños había cierto orden como con la diversión á que se entregaban.

[illegible] nto oyeron [illegible] clarin, y á la [illegible] res se [illegible] vó lo que tenían en [illegible] mientras que los hombres quedaron pendientes de aquel sonido guerrero.

A la vez escucharon las pisadas de los soldados que corrían á formar, y seguidamente las voces de:



— La náutica es la primera de las ciencias.

que contenían algunas vasijas, ó sujetos sobre una de las mesas de estudio.

Se contraían en estos momentos [illegible] explicaciones á la geografía astronómica, cuando [illegible] á recordarle su te[illegible] á la señal ó estrella que siglos antes sirvió de aguja á la marina. En consecuencia [illegible] el trasto con la astronomía; y cogiendo el modelo [illegible] un buque exclamó:

—La náutica es la primera de las ciencias.

Los [illegible] habían aficionado á las [illegible] que crecía [illegible] ción y [illegible] el momento que [illegible] nuest[illegible] gación en esta diminuta galera [illegible] conc[illegible] quel enorme navío.

— [illegible] contestaban ellos,—el viejo [illegible] nombraban comúnmente, por haberle [illegible] duque del [illegible] o,—nos lleva hoy desde el polo [illegible] tico al Antártico.

—Reinaba en [illegible] palacio silencio, quietud y [illegible] go: cada uno se [illegible] ncretaba al cumplimiento de [illegible] obligaciones, y [illegible] los juegos de los niños [illegible] cierto orden [illegible] con la diversión á que [illegible] n-tre[illegible]

[illegible] conto ayeron [illegible] clarín, y á [illegible] res [illegible] vó lo que tenían en [illegible] mientras que los hombres quedaron pendientes de aquel sonido guerrero.

A la vez escucharon las pisadas de los soldados que corrían á formar, y seguidamente las voces de:



Lit. de J.M. Mateu, Barquillo 4 y 6. Madrid

— La náutica es la primera de las ciencias.



—Los señores llegan. Ya entran.

Damas, niños y niñas, Roch, escuderos, pajes y cuantos había en el edificio salieron á los pasillos ó se agolparon á la escalera, brillando en sus rostros el entusiasmo y la alegría.

Eran efectivamente los *invencibles*, que entraron en su palacio, siendo vitoreados por la tropa, aplaudidos por sus dependientes y criados, y tiernamente estrechados por sus esposas, hijos y Roch. La escalera donde se hallaban se cubrió de lágrimas impelidas por la alegría; la emoción que demostraron no hay medio de describirla, siendo pálido cuanto pudiéramos decir de aquella escena cariñosa, tierna é interesante como pocas.

Antes de concluirse, llegaron los Zallas, y se renovó entre éstos, sus mujeres é hijos, concluyendo por irse todos al estrado y pasar en él algunas horas, haciéndose multitud de preguntas.

Por último, se levantó el príncipe de Italia, é indicando á Roch que le siguiera, abandonaron la reunión, penetrando en el despacho del primero, donde ambos se encerraron.

—Sentaos, general,—exclamó Silva,—pues deseo que me contestéis á varias preguntas.

—A las que gustéis, mi amigo y señor,—replicó el marino.

—¿Cómo está S. M. el rey?

—Muy mal; en los cuatro meses que faltáis se ha ido agravando por momentos, según os anuncié en mis cartas, y en la actualidad se encuentra peor que nunca.

—Lo siento mucho.

—Ayer hablé con uno de sus médicos de cámara, y opina que no hay remedio para él.

—¿Continúa en el Escorial?

—Sí, señor; hizo llevar su lecho á una tribuna de las dos que están sobre el presbiterio, y allí sufre las consecuencias de su mal, con valor y entereza sorprendentes. Tiene el cuerpo cubierto de llagas: los dolores que padece deben ser terribles; y no obstante eso, jamás se le oye exhalar un ay, ni nadie escuchó de sus labios queja alguna.

—Conozco la fortaleza de su espíritu, la entereza de su corazón, y estoy seguro que morirá sin demostrar angustia, por más que su agonía sea la peor que haya existido.

—Lo creo.

—¿Y el príncipe de Asturias?

—Junto á él, oyendo sabios consejos y viéndole morir.

—¿Qué dice S. M. de nosotros?

—Aplaude la conducta de Osorio y mía en Nápoles, la de los Navarros en las Alpujarras y se queja de vuestro silencio en Francia.

—Más le disgustará lo que tengo que decirle. Y en la villa, ¿qué se cuenta?

—Hace días se hablaba de una guerra inminente con Francia; hoy, por el contrario, se dice que vosotros la habéis cortado, y hasta en el *Mentidero* os elogian y aplauden.

—¿Cómo van los asuntos de Flandes?

—Mal; desde que murió el duque de Parma perdemos terreno, soldados y la esperanza de salvar aquellos países.

—Era natural. ¿Y Lisboa?

—Portugal nos obedece, sin que ose grande ni chico hacer armas contra el poder español.

—¿Y Nápoles?

—Tan tranquilo y sosegado como lo dejamos á nuestra partida.

—¿Y los moros?

—Marcharon al Africa la mayor parte, y los que quedan no se alzarán más, vista su impotencia y escarmientos sufridos.

—¿Y nuestras posesiones de la Argelia?

—Se hallan bien guarnecidas y tranquilas.

—¿Qué noticias hay de América?

—Prosigue imperando la calma y sosiego impuesta con nuestra presencia allí hace algunos años, y más aún por el buen efecto de las leyes que tuvisteis á bien dictar, y siguen fructificando en aquellas apartadas regiones.

—Y de la India, ¿qué se cuenta?

—Se ensancha nuestra conquista, triunfan nuestras armas, y nada malo debe esperarse por ahora.

—¿Qué hacen los ingleses?

—En estos instantes en que llegan al apogeo su envidia y celos, ocultan la ira y enojo, y acechan, como la pantera, la ocasión propicia, que no parece concederles el destino por el momento.

—¿Y el extenso imperio de Oriente?

—Empieza á decrecer, y por primera vez condena al olvido sus pretensiones respecto de Europa. La Turquía entró ya en el período de su decadencia.

—Es decir, que Felipe II dejará á su hijo en herencia un imperio el más vasto del mundo y el más tranquilo, si no impidieran lo último los protestantes y ambiciosos de Flandes.

—Ciertamente; en mi concepto, se perderán los Países Bajos.

—¿Habéis estado en el Escorial?

—Varias veces.

—¿Visteis al rey?

—Siempre que fuí. Tus visitas, me decía don Felipe, me agradan, valiente marino. Y luégo me hacía preguntas sobre vosotros, oyendo mis contestaciones con gran interés.

—Y al príncipe de Asturias, ¿lograsteis visitarlo?

—Ni una sola vez. Intenté saludarle, recién venido de Nápoles; se negó, pretextando hallarse muy ocupado, y no he vuelto á pedirle audiencia.

—Bien hecho.

—Mucho me temo que al espirar su padre nos cierre á todos las puertas de su cámara real.

—Sucederá probablemente, y nada perderemos; mis hermanos y yo estamos ya cansados de guerras, fatigas, privaciones y ausencias. Llegó el momento de que empezásemos á ocuparnos del porvenir de nuestros hijos, de su educación, sin que haya nada que venga á interrumpirla.

—Dios os oiga; que á mí, viejo ya y cansado, me

dolían más que á vosotros el abandono de mi familia y los azares del soldado.

—Tenedlo por seguro, Roch; terminaron para nosotros los combates.

—Todavía si la patria peligra...

—La salvarán nuestros discípulos; los que el vulgo apellida *invencibles*, el general Roch y los maestres Zalla, verán impasibles los acontecimientos, concretándose, única y exclusivamente, á aplaudir los hechos gloriosos que realice la nueva generación que ha de reemplazarnos.

—Así debe ser. Puesto que el futuro rey es joven, y sus amigos no son los de su padre, que defienda con ellos el vasto imperio que nosotros sostuvimos hasta ahora.

—Las arcas del duque del Imperio habrán quedado vacías en su última expedición; procurad que mañana mismo tengan la misma cantidad que las de sus cinco hermanos.

—¿Cómo hago ese milagro?

—Sacando de las nuestras y metiendo en las de él lo necesario.

—No lo va á permitir.

—Se oponía efectivamente, pero le he obligado yo á que acceda.

—Imposible parece que haya gastado el inmenso capital de que disponía antes de marchar.

—Flaviano, amigo mío, es grande en todo, y sus dádivas superan á las de los reyes.

—No es extraño; lo gana con la misma facilidad que

lo da. ¿Creéis, señor príncipe, que su esposa tenga motivo?...

—Callad, insensato; mi hermano Osorio es tan leal como nosotros; mas sus hechos se elevan adonde no llegan los nuestros.

—¿También en Francia tuvo compromisos como en Nápoles?

—Sí; su conducta de soltero y las dotes con que la Providencia se dignó favorecerle, le atraen las mujeres como el imán al hierro; pero el duque desafía esa y toda clase de peligros, y goza venciéndose á sí propio más aún que rindiendo á sus contrarios.

—Cada día comprendo mejor la predilección que vuestro padre hacía de él en el mundo.

—Creo que sigue protegiéndole; todavía en Nápoles y en Francia halló el venturoso caudillo el premio á las bendiciones con que saluda diariamente la memoria del santo.

—Se pagaron efectivamente; el duque quiso á vuestro padre más que á los suyos.

—Es verdad; por eso yo le estimo lo indecible.

—Y todos cuantos le conocen; es el alma más noble y generosa que existe.

—Salgamos al salón, Roch; la princesa vió con disgusto que me separaba de su lado, y no quiero que padezca más; harto ha sufrido la infeliz con mis ausencias.

—¿Cuándo vais al Escorial?

—Mañana, en cuanto me desayune.

—¿Quiénes os acompañan?

—Mis cinco hermanos y nuestros seis criados.

—¿Estaréis muchos días?

—Ignoro lo que el rey dispondrá; por cuya razón, conviene que nos mandéis trajes y ropa interior.

Y se dirigieron los dos al estrado, en el que empezaban á entrar grandes, amigos y parientes, los que, sabiendo la llegada de los *invencibles*, acudían presurosos á felicitarles.

A las cuatro de la tarde comieron, permaneciendo reunidos hasta las nueve de la noche, en que cada uno de los recién venidos se fué retirando á sus respectivas habitaciones.

El duque del Imperio, unido á su esposa, dieron el último beso á sus dos hijos, los dejaron en cama, marchando acto continuo á un gabinete contiguo á su alcoba. Sentados ambos en un diván de terciopelo, se contemplaban en este momento como dos enamorados; parecía que era aquella la noche de boda, y en verdad que merecían por sus hechos y lealtad la grata satisfacción, el delicioso éxtasis que empezaban á sentir.

Osorio hallaba á su esposa más bella que la dejó é infinitamente más hermosa que Angelina Vignati y que la reina Margarita. ¿Era ilusión suya, ó consistía en que la Providencia recompensaba la fidelidad del esposo, adornando con nuevos encantos al objeto de su amor? Lo ignoramos; pero es lo cierto que el venturoso caudillo la contemplaba más hermosa que nunca.

Ella, que amaba al duque con delirio, lo miraba en estos instantes como al ídolo dueño de su corazón, vo-

luntad y pensamiento; sabía lo envidiada que era por las damas elevadas de todas las cortes de Europa, y segura ya de la lealtad de su marido, bendecía á Dios, devorando con la vista al hombre que hubiera podido matarla con una sola frase, con decirla únicamente *no puedo quererte*. Sola con su esposo, rodaron por su bellísima faz dos lágrimas, que fueron á estrellarse sobre el rico vestido de seda que la cubría. Osorio la cogió una mano entre las suyas, preguntándole:

—¿Por qué lloras, ángel mío?

—La emoción que siento,—contestó ella,—traba mi lengua. Lloro ¡porque lloro! ¿Y tú me lo preguntas?

—Sí; contéstame.

—Flaviano, la ventura, la dicha, hieren mi corazón, y sabido es que pueden matar como la pena y el dolor.

—También yo me siento á tu lado esta noche más conmovido que lo estuve nunca.

—¿Qué será, esposo mío? ¿Nos amenazará alguna desgracia?

—No; consiste mi mayor satisfacción en que te encuentro más bella que nunca y superior á cuantas mujeres he visto durante mi ausencia en Italia y Francia.

—¡Ni los muchos años de casado, ni lo crecidos que están nuestros hijos roban al noble caballero un átomo de su antigua y renombrada galantería!

—No, Adela; te digo la verdad; á mi regreso te encuentro hermosísima.

—Me alegro; tuya soy, y de no equivocarme, me complace acercarme en dotes al hombre más envidia-

do que conozco. Temo sólo que tu amor exagere, sirviendo de óptica á la luz de tus ojos.

—Hija, quiero convencerme de lo contrario; pero no hallo medio posible, lo fino y terso de tu cútis, lo sonrosado de él, la perfección, el brillo y las gracias unidas al fuego y amor que despiden tus ojos, te presentan seductora. Tu talle ha adelgazado; estás más esbelta, y el conjunto, en fin, me prueba que tuve gran talento pensando en ti y despreciando á cuantas mujeres pretendieron vanamente detener mi paso.

—¿Nada las dijiste?

—Sí; fuí galante con ellas, que de ese modo honra el caballero el apellido que le dió á su esposa; tuve entre mis manos las suyas; admiré sus encantos; junto á una quiso el diablo ofuscarme, pero Dios lo espantó y la imagen de mi Adela triunfó de todas.

—¡Ay! me estremece tu relación.

—¿Por qué?

—¡Somos tan débiles las mujeres!

—¿Débil tú? Pardiez, no hay bronce tan fuerte como tu corazón, tratándose de otro hombre que no sea yo.

—Las otras.

—¡Las otras! ¿No tienes confianza en mí?

—Absoluta, Flaviano, absoluta. Hubo un tiempo en que tus continuas galanterías me asustaban é hicieron sufrir horribles tormentos; pero hoy, que conozco la grandeza de tu alma y lo infalible de tu amor, no temo á mujer alguna.

—Bien hecho; créeme, Adela; además de lo que has expuesto, te hallo más hermosa que cuantas mujeres

conocí; y no te extrañe que así sea: la bondad de Dios recompensa la castidad del marido puesta á prueba.

—Y tú, ¿jamás tuviste celos de mí?

—¡Esa injuria no la hace nunca un caballero, tratándose de la madre de sus hijos! ¿Has sufrido mucho durante mi ausencia?

—Lo increíble; jamás me acostumbraré á esa clase de males.

—Las mujeres no tenéis otra patria que vuestra casa, ni más intereses que defender que los de vuestro marido.

—¿Qué me importan á mí los ejércitos, las victorias y los triunfos? Mi gloria es tu amor; mi ventura la forma tu compañía; mi placer es verte en medio de nuestros hijos, y todo lo demás que pasa en el mundo es indiferente á la que, como yo, se contrae á lo expuesto. Me engríe que ganes batallas, pero preferiría que no te hallases en ellas; gozo oyendo los aplausos que te tributa la multitud, mas quisiera ser yo sola la que me ocupara de ti; bien estás de duque y poderoso, pero nada perdería yo si nos hallásemos en una cabaña, solos con nuestros hijos; entonces permaneceríamos siempre juntos, mirándonos continuamente; nadie nos estorbaría, siendo tan felices y libres como las aves que remontan el vuelo, teniendo por mundo la inmensidad del espacio y por dicha la ventura de no ser perseguidos por el cazador. Te estoy molestando con mi conversación, sin cuidarme de que vendrás cansado y falto de sueño; perdona...

—Al contrario, Adela; oyéndote hablar se ensancha

mi espíritu y cruzo las horas en delicioso éxtasis que premia mis fatigas en el campo de batalla y mi continuo caminar hasta ver ensangrentados mis pies, cansado mi cuerpo y comprida el alma.

—Y yo en tanto pisaba sobre alfombras, me reclinaba en mullidos sillones y paseaba en carroza.

—¿Me hubieras seguido?

—Al fin del mundo.

—¡Qué locura! Tu diminuto pié, cubierto de seda y raso, puede cruzar por estos salones, pero en manera alguna sobre la encrespada montaña, el molesto risco, el árido monte y el sinuoso sendero.

—Lo que me faltase de fuerzas me sobraría de voluntad, y está seguro que, no siéndome posible separarme de ti, nunca me quedaría atrás.

—Voy á darte una grata noticia.

—Sepamos.

—Ya has oído al príncipe, que nos ha demostrado la imperiosa necesidad que tenemos de ir los seis al Escorial y de permanecer allí todo el tiempo que el rey lo disponga.

—Ese viaje no me infunde temor alguno; tú te vas mañana, y yo saldré de aquí con mis hijos al día siguiente; la última carroza que me regalaste es lo suficiente ligera para que pueda llegar allí en seis horas.

—La idea merece mi aprobación y aplauso; te esperaré.

—¿Qué noticia es esa?...

—Según todas las probabilidades, el viaje que acabo de hacer será el último que me aleje de ti.

—¿En qué te fundas, Flaviano?

—Hija, por desgracia para España, el rey padece su última enfermedad, y por fortuna para nosotros, el príncipe de Asturias no tiene confianza en mis hermanos ni en mí.

—Imposible.

—Pues si la tiene, le faltará otra cosa; pero es lo cierto que no contamos con su favor ni lo queremos; de lo cual se deduce que en adelante pasaremos el invierno en Madrid y el verano en nuestro castillo situado en los montes de Toledo.

—¿Opina lo mismo el príncipe de Italia?

—Sí, como igualmente mis cuatro hermanos restantes.

—También Roch nos lo dijo, pero yo dudé que fuese cierta tan grata noticia.

—Créela firmemente.

—¿No le obligará Felipe II?...

—Muerto éste, el hijo hará lo que le parezca más conveniente, y en lo relativo á nosotros estoy seguro que observará una conducta contraria de la que el padre le imponga, á lo cual nosotros contribuiremos en cuanto nos sea posible.

—Tenéis razón; vuestros cuerpos están marcados con el hierro enemigo; nadie hizo los sacrificios que vosotros, y justo es que ya reemplace la calma y tranquilidad á los azares de la guerra.

—Satisfecho de haber realizado en favor de España más aún de lo que ella me ha pedido, quiero acabar mis días viendo en ti y en mis hijos la patria, en

vuestros halagos y cariños mis victorias, y en las cacerías y excursiones á caballo, á que eres tan aficionada, mis únicos viajes. Luégo me entretendré en adiestrar en la esgrima y equitación á nuestro Flavianito, enseñaré dibujo y música á nuestra Adelita, y con ellos y contigo seré dichoso, tan dichoso como me haces en estos instantes. ¡Qué hermosa estás, Adela!

—¡Cuánto gozo oyéndote! ¿No son tus frases hijas de la galantería?

—No y mil veces no; tus ojos están más negros y rasgados; brillan como nunca; el carmín de tus labios es más subido; el sonrosado de tu rostro más agradable; tu acento angelical conmueve mi alma y... Me estás enloqueciendo, ángel mío.

—Sólo Flaviano de Osorio puede expresar esas frases á los nueve años de casado.

—Si tal idea fuese cierta, consistiría en que son tontos casi todos los hombres. ¿Por qué le he de ocultar á mi esposa que es bella como los ángeles y seductora como el encanto? El alma no envejece nunca ni el fuego del corazón lo apaga otra cosa que el hielo de la ancianidad.

—Cierto.

—Si eres hermosa y yo te amo, ¿qué razón hay para que te lo oculte?

—Ninguna.

—Si siento á tu lado las mismas impresiones que de soltero, que al acabar de casarme, ¿por qué lo he de callar?

—Verdad es.

—Entonces, déjame que elogie tus encantos, que te requiera de amores como hace nueve años, y que bendiga en Dios la bendición que echó sobre el lazo que nos une.

—Lo malo es que llegará un día en que lo que llamas mi hermosura se habrá marchitado; el hielo de la vejez posará sobre mi corazón, y encorvados y trémulos caminaremos hacia la tumba, mirando el suelo que se resistirá á sostenernos.

—¡Qué locura! ¡Cuando las pasiones desaparezcan, cuando el espíritu no preste á la materia el fuego que la vivificó cincuenta años, entonces serás la madre de mis hijos, mi compañera perenne, mi amiga íntima, mi mitad, en fin, que sostendré con el brazo derecho, prestándole el cariño y apoyo que necesite. En nuestros hijos veremos nuestro presente y futuro; reemplazaremos lo que fué en nosotros con lo que es en ellos, y encorvados y trémulos por el peso de los años, iremos por el camino recto á la presencia divina, en busca de una regeneración y bienestar que tú no comprendes, pero que yo vi en el padre Alberto, en el santo, en los momentos que espiraba. Pero aún falta mucho para eso; en tanto que llega, gocemos, amor mío, ya que el cielo nos lo permite. ¡Qué cintura tan diminuta tienes! ¡Qué feliz soy!

—¡Y yo qué dichosa!

—¡Cuánto nos amamos!

—¡Cuánto debemos á Dios!

—¡Bendita seas!

—Y tú, de quien soy, para quien he nacido.

Poco después se retiraron los cónyuges al lecho, el que no abandonaron hasta las nueve de la mañana.

Los cinco hermanos de Flaviano tuvieron escenas menos ardientes, menos vivas, pero muy parecidas á la anterior.

Dejémosles descansar por esta noche para seguirlos en la mañana próxima al real sitio de San Lorenzo.

CAPITULO XXXII

El Escorial.—Felipe II.—El príncipe de Asturias.

Desde las nueve de la mañana piafaban en uno de los patios del palacio de los *invencibles* seis hermosos potros de raza árabe, anhelantes de trotar por las calles de Madrid ó de correr por los caminos de España. Eran negros y alazanes, ninguno había cumplido seis años, y su poderosa sangre se traslucía por sus pieles delgadas y finas.

No obstante la hora, ya estaban los salones del palacio cuajados de jefes del ejército que iban á saludar á sus bravos generales.

Algo más tarde bajaron los *invencibles* entre un séquito numeroso de admiradores, y montando en sus caballos desaparecieron del edificio, seguidos á la distancia de cien metros por sus respectivos criados. No quisieron escolta; el traje era simplemente de camino, y sin aparato alguno cruzaron las calles de Madrid,

siendo saludados y aplaudidos por la multitud que les salía al encuentro.

Ya en el campo oprimieron los ijares, los potros corrieron, y con solos treinta minutos de descanso llegaron al real sitio de San Lorenzo á las cinco horas de haber salido de Madrid.

Los seis echaron pie á tierra, dando á sus criados las riendas de los caballos. Luégo entraron en el convento, dirigiéndose á la celda del superior, que era amigo del príncipe de Italia. Aquél los recibió con señaladas muestras de alegría; dispuso que les quitasen el polvo de que venían cubiertos, y obligándoles á que se sentasen, preguntó á Silva:

—¿Qué os trae al Escorial, mi amado y respetable príncipe?

—Llegamos ayer de Francia, y deseamos ver á su majestad.

—Anoche me hablaba de vosotros con el bondadoso interés que tiene de costumbre.

—¿Sabe que hemos llegado?

—Sí.

—¿Quién se lo dijo?

—Su alteza real el príncipe de Asturias.

—Lo habia supuesto. ¿Cómo se encuentra su majestad?

—Mal, muy mal. Dios misericordioso se apiade de él y de todos nosotros; porque si muere, difícilmente habrá en el orbe quien pueda sostener la terrible carga que él lleva há muchos años sobre sus robustos hombros.

—Su hijo y heredero, padre superior, es joven, está bien educado, y acaso logre imitar á su padre.

—Julio, estamos solos, somos amigos, y todo se puede decir entre los siete; al espirar nuestro augusto señor temblará la monarquía, y es de temer que caiga algún pedazo de ella.

—Quién sabe; dejemos al tiempo que nos aclare la verdad.

—Misterioso y reservado estáis con quien tanto os estima.

—¿Por qué decís eso?

—Vos pensáis lo mismo que yo respecto del padre y del hijo.

—Mi sobrino Felipe y yo nunca hemos podido entendernos; y por lo mismo que merece mi respeto y consideración el que ha de ser mi rey, debo estudiar mis frases al hablar de su augusta persona. No tengo favor con él ni lo quiero, pero tampoco me es dado medir su talento ni aquilatar el valor de sus hechos.

—Veo que en lo relativo al príncipe de Asturias sois tan noble y prudente como en todas las demás cosas de que os ocupáis. Por lo mismo, deploramos en silencio los que amamos al rey la frialdad que os separa del príncipe de Asturias. Más de una vez en que su majestad se ha dignado distinguirme con esa bondad, que no hallo frases suficientes á encarecerla, le he hablado de la necesidad, que, en concepto mío, existe de unir al tío y al sobrino; es más, al futuro rey con los seis caudillos que el mundo aplaude, teme y respeta.

—¿Y qué dice S. M?

—Piensa lo mismo que yo; trató con el príncipe esa cuestión, y cree firmemente que obedecerá sus consejos; mas yo entiendo que S. A. no fué con el austero autor de sus días todo lo franco que á él y al reino convenía.

—¿Queréis hacerme un favor, amigo mío?

—¿Qué podría yo negar á mi compañero de infancia, al hijo y digno heredero del santo? Pedid.

—Deseo que ni vos ni ninguno de vuestros amigos volváis á hablar al rey ni al príncipe de Asturias de nosotros seis.

—¿Qué os proponéis, Julio?

—Una idea que debo ocultar.

—No podemos consentir...

—Hacedlo por mí y en obsequio á la memoria de mi padre.

—¿Os cansan ya los lauros y ovaciones, las guerras y los triunfos?

—Acaso; pero sea de eso lo que quiera, yo os ruego que en la presente ocasión me dejéis solo frente á mi amado sobrino. Si os merezco confianza, permitidme que con entera libertad demuestre al príncipe lo que más le conviene.

—Lo haremos; sin embargo de que, á juicio mío, no estorbaba nuestra desinteresada ayuda.

—Pues estorba, y podía perjudicar mucho.

—En ese caso cesará desde este momento.

—Gracias, y hablemos de otra cosa. ¿En qué se ocupa el tribunal de la Inquisición.

—El santo oficio trabaja con el celo y la fe que

tiene de costumbre; pero hace ya tiempo que, en gracia á las advertencias, consejos y súplicas vuestras, no hay autos ni tormentos. Los sabios se encargan de convencer; los familiares y agentes buscan á los extraviados, y la Iglesia, en fin, trata por todos los medios posibles de atraer sin lastimar, de imponer sin herir.

—Eso es; no olvidéis, amigo mío, la sublime conducta de los apóstoles, la caridad y abnegación de los primeros católicos, y que la misión del cristiano no debió ser nunca la de matar; esa se la reservó el destino, desde los primitivos tiempos, á los idólatras. Bueno que el ateo ó el hereje se puedan convertir en asesinos, pero nosotros nunca. Recordad el triunfo obtenido por las ideas de mi padre sobre fanáticos que en un principio atormentaron y quemaban sin tregua ni descanso. Poco á poco habéis ido todos haciendo justicia á la lógica que llevaban los discursos de mi padre, y mucho se ha ganado en los últimos ocho años.

—Verdad es; mas no perdamos de vista lo indispensable de destruir el cisma, poner coto á la herejía y contener el instinto malévolo del criminal.

—Cierto, pero despacio y sin violencia. El bien se aplica atrayendo, no rechazando.

—Hay hombres, Julio, á los que no es posible convencer y sí preciso castigar.

—No lo niego; pero tan terrible misión corresponde á los tribunales civiles.

—Nosotros jamás llevamos al patíbulo á nadie.

—Padre superior, es cierto que á última hora entregáis los reos al brazo de la justicia seglar, pero

hacéis esto cuando ya está el brasero encendido y los azotes y otros castigos preparados. No conozco auto alguno de España en que el decantado brazo seglar haya hecho cosa contraria á lo dispuesto por la Inquisición.

—Convencidos de que merecían aquellas penas, las mandaban ejecutar.

—Pues eso es justamente lo que yo deseo que desaparezca en España; intento con afán que á nombre de la Iglesia no se castigue.

—¿Queríais dejar impunes los delitos referentes á la religión?

—No es eso; pretendo únicamente que el sacerdote, siempre respetable y bondadoso, se ocupe sólo de atraer y conducir sus ovejas á los *pastos de las celestiales delicias*.

—La idea es como vuestra, pero siento deciros que en la actualidad no tiene aplicación.

—Pongamos cada uno de nuestra parte lo que se pueda, y sin fanatismo, con sano juicio, calma y reflexión, discutamos, aconsejemos, y dándole á cada época lo suyo, cosa indispensable, empujemos á la sociedad hacia un porvenir menos oscuro y turbulento.

—Es que vos, príncipe, camináis dos ó tres siglos delante de los demás.

—Hé ahí mi empeño en demostraros lo que no veis.

—Yo sí lo distingo, Julio.

—Entonces amigo mío, ayudadme. Nadie ignora el prestigio y poder que os dan vuestra posición de general de una orden de las más importantes que tiene

España, contando además con la incomparable ventaja de residir junto á los reyes y casi en medio de la corte.

—No puedo, príncipe, no puedo; me salen al encuentro constantemente la intolerancia de los unos, el fanatismo de los otros, y la época, la época, que no puedo con ella.

—Recordad á San Pablo; vedlo cómo cae en Roma sin un amigo, sin un creyente, y entre idólatras que anhelan su muerte y le persiguen día y noche.

—Verdad es; pero iba inspirado por el Espíritu Santo, le ayudaba la Providencia y le defendía el cielo.

—Amparad vos la misma causa que el sublime apóstol, y es indudable que obtendréis sus dones. ¿Queréis un ejemplo reciente, muy reciente?

—Sí.

—¿Os parece bastante el que os presenta mi padre?

—¡Era un santo!

—Pues eso es ciertamente lo que yo pretendo que seáis vos, y lo que convendría en todos los que visten ese sagrado hábito y ostentan tan venerable corona.

En este momento interrumpió el diálogo del superior y del duque tres golpecitos dados en la puerta de la extensa celda donde se hallaban los siete, acompañados de las siguientes frases:

—*Deo gratias.*

El general contestó:

—A Dios sean dadas. Pase adelante, hermano Juan.

Y entró un religioso joven, llevando la cabeza inclinada y las manos ocultas debajo del escapulario.

Aquél preguntó:

—¿Qué pretende, hermano?

—Si vuestra reverendísima me lo permite...

—Hable.

—Su majestad el rey nuestro señor, que Dios guarde, sigue lo mismo; la Providencia vele por su preciosa vida.

—¿Qué más?

—El señor don Felipe II ha sabido que se hallan en la celda de vuestra reverendísima S. E. el príncipe de Italia y los excelentísimos...

—¿Le manda S. M.?

—Sí, señor.

—¿Qué ordena el rey?

—Que vayan á la tribuna el señor príncipe...

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—¿Quién le dió el recado?

—Se dignó decírmelo el rey nuestro señor, que Dios guarde.

—Está bien; retírese, que al momento será obedecida la voluntad de S. M.

Salió el fraile, añadiendo el superior:

—Si gustáis, amigos míos, yo mismo os llevaré á la tribuna donde están el lecho y la augusta persona del rey.

Los siete se pusieron en pie, cruzando acto continuo un extenso claustro, después otro, llegando por último á la puerta de la mencionada tribuna. Allí se detuvo el superior, diciendo al príncipe:

—Contad conmigo para todo. Hasta después.

Un minuto más tarde penetraron los seis. Felipe II estaba acostado en una modesta cama, teniendo á la izquierda la iglesia y á la derecha un sitial donde se sentaba su hijo para escuchar de continuo los consejos que le daba el padre. No había en la tribuna en este instante otros muebles que la cama y el mencionado sitial, los cuales eran excesivamente modestos.

Al oir S. M. que estaban á la puerta los *invencibles*, hizo un esfuerzo heroico, é incorporándose sobre las almohadas, exclamó:

—Que pasen.

Y les alargó la mano, que ellos fueron besando uno tras otro, inclinando el cuerpo y la rodilla.

—Bien venidos,—les dijo el rey, mirándoles con interés.—¡Os admira mi estado! ¿Es cierto? La palidez y lo demacrado de mi rostro demuestran lo que el cuerpo sufre; pero el espíritu, gracias á Dios, no desfallece ni se debilita. Como es inmortal, continúa inalterable. ¡Qué diferencia, príncipe, del día que marchaste con Odón y Roberto á hoy! Ya estaba entonces enfermo, pero ahora es otra cosa; ahora me estoy muriendo, muriendo, sí.

—Cúmplase la voluntad de Dios,—contestó Silva; —recuerde V. M. á mi padre, y nada tema si su conciencia está tan tranquila como la de aquél. La vida es corta, penosa y molesta; la eternidad puede ser el conjunto de todos los bienes.

—Perfectamente, Julio; me agrada tu lenguaje; esas son mis ideas, contrarias en todo á las de cuantos

entraron aquí, que sólo me hablan de la vida terrenal y de un porvenir tan necio como ellos. Tú has visto como yo que la muerte posa ya sobre mi pobre cabeza, y eres franco conmigo, franco y leal como tu padre. Y tú, ¿qué dices, Flaviano?

—Lo mismo que Julio, señor.

—¿Y vosotros cuatro?

—Lo mismo.

—Acércate, Flavianito; dame tu mano; bien, hijo, muy bien; sé cuanto hiciste en Nápoles, y te doy la enhorabuena. Nada me ocultaron, y el rey te quiere. Tus hermanos Odón y Roberto se portaron muy bien en las Alpujarras; la batalla y triunfo fueron completos, pero no lograron lo que tú; bien hizo mi tío Alberto en darte el ducado que llevas; después de Julio su hijo, eres el primer hombre de España.

—Gracias, señor.

—No separes tu mano de la mía; el calor de hombre como tú me favorece. Pero estarás incómodo, y te suelto.

—Señor, me molesta únicamente la excesiva honra, la inmerecida merced con que V. M. me distingue.

—Avanzad vosotros, prisioneros de Ibrí. ¿Cómo os fué con Enrique IV?

—Bien, señor.

—¿Qué decís?

—Que nuestros verdaderos enemigos no fueron los hugonotes de Francia, sino los duques de Guisa y Mayena, que nos vendieron.

—Ahora lo recuerdo, tenéis razón. La costumbre

adquirida en la noche de San Bartolomé les hizo crueles y hasta perversos. Debe castigarse la herejía, pero por tribunal competente, de ningún modo asesinando como ellos lo están verificando há muchos años. ¿Quién logró vuestra libertad?

—Nuestro hermano Osorio.

—¿También él? Bendito sea Dios que tanto lo distingue. Julio, refiéreme cuanto ha ocurrido en Francia y el estado en que dejas aquel país. Sé algo ya; me consta que mis órdenes no se han cumplido, y quiero que os justifiquéis; pero háblame con la franqueza y verdad que tú tienes de costumbre.

—Lo haré, siempre que permita V. M. á mi cariño que le imponga una condición.

—¿Qué es ello?

—Señor, V. M. sufre horriblemente á consecuencia de las muchas llagas que tiene en su cuerpo; esa postura es incómoda, y mi relato...

—No te cuides para nada de la materia; es polvo vil que nada vale.

—Pero padece V. M. lo indecible.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie.

—¿En qué lo conoces? ¿Demuestran acaso mi semblante y actitud que sea víctima de tan amargo dolor?

—No, señor; mas lo indica el estado de vuestra majestad.

—Julio, no me compares á mí con tu padre; mis deberes de soberano no me permitieron imitarle en todo; fuí, por desgracia, pecador, y no debo aspirar á

la muerte senil que Dios se dignó adelantarle. Mis culpas merecen algún castigo en la tierra, y bendigo á la Providencia que se digna permitirme purgarlas aquí. Lo malo sería no llegar limpio á la presencia de Dios. Por eso, lejos de buscar medios de combatir mis dolores, los estimulo, príncipe, ¡ay! No os asustéis, es esta pierna que anda mal, es decir, que no anda.

—¡Cuánto debe padecer vuestra majestad!

—A vosotros no os lo oculto, pero que nadie más lo sepa.

—¿Y los médicos?

—La mayor parte son tontos, y como yo no me quejo... ¿Quejarme yo? Al contrario, bendigo los males del cuerpo que pueden limpiarme el alma. Hé ahí la razón de molestarme tanto el que me hablen de padecimientos físicos que yo deseo, que siento complacido. Cuéntame lo que te mandé antes.

—Os obedezco, señor; admiro, y nada tengo que decir contra las elevadas ideas que acaba de expresar vuestra majestad: lo primero es el alma.

—Bien dicho, y no esos aduladores... Yo los perdono. Habla, príncipe, habla.

Silva refirió al rey minuciosamente cuanto hizo Osorio, la parte que ellos habían tomado en la empresa, la abjuración de Enrique IV, el reconocimiento del partido católico, la sanción de Su Santidad y hasta el proyectado repudio.

Felipe II le escuchó las dos horas que duró su discurso, sin interrumpirle una sola vez ni demostrar impresión alguna agradable ni contraria. Su rostro,

inmóvil é invariable, parecía sujetar aquella mirada fría é indiferente hasta el punto de ocultar cuanto pasaba en su alma.

Cuando el príncipe hubo concluído, entonces movió el rey la cabeza para sólo inclinarla y meditar. Al cabo de dos minutos la alzó, exclamando:

—Bien has cumplido las órdenes que te di.

—Señor, á imitación de V. M., me olvidé del cuerpo para acordarme del alma. Realizamos lo que os convenía, huyendo de acceder á la voz de la ambición, del orgullo ó de la envidia.

—Y España, ¿qué dirá á eso?

—Lo ignoro; pero sobrándole estados y guerras, le traigo la paz, por serle lo más necesario.

—En el fondo no te falta razón; yo te la doy; pero ten en cuenta que mi hijo y todos sus amigos piensan otra cosa diferente.

—Sólo V. M. reina.

—Me queda muy poco, Julio, y en verdad que quisiera uniros más al príncipe de Asturias y á ti.

—Obremos como cumple á nuestro deber, y que Dios disponga lo demás.

—Acércate otra vez, Flaviano. Siéntate en ese sitial.

—Señor, es el de S. A. R. el príncipe de Asturias.

—No importa; ahora no está aquí, ni lo recibiré mientras permanezcáis á mi lado. Te lo mando.

—Gracias, señor.

—Trae tu mano; déjala entre las mías; luégo verás que tengo razón en conservarla así. ¿Conque tú lo has

hecho todo en Francia? No olvidaré la escena con el padre capuchino que acaba de referirme Silva. ¿Gozaste mucho en aquel sueño, en aquel trasporte al alcázar de la inspiración divina?

—Lo increíble, señor.

—Oye, Flavianito; yo te quiero mucho. ¿Estás convencido de mi interés por ti?

—Señor, no hallo frases con que expresar mi gratitud.

—Entonces te voy á pedir un favor. ¿Juras hacérmelo?

—Juro obedecer á V. M.

—No, me es imposible mandártelo; quiero que en esta ocasión te aconseje el cariño.

—Será el amor.

—Gracias, hijo. Oye: todos los días entra en la iglesia, y con el fervor de que es capaz tu ardiente corazón, pide á Dios que me perdone, que ampare y proteja mi alma. ¿Lo harás?

—Os lo juro.

—¡Qué bueno eres! No economices frases ni tiempo; se trata del logro de un tesoro inestimable, y todo cuanto se haga es poco para conseguirlo. Julio, une tu ruego al de Osorio; y vosotros también, duque de los Andes, condes de Santomera y Monterrubio, marqués de Abella.

—Todos, todos imploraremos la misericordia divina en favor de V. M.

—Con qué placer os escucho. Me queda muy poco tiempo de vida; no creáis que temo perderla; si algo

en el mundo me infunde miedo son las faltas que, débil y falible, he podido cometer.

—Dios os perdonará, señor.

—Deseo además que antes de que llegue el postrer instante me pidáis aquello que más os agrade, cuanto necesitéis; es lo último que os voy á conceder, y no puedo, ni debo, ni quiero ser avaro con los que tanto se han sacrificado por su patria y por su rey. Pide tú el primero, Flavianito.

—Anhelo, señor, que V. M. continúe amando á Dios, pidiéndole perdón de sus faltas, y siendo un modelo, en fin, de verdadero católico.

—¡Qué dices, hombre!

—Que ni yo ni mis hermanos ambicionamos otra cosa que el bien de vuestra alma en estos momentos en que se va haciendo imposible conceder nada á la materia. Contamos, señor, con títulos, honores y riquezas de sobra.

—Alguna cosa echaréis de menos; posible es que os falte algo, y estad seguros que gozaría concediéndooslo.

—Nada, señor, absolutamente nada.

—Sé que con vosotros es inútil insistir, en cuyo caso cedo con sentimiento y pena. ¿Cuándo partís á Madrid?

—En el momento que V. M. no necesite de nosotros.

—Muy bien: en ese caso quedaos cerca de mí; vuestras esposas pueden venir al Escorial.

—Mañana llegarán.

—Eso me prueba que veníais decididos á permanecer aquí, y os lo agradezco mucho. Ahora pasar á la cámara del príncipe de Asturias, y saludadlo. Julio, eres su tío, es mi hijo, y te lo recomiendo. Le he mandado que tenga en vosotros absoluta confianza; que os estime cuanto merecéis; le aconsejé bien, y no dudo que tú, mi primo, le hablarás en el mismo sentido, siendo para con él un padre, un vasallo leal y su mejor servidor. Partid, hijos, partid, que ya es hora de hacer algo por mi alma.

Los seis besaron la mano de S. M., pasando á la cámara del príncipe de Asturias.

Al llegar á la puerta les detuvo un gentilhombre, diciéndoles:

—Permitidme que os anuncie.

—Hacedlo,—contestó Silva, quedando los seis junto á un balcón de la antecámara.

—Mi sobrino,—dijo el príncipe á sus hermanos,—va á demostrarnos hoy que los consejos y órdenes de su moribundo padre, respecto de nosotros, no valen gran cosa para él. Os recomiendo la prudencia ínterin viva el rey; luégo, con abandonarlo para siempre, le habremos complacido, siendo nosotros los que más ganemos.

—¿Podremos sufrir?..

—Sí, todo se reducirá á indiferencia y frialdad; correspondemos á ellas, y negocio concluído. Quiere prescindir de nosotros, pero nunca se atreverá á intentar nada contra los amigos de su padre, los ídolos del ejército.

—Mucho va tardando ese gentilhombre.

—Lo había supuesto, y sólo es cuestión de paciencia.

—La mía, príncipe...

—La tuya, duque, recordará, no que aguardas, sino que estás á mi lado. ¿Quieres continuar con el hijo según obraste con el padre?

—No y mil veces no, que voy entrando ya en años, creciendo mis hijos, y amando cada vez más á mi esposa, de la que no volveré á separarme.

—Entonces, y puesto que los seis pensamos lo mismo, déjame que dirija este asunto, y lograremos nuestro deseo.

—Haz lo que quieras.

Y continuaron hablando quince minutos más, que tardaron en abrirse de par en par las puertas de la cámara; se descorrió una cortina de terciopelo, exclamando en el mismo instante un ujier:

—Su alteza real el príncipe de Asturias, mi señor, se digna recibiros.

Los seis penetraron graves é indiferentes.

Don Felipe les esperaba en medio del salón, teniendo á derecha é izquierda gentileshombres y otros individuos de la alta servidumbre; es decir, que les aguardaba con toda etiqueta y el ceremonial que se usa con gente poco allegada á las personas reales.

Los seis le hicieron cortés reverencia, que el príncipe les devolvió, diciéndoles:

—Bien venidos, señores. ¿Visteis á S. M?

Julio de Silva le contestó secamente:

—Tuvimos esa honra.

—¿Qué opináis de la terrible dolencia que le aqueja?

—Somos extraños á la ciencia, por cuya razón nos concretamos á sentir sus males y á rogar á Dios que le mejore.

—Pues dicen, Julio, que vos entendéis de todo.

—Vulgaridades que de seguro no cree V. A.

—Son tantos en afirmarlo...

—Me desconocen sin duda; mis hermanos y yo aprendimos únicamente á obedecer á nuestros padres, á ser leales y cumplidos caballeros, y nada más.

—Muy modesto os presentáis al presente en mi cámara.

—No será capaz V. A. ni ningún sér humano de probar al príncipe de Italia que hizo alarde ú ostentación de algo.

—Y el virrey de Nápoles, ¿qué dice?

—Yo, señor,—contestó el duque del Imperio,—añado que mi hermano Julio vale muy poco, y nosotros cinco muchísimo menos.

—Cuentan que en Italia fuisteis un héroe como valiente, como hábil y como generoso.

—También vulgaridades, señor; tuve un poco de suerte, pero en verdad que aquello se redujo á casi nada; cualquiera habría hecho lo mismo.

—Lo que yo te he dicho lo afirma mi padre, mi moribundo padre.

—Así y todo sostengo mi opinión.

—¡Qué osáis pronunciar!

—Que S. M. el rey nos ve siempre por el prisma de su bondad; le ciega el cariño con que, sin mere-

cerlo, nos honró constantemente, y la verdad es que nos desconoce.

—Es grave eso que dices, duque.

—Al contrario, señor; lo grave sería que hubiese un hombre capaz de apreciar un hecho material con más exactitud y verdad que aquel que lo realizó.

—¡Brava modestia en el galante y presuntuoso caballero!

—¿Pre... presuntuoso yo? No comprendo á vuestra alteza.

—Ni yo podría acostumbrarme nunca á vuestro lenguaje.

—Hemos hablado con varios monarcas y príncipes de Europa, y en un principio les extrañó siempre la forma que usamos; pero al conocer el fondo, variaron de opinión. Uno de ellos fué S. M. el rey don Felipe II, mi amado señor.

—Ya habéis perdido algunos quilates de vuestra anterior modestia.

—Ninguno, señor; lo que dije fué lo sucedido, pero añado que, en mi concepto, todos se equivocaron. Sostengo que nuestro lenguaje suele ser inconveniente, rudos nuestros modales y algo tosco nuestro trato; lo cual se justifica, teniendo en cuenta que, á imitación de nuestros padres, ocupamos nuestra vida en los campos de batalla, corriendo mucho, durmiendo poco y comiendo mal. Nos avezamos al trato del soldado; y mis cinco hermanos y yo hallamos gran imposibilidad en obrar de otro modo.

—¿En cuántas batallas os hallasteis?

—Vuestra alteza conoce mejor que yo la historia contemporánea, y de seguro debe saberlas; yo no las recuerdo.

El príncipe de Asturias encontraba demasiado fuertes á Julio y á Flaviano para el pensamiento que se proponía: comenzó á perder terreno, y encontrándose débil, recurrió al último extremo, es decir, á preguntar á Mendoza, que era la parte flaca, moralmente, de los *invencibles*. Seguro de arrancarle á éste un triunfo que obstinadamente aquéllos le negaron, se apresuró á interrogarle:

—El marqués de Abella, que pasa por el mas aficionado de los seis á la guerra, podrá ilustrarnos, Osorio. ¿En cuántas batallas os hallasteis, Mendoza?

—En pocas, señor; pero es el caso que no las he contado.

—¿Cómo es eso?

—Tengo muy mala memoria, y como no había de retenerlas, excusé enumerarlas.

—Haberlas apuntado.

—¿Con qué, señor?

—Me gusta la pregunta; con pluma y papel.

—Pan y un mal colchón habría yo querido hallar la mayor parte de las veces. En los campos de batalla se suele carecer de todo.

—A un general como vos no pudo faltarle tintero y pluma.

—Es que antes fuí alférez, luégo capitán, y continué mi carrera por sus pasos contados. Todo lo debo á la bondad de mi soberano; pero la verdad es que as-

cendí poco á poco, comenzando á batirme, aunque mal siempre, desde la edad de quince años.

—Pues dicen que vuestro brazo es de hierro y que nadie os aventaja en esgrima y equitación.

—Mi fuerza parece ser de raza, ó mejor dicho, heredada; mi padre fué lo mismo, y éste contaba lo propio del suyo. Lo demás, tengo para mí, con permiso de vuestra alteza, que son vulgaridades.

El buen Rogelio aguzó el entendimiento, y contestaba como pudiera hacerlo el príncipe de Italia; visto lo cual por don Felipe, sacó el ejército que tenía de reserva, y se dispuso á dar el último ataque.

—Es indudable,—exclamó,—que el duque de los Andes y el conde de Santomera obraron con acierto y decisión en las Alpujarras; no lo es menos que Osorio estuvo en Nápoles como correspondía á su elevado cargo; pero en Francia os olvidasteis los seis de que erais españoles, á lo que os mandó mi padre, y lo que debíais á vuestra patria y rey.

La acusación era terrible, fundada en parte, y el príncipe de Italia se dispuso á la defensa, haciendo uso de su incomparable talento.

—¿Qué hemos hecho en Francia, señor?—le preguntó.

—Regalar á Enrique de Borbón una corona que pretendía mi padre, alegando derechos y favoreciendo la idea católica que predomina en la mayoría de los franceses.

—¿Eso dice V. A. R. á dos generales que á poco de llegar fueron vendidos por los duques de Mayena

y Guisa, y á seis hombres, en fin, que sólo contaban en Francia con sus criados y tres maestres de campo? ¿Es posible que quince extranjeros hayan podido arrancar la corona á un rey y colocarla sobre las sienes de otro, teniendo enfrente y dispuestos á la pelea millones de seres?

—Sí.

—¿Cómo podría explicarse ese milagro?

—Sabiendo que la falta de ejércitos la suplisteis con el talento é influencia del príncipe de Italia, y con la destreza, sagacidad y otras dotes del duque del Imperio.

—Siento decir á V. A. que no son exactas las noticias que le han dado.

—¿Qué ha ocurrido entonces?

—Simplemente la abjuración de Enrique IV y el reconocimiento del partido católico á la herencia que Enrique III tuvo á bien dejar á su cuñado.

—Y el perdón de Su Santidad, ¿á quién se le debe?

—Señor, el Padre común de los fieles está inspirado por el Espíritu Santo; así lo afirma la Iglesia, y no es posible negarlo.

—Muy bien; mas ¿quién se encargó de llevar á Francia la absolución?

—Yo.

—¿En cumplimiento de vuestro deber?

—Quién lo duda.

—Explicad el enigma.

—Tengo la honra de complacer á V. A. En Francia ardía la guerra de religión, y yo, católico desde

que nací, con fe y creencia arraigadas, falible como todos los mortales, corrí en busca de la infalibilidad del Padre Santo, que me recibió como á hijo, y me mandó como á súbdito. Dios está sobre todos los monarcas de la tierra; y claro es que desde aquel instante debía concretarme á obedecer á su digno representante en el mundo.

—Los reyes, Julio, tienen derecho divino, y la verdad es que hicisteis lo contrario de lo que os mandó mi padre y convenía al reino.

—No me atreveré á negar lo primero; pero si los monarcas reciben del cielo el derecho de gobernar sus pueblos, el Papa cuenta con la inspiración divina, y ante ésta es preciso que todos nos humillemos. Hasta el día de la abjuración de Enrique IV sólo hablé con los católicos más considerados en Francia.

—A los cuales convencisteis de que debían reconocer á Enrique, previa abjuración; en tanto que Osorio se ocupaba de convertir al pretendiente hugonote.

—Cuidado, señor, que ambos obrábamos por inspiración de Su Santidad, como puedo probar á V. A.

No hallando nada que contestar don Felipe á la última réplica de Silva, le lanzó su postrer y más terrible descarga.

—Y el asunto de las cartas, repudio intentado y demás que con tanta destreza manejó el duque del Imperio, ¿recibió también inspiración divina?

Julio se apresuró á contestarle, terminando de una vez tan enojoso diálogo:

—Señor,—le dijo,—al llegar á la tribuna donde se

encuentra S. M., le referí uno por uno cuantos hechos hemos practicado en Francia; esté seguro V. A. R. que no he omitido detalle ni circunstancia alguna, mereciendo nuestra conducta la aprobación de vuestro padre y recompensas que no hemos podido ni querido aceptar. Nadie ignora que el rey don Felipe II sostiene incólume el vasto imperio que heredó del gran César, su augusto padre. No se conformó con eso, le añadió Portugal y otras posesiones; día y noche se sacrifica por su amado pueblo; le sobran talento para gobernar, deseo para ensanchar, y le faltan voluntad para perder, empeño para regalar y posibilidad de ceder. Quien eso cuenta, y tantas otras cosas que su digno sucesor le reconoce, no ha debido equivocarse al aprobar nuestra conducta en Francia.

—En ese caso, ¿por qué no habéis admitido las justas recompensas que os quiso otorgar?

—¿Desea V. A. que le conteste con la ruda franqueza innata en mi raza?

—Sí.

—¿Quiere leer en mi corazón?

—Con mucho gusto.

—Pues oiga V. A.: los seis llevamos peleando desde que tuvimos uso de razón: nuestra sangre, señor, he regado á Europa y América; la que nosotros hicimos verter á los enemigos de nuestra patria y de nuestro rey no debo yo mentarla; pero añadiré que, no obstante la fortaleza de nuestros espíritus, de nuestros cuerpos, nuestro amor á España, demostrado en cien y cien combates, nuestro respeto y sumisión al

trono, nuestro interés, en fin, por no desmerecer la bondad con que nos tratan los sucesores del emperador Carlos I, el ejército, la nobleza y el pueblo, la verdad es que ha llegado el día en que debemos abrir paso á otra generación que nos disputa ya lo suyo, como nosotros hicimos con nuestros padres y compañeros de éstos. Lo cierto es, señor, que estamos ya cansados, y que nadie será capaz de obligarnos nuevamente á que abandonemos á nuestras pobres mujeres é hijos, solos casi siempre, desamparados de continuo y contando los instantes de su vida por los suspiros que exhalan. Ni los tormentos ni la muerte serían bastantes á hacernos desistir. Por eso no aceptamos honores, riquezas ni posiciones que nos sobran, y que para nada necesitamos. Dejaremos de ser generales y magnates de la corte, para entrar, aunque tarde, en la vida de esposos y de padres. Desde nuestro palacio de Madrid iremos á nuestro castillo de Toledo y viceversa. Devolveremos, por pura urbanidad, las visitas que se nos hagan; jamás nos acercaremos á la corte, y nuestro único gozo, nuestra ventura, se concretarán á la dicha que emana del hogar doméstico.

—¿Renunciaréis á ser los ídolos del soldado?

—Ya lo hemos hecho.

—¿Del pueblo?

—También. Repito á V. A. R. que nuestra felicidad no está ya en las calles, en las cortes ni en los campamentos, sino en el rincón de nuestra casa, en el seno de nuestras familias.

—¿Lo sabe mi padre?

—Nos guardaremos muy bien de decírselo, y rogamos á V. A. que se lo oculte.

—¿Por qué?

—Desea otra cosa diferente, y hallándose sufriendo su postrera enfermedad, no debemos, señor, añadir un átomo más á la cercana y terible agonía que le espera.

—Cierto. Retiraos todos.—añadió el príncipe, dirigiéndose con marcado enojo á los palaciegos que le rodeaban.

Sólo con los invencibles, prosiguió, variando de tono:

—Julio, sois mi tío; voy á quedar huérfano, y acaso necesite de vuestros consejos; la decisión que habéis tomado es demasiado extrema.

—Pero irrevocable, señor.

—¿Me abandonaréis vosotros?

—Nos reemplazarán los hermanos de Mauro y nuestros hijos.

—Son muy jóvenes aún.

—Más éramos nosotros al abdicar Carlos I.

—Yo quiero que descanséis de tanta fatiga y azar, pero no que emprendáis tan completa retirada.

—Señor, si V. A. nos estima en algo, si cree que somos acreedores á alguna recompensa, permítanos de príncipe y de rey que realicemos nuestro común deseo.

—¿Qué causa os mueve á insistir de ese modo?

—La que hemos expresado: nuestra propia comodidad.

—¿No ha podido influir en nada mi conducta y la de algunos de mis amigos?

—Os juro que en silencio la hemos aplaudido, porque ella favorecía nuestro plan y el logro de nuestras aspiraciones.

—Os creo; me engañaron, y... Tío, contad conmigo ahora y siempre.

—Gracias, señor; me complace el cambio de vuestra alteza, por el placer que va á causar en el rey mi señor, pero nunca será motivo para que nosotros mudemos de parecer.

—En ese caso, ahora hablaré con mi padre, y esta noche nos verá á los siete unidos junto á su lecho.

—Es muy conveniente. ¿Nos da V. A. permiso para retirarnos?

—¿Vais á permanecer en San Lorenzo?

—Sí, señor.

—¿Qué habitaciones tenéis?

—Las que nos dé el superior del convento.

—No; yo os cederé parte de las mías; de ese modo podréis traer á vuestras esposas é hijos.

—Señor...

—Os lo mando.

—Van á creer los amigos de V. A...

—Eso es lo que yo quiero; así podré humillarlos el día que os retiréis. ¡Mis amigos! Ni los reyes ni los príncipes los tenemos, Julio.

—Aceptamos, pero sólo mientras viva S. M.

—Está bien. Estrechad mi mano los seis.

—Señor...

—¿Tampoco vosotros sois amigos míos?

—Gracias.

—Pasad á la antecámara, que en breve os dispondrán seis habitaciones de familia. Hasta luégo, tío; id con Dios, amigos míos.

Convencido el príncipe de Asturias de que aquellos ídolos del soldado y del pueblo no pensaban disputarle un átomo de poder ni aspiraban ya á los aplausos de las masas, vino abajo por su base el edificio que formaron unos cuantos ambiciosos de la corte, y comenzó don Felipe á admirar la grandeza de unos hombres que, á querer ellos, le habrían dominado y dirigido sin oposición posible. Así es que los celos se convirtieron en cariño, y el desdén y frialdad en un interés que debía acompañarle á la tumba.

Pero nada fué suficiente á combatir la resolución de los seis generales, cansados como estaban de guerras, abandono y sufrimientos. Les eran además muy conocidas las intrigas de los palaciegos; la envidia aumentaba en sus enemigos, y careciendo el nuevo monarca de la firmeza de carácter y talento de su padre, obraban, en nuestro concepto, con cordura, buscando en el hogar doméstico una quietud, paz, tranquilidad y ventura de que apenas lograron disfrutar hasta entonces.

CAPITULO XXXIII

La última calaverada de Ros.—Entereza y valor de un moribundo.—La muerte.

Dieron á los *invencibles* seis habitaciones donde podía cada uno vivir algunos días con comodidad, teniendo al lado á su esposa é hijos y cuatro ó seis criados, con orden de que sus carruajes y caballos entrasen en las cocheras y caballerizas reales.

Tomaron, en consecuencia, posesión de sus alojamientos, cuando entró el superior del convento, y acercándose al príncipe de Italia, le dijo:

—Quiero, amigo mío, felicitaros y felicitarme antes que ningún otro lo haga.

—¿Por qué?—le preguntó Julio.

—Me acaban de decir que S. A. R. el príncipe de Asturias os escuchó con recelo, pero que luégo, rindiendo culto á la justicia, á vuestro talento y sacrificios, mandó retirar á cuantos le rodeaban, demostrándoos

seguidamente todo el aprecio y consideración á que son acreedores los seis primeros caudillos de España.

—Lo que hablamos con el señor príncipe de Asturias, después de partir los que le acompañaban, nadie lo oyó.

—En los palacios todo se sabe, Julio.

—Por lo visto sucede lo mismo en los conventos.

—A veces también.

—¿Y si yo os dijese que en la presente ocasión se había equivocado el eco que llegó á vuestros oídos? Ese que repite las conversaciones privadas.

—Sería inútil, porque sabemos la verdad.

—Dadme una prueba.

—Varias; escuchad: os ha cedido S. A. la mayor parte de sus habitaciones; mandó luégo que la cocina real se encargase de daros cuanto pidáis, como igualmente á vuestras familias; os van á servir sus propios criados, y el coro, en fin, que se alzaba contra la supuesta ambición de los *invencibles*, su predominio é intento de avasallarlo todo, sale en estos momentos para Madrid, con orden de no volver á presentarse en la corte.

—Padre superior, de esos hechos habéis sacado deducciones que os van á proporcionar un terrible desengaño.

—¿Es ó no es cierto lo que acabo de exponer?

—Lo es.

—Entonces las consecuencias son lógicas.

—Amigo mío, vos no sois palaciego ni intrigante; en cambio contáis con mi amistad, y en obsequio á

ella debo deciros que no juzguéis por las apariencias, y que, firme en la palabra que me disteis, espero la cumpliréis con entera exactitud.

—Silva, arrancáis de mi alma una bellísima ilusión.

—Cómo ha de ser, tened paciencia y dejad á los acontecimientos, que ellos confirmarán lo que acabo de decir.

—Príncipe, nuestra santa religión, la patria...

—Señor, si es cierto que nos reconocéis talento y abnegación, dejadnos que obremos con entera independencia, ahorrándoos á la vez la molestia de perder un tiempo precioso y unas frases que estimo, pero que escucharé sin interés, sin posibilidad de complacer.

—Son pocos los que, como yo, conocen vuestra escasa ambición, lo que valéis, y la falta que hacen hombres á quienes parece proteger la Providencia.

—Nos llaman al comedor. ¿Queréis acompañarme?

—¡Por Dios, Julio!

—Como amigo, como compañero de infancia, como franco y leal, os diré que llevo á cabo el plan que me he propuesto, no sólo por conveniencia, si que también por un juramento al que me es imposible faltar.

—¡Todo sea por Dios!

—¿Queréis comer conmigo?

—Gracias. Hasta luégo.

Los seis amigos ó hermanos se sentaron á la mesa, permaneciendo en ella más de una hora. Al acabar, entró un gentilhombre, participándoles, de parte de S. M., que les esperaba acompañado de S. A. R. el

príncipe de Asturias; é inmediatamente se dirigieron todos á la tribuna.

Felipe II continuaba agravándose; el sitial donde se sentaba su hijo había sido reemplazado por un sillón, á fin de que el príncipe pudiera estar más tiempo á su lado y oyera con comodidad los muchos consejos que su padre iba á darle. También entraron una mesa que contenía los medicamentos que tomaba con cortos intervalos y según lo exigía la gravedad del mal.

—Estaba el enfermo boca arriba, postura que rara vez abandonaba por imposibilidad material, y nunca se retrató tanto la majestad en su rostro severo y demacrado como en estos instantes en que se le veía sufrir sin quejarse, hablar con naturalidad, presentando su cabeza y barba blancas, los ojos hundidos y más parecida su materia á cadáver que á sér viviente.

No obstante lo mal que se sentía esta noche y los crueles dolores que destrozaban sus carnes, se hallaba alegre y aplaudía la reconciliación del príncipe su hijo con los *invencibles*. Su carácter, grave y austero, había cambiado en tales momentos.

A las once de la noche los mandó retirar, quedando muy satisfecho de la conducta observada en su tribuna por don Felipe, el tío de éste y sus cinco amigos.

Los últimos acompañaron al primero á su cámara, buscando después sus respectivos lechos.

Desde el día siguiente en adelante rogaron á su majestad que se les permitiera permanecer dos horas á cada uno cerca del augusto enfermo, relevándose al

terminar los plazos indicados. El rey accedió gustoso, teniendo á su lado continuamente á un *invencible*, á excepción de aquellos momentos en que se confesaba, lo cual hacía diariamente.

El majestuoso edificio del Escorial presentó durante la enfermedad del rey un aspecto tan siniestro y sombrío, que imponía á cuantos se llegaban á él. Fuera del local había centinelas que impedían la llegada de los carruajes, evitando á la vez voces ó gritos que pudieran alterar el sepulcral silencio que reinaba. Temerosos los habitantes del Escorial de que la imprudencia de alguno agravase la enfermedad del rey, dando lugar á terribles castigos, no osaban acercarse al convento, por cuya razón aparecían desiertos los alrededores y aquella inmensa plaza á que da frente la puerta de la iglesia. Los centinelas, más que soldados, eran estatuas enclavadas en el suelo é inmóviles ínterin llegaba el relevo.

Dentro del edificio no se hablaba, y en caso de hacerlo era muy quedo y al oído. Se evitaba el que las pisadas promoviesen ruido, y, á imitación de los monjes, todos caminaban despacio por los claustros, pasillos y galerías, con la cabeza inclinada y actitud triste y afligida.

Hubo, no obstante, en estos días un acontecimiento del local, que merece relatarse.

Acababa de hacer el duque del Imperio su séptima guardia cerca del rey, con el cual estuvo hablando las dos horas, con mucha complacencia por parte del monarca. Relevado Osorio por el conde de Santo-

mera, pasó á sus habitaciones, donde le esperaba una noticia grata. Preguntó por su esposa, á la que amaba más cada instante, contestándole sonriendo una camarera:

—Luégo vendrá, excelencia; me ha encargado diga á mi señor que no tardará mucho.

—Si está cerca, participale que no tengo prisa alguna, y que, si bien espero ansioso como siempre, me agrada que cumpla sus deseos y deberes.

—No puedo ir donde está, señor

—Entonces déjame solo.

Y comenzó á pasear, convencido de que sus hijos habían seguido á la madre.

Quince minutos después entró la duquesa, yendo delante Flavianito y Adelina. El padre besó á los primeros, estrechando con efusión la blanca y pequeña mano que le alargó la segunda.

Esta le preguntó:

—¿Cómo se encuentra S. M.?

—Mal, Adela, muy mal.

—¿Sigue sereno y tranquilo?

—Como no he visto á nadie. La voluntad de Felipe es verdaderamente incontrastable.

—¿Habló contigo?

—Las dos horas que estuve en la tribuna, y por cierto que me trató con una bondad que no merezco.

—¿Qué dice de ti?

—Después que conversamos sobre el mundo, los acontecimientos y las miserias humanas, quiso que le diera mi parecer sobre la otra vida, á la que desea pa-

sar lo antes posible. Al concluir me cogió, como de costumbre, la mano, colmándome de elogios que, en verdad, me abruman.

—Como todo el mundo; no hablo con persona alguna, grande ó chica, rica ó pobre, que no diga lo mismo del duque del Imperio. Parecen puestos de acuerdo, y más de una vez me considero superior á cuantas mujeres existen en la tierra por solo el hecho de ser esposa tuya.

—¡Aduladora!

—Yo creo que eres el primer hombre del universo.

—Tu voto, hija mía, no sirve en esa cuestión; pero me bastan tu amor y halagos, y, si te he de ser franco, son tus labios los únicos en los que no me molestan los elogios. ¿De dónde vienes?

—De acompañar á nuestros hijos, que acaban de asistir á un solemne acto.

—¿Religioso?

—Se entiende; largo é interesante como pocos.

—Muy bien. ¿Te has cansado, Adelina?

—No, padre mío.

—¿Y tú, Flavianito?

—Al contrario, estuve muy derecho y muy grave, como que te representaba.

—¿A mí?

—A ti; si me hubieras visto, miras tu retrato.

—¿Y en qué, hijo mío?

—No puedo decírtelo hasta que mi madre me dé permiso.

—¿Tenéis secretos para mí?

—Vaya; y muy interesantes.

—¿Qué dices á eso, esposa mía?

—Que á la puerta de la cámara aguardan dos personas á quienes tú y yo estimamos mucho.

—¿Por qué no entran?

—Hijos míos,—añadió la duquesa,—id por ellos.

Los niños abrieron la puerta, entrando de las manos Flavianito á la primera camarera de su madre, y Adelina á Ros, vestidos ambos con arreglo á su clase, pero con lujo y elegancia. Ambos cayeron á los pies del duque, y, después que le hubieron besado las manos, exclamaron:

—Señor, dignaos echarnos vuestra bendición.

—Pero ¿qué es esto? ¿De qué se trata, Adela?

—¿No lo ves? Que acaba de unirse Ros á María, mi bella camarera.

—Yo os bendigo, hijos míos, con indecible placer. Apoyaos en mis manos, y alzad. Ros, ¿quién ha hecho este milagro.

—¿No lo deseabais, señor?

—Sí.

—¿No lleváis tres días de sufrir continuamente, viendo lo que padece S. M.?

—Ciertamente.

—Pues bien, señor; vuestro leal criado, que os ama más de lo que vos podéis figuraros, quiso complaceros, endulzando á la vez la triste situación á que os ha conducido la desgracia que todos deploramos.

—¿No han contribuído nada los negros y rasgados ojos de María?

—Algo, señor.

—¿Y su rostro agraciado y perfecto, sus dieciocho años, talle delgado, negligencia, donaire y buenos modales?

—Este pimpollo, señor, es muy diferente á aquellas gatas francesas, napolitanas, maltesas, americanas y de otros muchos países.

—¿Qué quieres decir, Ros?

—Vuelvo la hoja, amo mío; punto y aparte, olvido completo y absolución general. Desde hoy, vida nueva.

—¿Es decir, que fueron mis hijos vuestros padrinos?

—Cabal; en representación de mis amos, y con más gravedad y acierto que dos viejos.

—Qué callado lo tenías, Adela.

—La señora quiso probaros que con una mirada suya domesticó á este leopardo. Supongo, señor, que ya no saldremos más de Madrid.

—¿Por qué?

—¿Cómo había de dejar sola á María?

—¿No me he separado yo de la duquesa varias veces?

—Es que María me inspira mucha confianza, señor, mucha; pero entre amigos, con verlo basta.

—Juzgas por ti, desconociendo completamente la bondad y pureza de costumbres de tu mujer.

—Las tengo en cuenta; mas con el objeto de que no las pierda, quisiera estar á su lado siempre para poder enderezarla si se torcía.

—¿De qué modo, Ros?

—Entre nosotros, señor, se arreglan esas cuestiones con una buena vara de roble ó fresno.

—Tú, mi compañero en los campos de batalla, el valiente criado que nunca quedó atrás, que presenta su cuerpo lleno de heridas y es de bronce su corazón, ¿osaría fijar su potente diestra en esa infeliz?

—Tenéis razón, señor; á vuestro lado dejé la corteza que traje de mi pueblo, y me hice otro hombre; si María me faltase, lo que no es probable, la arrojaría de mi lecho por indigna y miserable, no teniendo ya el resto de mi vida para ella otra cosa que desprecio é indiferencia.

—Ros, edúcala bien, dale ejemplo, y será un modelo de esposas y de madres. De cada cien mujeres malas, son impelidas al crimen noventa y nueve por la torpeza de sus maridos. Jamás le demuestres celos; si son ciertas tus sospechas, la enseñarás con ellos á que sea hipócrita, y si son infundadas, abrirás una herida en su corazón, humillándola y recordándole que puede ser pecadora. Ten en cuenta que honra al fuerte ceder ante el débil, que una pobre mujer te llevó en su seno nueve meses, te echó al mundo entre agudos dolores, y cuidó de ti largo tiempo con cariño maternal. Demuéstrale de continuo que, aun cuando no naciste duque, fuí yo tu maestro en la guerra, tu consejero en la paz, y en fin, Ros, sé bueno con ella si aspiras á que tus hijos hallen en mí un segundo padre. Te nombro mi primer mayordomo; toma posesión de las llaves de mis arcas, y sacarás de ellas para ti, por meses ó por años, cuanto te dé la gana. La lealtad no

tiene precio, y cuanto más cojas más satisfecho estaré. Que te respeten todos mis criados; al que no lo haga, le despides; adquiere la importancia de tu nueva posición, y cuando no estemos la duquesa ni yo, dentro y fuera del palacio nos representarás, pero represéntanos bien. María, te damos esposo digno, posición, y habitarás con tu marido bajo el mismo techo que yo; honra el nuevo apellido que te da mi primer mayordomo; sé agradecida á tu señora, y tan buena como puede serlo una joven tan candorosa y humilde. No te aflijas, hija mía; leo en tu alma la bondad que encierra, y estoy seguro que no darás motivo á Ros para la más leve reprensión. Adiós, hijos míos; os agradezco la satisfacción que acabáis de causarme. El cielo os haga dichosos, y no dudéis nunca de mi afecto y consideración.

Los dos cayeron de rodillas, besando las manos de los duques y de sus padrinos, sin poder expresar frase alguna, por el llanto, el agradecimiento y la emoción que sentían.

Salieron, pues, de la cámara, y en verdad que, andando el tiempo, ninguno de los dos dió motivo de queja á sus queridos amos. Tuvieron cinco hijos, varones todos y alféreces más tarde de los tercios castellanos, gracias á la influencia y poder del duque, que sacó un título de nobleza para Ros y protegió siempre á los hijos.

Los duques del Imperio permanecieron solos con Flavianito y Adelina media hora que tardaron en entrar los príncipes de Italia. Elvira se retiró con Adela

y sus niños á una habitación interior, y Julio, sentándose junto á Flaviano, le dijo:

—Hermano, tendremos la desgracia de perder al rey, pero en cambio quedaremos relegados de todo servicio en adelante. Muerto don Felipe, será el marqués de Denia, tu primo, el consejero, ministro y amigo íntimo del nuevo monarca.

—La noticia me es gratísima.

—En vista de la tranquilidad y sosiego que nos ofrece el porvenir, he dispuesto que partan á Toledo todos mis mayordomos con doscientos operarios, á fin de que añadan un segundo cuerpo á nuestro castillo, donde puedan alojarse con comodidad Roch y los Zallas.

—Bien hecho.

—Encargué que lo decorasen mejor de lo que está; que lleven toda clase de armas é instrumentos de caza, y que aumenten al jardín y huerta doscientos mil pies de terreno. Quinientos trabajadores se ocupan ya de abrir un nuevo camino que acorte la distancia y facilite el tránsito de nuestras carrozas. De ese modo podrán ir y volver los niños con toda comodidad.

—Almirable, Julio, admirable.

—No es esto sólo; nos construirán casetas en los puntos en que pensemos cazar, y tendremos entre esos montes cincuenta empleados prácticos é inteligentes que nos guiarán por los áridos y desiertos montes de Toledo. ¿Se te ocurre algo más á ti?

—Posible es, pero lo aplazo para cuando estemos sobre el terreno.

—Ahora concretémonos á la augusta persona que tanto sufre en su lecho de dolor.

Así lo hicieron los seis, demostrando á Felipe II en su mísera tribuna el mismo afecto, lealtad é interés que en los campos de batalla, en la corte y en su palacio.

No se separaron de S. M. hasta que aquel dejó de existir; y puesto que se acercan los últimos instantes del austero monarca, y éstos merecen especial mención, retrocedamos un poco, para saber con verdad y exactitud lo que hizo y lo que fué en su último período un soberano elogiado por muchos, y anatematizado por otros que indudablemente no se tomaron la molestia de reconocer archivos ni estudiar los hechos y reinado del hijo del gran Carlos I.

En cumplimiento de lo expuesto, prescindamos por algunos instantes de los *invencibles* para ocuparnos única y exclusivamente del rey moribundo.

Felipe II sufría há más de tres años una fiebre lenta y tenaz, complicada con la gota, y más tarde con hidropesía. Mientras el grave y austero monarca tuvo fuerzas para resistir sus terribles padecimientos, ocultó la gravedad de ellos, y con incansable celo prosiguió ocupándose en gobernar el reino y que todo se hiciera bajo su acertada y práctica dirección; pero llegado el día en que la materia se negaba á cuanto le pedía su poderosa voluntad, cada vez más viejo, cubierto de llagas, y en un estado, en fin, casi cadavérico, arrojó la pluma con la cual llevaba muchos años de gobernar y regir dos mundos, exclamando:

—No puedo, no puedo más. Dios me llama á otro lugar, y me apresuro á obedecerle. Dejo ya de mandar, y empiezo á morir.

Y buscó el lecho, notando que no se había equivocado y que se moría efectivamente.

Algunos días después dispuso que lo trasladasen al Escorial, á lo que se opusieron sus médicos, hijos y alta servidumbre; pero él con aliento varonil les contestó:

—«Quiero yo mismo seguir mis funerales hasta el sepulcro.»

Cincuenta y tres días estuvo en la tribuna que ya conocemos, postrado en el lecho, boca arriba, lleno de llagas, sufriendo horribles dolores, martirio fatal, sin exhalar una queja, un suspiro ni demostrar en su semblante sensación alguna. Su voluntad era más poderosa que cuanto existía en la tierra.

Durante ese corto período hacía ricos y espléndidos regalos á las iglesias y santuarios, en todos los cuales se elevaban fervorosas oraciones y rogativas por su salud. Confesaba y comulgaba continuamente y admiraba á los más píos su verdadera y afanosa contrición.

Sus conversaciones se contraían, por lo general, al desprecio del mundo y su miseria, á la separación del alma de los vínculos del cuerpo y al juicio que da al espíritu ventura eterna ó desgracia sin par. Hablaba con entereza, su conversación imponía, y no demostraban sus frases y actitud nada contrario al valor y serenidad de que estaba siendo modelo.

Tres días antes de espirar se dispuso al último combate, pidiendo luégo con mucha insistencia el Santo Sacramento de la Extrema-Unción, que debía administrarle y le administró el arzobispo de Toledo. Antes de recibirlo llamó á su hijo y heredero, diciéndole:

—«Quédate, y presencia el solemne acto que va á tener lugar, para que entre la majestad y elevación peligrosa del trono te acuerdes que eres mortal y que ha de llegar el día en que te veas como yo. Ten muy en cuenta mi ejemplo, y en iguales circunstancias imita mi contrición, arrepentimiento y piedad.»

Y se efectuó el acto con tranquilidad de ánimo sorprendente por parte del dolorido é infortunado monarca.

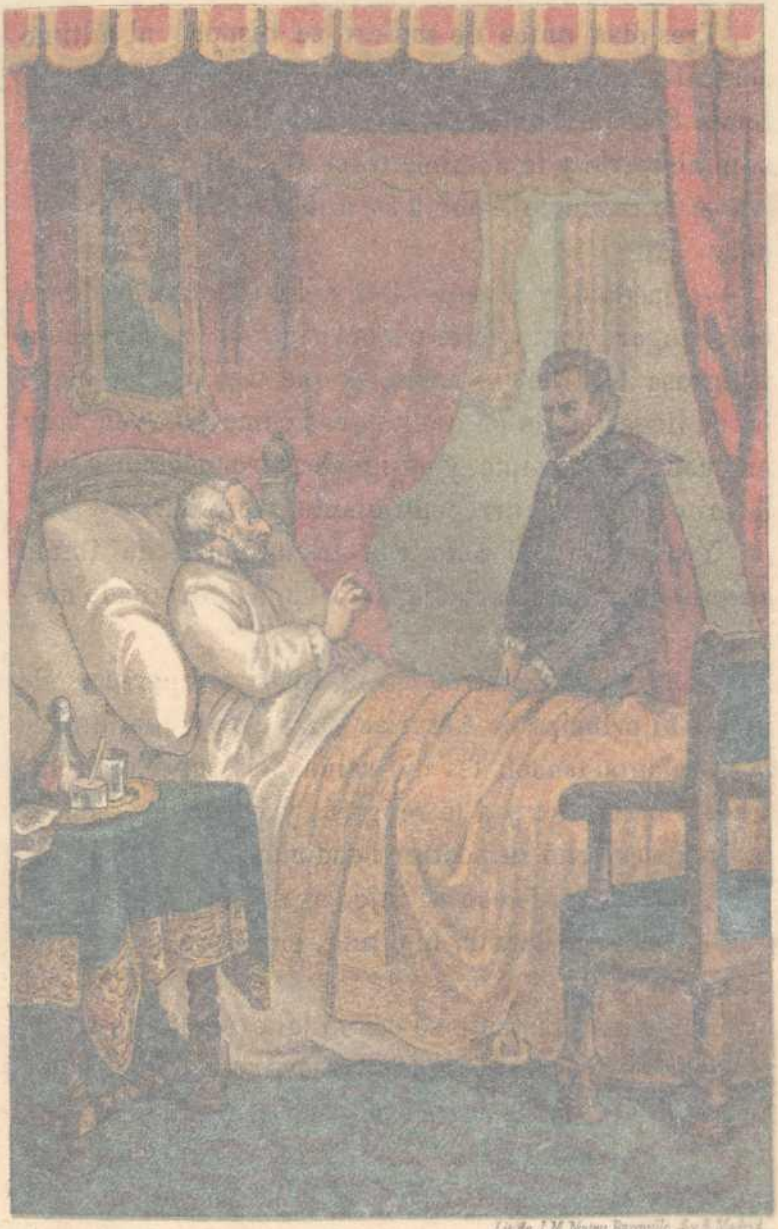
A las veinticuatro horas hizo comparecer de nuevo al príncipe de Asturias y á su muy querida hija la infanta Isabel; les dió saludables consejos relativos á la política y á la religión, y hecha la señal de la cruz, les echó su postrer bendición.

Solo más tarde con su hijo, exclamó:

—Te mando llamar, hijo mío, para que veas en lo que para todo.

Desde este instante se ocupó únicamente de su alma y de su muerte. Mandó que le llevasen el féretro en que debía ser depositado su cuerpo y que le dejasen á su vista para no cesar de mirarlo y considerar en tan triste espectáculo el poco tiempo que le quedaba de vida.

Más tarde dispuso y arregló el orden que se había



Lit de J. M. Matéu, Barquillo, 4 y 6, Madrid.

—*Te mando llamar, hijo mio, para que veas en lo que pára todo.*

Tres días antes de espirar se dispuso al último combate, pidiendo luégo con mucha insistencia el Santo Sacramento de la Extrema-Unción, que debía administrarle y le administró el arzobispo de Toledo. Antes de recibirlo llamó á su hijo y heredero, diciéndole:

—«Quédate, y presencia el solemne acto que va á tener lugar, para que entre la majestad y elevación peligrosa del trono te acuerdes que eres mortal y que ha de llegar el día en que te veas como yo. Ten muy en cuenta mi ejemplo, y en iguales circunstancias imita mi contrición, arrepentimiento y piedad.»

Y se efectuó el acto con tranquilidad de ánimo sorprendente por parte del dolorido é infortunado monarca.

A las veinticuatro horas hizo comparecer de nuevo al príncipe de Asturias y á su muy querida hija la infanta Isabel; les dió saludables consejos relativos á la política y á la religión, y hecha la señal de la cruz, les echó su postrer bendición.

Solo más tarde con su hijo, exclamó:

—Te mandé llamar, hijo mío, para que veas en lo que para todo.

Desde este instante se ocupó únicamente de su alma y de su muerte. Mandó que le llevasen el féretro en que debía ser depositado su cuerpo y que le dejasen á su vista para no cesar de mirarlo y considerar en tan triste espectáculo el poco tiempo que le quedaba de vida.

Más tarde dispuso y arregló el orden que se había



Lit. de J. M. Mateu, Barquillo, 4 y 6 Madrid.

—*Te mando llamar, hijo mio, para que veas en lo que pára todo.*

de observar en sus funerales y entierro, previniendo que «todo fuese común y vulgar», con otras advertencias relativas á su muerte.

Finalmente, cuando comprendió que se acercaba su postrer instante, ordenó que le acercasen un crucifijo que tuvo en la mano su padre el emperador Carlos I al tiempo de morir. Felipe II cogió con la diestra la sagrada imagen, y con la izquierda una vela encendida con el grabado de la virgen que se venera en Monserrat, y bañado en lágrimas, con acento fervoroso y arrepentimiento sincero, imploró de la divina clemencia el perdón de sus culpas.

Sus últimas frases fueron las siguientes:

—«Muero católico y obediente hijo de la Iglesia Romana.»

Su voz espiró en los labios, cárdenos ya, miró el crucifijo que tenía en la mano, y espiró, demostrando tranquilidad y sosiego.

Acaeció su defunción al amanecer del domingo 13 de Septiembre.

Sus contemporáneos le llamaron grande y prudente; hoy, que se han hecho su reinado y persona armas de partido, se le acusa de crímenes que no cometió, de tropelías en que no tuvo parte alguna, y de un despotismo y crueldad que sólo han existido en algunos descompuestos cerebros. Con su carácter intolerante, sombrío y taciturno, y con su severidad extremada, fué un gran rey que sostuvo el empuje de media Europa y de toda la Turquía, que se le vinieron encima. Sostuvo incólumes la unidad católica el principio de

autoridad, su inmenso poder, y el vasto imperio que heredó del gran César, su padre. La decadencia de España empezó con su muerte para concluir sabe Dios cuándo.

Fué blanco, rubio, su frente era grande y la estatura mediana; llevó siempre el pelo muy corto, y al espirar lo tenía ya blanco, contando setenta y un años de edad.

Después de celebradas las exequias entre lágrimas y gemidos, se encerró su cadáver, sin embalsamar ni tocarlo, en una caja de plomo, según dispuso él, y después se colocó en el panteón real.

Concluído el funeral regresaron sus hijos y la corte á Madrid, donde se celebraron honras fúnebres con insigne pompa por el alma del rey. Este acto se repitió en todos los dominios de España y en muchas partes de Europa, cuyos monarcas recordaban agradecidos los muchos favores que le debían.

Cumplido el novenario, se trocó el luto en alegría y magnificencia, con la proclamación de Felipe III, celebrada el domingo 11 de Octubre, tremolándose al efecto los pendones en toda la nación, costumbre antigua y seguida después.

El nuevo rey eligió por ministro y consejero á don Francisco Sandoval, marqués de Denia, luégo duque de Lerma, y aseguran que fué su favorito. Mudó muchos empleados de la corte, ocupándose después del hambre que afligía á Portugal y de la epidemia que sufrían los andaluces.

Quiso más tarde declarar la guerra á los ingleses,

y hasta ordenó que se dispusieran armamentos para vengar los insultos y vejámenes que nos hicieron los hijos de la Albión; pero su boda y otros asuntos de menos interés le abstrajeron lo suficiente para que condenara al olvido la primera gran idea que se le ocurrió, en concepto nuestro.

Nada más debemos decir del reinado de Felipe III, siendo así que sólo nos hemos propuesto hablar de su padre en el libro que estamos concluyendo.

Ocupémonos, aunque brevemente, del porvenir de los *invencibles*, y nuestra misión habrá terminado en lo relativo á la presente novela histórica.

ANTES DEL EPILOGO

Los *invencibles* regresaron á Madrid, en unión de sus familias, el mismo día que Felipe III, junto al cual permanecieron durante el novenario.

Ya en la capital, asistieron á la proclamación del nuevo monarca, y seguidamente partieron el príncipe de Italia, el duque del Imperio, Ros y un criado del primero á los montes de Toledo, con objeto de inspeccionar y dirigir las obras que tenían encargadas. Cuando hubieron terminado su primer reconocimiento, preguntó el príncipe al duque:

—Osorio, ¿qué opinas de las reformas introducidas en nuestro castillo y dependencias?

—La idea, Julio,—contestó Flaviano,—me parece admirable; pero deseo algo más.

—¿Qué te propones, hermano?

—Quiero, en primer lugar, más lujo, más esplendidez, más suntuosidad.

—Es un castillo situado entre montes.

—Verdad es, pero no pierdas de vista que hemos de pasar en él una gran parte del año.

—Costará mucho traer aquí los muebles y aparato, en fin, que tú piensas añadir.

—Para eso somos inmensamente ricos.

—¿Y los pobres, Flaviano, y los desgraciados de la tierra?

—A esos les daremos la mitad de lo que producen nuestras rentas.

—No veo, sin embargo, la necesidad de un exceso de lujo impropio de estos parajes.

—Yo sí.

—Explícate.

—Se acabaron para nosotros las guerras, los viajes, las intrigas, las emociones, y esa vida, por último, agitada, turbulenta y azarosa, pero entretenida á la vez, aplaudida siempre y agradable en ocasiones dadas.

—Cierto, mas no comprendo...

—Supongo que no volveremos á pisar el alcázar de tu sobrino.

—Claro es.

—Pues, Julio, no quiero echar de menos nada de lo que he visto respecto de comodidad y recreo en los palacios reales de Europa. No hay felicidad posible en ninguna posición, lo sé; sólo se puede aspirar al sosiego, tranquilidad y bienestar del hogar doméstico, y si en esto reside *todo*, justo es que *todo* lo tenga, que nada escasee en él, que nos sobre mucho para que el hastío no nos enseñe su horripilante faz.

—Pero, hombre, ¿qué falta aquí?

—Poca cosa; alfombras de Inglaterra, sedas de Milán, cuadros de Rafael, Velázquez, Murillo y otros; una armería como la que tenemos en Madrid; cien sillones de damasco y caoba, mosaicos en habitaciones y muebles, más columnas y estatuas, más relieves, más árboles, fuentes, surtidores y algunas otras pequeñeces de que ya tengo tomado apuntes.

—¿Cuánto importará esa reforma?

—No lo he calculado.

—Aproximadamente.

—No será cosa mayor; el todo se acercará á veinte mil ducados.

—Pues yo entiendo que pasará de treinta mil.

—Puede, y no estarán mal empleados.

—Es mucho, Flaviano.

—¿Sí? Déjalo entonces, y todo correrá por mi cuenta.

—Imposible.

—No, hombre; te has hecho avaro, y yo respeto tu debilidad. Quedamos en que abonaré yo solo el coste total de mi reforma.

—Veo que estás de buen humor, y nada contesto.

—Bien, pero te participo que voy á encargar ahora mismo cuanto deseo aumentar.

—Hazlo, y si te parecen pocos treinta mil ducados, gasta cuarenta; mas el dinero lo daremos los seis por partes iguales.

—Me es indiferente.

—A mí no.

—Hasta luégo.

—No tardes.

Salió el duque y en el acto comenzó á dar órdenes por escrito para que el castillo y dependencias fuesen enriquecidas de un modo sorprendente, maravilloso. A su fabulosa esplendidez reunía Osorio el buen gusto y conocimientos de hombre aficionado al lujo que había pisado los primeros salones del mundo, y en la ocasión presente lo iba á patentizar.

Cuando hubo concluído pasó al gabinete, donde le esperaba el príncipe, al cual dijo:

—Ya he terminado, y en breve aparecerá el castillo tan brillante como lo pide el deseo.

—Doy por hecho que lo vas á forrar de oro, y no hay duda que deslumbrará.

—Claro es; está cerca tu cumpleaños, y ese día vendrán á verlo todos los grandes que residen en Madrid.

—¿Con qué objeto?

—Con el de asistir al baile á que pienso invitarles.

—¿Dónde va á dormir tanta gente?

—En ninguna parte; pasaremos la noche cantando y bailando. Mañana empezaré á componer algunas piezas, y en la semana próxima ensayaremos ya.

—Flaviano, prefiere, como yo, la tranquilidad...

—No, Julio, mis hermanos y yo queremos entretenernos en algo más que educar á nuestros hijos, galantear á nuestras esposas, cazar y correr á caballo. Un poco de cada cosa no cansa y aleja el hastío.

—Bien, hombre; haced lo que os agrade.

—Aquí no hay generalísimo ni hermano mayor, y ten entendido que todos, inclusas nuestras mujeres, han decretado que sea yo el director del palacio y castillo, dándome amplias facultades para encaminar nuestra vida por el recto sendero de las diversiones.

—Si eso es cierto, pronto nos dejarás sin un maravedí.

—Al contrario; intento mejorar nuestras posesiones y hacerlas producir el doble para que nos sobre más.

—Es posible, y aplaudo la idea. Como tú te empeñes...

—Me empeñaré, y con el producto nos ha de sobrar para cuanto necesitemos.

—¿Y los pobres?

—Para esos será la mitad.

—Flaviano, une mi voto, y dirige sin trabas, que te sobran talento y laboriosidad para conseguir cuanto te propongas.

—Príncipe, son las diez de la noche, y al amanecer debemos partir á Madrid.

—Tienes razón; descansemos.

Y ambos se retiraron á sus respectivos dormitorios.

El duque del Imperio halló en el suyo al buen Ros, tan grave y bien vestido como correspondía al cargo de primer mayordomo que desempeñaba.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó al entrar.

—Os esperaba.

—Me alegro. Encarga á uno de esos criados, que ya tenemos en el castillo, que venga á desnudarme.

—Prefiero serviros yo.

—Eso es rebajarse, y no debo consentir...

—Amo mío, venga esa gorra; después el ferreruelo...

—Si te empeñas, no me culpes...

—Lo deseo.

—¿Te va mal de mayordomo?

—Mejor que al abad de San Basilio; pero me complace serviros de todos modos.

—Y tu mujer, ¿te ama?

—Con delirio.

—¿Y tú?

—Parecemos dos tórtolas.

—¿Luego has ganado?

—¡Quién lo duda!

—¿Lo ves? Te lo anuncié en Francia.

—Cuando estoy á su lado me creo feliz.

—Buen remedio: no te separes nunca.

—Es preciso que yo haga compras, que vigile y que cumpla, en fin, con mis deberes de mayordomo.

—Poco tiempo podrás perder en todo eso.

—Poco, mas...

—Acaba.

—Quiero decir que cuando no estoy á su lado y veo mujeres bonitas...

—¿Qué?

—El diablo me tienta y temo...

—Lo mismo me sucedía á mí.

—Yo soy menos fuerte.

—También me juzgaba yo débil.

—Señor, aquella vida desordenada, aventurera y licenciosa viene ejerciendo influencia nociva en mis resoluciones de casado.

—Ros, suelen ser los mejores maridos aquellos que de solteros conocieron tanto malo como hay en la tierra.

—Y tanto bueno. En Nápoles...

—Vuelve la hoja; piensa en tu mujer, y cree firmemente que nada hallaste tan cándido, inocente, puro y bello.

—Eso es verdad, pero...

—Ros, imítame, sin perder un solo instante de vista que tu esposa podrá ser la madre de tus hijos.

—Ya lo creo; tenedlo por seguro.

—¡Hola! ¿Hay sospechas?

—Casi seguridad.

—¿Tan pronto?

—Sí, señor.

—¿Y no la quieres más? ¿No ves en ella el sagrado depósito de un pedazo de tu corazón?

—Cierto.

—No la ofendas, Ros; ese lazo te aprisiona, y de faltarle, te creería el más vil de los hombres. Yo seré el padrino.

—Gracias, señor; ¿cómo he de pecar si vos me lo prohibís? Os temo más que al infierno con todos sus horrores, y mi miedo no es aborto de la cobardía, sino del cariño que os profeso. Sois mi padre, mi maestro, mi señor; me habéis salvado la vida exponiendo la vuestra...

—Basta, hijo, basta; tu lealtad y afecto merecían todo eso y...

—El duque del Imperio es el más generoso de los hombres, y con su feliz criado estuvo siempre...

—Ya sabía yo que tú, á imitación de tu amo, serías un modelo de casados.

—Seré lo que vos queráis, lo que me mandéis, lo que me imponga el hombre á quien más amo en el mundo.

—¿Dónde vas á dormir?

—¿Dónde? ¿Y vos me lo preguntáis? Aquí, cerca de vos, como en campaña; el lebrel nunca abandona á su amo.

—¡Todo un mayordomo del duque del Imperio sobre un mal colchón tendido en el suelo! Ros, te van á criticar tus compañeros.

—Son mercenarios del duque y yo su hijo mayor. Si esta razón no sella sus sabios, entonces... No enervó mis fuerzas el matrimonio, amo mío, estad seguro.

—Si murmuran recurre á otro medio: los despides, pertenezcan á mi servidumbre ó á la de mis hermanos.

—Lo haré, mas saldrán por la puerta ó por el balcón; eso dependerá de las circunstancias.

—Durmamos.

—Es lo mejor; Morfeo cierre nuestros párpados, ínterin los espíritus se trasladan á Madrid para contemplar á aquellos ángeles... Mal se está de viudo, señor.

—Yo lo creo; pero mañana nos volveremos á unir otra vez.

Minutos después reposaban ambos con sueño tranquilo, que cortó el alba, anunciándoles que era llegada la hora de regresar á Madrid.

Habían trascurrido dos meses; era el 30 de Mayo, cumpleaños del príncipe de Italia, y éste, sus cinco hermanos, Zalla, Roch y familias se trasladaron al amanecer de aquel día al castillo situado en los montes de Toledo, con objeto de celebrar el aniversario del nacimiento de Silva y el de permanecer hasta Septiembre entre aquellas frescas y elevadas montañas.

Una brisa juguetona y agradable movía las hojas de los árboles desde la llegada de la aurora; después saludó á los tímidos y nacientes rayos del sol, y cuando éstos cobraron todo su brillo y esplendor, comenzó á refrescar la ardorosa impresión que intentaban marcar en la tierra. Quedó, en consecuencia, un día claro, sereno y apacible, un día de deliciosa primavera, tan raro en Madrid como los faisanes.

Desde muy temprano se cuajó el *Mentidero* de curiosos, que comentaban la espléndida y sin igual fiesta que tenía lugar aquella noche entre las ásperas montañas de Toledo; se decía que el nunca bien ponderado duque del Imperio era el director, y que había gastado la fortuna de un rey en la función más sorprendente y maravillosa que pudo ocurrirse á cabeza humana. Estaban convidados á ella los grandes, jefes superiores del ejército, alto clero é individuos del cuerpo diplomático, y desde muy temprano, añadían, limpian y preparan los trenes y carrozas, caballos y galas los afortunados que cuentan con una esquela de con-

vite, firmada por los muy poderosos señores duques del Imperio.

Estas noticias y comentarios, corrieron primero por la villa, luégo por los pueblos inmediatos, y como en muchas leguas en contorno debían miles de infortunados cuanto eran y tenían á los caudillos trasladados á los montes de Toledo, hubo uno que propuso ayudar al duque á hacer la fiesta inimitable, cientos de ellos lo aprobaron, y al ser de día salieron de Madrid más de cinco mil personas, las cuales, previo el permiso de la autoridad, levantaron arcos, fijaron banderas, trofeos, inscripciones, concluyendo por dejar el nuevo camino, abierto por orden de los *invencibles* desde Madrid á su castillo, como la ancha y deliciosa calle de un jardín.

A cada paso se leía: *A los Héroes. A los Invencibles. A los que aterraron y confundieron á los enemigos de España. A los padres del infortunado. A los hijos del Santo,* etc., etc.

A las tres de la tarde comenzaron á salir carrozas llenas de caballeros y damas, briosos corceles aguijoneados por generales y maestres de campo, y el pueblo todo de Madrid acudió en tropel á la ronda, ansioso de ver partir á los hombres y mujeres más elevados de la corte.

Adelantémonos.

Era el castillo de los *invencibles* extenso, y tenía más de alcázar que de fuerte. Antes de entrar se veían dos órdenes de muros, cuatro torres y varios puentes y zanjas. Parecía un gigante de la Edad Media rejuve-

necido, compuesto, reformado. Estaba defendido por una compañía de piqueros y contaba con diez cañones, regalados por Felipe II á su primo el príncipe de Italia.

A derecha é izquierda de su extenso zaguán se veían dos salones; en el uno esperaban treinta doncellas la llegada de las damas para arreglar sus tocados y vestidos, y en el otro veinte sirvientes para ordenar el traje de los convidados.

Al anochecer se iluminó el camino con hachas de viento que llevaron los autores de los arcos y trofeos, y poco después comenzaron á entrar señores y damas en el suntuoso castillo. En la escalera de éste se situaron cien lacayos, y había tiestos con flores y plantas odoríferas, cuadros de antepasados y más luz que á las doce del día en el campo.

La descripción de los salones, galerías, parque y jardín sería interminable; los grandes de España y los poderosos extranjeros se conceptuaban allí muy chicos, y Flaviano probaba en aquellos momentos que era el hombre más espléndido del universo y á la vez el de más gusto y acierto.

Ninguno de los convidados excusó la asistencia, y en verdad que se alegraban, pues no se oía otra cosa que: «Es la primera fiesta del mundo; el primer baile; un edén con el que se sueña siempre y el que sólo ahora vemos.»

A las diez comenzó el baile; á la una se abrió el ambigú, y á las tres cantó Osorio un aria que arrobó á cuantos la escucharon. Desde este instante reemplazó el concierto al baile, causando el duque del Imperio

lo que siempre, esto es, la admiración de cuantos tenían la fortuna de oir su mágica y seductora voz.

Para que nada faltase, á las cuatro, y en los momentos que cantaban el duque de los Andes y su esposa Tolopalca, se presentaron de improviso el rey y el duque de Lerma, su favorito, pariente de Osorio.

La función continuó por orden de S. M. hasta las siete de la mañana, en que se retiró Felipe III, siendo acompañado hasta Madrid por el príncipe de Italia y el duque del Imperio.

Con sentimiento fueron todos abandonando tan encantadora mansión, no obstante haber pasado la noche en vela.

Lo mismo nos sucede á nosotros, sin embargo de llevar escritas para esta obra dos mil cuartillas y de atormentarnos el insomnio y cansancio; pero todo tiene su término: es preciso acabar y vamos á hacerlo.

Los *invencibles*, en cumplimiento de su palabra, deseo y bienestar, vieron impasibles la conducta de Felipe III, dejándole que gobernase á su antojo y aconsejado únicamente por el duque de Lerma. Desoían á cuantos osaban indicarles que se pusieran al frente de los destinos del país; habitaban la mayor parte del año entre los montes de Toledo; se rodearon de sacerdotes, modelos de caridad y sabiduría; partían el producto de sus rentas con los desgraciados, y vivieron dichosos, admirados y queridos.

Lo mismo sucedió con Roch y los Zallas.

Los hijos de unos y otros, como igualmente los hermanos de Mauro, ya en época diferente, observa-

ron conducta digna de la brillante educación que habían recibido; pero no tuvieron ocasión de imitar á sus padres y abuelos en la energía, decisión y heroísmo que aquéllos patentizaron.

Al debilitarse la monarquía, al desmembrarse el reino, parece que el pánico, la indolencia y el hastío se apoderaban de los descendientes de aquellos héroes que tanto elevaron la nación y sus nombres durante los reinados del César y de Felipe II.

Del mismo modo que fueron poco á poco desapareciendo los imperios de Asia, Grecia y Roma, empezó á decrecer el nuestro hasta perder su fabulosa extensión, su inmenso poder y hasta sus hombres, representación genuina de la grandeza humana.

¿Volveremos á elevarnos? ¿Saldrán de nuestra pequeñez otro imperio y otros hombres que no tengan nada que envidiar á los del siglo XVI?

Es lo probable, pero ignoramos cuándo podrá suceder eso; lo más verosímil es que la presente generación no lo vea.

Hemos nacido en España muy pronto ó muy tarde.

Para completar esta obra, que cuenta ya siete tomos grandes, añadiremos un epílogo, que será el postrer adiós que los *Invencibles* dan á todos sus apasionados.

EPÍLOGO

Habían trascurrido diez años.

Los seis *Invencibles*, sus esposas, sus hijos, el marino Roch, los tres hermanos Zalla, con toda la servidumbre y criados se trasladaron al castillo que tenían los primeros en los montes de Toledo, y llevaban veinte días disfrutando las frescas brisas de aquellas montañas, en tanto que los madrileños sufrían en la coronada villa treinta y seis grados Reamur á la sombra.

Y era, por último, en 21 de Julio.

Era á lo más á que podían aspirar los grandes en aquella época, á trasladarse á ocho ó diez leguas de Madrid en busca de aires más puros y frescos, porque los caminos eran muy malos, las ventas y posadas peores, y era preferible el ardiente sol de Madrid á la comida y habitaciones que podían ofrecer á un grande en los hospedajes de nuestras poblaciones.

Nuestros antiguos amigos hacían una vida especial entre aquellas agrestes rocas.

Su espléndido castillo les ofrecía toda clase de comodidades, y su aislamiento de las grandes y chicas poblaciones apenas se notaba allí; eran más de cincuenta personas, y una comunidad tan populosa nada echaba de menos.

Los padres instruían á sus hijos, las mujeres trabajaban en las labores propias de su sexo, y por la noche se reunían para hablar y distraerse con la música y el canto.

No había cuestiones, y una armonía perfecta reinaba en aquella extensa morada.

Eso hacían en general; las excepciones eran una montería por semana, en la cual tomaban parte las damas y se divertían, llevando reses de sobra para el gasto de carne de toda la semana.

Había en aquella época en los montes de Toledo muchos venados, ciervos, cabras, gamos y jabalíes. Las liebres y los conejos abundaban extraordinariamente.

A la parte adentro de los muros del castillo tenían toda clase de aves para el uso doméstico y para recreo; al lado de la gallina y del pato se veían los pavos reales.

Un gran estanque, preparado al efecto, les surtía de anguilas, truchas y tencas.

Nada faltaba en la espléndida mansión para hacerla aceptable al más aristocrático cortesano.

Como todo tiene término en este mundo, también lo tuvieron la paz, sosiego y tranquilidad de aquellos felices moradores.

Diez años llevaban viviendo los inviernos en Madrid y los veranos en los montes de Toledo, sin que incidente alguno viniera á turbar la dicha que disfrutaban; pero á los diez años y un día, el destino fatal trocó en llanto y amargura aquella continuada felicidad.

Las mujeres todas lloraban; los hombres, en su mayoría, se armaban y salían esparciéndose por el monte, y la duquesa del Imperio salpicaba el pavimento con su interminable llanto.

¿Qué motivaba un cambio tan radical?

Van á oirlo nuestros lectores: Flaviano, el inimitable duque del Imperio, salió la tarde antes solo á dar un paseo á caballo; iban trascurridas veinticuatro horas; no había vuelto, y los jinetes que ya anochecido salieron en su busca el día anterior, habían regresado sin hallar rastro alguno que les indicara lo que había sido de su señor.

Acabada la paciencia de sus queridos amigos, de sus tiernos hermanos, casi todos los hombres montaron á caballo; el primero el príncipe de Italia, y obedeciendo las instrucciones de éste, partieron, divididos en pelotones de cinco ó seis.

Minutos después quedaban en el castillo luto y desconsuelo, y por el monte, en diferentes direcciones, corrían treinta valerosos jinetes, saltando zanjas, subiendo empinadas cuestas, ladeando precipicios y descendiendo alturas con la rapidez que les era posible.

Se detenían en las cabañas, en los caseríos, junto á los labradores y pastores; á todo el mundo interro-

gaban, sin conseguir otra cosa que la fatal noticia de que nadie había visto ni sabía qué era del duque del Imperio.

Pero, aun cuando su pena aumentaba, seguían adelante, volviendo á correr y á preguntar.

Veamos si somos nosotros más felices y podemos averiguar dónde se halla el famoso Flaviano de Osorio.

Sigámosle desde el instante en que abandonó el castillo.

Sabemos que el duque era, además de un consumado músico, un buen poeta. Desde que llegó á los montes de Toledo pensó escribir un poema que describiera todos los hechos de armas de los seis hermanos. El asunto se prestaba, era digno del libro que deseaba escribir el inteligente caballero, y el sitio en que ahora se hallaba muy á propósito para realizar su pensamiento.

Al quinto día de haber llegado al monte dió principio á sus octavas, difíciles, pero no imposibles para tan entendido é inspirado vate.

Trabajaba durante la semana cinco días, y dos los dedicaba, uno á la montería y otro á dar una vuelta á caballo por el monte para refrescar ideas, según decía.

Casi siempre iba acompañado de su antiguo criado Ros, elevado á mayordomo y casi amigo ya del noble duque.

Pero en la tarde que nos ocupa, Ros no pudo acompañarle por tener á su mujer enferma, y Osorio salió

solo, desapareciendo al poco tiempo de la vista del castillo.

Algo después aflojó las bridas, dejando al caballo entregado á su instinto, y se abstrajo por completo, pensando en los cantos de su poema.

El potro continuó adelante con paso lento, como temeroso de distraer la meditación de su amo.

Iban por lo más agreste del monte.

A la derecha se extendía una cordillera de rocas calizas, llenas de enormes grietas, que en muchos puntos formaban dilatadas cuevas.

Y á la izquierda un continuado matorral cubría los bordes de un precipicio, cuyo fondo no era posible distinguir.

De pronto interrumpió la meditación del duque la dulce y tierna voz de una mujer, que gritaba:

—¡Dios mío, Dios mío, perdona á esta infeliz!

Osorio alzó la cabeza, tiró de las riendas, comenzando á mirar de frente y á los costados.

Su sorpresa fué grande: no se veía vivienda alguna ni sér humano; el sitio era, por otra parte, lo más quebrado y solitario de aquella comarca; no obstante lo cual, acababa de oir una voz humana, y, lo que era más extraño, una voz que le era conocida.

Detuvo su caballo y quedó fijo en el lugar de donde creyó había salido aquel acento.

Un minuto después volvió á oir:

—Fuí pecadora, el ingrato me sedujo; ¡piedad, Dios mío, piedad!

Ahora pudo comprender el duque que la misteriosa

voz salía de una cueva que tenía á la derecha, tan oscura en su interior, que no le permitía distinguir los objetos que pudiera haber dentro.

Osorio acercó su caballo cuanto pudo á la boca de la cueva, exclamando:

—¿Quién eres? ¿Qué deseas?

La misma voz le contestó:

—Huye de mí, caminante pecador; deja que purgue sus faltas esta infeliz.

—¿Eres penitenta?—le preguntó Flaviano picada su curiosidad.

—Sí.

—¿Qué haces en esa mísera gruta?

—Purgar mis faltas.

—¿Tan grandes son?

—¡Ay, enormes!

—Yo conozco ese acento,—se dijo Osorio, y alzando la voz añadió:

—¿Cómo te llamas, penitenta?

—Pecado.

—¿Antes habrás tenido otro nombre?

—Sí.

—¿Quieres decírmelo?

—No.

—¿Te puedo hacer algún beneficio?

—Tráeme el agua de mi redención.

—¿Dónde se halla?

—En el cielo.

—Por ahora están sus puertas cerradas para mí.

—Lo creo.

—Pídeme otra cosa, que me inspiras compasión.

—Todo me sobra en el mundo.

—Pues si nada deseas del duque del Imperio, que Dios te perdone, y hasta la eternidad.

—¡El duque del Imperio!—gritó la penitenta con acento desgarrador.—Tú ese hombre; tú aquel Flaviano de Osorio que yo tanto amé. ¡Ah, desgraciada de mí! ¿Para qué has venido?

—Me trajo el destino.

—¡Destino cruel!

—Si no quieres decirme quién eres, sal y vea por lo menos tus facciones. Yo te lo ruego.

—No puedo moverme de este sitio: cumplo una penitencia.

—¿Me permites que entre y te reconozca?

—Eso no me está prohibido; ven y contemple por última vez el rostro del hombre que me llevó al abismo.

El duque sólo había podido distinguir el bulto de una mujer, cubierta con un sayal grosero, extendido el cabello, desgreñada, puesta de rodillas y en actitud temerosa.

Excitada su curiosidad, y creyendo firmemente en las frases de la penitenta, echó pie á tierra, sujetó las bridas del caballo á un arbusto y penetró en la cueva, dejando en el arzón de la silla de su caballo sus pistolas de camino.

Al llegar á cuatro pasos de la penitenta, se puso ésta en pie, y frente á Osorio, que, al reconocerla, exclamó:

—¡Magdalena!

—Magdalena, sí, matador de mi padre y de mi hermano.

En el mismo instante cogieron por la espalda á Osorio cuatro robustos montañeses y lo derribaron en tierra.

Un caballero que estaba detrás gritó:

—Desarmadlo lo primero sin soltarlo, y sujetadlo bien.

Los cinco estaban escondidos en un hueco oscuro de la cueva, y tan de pronto salieron, que, cuando el duque se apercibió de la emboscada que le habían tendido, ya estaba en el suelo y sujeto de modo que le era imposible atacar ni defenderse.

Le ataron las manos atrás, después los pies, hasta dejarlo tendido en el suelo sin acción ni movimiento.

—El caballo á la sima,—gritó el caballero.

Y dos montañeses lo arrojaron por el precipicio, rodando el animal al fondo, donde murió, quedando en sitio en que no podía penetrar mirada humana.

Unidos los cinco con Magdalena y Osorio, arrastraron á éste hasta ocultarse de las miradas de cualquier caminante que por allí pasara.

Ya escondidos, dijo el caballero á Flaviano con acento solemne:

—Duque, deshonraste á mi hermana, matando luégo á mi padre y á mi hermano mayor. Pero quedé yo, que entonces era un niño, para vengar á los tres. Aguardé á ser hombre, después esperé diez años la ocasión; te he seguido á todas partes, te he espiado sin descanso; hoy te cogí como yo deseaba, y ya eres

mío. Trabajo me costó, me has hecho sufrir lo que yo no puedo explicar, pero al fin he triunfado; al fin voy á vengarme como juré hacer sobre la tumba de mi padre y de mi hermano hace veinte años. Morirás, es indudable; pero siendo la muerte el fin de los padecimientos humanos, antes de espirar te he de hacer sufrir tanto ó más de lo que yo he sufrido por causa tuya. Te lo juro.

Tendido sobre el suelo Osorio, y distinguiendo únicamente los bultos de las seis personas que lo rodeaban, dijo:

—¡Ah, Batista, Batista, no niegas la mala sangre que heredaste de tu padre! Yo no deshonré á tu hermana, mientes; la requerí de amores, asistí á una cita que me dió, y á poco de entrar se me presentaron tu padre y hermano culpándome de una falta que no había cometido, y espada en mano quisieron que les firmase un compromiso de matrimonio, que desde aquel instante era imposible. Los dos me acometieron, me defendí de los dos, y poniéndome en el trance de tener que morir ó matar, maté. Eran dos contra mí, y á los dos dejé exánimes. Esa es la verdad. Fué aquello una traición, esta es otra, ¡y te llamas caballero! ¡Miserables los tres!

—¡Ni aun respetas la memoria de mi padre y hermano! Está bien; no han de librarte las mentiras que has forjado de los castigos y muerte que te esperan.

—¿Cuándo ha mentido el duque del Imperio, hombre vil, asesino estúpido?

—Ahora, canalla.

—Ni ahora ni nunca; los Ósorios no mienten, pero los Batistas no comprenden eso.

—Pero saben atormentar, y luégo herir y matar.

—A hombres atados de pies y manos.

—A esos héroes que el vulgo llama *invencibles*.

—El vulgo eres tú, verdugo.

—Mi padre y mi hermano fueron las víctimas, yo soy el vengador, tú el malvado.

—Los caballeros se vengan frente á frente y con iguales armas.

—Cuando no asesinan á su padre y hermano.

—¡Yo asesino! ¡Y me lo dice ese hombre! ¡Cobarde!

—Si vuelves á insultarme, te arranco la lengua y con ella la vida.

—¿Qué me importa á mí la existencia que jugué mil veces? No será tu venganza, no, tan grande como tú crees.

—Pues te dejaré con la vida para que el tormento y los sufrimientos te lleven tarde á la muerte.

—Harás bien, de ese modo te vengarás mejor.

—Todo me ha favorecido; mi venganza parece providencial. Alzaste con tus amigos un castillo en terreno que linda con una posesión mía. Por eso me salieron tan bien la sorpresa y acometida.

—No; te salieron tan bien, porque en vez de hermana te concedió el cielo una arpía.

—A la que tú enamoraste.

—A la que yo no conocía ni pude suponer que heredó tan mala sangre.

—Pues ha representado su papel admirablemente.

—Cierto, ni la peor lo hubiera hecho tan á medida de tu deseo, asesino.

—La ensayé yo.

—Y debes ser maestro en traiciones é infamias.

—¿Y tú decantada habilidad?

—Esa, si existe, no la empleé jamás con hombres como tú, porque no pude imaginar tanta perversidad. Carece de la práctica que es necesaria contra la iniquidad.

—Confiesa que estuve tan acertado como tú torpe.

—Estuviste tan infame como yo caballero.

—Parece que no comprendes tu situación ni tu suerte para llamarte caballero.

—Sólo comprendo ahora la magnitud del más hediondo crimen.

—No, es sólo justa venganza. Es la indignación del hijo, cayendo gota á gota, como plomo derretido, sobre la cabeza del matador de su padre.

—Di lo que quieras, que ya hasta tus frases me producen náuseas.

Y calló el duque, dejando á Guillermo Batista que hablara solo.

Magdalena no se atrevía á levantar la vista.

Los cuatro sicarios, sentados en el suelo, oían, casi sin comprender lo que escuchaban.

Tendría aquella mujer cuarenta años, demostrando mucha más edad. Había empezado á encanecer, su rostro estaba demacrado, y sus perfectas facciones veinte años antes, perdieron toda su belleza.

Su hermano representaba treinta años; era alto y

fornido, y en su semblante, sin ser imperfecto, se notaba algo antipático y fiero. Tenaz en sus propósitos y vengativo en grado superior, no había cesado hasta conseguir, valiéndose de una gran maldad, coger prisionero á Flaviano de Osorio. Venía soñando diez años há con la venganza que había empezado á realizar, y ni los triunfos, ni la aureola de gloria del valiente, entendido y noble duque del Imperio, apagaron su sed de exterminio sobre el matador de su padre y hermano. La soberbia, ira, coraje y rabia de Guillermo Batista eran las únicas cualidades que lo dominaban, hasta convertirlo en fiera.

Carecía de talento y de instrucción, no habiendo podido jamás dominar ninguna pasión bastarda.

Su padre le dejó al morir dos vínculos que le ofrecían una posición muy desahogada. Su hermana en cambio nada tenía. Soltera por sobrado orgullo y mucha pretensión, á pesar de que fué bella, no logró cautivar á un grande, que fué el sueño dorado de su juventud.

Fué ella la que veinte años antes hizo el amor á Flaviano, cuando todavía era muy joven; de acuerdo con su padre, le dió una cita en la cual fué sorprendido el mancebo, y no entrando por el estrecho lazo que le pusieron, intentaron lograr con amenazas lo que de otro modo no podían. Con dos estocadas desenlazó Osorio aquel enredo tan mal urdido que merecía lo que encontraron sus autores.

Como Flaviano peleó con el padre y el hijo á la vez, ellos eran hombres y él casi un niño, quedó tan

tranquilo y satisfecho que no volvió á acordarse más de la trágica escena.

No así Magdalena, que, enamorada del bellísimo joven, futuro grande de España, y una celebridad ya en su mocedad, todos los días recordaba á su hermano menor, que vivía tranquilo y satisfecho, el matador de su padre y hermano. Se juzgó humillada, y al comprender que Flaviano sólo pensó divertirse con ella, ardió en ira, no parando hasta lograr que Guillermo le odiase tanto como ella, depositando en su corazón tanto amor á la venganza como ella tenía en el suyo.

Aconsejaba á su hermano, lo estimulaba, y, de acuerdo ambos, fraguaron la intriga que ya conocemos, y cuyo resultado, protegido por el demonio, no pudo ser más satisfactorio para ellos.

En otra época no hubiera caído el sagaz mancebo en la red que le tendieron los dos hermanos; pero diez años de paz, de indolencia, de felicidad doméstica habían cambiado el carácter desconfiado del duque, haciendo de él un excelente padre y esposo.

No era otra cosa.

Magdalena vivía con su hermano, y á expensas de éste, pues ya hemos dicho que nada tenía; y como uno de los vínculos del segundo colindaba con la posesión de los *invencibles*, iban á los montes de Toledo cuando aquél, y regresaban á Madrid poco después. No pensaban ni hacían otra cosa que buscar el instante de vengarse. Ya lo han conseguido; veamos cómo desarrollan su inicuo plan.

Sin comer ni beber, pues nada tenían allí, pasaron el resto de la tarde, hablando unas veces y callados otras.

Flaviano continuó atado de pies y manos, sin moverse y sin hablar. Pasó la mayor parte de su vida en la guerra, en los campamentos, entre fatigas y sufrimientos, y nada de cuanto ahora hacían con él era nuevo ni extraño para el audaz guerrero, para el que supo un día sobreponerse á todo.

En cuanto anocheció lo metieron en un gran saco y entre dos montañeses se lo llevaron, limpiando antes la cueva, para no dejar rastro alguno de su presencia en aquel sitio.

Iban delante los dos hombres cargados con Flaviano, detrás los hermanos, y en pos de éstos los otros dos montañeses.

Los cinco hombres conocían el terreno palmo á palmo, y ladeando el precipicio cruzaron el matorral, internándose después en lo más áspero y quebrado del monte.

Por fin se detuvieron á la puerta de un caserón grande, bastante viejo, el cual tenía encima de la puerta principal, grabadas en el granito, las armas de Batista.

Franqueada la entrada, cruzaron los cinco hombres varias habitaciones del piso bajo, levantaron una trampa de pino, descendiendo por una escalera estrecha y húmeda.

Fueron á parar á un sótano grande; en la pared de enfrente había una argolla, y pendiente de ésta se veía

una cadena delgada, pero fuerte y que tendría más de cuatro varas de larga.

A la derecha de la argolla había un taburete de nogal y una mesita de la misma madera, y á la izquierda un gran montón de hojas de maíz.

Frente á la argolla de hierro estaba fijo en la pared un farol que despedía luz siniestra.

Tenía este sótano, que sirvió antes para almacenar cereales y ahora estaba convertido en calabozo, tres tragaluces que daban al campo, pequeños, y era por donde de día entraba un poco de luz y aire cuando cerraban la puerta de la entrada.

Por fin abrieron el saco, y salió Osorio en un principio de asfixia.

Obedeciendo los montañeses las órdenes de su amo, rodearon la cadena á la cintura del preso, la sujetaron con un candado, y luégo le fueron quitando las cuerdas que ligaban sus muñecas y pies.

El duque se hallaba perturbado por la falta de aire puro, y nada sentía en aquellos instantes.

Comprendiéndolo así Batista, ordenó que extendieran las hojas de maíz en forma de cama y que lo echaran sobre ellas.

Hecho esto, salieron los cinco, llevándose Guillermo las llaves del candado y del sótano y dejando bien cerrada la puerta.

Entró el hermano, después de imponer pena de la vida al montañés que vendiera aquel secreto, en un saloncito rodeado de muebles de nogal, vaqueta y dos sillones con damasco, en el cual halló á su hermana

vestida ya con traje propio de la clase á que pertenecía.

Se hallaba sentada en uno de los sillones de damasco, Batista se sentó en otro, y lanzando sobre ella una mirada escudriñadora, le preguntó:

—¿Estás contenta, Magdalena?

—Mucho,—le contestó ella,—he realizado al fin la ilusión de mi vida. ¿Y tú?

—Tanto ó más que tú.

—¿Qué vamos á hacer con ese león?

—Ya es una cabra. Oye; la cadena sólo le permite llegar á la mitad del sótano ó granero donde está; mañana mandaré poner un sillón dos varas antes de llegar á ese sitio, y podrás bajar y hablar con él cuantas veces quieras.

—¿Para martirizarlo?

—Se entiende; yo haré lo mismo.

—Con frases.

—Sí, conviene que no se nos muera.

—Opino lo mismo.

—Aquí está seguro, y en los dos meses que quedan de calor nos entretendremos en verlo sufrir.

—¿Y luégo?

—Tengo preparado un veneno que lo matará, haciéndole sufrir los tres días anteriores á su muerte unos dolores horribles.

—Discurres como un sabio, Guillermo.

—Mató á nuestro padre y hermano, y nos hemos de vengar como puede y debe hacerlo un Batista.

—Parece un sueño lo acontecido hoy, Guillermo.

—Un sueño es, de veinte años, que al fin se ha realizado.

—¿Podrá tenernos consecuencias?

—Ninguna.

—Son poderosos sus amigos y parientes.

—Si lo supieran, sí; pero ¿quién los ha de enterar de lo ocurrido?

—Lo saben cuatro mozos.

—Son tan duros de cascos como esas rocas donde nacieron, y respetan á sus amos como un mastín. A la vez me temen, pues saben que les costaría la vida si vendieran el secreto.

—Procura, sin embargo, que no se separen de estos sitios.

—Pensaba hacerlo.

—¿Qué le vas á dar de comer?

—Pan de maíz, carne asada y agua.

—Bastante es.

—Para él, que está acostumbrado á los manjares más ricos, es suficiente castigo á la materia.

—Añadiendo el sótano, la cadena, los muebles y la cama.

—Se entiende.

—Moralmente le daremos bastante más; tú por un lado y yo por otro...

—Sí, lo divertiremos.

—Serán horas de recreo para nosotros y de martirio para él.

Los dos hermanos, con inaudita maldad, continuaron hablando una hora más, cenaron después, y á las

diez de la noche se metieron en cama con la mayor tranquilidad.

Sus conciencias estaban embotadas en la venganza, y nada les decían.

Volvamos al sótano, que para nosotros no está cerrado.

Quedó el valiente caballero tendido sobre la cama de hojas de maíz, y poco á poco, á beneficio del aire puro del monte que entraba por los tragaluces, fué recobrando la vida que empezó á quitarle el saco donde lo llevaron.

Recobró todas sus facultades, y no tardó en sentarse sobre su lecho.

—¿Dónde estoy?—se preguntó.—¡Ah! sí, en un granero. Me sujeta una cadena, pero delgada y larga. Veamos.

Y poniéndose en pie, anduvo por el sótano hasta dar rigidez á su musculatura.

Luégo se sentó en el sitial de madera, y tornó á exclamar:

—Soy un prisionero afortunado. Puedo pasear, sentarme, dormir y... ¿Me habrán sentenciado á morir de hambre?

Pero, fijándose en la mesita que tenía al lado, añadió:

—No, este mueble que tengo junto á mí no está para servir de adorno. Lo han puesto para dejar sobre él mi comida. ¡Ah, cómo se descuidan!

Y meditó largo rato.

Más tarde dijo:

—¡Siento un malestar! Sí, qué tengo hambre, y es lo peor que por hoy nada debo esperar. Pues entonces á dormir; ¡qué será de mi pobre mujer, de mis hijos y de mis hermanos! La idea me aterra. A dormir, Flaviano; es el único consuelo de los infortunados, la sola cosa que sirve de paréntesis á sus desdichas.

Y se tendió sobre las hojas de maíz, cuidando de separar la cadena para que no le molestase.

Pronto cerró los ojos; pero el recuerdo de su esposa, hijos y hermanos lo tuvo desvelado una hora, durante la cual exhaló algunos suspiros.

Al cabo consiguió su potente espíritu dominar la materia, y un sueño largo y tranquilo ahogó sus penas nueve horas.

Se quedó dormido á las once, y no despertó hasta las ocho de la mañana.

Por los tragaluces entraban tenues rayos de un clarísimo sol que espantaron las tinieblas del sótano.

Osorio se puso en pie, viendo sobre la mesa un pan de maíz, dos grandes trozos de venado y un jarro de agua.

—Muy bien,—exclamó contemplándolos.—Aquí está mi ración de todo el día. Con esto nadie perece de hambre; había supuesto que no me sentenciaban á morir de hambre, y no me he equivocado. ¿Qué es aquello? Un sillón de vaqueta; vamos, también voy á tener tertulia. ¡Qué necios son los dos hermanos! Pero el hambre me tiene débil y molestado, y voy á almorzar.

Se sentó en el sitial, delante de la mesa, y empezó á comer, diciendo:

—No hay manteles; ¿para qué los quiero? Por todo cubierto me mandan un cuchillo sin punta; amarrado á una cadena, me tienen todavía miedo. ¡Qué pan tan áspero y endiablado; pero la carne no; es tierna y sabrosa! Puede que la mejore el hambre con que la como. ¡Este pan! Mas si no hay otro. Como lo comen tantos infelices, lo comeré yo también. Puede que con el tiempo me parezca sabroso. ¡Con el tiempo! ¿Estaré mucho aquí? Creo que no; si el genio de mi hermano Julio no adivina este sitio, da con él, sin duda alguna, el olfato de mi mayordomo Ros, de aquel criado que por mí, por su querido señor hizo milagros. ¡Qué pedazos de carne traslado al estómago! Gracias, Batista; eres más estúpido de lo que yo había imaginado.

Más de un cuarto de hora estuvo comiendo mucha carne y poco pan.

Concluyó, limpió sus dedos y boca con su pañuelo, y comenzó á pasear las cuatro varas que su cadena le permitía.

De vez en cuando llegaba á su memoria la idea de lo que estarían sufriendo su esposa, hijos y hermanos, y suspiraba; pero, dominándose luégo, se sobreponía á sus males y aparecía en su bello y varonil rostro la indiferencia.

Su fortaleza de espíritu sólo tenía una rival en la tierra: la de su hermano Julio.

A la media hora de pasear oyó abrir la puerta del granero, sintió el roce de un vestido de seda, y no tardó en ver aparecer á Magdalena, cubierta con traje de terciopelo y con un peinado que le sentaba bien.

Lentamente se fué al sillón de vaqueta, y sentándose, preguntó á Flaviano:

—¿Cómo estás, duque?

—Muy bien, bellísima Magdalena. En nada te pareces hoy á la humilde y desgreñada penitenta de ayer.

—¿Por qué?

—Hoy estás encantadora, y ayer parecías lo que representabas.

—¡Encantadora! Lo mismo me decías hace veinte años.

—Y no mentía. ¿Me vas á hacer un poco de compañía?

—Sí.

—¿Me permites sentarme lo más cerca posible de ti?

—¿Para qué?

—Para verte mejor.

—Hazlo.

—Gracias.

Osorio cogió su sitial y se sentó á dos varas de Magdalena, que era todo lo más que podía acercarse á ella.

Preparémonos para ver una lucha entre el talento del más hábil de los hombres y la maldad de la peor de las mujeres.

—No puedo acercarme más,—dijo el caballero;—me lo prohibe esta cadena.

—No esperaba hallarte tan resignado y jovial, poderoso duque del Imperio.

—¿Por qué no? Frente á ti no puedo estar yo de otra manera.

—Fuiste el matador de mi padre y de mi hermano.

—Delante estabas, y pudiste ver que me defendía de los dos, y sólo herí en propia y natural defensa.

—No, mataste por matar; á vosotros, los que llaman *invencibles*, os importa bien poco la vida de un hombre.

—Confieso que me cegué en aquella ocasión, pero ellos y tú tuvisteis la culpa.

—¡Yo! ¿Por qué?

—Porque te amaba y me engañaste.

—¿Cómo te engañé yo?

—Dándome una cita en secreto de acuerdo con tu padre y hermano.

—¿Quién te lo dijo?

—Ellos.

—Si me amabas, ¿por qué te negaste á casarte conmigo?

—Porque me lo imponían hombres, y yo nunca obedeci á la amenaza.

—¿Qué hubieras hecho si permaneciéramos solos?

—Demostrarte mi amor.

—¿De qué modo?

—Con frases.

—¿Sólo hablando?

—No sé si hubiera llegado á tanto mi virtud; pero indudablemente no hubiera atentado contra tu castidad. Eramos muy jóvenes, pero los dos muy honrados.

—No me engañan ni seducen tus frases: dicen que eres el más sagaz de los hombres.

—Fuí algo; pero ya acabó todo aquello en mí.

—¿Por qué?

—Lejos de la guerra y rodeado siempre de mi mujer, hijos y hermanos, llevo diez años de estar acostumbrándome á no usar de sagacidad alguna.

—¿Qué harán tu mujer y hermanos desde que han notado tu falta?

—Ella llorar y ellos buscarme.

—¿Sufrirán mucho?

—Más que yo.

—¿Tú no sufres?

—Estando cerca de ti imposible. Tu belleza, velada sólo por el sufrimiento, me hace recordar cuando te enamoraba, me creo trasportado á aquella época feliz, y si estuvieras más cerca...

—¿Qué harías?

—Coger una mano tuya entre las mias, estrecharla y cubrirla de besos.

—¿Y luégo?

—Luégo, no lo sé.

—¿Eso me dice el matador de mi padre?

—Eso haría, aun cuando fuese el asesino.

—¡Qué sagaz eres, con qué habilidad seduces, con qué destreza atraes, con qué mágica voz brotan de tus labios las palabras!

—No es eso, Magdalena; es que tú sabes muy bien que yo te amaba; te consta; cualquier hombre de corazón hubiera hecho lo mismo que yo con tu padre y hermano, y aun cuando te mortifique el recuerdo de lo último, te seduce como á mí el de tu primer amor.

—¿También á ti?

—Claro es; aquellas primeras impresiones de la vida amorosa no se olvidan nunca.

—Verdad es.

—¿Por qué me odias tanto?

—No lo sé; por celos, por envidia, porque es dueña de ti otra mujer, á la que era capaz de matar, porque heriste á mi padre y hermano.

—Buen amor está el tuyo, y me alimentas con pan de maíz.

—Te he dicho que te odio.

—¿Es posible que odie una mujer que tiene cara de ángel?

—Sí.

—Parece imposible.

—Pues es verdad. Te veré con gusto, con placer sufrir, y luégo recrearé mi vista en tu cadáver.

—Pues yo espiraré diciendo: bendito sea mi primer amor; desde la infancia tuve buen gusto.

—¡Qué hábil eres!

—¿Otra vez?

—Y ciento.

—Lo has de ver, si estás presente.

—Estaré.

—Pues lo escucharás.

—Eso no obsta para que te mande otra clase de pan.

—Gracias, Magdalena; no lo hagas, si tu hermano quiere hacerme sufrir más; dale ese gusto. Yo estoy acostumbrado á sufrir en los campamentos toda clase de privaciones.

—Razón más; si eso no te violenta, lo sustituiré con

otro castigo más duro. Hoy te enviaré pan blanco de trigo, y vino.

—No me importan lo uno ni lo otro; hazme un favor.

—¿Un favor yo?

—Sí, tú.

—¿Qué te atreves á pedirme, esposo de la duquesa del Imperio?

—Que me hagas compañía; que me dejes ver á menudo tus negros y rasgados ojos, tu talle esbelto; que me atormentes con tus miradas y me martirices con tus frases.

—Eres el hombre más temible que nació de mujer. No miente tu fama.

—Eso era hace quince años.

—Y ahora.

—¡Qué delirio! Es que te dirige la palabra tu primer amor. Sólo siendo tú el primero mío podía yo hablar de ese modo á la hipócrita penitenta de ayer tarde, á la que ofrecí cuanto de mí quisiera, en tanto que ella me entregaba á cinco asesinos.

—Calla, hombre incomparable; eres capaz de enamorarme, de vencerme, de conquistar tu libertad si te dejara seguir por ese camino.

—Ojalá pudiera hacer lo primero, pero es imposible. Tu rostro es de ángel, ya te lo he dicho, pero tu corazón está seco, árido, corrompido.

—Tú hiciste ese milagro.

—Yo no, tu padre.

—¡Mi padre!

—Sí, que se interpuso entre los dos y fué nuestro ángel malo.

—¡Quién sabe!

—Yo lo sé, que conocía mis intenciones, que contaba los latidos de mi corazón á tu lado.

—Y luégo tan fiero.

—Ese fué el mal; ninguno de los tres me conocía; los tres ignorabais que á hombres como yo no se les puede amenazar; todo se consigue de ellos por el cariño, nada bueno por la amenaza.

—¿Vas á estar con mi hermano tan amable como conmigo?

—No, todo lo contrario.

—¿Por qué?

—Porque me amenaza, y dijo que yo te había deshonrado y que asesiné á tu padre y hermano.

—Te va á mandar dar tormento.

—Que lo haga; me verá mártir, humillado nunca. ¿Para qué hablar de Guillermo? Ocupémonos de ti y de mí.

—Es que vine á atormentarte.

—Ya lo haces con el fuego de tus miradas, con el fluido de tu poderoso y dulce aliento.

—¿Serías capaz de matarme si acercase más mi sillón?

—¿Qué estás diciendo, insensata? Si te quisiera matar, ya lo hubiera hecho.

—¿De qué modo?

—Con el sitial que me sirve de asiento, tu cráneo estaría ya hecho pedazos.

—¿Por qué no lo intentas?

—¡Yo! ¡Flaviano de Osorio pegar á una dama! No lo imagines. La lengua me hubiera arrancado si una sola vez la hubiese dirigido amenazas.

—Soy tu más cruel enemiga.

—Séaslo en buen hora; yo fuí siempre, y no dejaré de ser, el más cumplido caballero.

—¿Hasta en la capilla?

—Hasta en la tumba.

—Cuando te mande dar tormento y sufras y caigas destrozado lo veremos.

—Entonces como ahora te diré que fuiste mi primer amor, que eres bella, que aún seduces, que tu acento cautiva, y pega, añadiré, pero oye.

—¿Qué diría tu mujer si nos oyese?

—Se resignaría.

—Ó no.

—Qué remedio tenía.

—¡Cuánto debe sufrir!

—Las damas lloráis mucho, pero sentís poco.

—¿Poco?

—Si.

—¿Por qué?

—Porque os falta corazón.

—A ti te sobra talento.

—Y corazón.

—Quiero mortificarte, Osorio.

—¿De qué modo?

—No lo sé; pero lo he de hacer.

—Manda á uno de esos gañanes que ayer me su-

jetaron con fuerzas de león que me de veinte palos. Sólo de esa manera lo conseguirás.

—No, con mis frases.

—Imposible. Tu acento, tu mirada, el recuerdo de mi primer amor me halaga, casi me enajena.

—Yo inventaré frases que partan tu corazón.

—Y yo otras que busquen el tuyo, si es que lo tienes, lo cual dudo.

—Acaso te equivoques.

Ambos continuaron hablando una hora más que tardó en presentarse Guillermo, y apoyado en el respaldo del sillón donde su hermana estaba sentada, dijo:

—¿Qué tal, duque? No te quejarás de la espléndida morada que te he concedido.

—Podías, si caballero fueras y algo tuvieras que vengar, soltarme, y en esta misma habitación, frente á frente y con iguales armas, morir por tu padre ó vengar á tu padre.

—Quiero yo mucho más que todo eso al autor de mis días; en vez de ofrecer á su memoria un combate, le voy á inmolar una víctima, como hacían los paganos con su dios. Ante su memoria el ara, en ésta toda tu sangre, negra y humeante, arrancada á tu cuerpo por la mano del verdugo, con el cuchillo de la venganza.

—Cuando quieras; ahora mismo.

—El consejo es tan estúpido como el necio alarde que haces de valor. Te mataré cuando me dé la gana.

—Si yo entre mis manos te cogiera, tardarías un segundo en morir.

—Pero es el caso que soy yo el que te tengo entre las mías, y no pienso matarte hasta que te haya atormentado bastante. ¿Recuerdas al esclavo romano? Tenía un señor, y éste le marcaba el rostro así.

Guillermo venía de dar un paseo á caballo, y conservaba en la mano un látigo, con el cual, sin acercarse mucho, cruzó el rostro de Flaviano. Este se estremeció al sentirse golpeado en la cara, y fué á ponerse en pie para arrojar el taburete sobre Guillermo y matarlo, si podía; pero hizo un esfuerzo sobre sí y cayó de nuevo sobre su asiento, inclinando la cabeza como avergonzado de haber sufrido impunemente aquel castigo.

A la vez, Magdalena arrancó el látigo de la mano de su hermano, diciéndole:

—Trae. Este vergajo, si es arma, no es propia de hombres, sino de mujeres.

—¿Qué haces?

—Yo le daré con él.

—Es nuestro esclavo, y con ese látigo se le castiga.

—La mujer; el hombre tiene la mano, la fuerza, y, en último caso, la espada.

—No, al esclavo romano le daba su señor con ese látigo.

—Al esclavo español se le pega como yo te he dicho. No me quites mi oficio.

—Bueno, mujer; si lo haces bien, me ahorrarás esa molestia, y te aplaudiré. Le das fuerte, siempre en la cara, y que humille la cerviz ante su señor.

—A estos valientes, Guillermo, á estos hombres

que pasaron la mayor parte de su vida en los campamentos y están acostumbrados á toda clase de sufrimientos, se les castiga más con frases que con un látigo, según estaba yo haciendo.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¡Ah!

—Déjame con él, que conmigo tiene bastante.

—Antes tenemos que hablar. Déjalo solo y sígueme.

—¿Qué deseas?

—Conversar contigo media hora.

—Bien; sube, que luégo iré yo.

—No, vamos ahora mismo.

—¿Te empeñas?

—Sí.

Y ambos salieron, sin dirigir frase alguna á Osorio.

La puerta la cerró el hermano, guardándose la llave.

Flaviano comprendió que tenía andada una parte del camino para ganar á Magdalena, y que ya empezaba á defenderlo de la ferocidad de Guillermó. Pero el valeroso caballero se llevaba la mano á la cara queriéndose arrancar la mancha que estampó en su rostro la atrevida mano de un miserable.

De pronto exclamó:

—Estoy prisionero, amarrado con una cadena, indefenso y á merced mi vida de esos villanos. Paciencia, Osorio, sufre y espera, que esta prisión no se escala por la fuerza, sino con el talento y la habilidad.

No pueden humillarme, no, los golpes de un verdugo.

Y comenzó á pasear, meditando mucho un plan de conducta, digno del más diestro y sagaz de los hombres.

Los dos hermanos se sentaron frente el uno del otro, con la puerta cerrada y envuelta aquella entrevista en el misterio.

—Magdalena,—exclamó el hermano,—he andado dos horas á caballo por el monte.

—¿Y qué has visto?

—Creo que el acontecimiento de ayer es más grave de lo que pensamos.

—¿Por qué?

—Todos los habitantes del castillo están en armas, recorren el monte, y es lo peor que, en cuanto la noticia de la desaparición de Osorio se ha divulgado, todos los habitantes de estos montes y de los pueblos circunvecinos corren de un lado para otro armados; reconocen todas las casas, y buscan con interés extraordinario á nuestro prisionero. Creo que debiéramos matarlo hoy, mandarlo enterrar, y después, si vienen, sólo á nosotros nos encontrarán.

—¿Tienes confianza en los cuatro criados que conocen nuestro secreto?

—Absoluta.

—En ese caso no nos amenaza peligro alguno.

—Lo buscan por todas partes, cientos de hombres recorren todo el monte, y pueden llegar aquí.

—No seas cobarde, Guillermo. Esta casa está escondida, y nadie jamás se llegó aquí. Pero, dado caso que

vinieran, ¿quién les había de decir dónde estaba la trampa que conduce al sótano? Es un secreto hábilmente practicado en tiempo de los moros por uno de nuestros abuelos para librar sus intereses y cereales de la rapiña mahometana, y es imposible adivinar su existencia.

—Eso es verdad.

—Nuestro nombre y conducta son respetados en el país, y no creo que nadie pueda sospechar de nosotros.

—Lo prueba el que ni caballero ni pechero, nadie se atrevió hoy á detenerme, no obstante haberme encontrado, por un lado, al príncipe de Italia, y por otro, al duque de los Andes, seguidos de criados y de muchos montañeses que se les iban agregando.

—¿Nada te preguntaron?

—No, fuí yo el que á ellos les hice preguntas sobre lo que les ocurría.

—Bien hecho.

—Y me ofrecí, rogándome que buscara á su hermano.

—Perfectameete.

—Anduve con ellos una legua para que me viesen en sus comitivas todos los montañeses.

—Entonces no hay cuidado alguno.

—¡Con qué interés lo buscan, con qué afán!

—Es natural, se quieren como hermanos. Pero eso durará cinco ó seis días nada más.

—Sí, ante el hecho consumado tendrán que resignarse y dejar de buscar.

—¿Y dices que se ha levantado una parte de la comarca?

—Una parte no, toda ella. Se hallan los montes llenos de gente que corre de un lado para otro, todos buscando.

—Trabajo inútil.

—He visto hasta mujeres.

—Socorren á muchas personas, y la gratitud les obliga.

—Algo más que la gratitud; al duque del Imperio, á ese malvado, todo el mundo le quiere.

—Menos tú y yo.

—Nosotros le odiamos de muerte.

—Fué el matador de nuestro padre y hermano.

—Con el tormento y la vida pagará la que él quitó á los nuestros.

—Cuida tú de los cuatro montañeses, no los pierdas de vista un solo instante, y no bajes al sótano; para atormentarlo basto yo sola.

—Sea. Te ofendió más que á mí, y tienes más derecho.

La conducta hábil del sagaz Osorio acababa de salvar su vida y hasta debía mejorar su condición de prisionero. Por nada en el mundo hubiera consentido Magdalena que lo hubieran muerto.

Tenía una esperanza, y esta era ya la única ilusión que halagaba su vida.

Se hallaba nuestro preso paseando cuando oyó abrir la puerta y luégo vió aparecer á un montañés con una cesta en la mano, que se la alargó, diciendo:

—Tomad, señor. Acercaos más.

—Nada temas, montañés,—le contestó Osorio;—

puedes aproximarte lo que quieras, que nada te haré.

—Obedezco las órdenes de mi señor.

—Está bien. Dame, y gracias.

Flaviano cogió la cesta y la puso sobre el velador, en tanto que el criado volvió á retirarse dejándolo solo.

Nuestro duque paseó hasta después de las dos de la tarde, que acercó el taburete á la mesa y se sentó, cansado de tanto paseo y de sostener una cadena de hierro que, aun cuando delgada, tenía más de veinte palmos de larga.

Luégo descubrió la cesta, hallando en ella una botella de vino, otra de agua, pan blanco de trigo, una gallina asada, embutidos, postres, un cubierto, con la punta redonda el cuchillo, dos vasos, dos servilletas y cinco clases de postres.

—Esto ya es algo.

Y empezó á comer con buen apetito.

—¿Cómo se desenlazará este drama?—se preguntaba.—No lo sé; el genio de mi hermano Julio adivina y el olfato de Ros todo lo huele. Necesito ganar tiempo, todo el tiempo posible, y eso depende de las mayores exigencias de esa arpía. Lo ganaré, ninguno de los hermanos tiene talento, no saben lo que yo pienso, y conozco hasta el infinito sus ideas.

Comió cuanto tuvo gana, que fué bastante, y volvió á pasear.

Serían las tres cuando volvió á abrirse la trampa y apareció Magdalena con nuevo tocado y hasta perfumada.

Se notaba al primer golpe de vista el esmero con que se había vestido y peinado.

El duque presentaba en su rostro un cardenal que corría desde su sien derecha hasta cerca de la barba. Era la consecuencia del latigazo que le dió el bárbaro.

Magdalena le miró, y acercando el sillón una vara, le dijo:

—Duque, siento mucho el daño que te causó mi hermano; te ruego lo perdones, seguro de que no volverá á hacerlo.

—Sí, me trató con harta dureza.

—Perdónalo.

—Si tú lo deseas, perdonado está.

—Te lo suplico.

—Mal hace en suplicar la hermosa dama, que puede mandarme.

—¿No te sientas?

—Sí, lo más cerca posible de ti.

—Gracias. ¿Has comido bien?

—Con buen apetito y excelentes viandas.

—Tú estás acostumbrado á comerlas mejores.

—É infinitamente peores. ¿Sabes tú lo que me servían en los campamentos?

—No, pero infiero que carecerías de muchas cosas.

—Allí, hija mía, con raras excepciones, sólo teníamos lo indispensable para no caernos muertos de hambre.

—Tú y tus amigos fuisteis siempre poderosos.

—El dinero de nada sirve cuando nada hay que comprar con él.

—¿Pero se llega á ese caso?

—Recuerdo una ocasión en que mi hermano Julio y yo sostuvimos en la isla Lipari una batalla con varios isleños por una cabra que comimos después asada, sin sal ni otra cosa que su carne.

—¿Fué eso en Italia?

—Sí.

—Creo haber oído contar el lance.

—Otra vez en el Perú llegamos á las puertas del sepulcro los seis hermanos por no haber probado el alimento en tres ó cuatro dias, y en verdad que llevábamos los bolsillos llenos de oro y éramos verdaderamente poderosos.

—¿En el sepulcro de los Incas?

—Sí; en el corazón de las montañas que encierran los sepulcros de los Incas.

—También oí contar el lance.

—Sabes toda mi vida.

—El pueblo os canta trovas á los seis, y los caballeros refieren vuestros hechos de armas todos con entusiasmo.

—Sí, mucho hicieron mis cinco hermanos.

—¿Tú no?

—Les ayudé, siempre á las órdenes de Julio.

—¿De veras?

—El duque de los Andes y yo éramos los mas jóvenes, y fuimos los que menos hicimos.

—Cuando libraste de la muerte al santo; cuando robaste á Sira, cuando te trajiste los tesoros de Mustafá, y en otras cien ocasiones ¿ibas á las órdenes de Julio?

—Calaveradas, hija hermosa; calaveradas, que siento me recuerdes.

—Pues dicen que el príncipe de Italia sólo tiene un rival.

—¿Un rival mi hermano Julio?

—Sí, en el mundo.

—No lo creas.

—Que ese rival se llama duque del Imperio.

—No...

—Y que es otro héroe.

Flaviano le enseñó la cadena de hierro que lo sujetaba, preguntándole:

—¿A esto se llama héroe en tu idioma?

—Es un corto paréntesis.

—Los héroes jamás llegan á estar aprisionados de este modo.

—Porque, á pesar de que fueron héroes, no valieron lo que tú.

—Gracias, bella Magdalena. ¿Ves como convienes conmigo en que los primeros amores no se olvidan jamás?

—Eso te sucederá á ti.

—Y á ti.

—No, para mí fueron los únicos.

—¿A nadie más has amado?

—No.

—Y me tienes sujeto con férrea cadena.

—Tanto lo quiero que temo se me escape.

—¡Quién sabe si lo tendrás ligado con otra cadena más fuerte!

—Quisiera saberlo.

—Mientras tenga ésta, ínterin rodee mi cuerpo este padrón de desconfianza, no volveré á hablar de la otra.

—Hace veinte años que dejamos de vernos, Flaviano; es preciso que nos tratemos más y nos conozcamos mejor. Tiempo habrá para todo.

—Sea, bella Magdalena.

—Me propuse atormentarte, y ya ves cómo lo estoy haciendo.

—No se cumple tu propósito, porque pretendías un imposible.

—¿Imposible dices?

—Sí.

—¿Por qué?

—Con tu mirada deliciosa, con tu rostro de ángel, con tu talle, todavía esbelto y delicado, con tu acento seductor, no hay castigo que atormente, fiereza que no halague, ni frase que deje de ser grata.

—Continúa.

—Estoy atado.

—Me acercaré yo un poco más.

—Aun cuando tu vestido roce mi traje de seda y gamuza, continuaré sujeto con la férrea cadena del presidiario.

—Por ahora, Flaviano, te quiero aprisionado de todos modos.

—¡Qué ambiciosa eres!

—Mucho; y como te juzgo un tesoro, no quiero que se me escape.

—No me opongo, que estoy seguro de mí, y con el tiempo lo estaré de ti.

—Eso deseo.

—Pues no es ni aun difícil.

—Pídeme otra cosa. ¿Quieres que mande un sillón de damasco, una cama mullida, las mejores viandas, los más exquisitos vinos? Pide.

—Nada de eso necesito; quiero sólo, sólo ambiciono hablar contigo sin más cadena que la moral, sin que me sujete á ti otra cosa que el cariño. Porque yo puedo amar á una bella como tú que tiranice mi alma, que destroce mi corazón; pero nunca á la que me juzgue un criminal digno de esta cadena.

—Qué horizonte me descubres, Flaviano. Dime: suelto aquí ¿vivirías mucho tiempo?

—Suelto, pero encerrado, poco; libre, mucho.

—Hablaré con mi hermano, que es el autor de todo, y tendré en cuenta tus deseos, si tú á la vez me ayudas.

—Haré lo que pueda y deba mientras esté enamorado.

—¿Y luégo?

—Luégo todo lo que tú quieras.

—Voy á darte una prueba de mi confianza, de algo más que de mi confianza.

Y acercó el sillón, poniéndose al lado de Osorio.

Nuestro hábil Flaviano se dispuso á luchar poniendo en juego todas sus armas intelectuales.

La pelea tenía necesariamente que ser ruda, terrible. El sólo quería conquistar su libertad, ella quería

todo lo contrario, y algo más, que comprenderá el lector.

Tenía cuarenta años, no había amado á ningún hombre, era vehemente, y ya sabemos que Osorio seducía y arrastraba hasta con sus movimientos.

No lo conocía Batista, ni pudo comprender el atractivo y la preponderancia de este privilegiado sér para con las mujeres. Al dejar á su hermana encerrada con Flaviano, firmaba su sentencia de muerte, sin apercibirse de ello.

Debió haberlo muerto en el acto de sorprenderlo; de no hacerlo, era lo probable que le costase á él la vida.

Dejar un enemigo pensar á Osorio era entregarle un puñal afilado.

Lo grave, lo único grave para el duque, era ahora contener las pretensiones en *crescendo* de Magdalena.

Continuaron hablando hasta que anocheció, y ella se puso en pie. Flaviano estrechó entre sus manos una de Magdalena, que, impresionada y víctima ya del predominio que ejercía sobre ella Osorio, desapareció, dejando sin cerrar la trampa del sótano.

A las ocho cenó en compañía de su hermano y á las diez se acostó, permaneciendo dos horas formando castillos en el aire y alentando su vida con más ilusiones que flores tiene un pensil.

Estos ensueños, que despierta tenía ella, debían costar á ambos muchos disgustos. Osorio no quería ni podía aceptar otra cosa que su libertad; prefería ya la muerte á faltar á la madre de sus hijos, á su be-

llísima y amada esposa, y menos con una arpía que despreciaba, y la que sólo náuseas podía inspirarle.

Cuando el duque se quedó solo, comenzó de nuevo á pasear pensando en defenderse; veía próximo y cruel el ataque, y se ponía en guardia.

Ya era de noche cuando bajó un montañés y le arregló el farol, encendiéndolo después.

Seguidamente le entró un colchón de lana, dos almohadas, sábanas, una manta, colcha, y le hizo la cama sobre las hojas de maíz.

Se llevó la cesta y cuanto había encima de la mesa, y á las ocho le sirvió una cena caliente igual á la de Batista.

Los montañeses entraban ya, salían y se acercaban á él sin cuidado alguno.

A pesar de la lucha que sostenía Flaviano consigo mismo, cenó con buen apetito, permaneciendo más de media hora comiendo.

Cuando hubo concluído, le dejaron agua y vino sobre la mesa, y retiraron todo el servicio, preguntándole:

—¿Queréis algo?

—No.

—Hasta mañana.

—Adiós.

Y desapareció cerrando la puerta.

Osorio paseó hasta las diez de la noche, que se desnudó con mucho trabajo, por impedírselo la cadena que rodeaba su cintura; pero se quitó lo que pudo, y se echó entre sábanas finas y limpias.

Durmió desde las once hasta las ocho.

Cuando abrió los ojos vió todo lo necesario para lavarse y el aseo necesario, un sillón en vez del taburete, su ropa limpia y colocada encima del sillón, y el sótano limpio como no estuvo nunca.

—Todo esto sería muy bueno si no se me exigiese el pago en una clase de moneda que no uso,—dijo,—y que carezco de ella. Recurriré á mi entendimiento, por más que en la ocasión presente no me va á bastar. Esa mujer no se dará por satisfecha con frases.

Se vistió luégo, y al acabar el aseo, bajó un montañés y le sirvió el almuerzo.

Nada echó de menos en él: le dieron ave, carne de venado y tortilla con jamón, postres y buen vino.

Retiraron el servicio, dejándole agua, y le cerraron la puerta.

Osorio paseó mucho tiempo, descansó luégo en su nuevo sillón y volvió á pasear hasta las dos que le entraron la comida. Hasta le mandaron exquisitos dulces, fabricados en un convento de monjas que no distaba mucho de allí.

—Tanto mimo,—se decía el duque,—no me gusta, porque no han de querer regalármelo.

Ni el montañés le decía nada, ni Flaviano le hizo una sola pregunta.

Eran escenas mudas.

Poco después de las tres se volvió á abrir la puerta del sótano, presentándose Magdalena más elegante y perfumada que la tarde anterior.

Osorio la recibió estrechando su mano, juntaron

en lo posible sus sillones, y se sentaron frente el uno del otro.

—¿Qué tal, amigo mío?—le preguntó ella mirándolo con demasiada ternura.

—Bien, Magdalena, todo lo mejor que se puede estar en un calabozo. Era peor prisión que esta la que tuve en Malta.

—¿También allí te visitaba alguna dama?

—No, turcos más feos que los indios cobrizos.

—Hay quien cree que la jaula donde están encerrados una dama y un caballero que se amen ó se hayan amado es de oro y más deliciosa que la libertad.

—No lo dudo, estando los dos sueltos.

—¡Qué afán de cadena!

—Quítamela.

—Tiene mi hermano la llave del candado, y no quiso dármela.

—Pues no me sujetas con hierro, Magdalena, es con otra cosa.

—Le quitaré á mi hermano la llave, pero aún es pronto.

—Peor para ti y para mí.

—Porque tú quieres.

—No, porque no es posible otra cosa.

—¿Tanto te pesan esos hierros?

—Mucho, no tanto al cuerpo como al alma.

—Vé rompiéndola poco á poco.

—¿De qué manera?

—Ganando mi corazón.

—Creí que era ya mío.

—En parte nada más. Soy muy desconfiada, Flaviano.

—Yo lo creo.

—Es propiedad femenil.

—Tú eres superior á las de tu sexo.

—Por eso desconfío más.

—¡Ah! Magdalena, creí que una gran desgracia iba á ser precursora de una gran felicidad.

—Debe serlo.

—Empiezo á dudarlo.

—¿Por qué?

—Porque eres más desconfiada que las restantes mujeres.

—Los hechos destruyen las desconfianzas.

—Felicidad con cadena de hierro no es felicidad.

—Dale con el hierro.

—Si yo te viera á ti aprisionada, ni aun te requeriría de amores hasta romper tus cadenas. ¿Cómo puede estar libre y gozoso el corazón si tienen preso el cuerpo donde mora?

—¿Qué deseas en este instante?

—La libertad.

—Y para luégo, ¿qué quieres?

—A ti.

—¿Y después?

—Con ambas cosas tengo bastante.

—¿Cuándo quieres la libertad?

—Ahora mismo.

—Ahora no puede ser. Ya te he dicho la causa.

—¿Será pronto?

—Sí.

—¿Como cuánto tardará?

—Tres ó cuatro días; á lo más, seis.

—Esperaré.

—Mientras llega el momento en que arrojo de ti esa horrible cadena y la cambio por otra blanca, tierna, amorosa, háblame de amores. Tú eres incomparable en ese terreno. Dime de qué modo se puede amar mejor á una mujer.

—Con mucho gusto. Oyeme: la mujer hermosa, tierna, seductora, forma el mayor encanto del hombre, el único acaso en la vida que lo anega en un mar de ventura. La mujer lo eleva, lo nutre de pensamientos profundos, de ideas que realiza, y lo adorna con una felicidad que lo trasporta al mundo de los imposibles, sobre el cual camina con planta segura el venturoso caballero. Pregúntale con el acero en su pecho: Me das tu vida ó tu amada; y sin vacilar te contestará: clava el arma, cien vidas primero que la mujer que me pides. Y siempre tierno, rendido, amoroso, aspirando el aliento de su bella, se embriaga hasta apurar el cáliz de la dicha. Nada hay en la tierra comparado con eso; todo lo demás es baladí junto á eso.

—Continúa.

—Pero ¡ay! del hombre que hasta tiene que agradecer la visita que ella le hace, el pan que le da, el agua que bebe. No cabe amor en esa pareja; á lo sumo, gratitud; á lo más, amistad.

—Bueno; ten paciencia.

—Lo que tú quieras, nunca fuí impaciente.

—Flaviano, tu libertad, tu completa libertad, se halla á mil pasos; anda más de prisa si quieres encontrarla.

Y la dama, como distraida, dejó su mano derecha entre las de Osorio.

Desde este instante empezó entre ambos una lucha terrible; nada podía desairar Flaviano, y nada podía aceptar; tenía mucho talento, excesiva destreza, pero todo era poco para salir airoso de su excepcional situación.

El vencedor de todas las mujeres se hallaba ahora bajo los pies de una que acabó por encerrarlo en el siguiente dilema: ó dame el triunfo, ó un desaire, el más cruel de los desaires; elige.

Tres días luchó el duque con suerte varia; pero llegó el momento en que todos sus muchos y grandes recursos intelectuales fueron inútiles.

Magdalena le echó los brazos al cuello. Osorio se puso en pie, rechazó el halago, y le dijo:

—Señora, no insultéis á un encadenado prisionero. Dadme la libertad que me habéis quitado injustamente, y luégo... luégo veremos.

Ciega de ira por el desprecio que acababa de recibir, Magdalena se puso también de pie, se echó atrás hasta salirse de la jurisdicción de Osorio, y con acento balbuciente le dijo:

—No me quieres, no me quisiste nunca; ayer mataste á mi padre y hermano, hoy matas mi corazón. Asesino, me vengaré de ti: la ofensa de esta tarde vale tanto como toda tu sangre.

Y desapareció.

Diez minutos después entró un montañés provisto de una vara de fresno y comenzó á descargar crueles golpes sobre el duque del Imperio, hasta que lo derribó en tierra, y oyó la voz de Magdalena, que le dijo:

—Basta. Ya tiene lo suficiente.

El montañés se marchó, y Magdalena quedó en lo alto de la escalera, diciendo:

—¡Maldito, querías escaparte, querías huir y ahorcarme después! Todas tus frases eran mentiras; me odias, lejos de amarme; me has despreciado, me ultrajaste... ¡Ah, mañana morirás, mañana!

Y cerró la puerta, llevándose la llave.

En el mismo instante se puso en pie Osorio, y con el agua que tenía lavó dos heridas que le había hecho en la cabeza, cortando á la vez la hemorragia.

No le habían derribado ninguno de los seis palos que recibió, ni aquella naturaleza de hierro había sufrido conmoción alguna. Se tiró él sobre la cama aparentando que perdía el sentido.

Se hallaba sí muy dolorido y lesionado, pero sin gravedad alguna.

Cuando hubo concluído de lavarse bien, se echó sobre la cama, diciendo:

—Yo, que por mi esposa querida desprecié á Sira y á cien bellas más, iba á enlodarme en ese estanque de cieno. No, y mil veces no; prefiero la muerte; la muerte, que, como decía muy bien mi padre Alberto, aquel santo, es, más que el descanso eterno, la felicidad futura para los que fueron buenos. ¡Habrá vieja canosa y

arrugada! ¡Qué ilusiones se hacía! Es preferible la muerte á sufrir la lección que ella ha llevado. No me han de traer cena esta noche, dormiré si puedo. No voy á poder, la paliza que he llevado tiene mis carnes doloridas, y la verdad es que no encuentro postura cómoda. Así, así no estoy mal del todo.

Y permaneció hasta la media noche acostado sobre el lado izquierdo.

No le habían entrado cena ni le encendieron el farol, pero los agujeros de los tragaluces permitían llegar al sótano un poco de claridad de la luna que en toda su redondez se extendía por los montes de Toledo.

Eran las doce en punto de la noche, cuando Flaviano, que no había podido quedarse dormido, oyó el chirrido de un ave.

De un salto se puso en pie, é hizo, en forma de silbido, otro sonido igual.

En el acto le contestó el pájaro exterior; Flaviano repetía el chirrido tantas veces como oía el del pájaro, hasta que, atraída el ave ó lo que fuera á la boca de un tragaluz, sonrió con alegría Osorio, exclamando:

—¡Qué olfato tiene ese aminal!

Con más satisfacción lo hubiera dicho si supiera que estaba sentenciado á muerte para pocas horas después.

Sepamos si es ó no verdad.

Magdalena, después que dejó á Osorio tendido y bañado en su propia sangre, salió descompuesta y fuera de sí, y encerrada con su hermano, le dijo:

Guillermo, es indispensable que Osorio muera al instante.

—Gracias á Dios que ves claro.

—Te lo exijo.

—Te voy á complacer con mucho gusto. Pero ¿qué ocurre?

—Acostumbrado ese hombre á todos los sufrimientos de la guerra y á las mil desgracias que ha tenido, parece insensible á las que yo le he impuesto.

—Lo suponía.

—Yo creí otra cosa, pero fingía y me engañó.

—También lo di por hecho.

—Es un miserable.

—Más malo que quince.

—Mató á nuestro padre y hermano.

—Es verdad.

—Se ha burlado después de mí con hipocresía villana.

—Claro es.

—¿Cuándo lo matamos?

—Si quieres, al amanecer.

—Le he mandado dar una paliza, y está sin sentido.

—Conviene que vuelva en sí, para que sufra más.

—¿Cómo se le mata?

—Ahorcándolo, que no echará sangre.

—¿Dónde se le entierra?

—En una fosa que mandaré hacer en el corral.

—No, se le quema entre leña y no queda testigo ni nada que pueda vender nuestro secreto.

—Tienes razón.

—¿Cómo lo vas á ahorcar?

—Estará dormido, se le echa un lazo al cuello, y se tira de él hasta que muera.

—No es mala idea.

—Y luégo entre haces de leña se le quema, tirando las cenizas al sumidero.

Convenido y acordado el plan, cenaron los dos hermanos, dispusieron la cuerda con que debían estrangular á Osorio, dieron las órdenes convenientes, y á las diez de la noche se retiraron con ánimo de descansar.

Magdalena no podía conciliar el sueño; se hizo la ilusión de que iba á ser la manceba del duque del Imperio, ya que otra cosa no podía ser, quiso precipitar el desenlace, y el más negro de los desengaños vino á demostrarle que Osorio se había estado burlando de ella.

—Ni aun para manceba me ha querido,—se decía soberbia é iracunda;—¡qué humillación, qué vergüenza! Con cien vidas que tuviera no podía pagar tan negra acción. Pero ¡qué confiada fuí, qué necia, qué de ilusiones me hice, cuánto castillo al aire! Mísera de mí, rayé tan alto, que al caer me he reventado. Ahora, sin embargo, no sucederá lo que la otra vez; entonces me despreció, y por si eso era poco mató á mi padre y hermano; ahora me ha despreciado también, dssprecio más duro y grave que el anterior, pero le cuesta la vida, ahora muere, ahora no será mío, pero tampoco de otra; no, eso jamás.

Hasta la una de la noche, que logró quedarse dormida, siguió discurriendo sobre el mismo tema.

La aparición del naciente día era para ella la aurora de la felicidad, porque iban á asesinar á Osorio, al hombre más caballero y valiente que existía en Castilla.

Flaviano la había calificado bien: aquello no era mujer, sino una arpía.

Antes de pasar adelante sepamos qué había ocurrido en el castillo de los *invencibles*, y qué era de aquellas desconsoladas y afligidas familias.

Los cinco *invencibles*, sus esposas, sus hijos, sus criados y dependientes, todos, sin excepción alguna, lo amaban entrañablemente, porque Flaviano estaba siendo otro Julio de Silva en nobleza, generosidad é hidalguía.

Aquel audaz y hábil guerrero, que tiñó cien veces en sangre humana la punta de su espada y mató cuántas veces apuntaba con sus pistolas, era ya su verdadera antítesis. Jamás amenazaba, ni aun reprendía á nadie; se limitaba á dar un consejo y á disculpar todo defecto ó falta que le denunciaban.

En su generosidad llegó á la suma esplendidez, al despilfarro. En muchas ocasiones tuvo que recordarle Julio que tenía hijos, y que era indispensable que les dejara al morir una herencia digna de los grandes de España.

Osorio sonreía y cesaba de dar con aquella prodigalidad; pero á los pocos días se olvidaba de los consejos del príncipe, y volvía á las andadas.

Como marido se igualaba á Julio en la hombría de bien, pero fué siempre el más galante, el más tierno, el más cariñoso de los seis. Su matrimonio era un verjel lleno de encantadoras flores.

Su esposa, hablando de Osorio, decía:

—Mi Flaviano es un paraíso que me produce veinticuatro horas de encantos cada día.

Su mayordomo Ros, casado, con dos hijos y con mucho dinero, y la mayor categoría en su clase, continuaba siendo el ayuda de cámara del duque. Ni el uno podía prescindir de servir al amo de ese modo, ni éste gustaba de otro criado que de Ros.

Juzguen ahora nuestros lectores el pánico, la desventura que había caído en el castillo al sexto día de haber desaparecido el duque del Imperio.

Las mujeres todas no cesaban de llorar, los hijos todos gritaban como espantados, ninguno quería comer, y el marino Roch, único jefe que había quedado, lejos de consolar á las madres y á los hijos, votaba por diez y á veces lloraba con ellos.

Los *invencibles*, Zalla y Ros se dividieron en cinco pelotones, pero bien pronto se subdividieron y formaron nueve que levantaron el país, ofreciendo mil ducados por Flaviano muerto y veinte mil por Flaviano vivo.

Más que el interés de la recompensa llevó al monte á todo el mundo el deseo de salvar al noble y generoso duque del Imperio.

Todos corrían de un lado para otro buscando un pedazo de sus vestidos, una mancha de sangre, una

huella de herraduras; preguntaban además, requerían á los caminantes, á los pastores, á los arrieros, pero todo era inútil, nada veían, nadie sabía dónde estaba ó podía hallarse el duque del Imperio.

Dejemos á los ocho, de los nueve grupos que van recorriendo el monte, los campos y los pueblos, y sigamos á uno, el más pequeño, que se compone de Ros, de un hermano de éste y de dos hermanastros. El primero los había agregado á la servidumbre del duque, y venían hacía diez años sirviendo al lado y á las órdenes de Ros.

El leal criado pidió permiso al príncipe para que lo dejase buscar á Osorio con sus tres hermanos; Julio se lo concedió, y al frente de ellos salió por el mismo camino que llevó su amo la última tarde que lo vieron.

—Hermanos,—les decía,—es preciso morir ó encontrar á nuestro señor; se ha perdido por culpa mía.

—¿Por culpa tuya?

—Sí, yo no debí dejarlo salir solo; ¡ocurrírsele á esa maldita de mi mujer parir en esta ocasión! Vamos, no podré perdonarme nunca el abandono en que lo dejé por cuidar á esa endiablada. ¡Voto al demonio! ¡Para qué me habré yo casado, para qué! Las mujeres son la perdición de los hombres, ya lo veis. Cuando son buenas, como la mía, se les ocurre parir en la peor ocasión, y por eso vienen estas desgracias. ¡Malditas mujeres! ¡Voto á cuatro mil legiones de demonios! No hay remedio, hermanos, hay que encontrar al duque ó morir. Volveremos al castillo con él, ó no volveremos más. ¿Estáis conformes?

—Sí, sí.

Llevaba Ros un bastón-lanza, con tremenda moharra, un par de pistolas de su amo y una tremenda daga. Su traje era el de criado que usaba en campaña; sus hermanos iban también perfectamente armados, y al lado de Ros eran tres leopardos.

A la legua de camino encontraron una encrucijada con cinco veredas distintas; tomaron una, y anduvieron por ella cinco leguas.

—No es ésta,—dijo Ros; y retrocedieron para tomar otra.

Por el día andaban, reconocían, y por la noche descansaban cinco horas para volver á emprender su caminata.

Dormían á la intemperie, donde les cogía; llevaban fiambres en dos morrales, y lo poco que comían lo verificaban también en el campo ó en el monte, sentados en el suelo.

Por fin al sexto día, al amanecer, les tocó la vereda que conducía á la cueva donde fué sorprendido Flaviano; hacía mucho calor, y entraron en ella á tomar un ligero desayuno.

Comiéndolo estaban cerca de la entrada cuando reparó Ros en la marca de dos herraduras que había á cortísima distancia del sitio en que se hallaba sentado.

El terreno era calizo, blando, y la huella se marcó perfectamente.

Ros tiró el pan y jamón que tenía en las manos, diciendo:

—Seguid, hermanos, y no os cuidéis de mí.

—¿Qué es?

—Nada, esperad.

Y fué estudiando el terreno, observando el suelo con mucha atención.

—Sí,—exclamó un cuarto de hora después,—pueden ser esas señales del caballo de mi amo; venía por allí, y lo detuvieron á la puerta de esa cueva. No cabe duda, de ahí no pasó; lo que hizo, sí, fué acercar su potro á la misma entrada: bien claras están las señales de las herraduras; la cabeza del caballo llegó á tocar con la piedra de la entrada; pero ¿y luégo? ¡Ah! se vino por aquí; es decir, que dejó la senda. Por aquí vino el potro, por aquí. ¡Jesús, un despeñadero, y una sima! ¡Qué veo, qué es aquello! ¡María Santísima, una de sus pistolas enganchada entre los arbustos del matorral! ¡Lo han arrojado con su caballo á la sima!

Dió un grito y cayó al suelo casi sin sentido.

Sus hermanos acudieron, lo levantaron, viéndolo llorar como á un niño.

—¿Qué es, hermano? ¿qué es?—le preguntaron.

A medias palabras les contestó:

—¡Que lo han arrojado á la sima!

—¿A quién?

—A... ¡Dios mío, Dios mío, á nuestro señor!

—No puede ser.

—Ved una de sus pistolas; tú, que eres más trepador, Julian, cogido á las matas, cógela y tráela aquí. Ayudadle vosotros. ¿Qué hacéis? Ó bajo yo...

—No, al momento.

Ros se tiraba de los bigotes, lloraba, maldecía y presentaba el aspecto de un loco.

—Toma,—le dijo Julián alargándole la pistola.

—Es la suya, una de las dos que yo coloqué en las pistoleras; pero está con la carga y con el cebo. No lo comprendo... Estoy loco cuando necesito estar más cuerdo. Calma, Ros, calma, que tu amo no se deja desarmar ni arrojar á una sima llevando espada, dos pistolas y una daga. Voy á ver si me es posible meditar. ¡Dios mío, Dios mío, inspirad á este infeliz!

Y Ros quedó meditando cinco minutos.

Luégo pareció haberse serenado, y se acercó cuanto pudo á la sima, mirando hacia abajo, pero nada vió.

—Julián,—dijo,—coge aquella piedra grande que está á la puerta de la cueva y tírala con brío á la sima. Con fuerza, para que llegue hasta abajo.

Y él se tendió en el suelo, á la orilla del precipicio para oir el golpe de la piedra al caer y calcular la distancia.

Cuando logró su objeto exclamó:

—Está bastante honda, pero no importa, bajaré. Pedro, tú que corres más que nosotros, vé al castillo y tráeme una cuerda fuerte, que sostenga bien el peso de mi cuerpo, una barra de hierro, la más larga, y una linterna con correa para sujetarla á mi brazo. Con tanto peso correrás poco; vé con él, Julián, repartíos la carga y volad. A nadie digáis una sola frase. Ni á la señora.

Los dos hermanos desaparecieron como galgos, y

Ros dió la vuelta al precipicio reconociendo todos sus bordes.

Acto continuo eligió un sitio, y llamando á su hermano, el único que quedó con él, le dijo:

—Con tu daga primero, y después con la misma sujetando un palo de arbusto al mango, vé haciendo aquí un agujero para meter la barra y sujetar á él la cuerda con que he de bajar.

—¿Qué vas á hacer, hermano?

—A reconocer ese abismo.

—Es una locura.

—¿Locura dices? Al mismo infierno bajaría yo en busca de un pelo del bigote de mi amo. Vosotros no lo queréis como yo; vosotros no comprendisteis nunca lo que es y lo que vale.

—Sí, hombre, sí; pero temo que no subas.

—¡Temor! Yo no conozco esa frase. ¿Trabajas?

—Y con brío, que yo también tengo el alma lacerada. Acaba de almorzar.

—Para almorzar estoy yo; puede que no vuelva á tomar bocado. Puede que en esa sima, si está ahí su cadáver, quede el mío por una eternidad.

—No creo que esté ahí nuestro señor.

—También yo lo dudo; pero si lo hallase, no volveréis á verme.

—Pues si tú te quedas con él, también los tres.

—Eso es hablar bien. Haz el agujero lo más estrecho posible.

—Sí, ya ves que me ensancho poco. ¿Qué profundidad?

—Más de media vara.

Ala hora de trabajar estaba ya el agujero concluído, y á las dos horas regresaban los hermanos con la barra, la cuerda y la linterna.

Mientras uno encendía, otro metió la barra apisonándola con tierra. Después desliaron la cuerda, ataron un extremo á la barra y el otro lo arrojaron á la sima.

Dió Ros algunas órdenes á sus hermanos, los estrechó tiernamente, sujetó con la correa la linterna al brazo izquierdo y comenzó á descender con valor, fuerza y sangre fría admirables.

El más robusto de los que quedaban arriba se sentó, y teniendo la barra entre las piernas, la cogió con las dos manos, por la parte superior, para que no pudiera vencerse y quedase Ros en la sima por una eternidad.

Los otros dos hermanos contemplaban el atrevido descenso con temor y sobresálto. Aquel abrazo que el valiente mayordomo les dió un momento antes de bajar podía ser el último, y ante esta idea aterradora los tres temblaban, pero ninguno osó murmurar. Era para ellos un padre, pero lo mismo le sucedía á Ros con el duque, y no hallaron medio de combatir la audaz idea de su hermano.

Desde los bordes del precipicio lo vieron bajar con el valor y sangre fría innatos en él. Lo perdieron de vista, y sólo percibieron un poco de tiempo los pálidos y lejanos resplandores de la luz de la linterna.

Después nada vieron.

La cuerda, no obstante, se movía, señal inequívoca de que Ros bajaba aún.

De pronto se quedó la cuerda inmóvil; el mayordomo parecía haber llegado al fin de la sima; después volvió á moverse, y como la luz no asomaba, comprendieron que descendía de nuevo.

Los tres demostraban gran ansiedad y cada vez más temor.

Sigámosle nosotros.

Ros empezó á bajar bien y con gran facilidad. A su mucha fuerza reunía la circunstancia de encontrar matas y ramas de arbustos donde apoyaba los pies; pero á las veinte varas acabó la vegetación y sólo podía apoyarse en algunos salientes y en grietas.

Llegó á las cincuenta varas. La sima había estrechado mucho, y casi la cerraba un enorme peñasco. Al pie de éste vió Ros, á la luz de su linterna, el caballo de su amo, la montura y la otra pistola, que estaba también cargada.

Reconoció el potro, hallándolo reventado de la caída, pero sin señal alguna de herida de arma blanca ni de pistola.

—Bien,—exclamó sentándose sobre la enorme peña,—mi amo no fué asesinado aquí ni creo que arrojado á la sima; pero tengo que cerciorarme más; deja la gran piedra sobre que estoy sentado un hueco por el cual no ha podido pasar el caballo, pero ha podido hacerlo el cadáver de un hombre. Y no espero más.

Volvió á cogerse á la cuerda, y por el hueco que

dejaba la peña en la boca de la sima descendió de nuevo.

Reinaba oscuridad completa y silencio sepulcral; pero la linterna lucía bien, rompiendo, á satisfacción del mayordomo, la espesa gasa que formaban las tinieblas.

Había bajado veinte varas más desde la peña hasta allí.

De pronto empezó á estrechar la sima, pero Ros continuó hasta que le fué imposible descender más.

—Por aquí,—dijo,—no ha podido pasar el cuerpo de mi amo; imposible, no cabe el mío, que tiene menos carne. Arriba, Ros; ahora necesitas de todas tus fuerzas.

Antes, sin embargo, apoyado en la pared dirigió la luz hacia abajo, viendo con placer que la sima estrechaba hasta convertirse en una grieta que apenas cabría por ella el brazo de un hombre.

¡Con qué dificultad subía! No hallaba donde apoyar los pies, tenía poco espacio donde moverse, y hacía esfuerzos prodigiosos.

—Lo malo,—exclamó,—pasarlo pronto, con la brevedad posible.

Y trepaba por la cuerda con cuanta rapidez le era dado.

Llegó á lo ancho; redobló su fuerza, y pudo ganar lo alto de la peña.

Allí soltó la cuerda y se tendió, respirando con dificultad. No tenía las manos ensangrentadas, pero le dolían bastante en unión de los brazos y pies.

A los quince minutos se incorporó, quedando sentado.

—Me llegó á faltar,—dijo,—hasta la respiración; ese trozo es peor que el resto de la sima; me queda más del doble que subir, pero primero grietas en las que puedo apoyarme y hasta descansar, y luégo hallaré matas y arbustos que favorecerán mi ascensión.

Después meditó, añadiendo:

—A mi amo no lo han arrojado con su caballo á esta sima. Lo han cogido prisionero; fué víctima de horrible sorpresa, y se lo han llevado... no sé con qué intento. Para pedir rescate no ha sido, de eso estoy seguro, ni para asesinarlo, porque lo hubieran tirado á este despeñadero como á su potro. Es una venganza, no me cabe duda; pero ¿quién es el vengador y por qué? El duque á nadie hace daño; diez años há que sus manos sólo el bien derraman; luego el autor de la sorpresa lo ha espiado hace más de diez años, y por fin logró su intento. ¿Cómo averiguar quién es? ¿Cómo? Meditemos: no debe ser pobre, porque, aun cuando haya sorprendido al duque, necesitó más de dos y más de tres hombres para realizar tan audaz empresa. Ni debe habitar lejos de aquí, porque de andar muchas leguas los hubiera visto alguno. Tenemos dos consecuencias lógicas: no es pobre y vive cerca de aquí. Estoy discurriendo á lo Osorio, como ese privilegiado amo mío. Cerca de aquí... al Norte, Altamira; por ahí no es. Al Mediodía, Santiesteban; tampoco. Al Este, Batista... Batista... Hace lo menos veinte años mató el duque dos Batistas porque

le cogieron con una Batista... Sí, lo recuerdo, ya estaba yo á su lado; le esperé á la puerta, y luégo limpié la espada que la tenía llena de sangre. Me refirió el caso; eran padre y dos hijos los que tomaron parte en la función; una hembra y varón el otro hermano. Estaban los novios... no sé cómo, supongo que abrazados, cuando entraron los otros y acometieron al duque, el cual, aun cuando era tan jovencito, los mandó al otro mundo en cinco minutos. ¿Serán estos Batistas parientes de aquéllos? Quizás hijos, en cuyo caso se están vengando de la ofensa hecha á la muchacha y de las dos estocadas al padre y hermano. ¡Ah, Ros, ya tienes el cabo; pronto, si Dios te saca con bien de esta sima, darás con la madeja! No perdamos tiempo. ¿Se me romperá la cuerda? ¿Por qué bajé con tanto valor y ahora tengo miedo, mucho miedo de subir? Porque ya puedo salvar al duque si vive, porque tengo el hilo y daré con la madeja. ¿Qué haré para asegurar mi vida?... Mi vida, ¿qué importa? La del duque, y ya di con la idea.

Acto continuo, sacó un lápiz y papel y escribió diez minutos, colocando el escrito en la copa de su chambergo, bien sujeto con la cinta que rodeaba al mismo.

—Perfectamente, —añadió; —si yo muero, aquí quedan los medios de descubrir el paradero de mi querido amo. Ahora arriba, y que Dios sea con este leal sirviente.

Y comenzó á trepar por la cuerda.

El primer trozo era malo, el peor de lo que le res-

taba subir; pero Ros hacía ya milagros, y cruzó lo más rápidamente que pudo.

Fatigado y jadeante, llegó á una grieta, metió en ella un pie, y rodeándose parte de la cuerda que colgaba al cuerpo, descansó diez minutos.

Ya de grieta en grieta, despacio ahora, y descansando á menudo, cruzó más de treinta varas, llegando, por fin, á las matas y arbustos. Sentado en uno de éstos sin soltar la cuerda ni hacer otra cosa que apoyarse en el tronco, permaneció otros diez minutos.

Uno de sus hermanos lo vió, gritando:

—Ya sube; sujeta esa barra, Manuel, y que Dios le ayude. Ya poco le falta.

Ros oyó las anteriores frases, más tarde se puso en pie, acabando por exclamar:

—Arriba, Ros, que si no se rompe la cuerda, tuya es la victoria.

Y comenzó á subir por entre las matas y arbustos que servían de puntos de apoyo á sus pies.

Poco después lo recibió uno de sus hermanos entre sus brazos, preguntándole:

—¿Vienes bueno?

—Sí, gracias á Dios.

—Cuando subes, no has hallado el cadáver de nuestro señor.

—Claro es.

—¿Traes alguna esperanza?

—¿De hallarlo?

—Se entiende.

—Sube conmigo casi la seguridad.

—Habla.

—Eso no.

—¿Qué llevas al cinto?

—La otra pistola del señor duque.

—¿Y en el chambergo?

—Tienes razón. Este es el secreto que hallaréis en este bolsillo, si me ocurriese alguna desgracia.

—¿Quién te ha de ofender estando con nosotros?

—Oid, hermanos: tengo hambre.

—Como que no has almorzado.

—¿Tenéis magras?

—Sí, muchas.

—¿Y vino?

—La bota llena.

—Vamos á la cueva, y dadme de comer, que me siento débil. Tú, Julián, saca la barra, sube la cuerda, tomad esta linterna y guardadlo todo en los morrales, que podrá hacernos falta. La barra llevadla en la mano.

Ros comió con buen apetito; llevaba cinco días ayunando, pero ahora se desquitaba.

Media hora estuvo moviendo las mandíbulas, bebió como media botella de vino, se puso al cinto los dos pares de pistolas, y cogiendo su bastón-lanza, dijo á sus hermanos:

—En marcha.

—¿Dónde vamos?

—A la Puebla.

—¿A qué?

—A comer allí.

—¿Eso nada más nos dices?

—Y sobra.

—¡Pero, hombre!

—Julián, en boca cerrada no entran moscas.

—Pero nosotros...

—¿No os basta con que yo lo sepa?

—Sí, pero...

—No os separaréis de mí, me vais á ayudar, todo lo veréis, ¿qué más deseáis?

—Verdad es, pero...

—No hay peros, son manzanas. Conque cuidado con tropezar, que el camino es de lo más malo que existe, y hablemos de otra cosa.

—Eso de hablar de otra cosa no puede ser.

—¿Sabéis alguno de vosotros dónde está la casa de los Batistas?

—La hemos oído nombrar, mas no recordamos.

—Yo sé que no está lejos de aquí; la vi una vez que andaba persiguiendo un venado, pero ¿quién va á recordar el paraje cierto, entre esa multitud de montes?

—Es verdad.

—Vamos á la Puebla, que allí nos dirán el camino; tendremos que desandar la mitad, pero vamos bien comidos y contentos. ¿No vais satisfechos vosotros?

—Nosotros... Si no sabemos nada.

—¿Qué importa, si yo lo sé y lo voy?

—¿Qué viste en el fondo de la sima? ¿Llegaste abajo?

—Sí.

—¿Qué había?

—Piedras, el caballo, la montura y una pistola del señor duque.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—¡Cuánto hemos temido por él y por ti en las dos horas que empleaste en bajar y subir!

—Gracias, hermanos.

—No hablábamos.

—Pero os latía el corazón.

—Eso sí, mucho.

—Qué alegría, qué triunfo para nosotros si logramos presentarnos en el castillo, diciendo: Hé aquí lo que no logró ni el héroe príncipe de Italia; ved al señor duque del Imperio, al más noble de los hombres, que estos cuatro pecheros...

—¡Qué triunfo, hermano, qué triunfo!

—¡Y qué satisfacción!

—¡Y qué alegría!

—¿Cuándo, hermano, cuándo?

—Pues no corres tú poco; puede que hoy mismo si vive y la suerte nos ayuda...

—¡Si vive! Yo creí que tú sabías...

—Sí, que estaba sano y donde se hallaba. Me lo dijo una maga que se me apareció en el fondo de la sima. ¡Qué cosas tienes, Pedro!

—Ya sé que eso no puede ser, pero tú estás muy contento.

—Relativamente á como estaba, sí; pero de cierto nada sé.

—¿En qué te fundas entonces para esa alegría?

—En que he visto algo, he discurrido bien, y, en fin, muchas veces por el hilo se saca el ovillo.

—Tú sabes mucho.

—Algo.

—Al lado del señor duque aprendiste bastante.

—No lo sabes bien.

—Yo creo que aciertas.

—Yo también.

—Y yo.

—Puede que no os equivoquéis.

—¡Vaya un camino!

—De cabras.

—La Puebla está dos leguas, pero vamos á tardar cuatro horas en andarlas.

—No importa; queda aún mucho día, y para lo que tenemos que hacer, ha de sobrar tiempo, á mi juicio.

Hablando así continuaron su camino, que no era muy largo, pero sí muy molesto; como dijo con verdad Ros, era de cabras.

Para dos leguas, aquellos hombres que eran de hierro emplearon tres horas.

Por fin dieron vista á la población, la cual se componía de cincuenta ó cien casas enclavadas en el monte.

A la entrada se veía la fuente que surtía de agua al pueblo, y en ella estaba una muchacha llenando un cántaro.

—Zagala,—le dijo Ros llegándose á ella,—¿qué ocurre en la Puebla?

—Hola, señor mayordomo; ¿ha parecido el señor duque del Imperio?

—No, hija mia; todavía lo estamos buscando. ¿Contestas á mi pregunta?

—Con mucho gusto; en mi pueblo no ocurre nada de particular. Se fueron todos los hombres y algunas mujeres á buscar al señor duque, y sólo quedan los viejos y los zagales.

—¿Nadie más?

—Y las mujeres que no se fueron con sus maridos.

—Y el abuelo, ¿qué hace?

—Rabiar; dice que hasta que parezca vuestro amo no reza á la Virgen.

—Vaya por Dios, ¿qué hace ahora?

—Iba á salir.

—¿Dónde?

—A la tienda de la *Rubia* á ver si le fía. Como se fueron sus tres hijos y le dejaron los nietos, pronto se le acabó el poco dinero que le dieron.

—Muy bien; yo le adelantaré.

—Haréis una obra de caridad, maese Ros; quiere á vuestro amo con delirio.

—Como todos; ¿hay alguno que no lo quiera?

—Es verdad; todos hemos llorado, hasta los más valientes.

—Adiós, hija mía.

—El cielo le guarde. Dé algo al pobre abuelo.

—Sí.

Los cuatro entraron en el pueblo, compuesto de dos solas calles y una plaza.

Estaba casi desierto.

Pronto vieron desembocar en la plaza á un anciano que no tendría menos de ochenta y cinco años; iba apoyado á un báculo, y aun así andaba con dificultad.

Incorporados con él, le preguntó Ros:

—¿Dónde va el abuelo?

—Ros, maese Ros, ¿vos por aquí? ¿Pareció mi duque?

—No, abuelo, pero tenemos esperanzas de hallarlo pronto.

—¡Sólo esperanzas; maldición!

—Ánimo, abuelo, que no lo sentís más que yo, y ya veis que no maldigo.

—¡Si yo fuera joven!

—Más de mil lo buscan, jóvenes todos, y no lo hallan, pero fío en Dios que pronto parecerá. ¿Dónde vais?

—A la tienda de la *Rubia*.

—¿A qué?

—A comprar unas cosillas.

—A que os fíe; ya lo sé, y por hoy no tenéis necesidad de eso.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Yo, que adivino.

—¡Tan bueno como su amo! Si no parece, juro á Dios Santo...

—Vamos, abuelo, no juréis y perdamos la protección divina. Cógelo del brazo, Manuel, y á casa de la *Rubia*. Allí comerá bizcochos, bebiendo á la vez un vaso del mejor vino.

—Lo que es beber...

—Conmigo, sí.

—Con vos. ¡Ah, con vos haré todo lo que queráis!

—En marcha.

Y entraron en casa de la *Rubia*, dueña de la única tienda que habia en el pueblo.

Aquélla reconoció á Ros y pronto le ofreció cuanto tenía en su casa.

El mayordomo le dijo:

—*Rubia*, que tus hijas nos hagan un arroz con pollo y una tortilla con jamón, lo cual, con vino y postres, lo comeremos entre los cinco.

—Muy bien, señor.

—Antes, y para hacer boca, nos traes para los cinco dos docenas de bizcochos y una botella del añejo.

—¿También el abuelo?

—También.

—Me alegro.

—Espera; que diga el abuelo todo lo que necesita; es melindroso, y lo que él quite lo añades tú; se lo mandas ahora mismo á su casa y á mí la cuenta. ¿Comprendes?

—Todo, señor.

Y los cuatro hermanos juntaron las dos mesas únicas que había en la habitación contigua, sentándose y acercando antes una silla para el abuelo.

Éste llegó primero, y un poco más tarde la *Rubia* con los bizcochos, la botella y vasos, todo lo cual dejó sobre la mesa.

—Cierra bien la puerta,—le dijo Ros,—y no dejes entrar ni acercarse á nadie á esta habitación.

—Descuidad.

—Si ves llegar al pueblo á algún forastero, avisame en cuanto entre.

—Lo haré.

Y salió, dejando la puerta perfectamente cerrada.

Ros llenó los cinco vasos y puso seis bizcochos al abuelo, diciéndole:

—A comer y á beber, que así lo quiero yo.

—Muy resignado estáis, maese Ros; yo no he podido...

—Sois muy viejo, y consiste además en que en nosotros va la procesión por dentro.

—Lo creo; vos le queréis mucho.

—Sí, mucho; qué tal los bizcochos, ¿son tiernos?

—Bastante.

—Ahora un trago de lo añejo.

—Sea, pero no brindo.

—Ni yo ni ninguno de los cinco; eso lo haremos cuando se halle libre el señor duque.

—¿Tenéis noticias de él?

—Hablemos de otra cosa, abuelo.

—De lo que vos queráis.

—Qué tal la memoria, ¿habéis perdido mucha?

—No, maese Ros; gracias á Dios la conservo. He perdido vista, fuerza, dientes, pero la memoria nada.

—Antes de contestarme á las preguntas que os voy á hacer, meditad la contestación; cualquier error que tuvierais podía perjudicarme mucho.

—No temáis, preguntad.

—¿Están en su posesión los dos hermanos Batista?

—Sí, señor; me consta.

—¿Qué fué de sus padres?

—Hace muchos años oí decir que su padre enviudó muriendo al año siguiente, en unión de su hijo mayor, en un desafío.

—¿Cuánto tiempo hará eso?

—Mucho, dieciocho ó veinte años.

—¿En dónde aconteció ese siniestro?

—En Madrid.

—¿Quién mató al padre y al hijo?

—Un novio de la hermana; eso dijeron.

—¿Quién era ese novio?

—Un capitán joven, pero muy valiente.

—¿Cómo se llamaba?

—No lo oí nombrar.

—Veo que vuestra memoria no ha menguado, abuelo. Vaya otro bizcocho y otro trago. Mis noticias son iguales á las vuestras.

—Sí, ya os dije que conservaba bien la memoria.

—Decidme, pero no dejéis de comer; estos dos hermanos Batistas que hay aquí ¿son solteros?

—Sí, señor.

—¿Pasan mucho tiempo en su posesión?

—Casi el mismo que vosotros. Vienen dos días después y se marchan casi á la vez.

—Muy bien. ¿Cuántos criados tienen?

—Cuatro que les sirven para todo.

—¿Y mujeres?

—Ninguna.

—¿Es este el pueblo más próximo á la casa que habitan?

—Sí.

—¿Dista mucho?

—Una legua, de mal camino.

—¿Y los otros?

—Dos y media, tres y hasta cuatro los más cercanos.

—¿Vienen á comprar los criados á la Puebla?

—Dos veces á la semana.

—¿No van á otro pueblo?

—No.

—¿Habéis notado algo de extraordinario en estos últimos días?

—Sí.

—Hablad.

—En vez de uno, como de costumbre, vinieron hace cinco días dos criados, llevándose muchas aves, dulces, frutas y de todos los manjares más delicados que hay en el pueblo.

—¿Qué podría motivar ese lujo en la comida?

—Que tienen algún huésped.

—¿Ha ocurrido otra vez?

—Jamás. Ni ellos comen tan bien ni con tanta abundancia.

—Tenemos luna llena, abuelo, ¿es cierto?

—Sí, completa.

—¿Hay temor de que pueda encapotarse?

—Ninguno. No he visto señal que lo indique.

—Fuisteis pastor, y debéis conocer el tiempo.

—Perfectamente, y os aseguro que tendréis luna clara casi toda la noche.

—Vaya el último bizcocho, abuelo, y medio vasito más de vino.

—Es demasiado.

—Al contrario, es para hacer boca, porque luégo comeréis con nosotros arroz con ave y tortilla con jamón.

—¿Y mis nietos?

—¿No les habéis mandado ya de todo?

—Sí, esa *Rubia*, contra mi voluntad, de todo les ha mandado, y con abundancia.

—¿Entonces?

—Entonces comeré con vos, que no es poca honra, ni son muchas las ocasiones en que yo pruebo esas comidas.

—¿Tan pobre sois?

—No puedo ya ganarlo, y mis pobres hijos no son ricos.

—Tomad esos cuatro doblones que os regala el señor duque del Imperio.

—¿Además de lo que habéis mandado?...

—Sí, lo uno él, lo otro yo.

—Dejad que bese vuestra mano. ¡Qué nobles sois, qué buenos!

—Basta, abuelo, basta. Somos ricos, y es un deber en nosotros socorrer al pobre.

—¡Ay qué pocos lo hacen!

—Sí, abundan los egoístas, pero Dios ayuda y protege á los generosos. Y hablemos de otra cosa, que os

habéis enternecido, y no son momentos estos de llorar.

—¿Pues de qué son?

—Abuelo, probablemente de matar, de dar fin de la canalla.

—¡Qué cara ponéis!

—¿Os asusta?

—No; ¡si fuera joven!

—Basta con nosotros; conviene que seáis viejo; nosotros haremos una cosa y vos otra muy distinta, pero necesaria.

—Sí, sí; lo que vos queráis; por el señor duque doy mi vida, mis hijos y hasta mis nietos.

—¿Qué habéis comprendido, abuelo?

—Lo bastante, maese Ros. Vais á conseguir lo que no han podido tanto hombre ni el héroe señor príncipe de Italia.

—¿En qué os fundáis?

—En lo que pasó hace veinte años; en lo que ocurrió hace seis días; en lo hidalgo que es el uno y en lo malvados que son los otros.

—¿Suponéis que aquel joven capitán?...

—No lo supongo, lo doy por hecho.

—¿Y decís que los otros son tan malos?

—Como Caín.

—¿Qué merecen, abuelo, qué merecen?

—La muerte, si ambos no nos equivocamos. La muerte que he leído en vuestro semblante.

—¿Capaz me creéis?...

—¡Pues no! Sois la Providencia, como vuestro amo, para los buenos; un rayo asolador para los ma-

los. La misma escuela, los mismos instintos; aprendisteis de él todo lo que aprenderse puede.

—Hablemos de otra cosa, abuelo.

—De lo que vos queráis.

—¿Qué tal camino hay aquí para trasladarse á la casa de Batista?

—Un sendero entre montes de lo peor que existe.

—¿Pero hay peligro de perderse?

—No, porque llevaréis guía.

—¿Quién?

—Yo. Hacedme ese favor.

—Vos no podéis andar dos leguas, ni yo consentiría...

—Maese Ros, por la Virgen Santísima dejadme que os acompañe. Todo se reduce á salir una hora antes.

—No quiero testigos.

—Lo que es éste os lo impone el destino. ¿Qué haréis vos que yo no aplauda y defienda?

—Pero si esas piernas no os van á dejar.

—Ando mucho peor de lo que podría, porque estoy siempre mal comido; pero después de ese arroz con ave, andaré las dos leguas perfectamente.

Ros meditó un momento, preguntándole después:

—¿Habéis medido bien vuestras fuerzas?

—Sí, maese Ros.

—Cualquier contratiempo por causa vuestra...

—No habrá ninguno.

—Si tenéis esa seguridad, os llevo.

—La tengo.

—Si veis la muerte...

—Gozaré cuanto más fiera sea.

—¿Conocéis bien la casa de Batista?

—Como la mía. Cuando no están los amos y va el mayordomo se reunen allí los amigos... Asistí á muchas francachelas allí.

—¿Tiene sótanos ó algunas habitaciones subterráneas?

—Una obra maestra. Es un granero hecho en tiempo de los moros para guardar el trigo y todo lo que se quiera. La entrada es una trampa que, sólo conociéndola, se puede dar con ella.

—¿La conocéis vos, abuelo?

—Sí, señor. ¡Pero qué talento tenéis y qué claro empiezo á ver! Sí, maese Ros, estáis acertado; vuestros cálculos todos son exactos, no puede ser otra cosa.

—¿Tiene ese granero comunicación con el exterior?

—Sí, tres tragaluces.

—¿Grandes?

—No, pequeños.

—¿Qué ancho?

—Un palmo, acaso menos.

—Basta con eso.

—¿Llegaremos á tiempo?

—Creo que sí; esos manjares que llevaron me prueban que por ahora nada intentan que pueda alarmaros.

—No os descuidéis, que son muy malos.

—Esta noche...

—Con mucha precaución.

—Cuando todos duerman.

—Eso es. Veo que no necesitáis consejos ni advertencias.

—No, en intrigas y hechos como éstos tengo la práctica suficiente.

—Me alegro.

—¿Qué hora será, abuelo?

El anciano asomó la cabeza por una ventana que había en la habitación, y mirando el sol, le dijo:

—Las dos de la tarde.

—Creía eso mismo.

—¿A qué hora saldremos?

—¿Cuánto tardaréis en andar esa legua?

—Mal camino es; todo lo más dos horas.

—Acostáis temprano á los nietos, y como á las nueve de la noche los dejáis encerrados y os vais á buscarnos á la izquierda de la fuente que hay á la salida del pueblo.

—Sí, ese es el camino. Esperad entre los castaños.

—Sentados estaremos.

—¿Quedamos en eso?

—En eso quedamos y hemos concluído. Manuel, abre la puerta y di á la *Rubia* que cuando esté la comida la entre, y que somos cinco.

—Ahora mismo.

—Abuelo, en cuanto acabemos de comer os vais á vuestra casa, y hasta las nueve.

Poco después entró la *Rubia* con el servicio, y no tardó en servirles un arroz con pollos bien hecho.

El abuelo empezó á comer con voracidad, mezclando sendos tragos de vino con las viandas, y los otros le imitaban bien.

Cuando hubieron concluído con el arroz, la emprendieron con una tortilla de doce huevos y dos libras de jamón.

Después tomaron dulces y frutas, dejando dos botellas vacías y una empezada.

Los cinco venían ayunando algunos días, y la confianza de Ros, intuída á los restantes, les había despertado el apetito.

Pasaron sentados á la mesa hasta cerca de anochecido, que se fué el abuelo.

Los cuatro hermanos llamaron á la *Rubia*, hablaron con ella, le pagaron y á las ocho próximamente salieron, hallando al alcalde junto á la fuente; regresaba con veinte hombres de hacer la quinta correría en busca del duque.

—¿Qué habéis hecho, señor alcalde?—le preguntó el mayordomo.

—¡Ah, maese Ros, no hacemos nada, porque nada producen nuestras pesquisas!

—Lo siento por Cristo.

—Lo creo. ¿Y vos?

—Yo... yo tampoco conseguí nada hasta ahora.

—¿Dónde vais tan tarde como es?

—Al castillo, si en el camino no hallo nada que me lo impida.

—Quedaos en el pueblo, y mañana... Tengo en mi casa camas para los cuatro.

—Gracias, alcalde; está mi mujer de sobreparto y deseo verla.

—En ese caso no os detengo.

—Tenemos luna y no tardaremos en llegar.

—¿Queréis un guía?

—Conocemos perfectamente el camino.

—¡Estrechad mi mano y hasta más ver! Haga Dios que al encontrarnos de nuevo tengamos una satisfacción que hoy nos niega el destino.

—Así sea.

—Buena noche, señores.

—Buena noche.

Los del pueblo se dirigieron á sus casas, y los cuatro hermanos se emboscaron entre mil castaños que tenían próximos.

Sentados en el suelo aguardaron la llegada del abuelo, que se presentó á las nueve en punto.

—He hablado con el alcalde,—dijo á Ros.

—¿Y qué dice?

—El animal supone que no hay medio alguno de hallar al señor duque.

—Hay muchos, muchísimos, abuelo, que piensan lo mismo.

—Porque no tienen vuestro talento.

—Ni la experiencia que vos.

—¿Vamos?

—Sí, pero despacio; tenemos tiempo de sobra, y no quiero que os fatiguéis.

—Como queráis.

—Julián, delante con el abuelo, que se coja á tu

brazo, y con lentitud, tenemos tres horas para llegar. Hasta la media noche no intento nada.

Así lo hicieron, caminando despacio.

Tardaron cerca de dos horas. A nadie encontraron en el camino. La noche estaba clarísima, serena, y una brisa tenue, juguetona y dulce refrescaba aquella atmósfera canicular.

Emplearon en andar aquella legua dos horas; es decir, que dieron vista á la casa á las once de la noche.

No tenía el edificio más que planta baja, y, efecto del calor, todas las ventanas estaban entornadas; las de las fachadas tenían hierros, las que daban al corral y jardín no, y se hallaban abiertas de par en par.

Sólo había luz en una habitación.

—¿Quién duerme allí?—preguntó Ros al abuelo.

—Doña Magdalena.

—Tarde se acuesta.

—Acaba de apagar.

—Cierto.

La casa estaba situada en un pequeño valle, formado por los montes que la rodeaban, y por álamos, robles, encinas y castaños. A un costado del edificio había una huerta, por cuyo centro corría un arroyo que venía del monte.

Ros preguntó al abuelo:

—¿A qué lado están los tragaluces?

—Al de la izquierda de la fachada principal.

—Bueno, seguidme.

Y se situaron á un tiro de bala de la casa, entre

varias encinas, resguardados de las miradas de los habitantes del edificio.

—Julián,—dijo Ros,—de la cuerda esa que llevas, corta un pedazo de cuatro ó cinco varas y dámelo con la linterna.

—Al momento.

—No te levantes; permaneced todos sentados en el suelo. Qué tal, abuelo, ¿os habéis cansado?

—Casi nada; bien comido, ¿qué es para mí una legua?

—Muy bien; mis hermanos llevan en los morrales pan, vino y magras; cuando queráis comer, pedidles.

—Toma la cuerda, hermano.

—Quietos aquí los cuatro sin promover ruido alguno; si yo necesitase de alguno de vosotros, silbaré una vez; si de dos, silbaré dos veces, y tres si de todos. Hasta luégo.

—Dios te defienda, hermano.

Y Ros, de árbol en árbol, cubriéndose en lo posible de los habitantes de la casa, llegó al pie de ésta con la mayor cautela y sigilo.

Después empezó á rodearla, reconociéndola hasta en sus menores detalles.

Era el centésimo reconocimiento que hacía en su vida, y tanta experiencia, le daba una gran superioridad sobre cualquier otro.

¡Cuántas casas había investigado en Europa y cuántas habían escalado después su amo y él!

Ventanas, muro del jardín y corral, árboles, puertas, todo lo examinó, inclusos los tres tragaluces, los

cuales suponía que comunicaban con la prisión de su amo, en el caso de estar allí prisionero.

Todo lo halló sumido en el silencio y la oscuridad, en lo relativo al interior de la casa. Fuera, una luna clarísima se extendía por la superficie de la tierra.

Convencido de que todos estaban recogidos y entregados probablemente á Morfeo, se tendió en el suelo y silbó, imitando el chirrido de un ave.

Se había aproximado á uno de los tragaluces, y quedó con una ansiedad devoradora.

Segundos después se estremeció. Acababa de oir otro chirrido igual al suyo, y sólo el duque podía darlo.

La alegría, el placer, la más grande satisfacción se retrataron en el rostro de Ros. Aquel hombre tan sereno, tan frío, tan valiente, se hallaba en este momento convulso, azorado, nervioso: temblaba de alegría.

Iba á ser él el salvador del duque, no obstante buscarle el héroe príncipe de Italia, aquel genio que todo lo adivinaba; sus cuatro hermanos restantes y mil personas que conocían por palmos el terreno.

Iba á ser él; le iba á salvar la vida, á darle libertad, y podía decir á todo el mundo: Vedlo, me debéis á mí el volver á contemplarlo; su esposa, hijos y hermanos me deben su preciosa vida.

En estos instantes era el mayordomo el más feliz de los hombres; nunca experimentó dicha tan grande, ni pudo imaginar sentirla.

Ahora no era Julio de Silva el que había adivinado, no fué el héroe; el que había vencido lo era, lo

estaba siendo Ros, un humilde pechero que á todos supo sobreponerse.

A los dos silbidos en forma de chirridos siguieron esos golpes que da la codorniz en su árido canto, con los cuales se comunicaban ahora amo y sirviente.

Ros se trasladó á otro tragaluz. Debajo de éste se hallaba de pie el duque del Imperio, casi tan satisfecho como su leal mayordomo.

Ros fué dándole, atadas á un extremo de la cuerda, las cuatro pistolas; del mismo modo le echó su bastón-lanza y luégo encendió la linterna, haciendo todo el ruido menos posible, y sujetándola también á la cuerda, se la dió.

Seguidamente se tendió boca abajo, viendo en el fondo á su amo, herido y con el rostro cruzado por el látigo de Batista.

La alegría del ex-criado se cambió en ira; sus ojos se inyectaron de sangre, exclamando:

—¡Maldición, estáis herido!

—No te asombres, que esto no vale nada.

—¡Y tenéis marcado el rostro!

—Sí, fué Batista.

—Y las heridas, ¿quién os las causó?

—Su hermana.

—Que vengan ahora.

—Creo que me han sentenciado á muerte, y no tardarán en entrar.

—Cuando quieran. ¿Son muchos?

—Cinco.

—¡Bah! con las armas que ya tenéis, ni veinte.

—Sí, pero esta maldita cadena...

—Es verdad. ¿Tiene candado?

—Míralo.

—Corredlo adelante. Eso es. Pronto lo abriremos.

—¿De qué modo?

—¿Ya os habéis olvidado?... Tomad esa daga que cae. Con la punta. ¿No recordáis? Pocas veces lo hemos hecho para...

—Cállate esos recuerdos.

—Buscad la unión, las junturas.

—Sí; ya sé, pero están bien unidas las chapas.

—No importa; es cuestión de paciencia y de fuerza.

—¿Qué es de mi pobre esposa, hijos y hermanos?

—Todos están buenos, llorando unos y buscándoos otros. ¡Qué aflicción, qué desconsuelo!

—¡Infelices!

—Pronto cambiará su suerte.

—Bien unidas están, Ros.

—¿No ceden?

—Qué han de hacer, aun cuando me deshaga las manos.

—Con paciencia...

—Ya entra el filo.

—Ahora fuerza.

—Vamos á triunfar.

—Lo suponía. Fuisteis un maestro consumado, y tanta experiencia...

—Qué recuerdos, Ros.

—Tan... tan...

—Cállate.

—¿Cede?

—Sí.

—¿Quiénes te acompañan?

—Mis tres hermanos, y el abuelo de la Puebla.

—¿Nadie más sabe dónde estoy?

—Ni esos tampoco.

—¿Cómo me has olfateado?

—Calculando, señor. Vi la huella de vuestro caballo al pie de la cueva, reconocí el sitio, hallé una pistola entre las matas, bajé á la sima...

—¡A la sima!

—Sí, á la sima con una cuerda. Hallé el potro muerto, descendí más, y cuando me convencí que no os habían asesinado, calculé. Los Batistas, el lance de hace veinte años...

—¡Lo recordaste!

—Como si hubiera ocurrido ayer.

—¡Memoria es!

—Esa fué la punta del hilo que me trajo al ovillo que veis.

—¿Cuándo fué eso?

—Hoy.

—No te has descuidado, y en verdad que obraste con acierto; si tardas seis horas, sólo hallas mi cadáver. Los hermanos deben asesinarme al amanecer.

—Debían.

—Eso es.

—¿No ceden esas chapas?

—Sí; espera un poco. Último esfuerzo. Ya están. Ahora el pasador.

—Cuidado no os clavéis la punta de la daga.

—No.

—¿Falta mucho?

—Ya está.

—Gracias á Dios.

—Ya estoy libre, Ros; fuera esa cadena.

—Que hacéis ruido.

—Qué me importa; que vengan ahora los cinco; un minuto después besarán la tierra.

—Que me debéis, señor...

—La vida, amigo mío.

—No os la regalo, señor duque.

—¿Qué quieres por ella?

—La dirección de lo que resta hacer en esta casa.

—Tan malos son que te la concedo gustoso. Puesto que á ti nada te hicieron, obra con sangre fría y justicia.

—Vos nunca faltasteis á vuestra palabra.

—Ni ahora lo haré tampoco.

—Está bien, señor. Empiezo á mandar.

—Puedes hacerlo.

—Sentaos, si halláis dónde, teniendo las cuatro pistolas y la lanza cerca, la daga al cinto, y esperadme, que no tardaré en entrar. Si antes que yo llegase alguno ó algunos de este nido de asesinos, mandáis una onza de plomo á cada cual, procurando que se estrelle en el cráneo ó en el corazón.

—Lo haré; ¿qué más?

—Eso sólo, y hasta luégo.

—¿Te vas?

—No tardaré en volver.

—Adiós, mi querido Ros.

—No os durmáis.

—No, hombre.

—Es que vos erais capaz de hacerlo.

—Pero esta noche, no.

—Cuidado y hasta luégo.

El duque dejó la linterna de modo que diese el resplandor en la escalera, por si alguno bajaba, y sentándose él detrás, en un sillón, puso sobre la mesa las cuatro pistolas á su alcance, y conservando el bastón-lanza en la mano, esperó tranquilo la llegada de su criado ó la de sus asesinos.

Ros volvió de la misma manera que había ido, si bien regresaba completamente indefenso.

Sólo llevaba en la mano izquierda el pedazo de cuerda que le dió su hermano.

Llegó adonde estaban los cuatro esperándole, y los halló sentados entre los árboles, sin hablar ni moverse.

—Vive el señor duque,—dijo sentándose en medio de ellos,—y lo hallé según imaginaba.

—¡Vive!—exclamaron los cuatro con alegría.

—Sí, lo hirieron, pero no peligra su vida, y con un látigo marcaron su rostro.

—Vamos á salvarlo.

—No hay prisa, hermanos; soy, por orden del duque, el director del desenlace y sé lo que debo hacer.

—¿Y si mientras lo asesinan?

—Tiene cuatro pistolas, mi bastón-lanza y una daga. Son cinco en esa casa, y necesita él veinte.

—¿Hablaste con él?

—Hablé.

—¿Por los tragaluces?—le preguntó el abuelo.

—Sí.

—Entonces lo encerraron en el granero, amarrándolo á una cadena que trajeron de Madrid.

—Es verdad.

—Vamos por él, hermano, que está sujeto con hierro.

—Ya está libre; rompió con mi daga el candado, y os digo que ni veinte pueden con él.

—¡Qué felicidad, qué ventura!

—Vamos á cuentas, abuelo; explicadme el modo de entrar en el sótano sin tener que dar muchas vueltas por la casa.

—¿Por dónde vais á penetrar, maese Ros?

—Por una de las ventanas que dan al jardín.

—Yendo de frente entráis por la primera que hay á la derecha. Está casi pegada al muro. En ella está la trampa.

—¿Qué trampa es esa?

—Es una habitación que sirve, al parecer, de pajar. Siempre hay en ella una vara de paja; supongo que ahora tendrán retirada la que se halla al pie de la ventana, teniendo que entrar y salir varias veces al día; pero en el piso de ese sitio, es decir, debajo de la ventana, hay una trampa de roble con su cerradura y llave. Se abre, se levanta la madera y aparece la escalera que va al sótano. Si estuviera cubierta de paja, con quitarla...

—Entiendo.

—Pero os falta la llave.

—Nosotros, abuelo, estamos acostumbrados á abrir todas las puertas con las puntas de nuestras dagas.

—Debe estar desgastado el pasador; tiene lo menos tres ó cuatro siglos. Como no sean más.

—Tenga los que quiera correrá.

—Vamos, hermano, que pueden en la casa haberros oído hablar, y...

—No seas necio, Manuel; tendido y con la boca dentro del tragaluz, sólo él pudo oirme, y el duque me contestaba muy quedo. Se hallaba debajo de mí perpendicularmente.

—No importa.

—Cállate. Abuelo, cuando salga con Julián os vais los dos detrás de esa primera colina, para que no vea lo que pasa en la casa.

—Bien hecho, maese Ros; no dejéis uno.

—Os sentáis allí y le dais conversación mientras nosotros cuatro acabamos.

—¿Se ha de sentar el alto y poderoso señor duque en el suelo?

—Qué remedio tiene; á no ser que vos le proporcionéis un sillón de damasco.

—Ojalá lo tuviera. No querrá...

—Abuelo, el señor duque está acostumbrado á sentarse en los mejores sillones del mundo y en la dura piedra, sobre la cual hemos dormido los dos más de diez y de veinte veces.

—Bueno, maese Ros; se sentará en el suelo, le

llevaré hojas de árboles para que no esté tan mal, y yo estaré de pie cerca de él.

—No, sentado á su lado, que sois muy viejo.

—¡Cómo queréis que yo!...

—Obedeciéndome. Esta noche mando yo solo; lo quiere el duque.

—Está bien, señor mayordomo.

—Le habláis de la mucha gente que lo busca por todas partes, y de todo lo demás que se os ocurra.

—Me van á temblar las piernas.

—¿Por qué?

—Un señor tan poderoso y tan...

—Y tan bueno que os oirá con mucho gusto.

Ros le dió algunas instrucciones más, y luégo se fué aproximando con los cuatro á la casa.

Ya cerca de ella, dejó á Pedro y Manuel al pie de la puerta principal, con orden de matar al que intentara salir ó tirarse por alguna ventana.

—No herirlo, no; lo matáis,—les decía.

Sus dos hermanos le contestaron:

—Morirá el que quiera salir.

Los tres iban armados de partesana y daga.

Luégo dió la vuelta dejando á Julián y al abuelo frente á la puerta del jardín.

—Hermano,—dijo al primero,—tú tienes bastante con la barra de hierro; dame tu daga y la partesana.

—Toma.

—Luégo abriré yo la puerta del jardín y la dejaré entornada; si alguno que no fuésemos el señor duque ó yo quisiera salir, con la barra...

—Lo mato.

—Eso es.

—Después te daré más instrucciones. Abuelo, cuando salga el señor duque, os vais con él sin perder tiempo detrás de la colina; que se siente en el sillón de hojas, y allí me esperáis, ocurra lo que quiera.

—Lo haré así, hombre incomparable.

Sin más explicaciones se ciñó Ros la daga á la cintura, y acercándose á un árbol, cogió la partesana con los dientes, y trepó hasta hallarse por este medio sentado en el caballete del muro.

Luégo se corrió hacia otro árbol de los que había en el jardín, y fué poco á poco descendiendo hasta llegar al suelo.

Tenía cerca la puerta del jardín que daba al campo, la abrió, pues halló la llave puesta por dentro, y viendo enfrente, sentados en el suelo y sin hablar, á Julián y al abuelo, la entornó, y sin hacer ruido alguno se dirigió á la primera ventana de la derecha, que se hallaba al lado opuesto.

Eran las dos de la madrugada.

Magdalena fué la última que se quedó dormida á la una de la noche, y ya en este momento reposaban los seis seres que habitaban en aquella casa en sueño profundo.

Parecía que la suerte favorecía el intento de Ros.

Estaba el mayordomo tan acostumbrado á escalar muros, descerrajar puertas y sorprender hombres y mujeres, unas veces por cuenta de su amo y otras por la suya, que aquello que hacía esta noche no era otra

cosa que una de tantas aventuras de las infinitas que tuvo en su vida.

Así es que iba sereno, frío, con interés, pero sin demostrar temor alguno.

Llegó á la última ventana, y la halló cerrada. Dejó arrimada á la pared su partesana, y sacando su daga, comenzó á trabajar.

Cerraba aquélla un solo picaporte interior; pero eran las maderas tan viejas, que pronto la daga penetró, y levantándolo, se abrió de par en par la ventana la cual llegaba á media vara del suelo.

Ros, como hombre práctico en aquellos asuntos, cogió su partesana y desde fuera reconoció la habitación.

Era, en efecto, un pajar, como había dicho el abuelo, y la paja estaba retirada de encima de la trampa y de la puerta de entrada, separándose luégo media vara para que los que entrasen por el interior pudieran llegar á la trampa sin impedimento alguno.

En cambio había á un lado de la habitación dos varas de paja.

La puerta estaba cerrada por el interior de la casa, pero tenía quitado un pasador que había por dentro, y Ros lo corrió para que por allí no pudiesen entrar.

Seguidamente buscó la cerradura de la trampa, y con su daga empezó á forzarla sin producir ruido

También la madera aquella era muy vieja, y á los cinco minutos la había desgastado un poco Ros, lo indispensable para que la punta de su acero corriera el pestillo y la trampa quedase abierta.

La levantó, exclamando:

—El enemigo queda sitiado por dentro y por fuera; son cinco; aun cuando aumentasen un cero, no podrían con nosotros.

Y bajó, hallando á su amo, que lo recibió con los brazos abiertos, diciéndole:

—Gracias, Ros, no olvidaré jamás que te debo la vida.

—Perdonad, señor; me la habéis comprado y estamos en paz.

—Bien, hombre;—y separándose un poco, añadió el duque:—Buen chasco me has dado: creí que entrarías á sangre y fuego, y al verte supuse que era el enemigo y ya le tenía preparada una onza de plomo. ¿Cómo has entrado?

—Señor, como en casa de la princesa en Nápoles, como en la de la marquesa en Madrid, como...

—Basta, hombre, basta; pues si las vas á citar todas, ya tienes para rato.

—Como allí, todos duermen. No, allí velaban dos, la señora y la camarera, y aquí nadie está desvelado.

—¿Anduvo la daga?...

—Casi nada, señor; son las maderas tan viejas, que han cedido al primer esfuerzo.

—Más suerte tuviste que yo; ese endiablado pasador del candado lastimó mis dedos.

—Dejadme que os reconozca la cabeza.

—No es nada, hombre.

—Quiero cerciorarme. No olvidáis que mando yo esta noche, al amanecer vos.

—Está bien; haz lo que quieras.

—Estos golpes son de palo, señor.

—Sí, con una vara de fresno.

—A lo burro.

—A lo burro.

—Bueno, vámonos á lo sabio, que dejamos ya de ser burros. Me quedo con las cuatro pistolas, que á vos no os sirven; pero conservad el bastón y la daga. Ahora seguidme.

Ros se puso al cinto los dos pares de pistolas, y dejando la linterna y la partesana sobre la mesa, empezó á subir delante de su amo.

Llegaron al pajar, saltaron por la ventana, atravesaron el jardín y salieron por la puerta.

Julián y el abuelo besaron la mano al duque con respetuoso cariño, sin atreverse á desplegar los labios.

—Bien, hijos, bien,—exclamó el duque;— habéis seguido á Ros, le obedecisteis y os quedo agradecido.

—Señor.

No pudieron expresar más frase que esa. El mayordomo los sacó del apuro, diciendo:

—No perdamos tiempo, señor; puesto que yo dirijo ahora, seguid al abuelo. Llevadlo, anciano, adonde os tengo encargado. Y vos, amo mío, quedad allí, que no tardaré mucho tiempo en buscaros.

—Ros, no expongas tu vida, te lo prohibo.

—Señor, hasta que llegue el nuevo día me habréis de permitir que sea yo solo el que mande, prohiba y ordene.

—Sí, pero no quiero que expóngas tu vida.

—¿Quién me ha de matar á mí, señor, con cuatro pistolas y esta partesana?

—Ya ves lo que hicieron conmigo.

—Porque os sorprendieron. Pero no perdamos tiempo, os ruego partáis con el abuelo.

—Estás en tu derecho. Vamos, anciano.

Y el duque desapareció con el abuelo.

Ros dió algunas órdenes á Pedro y Manuel, y volvió donde estaba Julián, diciéndole:

—No te muevas de este sitio aun cuando oigas voces y tiros; tu misión es matar al que intente huir. ¿Lo has comprendido?

—Sí, hermano; el que quiera salir por esa puerta morirá.

—O saltando por el muro.

—Por donde quiera que sea.

—Cuando silbe, entonces entras. Toma la partesana, que yo para nada la necesito.

—¿Vas á entrar de nuevo?

—Sí; falta lo principal.

—Llévate la partesana.

—¿Para qué? ¿Te parecen poco cuatro pistolas y esta daga?

—Puede faltarte el tiro.

—Llevo cargas de repuesto, acero, y sé además desarmar á mis contrarios.

—Silba en caso de apuro, que en dos saltos...

—Lo haré, y mucho cuidado.

—¿Quién ha de salir por ahí que no caiga muerto?

—Eso, eso.

Y Ros volvió á entrar, entornó la puerta y se dirigió al sótano.

Desde que Ros entró en el jardín la vez primera hasta aquel momento, sólo habían trascurrido sesenta minutos. Eran las tres cuando regresaba, después de dar libertad al duque.

Fueron un día su fuerte las sorpresas, y todas esas escenas misteriosas en que la habilidad, la destreza y la sagacidad dominaban, y su práctica era grande.

No vaciló un momento; parecía que todo aquello se lo encontraba hecho.

Ros tenía menos talento que su amo, pero era tan valiente como él, y su serenidad fué aplaudida por el duque más de una vez.

No podía ser otra cosa estando siempre al lado de tan privilegiado señor.

Llegó á la trampa, cerró la ventana, descorrió el pasador de la puerta que tenía aquella habitación, y se entró en el sótano ó granero, cerrando la trampa del mejor modo posible.

—Nadie se ha despertado,—dijo arrellánandose en el sillón que había allí;—no parece que el oficio se me ha olvidado. Destreza, sagacidad, poco tiempo y triunfo completo. Queda la venganza. Por venganza iban ellos á matar al mejor de los hombres; por venganza van á morir: no perdono á ninguno, ni á los autores ni á los instrumentos; son reptiles que hallé en mi camino, y la necesidad me impone el deber de aplastarlos. Cuando el duque lo sepa arrugará el entrecejo, y el príncipe me echará un sermón á lo padre Alberto;

pero como la cosa no tendrá ya remedio, se resignarán de grado ó por fuerza. ¿No me habían de pagar ellos el hacerme bajar á la sima y los seis días de dolor y espanto que he sufrido? Sí, señor. No se puede impunemente hacer llorar á más de mil personas y tenerlas en tortura horrible seis días. ¿Pues y la duquesa y sus hermanas? Con veinte vidas que tuvieran no podrían pagar lo que á esos ángeles están haciendo sufrir. ¿Bajarán primero aquí? Es lo probable; pero si así no fuera, yo subiré, y como ninguno puede escapar...

Y sonreía de una manera siniestra, tendiendo por la estancia la mirada vaga y sombría.

—¡Cuánto habrá sufrido aquí, —añadió,—mi pobre amo; el más valiente y hábil de los hombres sintió cruzado su rostro por el látigo del más cobarde y villano de los nacidos! Y luégo, verse apaleado por la fiera orden de una arpía... nosotros, que estamos acostumbrado á que todas... Querría que la enamorara y algo más... ¡Habrá vieja endiablada! Mi amo, que ahora es tan hombre de bien como yo. De seguro prefirió la muerte á faltar á su esposa. Antes como antes y ahora como ahora. La verdad es que los mejores maridos somos la gente corrida; los que allá... Vale más no recordarlo. Cuánta...

Reflexionando así, y arrellanado en su sillón, pasaron tres cuartos de hora, en cuyo instante creyó oir andar con precaución en las habitaciones que tenía encima.

—Hola,—exclamó,—mucho madruga el enemigo, pero más he madrugado yo.

Seguidamente retiró el sillón á un lado, poniendo la linterna de modo que sólo alumbrara á los que bajasen por la escalera.

Después se quitó las cuatro pistolas, las montó y las puso en fila al lado de la cama, tapadas con la colcha.

Sacó las cuatro cargas que llevaba de repuesto, y las dejó á su alcance.

Hecho todo esto se tendió en la cama, tapándose con la colcha hasta la nariz, y apoyando la mano derecha sobre una de sus pistolas.

El chambergo le cubría toda la frente del modo que lo había puesto.

Dejó de oir las pisadas, pero no tardó en percibir el sordo rumor de personas que hablaban muy bajo cerca de la trampa.

Después se abrió aquélla, exclamando Batista:

—Maldita; dejó ayer la trampa abierta.

Y dirigió la luz de la linterna que llevaba en la mano á la cama del duque.

—Duerme,—dijo;—era natural. ¿Traéis la cuerda?

—Sí, señor.

—Caed de pronto sobre él; dos lo sujetáis y el otro le echa el lazo al cuello y lo estrangula.

Ros oía todo esto como ellos, los cuales llegaban algo aturdidos, pues ni aun habían reparado en la linterna que el mayordomo tenía delante.

Esperó el valiente ex-criado á que bajasen los cuatro, y cuando ya estaban cerca de la cama, sin moverse, les dijo, imitando la voz de su amo:

—¿Qué vais á hacer conmigo? Estoy herido y no puedo moverme.

—Creí que dormías, miserable,—le dijo Batista.

—No, me abrasa la fiebre.

—Pronto cesará; te traigo un remedio heroico.

—¿Cuál?

—Te he sentenciado á muerte por asesino de mi padre y hermano, y van á ahorcarte.

—Tened caridad de mí, que ni aun puedo moverme con la paliza que me dieron ayer.

—Esa fué mi hermana; hoy soy yo, canalla.

—Señor, compadeceos de mí.

—Cobarde; estos son los valientes, los héroes.

—Soy un desgraciado.

—Muchachos, estranguladlo.

—Concededme la confesión que no se niega al reo que está en capilla.

—Todo te lo niego, Osorio; paga con tu vida la que quitaste á mi padre y hermano.

—Fué batiéndome.

—Lo mismo da. A él...

—A ti,—gritó Ros.

Se sentó, y levantando la pistola puso una bala en la frente del montañés que llegaba delante.

Batista fué á correr, pero otra bala le alcanzó, derribándolo en tierra, atravesado su cuerpo.

Se oyeron dos detonaciones más, cayendo al suelo los otros dos montañeses.

Con rapidez vertiginosa cargó de nuevo las cuatro pistolas Ros.

Ya era tiempo. Magdalena, que se había levantado para ver quemar el cadáver del duque, oyó las detonaciones, y en unión del otro montañés se precipitó por la escalera del sótano. Iba delante de ella el criado, que al bajar cayó al suelo herido de muerte de otro balazo.

Un segundo atravesó el muslo derecho de Magdalena cuando aún estaba á la mitad de la escalera; rodó al granero, cayendo encima de un montañés, cadáver ya.

Seis tiros y seis personas habían caído al suelo.

La puntería de Ros no había dejado de ser certera.

Dos montañeses estaban muertos; los otros dos, con los amos, heridos, pero tan gravemente, que ninguno de los cuatro podía moverse.

Entonces se puso en pie Ros, colgándose las dos pistolas vacías al cinto y una cargada; quedó con la otra en la mano derecha, diciendo:

Soy Ros, el criado antiguo del señor duque; salvé á mi amo, me quedé en su lugar, y ya veis, miserables traidores, lo que hice con los seis. Envidiad la muerte de esos dos, porque los cuatro vais á morir también de una manera bastante más cruel.

—Tened piedad de nosotros, leal mayordomo,—le dijo Batista.

—Cobarde; estos son los valientes, los héroes. Tus mismas frases, Batista.

—Por Dios,—exclamó ella.

—Rogadle que os perdone. Antes de una hora estaréis dándole cuenta.

—Un sacerdote, por caridad.

—El mismo que vosotros me habéis concedido á mí. Basta de súplicas inútiles; vengo á mi amo, y en paz. Pensad sólo en Dios, que vuestro último instante se acerca.

Y cogiendo su linterna subió, quedando parado en la ventana del pajar.

En estos momentos aparecía el primer crepúsculo matutino.

Ros silbó tres veces con cuanta fuerza pudo.

Primero Julián, y luégo Pedro y Manuel, se precipitaron en el jardín, preguntando:

—¿Dónde? ¿A quién matamos?

—Ya despaché yo á los seis; pero no perdamos tiempo, hermanos. Entrad, abrid la puerta del corral, y toda la leña que hay en él repartidla en las habitaciones de la casa. Vamos á pegarle fuego para que en breve sólo haya aquí un montón de ruinas y cenizas. Julián, tú la echas en el granero este para que los heridos perezcan quemados. Volad. Dejad las armas en el jardín, que ya no hay enemigos.

En el acto fué obedecido.

Los tres hermanos, cargados con haces de leña, los iban depositando en las habitaciones todas con la rapidez que les era posible.

Ros les ayudaba, tirando al sótano toda la paja que había en la habitación donde él estaba.

Los heridos exhalaban gritos de dolor, que el mayordomo escuchaba con la indiferencia del más terrible vengador.

Cuando toda la leña estuvo distribuida, la fueron rociando con aguardiente muy alcoholizado que hallaron en una tinaja, y después prendieron fuego en seis puntos á la vez.

La leña estaba muy seca, tenía bastante ramaje, y ayudada por el alcohól, pronto el fuego tomó un gran incremento, empezando á elevarse las llamas con formidable rapidez.

Habían abierto todas las ventanas para que el aire ayudase al fuego.

Cuando se convencieron de la voracidad de las llamas, y de que todo acabaría en pavesas, cogieron sus armas, y se salieron los cuatro, cerrando la puerta del jardín y tirando la llave dentro.

Todavía permanecieron diez minutos mirando el fuego.

Las llamas rompieron por fin el tejado, se precipitaron por él, por las ventanas, por todos los huecos, y la casa de Batista quedó convertida en una inmensa hoguera.

Presentaba una vista imponente, sublime, aterradora, incomparable.

—Adelante,—gritó Ros á sus hermanos.

Y los cuatro se dirigieron detrás de la colina donde se hallaba el duque.

Encontraron á aquél sentado sobre hojas de árboles colocadas en un ribazo, al lado del abuelo, con el cual conversaba sin apercibirse de nada de lo que ocurría detrás de él por impedírselo la colina que tenía á su espalda.

—Amo mío,—le dijo Ros llegando,—podemos marcharnos cuando lo tengáis á bien.

—¿Qué habéis hecho los cuatro?

—Dar una lección á Batista y nada más.

—¿De qué?

—No sabían vengarse esos miserables y les he enseñado.

—¿Que no sabían vengarse, dices?

—Eso digo.

—¿Pues no ves cómo me han puesto?

—Vaya unas heridas; mañana ya no se os conoce nada.

—¿Cómo son las suyas?

—Iguales á las que ellos querían haceros, ni más ni menos.

—¡Los has muerto!

—A dos nada más, que cayeron sobre mí para ahorcarme, creyendo que erais vos.

—¡Me iban á ahorcar!

—Si yo no llego, hace una hora que ya lo estaríais.

—¡Qué miserables!

—Qué necios, debéis decir; lo debieron hacer el primer día; concederos seis, era lo mismo que cambiar la sentencia de muerte y ser ellos las víctimas.

—¡Luego has muerte á los seis!

—Señor, os repito que sólo maté á dos cuando estaban inclinados sobre mi cama para echarme los cordeles.

—¿Qué cama es esa, Ros?

—La vuestra; la que os pusieron en la prisión.

—¡Ah, volviste al sótano!

—Sí, señor, y me eché en la cama para que me tomasen por vos; y si me perdonaban, perdonarlos; y si me querían matar, matarlos.

—¿Quién es el señor de horca y cuchillo, tú ó yo?

—Yo, en representación de mi señor.

—Y te quedaste quieto...

—Tan tranquilo. Llegaron, les rogué, les supliqué, implorando su caridad; pedía por ellos, amo mío; pero me llamaron cobarde, asesino, miserable y nada, me fueron á echar los cordeles al cuello.

—Dejadlo, señor, que ha obrado muy bien.

—¿También tú, abuelo?

—Si ese Ros vale un mundo. ¡El solo!...

—Adúlale, que él necesita mucho.

—Si todo lo que se diga es poco, excelencia.

—Di, Ros, ¿y los otros cuatro?

—¿Queréis salvarlos?

—Sí.

—Lo mismo que el señor príncipe, lo mismo que el santo. ¡Ah, padre Alberto, por algo le disteis vuestro título de duque del Imperio, el que con tanta honra y heroísmo ganasteis en Francia!

—¿Acabarás? ¿Dónde están esos infelices?

—Venid, señor, si tanta prisa tenéis.

—Ya te sigo.

Ros dió la vuelta á la colina, quedando frente á las llamas.

El duque retrocedió dos pasos al ver el cuadro desolador que se presentaba ante sus ojos.

—¿Qué has hecho, Ros?

—Ya lo veis, señor; borrar del mapa el sitio en que os marcaron el rostro, el lugar en que os castigaron como á mísero esclavo.

—¡Qué corazón!

—Más tierno que una jalea para los buenos; más duro que el bronce para los perversos.

—Y los dos hermanos, ¿dónde están?

—En el sótano, con un balazo cada uno. A él le atravesé el cuerpo, á ella un muslo; no quise matarlos.

—Sí, para hacer su agonía más terrible, más mortificadora.

—Ellos me enseñaron.

—Eso no se aprende, Ros.

—No hice lo mismo: la que á vos os impusieron debía durar seis días; la que yo les he recetado, sólo media hora. Ya veis que estuve generoso.

—Yo lo creo,—dijo el abuelo,—estuvo hecho un caballero, señor. ¡Pues y lo del incendio! Sólo en cabeza tan privilegiada cabe una cosa tan buena, tan justa y puesta en razón.

—Soy discípulo del señor duque, anciano.

—Ya se conoce, maese Ros.

—¿A que me vais á culpar á mí de esa atrocidad?

—Eso no, amo mío, que yo no niego nunca lo que hago. Fuí yo solo. Os salvé la vida, vengando á la vez la ofensa. Luégo borré con fuego hasta el rastro de todo. Si he faltado, vos sois mi dueño, y hé aquí la cabeza que siempre os perteneció; mandadla cortar.

—Y las nuestras que le ayudaron,—dijeron los tres hermanos.

—Pues ya son cuatro, amo mío; ¿tenéis bastantes?

—Esas las quiero para verlas y que me sigan á todas partes.

En este momento se oyó un ruido espantoso. La casa se vino al suelo, presentando un montón de ruinas y de cenizas, por entre las cuales salian aún humo y llamas.

—Esto ha concluido; vámonos.

—Cuando gustéis, señor.

—¿Dónde me llevas?

—A la Puebla.

—¿Por qué no al castillo?

—Por dos razones poderosas.

—Dilas.

—Vais en un estado lastimoso, y no debemos dar otro golpe cruel á la señora duquesa y á los niños con la sorpresa de una vida que juzgan apagada. La alegria mata, señor.

—Es verdad; ¿pero y mis hermanos?

—Que esperen, señor; es la consecuencia de no saber buscar.

—¡Qué fiero estás hoy, Ros!

—Mañana será otra dia, señor; me interesáis más que todos, y hasta que no os deje en cama, curado y dormido, no dispongo nada.

—¿Cuánto dista de aquí la Puebla?

—Una legua de mal camino.

—Es poco.

—Ved, señor, ese pobre abuelo con qué satisfacción os contempla, con qué arrogancia sufre la pesada carga de ochenta y cinco años porque va á vuestro lado; ni en el mejor carruaje iría más alegre.

—¿Qué quieres decir?

—Hay que hacer algo para que acabe sus días con tranquilidad.

—¿Qué pensión le has señalado?

—Ninguna.

—Qué pesado eres, hombre.

—Abuelo, su excelencia os concede medio ducado por cada día que viváis.

—No le hagas caso, anciano, que ese mayordomo es muy avaro. Desde hoy cobrarás un ducado todos los días.

—Señor...

El anciano no pudo hablar; las lágrimas se agolparon á sus ojos y quedó mudo.

—Animo, abuelo, que eso no vale nada; suponía que el señor duque me iba á enmendar la plana, como de costumbre, y por eso dije medio.

Y añadió:

—Pedro, adelántate al pueblo, corre bien. Dices al alcalde de mi parte que tenga dispuesta la mejor cama para un caballero herido que pronto llegará. Necesita caldo. Después te llevas el cirujano á la alcaldía con apósitos y lo que él crea necesario para que sanen pronto varias lesiones. Tú, Manuel, ensillas el caballo del alcalde y almuerzas para trasladarte al castillo poco después de llegar nosotros. Dad al abuelo el morral

más provisto; el pobre necesita alimentarse, que á su edad, ni cenó anoche ni ha dormido.

—Pareces otro, Ros.

—¿Otro?

—Sí; ahora te conozco; no así esta madrugada matando é incendiando.

—Aquello acabó para siempre, en el caso de que no os hagan otra.

—Cuando lo sepa mi hermano Julio, contento se va á poner.

—Le ha de hacer, yo os lo aseguro, menos efecto que la noticia de vuestra desaparición.

—Id más de prisa.

—Es malo el camino.

—Seguid los cuatro, que yo me quedo un poco atrás con el abuelo; pronto os cogeré.

É incorporándose con el anciano, le dijo:

—¿Qué vais á decir en el pueblo?

—Lo que vos queráis, ni una palabra más de aquello que vos me mandéis.

—¿No habéis discurrido nada?

—No, señor.

—Pues es preciso inventar algo; lo que vos digáis eso creerán.

—Sí, como nunca mentí, todos me creerán,—dijo el anciano.

—Pienso que le echemos la culpa á la tormenta que descargó anteayer por la noche.

—No es mala idea; decimos que un rayo...

—Uno ó dos.

—Pegaron fuego á la casa, la cual ardió con tal rapidez, que no pudo salvarse nadie.

—Muy bien; pero ¿quién me lo ha contado?

—Un pastor de esos forasteros que se vuelven á su país.

—Sí, he visto en muchas ocasiones que pastaban ovejas en la posesión de Batista. No es mala idea.

—Sobre el duque ni una palabra.

—Lo haré así, descuidad.

—Ahora os sentáis en un ribazo y almorzáis, yéndoos después al pueblo como si nada supierais del duque.

—De este modo hago la jornada en dos veces, y no viene mal.

—Ya llevamos andada la mitad del camino; ahí tenéis agua y el ribazo, descansad y hasta luégo.

—¿No me despido del duque?

—Va muy distante; en el pueblo lo veréis.

—Que el cielo os premie tanto como habéis hecho por mí.

Ros se adelantó, incorporándose con el duque, el cual iba con Julián por haberse marchado los otros dos.

—¿Se queda el abuelo?—le preguntó.

—Sí; está ya cansado y conviene que no entre con nosotros.

—¿Qué vamos á decir?

—¿Sobre vos?

—Sí.

—Nada, que habéis parecido y que todo acabó.

—¿Y á nuestras familias?

—La verdad.

—El pueblo no se conformará con eso.

—Es claro, y siguiendo su costumbre, inventará una novela que será creída y comentada por un mes; después nadie volverá á acordarse.

—¿Y el incendio?

—Lo causaron varios rayos que arrojó sobre la casa la tormenta de anteanoche.

—¡Qué bien improvisas, Ros!

—La costumbre, señor. Ya sabéis que en nuestros buenos tiempos...

—Calla, calla. Aquello era malo.

—¡Malo, y nos envidiaban los más apuestos, y nos pretendían?...

—A otra cosa, Ros.

—Bueno, hablaremos de la sima.

—¿Tenía mucha profundidad?

—Sólo llegué hasta el sitio en que ya no puede pasar el cuerpo de un hombre.

—¿Cuántas varas?

—Cerca de noventa.

—Subir fué.

—Cierto, la bajada no era difícil, pero la ascensión me destrozó las manos y me hizo sudar.

—Todo por una pistola, que al arrojar mi potro, quedó entre las matas.

—Pero tan cerca del borde del precipicio que parecía providencial.

—Sin esa pistola...

—Sin ella, el ver las herraduras del caballo señaladas en la puerta de la cueva me hubiera bastado para traer sobre mi memoria el nombre del dueño de la casa más próxima, recordar el lance de hace veinte años y dar con la pista.

—Verdad es que sólo tú, de cuantas personas me rodean, conoces ese secreto. Lo extraño es que tú lo hayas recordado entre tantos otros...

—Verdad es, señor, entre más de cien de capa y espada.

—¡Mucho exageras! ¡Más de cien!...

—Entre unos y otros más. No me refiero sólo á los de faldas.

—Entonces, sí.

—¡Qué tiempos, señor!

—¡Cómo ha de ser! Mi hermano Julio por un lado, y por otro mi esposa, y luégo los años.

—Entre los tres nos han divertido. ¡Qué ratos, señor! Vos las amas, yo las camareras.

—Ros, vuelve la hoja.

—Pues contadme la sorpresa de que fuisteis víctima hace seis días.

—Oye.

El duque se lo refirió todo, terminando en el momento que llegaban á la mejor casa de aquel pueblo.

Entraron en la del alcalde, que recibió al duque con loco entusiasmo. Nada contestó éste á las preguntas que le hicieron sobre su desaparición.

Se metió en cama, lo curó el cirujano, diciendo

que estaba perfectamente, le dieron una taza de caldo con sopas y se quedó dormido.

En el acto escribió Ros la siguiente carta:

«Señor: Encontré á mi amo; tiene sólo una pequeña herida que empezó á cicatrizar, con un cardenal en la cara. Duerme en este instante cerca de mí.

»Mandadnos con el dador cinco caballos, y preparad á la señora duquesa para que la feliz nueva no le cause una sensación terrible.

»Vuestro humilde servidor,—Ros.»

La cerró, y sin poner sobre alguno se la dió á su hermano Manuel, diciéndole:

—Vas al castillo; á los que encuentres por el camino les dices que ha parecido el señor duque y pueden retirarse. Entras en el castillo y das esta carta al señor príncipe; si no estuviera, á cualquiera de sus hermanos que se encuentre allí. Si no hubiera ninguno, esperas á que vaya el primero; y sólo á él le entregas esta carta. Puedes contestar á cuantas preguntas te haga. Pero á nadie más que á los cinco *invencibles*. Vuela. ¿Has almorzado?

—Sí.

—Llévate la barra, y esperas las órdenes de los señores.

Marchó Manuel, saliendo á escape tendido, con el cual continuó mientras el terreno se lo permitía.

Ros almorzó con sus hermanos y el alcalde, y acto continuo se acostó, quedando dormido tranquilamente cerca de su amo.

A las muchas preguntas que el alcalde le hizo so-

bre la aparición del duque, y la sorpresa de que debió ser víctima, contestó secamente:

—Alcalde, es un secreto que sólo el señor duque y yo sabemos, y no podemos ni queremos revelar á nadie.

Sus hermanos también se acostaron y durmieron.

Sigamos á Manuel.

En poco tiempo llegó al castillo, dió las bridas del caballo á un lacayo del duque, y subió las escaleras de dos en dos.

No había más *invencible* que el señor conde de Santomera, al cual dió la carta, diciéndole:

—Leed, señor; es urgente, y la firma mi hermano Ros.

—Sepamos.

Y la leyó, preguntándole con viveza:

—¿Lo has visto tú?

—¡Ya lo creo!

—¿Qué herida tiene?

—Poca cosa; es en la cabeza, y ni aun le duele.

—Condesa, condesa, sal.

—¿Qué acontece?

—Mi hermano, nuestro hermano Flaviano ha parecido; lee.

Y el conde le dió la carta para limpiarse dos lágrimas cariñosas que surcaban su rostro.

La condesa leyó el escrito, hizo una exclamación, cayendo sin sentido sobre una silla.

El conde le prestó auxilio, é hizo que Manuel llamase al médico que tenían en el castillo.

Al regresar el hermano de Ros de las habitaciones del facultativo, oyó llegar al príncipe; bajó, y llamándolo á un lado, le dijo:

—Señor, el señor duque del Imperio está con mi hermano; os he traido una carta de él; pero no hallándoos en el castillo, se la he dado al señor conde de Santomera.

—Muchacho, ¿qué dices?

—La verdad, señor; pero que nadie lo oiga hasta que preparéis á las señoras. La señora condesa al saberlo ha caído desmayada.

—Tienes razón; ¿dónde está el conde?

—En sus habitaciones.

Y el príncipe, á pesar de su gravedad, subía de dos en dos los escalones, brillando en su rostro la alegría.

Antes de enterarse de lo que ocurría á la condesa le quitó la carta de Ros á su hermano, y luégo hizo varias preguntas á Manuel.

El príncipe de Italia sabía ya todo lo que necesitaba y casi lo ocurrido.

Su genio con poco tenía bastante para adivinar el resto.

Vuelta en sí la condesa, la dejó al cuidado de su esposo, é hizo que el médico fuese preparando con sustancias medicinales á las restantes señoras, y muy particularmente á la duquesa del Imperio y á sus hijos.

Después dió algunas órdenes para que corrieran en busca de sus tres hermanos restantes, y se hiciera pú-

blica á la vez la aparición de Osorio, con el objeto de que ya nadie lo buscase.

Salieron diez jinetes, y el príncipe buscó á su señora, le dió la noticia en dosis; y como ya estaba preparada para recibirla, no le ocurrió lo que á la condesa de Santomera.

Ambos se fueron á la alcoba de la duquesa del Imperio, donde ésta se hallaba con fiebre y rodeada de sus tres hijos.

Poco á poco fueron llegando la de los Andes, la de Abella y la de Monterrubio.

Y no tardaron en entrar los condes de Santomera.

Ya todos reunidos, dijo el conde á la duquesa del Imperio:

—¿Cómo estás, hermana?

—Lo mismo, Julio.

—¿No tienes esperanza de volver á ver á tu marido?

—¡Ay, ninguna!

—¿Tú, que eres tan buena cristiana, desconfías de Dios?

—¡Ay, Julio, soy muy desgraciada!

—¿Por qué?

—Me he quedado viuda, perdí mi alma, mi corazón...

—No sigas; creo que estás delirando.

La duquesa se sentó sobre la cama con rapidez impropia y desusada en ella, preguntando al príncipe:

—¿Qué es de mi esposo, Julio? Dame la vida que veo extinguirse.

—Está eso bien; una dama como tú en ropas menores delante de...

—De dos hermanos. Habla por Dios.

—Echate, así, deja que te tape, y si te veo serena y tranquila, algo te diré.

—Me estás matando, Julio.

—No, lo que hago es sencillamente cubrirte con las ropas de la cama. Tu esposo no ha muerto, de eso estoy seguro.

—¡Seguro! ¿cómo seguro?

—Te pones convulsa y me vas á obligar á que varíe de conversación. Adela, tú que estás más cerca, dale un poco más de ese medicamento que ha dejado preparado el doctor.

—Julio, hermano mío, mira que mi vida está en tus palabras, no en ese brebaje, que para nada vale ni me sirve.

—De todo, hija, de todo.

—Ya lo he bebido. Habla.

—Flaviano vive, me consta.

—¿Y cómo no corre á mis brazos, cómo me deja morir? ¿Está herido, qué le sucede?

—¿Ves? no se puede hablar contigo.

—¿Por qué?

—Te alteras, vas á agravarte, y yo no puedo consentir.o.

—Tú, el más noble de los hombres, lo que puedes es matar á tu desgraciada hermana con ese fatal silencio.

—Te he dicho y repito que la Providencia se apia-

dó de nosotros, que oyó nuestros ruegos, y ha salvado la vida de tu esposo.

—Pero ¿dónde está, Julio?

—¿Dudas de mis frases, hermana?

—Si él no puede venir, yo correré en su busca.

—Cierto; como nosotros no lo queremos.

—Dime algo más, Julio, por el santo, por nuestro padre Alberto.

—¡Ah, mujer astuta, heriste mi corazón, y hé aquí todo: Mañana, si haces todo lo que yo te mande, estrecharás á tu esposo bueno y sano y tan honrado, leal y caballero como antes!

—Mañana.—gritaron todas las damas; se abrazaron á la duquesa, que se había sentado otra vez, y prorrumpieron en un llanto que obligó á decir al príncipe:

—Hermano, llama al médico; ni tú ni yo podemos con ellas. Que se entienda él con todas.

Poco después entraba el doctor, al cual dijo el príncipe:

—Ved ese cuadro; con ese mal no puedo yo, doctor, me lastima y abruma.

Habían acudido las esposas de Roch y de los tres Zallas, y los niños y niñas de todos. Las madres lloraban y los hijos daban voces, y, más lógicos, reían y vitoreaban al papá Flaviano.

Pronto acudió el marino, preguntando al príncipe:

—Bravo, príncipe, ¿quién ha hecho el milagro? Habréis sido vos, único que adivina. ¿Es eso?

—¿Qué milagro?

—Salvar á mi querido duque.

—No, no he sido yo; si no fué la Providencia ó el gran talento de mi hermano Osorio, ha sido su mayordomo Ros.

—¡Ese ha sido! ¡su mastín, qué olfato tiene!

—Roch, dejadme en paz y ved si hay medio de hacer callar á esas criaturas. Qué gritos, qué algarabía, me están volviendo loco.

—No, no puedo.

—¿Por qué?

—Los grandes no me respetan y los pequeños se burlan de mí.

—¡Bien los educáis!

—Admirablemente; mas fuera de las horas de clase ninguno me hace caso.

—Separadlos siquiera de las madres.

—Eso sí, ahora veréis.

—Marinos de agua dulce, al salón de dibujo á celebrar la próxima llegada del papá Flaviano. El que no vaya no lo quiere.

—Al salón, al salón,—gritaron grandes y pequeños corriendo hacia el sitio indicado.

Quedaron las damas, que eran diez, y en verdad que sus llantos y suspiros lastimaban el corazón del príncipe. Roch lo notó, y entrando de nuevo en la alcoba, exclamó:

—¿Qué hacéis, doctor? Darles un mal jarabe que para nada sirve y dejarlas que torturen su alma? Señor facultativo, ¿no veis á la señora duquesa del Imperio sentada sobre la cama, medio desnuda? ¿Quién

le ha dado permiso para estar á su lado, abusando de su distracción?

—Señor, me mandó mi señor el príncipe que entrase...

—Se equivocó mi querido don Julio: los sabios no son infalibles. ¿Conque habéis comprendido?

—Sí, señor, y me retiro; pueden tomar...

—Nada, las afecciones morales se curan de otro modo.

Salió el médico, y acercándose Roch á la duquesa del Imperio, gritó:

—Señoras, acabaron los suspiros, cesaron las lágrimas y ha llegado el momento de reir, de dar expansión á la dicha, y no son ciertamente las lágrimas un modo apropiado entre damas de talento. ¿Qué ocurre? Que el duque del Imperio se ausentó por seis ó siete días contra su voluntad, pero que vuelve sano y salvo. ¿Es este motivo para llorar? Vos, reina Tolopalca, que tenéis tanto valor y talento, y vosotras todas, que tanto valéis, obrad con más propiedad; ayer era día de llanto, hoy lo es de ventura; á reir y á gozar. Fuera del lecho, duquesa del Imperio, que ya estáis buena; vosotras, dadme su ropa, que la voy á vestir. Vamos, daos prisa.

Hasta el príncipe de Italia sonrió al ver la gravedad con que Roch pedía la ropa para vestir á la bella esposa de Flaviano.

Pero la vistieron las otras, y el marino se las llevó á todas al salón donde estaban sus hijos.

—Bravo, general,—le dijo Julio;—habéis hecho

un milagro. Oid: ¿continúa la duquesa con fiebre?

—Como vos, más fresca tiene ya la epidermis que yo mi cutis. Está curada.

—Id con ellas.

—Con ellas me voy.

Poco después llegaron al castillo el duque de los Andes, el marqués de Abella, el conde de Monterrubio y los Zallas.

El placer, la más grata satisfacción se retrataba en los semblantes de los cinco *invencibles* y tres Zallas allí reunidos. Sólo el príncipe velaba su alegría con la gasa de una duda que á intervalos fruncía su frente.

—¿Qué hacemos, Julio?—le preguntó Odón Navarro.

—Flaviano está herido, aunque levemente, y tiene además marcado el rostro con el látigo de un miserable. No quiere venir hasta que esas señales desaparezcan en parte, y tiene razón en hacerlo así. Nos da tiempo para ver si es cierto el restablecimiento de la duquesa del Imperio, y, en caso afirmativo, los ocho iremos por él.

—Tienes alguna idea que te molesta, Julio.

—Sí, Odón, no debo ocultártela; estaré intranquilo hasta que sepa toda la historia que ha motivado la desaparición de nuestro querido hermano Osorio.

—¿Qué supones?

—Una venganza; pero no me han sabido decir quién es el malvado ni lo que ha sido de él.

—Nada temas, Julio; si ha sido Ros el que ha descubierto el secreto, dió fin del autor.

—Pero ¿cuántos son los cómplices? ¿Cuantos sus enemigos?

—Positivamente no vive ya ninguno: parece que no conozcas á Ros.

—Puede haberse precipitado.

—¿Ros? imposible. Tiene tanta sangre fría como su amo, y la misma sagacidad. Lo probable es que nos asombre su venganza. Para defender y vengar á su amo es una fiera. Pero hagamos una cosa: llamemos á Manuel y saquémosle lo que sepa.

—Vamos, pero mientras viene voy á examinar á la duquesa.

Todos entraron en el despacho del príncipe, incluso Manuel, que se quedó de pie á la puerta de aquella cámara.

Poco después llegó el príncipe y se sentó, diciéndoles:

—La duquesa, nuestra hermana, no tiene fiebre, y ya cuando entré sonreía. Está curada, las restantes están bien y podremos salir mañana en busca de Flaviano. Entra, Manuel, y cuenta todo lo que has presenciado y sepas desde la madrugada de ayer en que saliste con tu hermano, hasta el momento de abandonar la Puebla. Cuidado con callarte nada. Sería una mala acción.

El criado de Osorio empezó su relato, como el príncipe le había mandado, y todo lo fué detallando minuciosamente.

Los *invencibles* aplaudieron á Ros por su entrada y salida en la sima, pero ninguno pudo comprender

el fundamento de su cálculo para buscar al duque en casa de Batista.

El príncipe le dijo:

—Ya empiezo á ver claro; tengo noticia de que el padre y hermano mayor de esos Batistas, que aún viven y están cerca de aquí, murieron en un desafío, y hasta se dijo que motivó el duelo las relaciones amorosas de la hija y hermana con el matador. Pues bien; era la época de las calaveradas de Flaviano, y ya sabéis lo terrible y audaz que empezó.

—¿Cuánto tiempo hará eso?

—Puede que pase de veinte años.

—Era un niño de dieciocho años.

—Flaviano empezó á batirse á los doce, á los quince era un prodigio, y á los dieciocho nadie podía con él. Nació en los campos de batalla, como sabéis; sus padres no tenían más que ese hijo, lo adoraban y se empeñó el niño en asistir á una batalla; el padre se lo concedió y se batió.

—Entonces no te has equivocado. Fué una venganza de los dos hermanos. Continúa, Manuel.

Siguió el criado su relato, acabando de la manera siguiente:

—Luégo salió el señor duque y se quedó en su lugar mi hermano. Debieron acometerle los de la casa, y con sus pistolas derribó á los seis.

—Pues cómo, ¿no había más?

—No, señor conde, no había más.

—¿Pero los mató á los seis?—le preguntó Julio con viveza.

—No, señor, á dos nada más.

—Eso es, á los que tenían la culpa. ¿Y luégo?

—Luégo se pegó fuego al edificio y todos perecieron en el incendio.

—¿Quiénes son todos?

—Los seis que había en la casa.

—¡Los seis! Continúa.

—Nada más. Nos fuimos todos á la Puebla.

—¿Cómo quedaba el fuego?

—Se hundió el edificio y quedó sólo un montón de ruinas y de pavesas.

—Y el duque, ¿dónde estaba?

—No lo vió hasta lo último; se hallaba detrás de una colina que cubría el incendio, y nada supo hasta que acabó.

—Empiezo á comprender. Di, Manuel, ¿cómo se pegó fuego á la casa?

—¿Cómo?

—Sí, ¿cómo?

—Señor, yo no puedo decirlo. En el pueblo...

—Manuel, dilo, que yo te lo mando.

—Señor, me pone V. E. en un compromiso.

—No me obligues á que te lo mande otra vez.

—Señor, se pegó fuego con las mechas.

—¿Qué mechas?

—Las que llevamos nosotros en las manos.

Los cuatro *invencibles* soltaron la carcajada.

Julio les dijo:

—Reios, hermanos, del chiste de Ros. Incendiario que nada respeta.

—¿No te asustaban los cómplices? Pues ya te libró de ellos el buen Ros.

—¡A nadie perdonó!

—Señor, como eran tan malos...

—No sois vosotros mucho mejores. En fin, os disculpa la intención, y yo ruego al Dios misericordioso os perdone la maldad que habéis cometido. ¡Qué grande se hubiera presentado Ros sin ese lunar!

—Pues dice, señor, que es lo mejor que ha hecho en su vida.

—¿Qué opinó el señor duque cuando vió lo que había hecho tu hermano?

—Mal opinó, mal; pero como no tenía derecho á decir nada.

—Explícate. ¿Quién le quitó ese derecho?

—La compra.

—¿Qué compra es esa?

—Debía la vida á mi hermano, y el señor duque se la compró dejándole la completa dirección del desenlace.

Otra carcajada soltaron los *invencibles;* pero ahora sonrió hasta el príncipe. Ros engañó á su amo, y era cuanto podía hacer el más diestro de los hombres.

—Me basta, Manuel; que te sirvan la comida, vuelve á montar á caballo, regresas á la Puebla, y dices al duque que mañana iremos los cinco por él, que no se mueva del pueblo.

Manuel se despidió de los ocho, y después que hubo comido regresó.

Llegada la hora, los cinco *invencibles*, Roch, los

Zallas, sus respectivas esposas y sus hijos, se sentaron á la mesa reinando una animación y vida de que carecieron los seis días anteriores, en los cuales comieron poco y dispersos.

Durante aquel acto sólo se habló, como en el resto del día, del duque del Imperio y de Ros, el cual fué muy aplaudido y muy elogiado por las damas durante la comida.

Los *invencibles* y los Zallas se retiran al despacho del príncipe, y allí pasaron la tarde hablando del accidente que tan en aprieto los tuvo.

Después se le ocurrió á Julio la idea de edificar una iglesia ó ermita en el mismo sitio donde estuvo la casa de Batista, como ofrenda á Dios por haber salvado la preciosa vida de su querido hermano Flaviano. A todos les pareció bien, añadiendo Silva:

—Veamos qué opinan las señoras.

Y movió un timbre, presentándose un paje:

—¿Qué mandáis, señor?—preguntó desde la puerta.

—Di á la señora princesa que tenga la bondad de venir.

—Me es imposible, excelencia.

Todos exclamaron:

—¿Qué dice?

—La señora princesa, mi dueña, no se halla en el castillo,—añadió el paje.

—No alarmaros, señores,—dijo el príncipe;—mi esposa habrá salido, según costumbre, á hacer alguna obra de caridad; quiere mucho á Flaviano, y la ocasión convida.

—¿Pero se marcha sin decirte nada?—le preguntó Mauro, que era hermano de ella.

—No; pero como nos vió tan entretenidos, no habrá querido distraernos. Paje, di á la señora duquesa de los Andes que tenga la amabilidad de venir por un solo momento.

—Tampoco está en el castillo, señor.

—Se la habrá llevado mi esposa. Pues di á la señora duquesa del Imperio que si está bien, tenga la bondad de venir, ó nosotros pasaremos á su estancia.

—Se halla fuera también.

—¡Es raro! ¿Quiénes están de nuestras esposas?

—Ninguna; las diez han salido.

—¿Dónde?

—No lo han dicho.

—Julio,—dijo Roberto Navarro,—desde esta mañana están conspirando. Me consta.

—No comprendo.

—Podrá ilustrarte Roch.

—Al general Roch, que venga, paje.

—Al momento, excelencia.

Un minuto después entró el marino, preguntando:

—¿Qué deseáis, príncipe?

—¿Dónde está vuestra esposa?

—No sé, marchó con la vuestra.

—¿Y no os dijo dónde iba?

—Se lo calló. Esas venecianas...

—No la calumniéis, que es buena.

—Es un ángel, pero tan reservada.

—Tampoco es cierto, general; han conspirado, y vos estáis en el complot, viejo intrigante.

—Viejo, sí, pero intrigante... ¿Quién os ha dicho que yo sé dónde están?

—Quien lo sabe. Si no habláis, nos vamos en busca de ellas los ocho, y no volvemos en diez días.

—Salieron las diez damas llevando cuatro lacayos, cinco camareras y un correo; no sé más.

—¿A qué hora fué eso?

—A las tres.

—Es decir, en cuanto salimos del comedor.

—Ciertamente.

—¿Iban armados los lacayos?

—Hasta los dientes.

—Es una conspiración, y vos sois cómplice de ellas.

—Pues no voy ganando nada, porque me hallo sin mujer como vosotros.

—Vos tenéis bastante con educar á todos los niños.

—Os equivocáis; necesito de mi esposa: lejos de ella me encuentro muy mal.

—Decidnos dónde están y os la traeremos.

—No puedo deciros más de lo que os he dicho.

—De eso nos hubiera enterado cualquier criado.

—Por eso os lo dije.

—Comprendo; les ofrecisteis callar el secreto, y á fuer de buen catalán no lo soltáis.

Nada contestó Roch.

Silva añadió:

—Roberto, tú, que eres hábil, sal y averigua lo que puedas, empleando todos los medios que se te ocurran.

—Vuelvo.

Y salió.

Julio dijo:

—Me figuro dónde están y lo que se proponen, pero no tengo pruebas.

—Ni las hallaréis.

—Es muy hábil Roberto.

—Y ellas saben atar todos los cabos.

—Confío en que alguno habrán dejado suelto.

—Lo dudo.

Y continuaron hablando Julio y Roch hasta que llegó el duque de los Andes, diciendo:

—Se fueron las diez en la forma que el marino ha dicho, y no me ha sido posible descubrir ni aun el camino que tomaron. Todos tienen orden de decirnos que no las esperemos, que ellas volverán cuando puedan, y que debemos estar tranquilos por su ausencia.

—¡También abandonaron á sus hijos!

—Eso no,—exclamó Roch,—que los dejaron á mi cuidado, y velaré por ellos noche y día. Casi casi son todos hijos míos.

—¿Qué decís?

—La verdad. ¿No los educo yo á todos, juego con ellos y pasamos juntos la vida? Los quiero á todos lo mismo.

—Está bien, nos hemos quedado viudos por culpa de su confidente Roch.

—Yo no les he aconsejado que se fuesen.

—Pero lo habéis consentido, y hasta les habréis ayudado.

—Nada contesto.

—Perfectamente. Opino porque á su hora cenemos y durmamos, marchando mañana á la Puebla en busca de nuestro hermano Osorio.

—Muy bien,—contestaron todos.

Así lo hicieron, y aun cuando aparentaban hallarse complacidos, todos sentían y lamentaban interiormente la ausencia de sus esposas.

A la mañana siguiente se despidieron de Roch, y seguidos de sus respectivos criados marcharon á la Puebla en busca de Osorio.

Los ocho iban mudos; casi nada hablaron en todo el camino.

Salieron á las siete de la mañana, y llegaron al pueblo á las nueve.

Reconocidos que fueron, echaron á vuelo las campanas, y el alcalde les pronunció un discurso, al cual contestó Julio con una docena de frases, preguntándole luégo:

—¿Dónde se halla nuestro hermano el duque del Imperio?

—Echad pie á tierra, señores, que el almuerzo, dispuesto por orden del señor duque, os espera. Subid á la sala, y perdonad si á unos caballeros que tanto valen y merecen no puede ofrecerles un espléndido palacio, como quisiera, este mísero labriego.

Los ocho dieron las riendas de sus caballos á los criados, un alguacil los dirigió á las cuadras, subiendo los amos con el alcalde á la sala donde estaba la mesa puesta con los ocho cubiertos.

—Pero ¿y nuestro hermano, alcalde?—preguntó Silva.

—¿Vuestro hermano?

—Sí, el duque del Imperio.

—Está muy bien; ya le quedan sólo las señales de la herida y el golpe, bastante apagadas.

—Pero ¿dónde se halla?

—No me lo ha dicho, señor.

—¿Está en el pueblo?

—No, señor; salió hace una hora sin decir dónde iba.

—¿Y su mayordomo?

—Se fué con él, y le seguían también los tres hermanos de Ros.

—¿Qué misterio es éste, alcalde?

—Ninguno, señor; el noble duque sabía que llegabais esta mañana, me mandó poneros el mejor almuerzo que me fuera posible para los ocho, y fué á dar una vueltecita con sus cuatro criados.

—¿Una vueltecita?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—No me lo dijo.

—Estáis mintiendo, alcalde.

—Será la primera vez de mi vida, excelencia.

—No salió sólo con sus cuatro criados, le acompañaban además diez damas, cinco camareras, cuatro lacayos y un correo.

—Yo no sé si al salir del pueblo se fueron las damas por otro camino.

—Pero no ignoráis que ellas llegaron ayer y han estado juntos hasta que salieron.

—No digo que no.

—¿Pero no estuvieron todos en vuestra casa?

—Lo que es en mi casa... en mi casa, sí, señor.

—¿Qué hablaron?

—No los escuché, excelencia.

—Hermanos, continúa la conspiración. Está bien, alcalde; que nos sirvan el almuerzo, y decid á mi criado que suba. ¿Qué decís, señores?

—Lo que tú, Julio; que continúa la conspiración, y que ahora está dirigida por el hombre más hábil y sagaz de la tierra.

—¿Por Flaviano?

—Sí.

—Opino lo mismo.

—Y yo.

—Y todos.

—Pues almorcemos, y que conspiren.

En este instante se acercó á Julio su criado, preguntándole:

—¿Qué mandáis, señor?

Julio se acercó á su oído, diciéndole:

—Esta mañana salió de la Puebla el señor duque del Imperio con las señoras. Averigua qué han hecho aquí, dónde van, con todo lo demás que te sea posible.

—Al momento.

—No perdones medio alguno.

—Comprendo.

—Y entras á decirme lo que hayas averiguado.

—Lo haré así.

—Parte.

—Hasta luégo.

—Almorcemos, hermanos; este jabalí tiene buena cara.

—Y esas perdices escabechadas también.

Y dieron principio, con poco apetito y menos voluntad.

La broma de las damas, si broma era, les empezaba á disgustar.

Al terminar el almuerzo entró el criado del príncipe, diciendo:

—Señor, llegaron ayer cerca de anochecido; hubo repique de campanas, música por las calles, iluminación y colgaduras. Se divirtieron mucho; cantó el señor duque del Imperio y varias damas al son de instrumentos del país. Durmieron los once en esta casa, los restantes en las casas consistoriales, y esta mañana á las ocho, después de almorzar, se han marchado.

—¿Dónde?

—A nadie se lo dijeron.

—¿Por dónde han salido?

—Por la vereda que conduce á la casa que habitó Batista, la cual fué destruída hace tres ó cuatro noches por varios rayos que cayeron durante la tormenta. Todos sus moradores perecieron.

—No está mala invención.

—¿Cuál, señor?

—Ninguna.

—¿Mandáis algo más?

—Sí; en el momento que concluyáis de almorzar que ensillen los caballos y avisad, que deseo marchemos al instante.

—Pronto estarán.

Salió el criado, y el príncipe dijo fuerte:

—Nos iremos disponiendo á marchar.

—Como quieras.

—¿Dónde vamos?

—Detrás de nuestras esposas.

—¿Sabes dónde están?

—Ahora sí; pero temo que al llegar hayan cambiado de sitio.

—Nos están divirtiendo.

—Para broma debiera bastarles.

—Lo peor es que no podemos vengarnos.

—Hay que sufrir el palo y resignarse.

—¿Qué les hemos hecho?

—Se vengan porque en el acto de saber dónde estaba Flaviano no corrimos á su encuentro.

—Posible es, Julio.

—Pero á ellas nada les hemos hecho.

—Al contrario, nos quedamos temiendo se agravara la duquesa del Imperio.

—Pues vengan á Flaviano.

—¡Qué suerte tuvo ese diablo siempre, aun ahora, con las mujeres!

—Hasta con las nuestras.

—Sus malos ratos le cuestan; lo que ha sufrido ahora fué por vengarse una de ellas.

—Cuenta, Julio.

—Nada, se burló de una hace veinte años, y quiso vengarse.

—Mucho tardó.

—No pudo antes.

—Comprendo, pero á ella le costó la vida.

—Resulta ahora que fué un rayo el que los mató á todos, pegando fuego al edificio y convirtiendo todo en ruinas.

—La mano de Ros.

—Y la lengua del mismo.

—¿Qué vamos á hacer, Julio?

—Nos vamos á ver los destrozos del rayo, no, de los rayos, pues dicen que fueron muchos.

—No serían pocos los que lanzase la fiera mano de ese moderno Júpiter.

—¿Y después de ver eso?

—Si no hallamos á nuestras mujeres, y podemos averiguar por dónde andan, irlas á buscar.

—Buen oficio, el marido corriendo detrás de su mujer.

—Ninguno mejor.

—¿Sabes lo que digo, Julio?

—¿Qué?

—Positivamente no nos esperan en esas ruinas.

—Me lo temo.

—Dalo por seguro. Ahora llevan de director un demonio, que con tal de complacerlas inventará imposibles.

—Inventa tú algo, Julio.

—No se me ocurre nada.

—Parece imposible.

—Nunca supe hacer nada contra las mujeres.

—Pero, hombre, va á ser poco divertido ir detrás un día y otro sin llegar á verlas.

—Nos servirá de paseo.

—Ó de reventarnos por esos caminos tan malos.

—Paciencia; ya se cansarán antes que nosotros de correr.

Hablando así estaban cuando les avisaron que tenían los caballos á la puerta; se despidieron del alcalde, y montando todos desaparecieron de allí.

Una hora después daban vista á las ruinas de la casa que fué de Batista.

Sólo quedaban pedazos de muro, escombros y cenizas. No había señal alguna de seres humanos.

Todos contemplaron aquellos restos de lo que fué, y meditaban en lo que allí había sucedido, cuando el príncipe distinguió un pastor, y acercándose á él, le preguntó:

—¿Hace mucho que estáis aquí?

—Toda la mañana, señor caballero.

—Soy el príncipe de Italia, contestad á mis preguntas.

—Con mucho gusto, gran señor.

—¿A quién viste hoy acercarse á esas ruinas?

—A muchas dámas, á un caballero y varios criados.

—¿Qué hicieron?

—Mirar como vosotros, hablaron después un gran rato y desaparecieron.

—¿Quiénes eran?

—Lo ignoro, señor; pero su porte era muy bueno.

—¿Nada más puedes decirme de esos señores?

—Nada más sé, noble señor.

—¿Por dónde echaron?

—Por aquella vereda de la izquierda.

—¿Adónde conduce?

—Al camino de Toledo.

—¿Cuánto dista de aquí la capital?

—Seis leguas.

—Eso es. Toma esa moneda, y que Dios quede contigo.

—¡Gracias, señor; siempre tan bueno, tan generoso!

El príncipe se incorporó con sus hermanos, diciéndoles:

—¿Partimos?

—¿Qué te ha dicho ese pastor?

—Que han estado aquí, y, según deduzco de sus frases, caminan para Toledo.

—Pues de allí no se nos escapan.

—Corramos.

—Eso de correr por estos caminos es algo difícil, Roberto; pero podremos hacerlo en cuanto lleguemos á la carretera.

—Pues vamos lo más de prisa posible.

—Conviene, porque tenemos que andar seis leguas, y no hay medio de comer ni dar pienso hasta que lleguemos á la capital.

—Encontraremos posadas.

—En las que ninguno querremos entrar.

—¿Tan malas son?

—De lo peor que existe.

—Pues partamos.

—Al paso ahora.

Y comenzaron á caminar, trotando unas veces y al castellano otras, á excepción de media legua que la cruzaron á galope.

Salieron á las dos de la tarde, y aun cuando los días son largos en Julio, no podían llegar á Toledo hasta el anochecer.

Por el camino supieron que Flaviano les llevaba seis horas de delantera, y que todos iban muy contentos.

De lo último todos se alegraban en el fondo de su alma.

A las siete llegaron á Toledo.

No les impidieron la entrada, pero les fué imposible averiguar dónde habían parado las damas.

En la puerta les dijeron que hasta allí fueron unidos, pero que al penetrar en la ciudad unos echaron por un lado y otros por otro.

Después de discutir los cinco hermanos dónde irían, propuso Mendoza pasar á casa del corregidor, que era primo hermano de su esposa, dando por hecho que éste los ilustraría en todo.

Aprobaron la proposición, y sin poder adivinar lo que hacían, se metieron en la red.

Llegaron al palacio del corregidor, y echando pie á tierra, subieron los ocho.

La autoridad los recibió sin ceremonia alguna, y

les invitó á sentarse á la mesa con él y su señora.

—Pero debéis avisar antes á nuestros criados...

—No os molestéis, príncipe,—le contestó el corregidor;—los caballos están ya en la cuadra, y los criados se disponen á cenar. Hagamos nosotros lo mismo.

Y dieron principio al acto.

Tan habladores estaban los dueños de la casa, que no dieron ocasión á ninguno de los *invencibles* para poder preguntar por sus esposas y por el duque del Imperio.

Les hablaron de sus hechos de armas, del rey don Felipe III, del duque de Lerma, su favorito, y de tantas otras cosas, que eran cerca de las diez de la noche, ya habían concluído de comer, y aún no pudieron preguntar lo único que á los ocho les interesaba: dónde estaban sus mujeres.

Tanto hablar personas serias y graves, la abundancia de una cena con que no debían contar, y hasta el parentesco de Adela Montiel con el corregidor, hicieron sospechar á Julio, el cual, impaciente ya, como el resto de sus hermanos, interrumpió al matrimonio con las siguientes frases:

—Perdonad, corregidor; pero desearía haceros una pregunta, cuya contestación nos interesa á los ocho más que todas las guerras y los reyes del mundo.

—Hablad, príncipe; ¿qué podría yo negaros? Hace un mes...

—Os ruego tengáis á bien decirnos dónde paran en Toledo nuestras esposas y el duque del Imperio.

—¡Vuestras esposas! No os comprendo.

—Os diré que esta tarde han llegado á Toledo nuestras esposas, la del general Roch, los duques del Imperio y su comitiva, y una autoridad tan celosa y entendida como vos no es posible que ignore ese acontecimiento. Mucho menos viniendo entre esas damas la señora marquesa de Abella, prima hermana vuestra y esposa de mi hermano Rogelio.

—¡Ahora lo comprendo todo!—dijo el corregidor aparentando sorpresa;—me avisaron, en efecto, que habían llegado á Toledo varias personas principales, pero que no había motivo alguno para alarmarse, pues eran la mayoría damas de la más alta nobleza del reino. Mi esposa...

—Permitidme, señor corregidor, y perdonad que os interrumpa por tercera vez; nuestras esposas gastan con nosotros en estos momentos una broma que empieza á hacerse pesada; es una inocente conspiración de la que vos, tan grave y circunspecto, os estáis haciendo cómplice.

—Yo, esposa...

—Perdonad, y van cuatro; no mezcléis en el enredo á esta ilustre dama. Me están dando ganas, señor corregidor, de pagaros la espléndida cena que nos habéis improvisado, cena casi milagrosa, porque no esperándonos, milagro ha sido tener tantas viandas y con tan gran arte dispuestas para regalarnos, suspendiéndoos en el cargo que desempeñáis y mandándoos arrestar. Ya sabéis que tengo autoridad bastante y que la fuerza que guarnece Toledo me obedecerá con ciega sumisión.

—Todo eso es cierto; pero no lo es menos que el señor príncipe de Italia, tío de S. M. el rey mi augusto señor, no osará cometer una injusticia como esa.

—¿Por qué sería injusticia?

—Señor, os he ofrecido mi casa y mesa, puse á vuestra disposición cuanto tengo y valgo, y en verdad que no sería propio de vos, tan noble y elevado, una acción como esa. ¿Qué delito he cometido yo para que me amenacéis de esa manera?

—Haceros cómplice de unas locas que están dando á sus esposos una broma harto pesada.

—Eso, si es cierto, pertenece á la vida privada y no guarda relación alguna con mi cargo de corregidor.

—¡Lo confesáis!

—No, por Dios; hablo en hipótesis.

—Señor corregidor, si no entregáis pronto á nuestras esposas, os mando arrestar ahora mismo, y, preso en vuestra casa, nos dedicamos nosotros á buscarlas.

—¡Vuestras esposas! ¿Qué esposas me habéis entregado á mí vosotros?

—Sabéis dónde están, y nosotros os las reclamamos.

—No puedo complaceros, señor príncipe. Estáis en vuestra casa; todos mandáis aquí más que mi esposa y yo; la honra que me hacéis aceptando esta vivienda merece de mi parte toda clase de sacrificios, y sin ser generalísimo ni otra cosa que Julio de Silva, el hijo y digno heredero del santo, me basta para obedeceros y quedar arrestado, tengáis ó no derecho á hacerlo.

—Qué terco sois, corregidor.

—No es terquedad, señor, es otra cosa.

—Está bien; hago uso de mi autoridad, os suspendo en el cargo de corregidor, y quedáis arrestado en vuestro palacio.

—Muy bien, señor. Somos nueve los arrestados, y en verdad que la casa es grande, cómoda, de nada se carece en ella, y fío en Dios que no lo hemos de pasar mal.

—¿Quién son los ocho, señor corregidor?

—Los cinco hermanos y tres Zallas que tanto me están honrando.

—¿Quién nos arrestó á nosotros?

—Su majestad el rey don Felipe III, vuestro augusto sobrino.

—¿Dónde está la orden?

—Debe tenerla el señor Vargas, maestre de campo, que manda las fuerzas que guarnecen esta plaza. Poco después de entrar vosotros vino un piquete del quinto tercio, tomó posesión del zaguán de mi casa, y trae su jefe orden de no dejar salir á ninguno de los ocho.

—Todo lo han previsto, y después de hacernos correr doce horas por los montes de Toledo nos arrestan. ¿Qué os parece, hermanos?

—Ya te lo dije, Julio; cuentan con el terrible ingenio de Flaviano, y ya no hay quien pueda con ellas.

—Yo opino que busquemos el descanso, si el señor corregidor nos ofrece camas, y las dejemos que hagan lo que les dé la gana,—dijo Odón Navarro.

—Sea. ¿Podemos descansar en vuestro palacio, señor corregidor?

—La pregunta me ofende, señor príncipe. Sois los ocho más dueños de él que mi esposa y yo. Tenéis todos vuestros lechos dispuestos.

—Gracias.

—Tenemos que resignarnos, Julio; la directora es la duquesa del Imperio, que tanto ha sufrido, y el gran instrumento su esposo, que padeció más, y los restantes dóciles corderos que obedecerán cuanto mande la directora. ¿Qué vamos á hacer contra ellos?

—Nada, tienes razón; sucumbimos, y á dormir.

Los ocho se despidieron de los dos esposos y se retiraron á sus respectivas habitaciones, en las que cada cual halló á su criado dispuesto á servirlo.

Durmieron, se levantaron á las siete, una hora después les sirvieron el almuerzo, y ya de sobremesa preguntó Silva á un mayordomo del corregidor:

—¿Qué es de vuestros amos, que no hemos tenido el gusto de verlos desde anoche?

—El señor está en su despacho trabajando desde bien temprano, y á la señora no la hemos visto esta mañana. Nos han dado la orden de obedeceros en todo, y dispuestos nos hallamos.

—¿Continúa en el zaguán el piquete que vino anoche?

—Sí, señor, con centinelas.

—¿Qué dice el público?

—Que es una guardia de honor que han puesto á vuecencia.

—Siempre la opinión pública anda extraviada en este país.

—Ahora sabe la verdad á medias, porque, si bien no permite la tropa salir á ninguno de los ocho, en lo demás es una guardia que defendería vuestras vidas exponiendo las suyas.

—Nada más queremos; podéis retiraros.

—Todo el palacio, incluso el jardín, está á vuestra disposición.

—Gracias.

Solos los *invencibles*, exclamó Roberto Navarro:

—¿Qué harán esos ángeles en Toledo?

—¿Quién es capaz de adivinarlo? Pero algo estarán haciendo.

—Esto es peor que andar á caballo por los montes.

—Sí, más aburrido.

Y ocuparon el día en hablar.

A las dos comieron, y á las ocho de la noche les fué servida la cena.

No vieron en todo el día al corregidor ni á su esposa, pero fueron tratados con suma esplendidez.

Serían las nueve, acababan de cenar, cuando entró un paje, diciéndoles:

—Ros, mayordomo de su excelencia el señor duque del Imperio, desea la honra de entrar en esta habitación.

—Ya parecieron,—dijo Mendoza.

—Todavía no, Rogelio; esa es la paloma, Noé vendrá más tarde.

—¡La paloma! el milano querrás decir.

—Debiéramos no recibirlo si viene de parte de su señora.

—Vendrá de parte de todas.

—Que entre y nos dé cuenta de lo que hizo en casa de Batista.

—Es verdad, Julio; trátale con dureza, que está siendo cómplice de las diez.

—¿Me dejáis ó no?

—Sí, Julio.

—Paje, di al mayordomo que entre, y retiraos todos vosotros lejos de aquí.

—Está bien, excelencia.

Y subió, apareciendo un minuto después Ros, grave, severo y haciendo una reverencia, quedó parado á la puerta.

—Entra,—le dijo el príncipe.—Acércate más. ¿Tienes miedo?

—Ni la frase me es conocida, señor.

—¿Quién te manda?

—Mi señora, la vuestra y la de todos.

—¿Y tu amo?

—Ese oye, ve y calla.

—Él y tú os habéis convertido en instrumentos de nuestras esposas.

—Todos, incluso vos, las llamáis ángeles; ¿qué mayor dicha que obedecer á los espíritus predilectos de Dios?

—Ante todo va á decirnos Ros qué hizo en casa de los hermanos Batista. Habla.

—Aquellos desdichados, valiéndose de inicua traición, lograron aprisionar á mi amo en horrible calabozo. Cruzaron su noble rostro con un látigo, le die-

ron de palos estando amarrado á una cadena, y lo sentenciaron á morir estrangulado. Dos ó tres horas antes llegué yo, único que supo buscarlo y dar con él, y le di libertad quedando en su puesto.

—¿Para qué? ¿Por qué no huiste con el señor duque?

—Me enseñó mi amo á no huir jamás; por eso todas las heridas las recibí en el pecho, ninguna por detrás.

—¿Qué necesidad tenías de quedarte preso cuando pudiste salir con el señor duque?

—Quise averiguar toda la maldad de aquellos seres para imponerles el castigo que merecían.

—¿Qué autoridad tienes tú para obrar de ese modo?

—Toda la de mi amo; me la cedió por tres horas á cambio de la vida que yo acababa de darle.

—¿Qué sucedió?

—Creyendo que era yo el señor duque, vinieron á ahorcarme, y les dejé llegar á la cama donde estaba echado.

—¿Echado?

—Sí, señor, á causa de las heridas que la paliza de la tarde antes...

—Las de tu amo.

—Sí, esas.

—¿Y bien?

—Al ir á echarme los cordeles al cuello, salieron mis pistolas, cayeron cuatro asesinos y luégo los dos restantes.

—¡Seis!

—Nada más que seis.

—¿Murieron?

—No, señor, todos no; dos, los otros se ahogaron.

—¿Se ahogaron?

—Sí, señor, con la asfixia; ¡había tanto humo!

—Porque tú pegaste fuego á la casa.

—Sí, señor; todos creen que fueron los rayos, pero fuí yo.

—¿Qué te propusiste?

—Que el justo castigo que yo impuse á la maldad apareciese dictado por la justicia divina.

—Tú no tenías derecho á imponer castigo alguno; para eso están los tribunales.

—Puede que haya abusado algo, no lo niego; pero aquí está mi cabeza dispuesta á rodar cuando vos lo decretéis. No he de defenderme ni aun con palabras. Aprendí de un santo, señor, que la vida es mala, y la muerte puede ser el principio de la felicidad.

—Siempre ese precioso talismán en vuestros labios; siempre mi padre cubriendo vuestros hechos.

—Fué tan bueno, señor, que nos defiende desde el cielo, como lo hizo en la tierra.

—Podías imitarlo mejor.

—¡Yo! ¡Quién imita la perfección de aquel santo!

—Tú menos que otro. Sepamos. ¿A qué has venido?

—A capitular.

—¿Con quién?

—Con los ocho.

—¿A quién tenemos sitiado?

—No, lo estáis los ocho, y os traigo la capitulación.

—No te comprendo.

—Es el nombre que le da á mi embajada la señora princesa de Italia.

—¿Qué capitulación es esa?

—Oidme, señores, si lo tenéis á bien.

—Habla.

—Las diez señoras á quienes ahora sirvo con mucho gusto y honra creen que en el acto de saber la libertad de mi señor debisteis correr á estrecharlo. No lo hicisteis, y fueron ellas en vuestro lugar. Solas ya por esos mundos de Dios, y no pudiendo estarse quietas sus excelentes imaginaciones, discurrieron, después de llenar la misión que á vosotros correspondía cerca del señor duque del Imperio, levantar un templo, habitado por venerables monjes, en el mismo sitio en que estuvo la casa de Batista. Se proponen que día y noche rueguen por el descanso eterno de los seis desgraciados que allí murieron doce ó catorce reverendos padres. Y como lo pensaron lo hicieron. Reconocieron el sitio, han comprado la posesión que fué de los Batistas, con la cual basta para el sostenimiento del culto y monjes, al único heredero de los finados que reside aquí, un inteligente les ha hecho el plano del edificio, les dió el presupuesto, y cada una de las diez se ha suscrito por una cantidad para cubrir todos los gastos que eso ocasione. No hay más.

—¿Qué tiene eso que ver con la capitulación?

—Mucho; estáis los ocho arrestados y os será posible conquistar la libertad y ser dueños de vuestras esposas y haciendas, con sólo autorizarlas para que gasten esas sumas en el piadoso convento que quieren le-

vantar. Aquí tenéis el plano, el presupuesto y la autorización que ya ha firmado el señor duque del Imperio.

Todos fueron viendo los tres documentos, quedando admirados de la brevedad con que fué hecho cuanto acababa de relatar Ros y tenían ante sus ojos.

—¡Admirable, Julio!—decía uno.

—Qué energía y qué pensamiento tan noble y generoso,—añadía otro.

—Son las primeras damas de España.

—Del mundo.

—Ros,—interrumpió el príncipe,—falta en este plano el jardín y una huerta.

—No son necesarios; los tiene la casa, y esos no se quemaron. Reconocimos el sitio muy bien.

—No es caro; ¿verdad, hermanos?

—Baratísimo.

—Di, Ros, ¿dónde están las señoras?

—No puedo contestaros hasta que firméis la autorización.

—Es una ofensa suponer que pudiésemos negarnos á que realicen una idea sublime. ¿Es cierto, hermanos?

—Sí, sí.

—En ese caso aquí hay tintero y pluma.

—Firmemos, señores, ya que se empeñan esos diablos.

—No, aquellos ángeles, señor.

—Ahora están siendo diablitos.

—Como antes, más buenos son...

—Ros, ¿ya me contradices?

—Jamás, ¿quién os respeta más que yo? Pero defiendo la justicia.

—Lo que defiendes son las faldas: tu amo te inoculó su afición.

—Es posible; ¿quién no las ama, señor? Son tan hermosas, tan tiernas, tan...

—Ya están las ocho firmas, vengan nuestras esposas.

—¡Ah! vuestras esposas. Hay una dificultad, señor.

—¿Qué es ello?

—Que están acostadas.

—¿Dónde?

—En este palacio.

—¿Aquí estaban?

—Claro es.

—¿Cuándo las veremos?

—En el momento que entréis en vuestras alcobas.

—Es decir que se acostaron en nuestras camas.

—Allí os esperan.

—Vamos.

—Vamos.

—Esperad un poco; con la prisa os olvidáis del buen Flaviano. ¿Dónde está el duque, Ros?

—Aquí,—les contestó Osorio apareciendo con los brazos abiertos.

Todos lo estrecharon con cariño, viendo aún en su rostro y cabeza las señales de las heridas y cardenal que le hicieron.

—¡Cuánto habrás sufrido, hermano mío!—le dijo el príncipe volviendo á estrecharlo.

—No tanto como vosotros buscándome. A propósito, Julio, di la vida antes que acceder á las pretensiones de una mujer liviana; por eso me castigaron y me hubieran ahorcado sin la oportuna llegada de Ros. Perdónale lo que hizo después; todo lo merece su lealtad é interés.

—Ya lo está, Flaviano, y si algo faltaba, basta y sobra con vuestra idea de levantar un monasterio en el sitio de la catástrofe.

—No fué mía, la iniciadora fué Elvira, la apoyó mi mujer, y todas la aprobaron con aplauso.

—¿Por qué nos habéis preso?

—¡Preso! No te entiendo.

—Dicen que estábamos arrestados.

—Mandé pedir al maestre Vargas la guardia de honor que te corresponde, y tu mujer y la mía dieron orden al jefe de que no dejasen salir del palacio á ninguno de los ocho.

—¡Ellas! ¿Qué se proponían?

—La verdad es que todas te tienen miedo, porque tú adivinas.

—¡Miedo! Bien lo han disimulado. En la ocasión presente mi adivinación no salió á plaza. Tu mayordomo hizo más que yo, y nuestras esposas se han burlado de mí á su placer.

—Tú no estabas en antecedentes ni pudiste ver la pistola que quedó enredada entre las matas, y mi mayordomo...

—Sí, conoce todas tus calaveradas.

—Esa no lo fué, Julio; por primera vez cogía una

mano de Magdalena cuando se presentaron de repente su padre y hermano, de acuerdo con ella, y me exigieron con la punta de la espada que allí mismo les firmase un contrato de boda. ¡A mí, que sólo pudo casarme un santo!

—Y los mataste á los dos.

—¿Qué había de hacer, Julio? Matar ó morir; tenía dieciocho años, y, por lo tanto, muy pegada la existencia.

—¿Sólo cogiste su mano? La verdad.

—Te lo juro, no me dieron tiempo para más.

—Por eso.

—Entonces estaba deliciosa, tenía veinte años, y era además muy elegante.

—Caro has pagado aquel apretón de manos.

—Cómo ha de ser; otros muchos, con algo más, me salieron de balde.

—¡Cruzarte el rostro como á esclavo! Cobarde.

—Todavía vas á concluir por darle la razón á mi mayordomo.

—Eso jamás; fué cruel, y como vengador lo censuraré siempre. Como libertador tuyo, como valiente y leal, le regalo, en nombre de los nueve, un vínculo con renta y título de hidalguía. Ya eres caballero, Ros, estrecha mi mano, la de todos mis hermanos, y que Dios te perdone el ensañamiento que tuviste con los Batista y criados.

—Vuestra mano, señor, que beso porque no la hay en el mundo más noble y generosa. No paséis cuidado, señor príncipe, por lo del ensañamiento; ya me ha

perdonado Dios á ruego del santo que tanto amaba á mi señor y tan bien quería á su criado.

—¡Otra vez el talismán! Puede que tengas razón.

Todos estrecharon con gusto la mano de Ros.

Al concluir, exclamó el mayordomo:

—Ese título de hidalgo y de caballero es para vos, amo mío; para mí, la renta.

—¿Qué dices, hombre?

—Que en adelante os desnudará y vestirá un caballero hidalgo.

—No...

—Ni vos ni yo podemos prescindir, señor duque.

En este momento entró una camarera, diciendo:

—Señores, vuestras esposas os están esperando hace tiempo.

—Vamos...

—Espera, Mendoza,—le dijo el príncipe,—hace dos días estamos esperando nosotros. Que aguarden. Di á las señoras, tú, que no pasen cuidado por nosotros, nos hallamos bien, no tenemos sueño, y hasta que Morfeo nos lleve no podemos ir.

—Está bien, señor.

—Pues ¿qué creían esas picaruelas, que nos íbamos á atropellar? Buen chasco se han llevado.

—Es ya tarde, Julio.

—No, muy temprano, las diez.

—Van á desesperarse.

—Lo sentiré por ellas. ¿No querían que corriésemos al lado de Flaviano? Pues con él estamos.

—Tiene razón Julio,—dijo Odón; —que esperen.

—Vuelves á tomar la dirección, Julio,—dijo Osorio.—¿Cuándo regresamos?

—Al amanecer, si os parece.

—Hoy han estado á saludarnos todos los grandes y nobles de Toledo; les dijeron que volvieran mañana.

—En ese caso; saldremos pasado mañana, recibiendo antes á todos esos señores.

—Me parece muy bien. ¿Pero qué ha sido del corregidor y de su esposa?

—No los hemos visto en todo el día.

—Los han tenido ocupados las señoras,—dijo Ros.

—Me lo había figurado.

—¿Los llamo?

—Sí, les daremos una satisfacción.

Poco después entraron los esposos, permaneciendo media hora hablando con los *invencibles* y los Zallas.

Y serían las once cuando todos se retiraron á descansar, hallando en su lecho á su esposa.

A las siete se levantaron, y al mediodía empezaron á recibir á los grandes y nobles de Toledo.

En el almuerzo, en la comida y en las reuniones que tuvieron, ninguno demostró á su esposa disgusto por lo que habían hecho, antes al contrario, se reían del viaje, aplaudiendo la idea del monasterio.

Osorio volvió á ser el tema de todas las conversaciones y el de mil preguntas que entre todos le hacían.

Tuvo que referir lo acontecido desde que oyó la primera frase de la fingida penitente hasta que entró

en la Puebla, detallándolo todo con cuanta minuciosidad era posible.

Aplaudieron cuando hizo concebir á Magdalena una esperanza ilusoria y ésta le mejoró la comida y la cama; decían que á eso debió dilatar su sentencia de muerte, y haber dado tiempo para que Ros llegase.

Y cuando refería la manera digna que tuvo de rechazar los brazos de aquella mujer, prefiriendo la muerte á un acto de debilidad censurable, le admiraron, interrumpiéndole con exclamaciones halagadoras.

Cenando estaban la noche antes de emprender su regreso, cuando le anunciaron á Flaviano la llegada al palacio del duque de Uceda, hijo del duque de Lerma, favorito del rey, que deseaba hablarle con toda urgencia, pero rogándole que acabara de cenar.

Así lo hizo Osorio, pasando luégo al salón principal.

Eran primos segundos, se estrecharon, y después de sentarse, dijo el recién venido á su primo:

—Flaviano, la patria y el rey necesitan de ti.

—¿Qué ocurre, primo?

—Las cosas de Portugal andan mal, y los Países Bajos se pierden si no va un genio que contenga los rápidos progresos de la revolución.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco?

—Es bastante; pero yo tengo un solo jefe en el mundo que se llama príncipe de Italia.

—Seguramente vengo de orden de mi padre para

rogarte hables á tus hermanos, y los seis volváis á defender vuestra patria.

—No puede ser, primo.

—¿Por qué?

—Estamos ya gastados, y tanto hicimos, que ya es hora de que otra generación más joven y vigorosa nos imite y haga por su patria lo que nosotros ya no podemos.

—No hay en España nadie, joven ni viejo, que pueda imitaros.

—Que prueben

—Ya lo hacen sin los resultados que vosotros.

—Que continúen. Todo lo que consigue un hombre puede realizarlo otro.

—Flaviano, hazlo por el rey.

—No quieren mis hermanos.

—En último caso vente tú solo.

—¡Yo sin Julio, sin mis cuatro hermanos restantes! Tú deliras esta noche.

—No deliro, me trae el amor patrio.

—Primo, estamos ya cansados de dormir en el suelo, de batirnos todos los días, de barnizar nuestro cutis, de sufrir hambres, sed, insomnios y caídas; es tiempo de que descansemos, y pedirnos más es hasta insensato.

—Hazlo por mi padre, por tu querido tío.

—Tu padre, que empezó denigrándonos en la corte, empequeñeciendo nuestros hechos y juzgándonos rivales suyos, nos indispuso hasta con el entonces príncipe de Asturias, hoy rey de España. Tanto quiso su-

bir, que se igualó á nosotros. Pues si es igual, que haga ahora lo que pretende que realicemos nosotros.

—Abandona cuestiones de amor propio que tan mal sientan en el que vale lo que tú, y ven á razones.

—No nos ofendimos por eso, no; era lo que deseábamos, lo que queríamos; una jubilación, que al fin logramos, gracias á la desmedida ambición de tu padre.

—¿Y si se pierden Portugal y Flandes?

—Dirán que lo motiva la impotencia del monarca y la de su favorito.

—Eso dirán, pero nos quedaremos sin ellos.

—Sin duda alguna.

—¿Y no te afecta?

—No; nosotros los sostuvimos y levantamos; sostenedlos ahora vosotros.

—Pesan mucho, y no tenemos fuerzas bastantes.

—Lo siento.

—¿Sólo eso me dices?

—Eso sólo.

—Flaviano, ¿qué va á ser de España?

—Yo qué sé, vosotros lo sabréis.

—Nosotros no podemos hacer más.

—Pero ¿hacéis algo?

—Sí.

—Distraer al rey para columpiaros dulcemente entre los halagos del poder. Vete á la guerra, que vaya tu padre, y entonces tendréis derecho á pedir que vayan otros grandes.

—¿Qué haríamos nosotros en campaña?

—Yo no lo sé; pero el puesto de los grandes cuando la patria peligra es aquél.

—Ven tú con nosotros.

—Lo hago; si tu padre y tú os ponéis á mis órdenes, partimos esta semana.

—¡A tus órdenes!

—Si más que yo sabéis, yo iré á las vuestras.

—Si es que no servimos para eso.

—¿Para qué entonces os habéis encaramado en el poder? Mi padre Alberto era el consejero íntimo del emperador y pasó una gran parte de su vida en campaña, dando días de gloria y ventura á su país. Mi hermano Julio lo fué de Felipe II, y sucedió lo mismo; para cada día que permaneció en la corte estuvo diez en la guerra. Los que obran así pueden ser favoritos, consejeros, porque entienden de algo; pero vosotros, ¿qué habéis de aconsejar al rey si nada sabéis?

—Si nada sabemos, buscamos al que sabe para que nos ayude.

—Para que os ayude no, para que lo haga todo.

—Pues hacedlo todo, pero venid.

—Resucita á Carlos V ó á Felipe II, y hasta moriremos en el campo de batalla. Con el hijo y nieto no queremos nada, porque se parece á vosotros; ¡habéis degenerado tanto!

—Yo no puedo resucitar á los muertos.

—Primo, á mi edad se tienen dos patrias: una, la de la familia, que constituye, entre otras cosas, la educación de los hijos, el cuidado de la tierna esposa y la felicidad doméstica. Y otra, que es la común, lo que

llaman la nación. Yo dediqué á la última la mitad de mi vida, quiero dedicarle á la otra la segunda mitad.

—Egoísta.

—Eso es; porque vosotros los favoritos sois generosos.

—Si yo supiera.

—Aprende como yo. Tu abuelo se batía á tu edad al lado de mi padre, su primo.

—A mí me han educado de otro modo.

—Y á tu padre también.

—No lo niego.

—Pues, hijo, no haber subido tanto, y no os hallaríais hoy tan apurados. ¿No quisisteis nuestros puestos, no llegasteis á la difamación para echarnos de ellos? Pues sufrid las consecuencias si ahora las tocáis tan de cerca.

—¡Ay, Flaviano, lo peor es que la víctima será España!

—Oye, primo, España será víctima de todas maneras, vayamos nosotros ó nos quedemos. Con Felipe III no puede ser otra cosa.

—Mi padre lo domina, y hará lo que nosotros queramos.

—Y el príncipe de Italia, y el duque del Imperio, y el de los Andes, y los seis hermanos, en fin, que se impusieron á los reyes de España y Francia, reyes verdad y que dominaron á los primeros magnates del mundo, van á tomar las órdenes del duque de Uceda ó de su señor padre que de nada entienden. Mira, primo, no insistas, porque si fuéramos, nuestra primera

determinación sería desterrar de España y sus Estados al favorito, á su hijo y á la mitad de los cortesanos que rodean al rey.

—Entonces no vayáis.

—¿Pues qué pensabas? El mal no está en los ejércitos que mandáis á la guerra, sino en los hombres que dirigen los asuntos del país. Esto no lo ve el rey, no lo comprende, y nuestros esfuerzos se estrellarían ante su impotencia. Por eso daríamos principio con una limpieza general.

—Veo con sentimiento que hice un viaje estéril.

—Como pariente y como amigo, he aconsejado á tu padre y á ti que no penséis en nosotros, y era por algo.

—¿Qué digo á mi padre?

—Al oído, todo lo que te he dicho; fuerte, que no te has atrevido á decirme nada por el deseo vivísimo que teníamos á vivir retirados de los asuntos oficiales.

—Si yo hablase al príncipe, ¿crees que conseguiría algo?

—Nada, exponerte á oir de uno que no tiene lazo de parentesco contigo cosas graves que á mí me perdonas y á él no podrías.

—Es verdad.

—Márchate sin saludarlo.

—¿No será una descortesía?

—Yo te disculparé.

—Es primo del monarca.

—Pero tan severo que te exponías.

—Bueno, discúlpame tú.

—Adiós, primo, estréchame; haz presente á mis

tíos mi afecto y respeto, y pídeme lo que quieras menos que os destierre.

—Lo haré así.

—Adiós, Flaviano.

Salió el duque de Uceda acompañado hasta la escalera por Osorio, y éste volvió al comedor, donde le esperaban los suyos.

—¿Qué te ha ocurrido con tu primo y querido amigo, Flaviano?

—Trae la misión de llevarnos á Madrid, y luégo á la guerra.

—Eso no puede ser.

—Eso es una barbaridad.

—No lo consiento.

—No lo tolero.

—Vaya al demonio el favorito.

—Cuando regrese me ha de oir.

—Silencio,—dijo Osorio,—pues vaya una preponderancia que van tomando estos ángeles.

—Tú tienes la culpa, Flaviano; las alas que les has dado ayer y antes de ayer.

—Si yo se las dí, yo se las cortaré.

—¿Tú? ¿tú? Si fuera Julio, puede; pero tú siempre haces lo que á ellas les da la gana.

—Odón, miralas. ¿No son encantadoras; no te asombran sus miradas y te seducen sus encantos? No viéndolas, lo que tú quieras; pero mirándolas, lo que ellas deseen.

—Bravo, ese es un caballero, un alma noble y elevada.

—Porque ese león con los hombres es con vosotras un cordero sin hiel.

—Por eso y porque es más galante, atento y cortés con las damas que todos vosotros juntos.

—Pues no tenemos celos, Elvira.

—Eso es diferente.

—Ni aun recordando sus infinitas calaveradas y elasticidad de conciencia de otros tiempos.

—Oye, hermano; Flaviano jamás fué hipócrita, ¿lo oyes? Dios sabe lo que vosotros habréis hecho callando.

—Julio, ¿entiendes lo que dice tu mujer?

—¿No es tu hermana, Mauro?

—Pero no puedo con ella.

—Quién sabe si tendrá razón; por lo menos en la mitad hay que dársela; Flaviano nunca fué hipócrita, y ahora es tan buen esposo como el mejor.

—Y siempre, Julio.

—Bueno, siempre.

—Yo no falté jamás á mi esposa, que hable Sira.

—Digo que no lo hay más caballero en el mundo.

—Pues yo aseguro que no habiéndole faltado contigo, no es posible que le haya faltado con nadie.

—Nadie lo duda, ni tu mujer.

—Puede que soltero haya sido mejor que vosotros.

—Julio, esto ya no se puede sufrir.

—Pues súfrelo, Mauro; siempre tuvo más partido que nosotros con las damas.

—Porque nosotros hemos ido por otro camino.

—Oye, Mauro, Flaviano fué siempre por el recto.

—¡También mi mujer!

—Y yo.

—Y yo.

—Y todas.

—Hasta Aurea, Mauro.

—Ya lo veo.

—Julio, ¿qué me preguntabas?

—¿Qué contestaste á tu primo?

—Entre otras muchas cosas le dije que si volvíamos á palacio, daríamos principio desterrando de España á mi tío, á mi primo y á la mitad de los cortesanos que rodean á Felipe III.

—Muy bien dicho.

—Con lo cual se asustó.

—Lo creo.

—¿Qué cuenta de asuntos?

—Que se perderá Portugal, y es posible que los Países Bajos.

—Es probable.

—Cuando me negué á influir contigo, quiso que me fuera yo solo.

—¡Qué barbaridad!

—¡Qué estupidez!

—¡Qué desatino!

—Orden, señoras, orden.

—Pero ¿no ves qué pretensión, Roberto?

—¿Pedir es dar?

—¿Qué le contestaste, hermano?

—Que prefería vuestros halagos y las calumnias de mi hermano Mauro á vivir entre ellos.

—Ya lo creo.

—Yo no te calumnié jamás, Flaviano; lo que hice siempre fué vigilarte, para evitar...

—¿Le tenías envidia?

—Esto más.

—Sus inocentadas ó sus galanterías serían para tí malas acciones.

—El que las hace las imagina.

—¿También tú, bella peruana?

—La primer galantería que me ha dirigido.

—Y no es original.

—No; la aprendió de Flaviano.

—Déjalas, Mauro.

—Julio, entre Flaviano y tú las estáis consintiendo, y van tomando una preponderancia irritante.

—Tú te irritas con facilidad, Mauro, y has de saber que tenemos autonomía y libre albedrío.

—Aurea, lo que tenéis es mucha audacia; ya lo vimos ayer.

—Pues prepárate para otra.

—Te guardarás muy bien.

—Hermanas, dice que no.

—¿Que no?

—Que sí.

—Odón, Roberto, haced entrad en orden á vuestra hermana.

—¿No es tu mujer? Ya quisiéramos nosotros poder domesticar á mi veneciana, y Roberto á su Tolopalca.

—¡Domesticar! vaya una frase, y vaya unos *invencibles* que piden auxilio contra una dama.

—¡*Invencibles!* ¡Ja, ja, ja! Si son corderos.

—Ovejas, que van tras de nosotras bebiendo los vientos.

Julio y Flaviano se reían de oirlas, é iban á callar, cuando se le ocurrió á Julio decir:

—Rogelio, ¿no dices nada? Defiende tu sexo.

—Mi Adela, hermano, piensa de manera distinta.

—¿Quién te lo ha dicho? Pienso como mis hermanas; ni sois *invencibles*, ni otra cosa que mansos corderos.

—¿Con tu?... Flaviano, arregla este asunto.

Osorio fué siempre el mentor de Mendoza, su guía, su inspirador.

Por eso contestó:

—Tiene razón, Rogelio. Somos para ellas corderos, para los hombres leones que por cualquiera de ellas se batiría con cien. Son tan hermosas, tan esbeltas, tan inteligentes; ángeles venidos al mundo á formar con el hombre el paraíso de los encantos, de las delicias, del extásis arrobador.

—Muy bien por Flaviano; tú no eres un cordero, eres un *invencible* entre los hombres, y un vencido adorable entre las mujeres.

—¿Oyes, Julio? Esa es tu Elvira,—dijo Mauro.

—Tu hermana, Mauro, la que sentaba sobre sus rodillas el santo, la que tuvo la dicha de recibir en su pura frente los besos de mi padre. De esa hermosa frente que yo adoro, porque es de ella, y porque me parece que aún conserva el purísimo aliento de aquel privilegiado sér.

—Este no es un poeta como Flaviano; es un sabio, Mauro.

—Un sabio que debe adorarnos á todos; ¿qué frente hay entre los doce que no haya tenido la dicha de recibir uno y cien besos de aquellos queridos labios?

—Eramos los doce hijos suyos.

—Todos, todos.

—¿Hay aquí alguno que haya querido á sus verdaderos padres más que á Alberto de Silva?

—No, no.

—Distingo, Mauro,—dijo Flaviano,—yo quise mucho á mi padre Alvaro, adoré á mi madre, ¿cómo no, si ellos, sobre ser mis padres, tenían delirio por mí? ¡Ah, que Dios los bendiga y los tenga á su lado! Pero hubo un día en que llegué á querer á mi padre Alberto más aún que á mi padre Alvaro.

—¿Más aún?

—Sí, y no os admire; mis padres fueron los que me enseñaron á querer de ese modo al sublime trinitario.

—Te has enternecido al hablar del padre Alberto, Flaviano.

—¿Te extraña, Julio?

—No; le pagas; yo sé lo que él te quería, cómo celebraba tus travesuras; son las únicas que su severidad disculpaba. Ese niño, nos decía, se parece á mí; cuando yo tenía su edad, hablaba con el corazón, me batía con la inteligencia, y obraba siempre con la razón.

—Pero no enamoraba á cuantas veía, como Flaviano,—dijo Mauro.

—Hacía bien,—le contestó su hermana Elvira;—no es tan insípido como tú.

—¿Qué dice á eso la duquesa del Imperio?

—Que si entre mil fuí yo la preferida, le debo más que Aurea á ti, Mauro.

—Vaya una lógica, señores.

—Nada, hermano, te vencen, y no me extraña: tienen más talento que nosotros.

—Pues no lo había notado.

—Ya lo irás viendo.

Así continuaron hasta las once de la noche, en que se retiraron á sus lechos.

A las siete de la mañana montaron á caballo, y precedidos de un correo, salieron para el castillo, haciendo antes una afectuosa despedida al corregidor y á su esposa.

Distaban algo más de cuatro leguas, pero no pensaban detenerse en ninguna parte.

Un poco viva la marcha en los sitios que podían, llegaron al castillo á las once, sentándose á la mesa después de haber estrechado á sus hijos y al general Roch, que quedó al cuidado de todos.

Desde el siguiente día empezaron las obras del monasterio, que debía llamarse de San Flaviano, mártir.

Todas las tardes iban á ver las obras Julio y Flaviano. Debía inaugurarse el edificio al año justo del día en que tuvo lugar la catástrofe, y así sucedió.

Se gastó en él todo lo presupuesto, y fué además enriquecido con varios cuadros, esculturas y alhajas, regaladas por los diez, y hasta por Ros, que se gastó en varias imágenes la mitad de sus ahorros, que eran bastantes.

Llegó el día de la inauguración, y todos los habitantes del castillo se trasladaron al convento. Sólo quedó un anciano que se hallaba enfermo.

También fueron á la función los vecinos de la Puebla que podían andar, incluso el abuelo, el cual se movía mejor que el año antes; el ducado diario que le pagaba el duque del Imperio lo había rejuvenecido, y es que ahora estaba mejor alimentado que anteriormente.

Catorce monjes, reclutados de otros monasterios, tenían ya sus celdas en San Flaviano, y habían tomado posesión de la hacienda que fué de los Batista por donación de las diez damas.

Fueron benditas todas las dependencias, y luégo dió principio una misa cantada con *Te Deum* y sermón.

Cuando hubieron terminado, se dió una comida á todos los habitantes de la Puebla, y los restantes comieron en las habitaciones del convento.

Los cocineros del castillo ayudaron al del convento, y á las cuatro de la tarde todos se retiraron, quedando solos los reverendos y dependientes de éstos.

La obra terminada era importante, y dió una prueba de la piedad que animaba á las diez señoras que la fundaron.

Todos los días del año debía ofrecerse una misa por

el descanso eterno de los señores Batista padre, tres hijos y cuatro criados.

Ya en el castillo todos, cenaron á las ocho y quisieron acabar el día con un pequeño concierto en celebridad del piadoso acto llevado á cabo.

Osorio, que fué el autor de la idea, cogió una lira cantando, con su hermosa voz de tenor, una romanza que todos aplaudieron con entusiasmo.

Después cantó un dúo con Elvira, y fueron todos los que tenían voz tomando parte, incluso Roberto Navarro, que era un buen barítono, y aun cuando no con el arte de Flaviano, se hacía también aplaudir.

Serían ya las doce, Julio iba á dar la orden de retirarse á descansar, cuando Flaviano cogió una cítara y empezó á templarla.

Mauro se acercó á Silva, diciéndole:

—Julio, no lo dejes, que va á hacer una de las suyas.

—¿Quién?

—Flaviano.

—¿Qué supones?

—Ha estado media hora meditando, y algo malo prepara.

—Poco que me gusta á mí oir sus improvisaciones.

—Como á ti te respeta.

—No siempre, pero me gustan más sus epigramas que su voz, y confieso que no la oí mejor.

—¡Nos va á divertir!

—Ten paciencia, que es un hermano que honra y te quiere mucho.

Flaviano templó su cítara, y después de un preludio de mano maestra, comenzó á tocar unas rondeñas y á cantarlas con tanta gracia y jaleo como un andaluz.

Cada copla era un epigrama para cada uno de sus cuatro hermanos, pues á Silva solía respetarlo, y cada epigrama merecía un nutrido aplauso de todos, hasta de las víctimas de su talento y agudeza.

Cuatro coplas improvisó, y tres veces se las hicieron repetir.

Las señoras decían:

—Es incomparable nuestro hermano Flaviano.

Los hombres exclamaban:

—Terrible sér; todo lo reune, la voz, el arte, el talento, el valor, la sagacidad, la belleza; si hubiera nacido con malos instintos, ni el mismo Lucifer hubiera podido con él. ¡Pero es tan noble, tan caballero! Nos aventaja en todo.

Terminado el concierto, según dejamos expresado, todos se fueron retirando á sus dormitorios, pasando la noche con tranquilidad, si bien antes de dormirse saborearon el recuerdo de la dulce melodía que la cítara y voz de Flaviano depositaron en sus almas.

Al siguiente día se fueron levantando algo más tarde que en los anteriores, por efecto de la velada, pero á las nueve todos estaban vestidos y aseados, y poco después pasaron al comedor, donde les esperaba un suculento almuerzo.

Se acababan de sentar á la mesa cuando todos quedaron pendientes del ruido que producían las pisadas de muchos caballos, los cuales se detuvieron poco después á la puerta del castillo.

—¿Quiénes serán?—preguntaron ellas.

—Ya lo sabremos,—les contestó Flaviano.

—¿Damos principio?

—No,—dijo el príncipe,—sepamos antes quiénes son los que vienen á favorecernos y lo que desean de nosotros.

En este momento se presentó Ros en el comedor, diciendo:

—Señores, acaba de llegar el señor duque de Lerma, cuatro caballeros y hasta treinta ó cuarenta soldados en forma de escolta. El primero desea hablar con el señor príncipe.

—Ros,—gritó Silva,—que entren en el comedor los cinco primeros. Todos los caballos á las cuadras, que les den piensos, y almuerzo á los jinetes.

—Al momento, señor.

Y desapareció de allí.

—¡El favorito del rey!—decía una.

—¿A qué vendrá?—preguntaba otra.

—No será á nada bueno.

—Lo echamos.

—Podía seguir en la corte y dejarnos en paz.

—Es preciso que oigamos nosotras lo que pasa.

En este instante apareció el duque de Lerma, seguido de cuatro caballeros.

Los *invencibles*, Zallas y Roch se habían puesto

en pie, formando un grupo á la entrada del comedor.

El favorito hizo una reverencia, y empezando por el príncipe, fué alargando la mano á los restantes *invencibles*, saludó á las damas, y luégo añadió:

—Siento mucho venir á perturbar vuestra grata tranquilidad y vuestro almuerzo; pero me manda su majestad, y no he podido por menos de obedecerle.

—Venís á vuestra casa, señor duque,—le contestó Silva,—y á todas horas la honráis, lleguéis mandado por S. M. ó viniendo sólo á favorecernos. Perdonad si os recibo en el comedor; he creído que vos y esos cuatro caballeros almorzaréis con nosotros, y ésta ha sido la única razón que tuve.

—Gracias, príncipe, aceptamos gustosos. Cómo desairar tan elevada compañía, tan deliciosa compañía,—añadió mirando á las damas.

—En ese caso sentaos en mi sillón, esos caballeros donde gusten, la princesa y yo á vuestro lado.

Habían añadido los sirvientes cinco sillones y otros tantos cubiertos; la duquesa del Imperio cedió su asiento al príncipe para que pudiera estar al lado del duque de Lerma, y ella se fué con su esposo al otro extremo de la mesa.

Pronto se cubrió la mesa de manjares, y dió principio el almuerzo.

—Señores,—dijo el favorito,—veo con placer que en vuestro castillo, situado entre montes, no se echa nada de menos de cuanto hay en Madrid.

—Casi todo lo que veis, duque, lo hemos conquis-

tado; esa cabeza y trozos de jabalí son debidos á un tajo que dió á la res mi hermano Rogelio dejándola dividida.

—Lo creo; heredó la fuerza de su padre, y es capaz de matar un león de un puñetazo.

—Esas piernas de venado pertenecieron á un animal que hirió Flaviano en el corazón á quinientos pasos de distancia, y las perdices, chochas y restantes aves fueron muertas por mis restantes hermanos en el bosque próximo.

—¿Y vos, príncipe, no sois aficionado á la caza?

—Salgo con ellos, y como nos acompañan nuestras esposas, cuido de ellas para evitar que una fiera las acometa y tengamos un disgusto.

—¿Se han visto alguna vez en peligro?

—Varias.

—¿Y qué hicisteis?

—No tuve otro remedio que matar.

—¿De qué modo?

—Con mi cuchillo de monte.

—Esa caza es peligrosa.

—Sí, el que se aturde suele perecer.

—¿Y vos?

—Yo jamás me aturdo, duque.

—Mata con pasmosa sangre fría,—exclamó Osorio.

—Como su padre cuando era joven.

—¡Quién habla!

—Soy un discípulo suyo, y nada más. Con tan buen maestro no puedo ser mal aprendiz.

—Un aprendiz que...

—Que vale infinitamente menos que su maestro. Yo heredé la buena sangre de mi padre, el príncipe heredó el genio poderoso del suyo, que valía más que él, y que todos nosotros, inclusos nuestros padres.

—Siempre amaste al santo como él se merecía.

—Tanto como su hijo por lo menos.

—Bien se lo demostraste en Malta.

—Sufría el tormento é iba á morir por él con entusiasmo, con alegría, con placer.

—No en balde desde que eras niño,—dijo el príncipe,—sonreía y contestaba con una caricia á cada una de tus muchas calaveradas. Calaveradas que no hubiera perdonado á ninguno de nosotros.

—¡Calaveradas yo! No me acuerdo, Julio.

Todos soltaron una carcajada al oir las últimas frases de Flaviano.

—Sí, hermano,—añadió Silva.—Desafíos, raptos y tanta cuchillada y tanta seducción, que hasta tu padre Alvaro, que no tuvo nada de sobrio en ese terreno, estaba asustado.

—Pues, chico, me olvidé de todo.

—Desde que te casaste fuiste un modelo.

—De tontos.

—¿Qué dices?

—¿Qué ha dicho?

—¿Qué se atrevió á expresar?

—Nada, hombres, no os alarméis tanto. Digo que los tontos y hasta los idiotas son los más hombres de bien que conozco. ¿No me buscáis la lengua? Pues ahí la tenéis.

—Más vale ser tonto que destructor de la humanidad, Flaviano.

—Que tú digas eso, Mauro; más luteranos mataste en Flandes que yo...

—¡Vaya una comparación! Eran enemigos de mi patria y de mi religión.

—Pues los amantes rudos y tercos que yo heri eran peores: eran los enemigos de la obra más perfecta del sublime Creador, de la mujer.

Todos volvieron á reir.

Mauro añadió.

—¿Eras tú el defensor del bello sexo?

—Yo, sí.

—Desgraciadas, ¡qué defensor tenían!

—Gustándole á ellas, á ti, ¿qué te importa?

—Porque te desconocían; fué en lo único que el santo se equivocó en su vida; también te desconoció.

—Por insolente y por exagerado, si estuvieras soltero te quitaba la novia.

—¿Tú á Aurea?

—Sí, á mi hermana Aurea.

—Qué ilusiones te haces.

—Veámoslo. Di, hermana, ¿no te ha extrañado alguna vez el contraste que forman tus mil encantos; esa voz angelical que unida á la mía parecen la de dos ángeles; esa mirada tierna, dulce, arrobadora; esos hechizos capaces de enamorarme aun estando enamorado de este querube que tengo al lado, con la ronca voz, la mirada fiera y el aspecto frío, severo y abrumador de tu marido?

—La verdad es, hermano Flaviano, que yo no sé contradecirte.

—Ni yo.

—Ni yo.

—Ni ninguna.

—¿Qué te va pareciendo, mi querido Mauro?

—Que eres el hombre de más suerte que conozco. Hasta el santo y sabio y héroe lo quería con delirio.

—Pues no era suerte.

—¿Pues qué era?

—Mi padre Alberto no se equivocó jamás.

—¿Ni contigo?

—Ni con él,—exclamaron todas las damas.

—Menos con él, que con ningún otro,—dijo Sira.

—¡Y no tiene celos su mujer!

—Nunca, Mauro; me inspira tanto amor como confianza.

—Eso es; mudas mientras se habla de la humanidad entera; pero en tratándose de Flaviano, se os desata la lengua y os convertís en trompetas de su inmerecida fama. Buen almuerzo moral os están dando, señor duque de Lerma.

—Delicioso, señor conde; Flaviano es un pariente allegado que admiro y quiero mucho.

—¿Vos también?

—¿Qué os extraña? Estoy seguro que no hay en la mesa ninguno que le quiera más que vos.

—Eso no obsta para que le diga la verdad.

—Pues debierais callarla, porque nadie cree en ella.

—Todos lo veis por un prisma que aumenta unas veces y disminuye otras.

—¿Cómo lo ve el infalible, el hijo del santo?

—Como yo, pero se lo calla.

—Estás en un error, Mauro,—dijo la princesa;—mi marido piensa de nuestro hermano Flaviano lo mismo que nosotras.

—Te lo figuras tú.

—No, lo dice á todas horas, y uno de sus recuerdos más gratos es aquel en que el santo sentaba sobre sus rodillas al precioso niño Flavianito y le decía:

—«Hijo, ¿quieres venir á mi convento y vivir siempre conmigo?»

Y el niño le contestaba:

—«Vivir siempre contigo, sí; que eres muy bueno y te quiero más que á mi padre Alvaro; pero tu convento no me gusta.»

—«¿Por qué, hijo mío?»

—«Porque sólo hay allí hombres, y á mí me gustan más las mujeres bonitas.»

—¿Qué edad tenía, señora princesa?

—Siete años.

—A esa edad debía ser horriblemente feo; ¿es verdad, señor conde de Monterrubio?

—No, era precioso; su epidermis parecía de nácar, y desde la más tierna edad empezó á seducir con su limpio acento, sus elevadas ideas y sus bellas frases.

—Gracias á Dios que le haces justicia, hermano.

—Le quiero mucho más que vosotras; pero eso no

obsta para que reconozca sus defectos y procure obligarle á que se corrija.

Todos soltaron la carcajada.

—Sí,—añadió Mauro.—Debe mucho á mis consejos.

—¡A sus consejos!—exclamaron cuantos había en el comedor.

—Reid en buen hora, como de costumbre; yo añadiré que de los cinco es el único á quien se vió obligado á reprender mi hermano Julio.

—Es verdad, Mauro,—dijo el príncipe con gravedad;—los cuatro cumplisteis con heroísmo vuestra difícil misión en la tierra; no así Flaviano, al que tuve que aconsejar alguna vez porque traspasó los límites de la posibilidad, y tan alto subió, que temí se estrellara. Fuí un loco, Flaviano se quedó siempre en la altura para no lastimarse al caer.

—¡Bravo, Julio!—exclamaron las damas aplaudiendo las frases del príncipe.

—A esto das lugar, Mauro,—le dijo Osorio tomando parte por primera vez en la cuestión;—por tu causa, hermano, me hallo sufriendo.

—Ten paciencia, niño mal educado, el mal es para mí, que no tengo quien me apoye.

—Me alegro,—dijo con ronca voz Mendoza.

—¿También tú, Rogelio?

—Sí.

—Ya que sales á su defensa, explícanos cómo comprendes tú á Flaviano.

Mauro quiso poner en un apuro al marqués de

Abella; pero éste debía tanto á Osorio y tanto le quería, que recurrió á su ingenio, lo puso en tortura, y después de haber meditado y compuesto su bigote, exclamó:

—Mi hermano Flaviano es tan valiente en la guerra como tú; más hábil que los cuatro; tan inteligente y acertado como Julio; tan buen casado como yo; y si hubiera sido religioso, tan buen sacerdote como lo fué nuestro padre Alberto.

—¡Admirable, Rogelio!

—¡Muy bien, hermano!

—¡Vaya una descarga, Mauro!—dijeron todas las damas.

—Lo inspira el otro; ¿qué ha de suceder?

—Ahora me inspiro yo solo; y respétalo, Mauro, que lleva el aliento del santo y heredó su grandeza de alma y su título de duque.

Otro aplauso le dieron las señoras.

Mauro sonrió, contestando:

—Muy bien, Rogelio, hoy hace un año poco más ó menos dabas berridos en el monte buscando á tu cachorro, y ahora lo defiendes como á hijo querido. Dios libre de tu maza á sus enemigos.

—Que lo toquen.

—Como tú estés delante, imposible.

—Mauro, también á ti te defendería.

Hablando de este modo prosiguió el almuerzo, que fué, á no dudarlo, espléndido y muy agradable al duque de Lerma.

Terminó aquél, y el príncipe invitó al favorito á

pasar á su despacho, en el caso que á él solo quisiera hablar.

Contestado afirmativamente, los dos entraron en aquella habitación, graves ambos, temiendo el uno é indiferente el otro.

Los restantes quedaron de sobremesa en el comedor.

Arrellanados en dos sillas el príncipe y el duque, exclamó el segundo:

—Bien sabe Dios, noble príncipe, que me duele y amarga venir á perturbar la tranquilidad y sosiego que reina en esta feliz morada; pero vos, que al lado de don Felipe II hicisteis, aun cuando con más talento y sabiduría que yo, lo que realizo junto á don Felipe III, comprenderéis que cumplo un penoso deber ineludible.

—No os importe nada; decid cuanto á bien tengáis, que os oiré con mucho gusto.

—Gracias, señor, por vuestra bondad. Hace un año mandé á mi hijo para que hablase al duque del Imperio; las cosas iban mal en varios estados de España, y con vosotros seis nada podía temerse; sin esas invencibles espadas, todo es de temer. Mi pariente se negó en absoluto en vuestro nombre y en el suyo; los asuntos han empeorado, y el rey me obliga á que venga á hablaros en su nombre.

—Muy bien, duque; continuad.

—Manda S. M. que los seis como generales españoles os pongáis al frente del ejército.

—¡Los seis!

—Por lo menos los cinco, quedando vos á su lado.

—Nada más natural que obedecer á S. M.

—No esperaba menos de vos, príncipe.

—¿Pero qué papel voy yo á desempeñar en la corte?

—El de consejero del rey.

—¿Como lo era de don Felipe II?

—Lo mismo.

—Perfectamente; pero debo advertiros que debo ser su único consejero, como lo fuí de su padre.

—Se trata de que vos sólo gobernéis el reino.

—¿Me traéis la orden por escrito?

—¿Dudáis de mis palabras?

—En manera alguna, pero es demasiado grave el asunto para confiarlo á la memoria.

—Hablé con toda exactitud; pero si alguna duda tenéis, el rey regresó del Escorial á Madrid y allí os espera.

—Nada hallo que contestar; descansad hoy en este vuestro castillo, y al amanecer saldremos para Madrid los seis en vuestra compañía.

—No creí hallaros tan propicio, y en verdad, príncipe, que habéis llevado al colmo mi satisfacción.

—¿No me habláis en nombre de S. M.?

—Sí, señor; pero el rey es vuestro sobrino.

—Razón más para que obedezca á mi señor.

—Sin duda alguna. ¿Opondrán alguna dificultad vuestros hermanos?

—Creo que no, pero pronto lo vamos á ver. ¿Queréis que se lo preguntemos ahora mismo?

—Lo anhelo.

—En ese caso volvamos al comedor, si á bien lo tenéis.

—Con mucho gusto.

Y ambos regresaron á él.

El príncipe tomó la palabra, diciendo:

—S. M. el rey nos llama á Madrid; ¿tenéis inconveniente en seguirme?

—A Madrid, al fin del mundo, donde vayas allí iremos los cinco.

—¿Todos pensáis lo mismo?

—Todos, todos.

—Muy bien; duque, quedaos con las señoras ínterin mis hermanos y yo disponemos la partida, que tendrá lugar al amanecer.

Y salieron los seis, encerrándose en un salón distante del comedor.

—Hermanos,—les dijo el príncipe,—el favorito quiere que enmendemos sus errores para continuar después columpiándose en las delicias del poder. Tenía previsto el caso, me hallo bien preparado, y todo quedará reducido á que hagamos una visita de dos ó tres días á Madrid, demos una lección al rey, otra al duque, y ya nos dejarán tranquilos el resto de la vida.

—Muy bien, Julio,—le contestó Osorio,—me parece admirable, y los cinco te ayudaremos á eso y á cuanto tú quieras.

—Será á eso sólo.

—Nos es igual; nuestro jefe eres, y tus órdenes nadie las discute entre nosotros.

—Doy por hecho que nuestras esposas estarán mal impresionadas y ansiosas de saber lo que ocurre; mandad un correo á Madrid para que avise nuestra llega-

da, que será al mediodía, interin yo saco al favorito del comedor y os dejo en actitud de que habléis sin testigos con las damas.

—¿Qué servidumbre llevamos?

—Un criado cada uno; con ese basta.

No tardó el príncipe en invitar á Lerma para que le acompañase á los jardines, en unión de los cuatro caballeros que le seguían.

Allí lo tuvo más de una hora, enseñándole una plantación maravillosa.

Después salieron, y entretuvieron el día hablando.

A las tres comieron y á las nueve cenaron, retirándose á las diez á descansar.

A las cuatro de la madrugada montaron á caballo, y salieron á buen trote.

Dirigía el príncipe aquella marcha, y no comieron amos ni caballos hasta que llegaron á Madrid, después de mediodía.

Julio empezaba vengándose del duque, y le hizo correr y trotar cerca de nueve horas.

Al entrar en Madrid se despidieron el duque y el príncipe, dirigiéndose á sus respectivos palacios, pero quedando citados para las cuatro de la tarde en el real alcázar.

Los *invencibles* descansaron, haciendo luégo un almuerzo-comida que duró hasta las tres de la tarde.

Después sacó el príncipe un legajo de papeles que tenía cuidadosamente guardados, y leyendo algunos de aquellos escritos á sus hermanos, adoptaron un plan de efectos infalibles, según ellos.

Pronto cambiaron de traje, y á las cuatro en punto se presentaron en el alcázar.

El rey se hallaba conversando con su favorito, cuando un gentilhombre le anunció la llegada de los *invencibles*.

—Que pasen al momento,—exclamó el rey.

Segundos después estrechaba don Felipe III á su tío el príncipe de Italia, alargando la mano á los cinco restantes.

—Tengo un vivísimo placer,—dijo el monarca,—en veros aquí; parece que os avergüenza ese mundo que tanto os aplaude y en el que pudierais brillar sobre la capa social más elevada. Siempre en el monte ó encerrados en el hogar doméstico, ¿por qué no os hicisteis frailes como mi tío Alberto?

—Nos lo impide, señor,—replicó el príncipe,—el cuidado que reclaman de nosotros nuestras leales esposas y la educación de nuestros hijos. Mejor estaríamos en un convento imitando á mi padre; el servicio de Dios es el primer deber de sus criaturas.

—Es verdad, Julio; y ya que no podéis consagraros por completo á servir á Dios, servid á vuestro rey y á vuestra patria, que algo deben valer para hombres como vosotros.

—¿Aún hemos de hacer más de lo que hemos hecho, señor?

—Sí, Julio, más; hasta morir como mi padre.

—¿Qué quiere V. M. que hagamos?

—Tú debes ayudarme á gobernar el país, y tus hermanos partir á la guerra.

—Está bien, señor; dispuestos nos hallamos á hacerlo.

—Me complace tan acertada resolución, y quiero que mañana mismo salgan para Flandes Osorio, Navarro y Mendoza; para Portugal, Mauro, y para Nápoles, el duque de los Andes.

—Perfectamente; pero mis hermanos ya sabe vuestra majestad que son generales y necesitan ejércitos y dinero.

—Mal andamos de lo último, Julio.

—Permítame V. M. que no tenga la misma opinión. Si lo desea, yo arbitraré fondos de sobra en veinticuatro horas.

—¿Pues no lo he de querer? Sólo tú eres capaz de hacer ese milagro.

—Necesito para eso que todos me obedezcan, lo mismo los grandes que los chicos.

—Te concedo el mismo poder que yo tengo. ¿Basta?

—Sí, señor.

—Pues da principio ahora mismo.

—Ruego á V. M. me firme y selle este nombramiento.

—¿Qué dice?

—Poco, señor; tened la bondad de oir: Desde este momento queda encargado de gobernar mis reinos el príncipe de Italia. Impongo pena de la vida al que lo desobedezca.

—Poco, pero bueno, Julio.

—¿No le gusta á V. M.?

—Dame.

El rey firmó y selló, añadiendo:

—Ya estás complacido. ¿Quieres habitación en mi alcázar?

—Gracias, señor; gobernaré desde mi palacio.

—¿Puedo regresar mañana al Escorial?

—Cuando quiera V. M.

—Entonces da principio, y vuelve cuando lo desees. No saldré de Madrid hasta las cuatro de la tarde.

Los seis se despidieron del monarca y del duque de Lerma, y salieron, regresando á su palacio.

Acto continuo se encerraron Silva y Flaviano trabajando tres horas.

Al terminar salió Osorio, llevando consigo varios documentos.

Media hora después se hallaba frente á frente del duque de Lerma, al cual dijo:

—Vengo á hablaros de parte del señor príncipe de Italia.

—Di lo que quieras, Flaviano. Sentémonos.

—No obstante lo retirado que vivimos del mundo, mi hermano Julio ha seguido paso á paso la marcha de todos los acontecimientos de España, sabe cuanto ha ocurrido, y le han llevado pruebas de todos los desaciertos y tropelías cometidos en los últimos once años.

—¡Ah!

—Sí, de todo.

—¿Y qué piensa hacer?

—Pardiez que la cosa es clara; encerrar en calabozos á todos los delincuentes, que los encausen y sen-

tencien los tribunales, y que reintegren al tesoro todo lo que le pertenezca.

—¿Desde cuándo?

—Ya os lo he dicho, desde hace once años.

—¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Mucho; la mayor parte de las órdenes están firmadas por vos, y el príncipe me manda para que justifiquéis vuestros actos ú os prenda y os lleve ante el tribunal que debe juzgaros.

—¡Á mí!

—¿Por qué no? Mi hermano tiene ya en sus manos todo el poder de don Felipe III.

—¡Pero á un grande!

—Si estáis inocente, como grande os trataremos; pero al que se haya empequeñecido descendiendo al crimen ó al delito, se le tratará como al pequeño.

—No era eso lo que yo me había propuesto, Flaviano.

—Pero es lo justo, lo conveniente, lo que vamos á hacer.

—Sepamos de qué se me acusa.

—Oidme, señor duque: En este documento aparece una malversación de fondos inaudita; es una copia sacada del original. En este otro se demuestra que pasan de mil los empleos que se han dado á personas de funestos antecedentes, varias de ellas fugadas de galeras. Vedlo también. Y con estos cuatro se justifican cientos de injusticias que piden un castigo pronto y ejemplar. Tomad las copias y unidlas á los originales. Del resumen resulta que el ejército está mal pagado,

que no lo mandan bien, que no es posible buena administración con funcionarios tan perversos, y que mientras el pueblo perece con tanto tributo como le sacan y el ejército carece hasta de lo indispensable, vos y otros muchos os estáis haciendo ricos, poderosos. Demostradme que eso no es verdad, ó seguidme á una prisión; aquí está la orden del señor príncipe de Italia.

—¿Te atreverías?

—¿Á prenderos?

—Sí.

—¿Por qué no?

—Soy grande de España.

—Por eso os prende otro grande.

—Soy vuestro pariente.

—¿Qué importa eso ante la justicia?

—¡Y yo aconsejé al rey que os diera el poder!

—Esa sola vez fuísteis justo.

—¿Tan malo soy, Flaviano?

—¡Ah, señor, bastante; esas copias os lo recuerdan!

—¡Y tú me lo dices!

—El deber es antes que el parentesco.

—Tú no puedes querer que el príncipe de Italia me mande matar.

—Se concretará á entregaros á los tribunales.

—¿Y si éstos me sentenciaran á muerte?

—Iréis al patíbulo.

—¡Yo!

—Vos.

—En mal hora pensé en vosotros.

—Debíais suponer lo que está pasando.

—Increíble me parece, aun después de estarlo viendo.

—Mal discurrís, señor duque.

—Todavía no se ha perdido nada; ¿qué deseáis de mí?

—Yo nada.

—¿Y el príncipe?

—Lo ignoro.

—Eres la persona de su mayor confianza.

—Nadie la tiene para arrancar secretos á mi hermano Julio.

—¿Quieres llevarme á su presencia?

—Con mucho gusto.

—¿É influir en mi favor?

—Imposible; todo lo que quiere el príncipe lo quiero yo.

—¿Partimos?

—Cuando vos queráis.

—Espera un momento.

No tardó en regresar el duque de Lerma, y ambos se encaminaron á la morada de Silva.

Nada hablaron por el camino; el favorito iba triste, ensimismado y tan descolorido, que parecía enfermo.

Osorio lo llevó al despacho de Julio, saliendo de allí para ser reemplazado por aquél.

Solos ambos, le preguntó Silva:

—¿Qué deseáis de mí, duque de Lerma?

—Señor príncipe, ¿tenéis algo que vengar en mí?

—Yo jamás me vengué de nadie; debierais saberlo.

—Me consta que no lo hay más noble y generoso;

pero como no existe regla que carezca de excepción, pudiera yo formar ésta.

—No la formáis.

—¿Qué puedo yo hacer para que desistáis de llevar á cabo la misión que habéis confiado á Flaviano?

—Muchas cosas, duque.

—Todas las haré, decidlas.

—Lerma, llevo once años condoliéndome en silencio de los muchos males que afligen á mi patria, de las infinitas injusticias que llevan la mayor parte de vuestros actos, del estado lastimoso á que habéis conducido el ejército y el país en general. Nada he dicho, ni una sola queja he lanzado contra vos. Cuando delante de mí se habló de vos todo lo malo que merecéis, no os defendí porque eso era imposible, pero no desplegué mis labios. Todo lo he respetado en vos, hasta la maldad. En cambio el poderoso favorito no ha querido respetar ni aun la tranquilidad y sosiego de mi hogar doméstico, que á nadie perjudica. Todo lo habéis perturbado; vuestra ambición todo lo ha descompuesto, y cuando las consecuencias caen sobre vos como gotas de aceite hirviendo, entonces os acordáis de nosotros para robarnos hasta la educación de nuestros hijos. Tan extraña conducta, tan funesto proceder me obligan á encerraros en el siguiente dilema: ó llevo á cabo la misión que encargué á mi hermano Flaviano y otras muchas misiones análogas, ó es indispensable que hagáis lo siguiente: primero, obligar al rey á que me llame y me releve para siempre de todo cargo oficial. Segundo, devolver al país todo lo que injustamen-

te le habéis quitado. Tercero, organizar el ejército como estaba al entrar vos. Y cuarto, dar á vuestros actos el sello de la más estricta justicia. Eso es todo.

—¿Me daréis los originales de las copias que me entregó Osorio?

—Jamás, esa es la espada con que en adelante he de defender á mi patria de tanta injusticia.

—¿Cuándo queréis ver al rey para devolverle la orden que os dió esta tarde y recibir la otra que me habéis pedido?

—Mañana á las nueve.

—Estad en la cámara á esa hora con vuestros cinco hermanos, y haréis el cambio.

—Manejad bien el acontecimiento; de lo contrario...

—Descuidad, quedaréis en concepto de S. M. mejor aún de lo que hoy estáis los seis.

—Eso deseo.

—¿Me dais permiso para que me retire?

—Id con Dios, y hasta mañana á las nueve.

—Él vele por vos como lo hizo hasta ahora.

Salió el favorito, siendo acompañado hasta el zaguanete por el príncipe de Italia.

El uno se fué á su palacio y el otro pasó al comedor, donde le esperaban sus cinco hermanos para cenar.

—¿Cuándo regresamos á nuestro castillo?—le preguntó Osorio.

—Mañana, mi querido Flaviano.

—¿Lo has domesticado bien?

—Tanto que no volverá á ocuparse de nosotros en el resto de su vida.

—Gobernará mejor.

—He hecho lo posible porque así suceda; si no se enmienda, mandaré á mi sobrino Felipe copias de todos los documentos que poseo, y que haga lo que juzgue conveniente. Es él el rey y el único responsable.

—Verdad es.

—Nosotros ya hicimos cuanto nos fué posible por el trono y por la patria; que nos reemplace otra nueva generación más fuerte y vigorosa.

—¡Ay, Julio, temo que sea más débil y enclenque!

—Paciencia; nosotros no podemos ni debemos hacer más de lo que hicimos.

—No obstante lo cual, acabas de prestar un señalado servicio al reino, si ese hombre se enmienda, como parece lo probable.

—Suceda lo que quiera, mañana nos volveremos al monte con nuestras esposas é hijos.

—Al monte, sí.

—¡Cómo estarán en estos momentos!

Acababan de pronunciar estas frases cuando se presentó un criado diciendo al príncipe:

—Señor, mi señora la princesa os manda este escrito.

—¿Quién lo ha traido?

—Un correo, con orden de regresar esta noche con la contestación.

—Sal, que le den de cenar y dos horas de descanso; al terminar que entre por la contestación.

El príncipe leyó fuerte:

«Esposo mío: ya en este momento debes saber cuál va á ser nuestra suerte; te ruego, en unión de

todas nuestras hermanas, nos digas qué ha dispuesto el destino de todas nosotras,—Tu Esposa, etc.»

Silva le contestó en el acto:

«Dios ha dispuesto que las seis acabéis vuestros días al lado de vuestros esposos.

»Mañana á las cuatro de la tarde saldremos para llegar al castillo á la madrugada del día siguiente,—Tu Esposo, etc.»

—¿Qué os parece, hermanos?

—Que les mandas la felicidad en ese papel.

—Eso creo, y, como la merecen, no debemos hacérsela esperar. Que se quede el correo y salga otro ahora mismo en diferente caballo. Encárgate, Flaviano.

—Tienes razón; ahora mismo.

Cenaron y durmieron hasta las ocho, que se levantaron para entrar en el regio alcázar á las nueve en punto.

Los esperaban el rey y el duque de Lerma.

Entraron, y haciendo uso de la palabra el monarca, les dijo:

—Bien venidos, señores. Me ha enterado el duque de todos vuestros proyectos, y aun cuando los juzgo dignos de hombres tan eminentes, creo, como él, que podrían perturbar el reino.

—Es posible, señor,—le contestó Silva.

—Los tiempos han variado, y ahora son indispensables medidas más suaves y menos impresionables. La multitud se conmueve ahora con gran facilidad.

—No lo dudo.

—¡Ah! la época en que vivieron mi abuelo y mi padre fué muy distinta.

—¡Cambian tanto los tiempos!

—Sí, pero creo que empeoran.

—Si el señor duque de Lerma ensaya un sistema que me ha ofrecido plantear, todo puede mejorar mucho.

—¡Un sistema!

—Excelente, señor.

—¿Qué sistema es ese, Lerma?

—Dar al tesoro todo lo que le pertenece, variar muchos empleados, administrar bien y pagar puntualmente al ejército.

—Lo aplaudo; ¿podrás tú hacerlo?

—Intentaré ensayarlo, como ha dicho muy bien el señor príncipe de Italia, tío de V. M.

—Sí, al momento. No perdones medio ni sacrificio alguno.

—Desde mañana empezaré.

—¿Cuándo quieres regresar á tu castillo, Julio?

—Si es posible, esta tarde.

—Por mí no hay inconveniente.

—Entonces saldremos á las cuatro de la tarde.

—¿No os cansó la marcha de ayer?

—Nos ha bastado el reposo de la noche anterior.

—¿Por qué tanta prisa?

—Ausentándose V. M., nada tenemos que hacer aquí.

—No conozco hombres más amantes que vosotros de vuestras esposas é hijos.

—¡Son ellas tan leales, y ellos necesitan tanto de nosotros!

—Y tan bellas; vuestras mujeres son modelos acabados física y moralmente.

—Gracias, señor, en nombre de las seis.

—Gran sacrificio debisteis hacer al abandonarlas.

—Antes que ellas está el cumplimiento de nuestro deber.

—Pero preferís el hogar doméstico á servir al rey y á la patria.

—Perdonad, señor; nuestro viaje no ha sido infructuoso; si el señor duque cumple todo lo que me ha ofrecido, para nada necesita V. M. de nosotros. Si, por una rara equivocación, no lo hiciera, los seis correremos á vuestro lado, y en prisiones unos y atravesados otros por la espada de la justicia, no dejaremos un solo español que no honre como se merezca la bondad con que su señor los trata á todos.

—¡Ah, príncipe, empiezo á comprender!

—¿Qué comprende V. M.? Perdonad, señor...

—Te contestaré con gusto. Marchad los seis á vuestro castillo y continuad encerrados en el hogar doméstico; pero si en adelante tuvieseis necesidad de servirme con vuestros consejos y con vuestras espadas, venid á mi alcázar, que hallaréis dispuesto á complaceros al rey y al amigo.

—Muchas gracias, señor, pero fío en Dios que no habrá motivo bastante... ¿Es cierto, señor duque de Lerma?

—Ciertísimo, señor príncipe.

—Ya lo oye V. M.

—Y no lo olvidaré. Queda no obstante en pie mi ofrecimiento.

—Y aceptado por nosotros.

—Hay tiempo para todo, Julio.

—Es verdad, señor, y nosotros, aun cuando retirados del mundo, procuramos saber lo que en el mundo pasa.

—¿Con más interés en lo sucesivo?

—No cabe más, señor; porque no podemos amar á nuestro rey y á nuestra patria más de lo que los amamos.

—No lo dudo.

—Hace bien V. M.

—Es tan espinoso el puesto que Dios me concedió en la tierra, que hay momentos, príncipe, en que me faltan las fuerzas y me siento débil, vacilante, perplejo.

—Señor, el duque de Lerma tiene talento, no se puede negar; y si le da buena aplicación, podrá fácilmente conducir á puerto seguro la nave del Estado. Si sus consejos son leales, desinteresados y los medita antes bien, V. M. no puede vacilar ni estar perplejo nunca, yo os lo aseguro.

—No lo niego, pero el duque es débil como la casi totalidad de los mortales.

—Podrá llegar á ser todo lo fuerte que quiera. En hombres de su capacidad, querer es poder.

—Pues si eso es cierto, por Dios que he de querer, —dijo el duque de Lerma con resolución.

—Acabáis de expresar la verdad; lo he leído en vuestro semblante.

—No os equivocáis, señor príncipe.

—¿Me permite V. M. que dé un consejo al señor duque?

—Sí, Julio.

—¿Quiere oirlo el duque?

—Con mucho gusto.

—Pues bien, amigo mío, os aconsejo saquéis de la corte á vuestro primogénito. Si continúa á vuestro lado, os dará un grave disgusto.

—Hasta ahora, señor príncipe, no me dió motivo que justifique vuestras frases.

—Os dará uno solo, pero será tan grande y os cogerá tan de improviso que os hará sufrir mucho.

—¿No os es posible darme alguna explicación que me aclare un poco esa misteriosa idea?

—No, porque la fundo en observaciones y en conjeturas que pudieran ser erróneas.

—No comprendo...

—Ni yo tampoco,—añadió el rey.

—Yo sí,—dijo el duque del Imperio.

—Hablad,—añadió el rey.

—Mi primo el duque de Uceda tiene un solo defecto, pero este es grande, colosal.

—Dilo, Flaviano; yo te lo mando.

—Bien, señor, lo diré: Mi primo oculta una tan desmedida ambición, que podrá atreverse hasta con el autor de sus días.

—¡Jesús!

—No lo dudéis: el príncipe y yo la hemos notado, nos consta que existe en el fondo de su alma.

—Gracias, Flaviano, gracias, príncipe, lo observaré.

—Debierais poner remedio y prescindir de observaciones.

—¡Lo amo tanto!

—Obrad como gustéis; dado el consejo, quedáis en libertad de hacer lo que mejor os cuadre. Hemos terminado, señor; ¿nos da V. M. á besar su mano?

—No; para ti, mi tío y mi amigo, los brazos.

Se estrecharon, los cinco restantes se despidieron y salieron los seis.

Ya estaban en el último pasillo cuando los alcanzó el duque de Lerma, diciéndoles:

—Perdonad, señores, si os detengo. Sale el rey para el Escorial á la misma hora que vosotros para los montes de Toledo, y ya que no me es posible despediros fuera de Madrid, permitidme estrechar vuestras manos antes de que partáis.

—Con mucho gusto, duque.

—Antes desearía, sin embargo, hablar con vos unas cuantas frases, señor príncipe.

—¿Conmigo solo?

—Si me lo permitís.

—¿Cómo no? Retirémonos á este extremo.

—Príncipe,—exclamó el duque de Lerma solo ya con Silva,—sois padre, comprended la situación á que me ha llevado vuestro consejo, y vos, que nunca os equivocáis, contestad á una pregunta mía. ¿Lo haréis?

—Preguntad.

—¿Qué debo temer de mi hijo?

—Su ambición.

—No tengo bastante, señor, el padre necesita más.

—Seguid preguntando.

—Esa ambición ¿á qué puede conducir á mi hijo?

—Si halla ocasión, á ser él el favorito de Felipe III.

—¿Nada más?

—¿Os parece poco?

—Mientras yo viva...

—En vida vuestra aspira á serlo.

—Príncipe, dicen que tiene menos talento que yo.

—Dicen bien.

—¿Entonces?

—Duque, en adelante vais á obrar en mi concepto de distinto modo que hasta aquí.

—No lo dudéis.

—Vuestra exactitud, rigidez, actitud justiciera y fortaleza de espíritu aminorarán tantas complacencias, cuidados y atenciones como tuvisteis con mi sobrino; y los reyes, duque, son muy aficionados á la lisonja y á que nadie los contradiga.

—No es motivo bastante para que yo separe á mi hijo de mi lado.

—Entonces haceos cardenal.

—¿Yo cardenal?

—¿No sois viudo?

—Sí, pero no comprendo.

—Posible es que vuestro hijo os haga variar la resolución que acabáis de tomar, y si yo vuelvo á pala-

cio por esa causa, os cuesta la vida. Puedo llevar al patíbulo al favorito, no al cardenal; sois pariente de mi hermano Osorio, y os estoy dando una prueba grande de cariño y de atención.

—¿Creéis que me daría el capelo Su Santidad?

—Sin duda alguna.

—Gracias, noble príncipe; cuánto valéis y cuánto os debo.

—Haga Dios que siempre digáis lo mismo de mí.

El duque de Lerma estrechó á los seis hermanos con profundo afecto, y volvió á subir, en tanto que los *invencibles* se dirigieron tranquilamente á su casa.

Los pronósticos del infalible Silva se realizaron.

El duque de Lerma se hizo cardenal, y de cardenal murió; pero antes, mucho antes, le quitó su hijo el puesto de favorito, y quedó en su lugar del mismo modo que se lo había anunciado el príncipe de Italia.

Ya nuestros amigos en su palacio de la calle de Atocha, dijo Flaviano:

—Pienso, hermano Julio, que Felipe III no es malo; con un hombre á su lado como tú, gobernaría bien.

—Acabas de hacer su retrato, Flaviano; con un hombre á su lado que tuviera tu talento, valor, sagacidad, patriotismo, honradez y que todo se lo diera hecho, el reino estaría bien gobernado.

—De lo cual debemos deducir que S. M. no sirve para nada,—dijo Odón Navarro.

—Sirve, hermano, para hacer oración y para ser un buen esposo como tú y yo.

—No basta, Julio; Dios lo hizo rey.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Qué sacrilegio!

—¡Hermano!

—Sacrilegio, sí, Odón. ¿Qué mayor derecho tiene Felipe de Austria al trono español que Witiza y Rodrigo, que Pedro I y su hermano y asesino Enrique de Trastamara, y que al imperio romano Nerón y Calígula?

—¿Luego no reconoces el derecho divino?

—Sí, lo reconozco.

—¿En quién, Julio?

—En Jesús, modelo de absoluta virtud, de absoluta sabiduría, de absoluta abnegación.

—¿Sólo en Jesús reconoces derecho divino?

—Cállalo, Odón, que es pronto aún; ese derecho, si existe, sólo lo trajo al mundo Jesús.

—¡Qué venda arrancas de mis ojos! ¡Qué nueva luz nos enseñas!

—Vuelve á ponértela y sigue ciego; algunas cosas no se pueden ver todavía.

—¿Qué piensas tú de eso, Flaviano?

—Que hasta los que más amamos á Dios solemos profanar su puro nombre con invenciones y frases que sólo puede abortar la ignorancia ó la egoísta conveniencia.

—¡Lo mismo que Julio!

—Sí, lo mismo.

—¡Y lo callabais!

—Ya lo dijo nuestro hermano: hay que tener la venda puesta.

—¿Y cuando se cae?

—Lo que se gana en vista se pierde en lengua; debe quedarse mudo.

—¿Hablasteis de eso Julio y tú, Flaviano?

—Nunca hasta ahora.

—¡Y pensabais lo mismo!

—La verdad es sólo una, y pueden verla muchos á la vez.

—¡Pobre humanidad, cuánta ignorancia la sepulta!

—¡Ay, Odón, que aquellos que más sabemos, que vemos más claro, aprendemos á saber que sabemos muy poco!

—Todo es relativo. Di, Flaviano, ¿quiénes son los más desgraciados de la tierra?

—En general los más criminales.

—¿Y los más felices?

—Los que no tienen cuentas pendientes con sus conciencias. Pero no digas los más felices; en la tierra no hay eso, ó es tan efímera la felicidad, que sólo da una idea aproximada de lo que es; di los menos desgraciados, y nos entenderemos.

—¿Qué diferencia hay entre el pobre y el rico?

—Sólo la de tener ó no dinero; el infortunio moral, que es la verdadera desgracia, no guarda relación alguna con la posición del hombre.

—¿Y entre el tonto y el sabio?

—Digo lo mismo; con muchísimo talento se suele ser muy desgraciado.

—¿Estás conforme con esas teorías, hermano Julio?

—Completamente, Odón.

—Continúa, Flaviano.

—Pregunta, conde de Santomera.

—¿Qué opinión tienes del purgatorio y de las almas que moran en él?

—Ninguna.

—¿Y de la gloria?

—Tampoco.

—¿Y del infierno?

—Menos si cabe.

—¿Por qué?

—Espero á verlos para opinar.

—¿Luego no crees en ellos?

—No he dicho eso; ni creo ni dudo, espero verlos para estudiarlos y opinar.

—Si estás en uno, no podrás ver los otros.

—Quién sabe.

—Y del limbo, ¿qué me dices?

—Ese no he podido explicármelo nunca, y no he vuelto á pensar en él.

—Eso no es contestar.

—¡Preguntas unas cosas!

—¡Ay, Flaviano, creo que has perdido la fe!

—¿Qué es fe, Olón?

—La creencia absoluta de una cosa.

—No, no es eso; así no se comprende la fe por la generalidad.

—¿Cómo se comprende?

—Creyendo, sin otro convencimiento que el de la imposición.

—Julio, nuestro hermano Osorio no es luterano, pero duda.

—Te equivocas, hermano; Osorio no duda, guarda algunas de sus creencias para mejor ocasión.

—Ay, hermanos; si viviera el padre Alberto, otra cosa sería.

—¿Por qué?

—Porque el santo no dudaba.

—Odón, mi padre, mejor dicho, nuestro padre quiso vivir en su siglo, y nos presentó un modelo; Flaviano y yo no podemos imitar tanto heroísmo, y nos hemos adelantado á nuestra época en tres ó cuatro siglos. Eso es todo, porque algo teníamos que hacer.

—Perfectamente, Julio, en todo estamos conformes.

—Yo os aconsejo que variéis de conversación; la filosofía es para los filósofos, y vosotros no lo sois. Seguid obrando con la nobleza y caballerosidad que hasta aquí; amad á Dios cuanto podáis; consideradlo siempre absolutamente justo, absolutamente sabio y absolutamente poderoso, y no os metáis en el foso de una filosofía que para nada os sirve hoy.

—Lo haremos.

Y variaron de conversación.

A las dos y media comieron, y á las cuatro trotaban ya en dirección de su castillo de los montes de Toledo.

Estaban en fines de Julio, y el calor, y más que eso el deseo de ver á sus esposas é hijos, les obligó á galopar varias veces.

Regresaban los mismos; seis *invencibles* y sus seis criados.

A las nueve de la noche llevaban andada más de

la mitad del camino; pero, efecto de la carrera y trote, iban ya los doce caballos fatigados, y tuvieron que ponerlos á un castellano corto.

Esto les desazonaba, pero no les duró mucho; minutos después vieron varios bultos en el camino, y no tardaron mucho en distinguir á los tres hermanos Zallas, á Ros y á seis criados que les llevaban doce caballos del diestro bien comidos y descansados.

Salieron á su encuentro por orden de sus esposas, estrecharon á los Zallas y á Ros, montaron los doce en los nuevos cuadrúpedos, y dando los otros á los seis sirvientes para que los llevaran del diestro, volvieron á correr y á trotar.

De ese modo pudieron entrar en el castillo á las doce y media de la noche.

Las señoras les esperaban en el zaguán, todos los habitantes del castillo estaban levantados y éste alumbrado profusamente.

Después del abrazo de llegada y los besos á los niños, pues ninguno quiso acostarse, todos se fueron al comedor, en el cual les esperaba una espléndida cena.

¡Qué expansión, qué alegría se retrataba en los semblantes de aquellos seres!

Tenían ya seguridad de no separarse nunca, y éste era el deseo, la gran aspiración de todos.

Cuando hubieron concluído de cenar quedaron de sobremesa todos, y las damas invitaron al príncipe para que éste les contase todo lo ocurrido con el rey y el duque de Lerma.

A pesar de lo avanzado de la hora, mandó Silva

acostar á todos los niños, y fué refiriéndoles todo lo que deseaban.

Las damas, Roch y los Zallas aplaudieron la conducta del príncipe, quedando satisfechos de un desenlace tan agradable para ellos.

El marino Roch exclamó:

—Permitidme, señor príncipe, llame la atención de los que nos rodean sobre un acontecimiento que no puedo condenar al silencio.

—Decid lo que queráis, amigo mío.

—No molestaré mucho vuestra atención, que es tarde y las damas tendrán sueño.

—Hablad, hablad,—exclamaron todas.

—Voy á hacerlo. Príncipe, he deducido de vuestro relato que las escenas de ayer y de anteayer estaban previstas por vos desde hace muchos años.

—En efecto, las esperaba, pero no hay en ello mérito alguno: la conducta de Lerma y la indolencia del rey hablaron tan claramente que no daba lugar á duda alguna.

—Es una claridad grande para vos, turbia para los restantes. En prueba de ello, sólo vos visteis de ese modo; ni al duque del Imperio, que siente crecer la hierba, se le ocurrió...

—No continuéis, valiente marino; mi hermano Osorio me ayudó á adquirir todos los datos que tenemos contra el duque de Lerma y muchos otros personajes de la corte.

—Pero ¿de quién fué la idea?

—De los dos.

—No, Julio,—contestó Flaviano.—Sólo tú adivinas, y la idea fué sólo tuya.

—Pero tú hiciste más que yo por su realización, y basta de elogios que ni tú ni yo merecemos. Son las tres de la madrugada, y ya es hora de retirarse á descansar. ¡Pues no están poco desveladas esas damas cuando debieran estar durmiendo!

—Oyéndote, Julio, no es posible dar entrada al sueño.

—Tan buenas como hermosas. Elvira, hé aquí mi brazo.

Y todos se retiraron á sus dormitorios, tranquilos y satisfechos por el presente y porvenir.

Al amanecer del octavo día, posteriores al regreso de los *invencibles*, salió el príncipe de Italia solo.

Iba á caballo, escondía en sus bolsillos bastante oro, y no dijo á su esposa la noche antes otra cosa que:

—Mañana voy á cumplir uno de mis más gratos deberes. No me esperes en todo el día, ni estés con cuidado, que nada malo puede ocurrirme.

—Comprendo lo que vas á hacer,—le dijo la princesa,—y tendría mucho gusto en acompañarte.

—No, iré solo; me disgustan los testigos, y hasta me incomoda que me hablen de lo que voy á hacer mañana.

—Tu esposa, Julio...

—Tú, ángel mío, no debes molestarte en lo que yo hago por los dos, por mis hermanos, por la humanidad entera. Solo, y sin que nadie lo sepa, es digno; teniendo publicidad, es lo contrario.

—Otro padre.

—Ojalá pudiera imitar más á aquel santo. Déjame pensar en él.

Y quedó como arrobado.

La princesa le miró largo rato, cerró después los ojos y se quedó dormida.

Cuando despertó por la mañana, notó sin sorpresa que su querido esposo había desaparecido.

Un poco más tarde supo que Julio salió al amanecer sin permitir que le acompañase su criado. Partió á caballo y no llevaba otras armas que su sola espada.

No tardó en presentarse en la cámara de la princesa el duque del Imperio, preguntando:

—Hermana, ¿y Julio?

—La misma pregunta,—le contestó ella,—y á la misma hora que todos los días. ¿No viene detrás tu mujer?

—Sí, ya la tienes aquí.

—Era natural, es tu sombra.

—¿Me dices dónde está mi hermano?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no lo sé. Hoy voló el pájaro.

—¿Pero no sospechas?

—¿Sabes tú dónde iba su padre?

—Nuestro padre, querrás decir. Me alegro y lo siento.

—Oye, Flaviano, tu mujer es tu sombra y tú la de mi marido.

—¿Te incomoda?

—No; pero le gusta tanto hablar contigo, que...

—Acaba.

—Que se olvida de mí.

—Pero qué tonta eres, hija; parece imposible que siendo tan hermosa y teniendo la sangre de mi sabio hermano... Pero tienes la de Montiano...

—Flaviano, te quiere á ti Julio más que á mí.

—Otro delirio; cogeos las dos á mis brazos y vamos al comedor. Hoy tengo dos mujeres.

—Capaz eras de tener diez; pero yo...

—Tú me quieres tanto como tu marido, y me pagas. Vamos, que nos llaman.

Y se dirigieron los tres al comedor, donde ya esperaban los restantes, con Roch en medio de todos los niños.

A ninguno extrañó la falta de Julio; solía de continuo desaparecer como su padre; es decir, para socorrer desgracias, para hacer obras de caridad. Solía ir solo, sin más excepción algunas veces que llevarse á Osorio; tanto le quería, que le obligaba á que fuese él el que entregase las cantidades que daban.

Pasó el día, llegó la noche, se sentaron á cenar, y el príncipe no había regresado.

Era la vez primera que pasaba la noche fuera de su casa.

Todos estaban tristes, malhumorada la princesa, y muy impaciente Osorio.

No había un fundado temor; á Silva le amaban todos, hasta los bandoleros, y es indudable que no te-

nía en España un solo enemigo, no existía un hombre capaz de atentar contra el hijo del santo, santo á su vez por el bien que hacía á todo el mundo. Pero llegó la hora de dormir, y como era la primera vez que Julio se hallaba ausente, les desazonaba la falta de tan querido sér.

Tanto respetaban sus actos, sin embargo, que inclinaron las cabezas y todos se fueron retirando á sus dormitorios.

Al salir el sol se presentó la princesa en las habitaciones de Flaviano, pero no halló á éste; encontró á su esposa, que le dijo:

—Hermana, mi marido, acompañado de Ros, salió al amanecer, diciéndome: «No espero más, yo no puedo vivir sin Julio. No moveos ninguno del castillo; nada malo puede haberle ocurrido, pero quiero buscarlo y traerlo. Imita demasiado á su padre, olvidando que aquel santo era religioso y sólo tenía un hijo mayor, mientras que el príncipe tiene á su mujer, tiene hijos menores y hermanos que no pueden vivir sin él.» Me tiré de la cama, y desde esa ventana lo he visto desaparecer con Ros, como meteoros.

—En ese caso me tranquilizo; Flaviano sabe todos sus secretos, dará con él y lo traerá aquí sin tardanza.

—Se embriaga tu marido con la caridad.

—Eso es, su único defecto es la exageración de una gran virtud.

Y quedaron hablando, luégo se reunieron todos, demostrando tranquilidad, hasta cierto punto, desde que supieron que Osorio buscaba á Julio.

Sigamos al duque del Imperio.

Osorio no había dormido aquella noche; quería al hijo tanto como había amado al padre, fué además su maestro, su compañero, y la idea de que pudo haberse despeñado por entre un terreno tan accidentado y expuesto, lo tenía fuera de sí.

Antes de amanecer se levantó, dijo á su esposa lo que hemos leído, y sacando á Ros de la cama, mandaron ensillar dos caballos, saliendo del castillo con los primeros crepúsculos matinales.

—¿Dónde vamos, señor?—le preguntó Ros.

—Al convento de San Flaviano.

—¿Creéis que esté allí el señor príncipe?

—Por lo menos allí debió estar ayer. Cada fin de mes le reunen los monjes los pobres de la comarca y hasta de lejanas tierras, Julio los examina y luégo los socorre según las necesidades de cada uno.

—Cierto, y hoy es el último día de mes.

—Temo que acabara pronto y marchase á otro sitio donde haya podido despeñarse.

—No temáis eso; el príncipe es tan buen jinete como vos, y lleva un caballo que adivina. Creo más probable lo contrario.

—¿Qué es lo contrario?

—Que hayan acudido muchos desgraciados, y como él á todos los examina, esté todavía ocupado con las limosnas.

—Quiera Dios que seas tú el que aciertes. En los malos pasos mira tú á la izquierda, yo lo haré á la derecha, no sea que el demonio...

—¿Quién ve algo á este paso?

—Pues corre más.

—Señor duque, que nos vamos á estrellar.

—No hagas caso.

Ambos corrían lo mismo por los malos parajes que por los que no estaban tan accidentados.

Llegaron al monasterio de San Flaviano mártir poco después de haber cubierto la sierra con sus rayos el luminoso astro del día.

Todo estaba cerrado, iglesia, convento, portería.

—Llama,—gritó Osorio;—si tardan, rompe la cerradura y hasta si puedes tira la puerta.

Ros echó pie á tierra, y un aldabonazo tras de otro no paró hasta que vió delante á un lego.

—Toma esas riendas,—le dijeron á la vez el duque y Ros.—¿Está el príncipe de Italia aquí?—preguntó el primero.

—Sí, señor duque. Vaya un susto que me habéis dado.

—Contesta: ¿Qué hace mi hermano, dónde está?

—En el templo, en la capilla de Jesús se halla con el éxtasis.

—¿Qué éxtasis?

—El mismo de su señor padre; es otro santo, son dos santos.

—A la capilla, Ros.

Y ambos entraron en el templo, hallando toda la comunidad detrás del príncipe, el cual, apoyando su pecho y brazos en un reclinatorio, estaba sin sentido.

El duque atropelló á los monjes, quedando junto al

príncipe. Le miró, y cogiendo una de sus muñecas, lo estudió un minuto.

Después asomó á sus labios una dulce sonrisa, sacando de un brazo al prior, al cual, ya fuera de la capilla, le dijo:

—Contadme, con las menos frases posibles, lo que ha pasado aquí.

—Señor, llegó ayer el príncipe á las siete de la mañana, le esperaban cincuenta y siete familias pobres, examinó uno por uno á todos sus individuos, y luégo los fué socorriendo, mandando que les dieran de comer á todos. Era la una, y á esa hora entró con la comunidad en el refectorio. Comió, y estaba tan satisfecho como no lo vi jamás. Quería regresar á las cuatro, y nos mandó cantar los salmos del rey David, lo cual hicimos. Él entró en su capilla favorita. Acabamos, eran ya las cuatro, el caballo le esperaba y no salia. Le llamé y no me contestó; asustado me acerqué á él y lo encontré como está todavía. Es el mismo éxtasis de su padre; su pulso lento y su calor natural indican vida; pero sin estar rígida su materia, se halla lo mismo que el cataléptico. Yo creo que su materia está sana en la tierra, y que su espíritu se halla en el cielo.

—¿Qué hizo la comunidad?

—Unas veces sentados y otras de rodillas, estar detrás del príncipe toda la noche.

—Muy bien, prior, admirable. Salid todos de la capilla, preparad el desayuno y dejadme solo con él. Abreviad.

Obedecido que fué, dijo á Ros:

—Cierra la verja de esta capilla, queda á la parte afuera y que nadie entre aquí.

Y cayó de rodillas junto á Julio. Estuvo orando diez minutos, luégo levantó la cabeza, y alzando la voz exclamó:

—Padre Alberto, dadme á mi hermano, que aún es mio, de sus hijos y de su esposa. Julio, Julio.

El príncipe abrió los ojos, y fijándose en Osorio, le dijo sonriendo:

—¡Hermano, qué bien estás así!

—Vamos, Julio; tu esposa, tus hijos, tus hermanos...

—Es verdad, partamos.

Y se puso en pie, saliendo del templo junto á Osorio.

El príncipe quedó muerto bastantes años después en uno de esos éxtasis; su espíritu se desprendió de la materia por unas cuantas horas, y no volvió á ella.

Una hora después montaron á caballo los tres, y se dirigían al castillo.

Desde aquel día en adelante, Julio de Silva, príncipe de Italia, no era para nadie un héroe, sino un santo como lo fué su padre.

Llegó á infundir tan gran respeto, que hasta los eclesiásticos besaban su mano con veneración.

Ya en el castillo, y devuelta á todos la tranquilidad, refirió Osorio lo acontecido, y hasta la princesa empezó á mirar á su esposo con tanto respeto como amor.

El único sér que alguna vez le contradecia y se familiarizaba con él fué el duque del Imperio, al cual Julio de Silva quería como su padre.

Flaviano se atrevía hasta con los santos.

En este epílogo que hemos acabado nos hemos propuesto dar á conocer los tres únicos hechos graves ocurridos á los *invencibles* después de retirados á la vida privada, presentando á la vez sus costumbres, su armonía y la forma en que acabaron sus dias.

Fueron al sepulcro como mortales, pero quedó su memoria para enseñar al mundo lo que fueron muchos de nuestros abuelos.

Nada hemos querido decir de sus hijos, mayorcitos ya algunos de ellos.

Las razas degeneran para aparecer en otras familias desconocidas todo el vigor, talento y energía extinguidos en las anteriores.

No quiso la Providencia que fuesen patrimonio de razas especiales los dones que su pródiga mano vierte por el mundo.

Por eso lo que hoy vemos tan elevado mañana cae para aparecer en otra parte majestuoso.

¿Quiénes viven mejor en este desdichado valle de lágrimas?

Nadie; todos vivimos peor, porque la desgracia tarde ó temprano alcanza á todos.

Por eso aconsejaremos siempre á nuestros lectores que busquen en otra parte la felicidad que aquí les niega el destino.

Esa otra parte es el más allá que todos tememos

porque nos es desconocido, y acaso sea en él donde únicamente resida la ventura.

Jesús dijo: «La vida es la muerte, la muerte es la vida.»

FIN DE LOS INVENCIBLES, EL MONARCA Y LA HOGUERA.

INDICE

DE LOS

CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO

Capítulos.		Páginas.
I.....	De la ilusión á la realidad.—Los ayes de un criminal.—El solo nombre de la Inquisición aterra.—La cárcel más célebre de Nápoles.—Cambio completo.....	5
II.....	Terrible nueva.—Abatimiento de Osorio.—Una ráfaga de esperanza.—El protector y sus protegidos.	22
III.....	La fe vence imposibles.—Alegría mal disimulada del duque del Imperio.—Breve reseña de lo que acontece en Francia.....	48
IV.....	Osorio busca la ampliación de su sueño.—Su fe le anima y salva.—Preliminares de un viaje próximo.—Despedida.—Historia de los dos Navarros.	71
V.....	Más preliminares sobre el viaje próximo.—La boda.—El convento y los dos penitentes.....	107
VI.....	Trasformación.—No haría más Alberto de Silva.—Continúan los preliminares de marcha.....	129
VII.....	Regreso.—Conferencia.—Despedida.—Principio de un viaje que Dios sabe cómo concluirá.....	150
VIII.....	Las costas de Italia.—Tierna despedida.—Génova, Cerdeña, Milán y Suiza.—Entrada en Francia...	171
IX.....	Los seis calabreses y la familia del conde de San Germán.—Diálogo atrevido.—Calma y prudencia de Osorio.—El interior de Francia.....	216

Capítulos.		Páginas.
X.....	Continúa la marcha.—Accidentes.—El castillo de Ussón.....	249
XI.....	Conferencia entre el general y su guía.—Noticias é informes.—La serenata.....	279
XII.....	Temores de Flaviano. El milano y la tórtola.—Triunfo del héroe.....	306
XIII.....	Preparativos de marcha.—La segunda y última serenata.—Sorpresa.—El camino de París.....	332
XIV.....	Encuentro misterioso.—Lealtad de Bonet.—Las sospechas del duque.—Segundo encuentro.—El camino de París brota espinas y abrojos.....	357
XV.....	París.—Tres damas protestantes.—Noticias interesantes.—A Dreux.....	387
XVI.....	De París á Dreux.—Los introductores.—Enrique de Lorena, duque de Guisa, y un pobre músico calabrés.....	409
XVII.....	Lambert convertido en culebra.—Otro disfraz.—El principio de una nueva intriga.....	432
XVIII....	Marolles.—Houdán.—La Queue.—Previsión de Osorio.—Otra vez á Dreux.....	458
XIX.....	El padre adoptivo de Eugenia, la niña y un coronel protestante.—Los preparativos.—Flaviano de Osorio y Roberto Grimaud.....	478
XX.....	Ataque y defensa.—Retirada vergonzosa.—Acaba la pelea.—A Versailles.....	493
XXI.....	Los dos amigos.—Nuevo disfraz.—A Ibrí.—La libertad.....	523
XXII.....	Encuentro inesperado.—Sorpresa agradable.—Se cumple la predición en todas sus partes.—La paz.—París.....	544
XXIII....	El parte de Guzmán.—Despedida.—Los seis hermanos.....	564
XXIV....	Concluye el plazo.—La reina Margarita y el duque del Imperio.—Plan de difícil realización.....	585
XXV.....	El general y el coronel.—Los dos hermanos.—La segunda caja de oro.....	610
XXVI....	El rey, dos secretarios y un bufón.—De potencia á potencia.—Triunfo completo.....	628
XXVII...	Otro suspiro.—El hombre y la mujer.—Eva propone y Flaviano dispone.—Dios nos libre de semejantes tentaciones.....	646
XXVIII...	La cámara del rey.—A Dreux.—Lo que sucede en Dreux.....	671

Capítulos.		Páginas.
XXIX....	Siguen los acontecimientos de Dreux.—El ejército católico.—Flaviano, Eugenia Depás y la superiora del convento.—Otra vez á Versailles.....	695
XXX.....	Abnegación de un esposo.—Satisfacción de la mujer sin freno.—A Madrid.....	714
XXXI....	España.—Madrid.—Los hijos de los invencibles, sus esposas y el marino Roch.....	636
XXXII...	El Escorial.—Felipe II.—El príncipe de Asturias...	756
XXXIII...	La última calaverada de Ros.—Entereza y valor de un moribundo.—La muerte.....	784
Antes del epílogo.....		802
Epílogo.....		815

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO

PÁGINAS.

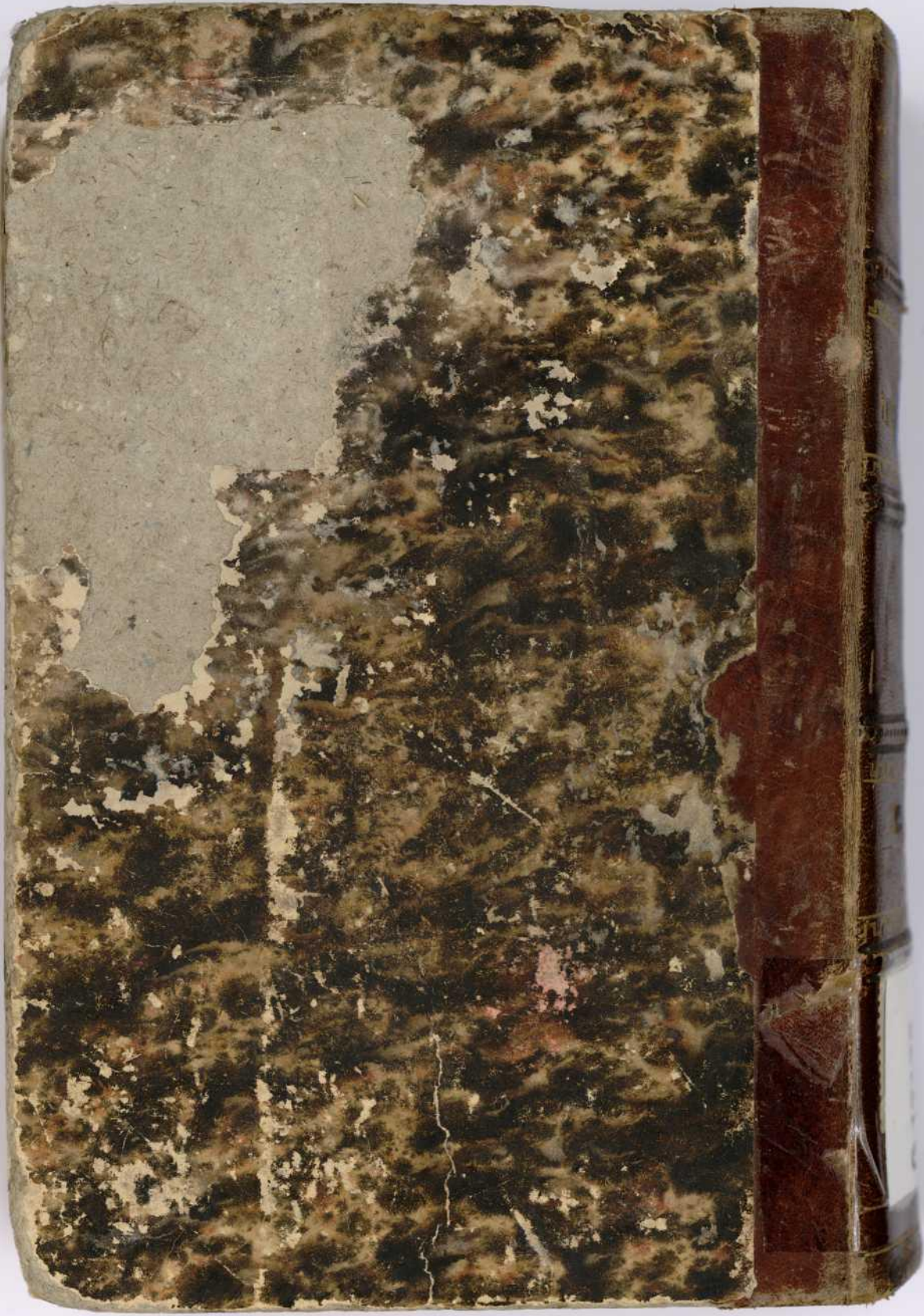
—¡Mi vida por el triunfo de España..... 174
—¡Ay! me han muerto..... 297
—Cantemos un himno guerrero..... 535
—Abrevia, por Santiago..... 633
—Abreviad en lo posible..... 762
—Al justiciero se le estima; al caritativo se le bendice.. 821

PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

TOMO SEGUNDO

	PÁGINAS.
La batalla comenzó sangrienta y terrible como pocas...	100
Subían una pendiente, desde la cual se presentó á sus ojos un panorama ideal.....	210
—Duque, respeta mi silencio.....	314
—¡Ay de nuestros esposos!.....	396
—Las artes podrán ser útiles; pero es preciso convenir en que al aprenderlas no existe nada tan fastidioso.	448
—En esta casa el terror impone su torpe ley; mas no os extrañe, señor; ¡es tan difícil ser rey!.....	630
—La náutica es la primera de las ciencias.....	740
—Te mando llamar, hijo mío, para que veas en lo que pára todo.....	798



LOS
INVENCIBLES

T. M.
2

G 17176